

Mariana Estrigona

EL CÍRCULO PERFECTO



1

En la actualidad...

Evelyn

Doy vueltas en mi cama hasta el que el sueño me atrapa y entonces lo veo. No puedo verle la cara, no sé bien si es joven o viejo, solo lo veo de espaldas

apoyado en el balcón observando la oscura noche, exenta de estrellas desde el balcón de mi cuarto. Y aunque no puedo verle bien, su soledad se adentra dentro de

mí haciéndome desdichada. Como si esta fuera un dolor sordo en el pecho.

Me despierto angustiada y con los ojos llenos de lágrimas, pensando que sueño con esto debido a la leyenda que circula por el reino mágico. Esa en la que no

quiero creer... no creo, mejor dicho. Solo es un cuento para niños.

Esto no impide que coja mi bata y baje hacia la biblioteca donde están los libros de este reino. Esos que, aun recelosa, he mirado más de una vez sin encontrar

nada relevante, como si alguien hubiera destruido casi todas las historias que se guardaban de los habitantes de este castillo. Tratando de encontrar una explicación

algo que me dé la razón en cuanto a esta leyendas.

Y como siempre, no hallo nada mejor, ya que no creo ni quiero creer en la leyenda. Hacerlo solo me haría desdichada.

—¿¡A que es fantástico!?

Observo a Ana, una de las jóvenes del pueblo mágico. Acaba de llamar a mi puerta, a una hora muy temprana, para sacarme de la cama donde trataba dormir

tras mi paseo de anoche hacia la biblioteca. Intento escuchar que dice, aunque esta historia me la han repetido tantas veces desde que estoy aquí que, entre el sueño

y mi reticencia a creer en la leyenda del príncipe encerrado, no puedo evitar ignorar sus palabras.

¿Ha dicho que es fantástico? Yo creo que fantástico sería que dejaran de llamar a mi puerta a una hora tan temprana, pues entre eso y lo que me cuesta dormir

debido a los sueños que tengo con ese misterioso hombre, no duermo nada bien desde que llegué. Pero Ana no tiene la culpa de mi reticencia a creer en príncipes

encantados y a mi mal despertar.

Ana es pelirroja y más o menos de mi misma altura. Su cara es muy alegre, puede que sean las pecas las que transmitan esta sensación, y sus ojos verdes

brillan con intensidad. Desde que llegué ha tratado de que me adapte a este lugar y, aunque no somos amigas, no puedo negar que me cae bien.

—Lo fantástico sería... bueno da igual —no sé qué me pasa últimamente, siempre me he despertado temprano y no me ha molestado, al contrario, lo veo

necesario para empezar bien un día, pero desde que estoy aquí, estoy... cansada y no solo físicamente. Veo cómo entran al castillo, día tras día, para intentar abrir

la puerta mágica y cada vez que lo hacen, en el fondo trato de comprenderlas, pero solo siento incredulidad ante algo que no me acaba de convencer. Estoy harta de

tratar de entender algo en lo que no creo, en lo que desde niña me han obligado a no creer. Para mi familia la magia es comparable a tener la peste y siento que, si

creo en ella les estoy defraudando.

Ana niega con la cabeza, sin poder cambiar esa cara tan feliz y animada. No comprendo por qué les pone tan felices tener la mayoría de edad y probar suerte

con la puerta. Pero es evidente que la gente de este pueblo cree firmemente en la leyenda. Y si esto no me gustara ya me habría ido, ¿no? Muchas veces me

pregunto que me retiene aquí. Por qué sigo pese a que mi familia lo desaprueba. Y a día de hoy no he encontrado respuesta para explicar que me retiene.

—Estoy nerviosa. —Ana sonríe y me mira con ilusión. Le devuelvo la sonrisa sin poder evitarlo—. ¿Te imaginas que soy yo la que consigue abrir esa puerta?

Desde hace años, he visto cómo un sinfín de jóvenes venían a probar suerte. Todas salían desilusionadas pero yo las miraba alegre porque, si estaban tristes, quería

decir que podía ser yo la elegida —su mirada parece perdida en el recuerdo.

—Te deseo mucha suerte y si de verdad aparece ese tal Derek, llévate lejos.

—Qué mal humor por la mañana, ¿no? —dice de pronto sonriendo—. Ya verás como todo eso se termina hoy.

—Eso espero. Ahora te dejo con tu príncipe.

Me da un espontáneo abrazo que me desconcierta. Cuando se separa ha contagiado en mí su alegría y sonrío sin poder remediarlo.

Se aleja hacia el sótano mientras voy a la cocina, sabiendo que no tardará en pasar lo de siempre: entrará con ilusión y cuando compruebe que esa puerta no se

abre saldrá llena de tristeza.

No me creo esa historia de que, en un plano paralelo a este, el príncipe Derek se encuentra atrapado, esperando salir de su encierro, pero la gente de este

pueblo parece que sí. Es más, Derek sin existir, habita en cada uno de ellos, respetan su historia y no dejan que, con el paso del tiempo, se pierda su leyenda.

Por mi parte, pienso que es mejor aceptar las cosas reales, las que se palpan. La magia existe, pero no la considero tan potente como para que de verdad esta

leyenda tenga fundamento.

La magia es solo un *don* y nada más. Tal vez, algún día, de verdad salga de la puerta mágica el príncipe Derek, pero hasta que ese día llegué lo pondré en duda.

"*Ver para creer*", como siempre ha dicho mi abuela. Eso es lo único que me vale; demasiado que creo ya en la magia.

Casi nunca he usado magia, para desgracia de mi familia, yo poseo el *don* y esto hace que no pueda negar que existe. Aunque nunca he usado mis poderes

salvo la vez que los descubrí. Siempre que lo intento, mi mente evoca el día en que lo supe y no puedo evitar que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. No logro

exteriorizarlo; no estoy preparada para hacerlo y me temo que nunca llegará el día que lo esté. Una parte de mí se niega a hacerlo. Y otra... otra es la que hace que

esté viviendo aquí sola. No puedo negar que lo desconocido me asusta y aterra pues sé lo que pasará si quiero usar mi don.

Desvío mis pensamientos enseguida, en ocasiones es mejor no desenterrar el pasado.

A veces, cuando entran sonriendo en el castillo, esperando ser la joven que abra la puerta, siento un ápice de envidia pero la reprimo, porque estoy muy bien

así, eso solo haría que complicarme la existencia. No quiero defraudar a nadie.

He pasado toda mi vida en "*el mundo exterior*", como aquí lo llaman, es decir, el mundo sin magia y, pese a saber de la herencia mágica paterna y de la

existencia de mi don, nunca había sentido la necesidad de usarlo.

Sabía que estaba ahí, en mí, pero lo dejé a un lado, muy oculto en mí ser. Tal vez porque mis abuelos maternos, con quienes me he criado, creen que es una

pérdida de tiempo y que hay que tener los pies en la tierra. Mi vida está en el mundo exterior y en él no se puede usar este don, está penado por ley y la gente con

poderes es repudiada. Por lo que usar o canalizar mi don, como dice mi abuela, no sirve para nada. Y tiene razón. Yo viviré, me casaré y seré muy feliz allí, sin

usarlo...

Lo cierto es que desde que descubrí que mis abuelos paternos me habían dejado este castillo en herencia al morir, sentí la necesidad de explorar este mundo y

también la magia que hay en mí. Por eso estoy aquí viviendo sola, lejos de todos mis seres queridos. En vez de empezar mi carrera en la universidad, aplazando por

un tiempo lo que debería hacer.

Sin embargo, a día de hoy, aún no he sido capaz de dejarme llevar por ella. No sé si algún día estaré

preparada para hacerlo o si aguantaré las quejas de mis

abuelos y mis propias dudas el tiempo suficiente para entender el poder que poseo. Odio sentirme dividida entre lo que quiero hacer y lo que debo. Porque, pese a

ser un mundo bastante rechazado, no está muy lejos de donde vivía. Y eso hace fácil el plantearse la idea de regresar al punto de partida, la casa de mis abuelos.

Realmente, lo único que hace misterioso y lejano a este pueblo, es que circulan miles de historias sobre lo que sucede aquí, después de todo este tiempo, sé

que casi todas son inventadas por personas que no tienen nada mejor que hacer para evitar así los pocos que se quieran acercar a estas tierras para curiosar. El

miedo los mantiene lejos y esta gente vive libre y feliz usando su *don* sin que nadie los trate mal por ello.

Mis padres eran muy jóvenes cuando me tuvieron y no estaban preparados para hacerse cargo de un bebé, ni contaban con el apoyo de sus progenitores, ellos

querían que siguieran con su vida, así que me dejaron al cuidado de mis abuelos maternos. Cuando lo estuvieron tenía diez años. Supondría un cambio demasiado

grande y brusco para mí. Así que al final, se decidió que era mejor que las cosas siguieran como siempre. Fue lo mejor... Aunque a veces, cuando mis padres vienen

a verme, añoro el irme con ellos. Y esto me hace sentir mal por mis abuelos que me han educado desde que tengo uso de razón. Mi abuela siempre ha intentado que

fuera como ella, por mi bien. Me han tratado más como una hija que como una nieta y les estoy agradecida, porque cuando mis padres no sabían qué hacer con un

bebé ellos cuidaran de mí.

Les debo todo.

Soy consciente de que desde que estoy aquí, lo único que hago es defraudarlos y eso me hace sentir mal conmigo misma, como si solo buscara revelarme y

llevarles la contraria. Ellos desean que vuelva cuanto antes a casa y siga con mi vida para así, olvidar esta parte de mí. Seguramente, lo mejor sería hacerles caso,

pero cuando pienso en ello, me invade la duda y entonces me quedo aquí, en este pueblo, viviendo sola en este inmenso castillo. Donde, aunque parezca mentira,

no siento miedo.

He paseado alguna vez por el pueblo para comprar algo de comida y he mirado algún que otro escaparate, pero no me siento parte de esto. Lo que menos he

hecho ha sido pasear por el puerto. Es como el resto del pueblo, no hay nada fuera de lo normal; si por normal se entiende gente haciendo magia, claro. Como me

cuesta acostumbrarme a todo esto, he optado por recluirme en mi habitación, a salvo de cualquier peligro. Y

sobre todo de mis propios sentimientos.

—No se ha abierto —miro hacia la puerta de la cocina y veo a una Ana llorosa—. No ha cedido ni un poco.

—Ven, te prepararé algo calentito que te despeje —empiezo a prepararle un café. Perdida en mis cavilaciones y se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta

—. Lo siento —digo porque sé que para ella era importante.

—No te preocupes —le resta importancia aunque sus ojos dicen otra cosa bien distinta—. ¿No te da miedo vivir aquí sola? Se escucha tanto silencio... —Ana

finge un escalofrío al pensar en ello.

—No, la verdad es que no —Sonrío y sigo a lo mío.

—Desde niña he ansiado cumplir dieciocho años para esto. Se me hace tan raro saber que ya ha pasado mi momento y no ha cambiado nada...

—Piensa que ahora iras a casa a celebrar tu cumpleaños... Porque lo celebrarás, ¿no? —Ana me mira muy contenta.

—Sí, mi madre está muy ilusionada con ello y me ha preparado una fiesta. Estoy deseando ver mis regalos — Sonríe como una niña pequeña y yo me quedo

absorta en su sonrisa y su ilusión envidiándola. Me giro y saco la cafetera del fuego. ¿Cómo hubiera sido mi vida de vivir con mis padres? No lo sé y nunca lo sabré

porque ellos desde hace años no hablan conmigo. Sé de ellos por mi abuela.

—¡Au!... —aparto la mano de la cafetera.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada.

—Creo que ya sé por qué no tienes miedo a estar aquí sola. Te debe de calmar el saber que, en otro plano, Derek está tan solo como tú, vagando por estos

pasillos —Lanza un suspiro—. Tiene que ser guapísimo. Dicen, que sus ojos eran una mezcla de los de sus padres: el verde de su padre y el azul marino de su

madre. Qué raro, ¿verdad?

—Sí, mucho —Sirvo el café y me siento a su lado.

—Bueno, yo en parte solo quería abrir la puerta por ser especial... —sonríe y le da un sorbo al café—. ¡Ay! ¡Quema mucho! —Lo sopla y me mira sonriente

—. Mi novio ha dicho que es posible que pueda volver pronto.

—¿Tienes ganas de verlo?

—Sí... claro. Aunque hablamos por teléfono no es lo mismo que tenerlo cerca —admite y busca rápido cómo cambiar de tema, dejando claro que no quiere

seguir hablando de su novio—. ¿Has visto el retrato de los reyes?

He contestado a esa pregunta un sinfín de veces, pero lo curioso es que, nadie me pregunta si he visto el cuadro del brujo, que fue el que heredó el castillo tras

morir el hermano del rey, el último de sangre real que habitó entre estas paredes.

Lo cierto es que encontré hace pocos días el retrato de mi antepasado y ojalá no lo hubiera visto. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando mis ojos se

cruzaron con los suyos, me sobresalto con la misma intensidad cada vez que lo recuerdo. Además, desde entonces, su mirada negra como la noche me persigue en

sueños.

—Sí, los he visto. Es extraño que solo haya uno, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí, pero han pasado tantas cosas extrañas alrededor de esa familia, que me sorprende que quede alguno.

—Tienes razón —digo sintiendo de repente una gran curiosidad por tantas preguntas sin respuesta.

—Pues dicen que si el rey era guapo, Derek aún lo es más. Solo que su alma era oscura, como su pelo. Eso dicen. El día que desapareció era el día que debía

elegir a su futura esposa.

—Lo sé.

—Claro. —ríe—. Estas historias llevan contándose desde el día en que Derek fue encerrado. Quien lo encerró se encargó de...

—De que todo el mundo lo supiera y probara suerte con la puerta.

—Tendrías que ser más amable con esta historia, gracias al testamento que dejó antes de morir el tío de Derek, su consejero, heredó el castillo y gracias a eso

ahora es tuyo —M e mira sonriente—. ¡Qué emocionante saber que tu antepasado fue casi rey!

—Sí, muuuucho —pensar en él no despierta nada en mí, solo puedo ver una mirada fría y siniestra. Aunque tampoco he conocido a mis abuelos, lo mismo

eran como él.

Lo que no se sabe es por qué...

—Derek, el encantador príncipe —digo con voz cansina—, acabó encerrado.

—¿Te lo han contado? —Pregunta en tono irónico.

—Alguna vez — «¡Miles y miles de veces!», chillo en mi interior, pero ambas nos reímos.

—¡Es tan emocionante!

—Sí, *muuuuy* emocionante. A mí me da igual toda esta historia.

—¿Y no tratarás de abrir la puerta?

—¿Yo? Te aseguro que no. Por mí, ese principito puede quedarse allí, si es que existe.

—Existe. Además el castillo aún tiene las marcas de la batalla que se libró hace siglos. Se cree que fue lo que impulsó a Derek a cruzar la puerta mágica. No

comprendo por qué no han restaurado la preciosa puerta de piedra donde antes estaba la entrada a la fortaleza del castillo, es increíble, debió de ser muy imponente

en su día, con esos delicados tallados de águilas.

—Lo sé. Creo que tú misma me has contado esta historia alguna que otra vez —es un poco pesado que todo el mundo te atosigue con lo mismo.

«Decididamente, hoy estoy quisquillosa.»—. Lo siento. No he tenido buen despertar.

—No pasa nada —me sonrío con calidez—. ¿Y tú qué? Pronto vas a cumplir los dieciocho. ¿Lo vas a intentar?

—No —respondo con rotundidad.

—¿Y si fueras tú? ¿Dejarías que *mi* pobre Derek se quedara encerrado para siempre allí? ¡No puedes ser tan mala!

—¡¡Por favor!! —Dejo caer la cabeza en la mesa—. En este pueblo no solo sois pesados, también estáis locos y obsesionados con esa historia —digo con un

deje de broma que por la risilla que emite sé que lo ha pillado.

—Eres una cascarrabias. Evy, deberías probar a divertirme más. Eres lo que se dice toda una *viejoven* —Ana coge una de mis magdalenas y me guiña un ojo

antes de probarla—. Deliciosas, me pienso llevar dos más para luego.

—A lo de locos y obsesionados añado también gorriones —se ríe y me contagia. Con Ana siempre consigo olvidarme de todo, tiene esa facilidad.

Es una chica muy peculiar, siempre está sonriendo, transmitiendo felicidad y estando a su lado no puedes evitar sonreír.

Desde que llegué a este pueblo siempre ha estado cerca de mí: o me trae comida que ha hecho su madre para mí o viene simplemente a hacerme compañía. Se

me hace raro tener una amiga, o algo similar; en el internado donde estudié, todas pensaban en sí mismas y en sus estudios, y no estoy acostumbrada a esto, pero, a

pesar de ello, no me disgusta.

—¡Ehh!! No todos tenemos un castillo por casa. Si fuera mío ya habría organizado alguna fiesta.

—Que no haga una fiesta y sea responsable no me hace aburrida —es algo que odio que me digan y que todo el mundo siempre se ha molestado en recordarme

—. Soy como todos los jóvenes de mi edad, o más bien como deberían ser —trato de defenderme repitiendo la cantinela que me dice mi abuela.

— ¡Ja! Tú no eres como los demás, lo tienes siempre todo previsto. En tu vida no hay lugar para los imprevistos, por eso no crees en Derek, ¿verdad?

¡Porque no está dentro de tus planes! ¡Algo para lo que tu ordenada vida no está preparada! Además, la ropa que llevas...

—Vale. Ya has dicho lo que pensabas y te equivocas —corto la conversación en seco, pues yo solo actúo como me sale. ¡Solo soy yo misma! Y a día de hoy

me ha ido siempre muy bien. En la vida real no hay tiempo para soñar, si lo haces, la caída es mucho más grande y, al fin y al cabo, los pies deben estar en la tierra.

Al menos yo puedo agradecerse a mi abuela, pues esa es una lección que tengo muy bien aprendida. Estoy muy orgullosa de sus enseñanzas, a ella le debo cómo

soy ahora; compartimos muchas cosas, me parezco mucho a ella, y eso hace que nos entendamos a la perfección.

—Vale, lo siento. Pero no entiendo como teniendo poderes no has ido a dar clases para perfeccionarlos. Tal vez no deseas aceptar tu don. Si fuese así,

vendrías a clase conmigo, ¿no?

Ana sabe lo de mis poderes porque se lo dije, ya que en este pueblo no todo el mundo tiene *don*, y algunos solo lo usan de vez en cuando. Cuando preguntó le

dije que sí sin antes pararme a pensar si quería o no que lo supieran en el pueblo, ahora ya es tarde, lo saben todos. Culpa mía por no pedirle a Ana que guardara el

secreto.

—No se puede hacer algo tan importante así como así. El día que esté preparada iré.

«O mejor dicho, el día que decida si quiero incluir o no la magia en mi vida», pienso.

—Claro. ¿Y si ese día no llega...? Deberías ser más impulsiva, Evy. A veces rallas el aburrimiento—Me saca la lengua queriendo restar importancia a sus

duras palabras.

No la saco de su error, y tampoco le corrijo mi nombre ya que con Ana parece no servir de nada. No me gusta ese diminutivo, me hace parecer como una niña,

y ni tan siquiera cuando lo era me llamaban así, pero por más que se lo he dicho, Ana sigue llamándome así.

Sé que no soy la diversión personificada, ¡Pero tampoco soy aburrida! Aunque prefiero que piense que es por mi forma de ser, a que vea mi temor ante la

magia y mi recelo y el hecho de que puede que la haya perdido para siempre. Es muy probable que nunca llegue a estar preparada para algo así.

—Bueno, pues es lo que hay. —Me levanto y comienzo a recoger la mesa.

—Solo tú ordenas las camisetas de mayor a menor tamaño y la ropa interior por colores y...

—Vale, bien, soy ordenada. Punto. Ahora, déjame sola.

—No pretendía molestarte.

—Lo siento... No lo has hecho. Solo... Tengo sueño —miento. Me gusta llevar un orden pero no es malo, ¿no?

—Esta tarde estaremos en mi casa viendo una peli después de celebrar mi cumpleaños. Luego iremos a tomar algo a la hamburguesería del puerto. Si quieres,

pásate.

—Lo pensaré —respondo sabiendo que si le digo que no iré insistirá más.

Cuando se va, subo a mi habitación para meterme bajo las sábanas y ver si es posible seguir durmiendo. Entro en mi habitación, que, según me han hecho

saber, en su día fue de Derek. Los colores blancos y dorados predominan en ella y en el techo hay un precioso dibujo de escayola. Las paredes no están del todo

pintadas: parte de ellas tienen dibujos, también de escayola, y dentro papel con colores cálidos. El mobiliario es una mezcla entre este siglo y los anteriores, pero

siempre domina la elegancia.

Me miro todo el orden que me rodea y pienso en las palabras de Ana, tal vez tengan razón y no me gusten los imprevistos pero, pese a que me costó asimilar que

tenía magia, aquí estoy. Aunque claro, lo acepté, pero más tarde los argumentos de mi abuela de por qué no debía hacer uso de ella, me convencieron para que no

volviera a pensar en hacerla nunca. Y en su momento lo vi bien; yo no pertenecía al mundo mágico, ¿para qué quería la magia? Además, luego, en el internado, no

tenía tiempo para pensar en ella...

Este don no tiene cabida en mi vida, he crecido sin él y he sido una niña muy feliz. He aprendido de lo que me rodeaba y he vivido sintiendo el orgullo de mis

abuelos cuando me veían como un reflejo suyo. Estoy orgullosa de mis logros. Me gusta cómo es mi abuela, desde niña siempre la he admirado, perfecta, recta,

educada, sabe estar en su lugar en todo momento. La admiro mucho y por ello me he esforzado mucho por ser como ella, y me han ayudado mucho todas las

enseñanzas y consejos que me ha dado para conseguirlo y hoy por fin puedo decir que soy igual que ella.

Debería sentirme bien, me gusta el orden, y no me gustan los imprevistos, pero cuando mi padre vino y me entregó los papeles del castillo y en él estaba yo

como única dueña, sentí la imperiosa necesidad de venir aquí. Por supuesto, mi decisión de instalarme aquí y retrasar mi entrada en la universidad no sentó bien a

nadie, y a mis abuelos mucho menos, pero no se opusieron. Todos saben que no tardaré en volver, este mundo no es para mí.

La vida del pueblo es totalmente diferente a como yo he vivido. Me sorprendió mucho. Todos me tratan como si fueran amigos íntimos, no tienen reparos

para usar su magia en cualquier ocasión, y siempre tienen una palabra amable para uno. Les extrañó mucho mi carácter, en una de las ocasiones, unas jóvenes se

quedaron calladas, mirando cómo servía el té y cómo me sentaba después con las piernas cruzadas y giradas hacia un lado. No comprendí su asombro hasta que las

vi sentarse sin orden ni educación. Es todo tan diferente a lo que he vivido que a veces me pregunto por qué no cojo las maletas y me marchó de aquí. No encajo

aquí, pero no puedo hacerlo, hay algo en mi interior que me empuja a quedarme...

Pese a eso, me cuesta mucho creer en la historia de Derek. ¿Un plano paralelo a este? No tiene ninguna lógica, ni explicación, y mi mente razonable sabe que

no es posible el *don* de la magia no es tan fuerte para lograr algo así. Aun así, desde que llegué, no he dejado de investigar por el castillo y de tratar de encontrar algo

que sacara a los pueblerinos de su error en cuanto a Derek, o a mí del mío. Pero no hay nada que cuente la historia de Derek. Como si alguien se hubiera encargado

de destruir cualquier dato de este joven príncipe con propósito de que se olvidara su existencia. Y eso ha aumentado mi curiosidad, aunque me cueste reconocerlo.

Salgo al balcón y me apoyo en el mismo sitio dónde sueño que está un joven oscuro y misterioso todas las noches. No es la primera vez que lo hago, es como

si mi subconsciente tratara de hallar alguna señal, lo cual ya sé de antemano que es imposible.

Respiro el aire cargado de humedad por el mar y me siento relajada y en paz. Las cálidas casas del pueblo, de color marrón y crema, hacen que sea un sitio

agradable y te invite a pasear por ellas. Es como si no hubiera pasado el tiempo por él. He vivido rodeada de tecnologías y de toda clase de lujos, mi abuelo nunca

ha escatimado en gastos, pero en este lugar, aunque hay tecnología, siguen usando métodos de antaño. Eso lo

hace aún más especial. Aunque me sorprendió, ahora

lo he aceptado y me gusta. Incluso ir paseando por la calle y ver a la gente vestida, mezclando épocas, sin importar el paso de las modas y los años.

Resigo con la mano la fría piedra del balcón y pienso una vez más en Derek. No puedo creer que exista, pero eso no evita que piense que, de ser cierto, debe

de sentirse muy triste estando solo a la espera de algo que no sabe si sucederá o no, viendo cómo pasa el tiempo y esa puerta que le separa del mundo real no se

abre. Puedo entender su soledad, aunque yo nunca me he sentido mal rodeada de esta.

Esta historia no puede ser cierta...

Este castillo está repleto de magia, es muy difícil ignorarla, te recorre en cada pasillo, en cada habitación, en cada perfecto y cuidado ladrillo y me pregunto si

eso es lo que lo mantiene en tan buen estado.

Lo peor de todo, es que tras dos meses de vivir aquí, no sé qué hacer con mi vida, no sé por qué sigo aferrándome a estar en este lugar. Estoy defraudando a

mi abuela, se encarga de llamarme casi todos los días para recordarme cuál es mi sitio, pero por primera vez en mi ordenada y perfecta vida, he de reconocer que no

sé cuál es en realidad mi lugar. Eso me aterra y me hace sentir como si todo a mí alrededor se estuviera desmoronando.

Me siento perdida. Y asustada por lo que estoy descubriendo en mí misma y que me hace replantearme sin querer tantas cosas. Que mis abuelos no me

obliguen a volver me desconcierta a la vez que me da un respiro. Pues más que nunca necesito que confíen en mí.

Entro en la habitación y me lanzo sobre el colchón. Miro los doseles de la cama y recuerdo las noches que he soñado con quien creo que es Derek. Sé que solo

es producto de la cantidad de veces que he escuchado estas historias, pero eso no evita que cuando sueñe con ese príncipe misterioso, al que siempre veo de

espaldas en el balcón, no pueda ignorar el sentimiento de soledad que me recorre.

Lo más extraño de todo, y para lo que no tengo explicación alguna, es que cada mañana, cuando me despierto tras soñar con él, noto mis mejillas mojadas por

las lágrimas. Esto debería ser suficiente para aterrarme y largarme de aquí, pero no lo hago, es como si un lazo invisible me atara a este lugar. Aunque no sé qué

hacer, sí sé qué esperan de mí. Tal vez me aferro a este lugar para comprender el porqué de este apego al castillo mágico, por qué me siento tan en calma entre estas

paredes...

Evelyn

Me levanto mosqueada cuando vuelve a sonar el timbre. Aunque no sé de qué me sorprende ya, es la rutina de casi todos los días; por suerte no hay tantas

jóvenes en el pueblo y hay días de descanso.

Tal vez debería dejar que el servicio se quedara en el castillo en vez de venir solo tres veces por semana a realizar las tareas necesarias. Pero no he tenido muy

buenas experiencias con el servicio en casa de mis abuelos y por ello preferí que únicamente vinieran unos días; es una locura, pero me siento más tranquila

viviendo sola que sabiendo que en cualquier esquina puede haber un sirviente observándome y criticándome. Además, pese a ser un castillo clásico y antiguo, está

equipado con todo tipo de modernidades que lo hacen seguro. Aunque teniendo servicio, no tendría que levantarme corriendo de la cama todas las malditas

mañanas.

Bajo por la escalera principal tras ponerme una bata que tapa mi pijama y abro la gran puerta con fuerza, al ver quién está al otro lado, la réplica muere en mis

labios y me quedo quieta como si no supiera cómo reaccionar ante esta presencia.

—Ho... Hola Dani.

—Vaya una forma de saludar a tu novio.

Entra mientras trato de recomponerme.

Dani es un chico normal y corriente, no más alto que yo, pelo rubio, casi blanco, que en ocasiones se confunde con su piel. Él dice que tiene la piel tan blanca

porque no puede darle el sol, pero a veces he pensado que es porque se pasa horas y horas trabajando en el despacho, cuando sale ya es de noche. No tiene otro

remedio si quiere sacar adelante la empresa de su padre. Me lo ha explicado muchas veces, yo lo comprendo. Tiene un gran peso sobre los hombros.

—Sí... Yo... Es decir... No te esperaba.

—Quería darte una sorpresa.

Dani se acerca y yo, creyendo que me dará un beso en los labios, acerco los míos a los suyos, pero me lo da en la mejilla. Un beso fraternal y casto. Me

aparto y le sonrío sonrojada, tendría que haber sabido que actuaría como siempre, ¿por qué me he acercado? *«Una mujer nunca debe dar muestras de cariño, si su*

pareja no ha dado el primer paso». Recuerdo las palabras de mi abuela; tiene razón no debería olvidarlas.

Lo malo es este vacío que siento en el pecho ante la
ausencia de cariño .

—Oh...Pues sí..., qué sorpresa. ¿Café? —Tartamudeo.

Dani asiente. Es una suerte que no se haya dado cuenta de cómo traté de besarlo en los labios. Me dirijo a la
cocina y escucho el sonido de sus zapatos sonar,

al andar sobre el frío suelo de mármol, que solo se ve amortiguado cuando sus pies pasan por las mullidas
alfombras. Cuando llegamos a la cocina, Dani se sienta en

la mesa y saca su ordenador y el periódico mientras yo pongo una nueva cafetera. No le gusta el café
recalentado. Mientras se hace me acerco a su lado y me quedo

de pie.

—¿Qué tal va el trabajo?

—Bien, pero estoy algo cansado.

Se lleva las manos al cuello y empieza a frotar. Recordando las veces que he visto a mi abuela darle friegas a
mi abuelo tras un día agotador, pongo mis manos

en sus hombros y trato de frotarlos lo mejor que sé.

—Muchas gracias, Evelyn. —Dani me coge una mano y le da un ligero y casto beso.

—¿Quieres algo más para comer?

—Unas tostadas estarían bien.

—Ahora mismo las preparo.

Dani asiente mientras enciende el ordenador y yo voy hacia la despensa para sacar un poco de pan y la
tostadora. El silencio cae sobre nosotros. Trato de

pensar sobre qué podemos hablar, pero solo se me ocurre preguntarle por su trabajo... ¿Estaría mal
preocuparme por sus otras actividades? Pienso en mis abuelos

y no los recuerdo conversando de temas tribales. Mejor no hacerlo.

Dani y yo nos conocemos de toda la vida. Su familia y mis abuelos son íntimos, no hay recuerdo de mi
infancia donde no aparezcan Dani y sus padres. Es

mayor que yo, siete años, desde pequeños siempre ha tenido una palabra amable para mí y me ha ayudado con
los deberes de clase. Siempre ha destacado por su

inteligencia.

Cuando me sugirió que fuéramos novios, no había motivo para que no hacerlo. Él es todo lo que yo buscaba
en un chico, alguien como mi abuelo. Cuando

dimos la noticia de nuestro noviazgo nadie se extrañó. De hecho, me enteré de que todos ya lo sabían, pues Dani había pedido permiso a mis abuelos para poder

formalizar nuestra relación. Me sorprendió y, por qué no decirlo, me molestó un poquito que yo fuera la última en enterarme. Pero eso no tiene importancia, es lo

que mi abuelo también hizo con mi abuela y el padre de Daniel con sus suegros. No puedo rechazarlo, él es todo lo que siempre se ha esperado para mí.

Termino de preparar las tostadas y el café y las pongo en una bandeja para llevárselo a Dani.

—He pensado que el día de tu cumpleaños podríamos ir a ver a tus abuelos e invitarlos a comer, también a mis padres e ir a un restaurante. Te lo he mandado

en un e-mail para que te lo mires bien.

Bajo la cabeza y asiento. ¡Siempre pasándome informes! Pero en fin, él es así y, como él dice, así puedo “*mirármelo bien*”... Suspiro, dejo la bandeja en la

mesa y me siento a su lado

—¿Vamos a hacer algo hoy?

—Había pensado trabajar un poco en tu biblioteca y, luego más tarde, si me sobra tiempo, ir a dar un paseo. He podido escaparme del trabajo para verte, pero

me lo he tenido que traer conmigo. ¿Lo comprendes? —Me toca la mejilla y asiento.

—Pero entonces, ¿para qué has venido...? Vale, sí, perdona, para verme —me late el corazón desbocado por mi desfachatez.

—Nada me gustaría más que poder estar más tiempo contigo.

—Lo comprendo, perdona, no he dormido muy bien.

—Claro.

Se toma el café y coge su portátil para ir hacia la biblioteca.

—¿Ya? —Noto en mi voz un atisbo de desilusión y trato de que esta no se vea transmitida en mi cara.

—Cuanto antes empiece, antes termino.

—Perfecto.

Lo veo alejarse y me quedo esperando, aunque sinceramente no sé el qué. Recojo las tazas y subo a cambiarme de ropa. Me pongo un pantalón de hilo de

color negro y una blusa de color rosa claro. Recojo mi pelo en un moño informal y veo cómo el sol da a mis mechones castaños toques dorados haciéndolo parecer

más rubio de lo que es. Pienso en si pintarme un poco los ojos, pero finalmente solo me pongo crema de cacao en los labios. Me estudio en el espejo y observo que

todo esté en su sitio y bien planchado. Luego me miro el rostro, mejor dejarla así, mi abuela siempre se maquilla con mucha naturalidad, dice que no está bien que

una señora vaya pintada como un cuadro. Lo cierto es que aunque me pintara, para qué engañarnos, Dani no se daría cuenta; tiene demasiadas cosas en la cabeza

como para fijarse. Pobre...

Llevo un rato sentada en uno de los bancos que hay junto al lago del castillo. Es más tarde de las dos y el sol, que está muy alto, brilla con fuerza en las

cristalinas aguas. Estamos a principios de otoño y la brisa cada vez es más fresca. Me gusta este lugar. Me gusta mirar desde aquí los balcones del castillo, grandes

y acogedores, pintados con tonos blancos y con algunos toques en azul como el resto del lugar. Pero el balcón que más me gusta es el de mi habitación. Ese con el

que sueño cada noche y en el que aparece un joven misterioso apoyado en él como si no tuviera nada mejor que hacer. ¿Será Derek? Me pregunto una vez más.

Desde él se puede escuchar el mar, aunque mi momento predilecto para estar allí es cuando amanece, pues todo el pueblo está en silencio y no hay ruidos que

entorpezcan su sonido. Si inspiras profundamente el aire puedes oler a mar, a sal...

La gente de este lugar se vuelca por todos desinteresadamente. Al llegar, muchos de sus habitantes vinieron a traermé comida y a ofrecermé sus servicios. Es

difícil no coger afecto a gente como ellos. Son tan familiares... Y poco a poco han conseguido que mi reticencia a hacer amistades se vea evaporada.

Mañana cumpla dieciocho años. No espero nada especial para ese día, es algo bueno cumplir años, pero eso no requiere una celebración especial; como bien

dice mi abuela, ya no soy una niña pequeña. Y tiene razón.

Dieciocho años ya es una edad importante, no tiene nada que ver con el hecho de que a partir de mañana podría probar suerte y abrir la puerta, porque no

pienso hacerlo. No, es algo más, es cuando la gente empieza a verte como alguien maduro, dejas de ser el niño que pensaban que eras. No siento nada especial por

cumplir la mayoría de edad, me hace ilusión, pero será un día normal y corriente. Además he leído lo que me ha enviado Daniel y no hay nada fuera de lo común...

Contemplo el castillo una vez más y, como he hecho muchas veces, me pregunto qué estará haciendo Derek, en el caso de estar encerrado claro. He decidido

no creer en él, pero aun así, siento una patente ansiedad por si realmente existe y yo no fuese a intentar ayudarle. Por eso he ignorado la puerta desde que estoy

aquí, pero la curiosidad está siempre ahí. Ya no sé si se abrirá o no, pero sé que en el momento que vaya a

probar suerte, estaré aceptando del todo la magia que

hay en mí y creyendo que lo imposible puede ser posible. Lo cierto es que desde que estoy aquí no he parado de pensar en ello. Todo esto es una locura, todo este

pueblo lo es, pero no puedo salir huyendo sin más...

No paro de darle vueltas al hecho de que tal vez podría ser yo quien pueda abrir la puerta. ¡Imposible! Hay muchas jóvenes en este mundo, miles y miles de

personas en todo el planeta. De ser así, de ser cierta, esta historia Derek está casi condenado a su encierro. Aunque Ana el otro día me dijo que ella creía en el

destino y que sabía que quien estuviera destinada a abrir la puerta acabaría haciéndolo. Yo no creo en él, solo en lo que puedo ver, tocar, palpar.

Mi abuela siempre ha dicho que el destino es para los que se pasan la vida soñando y esperando que sus sueños lleguen, que es mejor saber desde siempre que

los sueños no se hacen realidad y aceptar lo que te ha dado la vida para poder tratar de mejorarlo y perfeccionarlo. Desde niña he sabido que los sueños no estaban

hechos para mí. Yo soy como mi abuela, en su ordenada vida no hay tiempo para ellos y en la mía tampoco... Aunque no puedo negar que siento como si mi

subconsciente tratara de decirme algo. Me costó creer la historia que me contó mi padre sobre la magia que yo podría poseer algún día. Me dijo que, tal vez, al ser

su hija, los tendría al igual que él.

Descubrí mis poderes siendo muy niña, por casualidad, y al día siguiente se me matriculó en un internado para señoritas, para ampliar mi educación y

conocimientos, como muy bien me explicó mi abuela sin tener nada de relación con la magia.

Lo cierto es que, desde mi paso por el internado, nunca más he intentado usar mis poderes. Nunca más. Tal vez sea mejor que nunca vuelvan, sería lo mejor

para todos.

Dani ha sido la única persona que se ha tomado bien que viva en el pueblo mágico. De hecho, demasiado bien. Mi abuela dice que tengo un novio muy

comprensible, que es un santo. Pero en vez de sentir agradecimiento me sentí liberada y eso me hizo sentir tremendamente mal, pues no debería sentir esto al

alejarme de mi novio, debería sentir tristeza. En ocasiones tengo la sensación de que Dani da más por esta relación que yo y eso me hace sentirme tremendamente

egoísta.

—Ah, estás aquí —miro cómo Dani se me acerca. Me levanto y me pregunto si debo acercarme y darle un beso, pero finalmente no lo hago recordando las

sabias palabras de mi abuela—. Vamos a comer en el castillo. No me acostumbro mucho a estar comiendo y ver cómo los platos llegan solos a la mesa. Es una

suerte que tú hayas aniquilado esa parte de ti. La magia no sirve para nada.

Sonríe y yo me doy cuenta de que esperaba un beso que nunca llegará y que su alusión a la negación de mis poderes, me ha dolido.

—Sí... Bien, comamos aquí. Haré algo.

He preparado un poco de pollo con arroz y, tras comer, Dani se ha ido a la biblioteca a seguir trabajando. Es una suerte que no sea delicado con las comidas,

ya que no soy muy buena cocinera. Eso sí, recalentando comidas precocinadas, soy un hacha. Ahora estoy tratando de leer un libro mientras pienso en mi

cumpleaños. Y sin querer pienso en la puerta mágica.

Me levanto del sofá molesta porque mi mente haya evocado la puerta mágica una vez más y, tras dejar el libro en la mesa, empiezo a salir de la sala cuando de

pronto escucho que alguien llama a la puerta. Voy hacia ella y veo en esta a dos gemelas.

—Hola —saludo a ambas y me miran con ilusión. Son morenas y de ojos increíblemente grandes y verdes. Las he visto alguna vez por el pueblo y siempre me

han parecido simpáticas, pese a que no he hablado con ellas—. ¿Es vuestro cumpleaños?

—¡¡Sí!! —Sonríen y detrás de ellas aparecen de la nada serpentinas y confetis que saltan hacia la puerta.

—Bien, ya sabéis dónde está la puerta.

—Gracias Evy.

—Evelyn...

Pero mi corrección se queda suspendida en el aire pues las gemelas ya van hacia la puerta como alma que lleva el diablo. No sé qué dichoso empeño tienen los

habitantes de este pueblo en acortar mi nombre.

Empiezo a coger algunas serpentinas y miro hacia la muralla destruida que separaba antes el castillo del pueblo. No están muy lejos el uno del otro y para

acceder a él hay un camino bien cuidado con adornos florales a ambos lados, fuentes y bancos. Mucha gente usa este jardín para pasear. La antigua puerta no es

más que una mínima parte de lo que fue: solo queda un lado de la roca que recubría la entrada de la fortaleza, de la antigua muralla no queda nada, el castillo se alza

sobre el pueblo sin ningún tipo de separación. Se pueden apreciar en lo que queda de la entrada algunos entallados de águilas cubiertos por enredaderas, pero desde

que la vi por primera vez sentí que me recorría la intensidad de su magia.

La gente del pueblo piensa que lo que destruyó la puerta fue lo que impulsó a Derek a meterse tras la puerta mágica. Debió de ser algo importante, porque de

ser cierta la historia... ¿Por qué un príncipe renunciaría a todo para encerrarse tras esta? No tiene sentido.

Me han contado que mis abuelos cuando empezaron a vivir aquí, eliminaron lo poco que quedaba de la muralla, que no querían ningún tipo de separación entre

el castillo y el pueblo. ¿Qué clase de personas fueron? Es una lástima que un trágico accidente acabara con sus vidas hace poco, aunque de hecho, se puede culpar a

la mala vida que llevaban. Nadie me lo dijo, pero los escuché hablando del estado de embriaguez en el que ambos se encontraban cuando esto pasó.

Y aunque a veces me he preguntado cómo hubiera sido su vida sino se hubieran dejado llevar por tantos malos vicios, es mejor no remover el pasado ya que

mis abuelos no están y cuando si vivían no quisieron saber nada de mí.

Camino hacia la cocina para tirar lo que he recogido, coger una escoba para limpiar mejor lo que queda y escucho las voces de las jóvenes en el sótano. Algunas

veces he tenido la tentación de bajar para contemplar cómo son los dos círculos que deben unirse en uno solo. Pero siempre reprimo las ansias y pienso en otra

cosa. Tengo que admitir que con mi cumpleaños tan cerca, cada vez me cuesta más resistirme. Voy hacia la puerta con la escoba y cuando casi está todo recogido,

vuelven a aparecer las dos gemelas tristes.

—¿Nada? —Pregunto aun sabiendo la respuesta.

—Nada —dice una con voz lastimosa.

—Lo siento.

—¿Lo intentarás mañana?

—¿Por qué? —Las miro expectante.

—Es tu cumpleaños, aunque puedes hacerlo cuando quieras una vez que tengas la mayoría de edad.

—Vaya, no sabía que lo supierais.

—Aquí en el reino mágico lo sabemos todo, como que en tu castillo ahora está tu apuesto novio —exclama una de las gemelas.

—Sí, veo que lo sabéis todo —se ríen.

—Bueno, te diremos la verdad. Tu novio vino al hotel de mi padre a reservar una habitación y dijo que era tu cumpleaños mañana. Hicimos algo de trampa.

Las miro, pero solo pienso en lo que me han dicho: Dani ha reservado una habitación en el hotel.

—Bueno, chicas, me voy a... tirar esto —me excuso levantando el recogedor.

Se despiden, tras vaciar el recogedor voy hacia la biblioteca donde está Dani.

—¿No te quedas a dormir? —He entrado sin preguntar y lo he encontrado hablando por teléfono—. Lo... siento.

—Un momento —le dice al interlocutor—. Cariño, luego te busco.

«Cariño...»

Mi abuelo también llama así a mi abuela, siempre lo he visto más como una frase hecha que un mote cariñoso, pero es común entre ellos; y ahora que Dani me

lo dice a mí, sigo pensando lo mismo y no debería.

Empiezo a caminar y no me doy cuenta hacia dónde voy hasta que me paro al principio de la escalera que baja al sótano. Mi respiración se acelera por la

proximidad. ¿Por qué he venido aquí? Tal vez porque me ha dolido que Dani tenga tiempo para todo menos para mí, pero todo está bien. Me cojo a la barandilla y

la aprieto. Estoy siendo muy inmadura, él está trabajando. Además, debería haber tocado a la puerta. Él sólo me ha dicho que ahora me buscaría. Me siento en la

escalera que da al sótano y a la puerta. Me apoyo en la pared y me dejo llevar por mis pensamientos.

—Ah, estás aquí.

Salgo de mis ensoñaciones y miro el reloj tras escuchar la voz de Dani.

—Eh..., sí. —me levanto sonriente—. Son más de las nueve.

«Ha pasado un buen rato desde que fui a verte», pienso molesta. No me había dado cuenta del paso del tiempo en la escalera, pero ahora, tras sentir mis

piernas dormidas y mi culo dolorido, sí soy consciente de ello.

—Sí, es tarde. Iré al hotel y terminaré unas cosas y así mañana podré estar contigo para tu cumpleaños.

—¿Por qué te vas a un hotel? Aquí hay sitio, puedo prepararte una de las habitaciones...

—Mejor no cariño —lo miro y me siento desilusionada—. No quiero mancillar tu honor.

—Claro...

—Yo quiero que mi mujer sea pura y no quiero ponerte en evidencia. Las habladurías son muy malas.

¿Mujer? Me recorre otro escalofrío, este más intenso y solo puedo asentir mientras se acerca y me da un

tierno e insuficiente beso en la frente.

—Vendré a por ti a las nueve —escucho que me grita desde la puerta.

Asiento como si me pudiera ver y luego comienzo a alejarme del sótano. Llego a la cocina y empiezo a prepararme algo ligero para la cena. Cuando me siento

en la soledad de la cocina a comérmela, la vista se me va hacia las escaleras del sótano. Termino de cenar y salgo de allí. La idea es irme a mi habitación, pero vuelvo

a pasar por el sótano y empiezo a bajar las escaleras. Noto el frío en mi piel y me detengo para frotarme el brazo.

Subo los escalones que había bajado y corro. Yo no creo en esas cosas... Existe la magia, bien, pero es como el que nace con el pelo rubio. Otra cosa muy

distinta es aceptar que un príncipe está atrapado en el tiempo tras una puerta. Es una locura. Y yo no pienso formar parte de ella. Nunca.

Sí, claro, nunca. Por eso ahora mismo estoy bajando las escaleras del sótano cuando solamente hace diez minutos que dieron las doce y yo cumplí los

dieciocho años. Y si he tardado diez minutos ha sido simplemente porque nací a las doce y cinco y temí que de hacerlo antes no tendría oficialmente la edad

apropiada. Soy patética, lo más curioso de todo es que desde que llegué al castillo y supe su historia, una parte de mí sabía que cuando fuera el momento bajaría

para tratar de abrir la puerta.

Desciendo el último peldaño y enciendo la luz. Miro el sótano buscando la puerta, pero no la veo a primera vista. Miro que hay un pasillo a mi izquierda.

Voy hacia él y veo ante mis ojos aparece una inmensa puerta dorada labrada con hermosos detalles de enredaderas de tulipanes. Se nota que es una obra de arte,

tallada con amor.

Me quedo sin palabras. Nunca había imaginado que la puerta sería tan imponente ni tan brillante y mucho menos que resplandecería como si tuviera luz

propia. Es increíble. Me acerco a ella y veo las dos mitades del círculo partido que se supone que se deben unir, cada uno mirando hacia un lado. Hay que coger las

dos mitades a la vez, y de ser la persona elegida se moverán y girarán para formar un solo círculo perfecto.

Levanto las manos hacia ellas sintiendo cómo el corazón me late con fuerza en el pecho. Pongo las manos en el frío oro y cuando me preparo para girarlas, las

dejo caer. «No puedo... No puedo.» Mis ojos están llenos de lágrimas. Las reprimo con fuerza. Sé que una parte de mí se entristece ante mi cobardía. Salgo

corriendo del sótano buscando la calidez de mi cama.

Cierro los ojos para intentar conciliar el sueño y cuando consigo entrar en el mundo onírico, vuelve a aparecer el joven que mira por el balcón de mi habitación.

Esta vez, en vez de despertarme agitada, como siempre suelo hacer, dejo que el sueño perdure y me acerco más a él. La proximidad me hace sentir plena y muy

triste. Su soledad me atraviesa como si fuera mía. Alzo la mirada para verle la cara y saber si es cierto que sus ojos son la mezcla de sus dos padres, pero en ese

instante todo se vuelve borroso y desaparece...

¿No estaré siendo egoísta negándole la oportunidad de volver? Quizá no sea yo, pero si Ana tiene razón y existe el destino, estoy ignorando una historia en la

que este pueblo creé y que el destino, ha hecho que yo la conociera justo antes de cumplir la mayoría de edad. Solo debo intentarlo y ya está. No puede ser tan

malo. ¿Verdad?

—No sé qué hacer —digo en alto mientras salgo del calor de las mantas y voy hacia el balcón, al lugar dónde siempre lo veo apoyado mirando la noche.

«¿*Qué debo hacer?*» me pregunto como si fuera a recibir una respuesta. Pero la noche sigue calmada y no se escucha nada, solo mi respiración agitada. La

decisión sigue siendo mía. Tal vez deba arriesgarme. Tal vez, por una vez, deba creer que los sueños pueden hacerse realidad. Y que no todo se rige por el orden y

la planificación. Tal vez por una vez deba creer que lo inesperado es parte también de la vida.

Evelyn

—El otro día hablé con algunos de nuestros amigos de algo que puede interesar...

Dejo de prestar atención a la conversación de mi abuelo y me centro en seguir abriendo mis carabineros con las pinzas para el marisco.

Hemos venido a comer para celebrar mi cumpleaños, mi abuelo está hablando con Dani y su padre de la empresa. Son negocios muy importantes y más ahora

que todo pasará a ser de Dani, gracias a nuestro noviazgo. Mi abuela por su parte, está comentando con la madre de Dani, los últimos cotilleos entre su grupo

social. La última vez que presté atención hablaban de la humillación que pasó una de sus amigas cuando su hija le anunció que estaba enamorada de un trabajador

sin aspiración alguna y que, para colmo de males, poseía magia.

Hace rato ya que he dejado de escuchar las conversaciones que se están desarrollando en la mesa y me he centrado en la comida. Cuando llegamos al postre me

quedo sentada en la mesa observando la escena que se representa ante mí, quieta y sin hacer ningún comentario, mientras espero que nos lo sirvan. Contemplo a

Dani y espero que se dé cuenta, pero me ignora y yo opto por contemplar mi alrededor, el salón de un lujoso restaurante. De repente se apagan las luces, levanto la

vista hacia una de las esquinas del restaurante para ver qué está pasando. Aparece una tarta iluminada por bengalas que es llevada por los camareros y al fondo veo

una mesa cantando el *Cumpleaños Feliz*. Contemplo embobada sin poder quitar la atención de cada movimiento que se da en la mesa mientras el camarero llega con

la tarta y se la pone delante.

—M enuda ordinariez. ¡Esa joven ya no tiene edad para tartas! No sabía que en este restaurante daban pie a este tipo de cosas —comenta mi abuela asqueada.

Observo a mi abuela, no tiene más de cincuenta años, al igual que mi madre, se quedó en estado a una edad temprana. Pero ella sí que tenía dinero para hacerse

cargo de su hija; y sus padres no pusieron pegas cuando les anunciaron que se casarían, más bien como ella dice: estaban orgullosos de que su pequeña hubiera

pillado tan buen partido.

Desde pequeña me ha educado como a una hija y he aprendido gracias a su insistencia constante, cómo debía de ser una buena mujer. Todo lo que sé, se lo

debo a ella.

Las luces se encienden y eso me hace salir de mi estado de aturdimiento. Me he quedado boba mirando cómo la chica soplabla las velas y cómo se reía con sus

padres, mientras se hacía una foto con ellos. Los míos no han podido venir. No puedo decir que los eche en falta en mi cumpleaños, pero sí que he sentido un ápice

de envidia cuando he visto a la joven abrazar al suyo... A veces desearía que mis padres hablaran más conmigo y no le pasaran los recados de lo que quieren

decirme mis abuelos. Me gustaría no sentir como extraños a mis progenitores. El problema es que nunca han querido ejercer como padres y esto ha instalado una

muda conversación entre los tres. No, no debería quejarme, estoy rodeada de personas que me quieren y respetan, no podría desear un cumpleaños mejor.

Hemos venido a uno de los mejores restaurantes de la ciudad y mi abuela me ha comprado para la ocasión un pantalón de hilo y una blusa de color rosa claro

de seda.

Observo a la joven una vez más y veo su ropa moderna y me pregunto cómo puede llevar algo tan poco refinado en un sitio así. Mi abuela seguro que está

pensando lo mismo, pues no para de mirarla de arriba abajo, mientras comenta algo con la madre de Dani. Yo prefiero guardarme lo que pienso para mí, no creo que

sea justo opinar sobre nadie, en eso no soy como ella.

—Bueno, tomamos los postres y mejor nos vamos a seguir trabajando. El deber nos llama —comenta mi abuelo y veo cómo Dani asiente.

Asiento sin añadir nada.

—Evelyn, ¿qué te pasa?

Miro a mi abuela, no comprendo a qué viene su pregunta ya que me he dado prisa en esconder las cosas extrañas que he sentido para que nadie las viera.

—Nada...

—No le pasa nada —responde Dani por mí—, señora O'coner. ¿Verdad, cariño?

Lo miro y asiento.

—Dani tiene razón abuela, no me pasa nada.

—Como se nota que este joven te conoce bien —comenta mi abuelo pasando una amistosa mano por encima del hombro de Dani.

—Es lo menos, no todos los jóvenes tienen el lujo de tener a su lado a una mujer como Evelyn. Su educación y su elegancia hablan por sí solas.

—Sí, mi esposa ha hecho un buen trabajo con ella.

Tengo la sensación de que hablan de mí como si no estuviera. Los miro y sonrió, pues no sé qué más añadir.

Tras los postres, mi abuela ha sugerido que me quede a pasar la noche en su casa y así Dani me pueda llevar a mi casa al día siguiente.

—Yo... había pensado irme hoy... —Los miro algo sonrojada y hablo muy flojito—. Puedo coger el autobús...

—Yo creía que esa estupidez de estar en el castillo se te pasaría en dos días. No sé qué placer encuentras al estar en un sitio tan grande y sucio.

—Viene un grupo de limpieza, todo está en orden.

—En dos días no les dará tiempo a nada. A ver si se te pasa pronto esa tontería. Es hora de que dejes a un lado todo esto y empieces a comportarte como la

futura mujer de Dani. No nos hemos gastado un dineral en tu educación para que te comportes así ahora. Deberías estar estudiando tu carrera. No perdiendo el

tiempo.

Me invade la tristeza y la culpa por no poder dejar sin más el castillo e irme a casa de mis abuelos, donde pertenezco, de donde nunca debí salir. Es como si

un hilo invisible tirara de mí y me acercara subconscientemente a aquel lugar.

Me siento muy mal por estar dañando a mis abuelos. Tienen razón en todo, además no estoy demostrando mi educación con esto. ¡Pero es que no puedo irme

aún!

—Lo siento abuela —la miro tratando de que vea en mis ojos lo mucho que me duele lastimarla—. Solo unos meses más. Luego todo será como antes.

—Eso espero. No me gustaría ver cómo dejas pasar una oportunidad así —mira a Dani que está hablando con mi abuelo, para variar—, por una estupidez.

Agacho la cabeza y no digo nada, escucho cómo me habla una vez más de la educación que me ha dado y de lo que debería hacer, me miro las manos

entrelazadas en el regazo sin poder añadir nada. Tras disculparme, una vez más, mi abuelo se levanta, lo seguimos mientras va a pagar para ir hacia los coches y

despedirnos.

Al llegar a ellos mi abuelo me da un apretón en el brazo y mi abuela dos sonoros besos y una advertencia, no quiere tener que tomar medidas para sacarme de

allí. Los veo alejarse y los saludo con la mano.

—Bueno —Dani saca su reloj de bolsillo y lo mira—. Me quedan diez minutos para acompañarte a la parada del autobús.

Miro a Dani y asiento. Nos despedimos de su familia y vamos hacia su coche para ir a la estación. Cuando el vehículo se detiene el teléfono de Dani empieza

a sonar de forma estridente.

—Luego te llamo —me dice tapando el teléfono.

Al entender que es de mí de quien se despide, asiento. Salgo del coche hacia el autobús que me llevará lejos de aquí y aunque no debería, siento alivio por

alejarme de aquí.

Al llegar al pueblo, nada más bajar del autobús, la alegría de este sitio y su magia me invaden. Camino hacia el castillo por las cálidas y acogedoras calles y

escucho cómo la gente me llama y me saluda. De repente, me llega el olor a chocolate y miro hacia la pastelería de Rosa. Voy hacia ella y, cuando contemplo el

escaparate, veo una tarta de cumpleaños. La observo con atención y no puedo evitar pensar cuándo fue la última vez que yo tuve una... ¡Pero qué hago! ¡No es

más que una preciosa tarta para niños! Me giro para irme cuando escucho cómo se abre la puerta.

—¡Eh, Evy! —Me giro y veo a las gemelas salir de ella—. ¿Qué tal el cumpleaños?

—Bien... acabo de llegar.

—¿Y qué te han regalado? —Pregunta la otra gemela.

Tal vez debería preguntarles el nombre, aunque dudo que me acuerde de decirle a cada una el suyo porque son idénticas...

—Ropa mis abuelos y Dani un anillo.

—¿¿De compromiso?!! —Exclaman las dos a la vez.

—No...

«O eso creo. No creo que Dani me esté proponiendo matrimonio...»

—¿Dónde está? —Pregunta la gemela uno cogiéndome la mano.

—Está... guardado —explico mientras esta me mira la mano—. Dice que es mejor usarlo solo cuando sea necesario...

Veo que ambas me ignoran y miran mi muñeca.

—Vaya tatuaje más raro.

—Es una marca de nacimiento.

—¿Negra? —Susurran las dos a la vez.

—Sí... —Trato de quitar la mano.

—Qué mancha más rara. Es como una luna...

—O un semicírculo. Sí, eso, parece más un círculo incompleto —Ambas me miran y yo quito la muñeca. Para mí la mancha es como una peca más, eso sí un

poco más grande—. ¿Has probado a abrir la puerta?

—No... Sí... No lo hice al final.

—¡¡Debes hacerlo!! —dicen las dos emocionadas.

—Esta marca es una señal. Seguro.

Tratan de cogerme la muñeca derecha de nuevo, pero no les dejo y cojo el bolso para disimular, no quiero que me vuelvan a mirar la mancha.

—No, no lo es. Ahora debo irme.

—Pensábamos que querías una tarta. ¿Has celebrado el cumpleaños? —Asiento—. Pero nada como una celebración en el pueblo mágico. Ven. Cada una me

coge de un brazo.

—No... Yo...

—Tú déjate llevar —dice una de las gemelas. Podrían por lo menos no vestir idénticas. Entramos a la pastelería—. ¡¡Rosa es el cumpleaños de Evy!!

La mujer rolliza y alegre viene hacia mí contenta y me da dos sonoros besos en los mofletes.

—¿Cuántos cumpleaños?

—¡¡Dieciocho!! —Saltan las dos gemelas ilusionadas.

—Oh, hoy es un día mágico. Te haré una tarta especial.

—¡Y mira lo que tiene en la muñeca!

Una de las gemelas me coge, Rosa se acerca y veo cómo detrás de ella los platos y alimentos vuelan solos, haciendo lo que parece ser una tarta. Esto es una

locura.

—Oh, un semicírculo...

Comenta pasando un dedo por mi marca.

—Es solo una mancha de nacimiento.

—Es una señal —comenta Rosa—. Bien, tendré que hablar con el director de la universidad de magia. Me temo que el príncipe pronto estará con nosotros.

—¡¿Qué?!! No esperaréis que yo... —observo cómo las tres asienten—. Yo no... No.

—Sí, seguro que sí, esto es...

—Sí, una señal, lo he oído un par de veces —contesto a una de las gemelas. Prefiero no dejarme llevar por su emoción, realmente no creo que esto sea una señal.

—Entonces, ¿qué haces aquí Evy? —Pregunta Rosa—. Esto es un pueblo mágico. Lo mágico está a la orden del día.

—Lo sé, pero yo...

—Tú tienes el *don* y este pueblo es parte de ti.

—Se puede ignorar la magia —digo en un murmullo a Rosa.

—Sí, pero te pasarás toda la vida ignorando lo que eres. Además, si la quieres ignorar, ¿qué haces aquí? —Vuelve a preguntar.

No lo sé, pero eso no se lo digo. Corto el contacto visual con Rosa y miro cómo el cuenco se vuelca solo en un molde para bizcochos. «¿*Qué hago aquí?*»

—Yo creo que debería irme a mi casa.

—¡Ah no! Hoy tendrás una fiesta mágica que no olvidarás. Mientras estés aquí, debes aceptar lo que eres y lo que somos. Y si no te gusta, Evy, deberás irte.

Puedes ignorar tu don como ha hecho mucha gente antes, pero eso no querrá decir que seas más feliz.

—Solo mi padre tiene magia... Mi madre es...

—Nosotros también somos normales, Evelyn —me corta Rosa. Ha debido de imaginar lo que iba a decir y ahora, dicho por ella, veo lo mal que suena y me

arrepiento de haber siquiera pensado que ellos no son normales. Pero todo es tan nuevo para mí que me siento perdida.

—Sí, tienes razón, lo siento —respondo sumisa.

—Ven, te prepararé un chocolate mientras sale la tarta.

—No hace falta.

—Ah, tonterías. A todo el mundo le encanta el chocolate.

—Es para niños.

La mujer se para y me mira.

—Nunca, nunca olvides a la niña que hay en ti, Evelyn. La vida es muy larga para pasártela siendo solo un adulto. Debes tener esa inocencia, propia de los

niños, que creen que todo es posible tan solo con soñarlo. Olvidar al niño que hay en ti, es dejar de soñar. Y eso no se puede consentir.

No contesto porque sé que ni ella cambiaría de forma de pensar, ni yo tampoco. Mis abuelos siempre me han tratado como si fuera adulta y siempre lo he

valorado. Aunque hasta ahora no me había dado cuenta de que me he pasado toda la infancia jugando a ser mayor. Lo cierto es que, desde que estoy viviendo cerca

de tantas familias felices no he parado de pensar en cómo hubiera sido mi vida de vivir con mis padres. ¿Hubiera sido diferente? ¿Hubiera querido que lo fuera?

¡No! ¡Por supuesto que no! Oh, odio este pueblo. Me hace desear cosas que antes no necesitaba, ni siquiera las echaba en falta.

—Y sin embargo, estás aquí y no te has ido —miro a Rosa estupefacta—. Puedo leer la mente, niña, y la tuya es un caos. No me gustaría estar en ella. Date

tiempo y sé tú misma.

—Si soy yo...

—Eres lo que crees que desean de ti, no quién eres en realidad.

—No me gusta que me lean la mente —respondo molesta.

—Pues ve a la universidad mágica y te enseñarán a cerrarla para que nadie lo haga.

—No voy a ir allí —replico.

—Pues entonces, no te quejes si más de uno puede meterse en tu cabeza —responde con una sonrisa mientras prepara mi chocolate.

—Ya está preparado —estoy terminando mi chocolate cuando entran en la pastelería Ana con las dos gemelas—. Ya verás qué bien lo pasamos —Ana viene

hacia mí y me coge la muñeca para mirar la dichosa marca—. ¡Es verdad, la tiene! ¡Oh, me muero por ver a Derek! ¡Aunque más de una se morirá de envidia por no

ser ella la que abre la puerta!

—No es una señal.

Ana y las gemelas me miran y yo le doy un último repaso a mi taza con la cucharilla. Esto está realmente bueno. «*Es para niños*», me recuerdo. «*Pero está*

tan bueno...»

—La tarta está preparada —dice Rosa y la trae en una caja de cartón amarillo—. Cuando cierre me paso por la fiesta.

—Claro.

Ana me coge y, antes de que pueda quejarme, soy arrastrada hacia la escuela mágica.

—No, yo...

—Celebramos los cumpleaños en el salón de actos de la universidad y escuela mágica.

Van demasiado rápido y mis zapatos de tacón no me dejan avanzar mucho.

—Parad. Los zapatos me...

—Ah... —Ana se para y, tras mover el dedo en mi dirección, aparecen en mis pies unos zapatos planos más cómodos, tras una intensa luz blanca que se va

evaporando lentamente. Me recorre un escalofrío al sentir la magia en mis pies y casi grito por la impresión. Es increíble—. Así estarás mejor.

Me conducen al patio de la universidad, no es muy grande ya que no hay mucha gente estudiando en ella, por lo que sé tienen varias clases con estudios

básicos y luego otras de magia. Los que quieren estudiar una especialidad más desarrollada se van a otras universidades y luego regresan. Y adjunto está el instituto

y colegios.

Al entrar a este me quedo alucinada. ¡No parece fuera de lo normal! ¿Qué había esperado? Y entonces aparece ante mis ojos lo atípico: los platos y los vasos

de plástico van solos hacia lo que supongo que es el salón de actos. Bueno, es casi igual. Casi. Pues donde yo estudie la gente no lleva las cosas volando a su lado.

—Ya te acostumbrarás a la magia —dice Ana. La miro seria y ella sonríe—. Vamos, nos esperan.

En el salón de actos, la luz es potente y me percató de que viene de una lámpara normal que cuelga del techo. Las ráfagas de luz que salen de esta se mueven

como si fueran luciérnagas con vida propia por el salón. También hay burbujas de agua flotando por el techo y los confetis no paran de caer en el centro de la pista.

Me temo que eso es cosa de las gemelas. Me miro a mí alrededor y veo un montón de caras que no conozco, pero todos se muestran felices de estar aquí. Todo es muy

raro, parece ser que solo para mí, pues ellos están cómodos en este ambiente.

—Felicidades Evelyn —dice un joven con entusiasmo.

Yo le sonrío con educación y le tiendo la mano para saludarlo. Este se ríe y se acerca a mí.

—Aquí nos gusta más dar dos besos.

No tengo tiempo de replicar antes de sentir dos sonoros besos en las mejillas. Me quedo quieta y no me da tiempo a reaccionar antes de que vengan más y

hagan lo mismo. Lo más extraño de todo es que lejos de estar escandalizada por esta rara conducta, estoy

sonriendo.... Poco después llega Ana y entre risas me

coge de un brazo y nos dirige a una de las mesas dónde han preparado varias bandejas de bocadillos y aperitivos varios.

—¿Quién ha organizado todo esto? —Pregunto.

—Entre todos. Yo hice los bocadillos de crema de cacao. Es lo que mejor sé hacer —sonríó—. La madre de las gemelas tenía refrescos del cumpleaños de sus

hijas. Todos hemos aportado un poco.

La miro estupefacta. Para ellos debe de ser algo normal, pero para mí no. En la urbanización donde vivía, la gente siempre estaba muy ocupada. Solo en alguna

ocasión se organizan fiestas de presentación o alguna comida formal, pero estaban muy lejos de parecerse en algo a esto, y no solo por la magia. Allí la gente solo

habla procurando no hacerlo más alto que el silencio. En cambio aquí todos gritan y hablan sin ningún tipo de orden ni decoro, la gente te besa para felicitarte y

abunda la comida sencilla. No sé qué decir ni qué hacer.

—Solo di gracias y, por lo demás, sé tú misma —me dice Ana guiñándome un ojo

—¿Tú también lees la mente? —Asiente—. M e lo podrías haber dicho antes...

—¡Lo siento! Si fueses a...

—Ya me lo comentó Rosa —la corto.

—Sería bueno que exploraras tu lado mágico. Luego puedes decidir qué quieres hacer, pero no puedes hacerlo sin probarlo.

—Ahora no quiero hablar de eso.

Ana sonríe. Las luces se apagan y que todo el mundo empieza a cantar cumpleaños feliz. La tarta viene hacia mí alumbrada por las velas, pero al contrario que

la de esta mañana que era llevada por camareros, esta viene sola suspendida en el aire. M e siento invadida por una alegría que hasta ahora no había sentido. La tarta

llega a mí y todo el mundo insiste en que pida un deseo . «*Encontrar mi verdadero camino*», pido y soplo las velas. Todos aplauden y yo sonrío presa de una

felicidad sincera, pero... ¿y si todo esto es efímero? ¿Y si mañana nadie me habla? M e retraigo y adopto una postura erguida y elegante, como si en vez de en esta

fiesta dónde todos parecen aceptarme, estuviera en una de las organizadas por mi abuela o sus amigos. Al menos, en ese ambiente sí sé moverme, qué esperar de

ellos al día siguiente.

—No me gusta lo que piensas —me dice Ana—. Te seguiremos hablando. Eres tú la que se ha escondido en el castillo, Evy. Nosotros siempre hemos estado

tras tu puerta, buscando estúpidas excusas para verte. Nos caes bien.

Tiene razón, yo me he alejado de ellos y no al revés.

—Yo...

—Tú te vas a comer la tarta de cumpleaños y vas a dejar de pensar tonterías.

Me sirve un plato y sumerjo la cuchara para después introducirla en mi boca, me invade tal placer por el sabor que de repente agrando los ojos y miro a Ana.

—Es...

—Increíble, fantástica, es... ¡Mágica!

Me sonrío, yo le devuelvo la sonrisa y sigo comiendo. Ana me cae bien. En el internado no había chicas como ella.

Me mira, he debido quedarme muy seria tras recordar el internado. Me meto un trozo de tarta en la boca y digo lo primero que se me pasa por la cabeza no

me apetece recordar ahora mismo mis años en el internado...

—¿Todas las tartas son tan buenas?

No recuerdo la última vez que me comí un trozo tan grande. En casa de mis abuelos se lleva un régimen de comidas y Dani siempre piensa en las dietas,

evitando comer todo tipo de dulces.

—Pues te estás perdiendo lo mejor —contesta Ana y lo dice seria. Recuerdo que Ana puede leer la mente, pero gracias a Dios ha preferido no preguntar nada

sobre el internado y se lo agradezco. Tal vez un día esté preparada para contárselo, pero no ahora—. Tómame otro trozo —añade cambiando mi plato vacío por

otro lleno.

—Yo... —sonríó y lo acepto, no me hará mal saltarme la dieta por un día.

—No lo creo...

—Deja de leer mis pensamientos.

Sigo comiéndome la tarta y poco después, un joven de mi edad me saca a bailar. Cuando entramos en la pista de baile, trato de analizar la música para poder

bailar de la mejor manera posible, recuerdo mis clases de baile pero ninguna de las canciones que aprendí se parece en algo esto. Me quedo quieta sin saber qué

hacer y empiezo a alejarme.

—Solo déjate llevar.

Me coge entre sus brazos más cerca de lo que está permitido y empezamos a movernos sin ton ni son en esta danza loca. Pese a que nunca he practicado este

tipo de baile, me siento ligera y no tardo mucho en dejarme llevar por la música y mi acompañante.

Este se ve sustituido por otro y por otro y yo me olvido de todo, solo soy capaz de reír. ¿Llevo toda la vida ignorando esto? Ahora mismo me parece

increíble. Puedo bailar sin pensar en los pasos y sin temer equivocarme y dejar mal a mis abuelos, me siento ligera y libre...

Evelyn

Llego al castillo y me siento feliz. Por primera vez en mucho tiempo me siento, como si flotara. He reído, bailado con casi todo el mundo y me lo he pasado

bien haciendo algo imprevisto. Abro la puerta y me invade el silencio y, tras esta, la incertidumbre de que esto solo haya sido por hoy. Atesoraré el recuerdo de

esta tarde en mi mente y seguiré como si nada. Es lo mejor. Desde niña he aprendido a sobreponerme rápido ante los acontecimientos. Como bien dice mi abuela:

que los demás no sepan que estas mal.

Subo a mi habitación y al abrir la puerta me recibe el olor a antiguo mezclado con mi perfume que lentamente ha ido llenando esta estancia. Voy hacia el

armario y lo abro para buscar algo para ponerme cómoda. Cuando abro el primer cajón observo los camiones que traje de casa de mis abuelos pero solo uno de

ellos destaca por su originalidad. Lo miro y sonrío. En él hay una vaca riéndose con una oveja. Este no lo podría llevar en casa, pero aquí no vivo bajo las

restricciones de mi abuela. Cuando lo vi no pude resistirme a comprarlo. Lo cojo para ponérmelo.

Me suelto el pelo y me miro en el espejo. Está liso. Mi abuela piensa que el pelo rizado es vulgar. Me llega por encima de la cintura, recto, ya que paso

mucho tiempo eliminando las ondulaciones que tengo. Siempre he querido escalármelo, dejármelo secar al aire, pero cuando trato de hacerlo, el recuerdo de la voz

de mi abuela siempre consigue que lo mantenga como es debido. Me siento en la cama para quitarme los pendientes y pulseras que llevo. Me pongo mi brazalete de

cuero que tiene un dibujo en plata de un águila y solo me quito cuando mi abuela me lo pide. La mayoría del tiempo lo llevo tapando mi marca pero no sé por qué,

por eso hoy pudieron verla y otros días no.

Me encantan las águilas, pienso al pasar los dedos sobre el dibujo. Son tan fuertes, capaces de lograrlo todo y, ante todo, libres. Tal vez envidie esa libertad...

Pensando en el águila, recuerdo las preciosas representaciones que hay de este noble animal por toda la zona. Algunas tan reales que impresionan miradas, es

como si sus ojos de piedra pudieran traspasarte el alma. En el centro de la plaza hay una estatua de un águila con las alas abiertas sobre una fuente. Aquí hay varios

escudos reales y en el jardín cerca del lago hay otra águila tallada en mármol alzada en un pedestal. Aquí soy feliz... Aunque también lo era viviendo con mis

abuelos. Y eso hace que me sienta culpable ante mi felicidad cuando sé lo mucho que la desaprueba mi

abuela.

Me tiro en la cama enfadada conmigo misma.

Me paso la mano por el pelo y al hacerlo recuerdo la marca del semicírculo ahora tapada. Me siento en la cama y me quito una vez más el brazalete para

recorrerla con mis dedos. Lo pongo de nuevo como si verla me inquietara. ¿Y si es una señal? ¿Y si por mi cabezonería estoy condenando a alguien a vivir encerrado

durante toda la eternidad? Tal vez no crea del todo que sea posible, aunque hoy he visto cómo la gente vivía con la magia es aceptada. Tal vez no estaría mal

aceptarlo yo también y convivir con el mío. Pero si lo hiciese, defraudaría a mis abuelos y a mi novio. Ellos esperan que tras estar aquí vuelva y todo siga como

siempre, que haga como que la magia no existe y no es parte de mí. Rosa tenía razón. No puedo decidir que no me gusta si no lo pruebo. Debo intentarlo, si luego

no funciona...

Noto una sensación molesta. ¿Y si lo que me da miedo es fracasar? ¿Y si pese a no ser soñadora una parte de mí ha soñado con ser la que abra la puerta? ¿Y si

esto no sucede, qué voy hacer? No, debería haber tenido esa clase de sueños. Una parte de mí sabe que no podría dejar de intentar abrir la puerta, he sentido en mis

propias carnes la soledad de Derek. «*Si es que es él*», piensa mi parte más incrédula. ¿Y qué se supone que haré si aparece un príncipe en mi casa? Me enudo lío.

La euforia de la fiesta sigue corriendo por mis venas, porque no me reconozco. Esta actitud no es propia de mí, pero ahora que he tomado una decisión no

puedo echarme atrás. O más bien, no quiero.

Empiezo a sentir un cosquilleo extraño en mi estómago, un anticipo de lo que está a punto de suceder. Inspiro hondo y me levanto para bajar las escaleras

temblando de la emoción. Me siento como una niña pequeña que espera ilusionada el día de navidad.

Emprendo mi descenso al sótano y enciendo la luz para ver la puerta. Siento el suelo frío bajo mis pies y cómo mis manos tiemblan conforme me acerco. La

puerta dorada está ante mí. Es inmensa e impone. Me sorprende su brillo, como si tuviera vida propia. Recorro con las manos en las dos mitades del círculo, las

acaricio con cuidado y veo cómo mis manos tiemblan al pasar por ellas, inspiro con fuerza para calmarme y, sin más, trato de moverlas. Sé que si lo pienso un

poco más no voy hacerlo y encontraré alguna excusa por la que no debería estar aquí, dejándome llevar por esta historia del príncipe encerrado.

El momento ha llegado. La incertidumbre y la ilusión recorren todo mi ser. Y sin más, trato de moverlas.

Cierro los ojos pero los abro rápidamente

desilusionada al ver que no se mueven. ¿Qué esperaba? Miro mis manos sobre los semicírculos y mi marca parecida a una de las dos mitades en mi muñeca. No

puedo creer que esté aquí, que me haya dejado llevar por un sueño... Me quedo quieta y antes de apartar las manos trato de moverla una vez más para mi

vergüenza.

Me dejo caer en el suelo sintiéndome muy triste. En el fondo he creído de verdad que era capaz de abrirla. Me pregunto si esto mismo habrá sentido cada una

de las muchachas que lo han intentado. Me siento mal por ellas, por haber pensado que eran pesadas. Ellas solo tenían la ilusión de poder lograrlo. Lo intentaron y

fracasaron. Soñar no sirve para nada...

Me levanto para irme pero miro una vez más la puerta. Me dijeron que tenía que unir los dos círculos, pero... ¿Y si me he equivocado al tratar de acercarlos

por el medio? ¿Y si fuera girando cada una de las partes? ¿Y si lo que hay que hacer es que los dos semicírculos giren haciendo un círculo? Pongo las manos en las

dos partes más bajas del círculo y con la respiración agitada y la ilusión por el suelo tras el intento fallido, comienzo a mover los círculos hacia arriba. Siento que se

mueven un ápice. ¿O son mis manos temblorosas? Sigo moviéndolos y empiezan a ceder con un ruido sordo. Cierro los ojos por el intenso ruido y la luz cegadora

que está apareciendo de los dos semicírculos. ¡¡Lo estoy consiguiendo!! Me siento eufórica. Invasión por una felicidad jamás conocida.

Meuevo las manos guiándome por el instinto y cuando dejo de escuchar el ruido, abro los ojos ante mí aparece un círculo perfecto. Me quedo muda de

asombro y caigo al suelo, las piernas no paran de temblarme y no me sostienen. ¡¡Lo he conseguido!! ¡¡Lo he hecho!! ¿Y ahora qué? ¿No debería aparecer un

príncipe? ¿Por qué no aparece? «*Ves, sólo era una leyenda.*» ¿Y para esto tanto rollo? Había empezado a creerla... Me la había creído del todo, aunque odie

reconocerlo.

Pese a ello me veo abriendo la puerta, y mirando tras esta, las hojas crujen mientras se abre y me sorprende de verdad poder moverla pues parece una puerta

pesada y robusta pero tras ella no hay nada salvo una silenciosa oscuridad. No es más que una puerta falsa...

Llevo una hora en el jardín de la entrada. He salido del castillo, necesitaba pensar sin estar bajo la protección de este y creo que ya va siendo hora de que

vuelva a mi habitación. Estoy helada. Y desilusionada. Se han inventado esta historia para reírse de mí,

seguro. No soportaría ver cómo se ríen ante la tonta de

Evelyn que no quería usar la magia y ha acabado abriendo la puerta.

Camino hacia el castillo de nuevo y miro hacia el balcón pero lo que veo me hace parar en seco: ¡Hay alguien en mi balcón! No puede ser, debe de ser una

sombra. Eso es, una sombra. Pero he comenzado a correr hacia mi habitación como alma que lleva el diablo para ver quién es. O más bien, para ver si es él, ya que

mi habitación antes era la suya.

Abro la puerta de mi habitación y salgo al balcón. No hay nadie. Era una sombra, pero parecía tan real... ¿O yo quería que lo fuera?

—¿Por qué habré empezado a creer en príncipes? Él no existe... Él...

—¿M e buscabas? —Pregunta una voz dura y con un deje sensual muy cerca de mi oído.

M e quedo helada al escuchar ese tono y sobre todo al tenerlo tan cerca. M i corazón late desbocado por el miedo, ya que no sé qué me voy a encontrar cuando

me dé la vuelta.

Giro temerosa y me topo con un pecho fornido, amplio cubierto por una camisa blanca y antigua que ondea con la suave brisa nocturna, no puedo ver más

debido a su altura. Alzo la cabeza para mirarlo, para enfrentarme al que se está riendo de mí. Seguro que todo esto no es más que una broma pesada, pues es

imposible que de verdad Derek esté ante mí. Pero antes de que pueda hacerlo, el joven me acerca a él con una de sus amplias manos y atrapa mis labios entre

suyos . *«¿Pero qué está haciendo?! Debo pararlo. ¿Qué se ha creído este... este...? Desde cuándo un beso es tan... tan... ¡Increíble!».*

Un potente escalofrío me recorre todo el cuerpo y como mi calor corporal aumenta. Los latidos de mi corazón de disparan y no encuentro fuerzas para

apartarlo. Solo pienso en intensificarlo, en que este placer no acabe nunca.

El joven intensifica el beso y lo sigo presa de este mar de sensaciones. Poso una de mis manos en su pecho, y la otra, como llevada por el instinto, se alza

hacia su cuello para acariciar su pelo y entrelazar mis dedos entre sus suaves hebras. M e detengo, esto no es propio de mí. M i parte racional quiere salir a la

superficie. Hago un amago de alejarme pero en vez de eso me veo acortando aún más las distancias que nos separa y como sus manos me recorren la espalda y la

cintura.

Sus labios juegan con los míos y lo sigo. Le doy lo mismo que recibo presa de este mar de pasión que ha

convertido mi sangre en lava líquida. El beso es

brusco, pero a la vez tierno. Su sabor me embriaga y me hace desear más. Quiero no corresponderle, pero con lentitud, ajena a mi razón, me dejo llevar por esos

labios que me están abrasando exigiendo más. Noto cómo mi boca se ve invadida por su lengua y me tenso por la oleada de placer que me recorre al pensar que

nunca he sentido esto por nadie, ni tan siquiera por Dani...

Pensar en mi novio me hace detenerme. ¿Qué hago? Estoy temblando y me siento extraña, pero reúno todo la fuerza de mi ser y lo empujo antes de darle una

bofetada que resuene por todo el balcón.

—¿¡Pero qué se supone que estás haciendo!? —le digo sabiendo que esto lo tuve que haber dicho mucho antes.

Me siento agitada y casi grito de felicidad al ver que mi voz parece tan serena y enfadada.

—Cálmate, llevo demasiado tiempo sin una mujer y eras la más cercana. No es para tanto, muchacha —no me atrevo a mirarlo a la cara—. Además, te ha

gustado.

—¡¡No!! ¿Cómo me va a gustar besar a... a un... un... a ti? —grito y él rompe a reír.

—¡Que graciosa!

—No soy tu mono de feria para divertirte. ¡Eres un cretino!

Lo miro, se está riendo de mí y me quedo muda ante lo que veo. “*Pirata*” es mi primer pensamiento. Lleva una camisa abombada blanca abierta por el pecho,

un pantalón negro ceñido al cuerpo y sobre este unas botas. En la cintura una espada. Me tenso al verla, al pensar que tal vez pueda tratar de atacarme. Retrocedo

unos pasos y eso me permite verlo mejor. Es muy alto, tanto que tengo que alzar la vista para mirarlo. Alcanza con facilidad el metro noventa. El pelo negro,

medio suelto, le cae sobre el rostro y parece que la otra mitad está confinada en una cola. Contemplo su rostro y me quedo impactada con su belleza que gracias a

la luz que se cuela de mi habitación puedo ver, sus ángulos viven en armonía. Estúpida de mí, miro sus labios gruesos contraídos formando una burlona sonrisa.

Aparto la mirada avergonzada por mi atrevimiento y busco sus ojos, pero cuando los contemplo una exclamación muere en mi boca. Son fríos como la noche y en

ellos el azul y el verde luchan por ser el predominante. Son intensos y tenebrosos. Está sonriendo por lo que ha hecho, pero aun así, sus ojos son impasibles.

Como si la sonrisa no tuviera cabida en ellos.

—Me has besado —digo para defender mi postura.

—Sí y he de decir que lo he disfrutado...—parece desconcertado como si le costara creerlo... No es más que un rastro de pirata—. Si tú opinas lo contrario, podemos volver a intentarlo.

Empieza a acercarse y yo retrocedo lentamente.

—Ni se te ocurra. —se empieza a reír.

—En mi época, las mujeres no huían de mí. Más bien, al contrario — noto un deje de amargura en su voz. Lo miro, pero su cínica sonrisa me hace pensar que tal vez lo haya imaginado.

—Esta no es tu época, suponiendo que tú seas...

—Derek, a su servicio —hace una media inclinación ante mí con su mano en el pecho.

—El príncipe Derek —asiente confirmando que está ante mí el misterioso príncipe de la leyenda.

—Prefiero ser Derek sin más. Sus ojos se tornan más fríos si eso es posible y me hace pensar que su encierro tiene algo que ver con el reino.

—Bueno, Derek sin más —alza una ceja y yo sonrío—. ¿Qué se supone que hacemos ahora?

—Haced lo que queráis —dice de golpe usando su lenguaje antiguo—. Yo voy a salir a ver los alrededores del castillo. Llevo demasiado tiempo encerrado.

—No eres tan viejo —se ríe—. ¿Por qué te ríes tanto?

—¡Eres divertida! Para mí solo han pasado poco más de cinco años. Tengo veintitrés años y no más de quinientos.

—Eso es evidente, nadie puede tener más de quinientos años —Derek ríe de nuevo—. No me gusta que te rías de mí, además, ni siquiera hablas como si fueras

de otra época...

—Eso se debe a que en mi cautiverio podía ver cómo iba evolucionado el mundo a través de un espejo. Y tengo gran capacidad para aprender muy rápido sin

apenas darme cuenta —me corta antes de que mi mente empiece a trabajar y se forme la idea de que es un impostor. No comprendo cómo puede un espejo

mostrarle el mundo, pero parece decir la verdad. Me callo y lo dejo continuar con su explicación—. He ido aprendiendo cosas de esta época, al igual que la

evolución del lenguaje. Aun así, debo perfeccionarlo como bien te habrás percatado.

—Entonces, sabes qué es un móvil —asiente—. Y la tele... —vuelve a asentir—. Bien, así puedes cuidarte tu solito. Yo creo que me voy a la cama —digo

mientras me dirijo al lecho.

—Haz lo que te plazca. Te permito que duermas en mi castillo.

M e detengo.

—¿Tu castillo? Este es *mi* castillo.

M e acerco a él y Derek me sonríe. El muy cretino...

—Es mi castillo. Yo debería haber sido rey hace años, pero lo compartiremos. No tengo problema.

—No es tuyo, es mío. M e lo dejaron mis abuelos. Yo te lo dejaré a ti. Cosa que deberías saber por tus espejitos.

—Solo podía ver el exterior de este, nunca lo que se fraguaba dentro de estas paredes.

—Bien, pues puedes dormir donde quieras. Te doy permiso —digo adrede repitiendo sus palabras.

—Aquí.

Lo miro.

—No, esta es mi habitación.

—Dijiste «*donde quieras*» y no pienso moverme.

—Pues yo tampoco. M is cosas están aquí. Búscate otra —estoy en la habitación enfadada conmigo misma por perder los nervios con él tan fácilmente. ¿Qué

me está pasando? Si yo siempre soy muy dócil y educada.

—No será conmigo.

—¿Puedes leerme la mente?

—Sí, he de decir que eres muy aburrida.

—Serás...

M e giro para encararlo y me coge las muñecas. Su calor me penetra la piel.

—No podrías hacer reír ni a una mosca, muchacha sin nombre.

—Sí tengo un nombre. Evelyn.

—Vale, Evy. Búscate la habitación que quieras.

—No me llames Evy. Es para los amigos.

—Ya lo somos. Nos hemos besado.

—M e has besado —puntualizo.

—Pero lo has disfrutado, lo he visto en tu mente.

—Serás... un... eso —Ahora mismo me arrepiento de que en mi educación no se hayan incluido las palabras mal sonantes, pues le diría unas cuantas.

Trato de golpearlo, pero aún me tiene cogida por las muñecas. Me fijo en sus grandes manos y en que en sus muñecas lleva un par de brazaletes de cuero que

están curtidos por el paso del tiempo.

—No, ahora me voy a dar un paseo. Lo estoy pasando muy bien discutiendo, pero prefiero estar solo.

—Eso, vete y búscate otra habitación.

Me miro alrededor y me quedo muda. Hay nuevos muebles. Ahora, mis cosas están mezcladas con las cosas de Derek y todo está hecho un desastre.

—No había sitio. Espero que no le moleste, *milady*. Adiós —cuando me giro veo como se cierra la puerta, e invadida por la furia, tiro lo primero que tengo a

mano, que resulta ser un jarrón y que tras chocar contra la puerta, se hace añicos.

—¡¡No me pienso ir!! —grito para que me escuche, aunque no sé si lo hace.

«¿Pero qué se ha creído? ¿Qué me está pasando? Sea lo que sea, no tengo tiempo para príncipes besucones y descarados.» Y sin ser apenas consciente del

gesto, me llevo la mano a los labios donde aún puedo sentir el roce de los suyos.

Las aparto, avergonzada por mi comportamiento. Trato de poner en orden mis pensamientos. ¡Pero cómo diablos puedo ordenar lo que me acaba de suceder!

En el internado no me dieron ninguna clase para lidiar con un príncipe de ese tipo... y mucho menos mi abuela. Seguro que ella sabría qué hacer. Seguro que ella no

hubiera sucumbido a ese beso. Me siento mortificada. Sabiendo que he engañado a Dani y que mientras besaba a Derek, solo era capaz de pensar en no dejar de

hacerlo nunca.

Me tumbo en la cama y me hago un ovillo, pues ahora mismo no sé cómo lidiar con todo esto. Me siento avergonzada por mi comportamiento. Tendré que

hacer algo para que lo que he pasado hoy no se vuelva a repetir... nunca.

Derek

Abro las puertas del castillo para salir al exterior casi sin creermelo que tras estas no se escondiera una abominable oscuridad, protegida por un escudo que me

prohibiese seguir avanzando. Cierro los ojos cuando puedo salir del castillo y nada me lo impide. Cuando el aire frío de la noche me golpea, aspiro con fuerzas,

llenándome los pulmones con esta corriente cargada de vida. Me parece increíble que de verdad mi encierro haya acabado. Y al fin esté libre del castillo que ha sido

mi cárcel durante más de cinco años. Los días no han servido para nada más que para hacer que crezca mi sed de venganza y mi odio.

Estaba en la cocina, cuando una potente luz dorada me hizo cerrar los ojos con fuerza. Esperanzado de que pudiera tratarse de lo que llevo mucho tiempo

esperando, bajé al sótano a observar la puerta. Esa que he contemplado tantas veces sintiendo que nunca iba a abrirse. Pero esta vez sí. Lo supe en cuanto pisé la

fría estancia. Al llegar a ella la vi abierta, de par en par, provocándome para salir. No lo dudé ni un momento y salí a comprobar que era cierto y era libre. Solo

con ver los cambios del castillo, entre ellos la luz eléctrica, sonreí eufórico y corrí a buscar algunas cosas antes de que la puerta se cerrara de nuevo. Lo que no

esperaba era encontrar que alguien habitaba mi habitación. Aunque me importó bien poco. Tenía, y tengo claro, que nadie me va a echar de allí y mucho menos

Evelyn.

Sonríe al recordarla. Cuando la vi no tenía pensando besarla. Pero fue girarse y la tentación de unos labios gruesos del color de las fresas maduras fue

demasiado grande y sin plantérmelo apenas los estaba saboreando contra los míos.

Aún siento en mis labios el sabor a canela y vainilla de los de esa misteriosa y fastidiosa muchacha. No sé quién de los dos estaba más sorprendido tras el

beso. Su bofetada me trajo de vuelta a la realidad y me hizo ser consciente de lo que hacía, desconcertado como ella por lo sucedido.

Y entonces abrió la boca y me vi arrastrado por ella. Lo cierto es que ha conseguido que me ría. Aún puedo ver sus ojos dorados encendidos por la pasión,

después consumida por la furia y la vergüenza; también sus rojos y dulces labios, que han pasado de ser cálidos y receptivos a verse marcados por una horrible

mueca de desagrado y disgusto. Las bellas y dulces facciones de su cara estaban teñidas por un gracioso color rojo y su pelo castaños caía como una cascada recta

por su espalda. Había poca luz, solo la que salía de la habitación, pero he podido formarme una imagen bastante aproximada de la muchacha. Tiene genio, parece

que no duda en sacar sus garras contra mí.

Recuerdo una vez más sus ojos y cómo, por un momento, me han recordado al sol del que tanto tiempo he sido privado. Es irónico que haya tenido que abrir

mi puerta alguien que tiene los ojos del color que tanto he añorado estos cinco años, y que tanto tiempo he deseado volver a ver.

Camino por donde antes estaba el patio de armas, que ahora no es más que una plaza con un cuidado jardín y varios bancos a ambos lados. Ya conocía estos

cambios por mis visitas a través del espejo al exterior, pero me cuesta un poco creer que en esta ocasión no lo estoy contemplando tras ellos. Voy hacia lo que en

su tiempo fue la puerta de entrada al castillo y paso mi mano por los destrozos que dejó la descarga del rayo. Al hacerlo, veo el sello real en mi dedo, nunca pensé

que tras ponérmelo mi vida cambiara para siempre.

Giro y bordeo el castillo hasta llegar a la parte trasera donde se cierne ante mí el lago, no ha cambiado mucho, salvo por que la vegetación en este tiempo esta

cuidada y cuando reinaba mi tío, el terreno pasó por una época de decadencia y descuido.

Al pensar en él, siento la furia apoderarse de mí y a lo lejos un relámpago romper en los cielos. Me calmo, pues si algo he aprendido en este encierro, es que la

paciencia es la mejor arma. Si no me hubiera precipitado al ir a palacio, hubiera estado mejor preparado y nunca hubiera acabado encerrado en aquel odioso plano.

Pero con mis recién descubiertos poderes me creía invencible. No me fiaba de mi tío pero pensaba que ese mequetrefe no podía hacerme nada. Que equivocado

estaba. Ahora sé que el mejor ataque es una buena defensa, que cuando el enemigo esté confiado hay darle el golpe de gracia. Pero tenía razón al visualizar que

estaba demasiado cegado por la venganza, como para ganar esa batalla.

Pero ya no soy ese joven de dieciocho años. En mi cautiverio he aprendido a defenderme y a perfeccionar mi don. Ni tan si quiera necesitaba dormir mucho

para sentirme despejado. Allí el tiempo pasaba de manear diferente. Y no he olvidado mi objetivo. Ahora en libertad solo ansío que llegue el día que regrese a mi

época y ponga las cosas en mi sitio. Mi tío va a recibir su castigo y yo voy a ocupar el lugar que me corresponde para vengar así a mis padres.

Crece la furia en mí al pensar en mis progenitores.

Decido relegar estos pensamientos por el momento y más cuando escucho el retumbar de un trueno. Es mejor

que me calme.

Respiro el aire puro y miro la noche estrellada. Este cielo sí tiene estrellas, sí tiene vida, no como el cielo vacío bajo el que he vivido todo este tiempo. Libre,

soy libre. Cierro los ojos y respiro con fuerza. Temía no salir de aquella cárcel; había perdido ya la cuenta de los días que hacía que miraba por el balcón el cielo

negro, carente de vida y rogaba para que esa puerta se abriera de una vez por todas.

He visto cómo el mundo cambiaba a través de los espejos mágicos; he tratado de cambiar con él, por suerte, algunas modas durabas más que otras y eso hacía

que pudiera aprender de ellas sin prisas. Donde más he notado el cambio ha sido en este siglo. Casi cada día había un adelanto tecnológico nuevo, algo que me tiene

fascinado desde su descubrimiento. Amoldarme ha sido fácil porque yo podía detener el tiempo en los espejos y ralentizar lo que sucedía aunque los años

estuvieran pasando a cámara rápida ante mí.

He podido entender muchas cosas ocultas en el castillo y sé que mi tío mató a mi padre biológico, no tengo pruebas pero tengo una absoluta certeza ante este

hecho. Mi madre y Petra, dejaron bajo una madera del sótano varias cartas donde hablaban de sus sospechas para que tuviera cuidado. No sabían cuando volvería,

pero por si algo sucedía, querían dejar constancia de todo y también dejaron libros de magia que me han ido muy bien para volver preparado. Mi tío, ante su

impotencia al no poseer el don, acabó por quemar varios ejemplares y por ello mi madre decidió arriesgarse y guardar esa parte de mi patrimonio.

Mi madre murió cuando salió a buscarme. Juro que si mi tío tuvo algo que ver con su partida, o su muerte, lo pagará. Ahora estoy más preparado para luchar

contra el brujo, su mano ejecutora, y vencerlo. He entrenado día y noche y esta vez ganaré, no dejaré que vuelva a salirse con la suya.

Aprieto el puño con fuerza y cierro los ojos para tratar de calmarme, pensar en ellos siempre hace que la furia se desate en mí.

Lo que no tengo tan claro es en qué momento volveré, si antes del ataque o después, si recordaré todo lo que he aprendido. Ojalá mi partida no quede lejos,

estoy deseando que llegue el día en el que pueda llevar a cabo mi venganza. Estoy deseando volver. No hay nada en este siglo que me ate.

Esta noche no quiero estar encerrado en el castillo y no hace mucho frío para dormir al aire. Me tumbo bajo un árbol y, tras colocar la espada cerca de mí

cabeza, al alcance de mi mano, miro cómo la noche se filtra a través de las hojas. La gente que está aquí no se da cuenta de lo que tiene, de lo importante que es el

aire o sentir calor, respirar aire puro o sentir vida a tu alrededor, por pequeña que sea.

Cinco años sin sentir nada, ni el leve canto de un pájaro, te hacen añorar las pequeñas cosas que antes no tenías en cuenta.

Antes de sumergirme en el sueño, viene a mi mente la joven de los ojos dorados de gata y mucho me temo que también garras. Sonríe tras recordar su genio y

rememoro el tortazo que me dio tras el beso. Me hace saber que tras esa apariencia frágil se esconde una verdadera salvaje. Tal vez me entretenga en probar cuán

afiladas son esas garras, me intriga el hecho de que estas no hayan sido desagradables para mí después de lo que sucedió... Al contrario, me han gustado, hacía años

que no disfrutaba con un beso. Quizás haya encontrado algo en que entretenerme mientras dure mi estancia aquí. ¿Por qué no? Sin bajar la guardia, mejor que nadie

sé lo que se puede esconder tras una hermosa apariencia...

Me despierta el sonido de unos pasos y me pongo en guardia sin abrir los ojos, apretando instintivamente el mango de la espada. Espero a que se acerque

quien ha osado despertarme, me llega la voz de una Evelyn enfadada y molesta. Sonríe en la oscuridad y permanezco con los ojos cerrados a la espera de descubrir

qué hace aquí.

—Maldito principito. El muy tonto quiere coger una pulmonía —siento sus pasos en el césped. No se puede decir que sea muy sigilosa—. ¡Solo me faltaba

eso! ¡Cargar con un príncipe enfermo!

No entiendo por qué está tan molesta, pero es extrañamente divertido. La verdad es que la noche se ha vuelto más fría de lo que pensaba. ¿Qué hará aquí ella?

Enseguida lo descubro cuando cae sobre mi cuerpo el peso de una cálida manta. La joven refunfuña, pero yo me quedo perplejo por el simple gesto. ¿Por qué se ha

molestado en taparme?

La escucho alejarse y abro los ojos para mirarla. Lleva el mismo camisón que antes con esa ridícula vaca en el centro y va descalza. ¡Luego dice que yo soy

irresponsable! Observo cómo su pelo suelto le cae en ondas por la espalda y cómo la luna se lo tiñe de un color plateado casi etéreo. Su gesto, me ha conmovido y

eso hace que me sienta molesto. Aprendí hace tiempo que en la vida nadie hace nada sin esperar nada a cambio, todos quieren algo. ¿Qué querrá de mí? Pronto lo

descubriré, será mejor que no la pierda de vista.

Subo por las escaleras del castillo que conozco como la palma de la mano. Tras pasar tanto tiempo teniendo solo estas viejas paredes como compañeras, este

lugar se ha convertido en parte de mí. Pese a haberme sentido sofocado y agobiado en él, he aprendido a valorar cada ladrillo y cada rincón de este. El conjuro hizo

que me encontrara en un lado paralelo del castillo, por así decirlo, ajeno a este y que va cambiando hasta que alguien queda encerrado dentro. Todo estaba igual que

cuando yo entré a formar parte de él: los muebles, la comida, los cuadros, etc. Si rompía algo se recomponía hasta quedar igual. De igual modo pasaba con la

comida, comía y al segundo los víveres que había utilizado volvían a estar ahí como si nada. Es como si se hubiera detenido el tiempo en el momento en que yo

crucé la puerta, solo que seguía envejeciendo.

He tenido suficiente tiempo para recorrerlo, sin dejarme ningún rincón ni ningún pasadizo secreto. Me toco el costado derecho, donde tengo la cicatriz que me

hizo el corte de la espada del mago. Recuerdo aquella amarga noche y siento bullir una vez más la furia dentro de mí. El resonar un trueno inunda el cielo cuando

llego a la habitación. Entro y el tenue sol del amanecer entra por los grandes ventanales.

Puedo ver a la joven dormir en la gran cama, pero lo que realmente llama mi atención no es ella, si no el balcón y el lugar donde mi vida cambió para siempre...

¿Dejará alguna vez el destino de darme estos golpes? Pasé de estar encerrado bajo el mandato de un temido pirata a estar encerrado en una cárcel de lujos y

grandiosidad. No le deseo el cautiverio a nadie, pero al menos en mi segundo encierro no tuve que vender mi alma para sobrevivir...

Algo raro hay en la habitación y, tras analizarla mejor, me doy cuenta de que está meticulosamente ordenado. Qué muchacha más extraña. Sonrío y pienso en

cómo fastidiarla tan solo por un poco de puro entretenimiento.

Me acerco a la cama y, tras descalzarme, me tiendo a su lado. Me acomodo entre las mantas. La observo dormir y veo cómo sus pesadas pestañas castañas

reposan en sus mejillas. La verdad es que la condenada es hermosa. Si no frunciera tanto el ceño, aún lo sería más. Pero la belleza solo puede ser el envoltorio de un

frío y oscuro corazón. No confío en las mujeres, y en Evelyn menos; ambos deseamos lo mismo: esta habitación y este castillo, ayer lo dejó muy claro.

Sonrío, metido de lleno en el juego y saco una pluma de la almohada. La uso para recorrerle el rostro. La muchacha se toca la cara con la mano intentando que

la pluma desaparezca. Es gracioso ver cómo trata de quitársela. Sigo pasándola por su mejilla, y la muchacha se golpea la cara tratando de alejar la molestia. De

pronto abre los ojos y yo retiro la mano y me hago el dormido. El juego acaba de empezar.

—¡Tú!! ¿Qué haces en mi cama? —M e toca con la mano—. No te hagas el dormido.

—Es difícil dormir cuando alguien le grita a uno en el oído —abro los ojos y la observo mirarme enfadada—. Si sigues frunciendo el entrecejo, te saldrán

arrugas.

—Eso tiene fácil solución: ¡desaparece! ¡Tú eres quien me está haciendo enfadar!

—M e halagas —comento divertido.

—No era un halago —dice poniendo morritos. Trato de no reír al ver su cara ofendida—. ¿Qué haces en mi cama? Pensé que dormías a la intemperie como los

salvajes.

—Quería respirar aire puro y... ¡Este es mi castillo! ¡Si no te gusta que esté en la misma cama que tú, sacas tus cosas de aquí y te vas a otro sitio!

—Es más fácil que te vayas tú, pues tus cosas ya están en otro cuarto.

Ahora entiendo tanto orden.

—¿No habrás sido capaz? —Asiente—. ¡Cómo has osado!

Salgo de la cama y escucho cómo la muchacha viene tras de mí. Abro un cajón y veo todas sus cosas perfectamente ordenadas. Abro otro y lo mismo.

—¡Dios, cuánto orden! ¡Es angustioso!

—Ya me he dado cuenta de que el orden no es lo tuyo.

—Hay cosas más importantes en la vida que pasarse una hora ordenando la ropa de mayor a menor ¡Y por colores! —aclaró enfadado—. ¡Vaya forma más

estúpida de perder el tiempo! —La sorpresa ante mi comentario se refleja en su rostro, pero la ignoro. Ahora mismo estoy demasiado enfadado como para pensar

con claridad.

Nunca he soportado que nadie tocara mis cosas y durante mi tiempo como pirata, mis pocas pertenencias eran guardadas como tesoros y solo mías... en la

medida de lo posible. Solo yo decido dónde deben permanecer. Y ni ella ni nadie ha de decirme dónde debo dejarlas. Mis desafortunados años bajo el yugo de Jafet

el oscuro hace tiempo que quedaron atrás.

—Soy práctica.

—Eres una chiflada del orden —la siento enfurecerse y le pongo un dedo en los labios—. No hables a menos que sea para decirme dónde están mis cosas.

Separo el dedo de sus suaves labios como si me quemaran y reprimo la necesidad de acariciárselos. ¡Maldita mujer!

—Tu ropa, pasada de moda, está en el cuarto contiguo.

—¿El cuarto de la reina?! ¿Es que me has visto cara de mujer?

Veo que sonrío. Parece divertida más que manipuladora, aun así no bajo la guardia.

—Ahora está acomodado como este. Además, tiene tele.

—Este también. Vete tú al cuarto de las chicas.

—No pienso ir.

—Pues comienza a hacerlo. Más te vale que cuando salga de darme un baño todas tus cosas hayan salido de aquí.

—¿O sino qué?

—Mejor no me provoques, muchacha. Te aseguro que estás a punto de colmar mi paciencia.

Observo sus ojos dorados, que ahora, bajo la luz del sol, muestran unas muescas marrones que se mezclan con el oro fundido y la miro como miles de veces he

mirado a los tripulantes del barco pirata para que no se acercaran a mí. Con ellos funcionaba y los mantenía al margen, con ella no tiene ningún efecto. ¿Es que

acaso no valora su vida?

—Haré lo que quiera —observo cómo coge algo de ropa y comienza a irse—. Y más te vale darte una ducha. Hay escasez de agua, su alteza.

Lo dice con tal recochineo, que reprimo una sonrisa.

La veo alejarse pero dispuesto a saber a qué está jugando y hasta qué punto puedo fiarme o no de ella, decido meterme en su mente. Al hacerlo encuentro un

caos de pensamientos, pero aún en contra de lo que creía, no veo en ella nada que pueda lastimarme. Tal vez he sido muy duro, pero no puedo permitir que nadie

amenace mi entorno.

Salgo de la ducha y me visto. No me ha costado tanto como creía aprender su funcionamiento. Lo había visto muchas veces a través del espejo, donde casi

siempre proyectaba imágenes fuera de este pueblo. Ya que el mundo lejos de aquí ha evolucionado mucho más y me gustaba ver sus adelantos. Hacía tiempo que no

proyectaba imágenes en los espejos de lo que sucedía en mi reino. Me pregunto que si en el caso de haberlo hecho y haber visto a Evelyn paseando por mis tierras

me hubiera fijado en ella. Aunque sé que me molesta reconocerlo, sé que sí. Algo de esa muchacha tira de mí.

Voy a la habitación y veo que todo sigue como antes. Evelyn no ha cambiado nada. Se va a enterar. Escucho el timbre del castillo, pero lo ignoro, tengo algo

más importante que hacer. Una cosa es que no la vea como una amenaza y me arrepienta de mi furioso comportamiento y otra muy distinta es dejar que se vaya de

rositas, ella no sabe con quién está jugando. Estoy desando ver la cara que pone y la expresión de esos ojos dorados cuando lo descubra. Seguro que no le sentara

nada bien a una maniática del orden... ¡Así aprenderá quién manda aquí!

Evelyn

Abro la puerta y me encuentro con una multitud de mujeres y niñas, las miro boquiabierta. ¡Lo que me faltaba! No tengo suficiente con un príncipe

presuntuoso y cabezón...y tremendamente apuesto... cosa en la que por supuesto ni me he fijado. Para que ahora, tenga que lidiar con todas estas mujeres.

—¿Qué queréis? Y no me digáis que hoy es el cumpleaños de todas.

—No, y aunque lo fuera, ya da igual. ¿No? —pregunta una joven molesta con un deje de rencor.

—Oh no, Evy. Venimos a ver a Derek —responde Ana que aparece por un lado ignorando el molesto comentario—. ¿Cómo es?

—¿Cómo sabéis que...

—Por la luz que iluminó el cielo anoche. Hemos esperado a que amaneciera para venir —comenta una de las gemelas—. ¿Dónde está?

M e giro para señalarles las escaleras cuando veo bajar por esta toda mi ropa suspendida en el aire.

— ¿Pero qué?... ¡¡Derek!!

Subo las escaleras corriendo y voy cogiendo mi ropa. Escucho los pasos de las demás detrás de mí, pero las ignoro. Tal vez sea mejor que vean al *principito* tal

y como es. La puerta de mi habitación está abierta y a Derek en medio de esta. Lleva el pelo negro suelto sobre los hombros y me mira desafiante. Sus bellas

facciones están más marcadas que antes, casi retándome, pero su imponente presencia no me asusta; por muy majestuoso que parezca con sus casi dos metros de

altura y sus anchos y musculosos hombros. Lo observo sin bajar la cabeza, espantada al ver cómo los cajones de ropa se van abriendo y de ellos salen mis

ordenadas prendas sin que Derek mueva ni un solo músculo.

—¡¡Serás...!! ¡¿Cómo te atreves?!

—Te dije que me lo pagarías... y siempre cumplo mis amenazas.

M e mira con intensidad y le agunto la mirada. Otros podrán temerlo pero yo extrañamente no, aunque eso no evita que no sienta un pequeño escalofrío tras

contemplar su fiera e impasible mirada.

Se abre el cajón de mi ropa interior y me lanzo a cerrarlo. Cuando estoy sobre él, escucho un coro de voces decir «¡Ooooooh!» La ropa cae y miro a Derek.

Estudia inexpresivo a las jovencitas que tenemos apostadas en la puerta, está más serio que antes. Es como si su mirada hubiera perdido aún más todo atisbo de

sentimientos, si eso puede ser posible. Tras ver cómo todas las jóvenes que tienen la boca abierta ante Derek se acercan a él y sin pensarlo me pongo entre ellas y

el príncipe. Pese a que no hemos comenzado con buen pie, me siento incapaz de dejarlo solo. ¿Me he vuelto loca?

Está claro que él no necesita que nadie lo rescate, pero pese a eso me quedo clavada en el sitio y las miro seria. Sinceramente, no me extrañan esas caras

asombradas, aunque Derek las observa con la mirada seria y desafiante, nadie puede negar su oscura belleza y más ahí plantado, con un oscuro pantalón marrón y

una holgada camisa blanca, abierta, mostrando su marcado pecho. Aparto la mirada de él y observo al resto de muchachas, en parte es culpa suya que estén todas

mirándolo con la boca abierta, es un exhibicionista, no debería ir así por el castillo.

—Estaros quietas.

—Ohh, Evy. Es...

—Una persona, no un trozo de carne. Y deberíais dejar de mirarlo como si de eso se tratara.

—A mí no me importa —dice su voz fría susurrante en mi oído.

Un escalofrío me recorre por completo y cuando me giro sus ojos verdeazulados me sonríen.

Lo contemplo sintiéndome tonta por haber pensado por un segundo siquiera que a él podría molestarle todo esto; es un hombre y, como tal, seguro que se

regodea ante tantas atenciones.

—Pues tú mismo. Voy a recoger mi ropa, que gracias a un príncipe caprichoso y poco caballeroso, está repartida por todo el castillo.

—Ya que lo haces, métela en el cuarto de la reina, si no quieres que le pase algo peor.

—¡Eres insoportable!

Le grito. Estoy enfadada. Parece ser que la única joven con la que no se siente a gusto es conmigo. Pero, ¿¡en qué diablo estoy pensando!? Yo ya he hecho

todo lo que podía hacer. ¡Lo he sacado de su encierro! Y no pienso hacer nada más por este dichoso *principito*.

—Oh, Derek... —escucho que exclama una de las jóvenes.

¡Serán tontas! Me voy hacia la puerta y escucho las risas de las niñas. A Derek no lo escucho reír, solo hablar con voz mucho más fría.

Termino de recoger mis cosas y para mi disgusto, las meto en la habitación de la reina. Las ordeno en el cajón, y molesta reflexiono sobre mi extraña actitud.

No me reconozco. Toda la culpa es de Derek. Me to la ropa en el armario sin mirar dónde cae. Seguro que se ha divertido mucho viendo cómo me sacaba de mis

casillas. Y yo como una tonta he caído en su juego. Me to lo que queda de ropa en un puñado en el armario y lo cierro.

Salgo al balcón de mi nueva habitación que está pegado al de Derek, haciendo un círculo que sorte a la ventana que hay en medio y que da a una pequeña salita

entre las dos estancias y por la que se comunican.

Escucho los murmullos de la habitación. Me apoyo mirando el lago y escuchó cómo las risas siguen y cómo atosigan a Derek con preguntas. Casi siento

lástima por él. Casi. Pues él no ha sentido ninguna lástima por mí.

—Vamos al pueblo, Derek. Querrás salir de estas cuatro paredes.

—Claro, vayan bajando —escucho cómo las risas se pierden—. ¿Casi sientes lástima por mí? Que halagador. Y no soy yo el que ha puesto a prueba tu

paciencia, si no al revés.

Doy un respingo al escuchar su voz y luego veo que el muy cretino se está riendo de mí, apoyado en la baranda, en la parte que los dos balcones se tocan.

—Deberías dejar de leerme la mente.

—No veo que la tengas cerrada para evitar que entre, Evelyn —dice arrastrando mi nombre.

—Por educación, deberías no hacerlo —contesto molesta, es mejor que cambie de tema—. Están contentas de tenerte aquí, se las oía muy felices.

—Sí, aunque era difícil escuchar algo.

—Ya, solo se oían risas. Sus risas —lo miro esperando que me lo niegue.

—Ves demasiado, Evelyn. Por tu bien, no saques conclusiones equivocadas y mantente alejada de lo que no te quiera mostrar.

—Yo no quiero saber nada de ti —contesto enfurruñada.

Pero no es cierto, él y yo lo sabemos. Cuando he visto esa tristeza en su mirada, he querido saber por qué era producida y he sentido la necesidad de saber

más de él; poder aliviar el dolor que sus ojos verde azulado muestran. Para mi mortificación, esa es la verdad.

—Hagamos algo... Ya que vamos a tener que soportar la presencia el uno del otro... Te propongo una tregua.

—¿Tregua?

—Al menos en la medida de lo posible... No soy tu enemigo...

—Ni yo la tuya.

Derek ríe con fuerza.

—Nunca pensé que lo fueras. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Le tiendo una mano y él tras mirarla la coge y sonrío pícaramente. Compruebo cómo mi mano se pierde en la suya haciéndola parecer más pequeña. Y noto

como me recorre un potente escalofrío cuando nuestras palmas se tocan. Lo miro para saber si ha sentido lo mismo, pero no veo nada en él que me indique que sea

sí.

—Acepto... en la medida de lo posible.

—Ya que solo sientes *casi* lástima por mí, no creo que quieras acompañarme a dar un paseo por el pueblo.

—No, te dejo a ti solo con tu club de admiradoras.

Derek sonrío, pero antes de irse hace algo que me deja completamente inmóvil: sus labios se posan suavemente en los míos. Empiezo a replicar, pero mi

réplica muere al abrir los ojos y ver que Derek ha desaparecido.

Lo que hace preguntarme cuanto tiempo me he quedado ensimismada por el beso. Y sé que nada de lo que está pasando está bien. Cuando lo vea le diré a ese

patán presuntuoso que estos labios no son suyos y que no tiene ningún derecho a besarlos. Ninguno. ¿En que dichoso momento he decidido firmar una tregua con

él!?

Estoy saliendo del balcón y escucho mi móvil sonar, por la melodía sé que es Dani. Es una señal. Un recordatorio de por qué mis labios no pueden ser

besados por Derek. Me siento muy culpable aunque yo no haya hecho nada para provocar el beso, y más aún por no haber sentido asco ni repulsión. Pobre Dani,

una lágrima de culpabilidad cae por mi mejilla y me la seco con rapidez. Voy hacia el teléfono haciéndome la ferviente promesa de que esto no volverá a suceder,

debo recordar a quién pertenecen mis besos.

Voy con mi moto hacia la empresa de Dani, una vespa rosa que me regaló mi padre hace un año. Al llegar del instituto estaba esperándome con un gran lazo y

una nota escueta que decía “*De tu padre*”. Cuando mis abuelos la vieron pusieron el grito en el cielo. Me pasé noches mirándola en secreto en el garaje. Era como si

me llamara, teniendo en cuenta que las motos son imprevisibles y su conducción es poco segura. Pero allí estaba yo admirándola. Me saqué el carnet sin que nadie

se enterara, sintiéndome mal por mi rebeldía, pero a la vez libre. Era como si mi padre con su regalo hubiera despertado una parte oculta en mí. Por eso, cuando

emprendí mi viaje hacia el reino mágico lo hice sobre ella.

Por una vez, que montara en moto era lo que menos les molestó pues era peor el que quisiera vivir en el castillo. Y si soy sincera yendo hacia el futuro

incierto, estaba aterrada e ilusionada a partes iguales. Por eso cuando puedo me gusta perderme con ella.

Llego a la empresa de Dani y aparco cerca. Ahora que estoy aquí, tras llegar al ascensor y ver lo informal que voy, no sé si ha sido buena idea venir. Toda la

culpa es del *principito* besucón, desearía no haber abierto esa puerta. La culpabilidad que siento por los últimos acontecimientos me ha hecho venir hacia aquí, no

para contarle nada a Dani, sino para estar al lado de quien debo estar. Me siento culpable al pensar en el beso y por no haber intentado separarme de él con todas

mis fuerzas. Estoy confusa y avergonzada por mi comportamiento. Salgo del ascensor y veo a su secretaria mirarme y sonreírme, pero por la forma en que lo hace

sé que se está riendo de mí.

—¿Está Dani?

—Sí, pero no sé si tendrá tiempo para verte —su secretaria ojea la agenda de Dani y la veo negar con la cabeza—. No, está muy ocupado y pidió que nadie lo

molestara.

—No creo que le importe que yo le moleste.

—Y, sin embargo, tú mejor que nadie sabes lo importante que es el orden y tratarlos a todos por igual —la observo furiosa y luego cojo el teléfono de su mesa

y marco el número de la oficina de Dani—. Pero, ¿qué haces?!

—Es evidentemente: llamar.

Mientras lo hago siento que esto no es propio de mí y me sonrojo, pero ya no puedo dar marcha atrás.

—Dime Mónica.

—No soy Mónica, soy... Evelyn.

—¿Evelyn? ¿Qué haces aquí? —Parece enfadado y eso me hace retraerme.

—Vine a... verte.

—Estoy muy ocupado. Espérame en la cafetería o mejor vete a casa de tus abuelos y luego cuando termine paso por allí.

—Tranquilo... No era importante... Ya nos veremos.

Cuelgo y miro a la secretaria que me contempla con una sonrisa triunfante. Me gustaría borrarla de la cara, pero esta vez ella tiene razón. Salgo de allí y cojo

mi moto, pero para ir de vuelta al castillo. Pese al príncipe caprichoso, allí me siento más en mi casa que en este mundo dónde he vivido desde que nací.

La culpabilidad no ha desaparecido, pero ahora no solo me siento mal por besarme con otro. Me siento triste porque Dani no ha querido recibirme... ¡¡Pero

seré egoísta!! El pobre hace esto por los dos, por nuestro futuro. No debí de haber venido a molestarle...

Llego al Reino del Águila y, para mi desgracia, comienza a llover. Al pasar junto a la universidad veo el revuelo que hay. Todo está adornado con aderezos de

fiestas, todo el mundo celebrando el regreso de su príncipe. Todos menos yo. Ahora mismo no tengo ganas de nada ni de ver a nadie y mucho menos a un príncipe

que su mayor afición desde que ha llegado es hacerme la vida imposible.

Llego al castillo y, tras dejar la moto aparcada, abro la gran puerta para subir a mi nueva habitación. Otra cosa que he tenido que cambiar por el *principito*.

Todo es por su culpa. Si él no hubiera llegado... Me dejo caer en la cama y me hundo en la gran montaña de cojines. Hoy no pienso hacer nada más que frustrar mi

furia mirando el techo. Soy patética. No paro de pensar en el comportamiento de Dani y de sentirme dolida porque no ha querido recibirme cuando lo necesitaba.

—Sí, la verdad es que sí —Derek. O más bien, el dichoso *principito*—. Si me permites opinar, Derek me gusta más.

—No estoy de humor. Por favor, déjame sola.

—No.

—Pero, ¿por qué?! Te gusta verme hundida. Lo estás disfrutando.

«¿Para qué pregunto, si ya sé la respuesta?»

—Evelyn, puedo leer tus pensamientos.

—Pues deja de hacerlo —me levanto cuando siento que el colchón se hunde bajo su peso—. Por favor, vete.

—Tú... pareja —le ha costado decir esa palabra—, no debería tratarte como a un accesorio. En mi época se nos obligaban a casarnos o a estar con alguien por

el bien del pueblo, porque al casarnos se unían las familias y eso era bueno para las arcas familiares. El matrimonio no era más que un mero contrato y pocas

personas se casaban por amor. Pero hoy en día, las personas son libres y ellos mismos deciden con quién desean estar. Si no eres feliz a su lado, no deberías seguir

con él.

M e mira, lo veo alzar su mano y acariciarme la mejilla. Se la aparto, no dejaré que vuelva a tomarse tales libertades conmigo y menos porque mi tonto corazón

late como un loco ante su contacto. Él no es mi novio, lo es Dani y le debo respeto.

—Soy muy feliz con él. Nunca lo dudes y no me toques, no tienes ningún derecho a hacerlo.

—Y por lo que parece el ignora el suyo.

—¡¡Basta!! —Le espeto—. ¿Qué pretendes conseguir? Soy yo la única que lo ha engañado por tu culpa. Que me sienta así es por ti.

—Pocas veces me arrepiento de mis actos y esta no va a ser la primera.

—Que típico de alguien como tú.

—¿Alguien como yo? ¿Y cómo soy yo? Por si no lo recuerdas no sabes nada de mí.

—¡¡Ni quiero!!

M e levanto de la cama y me paseo molesta por la habitación.

—¿Qué pretendes entrando aquí?

—Te he sentido llegar y he escuchado tus caóticos pensamientos. M e pareció un buen momento para meterme contigo —le tiro un cojín del sofá—. Es

broma. Vine para ver cómo estabas. No hemos empezado con buen pie, pero aun así, te debo el haberme librado de mi calvario. Te recuerdo que hemos firmado una

tregua, podrías venir al pueblo conmigo.

—Podemos haber firmado una tregua, pero no voy a ir al pueblo. Ve y pásatelo bien.

—Yo de ti no lloraría —dice al ver mis ojos llenos de lágrimas no derramadas—. Él no merece tus lágrimas, de hecho, nadie se las merece.

Lo veo alejarse y contemplo cómo se cierra la puerta, solo cuando sé que se ha ido, me levanto y contemplo mis ojos en el espejo de mi habitación. Parecen

dos pozos apunto de derramarse. No, no lloraré y no tiene nada que ver con la sugerencia de Derek sino por mi educación, ya es hora de que empiece a recordar

quién soy y me comporte como tal. Es la única forma que tengo de que el *principito* deje de alterar mi vida y ponerla patas arriba. Es la única defensa que tengo,

pues ahora mismo no puedo evitar sentir una burbujeante alegría por su detalle. Un detalle que no recuerdo que nunca haya tenido Dani conmigo... ¡Basta!

Evelyn

Después de recomponerme he decidido cambiarme de ropa para bajar a comer algo, es tarde y aún no he comido nada. Abro mi armario y veo el desorden que

reina en él. Lo primero que pienso es en culpar a Derek, pero luego recuerdo que yo metí atropelladamente las cosas. Cojo unas cuantas camisas y las coloco en

perchas, a la segunda ya estoy cansada y decido dejarlo para más tarde porque mi tripa no para de rugir. Me pongo unos cómodos *leggings* negros y un suéter.

Bajo las escaleras y al pasar por la habitación de Derek me sorprende ver la puerta abierta y una ligera corriente hace que no pueda evitar mirar hacia dentro.

Cuando lo hago le veo apoyado en el balcón, creía que se había ido al pueblo. ¿Qué hace aquí? Lo observo desde el linde de la puerta, ignorando si es consciente de

que estoy aquí o no. Está muy quieto mirando algo que sujeta en su mano. Es su espada, de la que nunca se separa. Pese a la distancia puedo fijarme en su mirada

fiera y cómo su cuerpo esta contraído.

El viento azota su pelo negro, se mueve salvaje ante su rostro; casi no queda nada atado en la coleta y por unos instantes no es un príncipe el que observo,

sino un pirata sobre su barco en alta mar. ¿De dónde me ha salido ese extraño pensamiento? Tal vez la culpa sea suya pues, me doy cuenta de que de una de sus

orejas cuelga un pequeño aro plateado que brilla bajo el cálido sol.

—Por mí no te cortes muchacha, puedes mirar cuanto quieras.

Me sobresalto cuando los ojos de Derek se posan sobre mí. Guarda la espada en la funda y se acerca lentamente. Me sorprende la agilidad de movimiento que

tiene pese a su altura. Casi ni se le escucha andar.

—No te estaba mirando, tengo mejores cosas que hacer que perder mi tiempo de esa manera.

¿A quién pretendo engañar? A Derek seguro que no, su sonrisa me confirma que él no se ha creído ni una palabra.

—Así pues es mi culpa que me veas como un miserable pirata, ¿no? Vaya, y yo que creía que solo era un dichoso *principito*... ¡ahora también soy un pirata!

Sus palabras parecen divertidas pero sus facciones no muestran ninguna emoción.

—Solo pasaba por aquí, voy a comer algo.

—Te acompaño.

—No hace falta, no te molestes.

—No es ninguna molestia.

—Para ti todo esto no es más que un dichoso juego...

—Admítelo Evelyn, tú también te estás divirtiendo.

—Ni en tus mejores sueños.

—¿Y por qué supones que iba a perder mi tiempo soñando contigo?

Pasa por mi lado y sale de la habitación. Yo abro la boca para replicar, pero me ha dejado sin palabras. Finalmente lo sigo por las escaleras y me percató de

que, estúpidamente, me he sonrojado por sus palabras. Llegamos a la cocina y Derek se para, se apoya en la mesa y me mira. Decido ignorarlo y voy hacia la

despensa para coger un poco de pan para un sándwich. Sin poder contenerme le pregunto si quiere, pero me contesta que ya ha comido en el pueblo.

—¿Por qué no sigues allí?

—Porque no.

— *Uff...* eres imposible.

Derek se ríe y no dice nada. Me preparo un sándwich con lo primero que pillo en la nevera y me apoyo en la encimera mientras me lo como y miro a Derek

que no pierde detalle de todo lo que hago. Su penetrante mirada me pone nerviosa pero actúo como si no me perturbara.

—La gente del pueblo está muy contenta de tenerte aquí. Tenían muchas ganas de que salieras de esa puerta.

—¿Y tú?

—Yo no creía que existieras.

—¿Por eso abriste la puerta entonces? Te contradices ti sola.

—Por si acaso. Si lo sé, no la abro. Además, ni me has dado las gracias, solo te has metido conmigo sin más.... y has invadido mi espacio, en más de un sentido.

—Gracias, y no he invadido tu espacio, tú invades el mío.

—No pienso irme de mi castillo así que vete acostumbrando.

Doy un bocado a mi comida y Derek sigue observándome mientras lo hago.

—No comprendo... —trago—, por qué solo yo despierto tu antipatía.

—Si te sirve de algo, no eres solo tú.

M e sorprende su comentario, pero gira la mirada y contempla el jardín por una de las ventanas.

—Eres un príncipe. No creo que como tal hayas padecido mucho.

—Piensa lo que quieras, así harás algo productivo —lo miro furiosa y me giro para terminar mi comida sin contemplarlo, deseando que se marche de aquí—.

El castillo ha cambiado mucho... —da la sensación de que habla más para sí que para mí.

—M e hubiera gustado verlo en tu época...

—No lo creo.

M e giro y veo que se ha acercado a la encimera. Sin poder evitarlo mi mirada va sus labios y recuerdo mi infidelidad sintiéndome tremendamente mal ante esta.

—¿Cómo llevas lo de serle infiel a tu pareja conmigo?

—¡Yo no le soy infiel contigo!!

—Entonces no sé por qué diablos te sientes culpable —responde, dejando claro que estaba de paseo por mi mente—. No has hecho nada —sin una palabra

más, veo cómo se gira para irse—. M e voy al pueblo, si necesitas algo...

Deja la frase inacabada y creo que en el fondo lo hace porque sabe que por mucho que lo necesitase no me rebajaría a pedírselo. Se va y me invade una extraña

sensación. No puede decirse que haya sido una conversación memorable, pero, pese a eso, no me ha disgustando su compañía. ¡Aunque en ocasiones quiera tirarle

lo primero que encuentro cerca!

Aun así, ahora que no está, me reprendo por haber olvidado una vez más cómo debo comportarme. ¡Si ni siquiera estoy comiendo como es debido!! M e

quedo quieta y me pregunto con preocupación, qué diablos me está sucediendo. No me reconozco...

Derek

La gente del pueblo me mira como si fuera un dios. Nunca me ha gustado mucho estar rodeado de gente, pero me temo que no puedo evitarlo. Por suerte, el

poco tiempo que pasé en el reino antes de mi encierro me preparó para esto.

Ahora mismo, una joven está colgada de mi brazo. Me mueve sigilosamente y la aparto con mucha sutileza. La muchacha me sonríe y me mira con un leve

contoneo de pestañas. Yo la ignoro y bebo de mi vaso.

Miro hacia el castillo y pienso en Evelyn. Cuando llegó esta mañana, no pude evitar meterme en su mente para ver dónde había estado y el caos que reinaba

casi me hizo sentir lástima. Me hirvió la sangre cuando vi el comportamiento de su pareja, no me extraña que ella se sienta así, no es normal que a alguien a quien

supuestamente le importas, te trate de esa manera tan fría. Menos aún en pleno siglo XXI donde casi todos están con quienes desean, pero es su problema, ella

verá lo que hace y si es feliz así...

Decido pensar en otra cosa, aunque, desgraciadamente, mi mente pasa a recordar la venganza que debo ejecutar y mis ganas de volver a dónde pertenezco.

Para ello, debo vencer a mi enemigo, pero no sé si este será mental o físico. Si tenemos en cuenta que mi mayor enemigo lleva siglos muerto, no creo que sea alguien

de carne y hueso. Esa posibilidad queda descartada.

Quién sabe, tal vez un día sea capaz de enfrentarme a los fantasmas internos que me atormentan y cuando lo haga, volveré a mi época, de dónde nunca debí

haber salido.

Lo que temo, es que cuando regrese, no pueda recordar nada de lo que he aprendido durante este tiempo. En ese caso, estaré destinado a repetir una y otra vez

la misma historia, no sabría cómo vencer al brujo y la amiga de mi madre estaría destinada a salvarme una y otra vez. Un futuro muy poco alentador. Lo que no

comprendo es qué ganaba el brujo al matarme... Es algo que en todo este tiempo no he llegado a esclarecer. Porque no tengo dudas de que fuera algo más una orden

de su rey.

—Eh, Evy... Ven.

Me giro hacia donde está el castillo y veo a Evelyn venir hacia el centro de la plaza. El pueblo sigue siendo como antaño y eso lo hace encantador. Las casas

son unifamiliares y no muy altas. La gente viste como quiere: muchos con ropa moderna y otros con ropa antigua. Nadie ve rara mi forma de vestir y yo me siento

más cómodo así, que con estos estilos modernos, pese a estar a quinientos años de mí tiempo. Aun así, llevo conmigo mi espada. La espada que mi padre adoptivo

me dio poco antes de morir, junto con unos anillos de plata. Observo a Evelyn y cierro mi mente a los malos recuerdos, prefiero dejar de pensar en ellos, por ahora.

Evelyn viste muy elegantemente: lleva un pantalón de corte recto y una blusa de color azul que se traduce en elegancia anticuada y eso que estamos rodeados

de gente que no han dejado que el tiempo pase en su vestimenta, pero la que ella ha elegido es como si no fuera parte de ella. Su cara angelical e infantil no encaja en

su extraña forma de vestir, parece una joven queriendo ser una mujer. La miro a los ojos dorados y se gira hacia mí. Su mirada está llena de tristeza. Pienso en

meterme en su mente, pero luego desecho la idea, mientras se acerca a mí.

—¿Quieres algo?

—Quería decirte una cosa.

Por su cara, sé que es privada. ¿Qué querrá decirme ahora...? Me acerco a ella y le coloco la mano en la cintura para alejarnos del grupo de gente. La siento

demasiado frágil bajo mis manos; mi tamaño es mucho mayor en comparación con ella. No debe de ni llegar al metro sesenta. Sonrío y en ese momento, Evelyn se

detiene y me mira.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, ¿acaso no puede sonreír uno cuando le apetezca? —Evelyn bufa, y sonrío de nuevo—. ¿Qué quieres?

—digo más serio, borrando todo atisbo de

sonrisa de mi cara.

—Me marcho y no quería irme sin despedirme.

—¿Has decidido dejarme el castillo? —No puedo evitar preguntarlo y la idea de que se vaya no me pone tan feliz como debería.

—Tu... bueno da igual. Me voy a un recado, pero pienso volver. Es mi castillo.

Me mira desafiante y me agrada que no se esconda y me diga lo que piensa. Miro el cielo. Está oscureciendo.

—¿Cómo te vas? —dejo de picarla al menos por el momento.

—En moto. Me ha llamado Dani, él es...

—Sí, sé quién es. ¿Y qué quiere ese estúpido?

—Él no es eso.

—Lo es si quiere que te vayas tan tarde a verle tú sola. Hasta yo sé que las motos no son seguras y menos por la noche.

—No me pasará nada. Sé cuidar de mí misma.

—Los coches son más seguros, podrías irte en uno.

—Para conducirlos se necesita carnet y yo no lo tengo, Derek. Me voy y solo te lo decía porque no sé si vendré en unos días. Ya está. Pero por lo que veo, no

notarás mi ausencia.

—Tranquila, no la notaré. ¿Qué ha ocurrido que no puedes esperar a mañana para irte?

Evelyn pone mala cara y me doy cuenta de que su cara pasa de su habitual enfado, a otra de melancolía y tristeza. No lo soporto más y me meto en su mente.

Siento la tensión nada más entrar y busco qué ha pasado para que Evelyn quiera irse tan apresuradamente. Lo encuentro enseguida, no para de repetir la llamada

telefónica una y otra vez.

—Él no tenía por qué gritarte ni tenía por qué enfadarse porque fueras a verlo. ¡Maldita sea, eres su...! — La miro a los ojos y los tiene llorosos—. Evelyn,

no has hecho nada malo. Debería estar contento porque fueras a verlo.

—Su trabajo es importante para él.

Por la forma que tiene de decirlo, sé que se está convenciendo de ello.

—¿Más que tú? Sinceramente, no sé qué haces con una persona para la que solo eres lo segundo más importante en su vida. Pero es tu vida, muchacha, haz lo

que quieras. Sigue sintiéndote culpable y dándole la razón.

—Eso haré.

—Bien, pues ten cuidado.

—No eres mi padre —dice alejándose—. Te he dejado cena en la cocina, aunque ya he visto que aquí la gente te cuida muy bien, como eres el *principito*...

Sonrió ante su comentario burlón y la veo alejarse hacia el castillo. La sigo y poco después aparece en su moto de ese ridículo color rosa y como esta ser

pierde entre las colinas. Siento miedo por si le pasa algo, cosa que es una estupidez. Hace tiempo que no siento nada por nadie y este sentimiento es más estúpido,

teniendo en cuenta que casi no la conozco.

Me dirijo de nuevo hacia la fiesta. ¡Qué Evelyn haga lo quiera con su vida, si quiere ir corriendo a los brazos de alguien que no la valora, ella verá lo que hace!

Dentro de nada me iré de aquí y todo esto tal vez ni lo recuerde. Es mejor no olvidar que no pertenezco aquí.

—No eres el único que se siente impotente. Soy Rosa por si no lo recuerdas.

La mujer sonrío y me tiende una bandeja de bocadillos, niego con la cabeza y lo dejo en una de las mesas que hay en la plaza.

—Es su vida, que haga lo que quiera con ella.

—Si... es una suerte que el destino la trajera aquí. Si no fuera por ella aún seguirías encerrado.

La miro molesto.

—¿Trata de decirme algo?

—No, a buen entendedor...

Se aleja de mí y la miro enfadado. No he hecho nada para enfadar a Evelyn. Es ella solita y sus tremendas ganas de darle vueltas a los hechos la que la ha

llevado a dónde está, y si quiere arrastrarse ante su despreciable pareja, bien por ella, ya es mayorcita para saber si es eso lo que espera de su vida.

Cojo uno de los vasos de la mesa y lo vacío de un trago, siento una opresión molesta en el pecho pero ignoro a qué se debe.

—¡¡Oh Derek!! ¿Bailaras conmigo?

—¿Y conmigo?

Miro a las dos gemelas que tengo ante mí y les sonrío mientras me alejo de ellas.

—Lo siento, muchachas, pero mi religión no me lo permite.

Y dejándolas con la boca abierta me escabullo entre las sombras.

Siento cómo mis músculos se tensan por el duro entrenamiento. El sol del mediodía calienta y mis pies descalzos sienten la frescura del césped. Descargo el

palo de madera contra el aire y hago varios ataques contra un guerrero imaginario. Lo dejo junto a un árbol y creo un escudo protector para usar mi magia. Miro la

mano y me concentro para que de esta aparezca una nube, tras la nube se forma una tormenta. *«Bien, todo controlado.»*

Llevo tres días aquí, dos de ellos entrenando para no perder la forma física. Miro hacia el castillo, he

sentido a Evelyn. No es que esté preocupado por ella,

no, pero si ha venido a invadir mi espacio es mejor que esté alerta. Yo no me preocupo ni por ella ni por nadie. Cada uno debe cuidarse así mismo. Nadie está a tu

lado cuando la soledad se cierne sobre ti. Además tengo mejores cosas que hacer.

Agudizo mis sentidos... «*Sí, es ella. Ha vuelto*». Hace tiempo que aprendí a controlar mi entorno, saber ver y escuchar aquello que para otros es inapreciable.

Ahora siento su presencia en el castillo, pero no dejo de entrenar. Creo en mi mano una bola de energía y la lanzo contra el escudo haciendo que la absorba mientras

retorna la superficie transparente. No puedo concentrarme. Deshago el escudo mágico y, tras ponerme la camisa, voy hacia el castillo para ver si Evelyn está bien.

Así me quedará tranquilo y podré seguir con mi entrenamiento, sin más interrupciones.

Entro en él y escucho voces en el salón. Al llegar, me paro en el marco de la puerta. Evelyn va con dos muletas hacia el sofá y un hombre un poco mayor que

yo, rubio, le dice que tiene que ser más cuidadosa. Ella no le responde, no le replica como hace conmigo, está retraída. Es como si una parte de ella desapareciera

ante ese rubio de metro y medio. ¿Cómo le puede gustar ese hombrecillo, si parece que está descolorido!? Al final va a ser cierto lo que dicen de que el amor es

ciego...

—Deberías tener más cuidado. Ahora estarás una buena temporada con muletas.

—Estaré bien y sólo... solo serán siete días más.

—Yo no tengo tiempo para cuidarte, Evelyn. Me tengo que ir. Espero que lo entiendas.

—Lo comprendo.

Ve reflejado en el rostro de Evelyn una mueca de dolor cuando mueve el pie. El lechoso lo ignora y yo dejo mi sitio junto a la puerta y me adentro en el

salón.

—¿Qué te ha pasado?

Evelyn levanta la cabeza y me observa.

—Una caída tonta, pero estoy bien.

—¿Quién demonios eres tú?!

Bajo la mirada para observar al lechoso.

—Derek, y este es mi castillo.

—Oh, no empieces, Derek. Es *mi* castillo.

La miro, sus ojos dorados están encendidos y eso me gusta. Por un momento pensé que este tipo incoloro había aniquilado de ella todo ese espíritu salvaje.

—No lo creo.

—¡¡Cómo que no!!

Evelyn trata de levantarse, pero yo me acerco y le sujeto el pie para ponerlo sobre un cojín que ha dejado en la mesa.

—¿Mejor?

—Sí, pero no me cambies de tema.

—¿Alguien puede decirme que está pasando aquí?

—Es una historia mágica —digo sabiendo que eludirá él cualquier tipo de conversación sobre ese tema.

—En ese caso, no quiero oírla. Me tengo que ir.

Miro al rubito y veo cómo se acerca a Evelyn y le besa en la cabeza. Sonrío ante la estupidez del lechoso y lo veo alejarse. Cuando escucho la puerta cerrarse

me siento en el sofá junto a Evelyn.

—¿No había otro más estúpido? ¡¡Por Dios, te trata como si fueras su hermana pequeña!! Aunque si te gustan los insípidos... no me meto.

—Ya basta, Derek.

Hace un gesto de dolor y acerca la mano a la pierna.

—¿Cómo fue?

—No es asunto tuyo.

—Vale.

—¡¡No te metas en mi mente!!

—¡Te dije que no te fueras tan tarde! —Estallo sin motivo, ella no es asunto mío. ¿No acabo de afirmar hace un momento que cada uno debe cuidar de sí

mismo? ¡Maldita sea! La odio porque no es ella sola la que parece estar sufriendo una doble y molesta personalidad. En qué condenado momento fue ella la que

tuvo que abrir la puerta... Ante ella no sé ser impasible y eso me molesta mucho.

—Nunca me ha ocurrido nada cuando lo he hecho. ¿Quién iba a imaginar que un perro elegiría ese camino para cruzar?

—Al menos no está roto —digo aún entre dientes, molesto conmigo mismo.

—Sí. Hoy no tengo ganas de discutir Derek. No tengo ganas de nada.

La miro, tiene los ojos cerrados y veo cómo caen por ellos dos gruesas lágrimas. Eso hace que me olvide de mi estúpido enfado y deje de buscarle un sentido

lógico a mi preocupación por ella.

—¿Qué pasa?

Niega con la cabeza.

—Desearía no haberte conocido... Desearía...

—Ya lo has dejado claro —la corto, inexplicablemente sus palabras me duelen—. Me voy a duchar. Y, por cierto, el sentimiento es mutuo.

Me marcho. Si eso es lo que esta niña malcriada y caprichosa prefiere, que así sea. No seré yo quien vaya detrás, ni de ella ni de nadie. Además, estoy mejor

lejos de ella. Lo mejor será que mantengamos las distancias, lo necesito para mi paz mental.

Evelyn

Me siento cansada y triste. Me duele la pierna, pero no es eso lo que más preocupa. Cuando tuve el accidente, llamé a Dani y él me preguntó si había llamado a

una ambulancia, cuando le dije que sí, simplemente dijo: *“no te preocupes llegarán pronto”*.

Dos horas más tarde, yo estaba en la sala de espera con la pierna vendada y viendo lo poco importante que era para mi familia, ya que nadie había acudido a

ver cómo estaba, todos tenían algo mejor que hacer. Me dolía pero era mi corazón el que me preocupaba. Lo peor de todo, es que deseé que todo fuera diferente a

como siempre, que hubieran venido rápido a por mí.

Siempre han sido así, antes lo veía normal. Ahora... ¡Ahora no! Es como si algo hubiera cambiado, como si me hubiera cansado de buscar pretextos para

excusar su comportamiento, como si una parte de mi estuviera despertando. No soy la misma joven de hace apenas unas semanas, este pueblo me está cambiando

y Derek también, porque, aunque apenas lo conozco, ha sabido decir lo justo para hacerme dudar. Lo odio por ello, por hacerme dudar sobre cómo era mi vida

hasta ahora.

Ya no sé qué pensar. Y Dani... se molestó porque fui a verlo. Me dijo que tenía que entender lo importante que era para él su trabajo. Que si quería verlo, le

pidiera una cita. ¿Una cita? Por Dios, soy su novia, ¿no? Yo quería verlo, quería que me besara como lo ha hecho Derek y que así el beso del odioso *principito*

quedara relegado hasta convertirse en un molesto y pasajero recuerdo. Tal vez esté siendo una inconformista. Dani es muy bueno conmigo. Me trata...

—¡Como si fueras su maldita hermana!

—¡Deja de leer mi mente! —le grito, porque ha dicho en alto lo que yo estaba pensando.

—No pienses tan alto —abro los ojos y lo veo acercarse a mí con un cuenco y unas vendas—. Esto te calmará.

—Seguro que no.

Derek levanta una ceja y le dejo que haga lo que quiera. Se sienta en la mesa y apoya mi pie con cuidado sobre él. Sus manos hábiles me quitan la venda y lo

miro sorprendida por su delicadeza. Observo mi pie morado y dejo caer la cabeza sobre los cojines del sofá.

—Es horrible...

—Los he visto peores. De hecho, yo solo tuve que curarme una herida... —se calla y me levanto para verlo

mejor. Derek comienza a untarme algo verde y me remuevo por lo frío que está—. Aguanta un poco.

—Para ti es fácil decirlo —sonríe—. ¿Dónde tenías la herida?

—En un sitio.

—Oh, Derek. Yo te estoy dejando que me cures el pie.

—Si quieres, te dejo así.

Me doy cuenta de que las facciones de Derek están contraídas, es como si deseara estar en cualquier sitio menos a mi lado.

—No, pero ya que yo comparto mi herida contigo...

—No va a funcionar conmigo, muchacha. Me han interrogado de formas que tu dulce cabecita perfeccionista no puede ni imaginar y no he hablado. Así que

déjalo, pierdes el tiempo.

—No sabía que a los príncipes se les interrogaba.

—No sabes muchas cosas.

—Cuéntamelas —le digo, sabiendo de ante mano que no lo hará.

—Buen intento —me sonrío fríamente y empieza a vendar mi pie.

—¿Por qué cuentan los libros de historia tan poco sobre ti y tus padres? ¿Qué ocurrió?

No responde y eso me intriga aún más. ¿Qué sucedería? Debería dejar de aguijonearlo pero no puedo. Siento un verdadero placer al estar hablando con él o...

bueno, al estar intentado mantener una conversación por encima de nuestros ataques constantes. Al menos esto me hace olvidar mi dolor y esta soledad que siento

desde el accidente, por la ausencia de cariño de mi familia.

—Esto ya está —dice ignorando mis preguntas. Está claro que no me va a responder—. Poco a poco te irá calmando. ¿Te subo a tu habitación y descansas un

poco?

—¿Subirme?

Decido dejar para más tarde mi interrogatorio.

—¿No pretenderás subir sola con eso por las escaleras? Pero mejor vamos antes a comer algo —dice señalando mis muletas.

—Puedo hacerlo cojeando...

—No seas remilgada, muchacha. Si te he tocado yo más que ese estúpido tipejo que tienes por pareja —lanzo un cojín que coge al vuelo—. Es verdad. Te da

un beso en la frente y te deja conmigo sin indagar de verdad por qué estoy aquí. O confía mucho en ti o es el tío más tonto que he conocido. Aunque me pueda

meter en su mente, te aseguro que lo que menos me apetece es pasearme por la de ese odioso lechoso.

—Confía en mí.

—Me alegro, pero no debería hacerlo en mí, y menos confiar algo tan preciado para él como su novia a un desconocido. Yo no lo haría.

Lo miro a los ojos y veo tras estos que dice la verdad.

—Tratas de liarme, Derek. Dani confía mucho en mí.

—Sí, por eso la otra noche estabas en mis brazos.

Le tiro otro cojín con rabia porque sus palabras me hacen sentirme culpable una vez más por lo que sucedió.

—Si pudiera levantarme, me iría lejos de ti.

—Primero, vamos a comer y luego, te alejas de mí.

—No tengo hambre y mucho menos ganas de comer con alguien como tú.

Derek sonrío, ignora mi comentario y en lugar de contestar viene hacia mí. Decidiendo a llevarme en brazos.

—¡Oh, no! ¿No serás...?

Me callo cuando las grandes manos de Derek me cogen con una facilidad escalofriante. Trato de soltarme, pero al final, acabo entrelazando mis manos tras su

cuello para no caerme. Su suave pelo negro y brillante me hace cosquillas. Me cuesta mucho no caer en la tentación de tocarlo y pasar mis dedos por él. Siento sus

manos tocándome, aunque no es un gesto íntimo, no puedo ignorar los escalofríos que me recorren cuando su calor me traspasa. Su calor me envuelve. Me atraviesa

y no me disgustan tanto como debería. Observo el rostro de Derek y él atrapa mi mirada.

Sus ojos son más intensos de lo que creía. Empiezan siendo negros para pasar a azul marino y acabar con el verde más hermoso que he visto. ¿Cómo puede

tener unos ojos tan increíbles? Me abruma tenerlo tan cerca, pero me gusta. Bajo mi mano cerca de su cuello y, sin poder evitarlo más, acaricio uno de sus

mechones, me quedo embriagada al sentir su suavidad.

«¿Qué estoy haciendo?» No lo sé, pero no puedo parar. Mi corazón late desbocado y no me extraña. Derek es sin duda el hombre más guapo que he visto en

toda mi vida. Noto como mi respiración se agita y me cuesta mucho controlar mis emociones.

Derek gira la cabeza, para dejar de observarme, parece estar sonrojado. Entonces me acuerdo de que puede leerme la mente. Aparto la mirada mortificada y

pienso decir algo para explicarlo, pero callo al ser consciente de que seguramente solo lo estropearía.

Siento cómo su calidez y su cercanía me traspasan como un bálsamo de paz y me dejo caer en el hueco de su cuello. Aspiro, huele tan bien. Lentamente me

dejo invadir por esa calma y seguridad que hace que me olvide de todas las preocupaciones que he tenido estos días y me sumerjo en un sueño tranquilizador.

Me siento protegida en sus brazos, eso a la vez que me asusta, me encanta; y lo peor de todo es que estoy lejos de sentirme culpable por mi comportamiento.

Pienso que tal vez, en el fondo, solo busque algo de consuelo. Que me darían igual sus brazos que los de otro, solo ansió un abrazo de quién sea. «Sí, eso es». Me

convenzo a mí misma. «No puede haber otra explicación posible». Solo sé que me cuesta seguir ignorando que no desearía que mi familia o mi novio demostraran

más que les importo. Estoy cansada de que para lograr su amor, tenga que ser todo lo que ellos desean. Poco a poco me estoy dando cuenta de que para buscar su

aprobación me estoy olvidado de quien soy yo. Y no sé cómo manejarlo pues son muchos años dejándome a mí a un lado.

Derek me deja en la cama y me quedo quieta. Empieza a quitarme el zapato pero me niego.

—Puedo yo sola —me ignora y yo no digo nada más.

Me pongo boca arriba y Derek me pone un cojín bajo el pie, mecánicamente.

—Si necesitas algo, llámame. Iré a prepararte algo para comer y te lo subiré ahora —asiento.

Observo como se aleja y yo miro el cubrecama.

—Cuando estuviste solo... Da igual.

Espero a que Derek se vaya y me sorprende cuando habla cerca de mi cama.

—¿Qué?

—Cuando tuve el accidente, estuve dos horas sola. Me sentía impotente porque no podía moverme, porque la moto estaba sobre mi pierna y no podía

levantarla. No sabía qué hacer. ¿Es así como te sentiste? ¿Impotente ante lo que te estaba tocando vivir? —No espero a que conteste, me tomo el silencio reinante

como una respuesta a mi pregunta—. Da igual.

—Sí... Y ahora descansa un poco. En pocas horas te sentirás mejor.

Siento cómo Derek se aleja y cómo la dureza de sus palabras me traspasa, como si odiara haberlo reconocido. Lo observo marcharse y como cierra la puerta

tras él. Puede que no lo conozca, que en ocasiones desee estar lo más lejos posible de él, pero no puedo evitar agradecer la sinceridad que muestra siempre y

aunque me asuste reconocerlo, su cercanía.

Derek

Me alejo de la habitación, molesto por haber contestado a la pregunta de Evelyn. Sé por qué me ha preguntado algo así. Su mente es un caos y todo por culpa

de su familia. Le han hecho creer que ella tiene la culpa de su actitud y le han dicho que desean que pronto se olvide de las tonterías del pueblo mágico y vuelva

renegando para siempre la magia que hay en ella. No pueden pedirle que haga eso. La magia es parte de Evelyn y tiene mucho poder oculto a la espera de que le de

salida. Pero me temo que Evelyn no quiere probarlo porque teme estar defraudando a las personas a las que les debe la vida. Que sus padres le abandonaran, le ha

creado dependencia de sus abuelos, porque tiene miedo de ofenderlos y que le den la espalda y verse sola.

No puedo hacer nada por ella. Tampoco debo hacerlo. Cada segundo que estoy cerca de ella, más quiero conocerla y me adentro más en su mente para saber

que le aflige y odio esa sensación. Cuando me vaya, deberá afrontar la vida sola y decidir cómo quiere vivirla: si como esperan sus abuelos y su pareja o como ella

quiere vivirla Sólo espero que, elija lo que elija, sea por ella misma.

¿Por qué es tan distinta esta muchacha a todas cuántas he conocido? ¿Por qué siento que debo protegerla ante todos y ante todo, aunque mi razón me pide

que me aleje de ella? No quiero conocer la respuesta me temo que no me gustaría nada y eso solo lograría enfurecerme más de lo que estoy.

Mi vida era muy sencilla antes de conocer a Evelyn. La soledad me daba incluso menos miedo que este impulso hacia otro ser humano. Pese a la impotencia

que sentía, sabía qué podía esperar de ella. Y ahora no sé qué esperar de Evelyn y no sé si dar las gracias porque fuera ella y no otra la que abriera la puerta.

Miro el aparato que se hace llamar televisión. Aún no lo he encendido. Lo cierto es que solo he usado el baño y algunas cosas básicas de la cocina, no me

acostumbro a tantas modernidades.

Me dirijo hacia la cocina para prepararme algo de comer, antes subí a Evelyn algo y la encontré dormida, lo he dejado en su mesita para cuando despierte.

Tengo que ir al pueblo a hablar con el director de la universidad. Esta mañana temprano, me mandó a uno de sus alumnos con un mensaje que decía que quería

verme esta tarde. No sé qué querrá decirme, pero parecía importante.

Termino de comer y subo hacia mi habitación para darme una ducha y cambiarme de ropa. Cuando salgo, miro en el espejo cómo el pelo húmedo oculta mi

rostro. En esta época casi todo el mundo lo lleva más corto, aunque también es cierto que en este reino mágico la gente va como quiere. «*Tal vez acabe*

cortándomelo un poco», pienso tras atarlo con la cinta de cuero.

Termino de vestirme y salgo de la habitación, cómo si mis pies se movieran solos, acabo abriendo la puerta de la habitación de Evelyn y entro para ver como

está. La contemplo dormir en un amasijo de mantas y cojines. Me acerco a ella, el gesto de dolor que veo en sus facciones me hace pensar que tal vez la lesión le

esté doliendo más de lo que ha dicho.

Levanto las mantas y busco su pie. Para comprobar que todo está en orden. Las vendas están bien puestas y no están demasiado apretadas, los dedos de su

pie tienen un precioso color claro. Se remueve inquieta. ¿Qué estará soñando? Deslizo mis dedos por su frente húmeda mientras me sumerjo en sus sueños. Nada

más hacerlo, mi mandíbula se tensa. ¿Por qué está soñando con Gaspar, el brujo que quiso matarme? El sueño no es gran cosa, pero la sonrisa malévola del hombre

retumba en todas las cavidades de los sueños de Evelyn. Esto no me gusta. Ella no lo ha visto en su vida, pero ahí está su cara malévola y marchita por el tiempo.

Me tenso y salgo de su mente, pese a que ella necesita dormir, acabo por sacudirla.

—¿Pero, qué se supone que estás haciendo?!

—Me apetecía ver la tele y no sé cómo se enciende —miento y sonrío cínicamente para que se centre en mí y olvide la pesadilla.

Me mira iracunda. Tras meterme en su mente, me doy cuenta de que he logrado mi objetivo y la furia que ahora siente por mí le ha hecho olvidar el sueño. Por

ahora, una pequeña victoria.

—¿Y me tienes que despertar para eso?! —Evelyn bufá y yo sonrío. La verdad es que disfruto enfadándola —. La que me ha caído contigo —dice entre

dientes, mientras comienza a salir de la cama. En el fondo me sorprende que se levante sin más para enseñarme a ver la televisión. Es un detalle que no he visto a

menudo en mi vida.

De repente, pone una mueca de dolor.

—Mira que eres patosa, muchacha. Ya se te había olvidado lo del pie lesionado —Evelyn me fulmina con sus ojos dorados. Me contengo para no reírme de

ella—. No me mires con esa cara, deberías ser más sensata.

—Sería más sensata y estaría mejor si un *principito* toca narices no me hubiera despertado.

—No te quejes, no es para tanto.

La miro. No sabe que si la hubiera dejado dormir, hubiera acabado gritando por la pesadilla que estaba viviendo. Es mejor que piense que soy un idiota a que

sufra en sueños por una pesadilla. Intenta volver a ponerse en pie y, aun sabiendo que va a protestar, le paso la mano por las piernas y la alzo. Pone sus pequeñas

manos sobre mis hombros, lo hace tímidamente y, por lo poco que la conozco, sé que no tardará en protestar. Pero aun así, sus manos siguen posadas en mí y me

gusta sentir las. Me gusta notar como su calor me traspasa y como tímidamente me acaricia aunque sé que nunca lo reconocerá. Es como si ella tampoco pudiera

explicar esta necesidad de tocarme. Es muy hermosa y sus curvas son perfectas para enloquecer a quien se proponga.

Cada vez que la tengo cerca, su perfume a vainilla me invade. La miro, tiene la vista baja y no es consciente de como su mano se ha enredado en mi pelo y

como lo acaricia produciéndome escalofríos. Evelyn no lo sabe pero es la única mujer que dejo que me toque, con ella me siento cómodo y mis pesadillas se

mantienen a raya. Pero eso no quiere decir nada, absolutamente nada, salvo que con ella logro olvidar por qué odio el contacto humano. Porque alguien me hizo

odiarlo.

—Bájame. Puedo hacerlo sola —dice una vez en mi habitación al reparar en cómo me está acariciando. Se sonroja y trata de apartarse como si así ambos

olvidáramos su gesto.

No lo dice con mucha convicción y casi río tras ver en su voz las pocas ganas que tiene de que haga justamente eso.

—Tengo algo de prisa mejor te dejo en el sofá. Luego, cuando me vaya al pueblo, puedes tratar de matarte, si así lo deseas.

—Serás...

Me mira, yo la observo de reojo. Siempre tiene las facciones serias. Debería sonreír más, pero supongo que el peso que lleva sobre los hombros no se lo

permite. Debería dejarla lidiar sola con sus cargas pero no quiero. ¡Maldita sea! ¿Qué me está pasando? La dejo en el sofá donde hay uno de esos aparatos cerca, no

con mucha delicadeza, pues su contacto ha empezado a abrasarme.

—Dame el mando.

Sé lo que es el mando porque lo he visto tras los espejos, pero aún me parece sorprendente saber que esta cosa puede hacer que la televisión funcione y, lo

que es más increíble, que en esta se vean imágenes de personas que están a kilómetros y kilómetros de aquí.

—Presta atención —la observo, pero no precisamente con atención. *«Me está tomando por tonto. Bueno, pues si quiere un tonto, uno tendrá»*, pienso molesto

—. Sólo tienes que apretar a este botón.

Cosa que ya sabía. El aparato se enciende y, a pesar de haber visto en los espejos el funcionamiento de esta, no deja de sorprenderme.

—No lo entiendo bien. ¿M e lo puedes explicar otra vez?

M e mira seria y yo me trago una carcajada, estoy disfrutando mucho con esto.

—Aprietas este botón —señala uno rojo—. Y si quieres cambiar de canal, le das a los números.

—¿Y qué pasa si las imágenes salen disparadas de la tele? ¿Cómo las meto dentro?

Casi me atraganto con mi propia risa al ver cómo Evelyn se queda muda y comienza a ponerse seria. Espero que me chille y se marche de aquí coja pero, para

mi sorpresa, no lo hace y se muestra paciente conmigo. M e siento incómodo, pero no lo suficiente como para dejar este juego.

—No se van a salir. ¿No decías que lo habías aprendido todo en ese mundo paralelo en el que estabas?

—Pues parece ser que no, pero tranquila, tengo tiempo para que me lo expliques.

—Es que yo no tengo ganas.

—Qué poca paciencia tienes, muchacha. ¿Qué pasaría si hubiera sido al revés? ¿Si de repente te encontraras en un mundo dónde todo es diferente a lo que

conocías? ¿Te gustaría que alguien te ayudara?

Trato de poner cara de lástima, pero me cuesta mucho cuando estoy a punto de reírme de la cara de pena que ha puesto Evelyn. Es bueno saber que tiene

corazón. ¡Aunque a mí no me importa, claro!

Al final, empieza a explicarme cómo usar la televisión. Está siendo muy dulce y amable, cosa para la que no estoy preparado. Creí que me estaba tomando

por tonto pero en realidad solo trataba de explicármelo de la manera más sencilla posible. Esto hace que me sienta un poco estúpido por comportarme así con ella

y aún más por haberla molestado.

—Creo que ya lo he entendido —me levanto y apago el aparato bruscamente—. Gracias por... todo. Ahora, debo irme.

Me alejo sin más. Es mejor así. No sabía que esta faceta de Evelyn dulce y comprensiva, preferiría que me hubiera tratado como un idiota. Sabía que era dulce

y que se preocupaba por los demás, pero no estaba preparado para recibir esa ternura. Hay mucho de Evelyn que desconozco y que no sé si estoy preparado para

descubrir.

Es mejor que me mantenga alejado de ella. No hay en mi alma tiempo para la ternura. No puedo creer en ella sin más, ni mucho menos bajar la guardia, puede

que su ternura sólo sea su forma de allanar el camino para clavarme una daga por la espalda. Porque aunque pueda leer su mente no puedo saber sus más oscuros

secretos. Solo los pensamientos superficiales. Y es mejor estar preparado. Yo mejor que nadie sé lo que pasa cuando uno baja la guardia.

Miro al director de la universidad preguntándome, si este hombre de pelo blanco y cara simpática no se habrá vuelto loco.

—A ver si lo he entendido. ¿Usted quiere que yo sea profesor de magia mientras esté aquí? —El hombre asiente con entusiasmo—. ¿Usted me ha visto cara

de profesor? —Hace una mueca y suelta un «bueno...»—. ¿Está usted bien de la cabeza? —Trato de decirlo con tacto, pero me mira furioso—. ¡Perdóneme pero

no sé cómo se le ha podido pasar, por la cabeza que yo pueda ser un buen profesor!

—Tal vez, porque eres la persona que más poder posee en este reino mágico —dice retándome—. A la universidad le daría mucho prestigio que tu dieras

clases y eso atraería más alumnos. Este centro los necesita. Por eso quiero que lo hagas. Me da igual como lo hagas. Yo solo quiero atraer a más gente al centro.

Además, eres príncipe y te debes a tu pueblo.

—No me amenace ni me haga sentir responsable de un pueblo que ambos sabemos que está quinientos años lejos de ser el mío.

—Pero ahora estás aquí.

—Sí y no por decisión propia.

—Me gusta saber que la gente del pueblo tiene la oportunidad de aprender del mejor. En esta universidad, a parte de las clases básicas se enseña magia para

que la gente pueda utilizarla de la mejor manera posible. Para que exploren su *don*. Aprender las enseñanzas de la persona con más poder en el reino será algo

bueno para todos.

—No trate de adularme. Le aseguro que no funcionará. No creo en los halagos que la gente solo lanza para obtener algo a cambio.

—Mira, Derek, me da igual que seas príncipe y que no tengas un ápice de caridad en tu cuerpo, como director de este centro, te pido que enseñes a mis

alumnos parte de lo que sabes. Me da lo mismo que se lo digas gritando, o que se lo enseñes una sola vez, o que se enteren y no lo aprendan. Quiero que ellos

tengan la oportunidad de sacar lo mejor de su magia.

—Y que venga más gente y pague al centro por estudiar aquí que no soy estúpido —sonríe y sé que esa es la verdadera razón. Todo lo hace por codicia.

Cuanto más alumnos más dinero ganará él como director—. Mira a mí nadie me enseñó. Aprendí solo. Tal vez deberían hacerlo sus alumnos. La gente de este siglo

lo tiene todo muy fácil. A más de uno le vendría bien pasar una temporadita en el mío. A usted el primero ya puestos.

—Da igual por qué te necesite aquí, estos alumnos aprenderían del mejor. Y me apuesto lo que quieras a que tú deseaste que alguien te ayudara, para así no

perder tanto tiempo equivocándote. Piensa en el tiempo que hubieras ahorrado de ser así.

Tiene razón en lo que dice, pero no me veo dando clase a un panda de mocosos quejicas.

—Eso es asunto mío. Creo que voy rechazar su propuesta.

—Y yo creo que debes pensarlo —lo miro serio. Este tío comienza a cansarme—. Con esa actitud nunca hubieras sido un buen rey.

Suelto un bufido y salgo del despacho con pocas ganas de hablar con nadie.

Pero, ¿de qué va este hombre? ¿Cómo puede imaginar que yo acabaré dando clases a una panda de jóvenes que solo piensan en cómo ligarse a la compañera de

al lado? Si quiere más alumnos, que se las ingenie para lograrlo. Este hombre está fuera de sus cabales. Yo, que a veces no me soporto a mí mismo, dudo que pueda

soportar que toda una clase de gente esperando que les diga cómo hacer magia. Y claro que no sería un buen rey. Eso es algo que hace tiempo asumí.

Llego al castillo con pocas ganas de hablar y cuando subo a mi habitación escucho la voz molesta de Evelyn hablando con alguien por ese cacharro que se hace

llamar teléfono móvil. Camino hacia mi habitación. Ahora no necesito estar con nadie y menos con alguien que parece estar tan enfadada. Pese a mis convicciones y

a mis pocas ganas de escuchar las conversaciones ajenas, acabo asomándome por el hueco de la puerta y la

veo hablar. Parece calmada y sumisa, pero su cara está

roja de furia y no entiendo cómo no le grita al que está al otro lado del teléfono lo que siente.

—Lo sé. Sí... No sé si podré ir... Aún no puedo irme... ¿No puedes entenderlo? Lo siento, abuela... No, mi intención no es amargarte la vida... Quizá deba

volver, sí...

Evelyn deja de hablar cuando yo le quito el móvil y lo lanzo al sofá.

—Pero, ¿se puede saber qué haces?! ¡Estaba teniendo una conversación privada! ¡¿Es qué no sabes lo que es tener una conversación privada?! —Evelyn está

gritándome y yo sé que es su forma de descargar la furia reprimida que la está corroyendo—. ¿Te crees que puedes ir quitándole el teléfono a la gente? Estaba

hablando con... Mierda, se me olvidó... —coge el teléfono—. Me ha colgado. Al menos sale algo bueno de lo que voy a hacer...

Me mira con sus ojos dorados y veo cómo estos empiezan a nublarse por las lágrimas, pero aprieta los labios con fuerza y las reprime, mostrando una fuerza

que siempre he visto en ella y que a ella le cuesta apreciar. Me aguanta la mirada, y en este instante, al verla vulnerable y desorientada, siento que se rompe algo

dentro de mí, algo que pensé que hacía tiempo que había perdido, mi alma.

Me descoloca y me deja parado, anclado en el sitio, hace tiempo que creí que nadie jamás conseguiría llegar a mi alma y muchos menos que hiciera que yo

sentiera de nuevo un ápice. No sé qué hacer ante un descubrimiento como este.

—Tranquila muchacha que no tendrás que soportarme mucho tiempo —le digo para no olvidar que solo estoy de paso en su vida—. Un día regresaré a mi

época. Estoy atado a un conjuro y mi destino es regresar lo quiera o no. Y cuando lo haga, con suerte el futuro cambiará y me olvidarás para siempre y yo a ti. Y

no sabes cómo me alegré de hacerlo.

—Eso es una gran noticia, cuando te vayas te perderé de vista para siempre —cuando dice esto último, alza la cabeza y me mira con toda la dureza que hay en

su ser—. No sabes qué alivio saber que un día te olvidaré para siempre.

Baja la vista y aprieta el puño.

«*Para siempre*». Esas palabras resuenan en mi mente y me hacen darme cuenta de que le he dicho algo que he callado hasta ahora solo para alzar ante ella las

murallas que sin pretenderlo ha derruido.

Cojo su cara entre mis manos y le obligo a mirarme a los ojos. Esas profundidades doradas están cargadas de furia pero también veo una tristeza que me

descoloca. Evy trata de ocultarla pero sigue velada en el dorado de sus ojos. Sé que a pesar de conocerla desde solo unos días y ser para mí más una molestia que

una bendición, esas palabras me duelen más de lo que esperaba. No entiendo por qué es así con ella ni qué es lo que siento.

—¿Has dicho todo lo que tenías que decir?

—No... Sí... No lo sé.

Parece desconcertada y mientras habla mis ojos viajan a sus labios. Recuerdo nuestro primer beso y los acaricio. Evy los entreabre un segundo. Me acerco y le

robo un pequeño roce que me sabe a poco.

—No me beses Derek —trata de apartarse pero le atrapo las muñecas.

—¿Qué más da? Me iré, me olvidarás para siempre. Solo es un beso que ni recordarás.

Nos miramos a los ojos y tentado por esa dulce boca me acerco una vez más a ella y le beso profundizando un poco más antes de apartarme. Joder, esto es

una tortura. Me alejo y cuando suelto sus manos esquivo la bofetada.

—Qué suerte olvidarlos —dice con el entrecejo fruncido.

Se sienta en el sofá. Se pone las manos en los ojos para masajearse los y sé que en parte para evitar llorar. No lo deseo, pero acabo arrodillándome ante ella y le

cojo las manos para apartarlas de su cara.

—No quiero llorar... No soy débil...

—He pensado muchas cosas de ti, pero débil nunca ha sido una de ellas —mis palabras consiguen que por el momento retenga las ganas de llorar—. Si quieres

y solo por una buena causa, te vuelvo a besar y evitamos que pienses en ellas —me acerco y me pone un dedo en los labios, sonrío y lo beso antes de

apartarlo.

—No más besos *principito* besucón.

Sonrío. Nos quedamos mirándonos en silencio. Veo cómo toma aire y trata por todos los medios que sus lágrimas no se derramen.

No sé qué decir.

No sé qué espera que diga.

Nunca he tenido que consolar a nadie. Nunca he deseado hacerlo. Hasta ahora. Me siento mal por verla así, tanto que me olvido de mí. Tendré tiempo después

de arrepentirme de mis actos. No hago más que acumular acciones de las que luego me arrepiento cuando estoy a su lado.

—No sé qué hacer... Estoy perdida...

—A mí no me importa que llores. Te prometo que no se lo diré a nadie. Será nuestro secreto.

Quiero que lllore y saque todo su dolor, aunque si lo hace no sé cómo actuaré, nunca he creído en las lágrimas de una mujer, solo las usan para su propio

beneficio, pero dudo mucho que Evelyn lo haga.

La observo y sorprendiéndola, pero más a mí mismo, he acabado acercándola a mi pecho en un rudo abrazo. No sé qué más hacer cuando Evelyn tras la

sorpresa inicial ante mi gesto, se abraza a mí con fuerza como si yo fuera sus salvavidas y las lágrimas que ha tratado de reprimir hasta ahora, salen libres con

fuertes sollozos que temo la partan en dos. No sé si esto es lo que ella necesita, pero es lo único que sé hacer, darle consuelo y desear que esas incesantes lágrimas

paren de una vez por todas, me duele mucho verla triste. Más de lo que debería.

Es un poco incómodo tenerla entre mis brazos... Es muy incómodo... Es demasiado desconcertante y... demasiado placentero. Acaricio su espalda con una

mano y la otra la meto entre su pelo castaño para acariciarle la coronilla. Se mueve y se acomoda mejor en mi pecho. Noto como tiemblo ante su contacto y como

la acerco más a mí hasta que entre nuestros cuerpos no pasa ni un resquicio de aire. Aunque no debería no puedo evitar admirar como sus curvas se amoldan contra

mí en este abrazo que más bien parece reservado para los amantes y no para dos personas que prácticamente se detestan.

Me siento extraño abrazado a ella, pero me gusta tenerla así. Quizá sea eso lo que me incomoda, que me gusta sentirla refugiada en mi pecho y ver cómo ella

acepta mi protección.

No creo que debiera ser digno de su confianza. Si ella conociera mi pasado, le repugnaría tocarme. Pero no lo sabe y por ello mis brazos son ahora un bálsamo

para sus heridas... y también para las mías. ¿Qué tiene esta muchacha?

La acaricio, pero no sé si más para calmarla a ella o para calmarme a mí mismo. Me late el corazón con fuerza. Es tan pequeña, tan frágil... El olor a vainilla y

melocotón del pelo y la piel de Evelyn se filtra por mis fosas nasales. La siento como nunca he sido consciente de sentir a un ser humano. Esto no puedo ser. No...

—Pues sí que tienes lágrimas en esa pequeña cabeza tuya —digo con la intención de poner distancia entre los dos.

Evelyn se separa rápidamente, parece que acaba de ser consciente de dónde está.

—Yo... —la miro y la veo sonrojada—. No sé por qué...

La corto incapaz de resistirme con un ligero y rápido beso.

—Yo tampoco. Simplemente espero que esto te dé una idea de lo que de verdad deseas —me levanto y noto mi camisa blanca mojada—. Si desearas irte,

serías feliz y por lo que parece, una parte de ti dice con lágrimas lo que no es capaz de decir con palabras.

—No necesito tus consejos. Y no vuelvas a besarme.

Se pasa las manos nerviosas por el pantalón.

—Como quieras, muchacha. Me voy a hacerme la cena.

Comienzo a andar.

—Derek —la miro por encima del hombro—. Gracias. Gracias por todo.

Asiento y me alejo de allí, de ella. Pues aún siento el calor de su menudo cuerpo contra el mío y, lo que es peor, siento la necesidad de volver hacia ella y

seguir refugiándola en mis brazos y no solo para abrazarla. El deseo hasta ahora dormido, late dentro de mí y no puedo dejar de imaginarme acariciando cada rincón

de su cuerpo...

«Pero, ¿qué me pasa? ¡Es sólo una muchacha más!» Pero en el fondo sé que no es cierto y ese sentimiento es lo que trataré de acallar con todas mis fuerza.

No tengo sentimientos, no debería sentir nada y sin embargo... Sin embargo he acabado haciendo justamente lo que no quería

¿No se supone que iba a mantenerme alejado de ella? Escucho un relámpago resonar en el cielo. Me siento un títere de los acontecimientos que estoy viviendo

últimamente. La razón me pide a gritos que la deje sola, pero acabo haciendo justamente lo contrario e ignoro por qué. Y, para ser sincero, no quiero descubrirlo.

Evelyn

Me miro en el espejo del baño y veo cómo las lágrimas han hecho que se me hinchen los ojos. Me enjuago la cara con agua fría para que baje la hinchazón.

Tras hacerlo me miro molesta en el espejo por haber sido tan débil y más ante Derek. Nunca he dejado que nadie me viera llorar, como siempre me ha dicho mi

abuela, las lágrimas se llevan por dentro. Pero hoy cuando me abrazó sentí que no podía dejar de hacerlo. Hacía tanto que nadie me abrazaba...

Me siento muy estúpida por mi infantil comportamiento y aún más culpable que antes. He demostrado que no soy feliz con lo que me rodea. No comprendo

porqué mis abuelos de repente se han vuelto tan insistentes con mi vuelta. No entiendo porque mi abuela me ha hablado en ese tono amenazante.

O más bien me duele aceptar que los estoy defraudando. ¡Si hasta mi abuelo antes de que yo decidiera venir aquí ya tenía preparado para mí un buen puesto

en su empresa! Estaba orgulloso de que su nieta siguiera sus pasos mientras estudiaba en la universidad. Desecho esos pensamientos y tras hacerme una coleta

entro en mi habitación cojeando. El desorden y el caos me rodean, he estado tan ensimismada en mis cosas que hasta he olvidado ordenar mis pertenencias. Me

pregunto cuándo fue la última vez que viví rodeada de tanto descontrol. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Debo hacer algo, no me reconozco.

Empiezo a ordenar mi armario, ignorando el dolor punzante en mi pie. No puedo dejar de ordenar mis cosas, necesito que todo sea como antes, necesito dejar

de sentirme tan... perdida.

Continúo recogiendo, cuando termino de ordenarlas en perchas, me dispongo a ordenar los cajones.

Ordeno los camisones y pijamas de seda y recuerdo a mi abuela. Me siento mal por haberle colgado, debería pedirle perdón. No se merece mi trato, ellos me

han dado una casa y una educación, no es justo tratarlos de esta manera. Solo quieren lo mejor para mí pero, por primera vez en toda mi vida, yo no sé seguir el

camino que han trazado para mí.

Cojo el móvil y me muerdo el labio inferior para no chillar por el dolor que he sentido en el pie. No puedo parar de moverme. Marco el número de mi abuela y

a los dos tonos responde con voz seca y enfadada:

—¿Qué quieres? Pensé que lo habías dejado todo muy claro al colgarme.

—Lo siento, abuela, no debería haberte colgado. Se me colgó solo....

—Has tardado mucho en devolverme la llamada, ¿no?

—Lo siento... Lo siento de verdad.

—Eso ya lo has dicho. ¿Lo has pensado mejor? ¿Cuándo regresas?

—Abuela no te llamaba por eso —tomo aire—. Aún no tengo claro que vaya a regresar, de momento.

—¿Se puede saber qué diablos te retiene allí? Evelyn, no me he gastado un dineral en tu educación para que acabes en un pueblo de mala muerte del que solo

se cuentan barbaridades. Ese no es lugar para ti. Nos estás defraudando a todos. Y no hace falta que te nombre a Daniel, tu lugar es a su lado. Como su futura mujer

debes permanecer donde él pueda necesitarte. ¿Qué pasaría si te dejara? Te digo lo que sucedería, que caerías aún más bajo jovencita, no se encuentran jóvenes

como Daniel todo los días. Estás tirando tu vida por la basura —mi abuela empieza a hacer pucheros sin llegar a llorar, puedo sentirla y yo me siento muy

miserable por llegar a ponerla en este estado—. Nos estás defraudando, Evelyn. Tú verás lo que haces.

—¿Abuela?

Comprendo que me ha colgado y me quedo con el corazón desbocado y el teléfono en la mano mirando cómo la pantalla se apaga. Ella tiene razón, los estoy

defraudando. Empiezo a andar y al haberse enfriado tras recoger mi habitación el pie se resiente.

—Aggg... —cierro los ojos con fuerza y me llevo las manos al tobillo.

—¿Evelyn? —me sobresalto al escuchar su voz.

No esperaba que Derek estuviera en el castillo, sin poder evitarlo mi mente evoca su abrazo y cómo me sentí completa y protegida. Inspiro con fuerza

enfadada por recordarlo y me llega su característico perfume impregnado en mi ropa, que me hace recordar también sus besos.

—¡Déjame sola!

Me siento en el sofá, que tengo cerca y el silencio de Derek me doy cuenta que de verdad se ha marchado. Me sorprende que lo haya hecho sin más y aún sin

replicar o meterse conmigo. Pero no tengo esa suerte, entra y se acerca hacia mí. Lo primero que pienso es que lo odio por estar por segunda vez ante mí mientras

estoy en este penoso estado y lo segundo, aunque no comprendo bien por qué, es que agradezco que este aquí.

—Tómame esto, es una infusión que te aliviará el dolor —aparece ante mí una pequeña bandeja con una taza humeante.

—Gracias.

—Si no necesitas nada más...

Miro sus lustrosas botas y tomo la taza con una de mis manos.

—No necesito nada más, gracias —Derek empieza a irse, pero antes de que desaparezca no puedo evitar preguntar—. ¿Qué hubiera pasado si no hubieras

querido ser príncipe? ¿Si hubieras querido tomar otro camino diferente al que tus padres habían elegido para ti?

El silencio reina en la habitación, Derek se ha ido y no me siento con fuerzas de levantar la cabeza para comprobarlo. No sé ni por qué le he preguntado algo

así.

—Supongo que hubiera acabado encontrando el modo de hacer lo que yo hubiera querido hacer. Pero en ocasiones la vida no nos deja tomar las decisiones que

queremos.

Se sienta a mi lado y tomo un trago de la infusión. Es dulce y tiene un sabor aromático. La disfruto y noto cómo, lentamente mientras entra caliente en mi

estómago, calma mis nervios.

—He vuelto a hablar con mi abuela... —Derek abre la boca para hablar, seguramente para meterse conmigo—. Por favor Derek, dejemos los piques para otro

momento.

—¡Si en el fondo las disfrutas! —sonríe pero no lo miro—. Está bien, dejare mi mejor entretenimiento en este siglo para otro momento. ¡Qué se le va hacer!

Lo miro y me quedo absorta contemplando su media sonrisa, esa tan sexy que hace que no pueda dejar de mirarlo. Viste como siempre, salvo que esta vez el

pelo le cae por los hombros. Me mira con intensidad; pese a saber perfectamente cómo son sus ojos, contengo el aliento. Me encanta perderme en ellos.

—¿Siempre quisiste ser rey?

Derek me mira y una oscura sombra cruza sus ojos.

—No —abro la boca para preguntar pero Derek me hace callar, alzando una mano—. No quiero hablar de ello —se apoya en el respaldo del sofá—. ¿Tú y el

pánfilo de Dani lleváis mucho juntos?

—Yo tampoco quiero hablar de... eso —me echo hacia atrás y subo los pies hasta apoyarlos en el sofá, me siento extrañamente calmada tras tomarme la

infusión.

—Te estoy haciendo compañía, con lo que debes soportar mis preguntas.

Me mira con una pícaro sonrisa en los labios. Hago una mueca pero, por primera vez, no quiero discutir. Cierro los ojos y pienso en la pregunta.

—Se puede decir que toda la vida. Todos esperaban que acabáramos juntos.

—¿Lo quieres?

—Yo... —abro los ojos para mirar a Derek—. Tengo hambre. ¿No has subido nada para comer?

Espero a que Derek insista, pero no lo hace; eso me sorprende, aunque no tanto como el hecho de no poder admitir que quiero a Dani. Es más, mentiría si

dijese algo así.

—¿Acaso tengo cara de sirviente?

—¡Ni que los sirvientes tuvieran un tipo de cara en particular! Por si no lo sabes estoy convaleciente.

Derek me mira serio y yo sonrío.

—Pensé que habías decidido dejar los piques.

—Pensaste mal.

Sonrío y me apoyo en el sofá, me siento como si flotara.

—¿Derek?

—¿Si?

—¿La infusión llevaba algo raro?

—No, pero veo que te estas relajando muy deprisa, será mejor que te vayas a la cama.

—No tengo... —bostezo—, sueño.

—Parece ser que la infusión está teniendo un extraño efecto en ti... ¡Qué rara eres!

—¡Habló el que ha venido por una puerta suspendida en el tiempo! Es algo de lo más común.

Derek se ríe, abro los ojos somnolientos y lo miro a mi lado. Nos quedamos en silencio, contemplándonos sin decir nada, pero sin sentir la necesidad de querer

llenar este silencio.

—Nunca he hecho esto con Dani. Él... siempre está muy ocupado.

—¿El qué?

—Hablar... Hablar como si fuéramos algo más que una pareja perfecta para los demás.

Derek me observa con intensidad y alza su mano hasta atrapar un mechón de mi pelo. Lo mete tras la oreja y tras esto acaricia mi mejilla ahora libre. Su

contacto me estremece. No quiero que se detenga nada. Intento mantenerme despierta, no quiero perderme nada de esta caricia, de lo que me hace sentir, pero sin

poder evitarlo me sumerjo en un profundo y placentero sueño.

M e despierto sintiéndome muy descansada. Miro mi móvil y compruebo lo tarde que es. Salgo de la cama, apoyo el pie con cuidado, aunque para mí

sorpresa, al hacerlo, me duele mucho menos. Derek ha sido muy amable conmigo. Apenas recuerdo la conversación que mantuvimos anoche... De hecho, ¿cómo he

llegado a la cama? Miro la ropa para comprobar que aún sigo vestida y suspiro tranquila al comprobar que así es.

M e levanto de la cama con cuidado para arreglarme. No comprendo por qué Derek, se preocupa tanto por mí, ni por qué se quedó anoche. Aunque me

enfurece que su infusión me calmara tanto, hasta el punto de hacerme olvidar por qué me molesta tanto su compañía, lo que más me desconcierta es que me sentí a

gusto hablando con él.

¡Pero toda tregua tiene un final! Además, no sé qué tiene Derek que aunque tenga buenas intenciones con él y no quiera molestarlo, siempre hace algo que me

enciende por dentro y me hace sacar lo peor de mí, como besarme como si tuviera derecho hacerlo.

Cojo la muleta y empiezo a descender por las escaleras. La pierna casi no me duele, pero aún siento una molestia leve que me hace ir más lenta y temer la

caída que puede estar por venir. Conforme me acerco, escucho ruidos de platos en la cocina. M e detengo y pienso en la posibilidad de darme la vuelta; no estoy

preparada para enfrentarme a él, pero decido seguir mi camino. No hemos hecho nada, si por nada se entienden los picos y el abrazo. No puedo evitar recordar el

momento en que le dije que con Dani no había hecho algo así, ¡qué tonterías! ¡He hablado con él muchas veces, la infusión tuvo que confundirme! Dani es un buen

novio.

Piso el último peldaño y voy hacia la cocina. Derek está cocinando algo. Entro sigilosamente, o mejor dicho, todo lo sigilosa que se puede ser con un pie a la

pata coja y una muleta.

—No deberías haber bajado sola —comenta muy serio, pero no se da la vuelta.

—No sabía que supieras cocinar.

—No sabes muchas cosas de mí —dice sin más.

—Cierto —me siento y sé que debería darme igual, pero deseo saber más—. ¿Tenías que hacerte tú la comida cuando estabas...? —Hasta ahora es algo en lo

que no había pensado. ¿Cómo se debe de haber alimentado durante todo su encierro?

—Sí —no dice nada más y está aún más serio que antes.

—¡Vaya, estas poco hablador!

—Mi mejor amigo es el silencio —Se da la vuelta y me mira con sus ojos verde azulado.

—Eres...

—¿Encantador? —dice con una media sonrisa.

—No precisamente.

—Entonces, ¿vas a querer comer?

—Sí... —trato de levantarme y veo cómo él se da la vuelta.

—He hecho pasta de sobra. No te muevas —este chico me confunde. ¡Pasa de estar frío a ser cálido y detallista!—. No te equivoques, muchacha. No soy

detallista, es sólo que no quiero tirar la comida.

—¡Eres un...!

—¿Caballero práctico?

—¡¡No!! Lo que eres es...

—¿Quieres queso en la pasta?

—No me cambies de tema —replico refunfuñando, molesta por lo poco que ha durado la tregua entre nosotros. No podemos parar de picarnos mutuamente

cuando estamos en pleno uso de nuestras facultades. Es como si necesitáramos distanciarnos.

—Eres tú la que habla como si tuviera algo en la boca.

—Eres insoportable, Derek.

—¿Algo más? —Se da la vuelta y se acerca a mí con dos platos en las manos.

—¡Sí, pero ahora no me acuerdo! —Sonríe y deja los platos en la mesa, casi al tiempo que se gira a por unos vasos y unos cubiertos, luego se sienta a mi lado

—. He de reconocer que esto huele muy bien.

—Uno aprende muchas cosas cuando no le queda más remedio.

—¿Y cómo sabías hacer pasta?

—Por los espejos mágicos.

—¿Y a cocinar con la tecnología moderna también por los espejos? —Asiente.

—Llevo días familiarizándome con ellos. Ahora ya lo domino —asiento.

—¿M e viste alguna vez? —Pincho un macarrón y lo soplo.

—No. No podía ver lo que pasaba dentro del castillo. Solo vi algo del pueblo, para ver cómo recorría el paso del tiempo. Pero hace años que no lo miro.

—¡Ya veo cuánto te preocupa tu reino! —M e meto el macarrón en la boca pero no puedo evitar percibir cómo Derek se ha quedado parado y su mirada está

perdida, a saber en qué recuerdos—. Está muy rico —Pero no me contesta—. ¿La comida no se te acababa?

—¿Qué? Perdón, no estaba escuchado.

—Digo que si la comida no se te acababa cuando estabas en el otro plano —prefiero no hurgar en lo que acaba de pasar, he visto algo en su mirada que no sé si

quiero entender, algo demasiado frío. En ocasiones es como si Derek viajara muy lejos de aquí, a un lugar que no es nada cálido... ¿Qué será lo que le provoca esta

reacción?

Al mirar a Derek sé que no está hurgando, como de costumbre en mi mente, eso me hace suspirar de alivio. No me gusta la idea de que esté a cada instante

sabiendo lo qué es lo que pienso. ¡M e priva de intimidad!

—No, lo que gastaba volvía a aparecer gracias a la magia. Igual que los muebles —ríe amargamente—. Si rompía algo, se arreglaba solo. El castillo que hay tras

la puerta va cambiando conforme cambia este, pero solo hasta el momento en que alguien entra en él, entonces se mantiene tal cual estaba antes de que la puerta se

cerrara.

—¿Y qué pasaba cuando salías del castillo?

—No podía salir. Los balcones solo reflejaban un cielo negro como el carbón. No hay nada tras las puertas.

—Debe de ser horrible.

—Hay cosas peores.

Por la forma en que lo dice sé que él ha sido testigo de ellas y me invade la necesidad de consolarlo, de cogerle la mano y darle mi apoyo, pero sigo comiendo

como si no despertara en mí la más mínima emoción.

—Debe de ser muy duro estar durante tanto tiempo solo, sin escuchar nada más que a tu propia voz.

—Podía ver los espejos mágicos. Cuando no entrenaba, casi siempre estaba ante ellos viendo la vida pasar. Aunque debo admitir que aprendo a amoldarme a

las situaciones rápidamente. Es una suerte que uno sea tan inteligente —bufó y Derek sonríe mientras hace ver que come. Aunque me molesta admitirlo, sí creo que

es una persona inteligente, pero nunca se lo diré.

—Pero en este mundo iba más rápido que el tuyo...

—Podía detener las imágenes. Hacer que fueran más lentas. Lo que pasaba es que cuando volvía a la realidad veías que en un instante todo había evolucionado.

Por suerte algunos siglos casi no tenían progresos, aunque otros como este eran un no parar. Y yo quería empaparme de todo.

—La vida pasa rápido aunque no tengas puesto el acelerador —sonríe.

—¿Hay algo que te gustaría hacer en este mundo? —pregunto cambiando de tema.

—Tener un coche —miro a Derek asombrada, es lo último que hubiera esperado escuchar—. Que no te sorprenda tanto, muchacha. En mi época, no

podíamos ni imaginar algo así. Tardábamos días en recorrer distancias que hoy hacéis en tan solo unas horas.

—Puede ser peligroso, si se va muy rápido.

—Tal vez eso sea lo que más me guste de él.

—¿No temes...?

—Hace tiempo que dejé de temer. Para sentir algo así, es necesario querer desesperadamente estar vivo. Cuando no hay nada que te ate a este mundo, puedes

mirar a los ojos de la muerte. No importa nada.

—Ni nadie... —lo que ha dicho me ha dejado vacía y triste. En sus duras palabras había reflejada soledad oculta, que me ha dejado helada. ¿Qué le habrá

pasado? Cada día que pasa estoy más convencida de que esconde algo, algo que tiene mucho que ver con la frialdad que se refleja en su mirada.

—Eso no es cierto. No haría daño a nadie, que no lo mereciese.

Miro sus ojos, que están lejos de aquí y me conmueve lo que ha dicho. Es un consuelo saber que él sí piensa en los demás.

—No te confundas, Evelyn. Yo solo pienso en mí. —Es una suerte que no esté siempre intentando saber qué pienso—. Lo sé.

Derek sonríe.

—¡¡Pues podrías dejar de hacerlo!! Es muy molesto saber que mis pensamientos están siendo leídos por otra persona.

—Solo lo hago algunas veces.... No eres tan importante como para que pierda todo el día en tus pensamientos. Además, no debe de ser tan molesto cuando

no te has preocupado de preguntar cómo puedes bloquear tu mente.

—Yo... —hurgo en mi comida y miro mi plato sin saber qué decir. Derek no lo entendería... ¡Ni yo misma lo entiendo!

—Tienes razón.

No digo nada. Si no quisiera que me leyera la mente, le pediría que me enseñara a bloquearla; pero para eso debería usar mi magia y no estoy preparada para

defraudar aún más a mis abuelos.

—No tengo más hambre —he perdido el apetito. Durante un buen rato he olvidado la relación con mis abuelos y con Dani, pero ahora acabo de recordar lo

mal que lo están pasando todos por mi cabezonería.

Me levanto de la mesa y voy hacia el armario tratando de no apoyar el pie lastimado. Meto la comida en un bol de plástico y lo dejo en el frigorífico. El frío

de este congela mis manos y, poco a poco, también mi cara.

—Deberías cerrar la puerta —escucho la voz de Derek y caigo en que estoy con la puerta del frigorífico abierta.

—Yo... lo siento —me excuso cerrándola. Giro y con la intención de irme pero la mano de Derek posada en mi brazo me lo impide

—Ven. Te mostraré algo. A mí me ayudaba durante este tiempo, cuando necesitaba descargar rabia por estar encerrado —me giro para mirarlo, pero no me da

tiempo a darme la vuelta, Derek me alza en brazos con una facilidad increíble—. Si vas cojeando tardaremos más. No empieces a pensar que esto lo hago porque

soy una buena persona.

—No, por Dios. ¿Tú, buena persona?

Sonríó y, para mi sorpresa, Derek gira la cara para evitar enseñarme sus facciones, pero puedo entrever una sonrisa, que parece llegar a sus ojos verde

azulados. Eso sí que es algo nuevo...

—No.

—¡Odio que hagas eso! ¡¡Deja de hurgar en mis pensamientos y sentimiento!!

—Solo me meto en tus pensamientos más recientes. ¡Nunca en tus sentimientos! Eso es algo que dejo para ti. Yo no soy muy dado a hurgar en algo que dejé

de tener hace mucho tiempo.

—Todo el mundo tiene sentimientos.

Su cara está pintada por la dureza de sus facciones.

—No dirías lo mismo, si...

Se calla y la decepción me inunda. Quería saber más de él. Aunque lo curioso es que hasta ahora no he sido consciente de cuánto lo anhelaba...

Sigue andando en silencio y aunque no quiero me veo incapaz de ocultar lo bien que estoy entre sus brazos. Cierro los ojos molesta por mis pensamientos

cosa que hace que ignore el tiempo que hemos tardado hasta que Derek habla:

—Ya hemos llegado —miro a mi alrededor y me quedo sin palabras. ¡Estamos en una caverna! Al fondo de esta hay un pequeño lago iluminado por una luz

natural de color azul, que sale directamente del agua. Es totalmente cristalina y al mirarla, te invita a sumergirte en ella. Alzo la vista y compruebo que el sol entra

por un tragaluz natural y me fijo en como la luz se refleja en pequeños cristales circulares que hay desperdigados por la roca. Se respira paz—. Me alegra que te

guste.

Lo miro y me veo inundada por un sentimiento que no sé cómo descifrar ni cómo asumir. Me ha traído a su lugar máspreciado, me está mostrando el lugar

donde más tiempo ha pasado, y todo para ayudarme a alejar mis fantasmas y mis miedos.

Es curioso que Derek niegue pensar en los demás y en cambio sea la persona que más ha pensado en mi bienestar durante todo este tiempo. De pronto aprieta

la mandíbula y no sé si lo hace porque está escuchando lo que pienso o no. Sin embargo, no me siento molesta, sino protegida. ¡Es terrible pensar algo así de mi

familia y de Dani, ellos me cuidan! Trato de buscar algún recuerdo en el que haya sentido exactamente esto pero al no encontrarlo me entristezco aún más. No

recuerdo cuando fue la última vez que mi familia me hizo feliz o se preocupó por mí. ¿Qué me está pasando? Pensando esto, salto de los brazos de Derek, que,

como yo pensaba, estaba en mi mente. Sus fuertes manos paran mi caída y me dejan con delicadeza en el suelo, evitando que dañe aún más el pie en el que yo no

pensaba.

—Yo...

Derek me mira y yo me trago el nudo que tengo en la garganta. Sin saber qué decir, ni si huir de él o de mí, salgo de la cueva cojeando más rápido de lo que

debería, olvidando el dolor que me estoy haciendo en el pie, dejando atrás la mirada fría de Derek y sus pequeños y constantes detalles. Me está confundiendo más

de lo que ya estaba.

—¡¡¡Ahgggg!!!

Me caigo contra el frío suelo. Pero el dolor de la caída, no es nada comparado con el que siento ahora mismo en el pecho. ¿Por qué ha tenido que aparecer

Derek en mi vida y trastocarla de esta manera? ¿Por qué no regresa de una vez antes de que ponga más mi mundo patas arriba? ¡Era más feliz cuando creía que todo

lo que me rodeaba era perfecto! Cuando pensaba que las personas no tenían por qué ser amables y detallistas conmigo... Era más feliz cuando no ansiaba un

abrazo para sentirme completa. Había aceptado que los abrazos no eran para mí. ¿Y que se supone que debo hacer ahora? Me siento perdida, muy perdida. No sé

si tras esto, podré conformarme con la vida que llevaba, pues ahora ansío más.

Derek

Veó cómo Evelyn se aleja y maldigo mi insensatez. Aprieto los puños para no salir corriendo tras ella, y así demostrarle que no tiene razón, que no tengo

sentimientos, ni pienso en los demás. No sé por qué me preocupo por ella. Es una molestia constante tenerla cerca y hacer este tipo de cosas que me nacen sin

querer. ¿Pero de qué va esta muchacha de ojos de gato? ¿Yo, sentimientos? Los perdí hace tiempo, cuando supe de qué era capaz el hombre, cuando escuché los

gritos desgarradores de las víctimas del capitán. Jafet se encargó de que no sintiera nada. Despojó todo atisbo de sentimientos en mí, y en el fondo, debería

agradecérselo, porque si no, todo el horror que mis ojos han visto me hubiese vuelto loco.

Un día volveré a mi época con el único sentimiento que deseo tener, la sed venganza, el único que en mi atormentada alma ahora mismo puede comprender.

Me fría espada penetrará en el negro corazón del mago que quiso matarme, para más tarde, enfrentarme al cobarde de mi tío y hacerle suplicar por su vida.

Todo el pueblo verá que su rey no es más que un cobarde, que se esconde tras las faldas de su consejero. Evelyn está confundida: el único sentimiento que

habita en mí es la venganza, y esta es precisamente la que mueve todo mi universo.

—¡Ahgggg!

Escucho el grito de Evelyn y, tras soltar una maldición, corro tras ella. ¡Maldita muchacha estúpida! ¿Por qué diablos tuvo que abrir ella la puerta? ¿No podía

haber sido alguien que me fuera indiferente? Doblo una esquina de los pasadizos subterráneos y la veo tendida en suelo. Tiene la cara contraída en un gesto de

dolor, pero se niega a llorar. Incluso sentada en el suelo con la mano en el tobillo, tiene una postura elegante.

—Maldita sea, muchacha. No podías quedarte quieta —me agacho a su lado y poso mis manos sobre sus hombros. Está temblando.

—De... déjame en paz. Ya se me está pasando —miento entre dientes.

—¡Eso debería hacer! O mejor aún, hacer lo mismo que el lechoso ese y dejarte con el primero que pase.

—No metas a Dani en esto... Y no es un lechoso.

La alzo y se remueve.

—Estate quieta. Te aseguro que cargar contigo me gusta menos que a ti.

—Me alegro.

Siento cómo Evelyn acaba apoyándose en el hueco de mi cuello para ocultarme sus vagos intentos por esconder su gesto de dolor. Me afecta verla así, me

hace sentir responsable de ella, siento la necesidad de cuidarla, pues su gesto de pesar no es solo por el dolor de su pie, es por su familia. Una vez más, y sin

comprender por qué, me siento furioso por cómo la tratan.

Prefiero ignorar esta sobreprotección que siento hacia ella, es mejor que nos mantengamos alejados porque me conozco lo suficiente como para saber que tarde

o temprano acabaré defraudándola, y sé que eso me dolería a mí también.

Escucho cómo la tormenta se cierne sobre nosotros, pero no tengo ganas de controlarla. ¡Necesito que todo esto que se remueve en mi interior salga de alguna

forma, a nadie le aflige un poco de lluvia! Resuena un trueno a lo lejos y una pequeña tormenta cae rápida contra el cristal de su habitación.

La dejo sobre la cama, intentando hacer ver que sus intentos por esconderme su dolor han funcionado, y voy a mi recámara en busca del ungüento mágico que

tiempo atrás, me curó la herida. Al volver a la habitación de Evelyn, me la encuentro en la misma postura, aunque tiene los ojos cerrados. Su silencio me pone

nervioso; preferiría que me gritase y sacase todo lo que le corroe. Le quito la venda y aplico el ungüento sobre el pie sin decir nada, prefiero no hablar y que esta

siga pensado que soy una buena persona. Si supiera lo que han tenido que hacer mis manos y que su cuerpo es el cuerpo más puro que he tocado en mi vida, no

dejaría que la tocara.

Si ella supiera que ella es la única mujer que he besado porque de verdad lo deseaba... Si supiera que cuando cierro los ojos antes de que me invada el sueño,

recuerdo sus besos y el placer que me invade cada vez que le robo uno de estos. Y que sin querer añoro como su menudo cuerpo se amolda con el mío como si

fuéramos dos mitades destinadas a unirse. O que cada vez me cuesta más apartar la mirada de sus perfectas curvas y desear acaricia su cremosa piel sin dejarme ni

un resquicio de ella, hasta hacerla mía... Seguro que si lo supiera, si la dejara entrar en mi mente se marcharía de aquí para siempre.

A mí me cuesta comprender, por qué si odio el contacto humano, cuando la vi por primera vez en lo primero que pensé fue en besar sus gruesos labios. Y

ahora gracias a eso no puedo dejar de soñar con ellos. Me lo tengo merecido por no saber apartar las manos de ella.

Si Evelyn supiera más de mí, me repudiaría, como dijo mi tío que haría la que fuera mi futura esposa. No

debería importarme lo que pensase pero, su pureza

hace que me sienta más pirata que nunca. Y temo que un día vea cuan de sucias están mis manos y que negra es mi alma.

Aún recuerdo la admiración con la que me miraba Jafet, el oscuro, y como el hecho de que pudiera verme reflejado en él llegara a horrorizarme, temí que no

hubiera vuelta atrás y que ser un pirata fuera mi único destino. Tuve que aprender a adaptarme rápido para sobrevivir a las circunstancias y, aquella vez no fue

diferente.

Odio mi pasado y trato de ignorarlo. O lo ignoraba, porque Evelyn me hace recordarlo una y otra vez con sus estúpidas preguntas, y lo peor de todo es que sé

que la juzgo a ella por llevar ese gran peso sobre los hombros y yo no soy mejor que ella en nada. Debería dejarla en paz, que viviera su vida como le viniera en

gana.

—Ya está. Ahora estate quietecita, si es que eres capaz de algo tan sencillo —espero a ver si me responde, pero se queda callada—. ¡Vaya! veo que no quieres

hablar. Tendré que meterme en tu mente —digo solo para picarla y aliviar la tensión que reina en el ambiente pero sigue sin decir nada. Mejor así.

Salgo de aquí. Es su vida, que la viva como quiera. Es mejor hacer como si no existiera, ya que cuando vuelva a mi época, lo más probable es que no la recuerde

y el cambio que se produzca en el tiempo, haga que ella también me olvide.

Aprieto los puños. ¡Maldita sea! Nunca más recordar su risa, ni su mirada dorada. Mejor nunca recordar que una vez alguien me miró como si de verdad

hubiera algo bueno en mí. Aunque en lo más profundo de mí ser, sé que haré lo imposible por no olvidarla y no olvidar como a su lado he sentido que mi alma se

teñía con su luz.

Un trueno resuena en la noche y el rayo que le precede iluminando todo el castillo. Hace rato ya que la tormenta golpea con fuerza el pueblo mágico, pues si

ni yo mismo sé cómo controlar lo que bulle en mi interior, mucho menos la tormenta.

Me despierto sobresaltado. Ayer, tras dejarla en su cama, ignoré a Evelyn el resto del día. Hubiera seguido haciéndolo si un gran estruendo no me hubiera

sacado de mi descanso. Al levantarme, escucho otra vez ruido en la parte baja del castillo. Me pongo un pantalón y una camisa y bajo descalzo por las escaleras a

ver a qué se debe este escándalo, armado con mi espada.

M e muevo con sigilo, usando las puertas y pasadizos secretos, para aparecer sin ser visto en el vestíbulo, observo a un hombre dando órdenes a unas jóvenes

sobre la forma de limpiar una lámpara. ¡Sirvientes!

—Buenos días —saludo saliendo de mi escondite.

El hombre de negro, da un respingo.

—Buenas... Alteza. Sabíamos que lo habían liberado de su encierro, pero no habíamos tenido el honor de conocerle. Hemos retrasado unos días nuestro

trabajo por órdenes de la joven Evelyn, espero no le importe —se inclina ante mí y yo lo ignoro, no queriendo usar mi título.

—M e preguntaba cómo se mantenía este castillo limpio, al no ver a ningún sirviente. Hasta ahora pensaba que era magia, algún truco que desconocía.

—Oh, no, señor...

—Derek. Llámame simplemente Derek.

—Pero no debería...

—Hágalo sin más.

—Bien, está bien —el hombre de unos cincuenta años me mira—. Pues nosotros nos encargamos dos días a la semana de la limpieza del castillo. Es mucho

trabajo para solo dos días, pero la señorita Evelyn no ha querido que nos alojáramos aquí para mantener la limpieza y preparar las comidas a diario.

—Bueno, pues eso va a cambiar. Ahora el propietario soy yo. Quiero que os quedéis y tengáis preparadas las comidas y los quehaceres básicos.

—¡Eso sería excelente! —Sonríe— Antes trabajábamos para los abuelos de la joven.

Lo miro, pues hasta ahora no me había planteado cómo había llegado el castillo a manos de Evelyn.

—¿Y qué fue de ellos?

—M urieron. No se sabe bien por qué. Yo, sinceramente, creo que los excesos de la vida los llevaron a ese estado. Hay gente que no sabe cuidarse y más

cuando se tiene dinero para poder comprar cualquier cosa. Si se hubieran cuidado más... quién sabe, tal vez seguirían con vida.

—Sí.

—La señorita Evelyn es distinta a ellos. Ellos disfrutaban de las atenciones que les proporcionábamos y les gustaba tener gente en su casa y no sentirse solos

en esta. Evelyn dijo desde el primer día que no quería tener a nadie cerca. Es una chica muy solitaria.

No digo nada, pero no me gusta que este hombre hable tanto de la que hasta hace poco era su dueña. Eso me hace pensar otra vez en quién es Evelyn en

realidad. «¿Será descendiente de mi tío?», y tan solo pensándolo, me invade una sensación de rechazo muy intensa. No, no puede ser familiar mío... Hasta ahora

pensaba que la familia de Evelyn se había hecho con este castillo comprándolo en alguna época. Pero ahora veo una nueva posibilidad que odiaría que fuera cierta.

No he querido leer nada, ni investigar acerca de mi legado familiar, pero tal vez debería empezar a hacerlo.

—¿Los abuelos de Evelyn eran reyes?

—No —el hombre se ríe. Empiezo a entender por qué Evelyn prefería estar sola a tener a este chismoso por mayordomo—. Lo heredaron de su antepasado,

un antiguo mago, pero no tenían sangre real. Evelyn tampoco.

—Bien. — *«Un antiguo mago... ¿No será...? No. Imposible, no puede ser que Evelyn descienda del mago que trató de matarme.»*— Si me disculpa, debo ir a

la biblioteca. Que nadie entre en ella.

—Como usted ordene. Entonces, ¿nos instalamos en la parte del castillo destinada al servicio?

M e quedo mirándolo. ¿Estaré cometiendo un error al hacerlo? ¿Hasta dónde puede llegar este mayordomo entrometido? ¡Pero qué más da! Lo que me interesa

es tener un plato de comida caliente cuando termine mis entrenamientos y mi ropa limpia en el armario. ¿Acaso todos los mayordomos no son unos entrometidos?

—Sí. Pero quiero total discreción por parte del servicio.

—Como usted ordene, alteza.

Asiento y me dirijo hacia la biblioteca a buscar un libro dónde se registran todos los acontecimientos vividos en el castillo. Ya es hora de que lo haga.

Dejo el libro en la mesa y pienso atónito en todo lo que he leído. Ahora entiendo por qué al principio no quería fiarme de ella. M e encerré en el tiempo por el

antepasado de Evelyn y años más tarde, alguien de su misma sangre, me rescata de mi cautiverio. ¿Cómo he podido no prestar atención a la forma en que Evelyn

heredó todo esto? La gente adquiere castillos en subastas o comprándolos por altos precios. Parece ser que al morir mi tío, el castillo pasó a ser de Gaspar, pues mi

tío nunca tuvo descendencia. Realmente extraño...

Cierro el libro. Soy el primero que no juzga a nadie por los errores que cometen sus familiares, pero me ha dejado tocado saber que Evelyn desciende del brujo

al que debo matar cuando vuelva. Escucho la voz de Evelyn furiosa y poco después la puerta se abre sin mucha ceremonia. Entra como una flecha y, a pesar de

saber de quién descende, no la veo de diferente manera. Ella es Evelyn y venga de donde venga, ella es solo ella. Aun así intento estar alerta, pero sé que es una

tontería, hasta un niño es capaz de ver que no hay nada malo en ella.

—¿Por qué lo has hecho?!

—Adelante, Evelyn. No me molesta que entren en el despacho donde estaba, tranquilamente, para que me griten —me mira furiosa y me fijo en que al andar

ya no cojea tanto, es evidente que mi ungüento le ha hecho efecto—. ¿Y qué se supone que he hecho?

—¿Cómo si no lo supieras!

Está muy alterada, así que no tengo más remedio que meterme en su mente. Está molesta porque he decidido que el servicio vuelva al castillo.

—Vivimos en un castillo. Hacen faltas varios servicios diarios. ¿Acaso vas a lavarme tú la ropa?

—Tienes dos manos, ¿no?

La miro. Respira con agitación y sus ojos dorados echan chispas. ¿Qué le pasa? Hay algo más detrás de todo esto.

—Sí, pero también tengo dinero para pagar y que lo hagan otros, y así poder centrarme en otras cosas.

—¿Y de dónde lo sacas? Pues hasta donde yo sé vivías en otro plano. Y por si no lo sabes, hasta ahora los gastos de este castillo han sido pagados de mi

bolsillo usando el dinero que me dejaron mis abuelos.

—Te lo devolveré y este castillo está lleno de escondites. En mi cautiverio los registré todos y cada uno de ellos y a día de hoy por suerte para mí, mis

antepasados decidieron guardar oro en uno de ellos, por lo que lo saco de allí.

—Vale, pero me da igual. ¡No los quiero viviendo aquí! ¡No quiero! —Lucho contra mi conciencia que me advierte que no debo meterme en sus más ocultos

pensamientos y pasar la barrera, pero tras quedarme en silencio y ver un atisbo de dolor en su dorada mirada, tan furiosa, no puedo evitar adentrarme en lo que le

causa tanta aflicción.

Traspaso la barrera en su mente y, nada más hacerlo, veo qué es lo que la perturba. Me levanto y veo cómo agranda los ojos mientras me acerco, pero no se

mueve y alza los ojos para alcanzar los míos.

—Compraremos un cerrojo para tu puerta. Tu cuarto será solo tuyo.

Levanto la mano para acariciarle la mejilla, pero la dejo parada a medio camino, porque este deseo, estas ganas de acariciarla, son tan desconocidas que me

desconciertan y bajo la mano para apretarla con fuerza.

—¿Por qué te has metido en mi mente? Pensé que solo lo hacías cuando gritaba en mi mente y podías leerlos con facilidad sin ahondar en ellos. No eres más

que un maldito mentiroso.

Pese a sus duras palabras, sus ojos están tristes y su brillo se ha apagado lentamente.

—Solo quería saber qué te pasaba. No habría podido saber sino que los criados de tus abuelos se metían en tu cuarto y lo cotilleaban todo, probándose tu

ropa y burlándose de ti. La gente puede ser muy cruel, Evelyn, pero nunca dejes que tu enemigo vea tus puntos débiles. Aunque no lo creas, aunque algo te dé

miedo, siempre tienes que ir con la cabeza bien alta.

—No puedo evitarlo, pero no les tengo miedo, solo que prefiero la soledad —al decir soledad, me mira, pero ignoro su comentario intencionado.

—Creo que la mejor solución es instalar un par de cerrojos.

—¿Un par? ¿A ti también te cotilleaban la ropa los sirvientes de tu castillo?

Mis sirvientes... Si ella supiera que yo fui más un sirviente de un loco pirata que un príncipe adorado por estos... Me alejo de ella y me encamino hacia la

puerta.

—Vamos al pueblo —digo más brusco de lo que pretendía.

Evelyn asiente y caminamos juntos hacia el pueblo. Sonrío al ver que la cataplasma que le apliqué ha hecho efecto otra vez y que solo cojea levemente.

Al llegar, las muchachas me saludan tratando de llamar mi atención, pero yo tengo la vista fija en las tiendas y en las calles. Los niños juegan con su magia y

sonríen cuando los pequeños conjuros alcanzan su objetivo. En el pueblo mágico la gente puede usar su poder, siempre que no dañe a nadie, pero en el mundo

exterior está prohibido. Por lo que he visto en los espejos, la gente mágica que vive en el exterior ignora su lado mágico y vive como si no existiera esa parte de sí

mismo. Eso es lo que le pasa a Evy, de dónde viene la magia es más un incordio que una bendición, y por eso no quiere explorar su lado mágico. Aunque no se vaya

de un pueblo dónde la magia reina en cada partícula del aire, y dónde incluso la gente que no tiene poderes, llena su vacío creando sencillas pócimas.

—Hola, chicos —Ana se acerca a nosotros con una sonrisa en los labios.

—Hola, Ana —Evelyn le sonríe—. ¿Sabes dónde podemos comprar un par de pestillos para nuestras puertas?

—Claro, seguidme. Tengo media hora libre antes de que empiece la siguiente clase. ¿Qué te parece esta época Derek?

—Supongo que para apreciarla mejor debería salir de este reino.

—Sí, tienes razón —comenta Ana.

—Por cierto, ¿dónde puedo conseguir un carnet de conducir?

—En nuestro centro de estudios — *«Vaya, eso será un problema»*—. El director da clases. — *«Y eso lo complica aún más.»*

—Bien — *«Genial, me temo que ese hombre no me dará clases así como así. Maldita sea.»*

Llegamos a una tienda y Ana entra seguida de Evelyn.

—Vamos, Derek.

Derek

Tras comprar los pestillos, nos dirigimos de nuevo a la plaza.

—Mira a quién tenemos aquí.

Inspiro con fuerza para armarme de paciencia y me giro al escuchar la voz del director del centro mágico. Le sonrío con superioridad.

—Ya nos íbamos.

Pongo la mano en la cintura de Evelyn. No sé por qué he hecho esto, pero una vez allí, la dejo y empiezo a empujarla hacia el castillo. No tengo nada que

hablar con un tipejo como él.

—No tan rápido muchacho.

—Son más de quinientos años los que diferencian su edad de la mía.

—Ya, bueno, si no estoy mal informado, tu solo tienes 23 y se rumoreaba que el tiempo tras la puerta pasa más lentamente. No sería tal la diferencia, pues.

—No me gusta perder el tiempo —mantenemos una seria e intensa mirada el uno al otro, y, una vez más, no cede—. ¿Qué quiere?

Miro de reojo a Evelyn y puedo ver que está intrigada ante la escena, Ana también.

—Tengo algo que quiero que veas. Acompañame.

—Creo que no.

—No te lo estoy preguntando, Derek. Además, he escuchado que querías aprender a conducir, las noticias vuelan en este pueblo, deberías tener cuidado con

quien está escuchando lo que dices.

—No aprenderé aquí. Puedo hacerlo fuera del reino.

—¿Y qué documento de identidad presentarás? ¿En qué año dirás que naciste? Eres un indocumentado y solo yo puedo darte los papeles que necesitas —el

muy desgraciado sonrío.

—Está bien. Veamos con qué tonterías quiere llenarme la cabeza.

Camino hacia la escuela y solo cuando estamos llegando, soy consciente de que aún llevo a Evelyn de la cintura. Más me sorprende descubrir que quiero

escuchar con ella lo que me tiene que decir el director. La miro y ella me sonrío de forma comprensiva, como si de verdad pudiera entender mi dilema sin necesidad

de adentrarse en mi mente.

—¿Tú sabes qué puede querer decirte? —pregunta bajito forzándome a agacharme para poder escucharla.

—Sí. Algo sé.

Miro a mí alrededor. Los pasillos están llenos de estudiantes y algunas carteras vuelan solas detrás de sus dueños.

—Bueno, chicos, me voy a clase.

De pronto caigo en la cuenta de que Ana seguía a nuestro lado, pero se aleja tras pronunciar estas palabras. El director abre la puerta de su despacho y nos

invita a sentarnos. Siento un olor nauseabundo y, tras mirar a Evelyn, comprendo que ella también se ha percatado.

—Ahora vengo —el hombre se va sin entrar y se aleja sin esperar nuestra conformidad.

Me apoyo en la mesa y miro a Evelyn. Lentamente el olor desaparece, pero me siento bastante raro.

—¿De qué va todo esto? —Evelyn ha decidido no hablar del mal olor y yo prefiero no darle más importancia.

—Quiere que sea profesor de magia en la escuela.

—¿Tú?

—¿Algún problema? —Pregunto levantando una ceja inquisitoria.

—No te veo dando clases. No tienes pinta de profesor.

—Lo haría muy bien, muchacha.

—¡Ja! —exclama sonriente—. Los alumnos acabarían con tu paciencia.

—No lo creo. Te soporto a ti cada día.

—Serás... ¿Cómo eres capaz de decir algo así? —agrandando los ojos y yo sonrío al ver cómo se le enciende la cara por mi comentario.

—Es la verdad, Evelyn. Además, yo sí sería capaz de dar clases, pero mi tiempo es muy preciado para perderlo con una panda de niños.

—A otro con ese cuento. Si no das clase, es porque no crees que seas capaz.

—Y tú, si no haces magia, es porque no crees que seas buena —no sé por qué he dicho eso, pero ahora mismo estoy más irritado que de costumbre y me

obligo a retarla con lo primero que se me pasa por la cabeza—. Reconócelo, muchacha, en el fondo también temes no ser la mejor. Temes fracasar...

—¡Yo no pienso eso! ¡Tú sabes por qué no hago magia! Cómo eres tan condenadamente bueno metiéndote en mi mente y tan estúpido a la hora de interpretar

mis pensamientos. No eres más que una molestia constante.

Ignoro su último comentario, sé que lo decía con doble sentido y prefiero no indagar en ese tema. Por una vez estamos de acuerdo en algo: ella también es un

incordio para mí.

—Temes defraudar a tus abuelos. Pero quién sabe, a lo mejor lo que temes es no ser buena haciendo magia, e irte con el rabo entre las piernas —me estoy

pasando, pero no puedo parar. Es como si una fuerza superior a mis me hiciera hablar más de la cuenta. ¿Qué está sucediendo?

—Eres... ¿¿Cómo puedes ser tan insoportable?!

—Si te duele, es porque he acertado —me mira con los ojos dorados encendidos. La verdad es que no pensaba meterme tanto con ella, pero no puedo parar de

hacerlo —. Yo sería mejor profesor que tú alumna.

—Ja. Yo sería mucho mejor alumna que tú profesor. Siempre he sido muy buena alumna.

—Eso habrá que probarlo, muchacha.

—Yo aguantaría más que tú —se acerca y me reta con la mirada.

—¿Qué apostamos?

—Yo no apuesto nada contigo.

—Eres una cobarde.

—Eso no es cierto —trata de alzarse para ponerse a mi altura y yo sonrío ante este hecho—. Te apuesto lo que quieras.

—Bien. Déjame que piense... —está muy seria—. Me jugaría contigo un beso, aunque sé que puedo besarte cuando quiera.

Se enfurece y yo sonrío por haber conseguido que se enfade aún más. Estoy disfrutando al ver cómo sus ojos se encienden por la furia.

—Eso no es cierto. No te lo crees...

No puedo evitar ponerle las manos en la cara y silenciar su protesta con mis labios. Solo quería darle uno ligero para que viera que puedo hacerlo cuando

quiera, pero tras rozar sus labios con los míos, me veo perdido en ellos y lo que era un simple roce, se convierte en un auténtico deleite de sus suaves labios.

Muevo una de mis manos hacia su nuca con delicadeza y la otra la bajo para acariciar la curva de su espalda. ¿Qué me pasa? ¡Solo es un beso! Y aun así, me veo

perdido en su sabor, en su dulzura y en sus tímidos labios que me besan como si nunca hubieran sido besados.

M e siento perdido y es esto lo que me hace parar.

Evelyn respira agitada y sé que yo también. Intensifico el beso preso de este deseo que cada vez me cuesta más callar.

La acerco más a mí mientras damos pasos hacia atrás y choca con la mesa del director. Pienso en detenerme, pero es solo un instante, tras acariciar con mi

lengua sus suaves labios y darme cuenta de que estoy perdido. Y mucho menos cuando ella gime débilmente entre mis labios, no puedo detenerme, adentro mi

lengua en su boca y la beso con más ardor. El beso cada vez se hace más intenso. La alzo para que se suba la mesa y me pueda meter en el hueco de sus piernas.

Sus manos acarician mi pecho al tiempo que las mías bajan por su espalda y levantan su camisa buscando acariciar su cremosa piel. Cuando la acaricio gimo de

placer entre sus labios y busco su lengua para empaparme aún más con su sabor. Estoy perdido, completa y absolutamente perdido... y es el saber eso lo que me

hace apartarme furioso por mi reacción.

—Una vez demostrado que puedo besarte cuando quiera... —Evelyn alza la mano para abofetearme pero la detengo antes de que lo haga—. No caeré dos

veces en el mismo truco.

M e mira enfurecida con los labios rojos por mis besos. «*Es preciosa*», pienso alzando mi mirada a sus ojos esperando verlos cargados del mismo deseo que

seguro reflejan los míos pero muy al contrario estos están nublados por las lágrimas

—No te soporto.

No sé qué decir. Nunca antes una mujer se negó a mis besos, o más bien, nunca tuve que perseguir a una mujer para besarla. Todas venían tras de mí, cosa que

no siempre es bueno, al menos en mi caso.

Evelyn es la primera muchacha a la que he besado sin que ella se tirara a mis brazos; prácticamente, ella es la primera mujer a la que yo he besado por decisión

propia, pero eso no significa nada. M e siento un miserable tras ver sus lágrimas contenidas y me duele que ella lllore por el mismo beso que a mí me ha dejado tan

descolocado y confuso.

—Lo que pasa es que sabes que beso mejor que ese lechoso tuyo y eso te duele —no sé cómo manejarlo, antes de sentirme vulnerable, ataco. Evelyn me

encara más enfurecida. M e estoy pasando, pero tras pensar en ese, besándola, noto una opresión en el pecho que me llena de rabia—. M íralo por el lado bueno,

ahora tendrás más práctica y algo nuevo para enseñarle.

—Yo no tengo nada que enseñarle, pero tú deberías aprender más de él. Él nunca me besaría si yo no lo deseo.

Hasta un ciego se habría dado cuenta de las chispas que han salido de nuestro beso, de la pasión y el deseo tangible que hay entre los dos que casi es palpable

y eso me enfurece.

—Eres más ilusa de lo que creía. Ambos sabemos que me has devuelto el beso, que te mueres porque te haga mía y te dé lo que el descolorido nunca te dará.

Respira agitada y alza la mano, pero esta vez la dejo, pues me merezco la bofetada, pero en el último momento, la baja y se separa de mí. Este hecho me deja

helado, su silencio me duele más que sus gritos. ¿Por qué me comporto como un completo imbécil? ¿Por qué no sé cómo reaccionar ante lo que he sentido?

—Si ganas la apuesta, te dejaré el castillo —le propongo.

Evelyn me mira un segundo antes de girarse.

—Haz lo que quieras. Yo ya me he cansado de jugar. Eres la única persona en este mundo que ha conseguido sacar lo peor que hay en mí, Derek. Nunca nadie

lo había conseguido. Hasta que te conocí era una persona educada que nunca había hablado mal ni contestado a nadie. Te felicito.

Dicho esto, abre la puerta y se aleja. Yo soy incapaz de hacer nada más que no sea quedarme mirando cómo desaparece por los pasillos mientras escucho sus

palabras hirientes sonar en mi mente una y otra vez. *«Eres la única persona en este mundo que ha conseguido sacar lo peor que hay en mí, Derek...»* Cada vez

tengo más claro que a mi lado solo consigo hacer desgraciados a los que me rodean. Sino que se lo pregunten al único padre que conocí, quien murió en mis brazos

por seguirme y tener fe en mí. Qué se lo pregunten a aquellos niños que me miraban esperando que yo los ayudara y en cuyas caras se perdió el color tras ver que,

por mucho que lo deseara, yo les había fallado. Qué les pregunten a esos piratas que tuve que matar para que no me matasen a mí.

En ocasiones no tienes tiempo de pensar, solo de sobrevivir en el mundo que te ha tocado vivir. Aprieto la mandíbula. Mis demonios pasados siempre están

al acecho para recordarme que aquellos que tienen esperanza en algo, acabarán por pasarse la vida esperando que suceda Hace años que deje de sentir. *«Hasta*

ahora...», me recuerdo y mi corazón late desbocado y mis labios calientes aún recuerdan el sabor de los besos robados que le he dado a Evelyn. ¿Por qué ella? ¿Por

qué ella consigue despertar algo que creí muerto en mí? Sea lo que sea, es mejor que lo olvide, que la aleje de mí, como Evelyn ha dicho, solo soy capaz de sacar lo peor de las personas y de traer desgracias a aquellos que me rodean.

Evelyn

Empiezo a hacer las maletas nada más llegar al castillo. Me siento muy perdida, agobiada y confusa, quiero llorar pero las lágrimas no podrían explicar lo que

siento y las reprimo con fuerza. Solo tengo ganas de irme y que toda esta locura se detenga. Mi mente evoca el beso de Derek y cómo mis labios traidores le

respondieron y mi cuerpo se calentó por su contacto. Mi espalda aun hormiguea ahí donde me tocó. No deseaba que acabara. Noto un dolor intenso en el pecho y

pienso en Dani, yo no soy así, nunca traicionaría a alguien que me importa, no me han educado para esto. Debo irme, aquí solo acabaré haciendo algo de lo que me

arrepentiré.

Me tomo en mi maleta lo esencial ya volveré más tarde a por el resto. Mi ropa seria y perfecta cae desordenada, pero no tengo ganas de organizarla, no me

importa que quede mal doblada. Debería tomarme un tiempo para analizar este hecho, porque acabo de caer en la cuenta de que últimamente es el desorden el que

dirige mi vida, pero estoy demasiado angustiada como para seguir aquí un segundo más.

Arrastro la maleta y cuando desciendo las escaleras me planteo cómo llevar la maleta en la moto, ya que mis abuelos me la enviaron a palacio tras mi accidente

ya reparada. Será mejor que me vaya en autobús, luego ya volveré a por ella, o mejor me voy con la moto y luego vengo con Dani a por la maleta.

Dani. Yo quiero a Dani. Pienso una vez más en los besos de Derek y mi mente traidora los compara subconscientemente con los de él y en que un solo beso

de Derek consigue despertar algo en mí que nunca lo han logrado los de Dani ¡No! ¡Ese *principito* no es nadie! ¡Ni si quiera sabe besar!

—Por eso huyes de aquí. Quédate y demuestra que no ha significado nada. O mejor vete y así ambos descansaremos... —dice después de aparecer

intempestivamente.

—No ha significado nada. Me voy porque...

—Porque prefieres huir a aceptar que puedes hacer magia, que eres diferente a los demás. Te da miedo enfrentarte a tus abuelos porque temes defraudarlos.

Te da miedo quedarte y poder llegar a ser feliz en un mundo donde nunca imaginaste vivir. Eres una cobarde por no querer ser tu misma.

—¿Por qué me haces esto? —Lo fulmino con la mirada.

—¡No puedo evitarlo! El desgraciado del director nos lanzó un conjuro para conseguir que nos retáramos el uno al otro y así aceptáramos entrar en la escuela.

Por eso olía tan mal su despacho.

—Eso no es cierto...

—Él mismo me lo ha confesado. Por eso estoy aquí. No puedo evitar molestarte. Tal vez lo haría de no estar hechizado, pero más... de otra manera.

—¡No te lo crees ni tú! A mí no me han lanzado ningún hechizo. Te lo estás inventando.

—No, es cierto. Lo siento, chicos, pero no pensaba que al lanzarlo saltarían tantas chispas entre vosotros — miro con furia al director de la universidad.

—¡Nos ha manipulado! No pienso ir a un lugar donde un director llega a hacer esto. ¿Qué se ha creído? — dejó la maleta y me acerco a él—. Usted es... —El

hombre alza la mano y me quedo callada mirándolo—. Ahora me siento menos agitada.

—Acaba de retirar el conjuro —aclara Derek y se pone a mi lado. Pese a todo lo que me ha dicho, está demostrando que no le soy tan indiferente como quiere

aparentar—. Que sea la última vez que nos lanza un conjuro. ¡No somos sus títeres! ¡No puede experimentar con nosotros sus conjuros! No sé cómo no lo he

notado...

—Porque en el fondo deseabas decirle lo que le has dicho.

—¡No hubiera sido tan cruel!

Se nota que de verdad desea no haber sido tan duro conmigo, pero ha dicho lo que piensa. Con conjuro o no, lo ha dicho. Cree que huyo porque soy una

cobarde. ¿Es lo que soy? ¿Y si lo que me da miedo es vivir mi propia vida? Vivir una vida en la que yo decida cómo soy, en la que solo piense en ser cómo soy y

no en ser lo que los demás esperan de mí. ¿Estaré huyendo de mi oportunidad de ser yo misma? Niego confundida y centro mi atención en él. Solo quiere jugar

conmigo, atormentarme... ¿Acaso no es eso lo que ha estado haciendo todo este tiempo?

—Tú misma...

—¿En qué ha quedado todo esto? —pregunto a Derek ignorando su comentario molesta porque una vez más haya leído mis pensamientos.

—En que seré tu profesor la semana que viene.

—Bien por ti... ¡Yo no estaré aquí la semana que viene!

—Oh, ya lo creo que sí, has hecho una apuesta.

—Y ambos hemos visto que tú puedes cobrarte el premio cuando te dé la gana... —me llevo la mano a la cabeza—. No tengo ganas de discutir.

—Creo que ya puedes irte, no hará falta que te acompañe a la puerta, ¿verdad? —Anuncia Derek refiriéndose al director.

—No. Os veré a los dos la semana que viene. Te pasaré la factura de tu matrícula Evelyn —dice antes de marchándose.

—Necesito irme... Siento que me asfixio aquí.

—No sé por qué te voy a decir esto, cuando en parte creo que lo mejor es que te marches para siempre... pero huir no es la solución.

—No estoy huyendo —aparto la mirada de Derek—. Solo estoy volviendo al lugar al que pertenezco. Es lo mejor...

—Si tú lo dices. Es tu vida, vívela como te dé la gana.

—Eso haré... —empiezo a bajar las escaleras y me vuelvo para despedirme, pero de pronto me doy cuenta de que no soy capaz de decirle adiós.

Bajo el último peldaño y, cuando llego la puerta, casi siento lástima al marcharme de aquí. ¿Estoy haciendo lo correcto o tomando el camino más fácil? No lo

sé, no sé qué hacer.

—Vamos, te acompaño a la estación —Derek toma mi maleta.

—¿Tantas ganas tienes de que me vaya?

Se vuelve y me mira serio, el sol se refleja en su rostro y sus ojos parecen más oscuros que de costumbre.

—No soy yo el que te ha dicho que te vayas. Por si no lo recuerdas, eres tú la que se va con el rabo entre las piernas. Por mí, puedes hacer lo que quieras con

tu vida.

Continúa andando sin girarse a mirar si lo sigo, y yo dirijo mis pasos tras él a distancia. No debería importarme que a Derek le sea indiferente mi partida, pero

no puedo evitar sentirme mal. Me pongo a su altura y caminamos en silencio, de vez en cuando lo miro de reojo como si esperara que añadiera algo más. Qué

tontería... El sigue caminando serio y con esa elegancia que lo caracteriza. ¿Acaso estoy diciéndole adiós para siempre? El corazón me late con violencia e intento

no darle importancia a este hecho.

Cuando llegamos a la estación, Derek carga mi maleta en el maletero, mientras yo compro un billete. La vendedora deposita el billete en mi mano y yo no

puedo evitar quedarme observándolo, quieta. Derek viene hasta mí, no sé en qué momento lo ha hecho

exactamente porque no me doy cuenta de ello hasta que
deposita su mano sobre mi hombro.

—Es lo que debo hacer... Necesito...

—A veces acabamos haciendo lo que debemos en vez de lo que queremos —lo miro asombrada por sus palabras—. Pese a todo, te deseo suerte y te doy las
gracias.

Nos quedamos quietos, sin poder perder el contacto visual, esperando algo más el uno del otro. Sé que en silencio, estoy suplicando que me pida que me

quede. Alza su mano y me aparta un rizo de la cara dejando en mi mejilla una sutil caricia que me deja anhelante de más. Cuando me doy cuenta de ello, asustada, y

sin añadir nada más, subo al autobús arrastrando este inmenso mar de emociones nuevas para mí. Seguro que siento todo esto porque el estar lejos de mi casa me

confunde; cuando esté allí, todo será como antes.

Cojo sitio en la parte de atrás y cuando me siento observo la estación pensando que Derek se habrá ido ya. Pero no, sigue aquí, escondido entre las sombras.

Me observa con esos penetrantes y misteriosos ojos, y la duda crece en mi interior. La reprimo y, cuando el vehículo se pone en marcha, me voy sin querer darle

más vueltas, pero sin dejar de observarle. No dejo de mirarlo hasta que el autobús dobla la primera curva y nuestra mirada se ve irremediabilmente cortada.

«Espero que sea verdad. Que cuando llegue a mi casa, todo sea como antes.»

Evelyn

Llego a mi parada y me preparo para bajarme. Aunque todos me han dicho que no iban a poder venir a buscarme, porque están demasiado ocupados, una

parte de mí se muere porque me sorprendan, y los encuentre esperándome. Pero no ha habido esa suerte, pienso cuando al echar un vistazo no los veo. Salgo de la

estación y pido un taxi que me lleve a casa. Me sorprende a mí misma cuando al llegar a ella, al observarla, me doy cuenta de que lo que siento, el malestar interno

que me supone estar allí, es lo mismo que sentía cuando volvía al internado. Pese a las dudas y a los remordimientos de conciencia por estar viviendo de tal forma

mi regreso, voy hacia la puerta y llamo, esperando a que el ama de llaves abra. Me mira de arriba abajo cuando lo hace y luego pide a uno de los jóvenes

trabajadores que tomen mi maleta y la lleven a mi cuarto.

—¿Dónde están mis abuelos?

—Han salido. Si le sirve un consejo, cámbiese y péguese una buena ducha, apestada a pueblucho, a saber la de sustancias contaminantes que lleva sobre su piel.

—La magia no es peligrosa y es un pueblo muy limpio.

El ama de llaves da un respingo y lo cierto es que no me extraña; yo también estoy sorprendida por haberle respondido, hasta ahora siempre había asentido

sin más.

—Si no deseas nada más...

Se aleja y cuando entro en mi habitación me arrepiento de lo que he hecho. No me cabe la menor duda de que irá con el cuento a mi abuela. ¿Cómo se lo tomará

ella? ¿También me verá como una apestada por venir del reino mágico? ¡Esto es ridículo! Dejo la maleta en la cama y miro la perfecta habitación, completamente

ordenada. Todo vuelve a ser como antes...

Voy hacia mi armario para ordenar mi ropa. Cada una de las prendas que toco es más insípida que la anterior. Debo de estar cansada del viaje.

—¿Aún no te has duchado? —Mi abuela me observa desde la puerta.

—Estaba ordenando mi ropa.

—Es mejor que la mandes toda a lavar.

—La magia no es la peste, abuela.

Agranda los ojos, pero me da igual, de verdad siento lo que digo, o lo sentía, porque cuando veo la desilusión en su mirada me siento culpable y retrocedo.

—Está bien abuela, me ducharé y mandaré la ropa a lavar.

Asiente y, tras decirme la hora en la que la cena estará lista, se aleja. Así que, obediente, entro en el aseo. Me desnudo lentamente, y parece que cada prenda

es una parte de mí que tiro al suelo. Al rozarme el pie, recuerdo la falta de interés por mi familia ante mi accidente y me pregunto si mi abuela lo habrá olvidado.

Me asajeo la zona afectada e intento no darle más vueltas, mientras entro en la ducha.

Tras ponerme un pantalón limpio y una camisa, bajo a cenar; a mi abuela no le gusta que vaya en pijama fuera de mi habitación. Cuando llego al salón mi

abuelo está hablando por el teléfono y mi abuela espera a que él empiece a comer, para poder hacerlo ella. Como siempre. Me siento, me coloco la servilleta sobre

las piernas y espero a que mi abuela coma para hacerlo yo; sin embargo, al prestarle atención a la comida, me doy cuenta de que no tengo hambre.

Tengo el estómago encogido por los acontecimientos. La última vez que estuve aquí, me sentía más cómoda porque sabía que pronto regresaría a mi casa. Se

me hace raro estar sentada a esta mesa y saber que esto es lo que me espera a partir de ahora. ¿No era acaso lo que quería, volver a la normalidad? Mi abuelo

termina de hablar y, tras saludarme, empieza a comer.

—Es una suerte que hayas decidido volver —dice mi abuela, pero yo tan solo asiento, tengo la garganta cerrada. Como sin hambre, porque mi abuela odia que

deje la comida que se me ha servido. No le gusta que sean los sirvientes los que apuren nuestras sobras, prefiere tirarlas, cosa que no comparto—. Daniel me ha

llamado para ver si podía venir mañana a cenar. He aceptado.

—Me parece bien —aunque es algo que ya hacía antes, no puedo evitar mirar sorprendida a mi abuela, nunca me había sonado tan extraño como ahora. Casi le

digo que mejor otro día, que no tenía ganas de verlo.

Llegan el postre, que como casi siempre es fruta del tiempo y tan solo espero a que terminen mis abuelos para poder retirarme. Cuando por fin lo hacen, me

excuso y voy rápido hasta mi habitación. Una vez allí, salgo al balcón y me quedo apoyada en la barandilla, tratando de dar nombre a la ansiedad que se me ha

instalado en el pecho y que parece no querer marcharse. El viento me mueve el pelo, que cae del recatado recogido, y en un impulsivo movimiento lo deshago y

dejo que el aire lo mueva a su antojo sin que un moño me lo retenga como casi siempre suelo llevarlo. Cierro

los ojos para saborear mejor este nuevo momento de

libertad pero me sobresalto cuando, al hacerlo, veo la mirada de Derek antes de irme. ¿Qué estará haciendo? ¿Me extrañará? ¡Y a mí que más me da!

Entro nerviosa en la habitación, para ponerme el camisón de seda, será mejor que me acueste cuanto antes, mañana lo veré todo con mayor claridad. Me meto

en la cama y trato de dormir, pero la incertidumbre hace que el sueño se retrase y me desespero. Irremediablemente, Derek vuelve a aparecer en mi mente una y

otra vez. El enfado conmigo misma crece a cada minuto que pasa, no debería estar pensando en él. Ni mucho menos recordar sus besos y lo que siento cuando me

besa y todo lo demás queda relegado a un segundo plano. No debería... Pero me duermo recordándolos.

Una de las sirvientas me despierta cuando entra en la habitación para prepararme la ropa que mi abuela ha ordenado que me ponga. Se trata de un vestido

elegante, conjuntado con una chaquetita y unos zapatos negros. ¿Adónde iremos? No tengo ganas de ir a uno de esos desayunos en sociedad, pero no me puedo

negar. Nunca lo he hecho.

Cuando me miro al espejo me cuesta reconocermé así, antes creía que iba bien, ahora no me siento cómoda con este estúpido recogido y el estirado vestido.

Me gusta mucho más cuando llevo el pelo suelto. ¡Y me encantaría poder cortármelo a capas!

Cuando bajo, mi abuela ya está lista, esperándome delante de la puerta de la limusina, y me pide que no coma nada y reserve el hambre para cuando esté allí.

El estómago me ruge durante todo el camino, contemplando las lujosas casas de los vecinos, pero hago grandes esfuerzos por ignorarlo. Todas las veces que he

estado en casa de mi abuela, he pasado mucha hambre, quiere que comamos como si fuéramos pajarillos. De pronto el sabor del chocolate de Rosa fluye en mi

paladar y se me hace la boca agua, así que trato de concentrarme en las familias que salen de sus hogares. Me voy a meter en un buen problema si no dejo de pensar

en el pueblo mágico y sus habitantes.

Salimos de la urbanización y no tardamos en llegar a la ciudad. Los grandes edificios y sus habitantes, corriendo para ir al trabajo o al colegio, inundan las

calles. Es todo tan distinto... Llegamos a uno de los restaurantes más caros de la ciudad y salimos del coche para dirigirnos a una de las salas reservadas que

utilizan mi abuela y sus amigas para reunirse.

Cuando llegamos nos reciben como si fuéramos extrañas las unas para las otras. Las observo como si las viera por primera vez. Tal y como me imaginaba,

sirven pastas de mantequilla con té negro y ninguna come solo mordisquean, como si temieran darles grandes bocados o comer más de una. Mi abuela siempre me

ha dicho que es horrible ver a alguien comer con glotonería.

Recuerdo la primera vez que me trajo, cuando era niña, y quería presentarme a sus amigas. Cogí una segunda galleta y me dio un pequeño cachete en la mano

para que la dejara, mientras me miraba con severidad. Añadió que nunca más debía volver a hacerlo. Creía que lo hacía por mi bien, pero ahora mismo tengo mis

dudas.

Apenas toca su taza, solo habla con sus amigas e ignora mi presencia durante todo el desayuno. Poco después sirven un ligero aperitivo y comemos

prácticamente en silencio. Cuando terminamos nos sentamos en una de las mesas que hay en el jardín para tomar otra taza de té y otras pastas, idénticas a las

anteriores. Por muy increíble que me parezca, sigo teniendo muchísima hambre, pese a lo que *he podido comer*, llevo dos meses comiendo, sin preocuparme de lo

que queda bien o mal.

En el internado recibí la misma educación que impartía mi abuela en casa. De hecho, asistí al mismo centro donde fue ella. Tuvo que consentir que mi madre no

se educara allí, puesto que se fugó y, viendo que era imposible domarla, la dejó en el colegio público de la ciudad.

Mi abuela no habla apenas de mi madre. ¿Y si está enfadada con ella? ¿Por qué entonces iba a querer ayudarla, cuando me tuvo a mí? No sé de dónde diablos

habrán surgido todas estas preguntas pero lo estoy viendo todo con una nueva luz, tan cegadora, como iluminadora, y me siento aún más perdida que antes. ¿Todo

esto antes me gustaba?

Tras el desayuno vamos de compras. Como siempre, mi abuela elige mi ropa y me manda al probador para asegurarse de que me está bien; pero esta vez me

quedo boba mirando las prendas que quiere que me ponga, sin moverme, y alzo la vista para observar a mi abuela. Dándome cuenta por primera vez de la realidad:

Soy una réplica de ella. Una copia. Me siento totalmente abatida y voy rápido a los probadores tan solo para conseguir intimidad. Me siento con los ojos abiertos

de par en par, impactada por mi descubrimiento y ante el rechazo que siento por ser ahora mismo como ella. Sinténdome desleal a ella. Tomo aire y tras un rato

salgo, sin probarme la ropa, y se la entrego para que la compre si quiere.

Le digo que voy a ir andando hacia donde hemos quedado con el chofer y ella me mira sorprendida, pero sonrío y me deja marchar.

No es hasta que me he alejado, cuando ya estoy llegando hasta el coche, que me doy cuenta de que su sonrisa era fría y que mi abuela nunca montaría una

escena en público. Presiento que tendremos una de nuestras charlas.

—¡Dejadme! ¡No he hecho nada malo! ¡Por favor! —grita un niño.

De pronto la policía lo mete en un coche patrulla, mientras el pequeño llora y se retuerce. «*No puede tener más de nueve años*», me digo a mí misma, y corro

hacia la concentración de gente.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho tan malo ese niño? —Pregunto a la primera mujer que encuentro.

—¡Lo ha hecho, jovencita! Algo muy malo. ¡Deberían encerrarlos a la gente así! Demasiado que hacemos permitiéndoles vivir en nuestra tierra... ¡Qué

desagradecidos! —La observo incapaz de entender lo que me está diciendo.

—Pero, ¿qué ha hecho?

—Usar magia —me quedo impactada.

—Es solo un niño.

—¡No es solo un niño! ¡Si lo dejamos ya, sin castigarlo, acabará siendo un demonio! Qué vergüenza...

La mujer se aleja al mismo tiempo que el coche de policía se lleva al niño entre llantos. No creo que le haya hecho ningún mal a nadie. Tal vez ha movido algún

plato o, como me paso a mí, ha mirado las plantas muertas y de tanto desear que revivieran... Pensé en las palabras de mi padre y en la ilusión que me hacía darle a

mi abuela una sorpresa, al conseguir reparar los daños del jardinero nuevo pero, cuando lo logré, y la lleve a ver mi éxito, me abofeteó y me miró con tal odio...

desee poder renunciar a mi magia.

Desde ese día han insistido mucho en lo importante que es que olvide mi lado mágico, y lo desdichada que sería si lo usara: «*En este mundo no hay lugar para*

la magia. Por suerte, un día, alguien creará la forma de deshacerse de ese odioso don y todos viviremos más tranquilos.» Durante todos estos años, creí en sus

palabras y no las cuestioné, era mi abuela. ¿Por qué iba a mentirme ella? Ahora ya no sé qué pensar, pero sé que ese niño no ha hecho nada malo, y que es injusto

todo esto.

Tras la cena, mi abuelo y Dani se retiran a hablar. Mi abuela y yo nos quedamos en la sala de té, leyendo y cosiendo, pero de pronto dejo mi costura a un lado

y pregunto si puedo encender la televisión.

—¿Por qué deberías hacerlo? Ya no hay noticias. No, mejor que te dediques a algo más productivo —asegura sería—. Espero que ese pueblo no te haya hecho

olvidar las normas de mi casa. Será mejor que no sea así, Evelyn, me disgustaría mucho.

Asiento y, tras coger uno de los libros de la biblioteca de mi abuelo, me pongo a leer, a la espera de que salga Dani. Desde que ha llegado no ha hecho nada más

que ignorarme. Tenía ganas de verlo pero, cuando apareció, no sentí nada. No sé qué esperaba pero desde luego no está frialdad; ni por mi parte, ni por la suya.

Todo el caso que me ha hecho ha sido un beso en la frente, con el permiso de mi abuelo, obviamente, y después se ha sentado hablar de negocios, y hasta ahora.

—¿Podríamos hablar? —pregunta al entrar al salón.

—Con su permiso —pide a mi abuelo. Tras asentir este, me toma de la cintura, casi sin tocarme, y me lleva a la parte más alejada del salón.

—¿No podemos hacerlo en otro sitio, con más intimidad?

—Evelyn, es cierto que te ha cambiado ese reino, pero tranquila, pronto volverás a ser la que eras —lo dice con buena intención, porque sonrío. Pero yo no

puedo evitar pensar que ya nada será como siempre, me quiera hacer a la idea o no.

—¿De qué querías hablar?

—Solo me apetecía hablar contigo, por hablar.

—Tengo muchas cosas importantes que hacer, no puedo perder tiempo. Nos vemos pronto.

—¿No podríamos ver un rato la tele, pasear o ir al cine?

—Me estas asustando, realmente espero que esto sea temporal.

—¿Y si no lo fuera?

—Tranquila lo será, si no tu abuela se encargará de recordarte cómo debes comportarte.

Nos retiramos a nuestras habitaciones cuando Dani se marcha. Mis abuelos duermen en habitaciones separadas. Siempre ha sido así pero creo que es la

primera vez que me pregunto por qué. ¿Qué puede hacer que un matrimonio que se respeta tanto se divida en sus momentos más íntimos? Ya estoy en la cama,

lista para dormir, y no paro de darle vueltas a la conversación que he tenido con Dani.

Si nos hubiéramos quedado solos, si hubiese aceptado quedarse conmigo a hablar, no hubiese sabido qué decirle. Lo peor de todo es que tras cerrar los ojos,

veo los intensos ojos de Derek y recuerdo el sentimiento de libertad que solo él me transmite. No sé cómo hacerlo pero debo hacer lo que sea.

Evelyn

Llevo casi una semana aquí y, lejos de sentirme cómo siempre, estoy cada vez más pérdida. No paro de pensar en la gente del pueblo: en cómo se aceptan sin

más los unos a los otros, en cómo comen sin miedo al qué dirán y en el orgullo que sienten al usar su magia. Echo de menos a Ana; aunque casi no la conozco, se ha

convertido en la buena amiga que nunca tuve. Para mi desgracia, también echo de menos a Derek. A todas horas me pregunto qué estará haciendo. Añoro nuestros

piques, la facilidad con la que pasamos de estar discutiendo a hablar, como si fuéramos amigos de toda la vida y saben que por mucho que se metan con el otro,

este comprenderá que en verdad no siente lo que dice.

Mi abuela me ha dado unas clases sobre la educación, a Dani aún no lo he visto y mi abuelo, como siempre, se ha mostrado distante; aunque creo que no es así

solo conmigo, trata a mi abuela como si fuera poco más que un mueble. Lo peor es que ella parece conformarse con esta situación, ¡Yo no podría! Ahora mismo no.

Supongo que es cierto lo que dicen, no se puede extrañar lo que no se conoce, pero es imposible de olvidar lo que se ha vivido.

Estoy sentada en uno de los bancos de la entrada, esperando a mi abuela para ir a visitar a sus amigas. Es uno de esos días en los que criticamos las casa del

vecindario. No quiero ir, me siento encerrada en este lugar. ¿Por qué sigo aquí? Me miro mí alrededor y sin pensarlo mucho empiezo a andar para alejarme de aquí. Tal

cual. No llevo más que el bolso y mi anticuado móvil, pero no puedo seguir aquí, ahora que he tomado la decisión mis pies no pararán de moverse y, hasta de

correr, si fuese necesario, como si hubieran ansiado que tomara esta decisión. Aún no sé quién soy, y me siento fatal por ello, pero algo sí tengo claro, aquí nunca lo

descubriré.

Llego al pueblo mágico y respiro energéticamente, nada más bajar del autobús una gran sonrisa se instala en mis labios. He llamado a mi abuela hace un buen

rato y he dejado que me gritara mientras me alejaba. No volveré, no lo haré, al menos no por ahora y una vez más espero que no me obliguen a hacerlo.

Salgo de la estación y me saludan algunos vecinos. Les devuelvo el saludo mientras camino sin rumbo por las calles y cuando llego a la panadería de Rosa dudo

en si entrar o no, estoy feliz de estar aquí, pero me asusta lo que eso puede significar.

—A mí me asusta la de peso que has perdido en una semana. ¿Allí no te daban de comer? —No esperaba ver a Rosa en la puerta y cuando escucho su voz, no

puedo evitar sonreír. No me importa que me haya leído la mente. Me acerco a ella y me da un abrazo con fuerza, puedo sentir su cariño en ellos. ¡Cuánto echaba de

menos todo esto!—. ¡No me extraña que hayas vuelto! Ven, estaba haciéndome la comida. Comeremos juntas. Creo que necesitas a alguien con quien hablar.

Asiento y la sigo hacia el piso de esta sobre la panadería, donde está su casa, y me acerco a la cocina para ayudarla a prepararlo todo.

—No sé qué hago aquí, pero no podía quedarme allí. Ahora mismo no sé bien dónde debería estar.

—Evelyn has sido muy valiente.

—No lo creo. Lo único que estoy haciendo es defraudando a los que...

—A los que deberían aceptarte tal y como eres. Si de verdad te quieren, te aceptarán elijas el camino que elijas.

—Pero, ¿y si no lo hacen?

—Creo que tú misma sabes qué responder a eso.

Como en silencio y con ganas, olvidando las lecciones de mi abuela, tengo demasiada hambre y Rosa no parece sentirse ofendida, ni nada por el estilo, come

con el mismo ímpetu que yo.

—Para mí sería un insulto que te la dejaras en el plato y más cuando tienes hambre.

—Supongo que me estás leyendo la mente —asiente.

—Tu abuela no tiene razón en todo, Evy. Te han dado una educación, pero no tiene por qué ser la acertada.

—Ya, pero sé que es ofensivo hacia ella que la cuestione...

—No es normal que a los dieciocho años vivas la vida de otra persona. Tu abuela quiere que seas como ella, y cada uno debe ser como es —aunque me cuesta

aceptarlo, sé que tiene razón—. Aún es pronto para saber qué camino debes tomar, Evy. Date tiempo, los cambios dan mucho miedo. Tú has dado ya un paso,

darás otro cuando estés preparada, no antes.

—Me gustaría saber si estoy haciendo lo correcto... Si ellos...

—Por primera vez en tu vida, piensa solo en ti. Tu sola llegarás a saber la verdad. Pero es normal que te de miedo. Siempre es difícil enfrentarse a lo

desconocido. Ahora que has decidido explorar hasta dónde quieres llegar por ti misma, no te echas atrás, date una oportunidad para descubrir quién eres. Si no,

siempre te arrepentirás.

—Hablas como si superas de ante mano que tienes razón.

—Más o menos, yo he estado en tu situación.

—¿Y qué paso?

—Que cogí el camino más fácil, y ahora sigo con el negocio familiar. Pese a lo que perdí —los ojos de Rosa se llenan de tristeza pero pronto vuelve a sonreír

—. Aunque no he pasado por lo mismo que tú, Evy, yo siempre he sido yo misma, solo que me dio mucho miedo irme de aquí, y aquí estoy. Lo nuevo asusta

mucho, lo fácil es tomar el camino ya conocido.

—¿Te arrepientes?

—Sí, pero ya es tarde para eso. Las oportunidades pasan y se van. Yo ya he asimilado que perdí la mía. Solo te lo cuento para que intentes ser tu misma, ¿Te

ves dentro de un tiempo como tu abuela? —Pregunta con cariño, y un escalofrió me recorre todo el cuerpo solo de pensarlo—. Hay tienes tu respuesta.

Después de comer voy un momento al servicio. Cuando entro, lo que veo en el espejo no me gusta. No quiero ser como ella. Espero que Rosa tenga razón y

me quieran lo suficiente como para aceptarme, sea cual sea el final de mi camino. Tengo miedo, pero ya he dado un paso, tengo que tomar fuerzas y dar el

siguiente, aunque esté aterrada. Quiero saber quién soy. Quiero decidir lo que a mí me gusta, no lo que creo que les gustará. Quiero ser libre para vestir como

quiera, para comer lo que desee, para hacer lo que sienta. Tras pensar esto, me suelto el pelo y me gusta la imagen que veo en el espejo. Mis ojos brillan con una

fuerza que no he visto hasta ahora y me gusta. Al mirarlos no puedo evitar pensar en mi padre, son iguales que los suyos. La verdad es que esperaba que esta

semana que he estado con mis abuelos tuvieran tiempo para verme. Mi abuela me dijo que se lo había comentado pero no tenían tiempo para mí. Me duele que no

me llamen para hablar directamente conmigo, me pregunto que he podido hacerles para este rechazo. Estoy harta de excusarlos. ¡Ya está bien!

—Creo que voy a ir a la peluquería —comento volviendo junto a Rosa

—Hay una tienda de ropa no muy lejos... por si también te interesa —comenta Rosa con alegría. Le sonrió y voy hacia la puerta para irme—. Evelyn, estoy

orgullosa de ti. ¡Animo niña!

Salgo de la pastelería con una nueva ilusión. No sé adónde me llevará mi nuevo camino, pero estoy desando

descubrirlo. Ya es hora de que empiece a ser yo

misma y descubra quién soy en realidad. Lo más importante de todo, quiero saber cuál es mi lugar en esta vida.

Entro en la peluquería y me atienden enseguida. Me siento nerviosa y feliz al mismo tiempo. Ahora que me he decidido a dar el siguiente paso, no puedo dejar

de sonreír. Siempre he querido escalarme el pelo, aunque manteniéndolo largo, y darle algo más de forma y volumen. Me sientan frente a un espejo y pronto

empiezan a cortarme. Las tijeras se mueven solas sobre mi pelo mientras la joven peluquera tan solo mueve las manos y uno tras otro van cayendo mechones al

suelo, dejándolo totalmente cubierto de pelo.

—Perfecto —dice cuando termina.

No puedo contenerme y me paso las manos por el pelo, enredando algunos mechones entre los dedos y palpando su nuevo movimiento.

—Me encanta.

—¿Te lo aliso?

—¡No! —Grito, y al ver la cara de la chica, me siento mal—. Lo siento, es que siempre lo llevo liso y ahora lo quería dejar al aire.

—Ningún problema —responde sonriendo mientras me quita la toalla.

Una vez lista, salgo al pueblo y sé que es una tontería, pero me siento más libre. No puedo evitar mirarme en los escaparates para ver cómo cae el pelo por la

espalda, largo, en forma de pico y cómo las capas se mueven mientras ando. Llega el turno de la ropa. No quiero seguir vistiendo como mi abuela. Estoy tomando

una importante decisión.

Me siento eufórica y no puedo dejar de sonreír. ¿Es esto lo que se siente cuando eres tú misma? *«No lo sé, pero me encanta.»* Voy a la tienda de ropa y me

siento incapaz de decidirme solo por una prenda. En los probadores, cuando me desprendo de la ropa que llevaba, la dejo tirada en el suelo, sabiendo que esta ha

sido la última vez que la voy a usar.

Me pruebo vaqueros, camisetas anchas, ajustadas, faldas y pantalones, más largos, más cortos. Hay incluso ropa que mezcla dos épocas. Finalmente me

decido por varias bolsas de ropa y me dejo puesto un pantalón negro algo ajustado, unas botas blancas y una camiseta blanca con un gran dibujo de pedrería en el

centro. Es una calavera pirata y me encanta. Por qué no admitirlo, me ha recordado a Derek, aunque no sé por

qué.

Tras coger nueva ropa interior menos austera pago y les pido que me lleven la ropa al castillo, y voy hacia la casa de Ana. Le debo una disculpa por haberme

ido de esta manera, sin despedirme.

—No deberías haberte ido así —Ana me mira seria, luego sonrío y finalmente me sorprende con uno de sus abrazos—. Creía que éramos amigas, Evy.

—Necesitaba irme, creía que era lo que quería... Ahora no. He vuelto porque quiero saber quién soy.

—Y veo que has empezado por cambiar tu estilo.

—¿Te gusta? —pregunto nerviosa, tocándome el pelo.

—¡Estás preciosa! Vamos, entra, te invito a merendar.

—¡Si casi acabo de comer!

—No importa, seguro que enseguida haces hambre.

Acabamos hablando de lo que ha hecho estos días y cuando me pregunta lo mismo, le cuento por encima. No me apetece comentar ciertos aspectos de la vida

que llevo con mis abuelos. A las ocho decido regresar al castillo y me despido de Ana, pero cuando estoy recorriendo el camino pienso en Derek y temo que me

diga que ya no hay sitio para mí. No pienso irme sin más. Con Derek nunca me callo, no dejo de decir lo que siento, no le escondo nada y no me dejo dominar sin

más. Recuerdo las palabras que le dije el día que me fui de aquí: *«Eres la única persona en este mundo que ha conseguido sacar lo peor que hay en mí, Derek.»*

Esas palabras tenían doble significado. Lo que callé es lo que me hizo alejarme de aquí. Derek es capaz de sacar lo peor de mí, pero también es la única persona que

saca lo mejor.

Toco la puerta y no tarda en abrirme el mayordomo, se sorprende al verme y no se molestar en ocultarlo. Me pregunto si será para bien o para mal.

—¿Desea algo? —No hace amago de dejarme pasar.

—He regresado.

—Me parece bien, joven, pero este ya no es su castillo.

Miro al mayordomo asombrada y planta en mí la duda de si eso lo dice por voto propio o son órdenes de Derek.

—Se equivoca, este también es *mí* castillo.

—Ambos sabemos que no. ¿Quiere que informe a su alteza de algo?

Me quedo callada y una nueva furia nace en mí. No pienso irme sin decirle cuatro cosas a Derek. Esta es mi casa. Me duele que se haya desecho de mí así sin

más.

Sorprendiendo al mayordomo y aún más a mí misma, entro y trato de buscarlo. La situación puede parecer incluso cómica: el hombre no para de gritarme

diciéndome que mi comportamiento es impropio y se han unido a él dos sirvientes.

—¿Se puede saber qué diablos se debe todo este alboroto?!

Me detengo al escuchar la voz de Derek y me giro para enfrentarlo, va con su ropa de entrenamiento que se le ciñe al cuerpo como una segunda piel, se me

seca la boca ante esta imagen. El pelo cayéndole por el rostro, húmedo por el esfuerzo. Soy consciente del momento exacto en el que Derek se percata de mi

presencia, porque, aunque otros no se den cuenta, yo sí veo cómo sus ojos se suavizan un tanto.

Trato de controlar mi acelerado corazón sin éxito y me cuesta no repasar su musculoso cuerpo con la mirada. Es incluso más guapo de lo que recordaba y me

alegra mucho volver a verlo. Tanto que por una vez dejo de cuestionármelo todo, solo disfruto con lo que me produce tenerlo cerca. De este aleteo en mi corazón.

Derek me mira con lo que parece una cálida sonrisa ¿Querrá eso decir que no ha ordenado el trato que me ha dado su mayordomo?

—Le decía a esta joven que no puede irrumpir en su castillo sin una orden vuestra...

Alzo la cabeza para mirarlo con furia por si ha decidido echarme de su castillo, él sonríe y me mira divertido.

—Parece ser que no has aguantado mucho tiempo sin verme.

—¡Ja! Eso es lo que tú te crees, no he vuelto aquí por ti —pero mi corazón parece pensar de manera independiente y no ha dejado de latir con fuerza desde el

instante en que mis ojos se han posado en él.

Derek sonríe de medio lado como el que sabe que tiene la razón absoluta y se gira a mirar al mayordomo con una frialdad que hace que este dé un paso atrás.

—Evelyn es tan dueña de este castillo como yo. Todos sabemos que cuando me vaya, ella seguirá aquí —estas palabras me hacen saber que no soy la única

que sabe lo de su partida—. Os recomiendo que le tengáis más respeto.

Me quedo con la boca abierta, sorprendida de que me defienda, mientras los demás trabajadores que han venido alertados por las voces del mayordomo,

asienten y vuelven a sus tareas. Derek indica la hora a la que cenaremos y el lugar elegido, el saloncito que hay entre nuestras dos habitaciones. No creo que sepa

cuánto agradezco su gesto, no me gusta sentarme en el amplio salón, ahora mismo lo que menos necesito son formalismos posibles.

—¿Has vuelto para quedarte?

—No lo sé —no puedo decirle que sí, porque ahora mismo siento demasiadas emociones contradictorias, aunque la que más me asusta es lo que siento por

Derek. Esta palpable alegría que no he sentido estando junto a Dani nunca.

—Eso es porque yo soy irresistible.

—No lo eres —tarde, recuerdo que cuando lo he visto lo he devorado con la mirada y me sonrojo al recordar que Derek entra sin permiso en mi mente—. No

eres tan guapo y deja de entrar en mi mente como si tuviera permiso.

—Tú eres la que me deja entrar en ella, si no quisieras la cerrarías. ¡Pero no sabes! O te gusta que me adentre... en ti —me sonrojo hasta la raíz.

—¡Serás...! —Me callo porque Derek ha empezado a reírse a carcajadas, sorprendiéndome.

—Echaba de menos estas entretenidas conversaciones —exclama sonriente, involuntariamente le devuelvo la sonrisa.

—Yo no —miento.

Me dirijo hacia las escaleras y cuando paso por su lado Derek me detiene con sus palabras.

—Puedo leer tus pensamientos...

—¡Y pensar que me he alegrado de verte! ¡Eres una molestia constante en mi cabeza!

Subo las escaleras casi corriendo y cuando llego a mi habitación abro la puerta y me dejo caer sobre la cama con una tonta sonrisa en el rostro. Sé que no

debería, pero me siento feliz de haber vuelto, de estar a su lado. No quiero analizar nada, ya tendré tiempo después de arrepentirme por sentir.

Después de asearme y de revisar sorprendida que todo está tal y como lo dejé hace una semana, tocan a la puerta que comunica nuestras habitaciones por

medio de una salita, es Derek avisándome de que la cena ya está servida. Entro y lo encuentro observando el exterior, con el pelo aún mojado por la ducha y su

común ropa antigua: un pantalón ajustado con unas botas por encima y una camisa blanca abombada, y, cómo no, su espada. ¿A qué teme? Nunca se separa de

ella.

—No quieras saber tanto. Hay cosas que no tienen explicación.

—Como el hecho de que te metas en mi mente una y otra vez.

Derek se gira y sonrío. Me dirijo hacia la mesa y me sorprende viniendo hasta mí para deslizar la silla y que yo me siente. Lo hago, asombrada, y recuerdo las

miles de veces que se ha empeñado en negarme que tiene sentimientos.

—No empieces, muchacha. —sonrío y no digo nada mientras se sienta. Miro con atención la cena y pese a todo lo que he comido desde que he llegado siento

hambre—. ¿Qué pasa, que allí en tu casa no te daban de comer? —me entristezco al pensar en la casa de mis abuelos, y en la forma en la que me fui—. Has hecho

lo que tenías que hacer.

—Ojalá lo tuviera tan claro.

—Date tiempo —asiento y empiezo a cenar pero me detengo cuando me doy cuenta de que me observa con una mirada muy intensa—. Me gusta tu cambio,

te queda bien.

—Gracias... —no puedo evitar sonrojarme—. Por cierto, siento lo del otro día, no quería ser tan cruel.

—Yo también, pero no puedo decir lo mismo del beso, muchacha.

—Yo sí que me arrepiento —Derek se ríe, ha estado en mi mente y sabe que miento—. No te burles. Puedes creer lo que quieras, no tengo ganas de discutir

contigo. ¡Por el momento!

Seguimos comiendo pero una vez más siento la pesada mirada de Derek sobre mí. Alzo la cabeza, aún un poco sonrojada. Está cambiado, como si estos días

alejados hubieran cambiado algo entre nosotros, como si esa reserva y distanciamiento que antes sentía con él, hubieran desaparecido.

—¿Por qué me miras?

—Eres más apetecible que mi comida —me pongo aún más colorada y Derek se ríe de mi reacción—. Aunque no es del todo broma, no era por eso. Me

preguntaba a quién te pareces, yo conocí a un antepasado tuyo —lo dice con una cierta tensión en la voz. No dice nada más y a mí ahora mismo no me apetece

indagar en esta cuestión.

—Al brujo que se hizo con el castillo, tras morir tu tío —afirmo y Derek asiente—. Te diría que tuviste suerte de conocer a mi antepasado, pero después de

ver su retrato, no sé si es una suerte dar con alguien así.

—¿Vistes su retrato? ¿Dónde?

—Estaba en la entrada, en medio de las dos escaleras. Nada más instalarme mandé quitarlo. Desde ese día, sueño con él. —Derek me mira serio—. Hay algo

oscuro en su interior, algo que me hace temerle. Sé que parece una tontería...

—No es una tontería —al hablar de ello había temido que Derek se riese de mí pero no ha sido así—. No podría reírme de ti cuando sé que dices la verdad.

Él... —lo veo dudar, cómo si pensara si debe decirme lo que está pensando o no—. Él fue quién me hirió y quién trato de matarme. Por tu antepasado estoy aquí

—mis ojos se abren por la impresión. ¿Alguien de mi misma sangre trató de matarlo? Eso es horrible. Temo que Derek piense que soy como él, que no pueda

confiar en mí—.

»Si no lo hiciera, no te lo hubiera contado, muchacha. Confío en ti, dentro de lo que considero posible confiar en alguien, sé que no eres como él. No es por

quién eres, sino por lo que eres, no confió en las mujeres, a mi parecer son todas unas arpías que solo buscan el beneficio propio usando los medios que crean

necesarios.

—No todas son así... —agrandando los ojos por su franqueza.

—Quién sabe, tal vez tengas razón, pero por ahora solo puedo darte el beneficio de la duda.

—¿Es por eso por lo que ahora estás menos distante?

—En parte, otra razón es que me intrigas —Derek parece incómodo.

—Lamento todo lo que te pasó —reconozco, cambiando de tema. No sé qué decir, al igual que él, yo también me siento intrigada.

—Lamento no haber evitado la muerte de mí... De alguien muy querido para mí —ha omitido algo, lo sé, pero él prefiere no añadir nada más. ¿De quién

habla?

—Déjalo estar.

—¿No te cansas de mantener tú solo la conversación, sin dejarme hablar? —comento sin molestarme en preguntar más sobre su pasado, porque sé que no me

lo va a decir.

—Sí hablas. En tu mente, pero hablas. Me gusta saber lo que piensas.

—No te fíes de mí —afirmo—. Por mucho que digas que confías en mí un poco más, por eso te metes en mi mente.

—No es eso, o sí, tal vez desconfíe un poco. No puedo evitar ser así. Dejaré de hacerlo, solo a veces.

—Vale —Ambos sabemos que al final acabará haciendo lo que se le antoje.

Evelyn

Derek tiene mucha clase comiendo, coge los cubiertos con mucha delicadeza pero a la vez con firmeza. En el internado tenía que acudir a una clase que era solo

para enseñarnos modales en la mesa, pero odiaba esas lecciones.

—Come como quieras, muchacha.

—Y eso que has dicho que no te meterías tanto en mi mente —Derek sonríe y empiezo a comerme la guarnición—. Está riquísima.

—Sí, se agradece comer comida decente después de tanto tiempo. Llegó un momento que dejé de disfrutar de ello porque era siempre lo mismo. Aunque no

me quejo de mi cautiverio, peor lo tienen los presos condenados a muerte que son inocentes. A pesar de no haber hecho nada, no pueden cambiar su destino. Yo

estaba solo con mi soledad, no temía que alguien me viniera a atacar o tratara de hacerme la vida imposible.

—Cierto. Pero aun así...

—No le deseo esto a nadie, si te soy sincero, pero aprendí muchas cosas y no estaba del todo solo. Tenía los espejos.

—M e hubiera gustado verlos.

—Te los mostraré.

—Pero, ¿no estaban en el otro castillo?

—Sí, pero aprendí a crearlos y llené las cavernas de ellos mientras tú no estabas. Cuando acabemos de cenar, bajaremos, si quieres.

—Gracias.

Derek sirve el postre. ¡Tarta de chocolate! Se sienta y se queda quieto, mirándome. Sus increíbles ojos me intimidan.

—Entonces, ¿a quién te pareces?

—No lo sé, la verdad. No me parezco a ninguno de mis cuatro abuelos, y a mis padres... No sé, un poco tal vez a mi padre. Pero tampoco mucho.

—Al brujo tampoco te pareces, él tenía los ojos negros.

—Lo sé. Su retrato es horrible. No sé cómo pudieron vivir con él mis abuelos. Esto me recuerda que encontré un retrato de tus padres cuando buscaba un sitio

donde guardarlo, pero de ti no había ninguno.

—No, no me dejaba retratar —su mirada está perdida en el tiempo, ya no está aquí—. ¿M e lo puedes

mostrar? —Pregunta ausente.

—Claro.

Derek sigue comiendo el postre en silencio. En sus ojos hay algo que no acabo de comprender, algo que no sé cómo descifrar, pero que me hace sentir un

escalofrío. ¿Qué le pasa? Pensé que le haría ilusión saber del retrato de sus padres, no esperaba esta reacción tan distante. Quizá esté así porque los echa de menos.

Sí, tal vez solo sea eso.

—No quieras saber tanto, Evelyn. Es mejor dejar algunas cosas como están —una vez más había olvidado que Derek se pasa el día en mi mente. Tengo la

esperanza de que un día me cuente qué le pasa, él lo sabe todo de mí—. No cuela, muchacha. Termina el postre que quiero ver el retrato.

«Vale», le respondo mentalmente y sonrío. Pruebo la tarta y no puedo evitar cerrar los ojos por el placer que me produce este dulzor. Me relamo los labios y

cuando abro los ojos me encuentro con una penetrante mirada de Derek que acelera mi corazón.

—¿En qué piensas? —le pregunto tras comer un poco más de tarta y notar que no pierde detalle de mis gestos.

—No creo que quieras saberlo —dice apoyando los codos en la mesa para después poner la cabeza y observarme más intensamente si cabe.

—Me arriesgaré, yo no puedo leerle la mente ¿Recuerdas?

—Pensaba, que me encantaría probar el chocolate de la tarta directamente de tus labios —mi corazón da un vuelco y noto un escalofrío recorriéndome.

—No puedes besarme...

—Puedo, pero no voy a hacerlo —se echa hacia atrás y trato por todos los medios de que no lea en mi mente la desilusión que he sentido ante su rechazo. Lo

miro molesta. Derek sonrío.

Seguimos comiendo el postre y desecho el pensamiento de su beso y me pregunto sobre lo que vi antes al hablar de sus padres. Me quedo tan absorta en mis

pensamientos que apenas me doy cuenta de cómo Derek se levanta para que salgamos de aquí hasta que habla.

—¿Te vas a quedar todo el rato mirándome o me vas a enseñar el retrato?

—Yo... voy a... voy a enseñarte el retrato.

Salgo de la habitación mientras Derek me sostiene la puerta. Caminamos por los amplios corredores hasta llegar al final de uno de ellos. Levanto una estatua y

se abre la pared, dejando a la vista una amplia habitación con mucha luz, donde parecía que no había nada

más que un muro.

—No sabía de esta estancia.

—Fue construida por mi antepasado cuando tú ya no estabas. Se rumorea que aquí es donde creaba sus pócimas y trazaba sus maléficos planes. Eso me dijo

la sirvienta cuando me la mostró; pero ya sabes cómo son estas cosas, se acaba contando una realidad muy distinta a la que fue.

—¿Y aquí fue dónde hallaste el cuadro?

—Sí. Cuando mandé traer el retrato, hallé en una de las paredes uno tapado y, al levantar la sábana, descubrí debajo a tus padres. O al menos eso era lo que

ponía en la parte de atrás de la pintura. —empiezo a andar por la sala y me detengo justo delante del retrato, que dejé de nuevo tapado; no sabía dónde ponerlo y

no quería que se estropeará—. ¿Te ayudo?

—Eh... —Derek no acaba de hablar—. Sí, vamos a quitarla.

Derek está más ausente que nunca y mira el cuadro como si temiera lo que se va a encontrar debajo. No entiendo por qué se comporta así. ¡Son sus padres!

Debe de echarlos de menos. Ahora que caigo. Ellos murieron antes de que él fuera encerrado, tal vez no debería haberle sugerido que los viésemos. Quizá le haga

daño recordarlos. Sí, tal vez lo que veo en sus ojos solo sea la añoranza por sus progenitores.

Derek

Con ayuda de Evelyn, lentamente descubro el cuadro de mis padres, esos a los que nunca conocí. Cuando estuve viviendo con mi tío, siempre prometía que

más tarde me enseñaría su retrato, pero nunca hubo un *más tarde* y tras la puerta no encontré nada de ellos. Alguien los había ocultado. Solo eso explica que no lo

tuviera en el plano que viví.

No puedo evitar quedarme asombrado al ver la juventud de mi madre. Mi padre está tras ella y reposa la mano en su hombro. Es una pareja majestuosa, en

todos los sentidos, pese a ser reyes y estar obligados a casarse, por lo que tengo entendido, acabaron por quererse el uno al otro.

Mi padre tiene el pelo negro como yo, sus ojos, por lo que parece, son azules. Nos parecemos en algunos detalles. Era serio y misterioso. Mi padre fue muy

buen rey, todos le respetaban y temían su enfado, pero nadie temía su crueldad.

Su muerte fue todo un misterio. Aunque tras lo que mi tío fue capaz de hacer conmigo, sé que mi padre corrió la misma suerte que yo: fue traicionado y

asesinado por su hermano pequeño.

Mi madre era realmente hermosa. También me parezco algo a ella. Sus ojos son verdes y su pelo es tan rubio como negro el de mi padre. Parecen la noche y el

día, pero hay armonía entre los dos. Me hubiera gustado conocerlos y sé que, de haber vivido mi padre, todo hubiera sido distinto. Yo hubiera llevado una vida

completamente distinta, quizá no sería como soy ahora.

Echo una última mirada al cuadro y, tras ponerle la sábana, lo cojo y me encamino con él hacia mi habitación. Así no habrá día que al mirarlo no recuerde por

qué estoy aquí y que debo volver para vengarme por lo que les hicieron, por lo que me hicieron.

Evelyn entra lentamente a mi habitación, hasta detenerse a mi lado. La observo de reojo sin que se dé cuenta. Me molesta admitirlo, pero la he echado de

menos y verla hoy ha hecho que sienta una emoción extraña. Está preciosa.

Pensé que no volvería a verla y ese hecho, aunque me cueste admitirlo, me atormentaba profundamente.

Durante el tiempo que estuvimos distanciados pensé en todo esto y llegué a la conclusión de que Evy no era como las demás, tal vez nunca pueda confiar del

todo en una mujer, pero con ella no me siento siempre alerta. No quiero ahondar más en esto porque, aunque no quiera admitirlo, me da miedo lo que pueda

descubrir.

—Cuando eres príncipe, ¿hay muchas reglas de etiqueta? Se te hará raro que te preguntarte esto, pero es que no te imagino así vestido —dice señalando a mi

padre y sus elegantes ropas.

—Sí, habían muchas —miento sintiéndome mal por hacerlo pero no estoy preparado para contarle la verdad.

—¿Cómo las soportabas?

Yo estuve solo unos meses en el castillo, recibiendo las odiosas reglas de etiqueta, sé que Evelyn no solo me lo pregunta por mi apariencia, sino porque ya no

se siente tan valiente como esta tarde y necesita pensar en cualquier cosa con tal de no aceptar que por primera vez ha plantado a su familia. Aunque me temo que

no ha elegido el mejor tema para no hacerlo pues su pregunta es en parte por todas las normas de etiqueta que ha recibido de ellos...

—Pensaba que siempre tendría tiempo libre para mí y no era así, las obligaciones ocupaban todo mi tiempo. Era agobiante —le digo sincero y ella asiente.

—He estado toda la vida recibiendo las mismas órdenes pero esta semana me sentía como si todo fuera nuevo...

—Has empezado a conocerte a ti misma, la parte dormida que había en ti. No puedes sentirte mal por no seguir los pasos de tus abuelos. Si por mi fuera, te

aconsejaría que los mandaras bien lejos, pero tú misma. Es tu vida.

M e alejo hacia el sofá y me siento, no miro a Evelyn y dudo mucho que venga a hablar, pero una vez más me sorprende y se sienta a mi lado. Al hacerlo, el

olor a vainilla invade mis fosas nasales y me giro para mirarla. M e meto en su mente y escucho sus dudas. Sigue siendo un caos absoluto.

—Son tu familia, si te quieren, te aceptarán seas como seas.

—Sí, eso he oído, pero no tiene por qué ser cierto.

—Confía en mí.

—¿Acaso te ha pasado a ti?

Sus ojos dorados me miran con intensidad y decido no mentir, sin contarle lo que pasó. Cuando yo regresé junto a mis padres adoptivos, ellos nunca me

mostraron indiferencia o menos cariño. M e aceptaron sin más.

—Sí, y ahora vamos a ver la tele calladitos, si es que crees que puedes conseguirlo.

—Derek eres...

—Podrías empezar a aprender alguna palabra mal sonante, muchacha. *Eres tonto* no tiene mucha fuerza. ¿Es todo lo que sabes decir?

Solo picándola consigo que sus ojos dejen de reflejar tristeza para demostrar la furia y fortaleza, que me gusta ver en ella. ¿Cómo habrá podido su abuela

anular esta parte tan pasional de Evelyn durante dieciocho años?

—Le propuse a Dani hablar, salir o hacer algo juntos, pero me dijo que no tenía tiempo. ¿Qué relación llevamos? Creía que era la adecuada pero ya no estoy

tan segura. Ya no estoy segura de nada.

—Date tiempo, muchacha.

Asiente y se levanta para irse ignorando mi invitación de ver la tele. Sé que lo quiere es soledad. Pero incapaz de detenerme, cuando pasa por mi lado tiro de

su brazo y Evelyn cae sobre mis piernas. Me mira impactada un segundo antes de que la abrace. Se queda tensa pero lentamente me rodea con sus pequeños

brazos.

Quiero creer que la abrazo porque ella lo necesita, pero no me considero un estúpido. Deseaba sentirla cerca casi desde el mismo instante en que se fue. La

acerco más a mí y Evelyn se acomoda apoyando su cabeza en el hueco de mi cuello. Apoyo mi cabeza sobre la suya disfrutando simplemente del placer de tenerla

así de nuevo...

—Esto no cambia nada —escucho su risa amortiguada en mi pecho.

—Nada, seguiré pensando que no tienes sentimientos, pero de momento abrázame un poquito más.

Me callo porque me asusta saber que es cierto. Que si por mí fuera la abrazaría toda la vida. Me separo desconcertado y nuestras miradas se encuentran. La

mía vaga por sus labios y si no la beso es precisamente por las tremendas ganas que tengo de hacerlo.

Se levanta para irse.

—Buenas noches Derek.

—Buenas noches.

Asiente y se aleja hacia la puerta que comunica nuestras habitaciones por la salita. Cuando cierra la puerta me quedo mirándola y luego desvió la vista hacia

mis padres. Ellos no se casaron por amor, pero se amaron; yo me iba a casar porque era mi deber; Evelyn estaba con Dani porque creía que era el suyo, no puedo

juzgarla por algo que yo estaba destinado a hacer, pero de haber nacido en este siglo...

Me gusta pensar que todo hubiera sido diferente. Seguiría siendo un heredero al trono y mi deber sería casarme, pero no conozco a mis padres como para

juzgar si me hubieran dejado elegir o no. ¿Quién sabe? Tal vez, como por aquel entonces, me hubiera dado igual una que otra. Aunque las cosas han cambiado

porque antes no creía que pudiera sentir nada por nadie.

Un trueno resuena en la noche, más que gustarme lo que siento, me aterra y me enfurece. Será mejor que me acueste, así lo único que me acosará por la noche

serán las pesadillas, aquellas representaciones de los recuerdos de mi pasado. No hay hueco en ellas para Evelyn, y por una vez me alegro.

Derek

Me he despertado pronto para entrenar, y tras comer, me he ido a hablar con el director sobre unos asuntos del carnet de conducir. Me dio un libro para que

me lo aprendiera y llevo varios días estudiando, mañana haré una prueba teórica más tarde una práctica. He aprovechado las tardes para practicar con un coche y

como yo pensaba, he aprendido bastante rápido.

Cuando llego al camino que da a la entrada, veo a Evelyn salir del castillo con uno de sus conjuntos de ropa nueva. Esta mañana han llegado un montón de

cajas y bolsas y se ha encerrado en su habitación para ordenárselo y probárselo, seguro que también las que llegaron ayer al castillo poco antes de la cena. Me gusta

verla tan feliz. Más de lo que debería. Ahora viene hacia mí con una sonrisa en el rostro, hoy se siente más segura de que está tomando el camino acertado, va a la

panadería a tomar una taza de chocolate. No debería meterme en su mente, pero me gusta sentirla y ver que piensa. Y molestarla, claro.

—Voy... aunque tú ya debes de saberlo.—asiento y lanza un bufido—. Bueno, pues si quieres chocolate, ven conmigo. No pienso traerte.

En sus preciosos ojos dorados se asoma un atisbo de pillería. Esta nueva Evelyn me gusta más que la otra, que se quedaba al margen viviendo una vida que sus

abuelos habían programado para ella.

Hay mucha pasión dentro de ella esperando ver la luz. Es una suerte que lo de anoche quedara solo en dudas y hoy haya decidido seguir con su nueva etapa.

Por un instante temí que volviera a marcharse.

—Algunos tenemos cosas más importantes que hacer, muchacha —le enseño el libro.

—Ah... pues que te sea leve.

Me sonrío y se aleja. Pero sin poder evitarlo, giro y miro cómo camina hacia la panadería. Lleva un pantalón vaquero y una camiseta de media manga azul que

se ajusta a sus torneadas curvas; con el dibujo de una pequeña vaquita que le da un aire infantil y me trae recuerdos de la primera vez la vi. El pelo castaño brilla

con intensidad bajo este sol y le provoca reflejos dorados, como sus ojos. Me encanta enredar mis manos en ellos. Y si a eso le sumas el contoneo de sus caderas al

andar hace que no pueda apartar la mirada de ella hasta casi llegar a la panadería.

Cerca de la puerta un joven de pelo castaño con mechas rubias la detiene y comienza a hablar con ella. ¿Qué

diablos querrá ese estirado? Evelyn le sonríe y

entran juntos a la panadería. Ella verá lo que hace. Si se fía de todo el mundo que le dice «*Hola*» por la calle, es su problema, luego que no venga llorando.

Entro en el castillo y subo a mi habitación. Dejo la espada en la mesa y, tras encender la luz del escritorio, comienzo a repasar el manual de circulación. He ido

muy rápido, la mitad de las cosas ya me las conozco y las he estado estudiando. Desde que vi que salía el primer automóvil a motor, supe que querría uno.

Son más de las nueve y Evelyn aún no ha vuelto, por el silencio que hay en su habitación. Me levanto y miro por la ventana de mi habitación hacia el pueblo,

las luces de las casas le dan un aspecto etéreo y calmado. Es como si se viviera otra vida completamente distinta de noche que día. La oscuridad me recuerda mi

cautiverio, pero cuando veo la vida en el pueblo, las luces de las casas o las estrellas recuerdo que estoy aquí y no tras la puerta. Algunos dicen que a todo se

acostumbra uno, que te vas adaptando a lo que te ha tocado vivir, pero nunca lo conseguí.

El ruido de unas voces me saca de mis pensamientos y me meto en la mente de Evelyn. Está con alguien, por lo que puedo apreciar un chico. ¿Para qué

demonios lo lleva a arriba? Es demasiado confiada. Cruzo la puerta que separa nuestras habitaciones y veo que están en el servicio.

—Entonces, ¿estás segura de que es lo que quieres?

—Claro. Siempre he deseado algo así —siento como los celos crecen en mí por lo que esas palabras pueden significar.

Me empieza a imaginar cosas que lejos están de hacerme gracia y antes de seguir pensando tonterías, me meto de nuevo en su mente. El joven va a

instalar una bañera con hidromasaje.

—¿Y se puede saber para qué quieres esta tontería? —ambos se dan la vuelta sobresaltándose y me miran.

—Tranquilo, Adrián. Es que a Derek le encanta entrometerse en mis cosas.

—Tú debes de ser el príncipe —el joven, de aproximadamente mi edad, me alza la mano y yo se la estrecho educadamente—. Soy uno de los profesores de la

universidad, doy clases desde hace dos meses. Y aparte en mis ratos libres, ayudo a mi padre con la fontanería.

—Me alegro por ti.

—¿Qué te pasa? Es mi habitación, y quiero una... —salta Evelyn.

—¡Una tontería de burbujas! ¿Se puede saber para qué necesitas tú esto?

—Porque sí —de pronto comprendo el motivo de este capricho al meterme en su mente: su abuela tenía una y nunca le dejó usarla.

—Bueno, pues yo también quiero un trasto de esos —Evelyn me mira con suspicacia, sabiendo que me he entrometido en su mente.

—Bien, ahora tomaré medidas de tu habitación —dice Adrián sonriente.

Salgo de allí y voy hacia mi habitación. Poco después Adrián entra y toma medidas, dice que la traerá en breve y yo asiento sin hacerle mucho caso, pues

estoy más pendiente en como Evelyn lo mira y le devuelve la sonrisa cada vez que el chico le habla. Siento algo parecido a la rabia crecer en mí y me desconcierta

mucho. Cuando se va me siento aliviado hasta que ella decide acompañarlo. Trato de estudiar algo pero no lo consigo. Cuando la escucho regresar voy a su

encuentro.

—No deberías meterte en mi mente.

—Pregúntame cómo bloquearla. Además, deberías hacerlo. No soy el único que tiene este poder y, por lo tanto, no soy el único que puede hacerlo —¡no sé

cómo puede no molestarle! ¡Si me molesta hasta a mí! No me gusta que nadie se adentre en sus pensamientos privados y puedan hacerla daño—. Simplemente

desea bloquearla sin más, y si quieres tenerla abierta para alguien, pues deséalo y ya está.

—¿Tan fácil?

—Sí, la magia no es algo difícil.

—Entonces, debería hacerlo, así un príncipe entrometido que conozco dejará de meterse en mi cabeza —sus ojos dorados me observan serios y sin poderlo

evitarlo entro en su mente. Siento su duda y sus reticencias a cerrármela pero al final sus pensamientos se pierden y me echa. Cerrándome definitivamente el paso.

—Es mejor así —digo más para mí que para ella, pero asiente, pues ambos hemos tenido la misma duda y deseo que este puente entre los dos nunca

desaparezca.

Sus ojos dorados me miran sin decir nada. Parecen más cálidos que nunca, más oro fundido que otras veces. Trato de meterme en su mente para saber qué

piensa y, cuando no puedo, me molesta. «*Mejor*» pienso, pero la siento de golpe muy lejos y no me gusta esta distancia que se ha abierto entre los dos.

Me acerco a ella y le acaricio la mejilla. Se sonroja y una vez más trato de meterme en su mente para saber que piensa, al no poder siento impotencia y para

sentirme de nuevo cerca suyo hago lo único con lo que siento que somos uno solo, sin que exista nada más que nosotros dos. La beso.

Evelyn se queda quieta hasta que mis labios acarician los suyos y me devuelve el beso como solo ella sabe hacerlo. La acerco a mí posando mis manos en su

espalda. Me sorprende cuando me acaricia los labios con su tentadora lengua y como pide paso a mi boca llevando por primera vez la iniciativa. La dejo entrar y sé

que estoy perdido cuando busca mi lengua y me besa con esta mezcla de inocencia y deseo. Joder, ahora mismo no puedo pensar con claridad. Solo pienso en

despojarnos de la ropa y besar cada centímetro de su cuerpo antes de adentrarme en ella.

¿Que tiene esta muchacha que me vuelve así de loco? Puede caer una bomba ahora mismo cerca de nosotros que ni eso lograría que la dejara de besar. Tal vez

eso no, pero el empujón de Evelyn sí.

—Esto no está bien, no, no lo está... Yo no quiero esto.

—No puedes negar que te gustan mis besos...

—Ya no puedes saberlo con certeza... el deseo se apaga y yo soy feliz con mi novio.

Me alejo de ella dolido por recordar que está con alguien y que parece quererlo. Incapaz de dar nombre a lo que siento y sabiendo no ponerle nombre no hará

que sienta menos por esta muchacha de ojos dorados.

—Vaya, no pensé que lo conseguieras tan pronto, la verdad. Te subestimé.

—Cierto.

Miro el carnet de conducir, una semana he tardado en conseguirlo. No dudé que lo conseguiría pronto, siempre he tenido facilidad para aprender rápido y

adaptarme a todo lo que me rodea.

Esta vez no esperaba menos, al vivir en el pueblo mágico, las leyes son distintas y el carnet se hace en el acto gracias a la magia.

Observo cómo la luz incide sobre el plástico y me parece increíble que solo esto me autorice a conducir un coche. Ahora solo me queda comprarme uno y

tengo bastante claro cuál será.

—Espero que no olvides que mañana, empiezas las clases.

—No lo he olvidado, alguien se ha encargado de recordármelo constantemente —dejo de mirar mi carnet y miro al director—. Mañana estaré aquí una hora

antes pero ahora debo irme.

—Si quieres, ven a comer a casa.

—No, gracias.

Cuando estoy cerca del castillo, veo a Evelyn en la puerta con Ana. No la he visto desde que me cerró su mente. Yo a ella por mis estudios, y a ella mí por...

¡ella sabrá! Y lo cierto es que la he echado de menos, pienso cuando se da la vuelta y me mira, con sus ojos dorados, sin ser consciente de ello, me sonrío.

Me i corazón late desbocado tras verla pero intento negar que esta muchacha de ojos dorados esté consiguiendo que vuelvan a anidar sentimientos en mí. Pronto

me iré, un día volveré a mi época... Pero ahora estoy aquí y es hora de que empiece a vivir en consecuencia. Tal vez nunca vuelva... aunque, ojalá lo haga. Me

asusta lo que siento.

—¿Lo has conseguido? — «¿Cómo lo sabe?» Se lo deben de haber dicho lo chismosos de los sirvientes.

—Eso parece —se lo muestro y lo coge.

—¡Enhorabuena! —Realmente Evelyn se alegra por mí.

—¡No ha sido para tanto, muchacha! ¡Pan comido! —Evelyn me mira interrogante.

—Lo que tú digas —va devolviéndome y yo en un movimiento rápido le cojo la muñeca—. ¿Qué...? —Antes de que pueda terminar, he alcanzado la cinta de

cuero negra que me sujeta el pelo con la otra mano, y se la estoy atando alrededor de la muñeca donde lleva su brazalete. Me quito el pendiente y lo pongo sobre su

mano—. ¿Por qué me los das?

—Es hora de que viva esta época —dicho esto, suelto su muñeca y me alejo sin contestar a la pregunta que se refleja en sus ojos. Pronto lo descubrirá.

Volveré a mi época tarde o temprano, tengo la oportunidad de estar en esta y pienso aprovecharla al máximo.

Evelyn

Me llevo el cuero a la nariz y aspiro su aroma, es un olor único y característico de él. Llevo desde que cerré mi mente y nos besamos evitándolo. No ha

servido de nada, no he dejado de pensar en él. Y de echarlo de menos. Añoraba nuestras charlas, su sonrisa ladeada y su manera de picarme. Y todo esto mientras

trataba por todo los medios de no hacerlo. Evitarlo no ha servido para nada.

Al verlo he sabido que, por más que quiera ocultarlo, no puedo negar lo que me hace sentir. Aunque me asuste y esté hecha un lío y lo odie por eso. Dani

nunca me hizo sentir nada parecido. Nunca ha calentado mi piel con tan solo una mirada, ni me ha elevado al cielo con una sutil caricia. Nunca sus besos me han

hecho desear que el mundo se detuviera y no dejara de besarme nunca. Dani nunca ha hecho que cuando esté sin verlo lo extrañe de esta forma que hasta siento

dolor por su ausencia.

Pero no es tan fácil, estoy en una encrucijada entre lo que conozco y lo desconocido. Es tan complicado decidirse a dar un paso hacia donde no sabes si te

espera el suelo firme... Y lo peor es, que sé que si me enamorara de Derek y regresara a su siglo me pasaría toda la vida añorándolo aunque no lo recordara. Y no

estoy preparada para aceptar lo que siento cuando ante mí tengo un futuro tan incierto. Y mientras decido no aceptarlo, no puedo ignorar que una mirada de Derek

es suficiente para que mil mariposas aleteen en mi estómago.

—La verdad es que Derek merece que lo mires embobada —miro a Ana y ella se ríe—. A mí no hace falta que me mientas. Ayer por la tarde intenté sacarte

algo y con solo una mirada, tengo todas las respuestas que necesitaba. Además, te he visto oler su cinta.

—No digas tonterías. Yo estoy con... —me sonrojo y niego lo evidente con la cabeza.

—¿Hasta cuándo? —No contesto y me coge de la mano—. Bueno, vamos a por un chocolate. ¿Qué crees que ha querido decir Derek con su última frase?

—Sinceramente, ni idea.

Ojalá supiera más cosas de él, aunque me da miedo saber qué entristece su mirada y por qué a veces parece que está luchando contra sí mismo.

Ana insiste en ir a dar un paseo por el puerto, cuando terminamos el chocolate y unas pastas de la panadería de Rosa. Cuando estamos llegando, vemos a

Adrián venir hacia nosotras y la cara de Ana se ilumina nada más verlo, aunque sé que tiene novio no puede

negar que Adrián no le es indiferente, lo mismo que a mí me pasa con Derek.

—¿A dónde vais chicas?

Adrián mira a Ana con mucha ternura y con un anhelo que no puede ocultar, nadie duda de los sentimientos de él hacia ella, pero Ana quiere a su novio.

Es una lástima que se aferre a un novio que hace un año que no ve porque dice estar haciendo una misión muy importante, y no quiere ponerla en peligro

hablando con ella. Siempre que le dice de venir al final lo cancela.

Hace tan solo un mes, le hubiera dicho que si es muy importante la misión, es normal que no tenga tiempo para ella, pero ahora mismo, creo que cuando

quieres a alguien sacas tiempo de dónde sea. Si hace falta, te escondes para poder escuchar durante un segundo su voz y robarle un beso de esos que puedes

rememorar en su ausencia.

—Vamos a dar un paseo por el puerto. ¿Vienes?

Adrián asiente y, tras ponerse al lado de Ana, caminamos hacia el puerto. He venido muy pocas veces a aquí. Cada vez que lo hago, siento algo siniestro

atravesarme, un intenso escalofrió que me recorre todo el cuerpo. Ahora no es diferente, como siempre me siento inquieta.

Miro a mí alrededor, el puerto sigue conservando la estética del siglo XVI. No sé si Derek ha venido, pero de ser así, estoy segura de que tras verlo se sentiría

otra vez como en casa.

El lugar ha evolucionado muy poco con el paso del tiempo. Personalmente, no me desagrada pero tengo la sensación de que alguien me observa, hoy es más

intensa que en anteriores ocasiones. Hay algo más... Y es ese algo lo que me ha hecho mantenerme alejada de aquí. Seguro que no es más que una tontería. Otro

intenso escalofrió me atraviesa y esta vez es tan penetrante que tengo que abrazarme.

Observo el mar a lo lejos. Está tranquilo, en paz... Pero mi corazón late cada vez con más fuerza. ¿Qué me pasa? Fijo la vista otra vez en él y, como si un hilo

me llevara, mis pies comienzan a llevarme al borde. Algo me llama y no sé muy bien por qué voy hacia la orilla, temiendo lo que voy a encontrarme al llegar.

Quiero gritar pero mi voz parece no acudir a mis labios. Mi paso es lento pero directo. Nadie notará nada raro al verme andando hacia el mar, pero estoy

aterrada. Trato de romper este misterioso lazo que me arrastra pero mi cuerpo no responde y sigue

caminando. El corazón me late desbocado, estoy realmente asustada.

De pronto me detengo y me sitúo en el borde. Suspiro aliviada al ver que mis pies han dejado de moverse, que mi destino no era el que yo pensaba y el mar

sigue a unos pasos de mí. Me veo reflejada en las cálidas aguas saladas y trato de tranquilizarme. Ahora que estoy viéndome me siento otra vez dueña de mi

cuerpo. Muevo las manos y miro a mi alrededor, todo está en calma.

Ana y Adrián hablan a unos metros de mí. ¿Y si todo ha sido cosa mía? ¿Y si mi miedo fue solo imaginaciones mías? Aun así no podía moverme, ¿verdad?

Creo que este pueblo me está afectando más de lo que creía.

Comienzo a girarme cuando algo brillante me llama la atención en el fondo del mar. Me acerco para verlo mejor y lo que brilla se mueve. Un escalofrío me

recorre el cuerpo e intento alejarme, pero no he dado ni dos pasos cuando escucho una fuerte carcajada detrás de mí y me veo totalmente engullida por las frías y

saladas aguas del puerto.

Trato de huir, pero la fuerza del agua, me arrastra al fondo mar. Yo tenía razón, algo me estaba guiando como a una marioneta, aunque eso no me hace sentir

mucho mejor en este momento.

Mis gritos se ven sofocados por las frías aguas. Me muevo y el mar me engulle. Me desespero, me aterro y cuando creo que no podré salir y que moriré

encerrada en una cárcel de agua, noto cómo estas, que hace un segundo me apresaban, ahora comienzan a alejarse de mí, y caigo al fondo, vacío de agua que lo

proteja. Escupiendo con fuerza el agua que he tragado.

—Pero que... —exclamo sorprendida al mirar a mi alrededor, mientras intento recobrar el aliento. El agua se suspende en forma de círculos en el aire, como si

hubiera un escudo invisible que impidiera alcanzarme, como un remolino.

—¡¡Evelyn, coge mi mano!! —levanto la vista hacia la voz de Derek y lo veo en la pasarela tendiéndome su mano. En sus ojos, de ese color tan peculiar, veo

que está aterrado y tan asustado como yo. Y también veo algo más ¿Miedo? ¿De qué? Con temor a verme otra vez envuelta por el agua, cojo su mano con fuerza y

me aferro a ella, para que pueda tirar de mí. Caigo sobre él y acepto su abrazo, agradeciéndolo eternamente —. Ya ha pasado —pese a la calma de sus palabras y

sus caricias, percibo la tensión que trata de ocultarme en su voz. Derek me abraza con fuerza y me acaricia

como si no acabara de creerse que estoy bien y tuviera

miedo de soltarme y perderme de nuevo bajo las frías aguas.

Le devuelvo el abrazo conmovida por su gesto y sintiéndome segura y protegida entre sus brazos.

—Nunca más, nunca más me des un susto así —dice apenas conteniendo el miedo que ha sentido al verme hundida.

—Nunca.

Me abraza más fuerte si cabe. Mi corazón late tan desbocado con el suyo. Es placentero, pese a lo vivido, sentir con este gesto que le importo más de lo que

me ha demostrado.

—¿Qué ha pasado? —se separa para preguntarme.

—No lo sé —sus ojos, que ahora parecen más azules que verdes, observan el mar. Algo le preocupa y, aunque sea muy discreto con sus emociones, ahora

mismo su rostro refleja algo completamente indescifrable. Y que es por eso mismo por lo que siento que lo que sea que está pensando es grave.

—¡Gracias a Dios! Derek nos vio y se acercó —me dice una asustada Ana—. ¡Qué miedo hemos pasado! No podíamos ayudarte. El agua nos alejaba de ti y

veíamos cómo te adentrabas más y más en él.

Un escalofrío me recorre al pensar en lo que podía haber pasado. Derek me acerca más a él y me acaricia la espalda. Por la forma que tiene de hacerlo, sé que

no es consciente de ello, pero acepto su cálido abrazo sin rechistar, tratando de absorber su fuerza y su calor.

—Sí, ha sido una suerte —la voz de Derek está en otro sitio, lejos de aquí, en un mundo que solo él conoce y en el que no quiere que nadie se adentre—.

Vayamos al castillo antes de que te resfríes —dicho esto, me alza en brazos y sin decir nada más comienza a andar.

—Estoy mojada, pero puedo andar —protesto seria—. Bájame.

—Tardaremos menos así, Evelyn. No seas quejica.

—Puedo andar. Bájame, Derek. Por favor —necesito volver a sentirme dueña de mi misma y fuerte.

Derek me baja y se queda a mi lado cuando comienzo a andar, pero tras dar un paso las rodillas me flaquean y no espera a que dé el segundo para volver a

alzarme en brazos y llevarme hacia el castillo.

—Ahora que ya has comprobado que no puedes andar, ¿vas a dejar de quejarte?

Sus ojos verde azulado me observan. Sin decir nada acepto su ayuda y lo que más necesito, su abrazo y me dejo caer en el hueco de su cuello. Su calidez y su

fortaleza calman mis nervios y mi miedo. Alguien ha tratado de matarme... Pero, ¿quién? ¿Y por qué?

—¿Estás mejor? —Salgo del aseo, tras darme una ducha y asiento a Derek—. He mandado que te preparasen una sopa —el gesto me conmueve y los ojos se

me llenan de lágrimas. ¿Por qué se preocupa tanto por mí? No estoy acostumbrada a estas muestras de cariño—. Eh, no llores, muchacha, que solo es una sopa y

ya estás bien —asiento. Veo cómo Derek deja la bandeja en la mesa, reprimo las lágrimas, molesta por esta debilidad—. Te sentará bien.

No lo discuto, aunque me haya duchado y entrado en calor, aún siento el frío en los huesos y el recuerdo de lo que ha pasado sigue rondando con fuerza en mi

mente.

—Gracias por la sopa.

—De nada —Derek parece incómodo con mi agradecimiento. Me siento y lo veo dudar, como si quisiera decirme algo y no supiera cómo hacerlo o como si

pensara cómo decírmelo—. Tal vez quieras estar sola...

—¿Te puedes quedar un poco más? —Ahora lo que menos necesito es soledad.

—Claro, no tengo nada mejor que hacer —dice despreocupadamente y se sienta a mi lado en el sofá—. Más te vale empezar a tomarte la sopa, muchacha. O

sé de uno que se la va a tomar por ti —me sonrío.

—¡Está buenísima! Es una lástima que no vayas a probarla... —comento con humor para relajar un poco de tensión al ambiente.

Sonrío y cojo una cucharada de sopa, pero cuando está a punto de entrar en mi boca, Derek me coge la mano y se la toma él. Observo como se mete la cuchara

en la boca y como la sopa desaparece entre sus carnosos labios. Derek devuelve la cuchara al cuenco. Ignorando que sigo perdida en el recorrido que acaba de hacer

al cuchara. Aparto la mirada. ¿Desde cuándo comer sopa es tan sexy? Desde que lo hace Derek.

—No deberías haber probado mi sopa —le digo apartando la mirada.

—Eso por retarme y ahora cómetela antes de que me la termine yo.

Cuando termino la sopa nos quedamos en silencio. miro mi plato vacío mientras escucho el silencio que reina en la sala, Derek mira hacia la ventana y su

semblante es muy serio, incluso algo furioso. Ya se ha pasado el momento juguetón con la sopa. ¿Qué pensará?

—¿Quieres que me quede? ¿O prefieres que me vaya?

«*Quiero que te quedes*», pienso pero eso no se lo digo. A pesar de no desear quedarme sola, de estar aterrada y temer cerrar los ojos por si se reproduce de

nuevo lo vivido en mi mente, le digo que se vaya.

—No, es mejor que te vayas.

—Bien, si es eso lo que quieres...

M e observa serio y se levanta. Cuando ha dado dos pasos abro la boca para hablar, para pedirle o más bien, para rogarle, que no me deje sola. Pero no digo

nada, porque he aprendido a salir a flote sola, y esta vez no tiene por qué ser diferente. M e abrazo tratando de aliviar el frío que ha dejado su partida.

Derek se aleja y yo me miro las manos, están blancas y puedo ver cómo tiemblan. Levanto la cabeza y de pronto veo que se ha cortado el pelo, no me había

dado cuenta hasta ahora. Lo lleva a capas y le cae por el cuello descolocado, pero ya no está largo, ahora es más moderno, menos pirata. Está increíblemente guapo,

como siempre y yo no quiero estar sola.

—Derek... —él se gira y me mira con sus increíbles ojos. Abro la boca para implorarle que se quede una vez más, pero no me salen las palabras—. M e gusta

tu corte de pelo —otra vez he callado y no he dicho lo que de verdad sentía.

—¿Nada más? —Parece haber intuido que deseo que se quede.

—Na... Nada más.

Asiente y esta vez sí se va. M e quedo más sola que nunca. Siento cómo lágrimas saladas caen por mi cara y una vez más en mi vida, sufro mis miedos y

angustias en soledad.

Derek

Me quedo apoyado en la puerta de Evelyn. Siento su dolor como el mío propio y aún late en mí el miedo y la impotencia que sentí cuando vi que el mar se la

tragaba.

Cuando la vi bajo las frías aguas y no podía llegar a ella, creí que me moría. Fueron segundos los que tardé en revocar el hechizo pero temía tanto perderla en

esos instantes para siempre, que se me hicieron eternos. Cuando vi que estaba bien me costó mucho no temblar mientras la abrazaba con fuerza. No quería que mi

debilidad la asustara. Fue horrible, una de las peores experiencias que he vivido en mi vida y eso que he vivido muchas. Pero nunca he sentido este dolor tan

desgarrador en mi alma ante la posibilidad de que a ella le sucediera algo.

Sé que no ha sido casualidad y quién ha sido el culpable. Aunque me duela dejar a Evelyn así, debo descubrir si mis sospechas son acertadas.

Ojalá no lo sean, porque no sé de qué sería capaz Jafet, el oscuro, si ha sido capaz de vender su alma para vengarse de mí. No entiendo por qué atacó Evelyn,

o quizá prefiero hacerme el tonto y seguir pensando que no lo hago, porque ante todo sentimiento coherente y sensato, esta maldita muchacha se me está metiendo

bajo la piel y no puedo evitar sentir que debo protegerla.

—Maldita sea —digo entre dientes y me alejo de su puerta.

Camino hacia el puerto bajo la fuerte lluvia que ha empezado a caer por el caos que en estos momentos es mi mente. En el camino encuentro a una preocupada

Ana seguida de Adrián.

—¿Cómo está Evelyn?

—Está bien, pero no creo que lo que más necesite ahora sea estar sola —Ana asiente y me quedo más tranquilo cuando me dice que ahora irán a verla. Aunque

he decidido irme, no puedo dejar de pensar en ella y en el miedo que ha debido pasar—. Yo tengo que ir a un sitio, ahora nos vemos.

—Adelántate tú —dice Adrián mirando a Ana—. Ahora voy —ella asiente y se aleja de nosotros—. Allí había alguien.

—Si te refieres al interior del mar, sí, pero ya me ocupo yo de él.

—Es poderoso.

—No más que yo.

—Derek —Adrián duda—, ese ser conoce tus puntos débiles. Lo he sentido. Es parte de mí poder ver las intenciones de un enemigo. Creo que se metió en la

mente de Evelyn. Aunque ahora está protegida, es muy débil y cada vez lo será más si no empieza a aceptar su lado mágico y se hace fuerte. Hay personas que

pueden quebrar todos los escudos mentales y el de Evy es muy frágil ante la magia.

—Lo sé, no te preocupes por ella, voy a tener una charla con mi *amigo* marino.

Me mira con una media sonrisa y se aleja hacia el castillo. Camino hacia el puerto y, me sitúo cerca del mar. Contemplo las frías agua y un escalofrió me

recorre al recordar la última vez que vi a Jafet el oscuro, mucho tiempo atrás, en este mismo lugar y cómo me observaba con admiración.

—Muéstrate —exijo a las aguas tranquilas, que parece increíble que atraparan a Evelyn arrastrándola hacia el fondo—. Siempre has sido un cobarde,

mandabas a otros a hacer tus trabajos sucios.

—No soy un cobarde —ruge el mar y veo cómo una montaña de agua se alza y dibuja al que fue durante mucho tiempo mi mayor pesadilla. No podía ser

otro, tan solo él es capaz de atormentarme allí donde me encuentre. Cómo iba sino a tenerlo ante mí después de haber creído que nunca más volvería a verlo.

—No es esa la opinión que yo tengo —siento su furia y como sus frías aguas vienen contra mí, pero alzo la mano y estas se quedan suspendidas en el aire—.

No puedes conmigo.

—Contigo no, pero con ella sí.

Me invade la furia y el cielo empieza a tornarse aún más gris. *«Debo controlarme, sino estallará el caos. La lluvia no dañará el pueblo, pero la tormenta*

podría matarlos.»

—Ella no me importa —miento—. Haz lo que quieras.

Para mi sorpresa, el pirata rompe a reír a carcajadas.

—Mientes —lo miro sin retroceder en mi actitud y sin dejar que lea nada en mis facciones, cosa en la que me instruyó precisamente él—. Pues he visto en la

mente de la joven una cosa, algo que deja muy claro que tu indiferencia es fingida.

—Si lo dices por los besos, no tienen importancia. No es más que una joven bonita —trato de ser indiferente, pero me tensó al ver cómo la acuosa forma

corpórea del peor de los piratas se ríe con superioridad.

—No, no son los besos. Es algo más importante —calla alargando el suspense—. Dejas que ella te toque y no la apartas de tu lado, como ambos sabemos que

has hecho en más de una ocasión, sino que se lo pregunten a las prostitutas que te ofrecí. ¿Verdad, Derek? ¿O debería decir, príncipe Derek?

El desgraciado sabe más de lo que pensaba. El cielo se vuelve cada vez más oscuro y, aunque no lo quiera, a mi mente acuden imágenes que no puedo olvidar.

La furia se apodera de mí y hago caer el primer rayo cerca del agua; el segundo parte su imagen en dos y, antes de que deje de existir, alzo una mano, dejo

suspendida el agua y me acerco a él.

—Bien, dejémonos de juegos. Tocas un solo pelo de la cabeza de Evelyn, uno solo y no habrá lugar en la tierra suficientemente oculto para que no te

encuentre y te vuelva a mandar al infierno, de dónde nunca debiste de haber salido. ¿Ha quedado claro?

El pirata sonrío y no puedo dejar de mirarlo, mientras siento cómo la lluvia, desatada por mi furia, golpea en mi rostro y empapa mi cuerpo.

—¿No has pensado que tal vez sea justamente eso lo que quiero?

Lo suelto y el agua cae sobre el mar y entonces recuerdo la cara de admiración con la que me miraba cuando intenté desaparecer de su vida.

Tenía el ataque preparado hacía mucho tiempo, pero no podía usar la magia fuera de este reino. Era cuestión de esperar el momento perfecto para llevar a cabo

mi venganza contra el mal nacido que me robó de mi hogar siendo un niño. Estuve a punto de no hacerlo cuando vi a mis padres adoptivos venir hacia mí, me

habían encontrado después de tanto tiempo desde mi secuestro.

Pese a eso no dejé el plan y desaté una imperiosa y fuerte tormenta sobre el barco. Haciendo que los rayos se precipitaran contra la nave y sin dejar que la

lluvia apagara ni uno solo de los fuegos provocados. La tripulación saltaba gritando por los rayos que con fuerza resonaban en el barco, pero él no. Jafet se quedó

en la cubierta, observándome con una mirada que no supe definir hasta que se hundió en el mar. Me miraba con admiración, por eso no desaté un rayo directamente

sobre su frío corazón y deje que fuera el mar quien le diera su final. Sentía que él ansiaba que lo matara para demostrarme una vez más que era igual que él. Me lo

había dicho tantas veces a lo largo de mi cautiverio, que una vez más lo pude leer en su oscura mirada y casi le creí.

Si lo mataba, habría vencido. Nunca seré como él. Soy un ser sin alma por su culpa, alguien sin escrúpulos capaz de todo con tal de conseguir lo que quiere,

quien anuló uno a uno mis sentimientos. Él y su hija...

Derek

Tras mi vuelta al castillo subo a la habitación de Evelyn. Esta muchacha va a tener que empezar a usar su lado mágico, no me fio de Jafet. Sé que está

tramando algo. Entro en su habitación y me encuentro que Evelyn está en el sofá con la mirada fija en la televisión, o eso parece, Ana está hablando. Adrián no

está, ha debido de irse.

—Hola muchachas.

Evelyn se gira y me mira con sus ojos dorados, aún más bruñidos al estar hinchados por las lágrimas derramadas. Su dolor me aflige y más porque yo soy el

único causante de él. *«Sólo sé hacer daño a quienes me rodean»*

—Vaya lluvia se ha desatado —comenta Ana mirándome—. Y tú estás empapado.

—Sí, me ha pillado al volver —no aparto la vista de Evelyn, que me mira pero no dice nada—. Ana, me gustaría hablar algo con Evelyn.

—Ah... Bien. Os dejo solos. Nos vemos mañana en clase.

Ana se levanta, dice a Evelyn dónde quedar en la universidad para mañana y se va tras despedirse de mí.

—¿Qué pasa? —Evelyn me mira captando todos los detalles de mi ropa empapada—. Deberías cambiarte, vas a enfermarte.

—Sí, pero hay algo que quiero hablar contigo.

—Estaré aquí. Te aseguro que con esta lluvia no tengo ganas de salir a ningún sitio —me sonrío, pero sus ojos están tristes.

—Ahora mismo vengo.

Asiente y me dirijo a mi habitación. Tras ducharme y cambiarme de ropa vuelvo a su lado. Evelyn está en la ventana mirando hacia la lluvia que ha amainado.

Puedo controlarlo, pero mi furia ha sido más fuerte que mi autocontrol. Tengo miedo de pensar en el daño que le puede hacer a Evelyn. Si llega a pasarle algo, creo

que me daría igual todo. Me cuesta asimilar esto, saber que si siento algo así es porque esta muchacha se ha colado más hondo en mí de lo que debería. Pero es

cierto. Pensar en la posibilidad de que Jafet la mate para hacerme daño me aterra.

Me acerco y me pongo tras ella sin hacer ruido, pero sé que sabe que estoy aquí, porque se nos ve reflejados en el cristal de la ventana. Ella mira la noche y yo

la miro a ella. El pirata tenía razón, solo dejo que ella me toque.

Con ella no me siento amenazado, su roce es el único que no invade mi mente con el recuerdo amargo del pasado. Al contrario, ella me hace olvidarlo y mirar

hacia el presente. ¿Qué tiene esta muchacha? Confié en ella antes incluso de ser consciente. La besé, algo que hubiera sido impensable en otra situación. Evelyn es

el bálsamo para mis heridas. Y su luz hace que las pesadillas se vean relegadas a un segundo plano.

Evelyn levanta la vista y me mira a través del cristal. No digo nada, pero no me siento incómodo ante la falta de palabras. Incapaz de resistirme y necesitando

su cercanía, paso una mano por su cintura y la acerco hacia mí, haciendo que su espalda toque mi pecho. Su calor me traspasa y solo ahora que la siento tan cerca,

noto como parte de mi temor se va disipando.

Muevo la mano y la meto bajo su camiseta. Acaricio su piel y noto como se eriza por mi contacto. Evelyn alza su mano y la pone sobre la mía, pienso que para

apartar mi intromisión. Al contrario, la pone sobre mi mano y me acaricia. La miro a través del espejo y nuestras miradas se entrelazan y una vez más, sus caricias

solo me transmiten placer y nada de temor.

—¿Qué quieres decirme?

—Vayamos a la caverna —asiente y andamos hacia el pasadizo que hay entre nuestras habitaciones sin romper nuestro contacto. Mi mano sigue en su

cintura, solo la he desplazado lo justo para poder andar, pero me veo reticente a perder su cercanía tan pronto.

—Vaya, este no lo conocía —dice cuando abro el pasadizo secreto.

—El castillo está lleno de pasadizos —sonrío.

—Creo que no soy la única que quería huir de los sirvientes —río ante su ocurrencia. Evelyn también está algo más relajada, pero no hace falta que me meta en

su mente para saber que todavía tiene miedo.

Llegamos a la caverna y, como siempre, está iluminada por una tenue luz azul. El agua esta calmada y cristalina, invitando a sumergirse en ella y vemos como

la lluvia se cuele por la piedra y cae sobre sus aguas sin que esto altere su tranquilidad.

La luz azulada destella en Evelyn y la hace parecer más etérea. Es preciosa. Ni el dolor es capaz de empañar tanta belleza. Se gira y me mira. Sus ojos dorados

parecen más oscuros. Pero yo me los sé de memoria. Acerco mi mano a su mejilla y le acaricio el reguero que hace unas horas dejaron las lágrimas deseando borrar

todo ese dolor de ella. No se lo merece. Y menos por mi culpa. Por haberse visto envuelta en este cruce de

espadas en una guerra que no se

—¿Qué quieres decirme? ¿Es sobre quién me atacó esta tarde?

—¿Cómo sabes que era alguien?

—Porque desde que me atacó, no paro de ver su cara cuando cierro los ojos.

M e mira y veo en estos ojos tal sufrimiento que deseo una vez más destruir a Jafet. M e quedo helado, petrificado al saber que ese desgraciado ha entrado en la

mente de Evelyn para producirle dolor con su imagen y el recuerdo de cómo casi la mató. M e enfurezco. La rabia crece en mí y siento como el dolor que veo

reflejado en sus ojos es el mío propio.

«*¿Es que nunca me va a dejar en paz?*» Y sé que la respuesta es *no*, no hasta que acabe con él, aunque eso signifique ponerme a su altura y darle lo que desea.

¡Maldición! Escuchamos el eco de un trueno, otra vez se ha desatado la tormenta, o más bien, otra vez la he desatado.

Evelyn

La furia marca con fuerza los rasgos en el rostro de Derek y, no sé por qué lo hago, pero levanto mi mano y la pongo en su mejilla, como si ese gesto pudiera

aliviar la tensión de sus bellas facciones. Cuando los dedos tocan su cálida piel, Derek se tensa aún más y fija la vista en mí, pero no hace nada por retirar mi mano

y me gusta. En sus ojos puedo ver reflejada tal furia, que me quedo helada, no puedo evitar sentirme protegida y, por qué no decirlo, querida.

Acaricio su mejilla. Y me atrevo a tocar sus labios. Esos que siempre que me besan, me transportan a un mundo donde tenemos exclusividad él y yo. Mi caricia

poco a poco va calmando a Derek y cuando noto que su enfado remite un tanto me atrevo a preguntar:

—¿Quién es? —Derek se enzarza en una lucha interna, pensando qué contarme y que no. Antes de que hable, ya sé que me va a ocultar algo.

—Es alguien que conocí en el pasado y que ha vuelto para vengarse de mí.

—Pero, ¿cómo es posible que esté en esta época?

—Le vendió el alma a un poderoso mago antes de morir, ató su existencia a un conjuro que le permite estar en la tierra hasta que cumpla su venganza. Como

murió en el mar, está atado a este y es parte de él.

No dice nada más y, aunque me conformo con lo que ha dicho, no puedo evitar anhelar saberlo todo de él. ¿Lo conseguiré algún día? No debería ser importante

para mí, pero lo es y cada día que pasa lo es más. Además ahora estoy aterrada ante la posibilidad de que un ser sin vida esté aquí para vengarse de Derek. Pero,

¿por qué me atacó a mí?

—De todas formas, no debe de ser muy listo porque se equivocó de persona. No tiene sentido que me atacara a mí. A menos que te importara... —un leve

susurro sale de sus labios. No lo he escuchado bien quiero pensar que sí le importo. El corazón me late desbocado y trato de tranquilizarlo—. ¿Has dicho algo?

—Nada. No hay más explicación. Él sabe que vivimos juntos en el castillo, porque ha estado en tu mente y ha sacado conclusiones equivocadas —lo miro y

Derek corta el contacto visual y no solo eso, alza la mano y quita la mía de su cara. Para mi sorpresa, no la suelta cuando la baja y entrelaza sus dedos con los míos

—. Evelyn, es peligroso y debes empezar a usar tu magia. Ahora eres débil a los ataques y solo si empiezas a aceptar tu don como parte de ti y usarlo, podrás

hacerle frente.

Recuerdo lo vivido esta tarde, el terror que sentí. Si Derek piensa que no usar mi magia, me pone en peligro, debo hacer algo para remediarlo, no quiero revivir

lo ocurrió. Acepto, aun sabiendo que estoy haciendo daño a mis seres queridos. Espero que, pase lo pase, me acepten sin más. Es hora de que ponga en práctica mi

don y deje de ignorar lo que soy.

—Está bien. Enséñame a usar mi magia.

—¿Solo la magia? —Derek me agarra en un rápido movimiento y me acerca a él. Sus manos me queman en mi cintura. La fina camiseta no es suficiente para no

sentir su calor. Mi corazón da un vuelco.

—Súeltamente, Derek —me sonrío con picardía y me acerca más a él. ¿A que está jugando?

—¿Estas segura? —Acerca sus labios a escasos centímetros de los míos y los deja suspendidos sin rozarme, obligándome a anhelar poder sentirlos.

Embriagándome con su aroma. Deseando que me bese más que nada en el mundo, pero él espera que le suplique y no pienso rogarle un beso.

—Por supuesto —miento—. ¿Por qué iba a querer que me enseñaras a besar? Ya tengo a alguien que puede hacerlo muy bien —Derek se ríe y me suelta.

—Cierto muchacha, pero dista mucho de poder enseñarte algo ese palurdo destenido. Me atrevo a afirmar que solo te ha dado besos castos y nunca te ha

acariciado hasta hacerte arder —abro la boca para hablar pero Derek me pone un dedo sobre los labios

—Bien, ya que no quieres que te enseñe otras cosas... —bufó y Derek sonrío más ampliamente. El muy desgraciado está disfrutando con todo esto y he

acabado por olvidar lo que ha sucedido esta tarde. Me siento más relajada. Me pregunto si lo habrá hecho a propósito—. Primero debes aprender a protegerte

mejor la mente, porque lo que has hecho conmigo no es suficiente. Voy a tratar de meterme en tu mente —Asiento y noto una sensación ya conocida, Derek—. Tu

protección es muy débil. Además tienes los sentimientos al alcance de todos porque no paras de pensar en ellos. Lo que estás viviendo te hace más vulnerable a los

demás.

—¿Has visto algo? —Me da vergüenza que sepa que me gusta estar a su lado y lo que empiezo a sentir por él.

—No sabía que te importara tanto, muchacha —el muy cretino sonrío y yo me enfado.

—Serás... ¡No tienes ningún derecho a hurgar en mis sentimientos!

—No lo he hecho, pero acabas de confirmarme que lo que he dicho es cierto —me giro y miro el lago.

—Bueno, empecemos con esto. No me gusta perder el tiempo.

—¿Tanto te cuesta reconocer que me encuentras sumamente irresistible? —Bufo y me giro. Derek se ríe a mi espalda y, poco a poco, se acerca a mí—. Bien,

ahora que ya te has relajado y has olvidado, momentáneamente, el suceso de esta tarde, comencemos —noto sus manos en mis hombros—. Ahora, relájate y cierra

los ojos.

Es muy fácil decirlo, pero me cuesta mucho concentrarme con las manos de Derek en rozándome y con su mera presencia... Su cercanía me perturba y solo

puedo pensar en él. Hago el intento de pensar solo en mi magia.

—Tienes que sentir la magia que hay en tu interior y dejar que fluya a través de tu cuerpo —no puedo. El corazón me late desbocado, pero no es por este

ejercicio, es por Derek y no siento la magia de mi interior. Solo puedo apreciar lo que estoy sintiendo cada día por él. ¡Dichoso *principito*!—. Vamos, muchacha.

No es tan difícil.

—Tampoco creo que lo sea para ti decir mi nombre —se ríe.

—Vamos, céntrate en la magia, Evelyn —susurra. Cierro los ojos y trato de hacer lo que me dice—. Siente cómo es parte de ti, cómo late con fuerza en tu

interior deseando salir —lentamente dejo de sentir a Derek—. Ahora, percibe lo que te rodea, lo que reside en esta casa, en las paredes, en el agua, en el suelo.

Hazla parte de ti. Únela a la tuya.

Empiezo a sentir la magia de lo que me rodea y me desconcierta. La noto latir hacia mí. La fuerza del ambiente me golpea: percibo el agua como si estuviera

sumergida en ella, las rocas cómo si las estuviera tocando, el suelo cómo si vibrara bajo mis pies. Es una sensación magnífica. Siento deseos de abrazar lo que me

produce la magia y no dejarla ir nunca.

Mi mente viaja al día en que descubrí que tenía poderes y el recuerdo de diez años atrás, la luz azulada que salía de mis manos y el regreso a la vida de la flor.

Aún recuerdo la euforia y lo bien que me sentí en ese instante. Recuerdo el grito de horror de mi abuela y cómo al día siguiente me mandó al internado para

señoritas. No puedo olvidar ese momento...

Me aparto de Derek y abro los ojos rompiendo todo contacto con la magia.

Mi desesperación, mi miedo por defraudar a mis abuelos y lo que estoy empezando a sentir por Derek, hacen que mi magia se concentre en mis manos y me

siento explotar. Siento como me lleno de energía, pero como está fuera de control.

Quiero gritar, quiero aceptar la magia, pero... ¡¡no puedo!!

Respiro agitada y noto como toda esa energía que sentía sale de mí y creo que es una liberación hasta que Derek se acerca a mí y suelta una maldición antes

de ponerse ante mí.

Abro los ojos y lo observo impactada, por lo que acaba de pasar. Ha creado un escudo mágico para contener una bola de energía azulada que venía hacia

nosotros. Sé que es mía y que cuando creí que me sentía liberada, esta salió disparada para chocar contra la pared de la cueva y rebotar hacia nosotros.

¿Qué he hecho? Derek no tarda en hacerla desaparecer y la magia que aún queda cerca, sale despedida, ya con menos fuerza por la cueva, haciendo que se tiña

de un precioso tono azulado.

—No puedo hacerlo, no puedo controlar mi magia —Derek se acerca a mí y noto sus cálidos dedos acariciar mis mejillas—. No puedo hacerlo...

Tomo aire y trato de ser fuerte, de entender que esto es por mí bien, pero me aterra lo desconocido, me asusta defraudar a los míos.

—Ya es hora de que dejes atrás el pasado. Un increíble presente te aguarda y puedes hacer de él tu futuro, te lo digo por experiencia. Mirar hacia el pasado

solo trae problemas —he sentido su dolor al hablar—. Es hora de mirar al presente.

—¿Lo harás tú? —No puedo evitar preguntarle.

En sus labios se dibuja una amarga sonrisa.

—Es un poco difícil mirar al futuro cuando mi destino será volver al pasado. ¿No crees?

La frase se me clava como una espada pesada en el corazón, me duele recordar que se irá para siempre. Siento cómo una lágrima silenciosa recorre mis mejillas y

como Derek sigue este camino con sus dedos. Antes no me permitía llorar nunca, al menos no en público. No es la primera vez que Derek ve esta muestra de

debilidad en mí.

Sería mucho más fácil reprimirlas si viera un gesto de censura en su mirada, pero no lo hay, más bien al contrario. Trato de reprimir mi dolor. De no dejar que

su partida me duela tanto, pero no lo consigo. El mero pensamiento de no verlo más me deja devastada y noto como una nueva lágrima se une a la anterior.

—¡Eh, mu... Evelyn, deja de llorar! Al final tendré que acabar pensando que esas lágrimas las derramas por mí —sonríe. No lo dice en serio, pero yo sé que

ha acertado de lleno. Esas lágrimas son por él, no puedo soportar perderlo.

—No me importas tanto y solo son un par de lágrimas, ni se le puede considerar llorar —cierro los ojos y los aprieto con fuerza para evitar que salgan nuevas

y lo logro—. Además, esto es por lo que me produce hacer magia —miento pues necesito proteger mi corazón.

—Es importante, Evelyn —dice muy serio—. Es por tu seguridad. Me quedo más tranquilo si sé que ese desgraciado no va a meterse en tu mente otra vez.

Además, ya has visto una parte del poder que habita en ti, ahora solo tienes que tratar de controlarlo, sé que puedes hacerlo.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, pero no es por las palabras de Derek, sino por las que no ha pronunciado, por lo que no ha dicho pero que ha estado

presente en cada palabra. Algo muy peligroso se esconde tras quien me atacó esta tarde. ¿De verdad puedo lograrlo? Lo observo y veo en sus ojos la seguridad que

me falta para convencerme.

—Está bien. Probemos de nuevo.

Derek se pone delante de mí, me mira fijamente y yo no aparto la mirada de él. Empieza a hablar y a decirme lo que ha dicho antes. Poco a poco mis ojos se

cierran y me veo presa de un mundo nuevo para mí y que ha estado siempre a mi alcance. Me siento unida con lo que me rodea y noto cómo la magia late con

fuerza en mi cuerpo. Me recorre de nuevo, pero ahora que no estoy muy asustada, quiero sentirla. Noto la grandeza de este *don*, me siento libre, completa. Es

maravilloso.

—¡Lo he conseguido! —Exclamo al ver cómo mi poder ha salido despedido en forma de una gran bola de poder azul que se estalla contra la pared pero esta

vez de forma controlada. No rebota, solo se funde con el ambiente hasta desaparecer.

Es tanta la euforia que siento que no puedo contenerme y me lanzo a los brazos de Derek. Él me recoge en su fuerte pecho y me abraza. Esta unión termina

siendo mucho más profunda que eufórica.

Siento sus manos acariciarme y yo deslizo las mías por su espalda y me aferro a él. Aspiro su aroma y su fuerza. Me siento llena y ahora sé que si percibo

que estoy completa no es sólo por la magia, es por Derek. Él completa mi mundo.

Busco su mirada y cuando veo el deseo con el que me contempla se me seca la boca. Tiemblo, esta vez por lo que me produce su mirada, y me veo incapaz de

apartarme cuando veo que sus labios acortan la distancia que los separan de los míos. Y aunque estaba preparada para este beso, cuando lo hace, me siento

desbordada por todo lo que siento.

Me besa de manera tierna deleitándose con mis labios. Siento como me da un pequeño mordisco, tan leve que solo hace que aumentar mi placer. Le devuelvo

el beso presa de esta ternura que nos envuelve. Acaricio con mis labios los suyos y cuando lo hago con mi lengua Derek gime antes de detener el beso.

—Vamos, muchacha, es tarde y mañana tengo que dar clase a una panda de críos —se separa de mí y se aleja un poco. Yo no digo nada, aún estoy tratando de

asimilar el descubrimiento del día.

—Esos críos son de mi edad —lo miro tratando de parecer enfadada y no turbada por lo que ha pasado hace un momento.

—Será mejor que te vayas a dormir.

Lo miro, me da rabia que me ordene que me vaya pero Dani aparecer en mi mente junto al beso de Derek y nuestro íntimo abrazo, hacen que me sienta fatal

por lo que me está sucediendo. Así que me voy hacia la salida de la caverna pero antes de irme del todo me giro para dejar claro que no lo hago por él.

—Me voy porque quiero. Tú no me das órdenes.

Derek sonríe de medio lado y mis ojos van hacia sus labios un segundo. El recuerdo de sus besos es suficiente para encenderme la piel. Aparto la mirada

enfada por mi reaccionar y me marcho.

¿Porque con Dani nunca he sentido esto? ¿Qué hubiera pasado si nunca hubiera podido comparar sus abrazos con los de Derek? *«Hubiera seguido creyendo*

que todo era perfecto...» Y ahora sé que mi relación nunca lo fue. Un día deberé tomar decisiones.

Evelyn

Me levanto nerviosa y cansada. No he podido dormir bien, no paraba de pensar en la magia y de sentirla más latente que nunca en mi ser. He defraudado a mis

abuelos, las personas que me lo dieron todo, que hicieron un hueco en sus vidas para mí cuando mis padres decidieron darme en adopción. ¿Qué habría sido de mí

sin ellos? Les debo la vida y, ahora mismo, no estarían muy orgullosos si me vieran.

Aunque es obvio que por más culpable que me sienta, no puedo seguir negando la magia de mi interior. Ahora que la he aceptado, siento que forma parte de

mí más que nunca. Aunque, no solo ha sido lo único que me ha quitado el sueño, también el pensar en Derek y en Dani. Me duele todo esto. Todo lo que siento sin

poder contenerme. Me duele saber que debo dejar a Dani, pues con él nunca he conocido ni conoceré el amor. Solo estoy con él para agradar a mis abuelos, una vez

más, es realmente espantoso hacer algo así. Debo hablar con Dani. Lo aprecio como amigo, pero nunca he sentido por él nada tan vivo. Aunque nunca conseguiré

estar con Derek. ¡Nos separan quinientos años!

Por si no tuviera suficientes problemas, hoy empiezan mis clases de magia. Odio las clases. Me traen demasiados recuerdos del internado. Pero debo ir, los

miedos sólo se superan afrontándolos. Además, ¡esto no será como el internado! La universidad no puede ser tan mala. Y no tengo porque seguir estudiando aquí.

Cuando decida seguir mi camino, me convalidaran las asignaturas para estudiar la carrera que elija que es lo que ha hecho mucha gente de este lugar cuando se han

ido a ampliar sus conocimientos.

Tras darme una ducha y arreglarme para mi primer día, bajo hacia la cocina para tomar algo. Estoy llegando y, siento cómo mi corazón late desbocado por la

idea de poder encontrarme con Derek, no puedo evitarlo. Anoche pasó algo entre nosotros tras ese tierno beso, era mucho más que deseo. Se dijeron muchas cosas

en ese beso, o quizá solo las dije yo. Ahora no sé muy bien cómo mirarlo. ¿Y si lo que estoy empezando a sentir no es recíproco? Esto que me pasa, no es algo

solo mío. Quiero creer que le importo al menos un poco. No sé qué haría si descubro que solo soy el entretenimiento de un príncipe cuando yo nunca he actuado

así con nadie, ni tan siquiera con quien se supone que debo hacerlo.

Tomo aire y decido no darle más vueltas. Al entrar, únicamente encuentro a la cocinera y me invaden el alivio y la desilusión.

—Buenos días, joven. ¿Qué quiere para desayunar?

—No tengo mucha hambre, prefiero comer luego. Más tarde.

—El desayuno es la comida más importante del día. Ven, te prepararé algo suave, algo bueno para los nervios —la mujer sonríe.

—¿Te has metido en mi mente?

—No, solo te he visto la cara. Estás blanca, muchacha. Solo es la universidad, disfruta de ello.

Me siento a la mesa mientras me prepara el desayuno. La verdad es que la mujer me cae muy bien, al igual que su marido, el jardinero. Desde que volví, alguna

vez me he sentado en uno de los bancos del patio y me he quedado allí viéndolo trabajar.

Siempre me ha llamado la atención el cuidado de las plantas. Cuando era niña solía hablar con el jardinero de casa de mis abuelos, era un joven unos diez años

mayor que yo. Por aquel entonces tenía unos once, pero como me desarrollé a una edad muy temprana, parecía mucho más mayor. Iba con él por las tardes y lo

ayudaba con el cuidado y cultivo de las plantas. No hacía nada malo, pero las chismosas de las sirvientas le dijeron a mi abuela que el jardinero tenía intenciones

indecentes conmigo. Lo despidieron y a mí se me prohibió, por mi bien, como ellos alegaron, seguir realizando dichas tareas.

Estoy nerviosa, así que me termino pronto la tostada de jamón y la manzanilla y salgo hacia las clases. Al llegar a la facultad, observo a mi alrededor, la zona a

la que fui para matricularme, es más pequeña y hay menos pabellones. Pero salvo eso lo demás es igual. Si ignoro la magia que reina el ambiente es igual a cualquier

centro normal. Me encuentro a Ana nada más entrar, que me llama feliz porque esté aquí.

—Vaya, casi no llegas, eres una tardona —su mochila va tras ella, atada a su espalda con un lazo hecho por magia azul brillante—. ¿Qué tal el primer día?

—Cuando empiece, te lo diré.

Ana se ríe y me lleva del brazo a donde están las taquillas. Me tiende una llave y abro la puerta que está al lado suyo para guardar mis cosas y solo coger lo

necesario. Entramos a clase, todos están fuera de su sitio hablando, o mejor dicho chillando.

—La primera clase es con Rita. No te va a caer bien. Yo no la soporto.

Nos sentamos en primera fila y los libros de Ana se posan en el suelo cerca de ella. La luz azulada que los rodea se va evaporando lentamente, así como las de

mis nuevos compañeros. Trato de no quedarme con la boca abierta pero es todo nuevo para mí, dudo que lo haya conseguido. Dejo mis cosas en la mesa y abro la

libreta. De repente siento el móvil vibrar en mi bolsillo. Lo saco y veo de quien se trata. Me recorre un escalofrío y no de placer.

—Dani, ahora no puedo hablar. Te llamo luego —siento como me invade la culpa tras responder de ese modo su llamada.

—Vaya, ahora eres tú la que está ocupada —dice molesto—. Es importante.

—Otras veces también ha sido importante para mí y no tenías tiempo —no he podido callarme. Me doy cuenta de la cantidad de cosas que he sentido y

nunca he dicho porque creía que era lo que debía hacer.

—No es lo mismo — *«Claro que lo es»*, pienso—. Tengo que hablar contigo de algo muy importante.

—Yo también —sé que es cierto. Debo acabar de una vez por todas con esta farsa, tengo que dejarlo, porque no siento nada más que obligación hacia él.

—Esta tarde tengo un hueco entre las cinco y media y las seis. Si puedes, y no estás muy ocupada, te espero en la cafetería de la empresa.

—Si puedo, iré.

—Estas cambiando mucho Evelyn y eso no me gusta nada.

Cuelgo y miro el móvil.

—¡Imbécil! —Ana me mira mientras guardo el móvil—. Ahora mismo no tengo ganas de hablar de él.

Me responde con un gesto cariñoso con la mano en el brazo. Agradezco que no pregunte, porque no sé qué decir. Nunca le había hablado así a Dani y la cosa

es que me siento bien por no haberme callado. No es agradable darse cuenta de que llevo toda la vida siendo una marioneta, y que no he sido consciente hasta

ahora...

—Hola a todos —tras una intensa luz azul, la pizarra se rompe y cae al suelo, aparece una joven, de unos veintitantos años sonriente—. Crear ilusiones

puede ser muy importante para un mago. Mientras mostramos lo que los demás quieren ver, podemos escapar de nuestros enemigos —dice con una amplia

sonrisa. De repente la pizarra y todo lo demás vuelven a estar como antes—. Bien, con esto comenzamos la clase de hoy.

La lección es sobre cómo crear ilusiones. ¡Es realmente sorprendente! Cuando termina la clase me doy cuenta, por el dolor de mi mano y la tensión en mi

brazo, de que me he pasado toda la hora apretando el puño bajo la mesa. Creo que me va a costar mucho

adaptarme a las clases. Nunca imaginé que el primer día de universidad fuera así.

Las siguientes horas pasan deprisa o eso creo. Yo sigo igual de perdida que al principio y parece ser que soy la única, todos mis compañeros hacen

comentarios sabiendo de lo que habla el profesor y usan la magia con tanta facilidad que no puedo dejar de sentir envidia. Está claro que ellos llevan toda la vida

practicando. Lo mejor son las clases de asignaturas básicas donde no hay magia y en ellas si me manejo mejor y me recuerda más a todo lo que conozco. No he

visto a Derek en todo el día pero solo queda una hora de clase y es la suya.

¿De qué hablaré? Y, ¿cómo puedo hacer que mi corazón deje de latir tan fuerte? *«Vaya suerte la mía. Sentirme atraída por alguien que me saca más de mis*

casillas» Me cuesta reconocerlo o darle un nombre a lo que siento, además no sirve para nada. Él no pertenece a este siglo y yo no pertenezco al suyo, estamos

destinados a separarnos por el peso del tiempo.

No puedo darle un nombre a lo que me hace sentir, simple y llanamente porque temo no poder alejarme de él. Lo bueno es que solo debo mirar su forma de

vestir para recordar que no pertenece a este siglo Es una señal constante de lo lejos que en realidad estamos. Era más feliz cuando no sabía qué se podía sentir algo

así por alguien, era más feliz cuando él no estaba aquí... *«A quién voy a engañar. Nunca había sido más feliz que a su lado.»*

—Bueno, cada uno a su sitio y prestad atención a todo lo que diga porque no pienso repetir nada. Si alguien se queda con dudas, es su problema, no el mío.

Me tiempo es muy valioso como para perderlo aquí.

La voz de Derek me sobresalta y alzo la vista para mirarlo sintiendo como las mariposas de mi estómago aletean con fuerza ante la perspectiva de verlo.

Cuando lo hago, no estoy preparada para lo que veo y mi corazón tampoco, porque de pronto late desbocado en mi pecho. Derek se ha vestido como todo joven

del siglo XXI y ahora se me hace aún más difícil recordar que pertenecemos a épocas distintas. Lleva un vaquero oscuro y un jersey de cuello vuelto de color

blanco que acentúa su fornido pecho. Está increíble. Su pelo, ahora más corto, cae por el cuello del jersey despeinado y su piel bronceada se ve aún más acentuada

por el jersey. Por los suspiros que se escuchan en la sala, sé que no soy la única que se ha quedado embobada al verlo.

¿Por qué lo ha hecho? ¿Es que su meta es hacerme enloquecer? ¿Qué se supone que debo de hacer ahora para

recordar que no puedo sentir nada por él? Derek

mira a la clase y antes de apoyarse en la mesa, clava sus increíbles ojos en mí.

Rectifico: ¡quiere matarme! Hacerme enloquecer sería poco. Tomo aire, ahora mismo no sé qué más hacer para serenarme.

Se sienta tras la mesa y empieza con la clase. Trato de no quedarme boba mirándolo, por eso lo ignoro todo lo que puedo. Nunca he sentido esta atracción por

nadie, este deseo constante de estar cerca de una persona, de ansiar aunque solo sea su mera presencia. Un deseo que me consume y me hace anhelar que nuestras

distancias se acorten y nos fundamos una vez más en un abrazo... nunca lo he sentido... ¡Nunca he estado enamorada hasta ahora!

Casi me levanto de la silla de la impresión. No puedo callar más lo que siento. No puedo seguir haciéndome la tonta, cuando cada poro de mi piel sabe que me

muerdo por sus huesos. Esto es horrible. No debería sentir esto. Ahora lo mejor es evitar que él lo descubra.

Alzo la vista y como si supiera que lo estoy mirando, entrelaza su mirada con la mía un segundo antes de seguir con lo que está diciendo. Es solo un segundo

pero siento como me sonrojo y me doy cuenta de que esconder lo que me perturba es imposible. Por eso creo que lo mejor es no mirarle en lo que resta de clase, al

menos hasta que yo descubra como ocultar lo que siento por él.

Termina la clase y recojo mis cosas. No he mirado a Derek pero he visto su mano posarse más de una vez en mi mesa y se ha parado varias veces delante mío

mientras hablaba. No me siento con fuerzas para mirarlo a los ojos, no cuando acabo de descubrir que estoy enamorada de él y no sé cómo esconderlo. Necesito

más tiempo.

Mi móvil vuelve a estar vibrando. Al mirar la pantalla veo que es Dani. ¿Qué querrá?

—Hola, Dani —estoy deseando decirle que se acabó. No puedo seguir con esta mentira más tiempo.

—Hola, Evelyn —su tono de voz es formal, no hay cariño—. Te llamo para cancelar la cita de esta tarde, no va a poder ser. La dejamos para mañana a la

misma hora, ¿vale?

Me está hablando como a uno sus trabajadores. Nunca antes había notado esta indiferencia y formalidad. Tal vez, porque la veía normal, o quizá porque no

había conocido a nadie que me hiciera pensar que hay algo más.

—Lo que quieras, pero no puedo retrasar mucho lo que te quiero decir.

—Solamente es un día, Evelyn, el trabajo es muy importante. Debes entender que...

—Lo entiendo perfectamente. Mañana a las cinco y media.

Se despidió con un frío «Adiós», de la misma forma que lo ha hecho siempre y cuelga. Me quedo mirando el teléfono. ¿Qué clase de vida he llevado que me

conformaba con las migajas que les sobraban? ¿Por qué las personas somos capaces de conformarnos en vez de luchar por lo que de verdad queremos? No tengo ni

idea, pero hasta aquí. No pienso conformarme más.

—¿Te vas a quedar aquí todo el día?

Derek está mirándome, apoyado en la mesa del profesor, y, por lo que parece, lleva bastante rato allí. Escuchando mi conversación.

—No —me levanto y lo miro a los ojos sin poder mantenerle del todo su intensa mirada.

—No sé cómo soportas al lechoso.

—Pues si no lo sabes, no voy a perder el tiempo explicándotelo.

—No estaría mal. Así te enseñaría por qué cuando alguien explica algo, la gente debe mirarle a la cara y atender —me sonrojo.

—No me apetecía. Además, así evitamos que se te suban los humos. ¿No crees?

—Pues siento decirte que no te queda más remedio que vérmela hoy un poco más. Vamos —dice riéndose.

—¿Dónde?

—Tú sígueme, muchacha. Qué más te da dónde sea, no tienes nada mejor que hacer. El blanquito ha cancelado la cita —lo miro seria—. Fíate un poco de mí.

Derek sonríe pícaramente y, aunque sé que esto es una mala idea, camino hacia él con aire despreocupado, fingiendo que lo mismo da ir que no, mientras que

por dentro un sinfín de mariposas revolotean en mi estómago sin descanso.

Derek

Evelyn camina a mi lado. Está rara y seria. No sé qué habrá hablado con el estúpido del lechoso pero ya me empieza a cansar este tipo. No se la merece. No sé

cómo pierde el tiempo con él y me molesta mucho que esté mal por ese imbécil.

No son celos ni nada de eso, pero le he cogido cariño desde que estoy aquí y me duele lo que ese estúpido destenido le hace. Ahora anda cabizbaja y en clase

dejó de mirarme después de los primeros quince minutos. Ha pasado casi toda la hora metida en sus pensamientos y por más que he intentado llamar su atención,

no se ha percatado. ¿Qué le preocupará? ¿Será por la magia? Ayer parecía contenta, feliz con sus poderes.

—¿No me vas a decir a dónde vamos?

—No, pero te aseguro que lo pasarás bien —odio esa severidad en su mirada—. Además, seguro que en el fondo estás contenta de venir conmigo. Reconócelo,

Evelyn, te mueres por mis huesos.

Evelyn bufa pero sus ojos no dejan de estar teñidos de ese dolor que hace que parezcan más oscuros.

—Eres el último hombre de la tierra que encontraría irresistible. ¿No será que es al revés?

Finjo no tomarme en broma su comentario pero un sinfín de preguntas despiertan de nuevo en mí. ¿Será cierto? Maldita muchacha. Ojalá no deseara tanto

estar a su lado, sería más fácil si cada uno le fuera indiferente el otro.

—Sí, y por si aún no lo sabes, ahora mismo te iba a llevar a mi habitación a demostrarte lo irresistible que me pareces —Evelyn agranda los ojos y se sonroja.

Solo por eso ha merecido la pena—. Anda, no te hagas ilusiones, muchacha, que no es allí a dónde vamos. Pero si lo deseas...

—¡Ni en sueños! ¿A dónde vamos, Derek? Y más vale que me lo digas, si quieres que siga andando.

—Vale.

Me acerco a ella y se aleja un poco de mí, pero no va muy lejos antes de que la alce y termine lo que queda de trayecto hasta mi coche con ella en brazos. No

cambia la cara en ningún momento, sigue de morros hasta el final. La dejo en el asiento de mi deportivo descapotable rojo último modelo y me mira con los ojos

como platos.

—¿No pensarías que me iba a conformar con menos? —me río.

—La verdad es que te pega. Es bonito.

M e siento ante el volante y al meter la llave en el contacto, escucho que alguien gritar mi nombre.

—Derek, he escuchado que le decías a Adrián que ibas al centro comercial —Asiento a Rita—. Era por si me podías traer unas cosas que necesito.

—Claro —me da una lista. Al hacerlo, pone su mano en mi brazo y yo lo quito disimuladamente—. Luego te los traigo.

—Gracias —me sonrío tiernamente y se aleja.

Dejo la nota en la guantera y miro a Evelyn. Tiene el morro torcido mientras mira a mi compañera. ¿Está celosa?

—Es muy guapa la profesora.

—Sí, si te gustan las chicas que en vez de vivir la vida viven inventándola — *«está celosa»*. Sonrío y eso provoca que Evelyn frunza más el ceño. Es una

estupidez, pero me gusta saber que está celosa, que no le soy tan indiferente como quiere aparentar. No es que sea de los que alimentan su ego, pero hace tiempo

que dejé de intentar dar explicaciones a lo que simplemente no la tiene. No puedo luchar contra corriente. Por más que trate de ignorarla u olvidarme de su

existencia, sé que cuando se marchó, la eché de menos. Simplemente no puedo controlarlo y, o lo acepto, o acabaré inundando el pueblo por culpa de las tormentas

que provocan mis enfrentados sentimientos. Debería ser capaz de dar marcha atrás, pero no puedo—. Entonces, ¿vamos al centro comercial? —asiento mientras

conduzco—. Nunca he ido a uno —reconoce avergonzada.

—Yo tampoco —digo encogiéndome de hombros, al oírlo sonrío y se relaja un poco, pero sé que algo le preocupa.

Disfruto con cada acelerón que doy. M e gusta sentir el aire en la cara y la sensación de ir más rápido que el mismo viento. M e siento libre y dueño del mundo.

¡Puedo ir dónde quiera en pocas horas! Cambio de marcha y miro a Evelyn de reojo. Está tratando de ponerse el pelo detrás de las orejas, cosa que es bastante

difícil a esta velocidad. Con el sol del mediodía, su pelo parece más claro. Brilla con luz propia e incluso el sol le roba algunos reflejos rojizos. Es fascinante. Sonrío

por sus intentos fracasados de domar su pelo. Es preciosa. Incluso cuando se enfada o tiene el entrecejo fruncido como ahora.

Nunca antes había conocido a nadie como ella. Recuerdo que la primera vez que vi sus ojos a la luz del día me parecieron dos inmensos soles y me resultó

irónico pensar que la persona que había acabado abriendo la puerta tuviera los ojos del mismo color de algo que había añorado tanto.

—Siempre he querido ir a un centro comercial —grita Evelyn por el ruido del coche y del viento—. Así no se puede hablar.

Dirijo el coche hacia el arcén para detenerme y le doy al botón de la capota. Al poco el coche está totalmente cerrado.

—Nunca es tarde.

—O eso dicen.

—¿Qué te preocupa? —le pregunto sin saber por qué.

—Cosas mías... —se muestra distante, como si quisiera marcar las distancias—. Voy a dejar a Dani —admite y ante esta noticia me siento... ¿Feliz? Aunque

soy muy consciente de que no puedo luchar contra lo que siento, es algo muy distinto tener la esperanza de creer que podemos unir el pasado con el futuro y hacer

de este un presente—. Pero no sé cómo hacerlo.

—Solamente debes decírselo, sin más. No creo que él te quiera, que sienta que sin ti lo pierde todo.

—No creo que nadie pueda ser capaz de sentir algo así por mí —su voz transmite tristeza y me gustaría decirle que sí que habrá alguien, pero no creo en el

amor y no quiero mentirle. A ella no.

—El tiempo lo dirá —concluyo, pues es lo más parecido a la realidad. Únicamente el tiempo sabe la respuesta.

—Gracias por escucharme —no me gusta que me dé las gracias. Me hace sentir incómodo.

—De nada.

—Pese a saber que dejarlo es lo que deseo, temo estar precipitándome —Toma aire—. Nunca lo he querido, ahora lo sé, pero he estado casi un año con él. Se

me hace raro pensar que en todo este tiempo solo hice lo que se me pidió. En ocasiones tengo la sensación de que he estado viviendo la vida de otra persona. Estoy

perdida, no sé si estoy equivocándome, si por fin he despertado o si ya lo estaba antes. ¡Que royo te estoy soltando! —sonríe algo avergonzada por haber hablado

en voz alta acerca de sus pensamientos y no puedo hacer nada más que devolverle la sonrisa.

—Creo que estas tomando la decisión correcta, pero lo desconocido siempre da miedo.

—No eres el primero que me lo dice, pero sé que es el camino acertado. Solo que tengo miedo. Llevo dieciocho años viviendo esta vida, no es fácil aceptar que

es ahora cuando de verdad empiezo a vivirla.

—Te comprendo. Todo saldrá bien.

Nos quedamos en silencio y temo haberle mentido, porque aunque mi deseo es que todo le salga bien, la realidad puede ser bien distinta. Yo mejor que nadie

sé de los reveses que es capaz de darte el destino, cuando menos te lo esperas.

Por el parabrisas observo como llegamos a una ciudad moderna que deja atrás nuestro pueblo anclado en el tiempo y donde no parece que de verdad haya

aparecido en el futuro.

Las calles están transitadas por todo tipo de personas con personalidades y maneras de vestir diferentes, pero nadie viste con ropa de mi tiempo. La gente

evoluciona a la vez que los edificios y su entorno, tiene la capacidad de adaptarse a las modas sin preguntarse siquiera si realmente es lo que les gusta vestir.

Prefiero el reino mágico, allí todos deciden si quieren ir por la vida o que la vida les pase por encima. La época y el que algo este pasado de moda solo depende

de cada uno. Pasamos una gran avenida y miro asombrado los semáforos y las calles llenas de coches y atascos. Trato de mirarlo muy detenidamente para no

perder el control del vehículo, todo es tan nuevo... Cuando viví bajo el mandato de Jafet, viajamos por todo el mundo, de un puerto a otro, de una ciudad a otra, y

si me llegan a decir por aquella época que quinientos años después esos amplios y puros bosques acabarían siendo estas modernas ciudades no me lo hubiera

creído.

Tras seguir las indicaciones de Evelyn, llegamos a un amplio centro comercial. Lo había visto en alguno de los espejos pero su grandiosidad me impresiona y

me deja sin palabras. Tiene un amplio cartel luminoso en el centro de su rectangular estructura y el aparcamiento está lleno, tanto de coches como de personas y el

interior estará igual de colapsado.

Bajo al parking subterráneo y al detener el coche Evelyn se dirige hasta la puerta corredera. Observo todo con detenimiento, apreciando el poco espacio que

hay entre un coche y otro y por un instante dudo que mi coche salga intacto de aquí. ¡Hay demasiado poco espacio! En mi época se tenía más respeto por los

caballos y todo por ahorrar espacio. Cierro el coche y lo observo una vez más, preocupado, antes de girarme y contemplar a Evy que está parada delante de la

puerta.

—Acabas de demostrar lo bien que te estás adaptando al este siglo —Evelyn sonríe—. Nunca comprenderé por qué los hombres tenéis tanto amor a un coche.

No le pasará nada.

—Yo no estoy preocupado por ese trasto —me defiendo pero ambos sabemos que miento.

Entramos y Evelyn lo mira todo mucho más ilusionada que yo.

—Es increíble. Siempre he querido venir, pero...

Me mira y por cómo lo hace, me quedo parado. Sus ojos dorados brillan con intensidad porque su sonrisa los alcanza. Su cara rebosa felicidad y emoción. Me

mira ilusionada y sé que sería capaz de todo por esa sonrisa. Me doy cuenta de que daría lo que fuera para evitar que su rostro reflejase dolor.

Hoy está preciosa, como siempre, pero sí es cierto que cada día que pasa, al mirarla, la encuentro más bella. El pelo le cae suelto algo despeinado por el viaje y

las mejillas las tiene sonrojadas. Sus labios parecen más rojos y deseables que nunca. Me centro en sus ojos, en la forma que tiene de mirarme y me siento perdido

en ellos y en lo que me transmiten. Por un segundo al ver su ilusión ante lo nuevo, me veo observándome a mí mismo; para ella todo esto es tan nuevo como para mí

y eso me hace sentirme menos raro y más parte de esta época.

Es increíble que nunca haya venido. Que para ella, su propio siglo sea tan desconocido como para mí. Porque ya me he fijado que su móvil no es como el de

otras personas, es un trasto enorme y viejo.

—Vamos —Evelyn empieza a andar un poco delante de mí y mis ojos van hacia sus curvas.

—¿Vienes? —Me sonrío ajena a lo que acaba de pasar por mi cabeza y en cómo sin querer la devoro con mi mirada. Pues es complicado no fijarme en como el

pantalón oscuro que lleva y la camiseta se ajusta a sus tentadoras curvas. Cada vez es más difícil olvidar este palpitante deseo que crece en mí con tan solo un roce

de su mano.

Me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos de manera natural. Al ver que no me muevo me mira extrañada. Ella no sabe que este gesto no se lo

permitiría a nadie; con ella mis pesadillas no me devoran, las calma. Sonrío para aliviar la tensión y me centro en lo que me rodea.

Observo todo lo que nos rodea. Las escaleras mecánicas llaman mi atención y cuando subimos en ellas, me sorprende que esté creada sin magia. Observo el

bullicio de gente a mí alrededor, los ruidos, las luces y los comercios, uno cerca del otro.

La gente anda con prisas. Todo cómodo y fácil. Las personas de este tiempo hacen lo posible por no tener que molestarse demasiado. Seguimos andando y

venimos a una tienda de móviles. Nos acercamos al escaparate. Siempre me ha fascinado la tecnología y aunque no conozco mucha gente, no está demás tener uno y poder investigarlo.

—Tu móvil no es muy moderno —afirmo a Evelyn.

—No —dice sacando el aparato del bolsillo de su chaqueta. Lo cojo y veo que aparte de viejo está roto por algunos lugares, incluso en la pantalla—. Lo uso

de despertador y alguna vez se me cae al suelo, ya está muy viejo. Mi abuela consideraba que el móvil es un gasto tonto y ahora que tengo dinero, no he tenido

tiempo de ir a comprarme otro. Una vez más anteponiendo lo que ella desearía primero —se lo devuelvo y entramos a una de las tres tiendas—. ¿Qué haces?

Ahora no llevo tanto dinero.

Miro las estanterías iluminadas, mostrando los diferentes modelos de móviles. Todos me parecen iguales, pero intuyo que en cuando empiece a utilizarlo,

podré apreciar mejor las diferencias. Se acerca una dependienta y me mira muy sonriente.

—¿Qué desean?

—Quería dos móviles, los mejores que tenga.

A la dependienta se le encienden los ojos. Sonrío, «*Que fácil es comprar a algunas personas...*»

—Bien, síganme.

—Derek, no tengo...

Evelyn calla cuando la dependienta nos empieza a mostrar los dispositivos que tiene. La joven nos enseña varios y yo me decido por uno que tiene hasta

cámara incorporada. Es alucinante esto de las nuevas tecnologías. En mi época todo esto era impensable. Cómo cambian los tiempos y lo impensable se hace

posible.

—Yo no quiero ninguno. Gracias.

—Pon dos como éste.

La joven se va y Evelyn me mira furiosa.

—¿Para qué quieres dos móviles?

—Uno es para ti.

—Eso sí que no. No...

—Tu móvil está para tirarlo y, además, no habrás olvidado que soy un príncipe.

—Ah, claro. Se me olvidaba que a su alteza real le sobra el dinero —sonríó.

La dependienta regresa con los móviles y tras pedirle una tarjeta para usar el mío, los pago. Por suerte el banquero del pueblo me abrió una cuenta y me ayudó

a vender parte del oro y las monedas antiguas y que de esta forma no tuviera problemas para gastar mi dinero.

—Bueno, ahora vayamos a comer una de esas hamburguesas, de comida basura, ¿no? ¿Se dice así?

—Yo... Nunca...

—Pero, ¿cuál de los dos ha estado encerrado en el tiempo? Empiezo a pensar que has sido tú, muchacha.

—M e estoy dando cuenta de que, pese a haber sido libre, no he hecho muchas cosas —me duele escuchar tristeza en su voz.

—Que eso cambie depende de ti. Es tu vida y debes decidir qué tienes que hacer, qué deseas hacer. De momento ya has decidido dejar a ese destenido de

novio que tenías —Evelyn emite un bufido por lo que he dicho, sonrió—. Date tiempo.

—Poco a poco me doy cuenta, pero no es fácil —su voz suena melancólica. M e detengo y, para borrar su tristeza, hago algo que sé que le va a molestar, pero

que yo deseo hacer. M e agacho y, sin darle tiempo a apartarse o notar mis intenciones, la beso en los labios rápido, pero sin dejar que un beso con ella sea simple,

por muy corto que sea.

Sonrió para así evitar que vea lo mucho que me ha gustado y la miro de forma impersonal, como si lo que acabara de hacer no me hubiera afectado en lo más

mínimo.

—Pero, ¿cómo te atreves?! ¿Qué te has creído?!

—No te hagas la estrecha, muchacha. Lo has disfrutado tanto como yo, o quizá más.

—Eso no... —me agacho y la vuelvo a besar incapaz de resistirme o de siquiera pensar qué diablos estoy haciendo. En cómo tras un nuevo beso ansío el

siguiente que le robaré—. Como lo vuelvas...

La vuelvo a besar en los labios. Este juego me está gustando mucho. M e dejo llevar sin más. Y alzo mis manos hacia su cara para acariciarle la mejilla mientras

mi boca se deleita con la suya. Cuando siento que me voy a perder del todo y que no es el sitio ni el lugar, me separo.

—Si sigues replicándome, seguiré besándote y lo estoy disfrutando, así que, si tienes algo más que decir... —la reto.

—No, vamos a comer —accede.

—Vaya, nos ha salido estrecha la muchacha.

Bufa de nuevo. No puedo evitar reír y subconscientemente mi mano acorta la distancia que la separa de la de Evy y la aferro como si fuera lo más natural del

mundo. Cuando soy consciente de la calidez que ahora abrazan mis dedos temo que Evelyn me la quite, pero para mi sorpresa, me la coge y aún acerca más, si es

posible, su pequeña mano a la mía. Creo que estoy empezando a sentir más de lo que creía. Y desde luego de lo que me gustaría para mi paz mental. Tal vez

debería no hacer este tipo de cosas en público para no exponerla al oscuro pirata, pero tengo la esperanza de que mi amenaza lo mantendrá a alejado y la dejará en

paz, pues de querer hacerla daño, conociéndole ya la hubiera atacado. Y como la toque, le haré desaparecer de este mundo sin importarme lo que eso acarree. No

pienso dejar que la utilice.

Derek

Evelyn echa dentro de la hamburguesa una bolsita entera de tomate. Da el primer mordisco y su cara de felicidad y placer me hace sonreír. ¿Por qué ha vivido

tanto tiempo privándose de algo tan sencillo como esto? Evelyn me descoloca, a veces tengo la sensación de que ella ha estado tan encerrada como yo. Tal vez por

eso me siento tan a gusto a su lado.

—Si te quedas con hambre podemos pedir más —me mira. Tiene una mancha en la comisura izquierda junto al labio. Alzo la mano y, con uno de mis dedos,

limpio el tomate, deleitándome en la suavidad de estos. Al terminar de limpiarlo, me meto el dedo con tomate en la boca, ante la atenta mirada de Evelyn. Para mi

sorpresa, se sonroja y me mira con sorpresa a los ojos—. Está demasiado bueno como para desperdiciarlo, Evelyn.

No dice nada y lo prefiero, pues no sé cómo explicar lo que acaba de ocurrir. ¿Qué estupideces estoy haciendo? Primero la beso como si no pudiera vivir sin

sentir sus labios y ahora he acabado acariciándoselos tras una tonta excusa. ¿Qué será lo siguiente? A saber, cada vez estoy más perdido en ella.

—Está buenísima —dice con la boca llena. Rompo a reír y ella también.

—Vaya modales los tuyos.

—Si mi abuela me viera comiendo así, pondría el grito en el cielo —sonríe ante su comentario pero no pasa desapercibida la tristeza que hay en sus palabras.

—Entonces es una suerte que ella no esté aquí —sonrió y Evelyn me devuelve la sonrisa mientras coge una de las patatas.

Muerdo mi hamburguesa y disfruto de la combinación de sabores. No me extraña que este tipo de comida tenga tan buena fama entre la gente. Seguimos

comiendo en silencio y, una vez dado buena cuenta de ello, voy a por unos helados.

Una vez acabados, damos un paseo por el centro comercial y compramos lo que me ha encargado Rita. Evelyn está feliz y yo me siento igual por ella. La

gente pasa por nuestro lado sin ningún tipo de miedo a que les pase algo. Antes, te atacaban por cualquier tontería. A mí mismo, me secuestraron los piratas

cuando jugaba con mis amigos.

—Que camiseta más bonita... —Evelyn se detiene y observa ilusionada una camiseta con una vaquita en el centro. Lo que recuerda a uno de sus pijamas, es

igual de ridículo.

—Empiezo a pensar que en otra vida fuiste una...

—Ni se te ocurra decir lo que estás pensando —ríe con fuerza—. Ahora salgo.

Intenta dejarme atrás pero la sigo y observo cómo coge un par de camisetas y entra a lo que me dice son unos probadores a ver cómo le quedan. No hay

mucha gente en la tienda y, aunque espero pacientemente a que salga para mostrarme cómo le quedan, al ver que no lo hace abro la cortina para picarla un poco.

Enseguida escucho el grito de Evelyn. Esta coge la cortina que yo también sujeto, para cubrirse, mientras empuja con fuerza, tratando de sacarme del probador.

Lo hace con tanto ímpetu, que se desprende de la barra y acabamos en el suelo con la cortina enredada a nuestros cuerpos. La miro sonriente, al menos hasta

que me doy cuenta de que sus labios han quedado a escasos centímetros de los míos. El silencio y las ganas de besarnos se hacen palpables. Casi puedo sentir

cómo Evelyn mira mis labios. Y por una vez deseo besarla no para picarla, ni para robarle un beso.

Quiero besarla y que ella desee besarme a su vez. Quiero conseguir acariciar su alma con mis labios y dejar que la luz que desprende se adentre en la mía tan

oscura. Por una vez deseo más que a nada en el mundo que me bese porque al igual que yo no encuentra razones para no hacerlo.

—¿Qué pasaría si acortara las distancias y te besara? —pregunto con la voz más ronca de lo que desearía.

—Llevas haciéndolo todo el día —su voz es suave y sus ojos ahora están fijos en los míos.

—No me refiero a eso, Evelyn, me refiero a un beso de verdad, uno por el cual sea incluso capaz de morir... un beso que tú desees —noto la respiración

agitada de Evelyn y entiendo que no se ha retirado como un punto a mí favor. Empiezo a acortar las distancias y a imaginar la danza que tendrán sus labios contra

los míos. Se los humedece y casi gimo ante el placer que siento al ver su rosada lengua pasarse por esos labios que me muerdo por saborear. Estoy a un suspiro de su

boca, siento su aliento acariciarme...

—¿Pero se puede saber que hacéis vosotros dos? —la voz de la dependienta nos sorprende, y Evelyn se levanta de golpe como si acabara de darse cuenta de

dónde está y que estaba a punto de hacer. Se enrolla la cortina y coge su ropa para poder cambiarse.

—Una joven algo caprichosa. Quería ver cómo le quedaban estas cortinas tan llamativas —la dependienta empieza a hablar pero saco la cartera y le tiendo un

billete.

—Que no vuelva a suceder —advierde, guardándose el dinero.

Evelyn no tarda en salir, deja las camisetas y se va sin esperarme. Me pongo a su lado y, aunque yo también estoy afectado por lo que acaba de suceder, miro

de picarla un poco más.

—Hay que ver lo mala que es la insatisfacción... ¡Pero yo tengo el remedio para ello!

—¡¡No pienso besarte más!! —me agacho y la beso rápidamente—. Serás... —la vuelvo a besar.

—¿Decías?

—Cerdo insensible y besucón.

—Sigo pensando que deberías aprender alguna palabra algo más fuerte.

—¡Cretino! ¿Te parece lo suficientemente fuerte?

—No, pero no está mal para empezar.

Me pongo a su lado, al tiempo que Evelyn bufa, y aunque espero que proteste, la tomo de la mano. Me sorprende cuando no se aparta, dejando mi mano

unida a la suya. ¡Qué muchacha más rara! Me intriga y me desespera a la vez. Nunca conocí a alguien como ella en mi época...

—¿En qué piensas? —Pregunta Evelyn—. Estabas serio... Seguro que no me importa, pero deberías decírmelo en compensación por lo de antes.

Sigue caminado soltándose de mi mano. La alcanzo y le pongo un brazo sobre los hombros. Espero que me haga quitarlo, pero no lo hace. Casi hubiera

preferido que lo hiciera, así habría dejado esta tontería que me ha poseído de querer sentirla cerca en todo momento. Me siento como un estúpido y aún más por el

hecho de no querer dejar de hacerlo.

—En mi época.

—¿La echas de menos? Claro que sí, eras un *principito*. Vivías en el castillo, con criadas y esas cosas que tanto te gustan —dice con una sonrisa burlona.

«*Si ella supiera...*» A veces pienso en contarle la verdad, y cuando me convenzo de ello me da miedo su reacción. No quiero que me rechace por lo que hice,

por lo que fui durante tantos años, porque mis actos llegaron a ganarse la aprobación y admiración de Jafet el oscuro por convertirme en un temido pirata. Tengo

miedo que ella también me vea como él y solo sepa sopesar las cosas malas que tuve que hacer para poder sobrevivir a ese infierno.

—A algunas personas sí.

—¿A las personas? ¿No a ser lo que eras?

—A las personas — «*A mis padres adoptivos*»—. Los bienes materiales se pueden reemplazar, las personas no —un dolor profundo me atraviesa al recordar

cómo se apagaba la mirada de mi padre mientras lo sostenía entre mis brazos. Una vez más, siento la impotencia por no haber podido hacer nada más que observar

cómo lo perdía—. Solo a las personas —repito tratando de hacer frente al dolor de saber que cuando vuelva, él ya no estará, o tal vez sí, pero destinado a morir una

y otra vez.

—Tienes razón.

—¿Qué relación tienes con tus padres?

—Nula. Solo los veo de vez en cuando. Han hecho su vida y yo no formo parte de ella —siento su tristeza y la atraigo más a mí—. Pero no me quejo, he

tenido a mis abuelos...

—Y ellos te mandaron a un internado —no contesta—. ¿Por qué lo hicieron?

—Para que me olvidara de la magia, para que fuera una chica normal y corriente. Lo hicieron después de que descubriera que tenía poderes y decidieran que

estaba mejor viviendo con ellos que con mis padres. Nunca entendí por qué no pude irme con ellos y acabé en un internado. Por aquel entonces eché la culpa a la

magia, ahora no sé qué pensar... —deja la frase inacabada y yo también me pregunto si no habrá algo más, que Evelyn ha ignorado durante todos estos años. Ahora

entiendo el porqué de algunas cosas. Ya sabía que era porque no quería defraudarlos, pero no sabía lo que habían intentado para que fuese “*Normal*”. ¡Cómo si por

tener poderes no lo fueras!—. Olvida lo que te he dicho...

—Evelyn, la magia es parte de ti, simplemente no puedes dejar de tenerla. Es... cómo si quisieras dejar de ver. Forma parte de ti y la gente que te quiere debe

aceptarlo y aceptarte —me mira a los ojos—. Tienes mucho poder y puedes hacer muchas cosas buenas con él. ¿Acaso no quieres saber hasta dónde eres capaz de

llegar?

—La verdad es que sí, me sentí bien anoche cuando usé mi magia —sonríe—. Gracias por escucharme.

Se alza y me da un dulce beso en la mejilla que me desconcierta. Siempre soy yo el que va tras ella anhelando su contacto, y no estoy preparado para este

cambio. Me separo incómodo y empiezo a andar.

—De nada. Y ahora, vamos a ver qué más podemos hacer —aparece a mi lado y se detiene para mirar algo. Al alzar la vista, veo los cines.

—Nunca he ido... ¿a que soy patética? Llevo toda la vida sin hacer cosas comunes y corrientes.

—Yo tampoco he ido nunca —me mira y se ríe.

—¿Quieres ir?

—Claro. En los espejos veía algunos de ellos, pero no es lo mismo —vamos hacia las taquillas—. No mires ni dramas o románticas, ya que vamos, vemos una

de acción o de fantasía.

—Me da igual cuál ver, la verdad.

Al final opto por preguntarle al muchacho de las taquillas cuál es la mejor de todas y entramos en esa. Al cruzar la puerta, nos invade el olor a palomitas, por

lo que puedo leer en los carteles de donde sale ese atrayente olor. Como casi todo el mundo, acabamos con dos botes, bebida y chocolate. Nos sentamos al final de

la sala aunque yo me hubiera puesto en la primera fila, pero parece ser que cuanto más alejado, mejor. Evelyn respira agitadamente.

Sus ojos brillan por la felicidad. Me gusta verla así. La observo mientras ella mira la pantalla que ahora está blanca. Está preciosa. Con esa felicidad que rebosa

por cada poro de su piel y hace que esos ojos, que me cautivaron el primer día, se vean más hermosos que nunca. Su piel está rosada y cálida, el pelo castaño le cae

libre por la espalda. Pura seda. Pero no es solo su belleza exterior lo que me atrae, hay algo más, algo que sentí en el mismo instante en que la vi, hablando sola en el

balcón, y no pude evitar besarla.

—Derek ya empieza —emocionada casi tira las palomitas—. ¡Vaya! —mira las palomitas que hay esparcidas por su brazo y las tira—. No pasa nada.

Sonríe y mira la pantalla. La imito, divertido con esta parte de Evelyn que no conocía y sonrío mientras salen las imágenes. Es sorprendente, alucinante e

increíble saber que todo esto ha salido de la mente de un hombre. Parece magia y no lo es. Es ciencia.

La gente rechaza la magia y no se da cuenta de que la magia es parte de todo. Es un don más. Algo con lo que nacen algunas personas afortunadas. Al igual que

el que nace siendo un buen matemático o un buen científico. Pero nos temen, pues con solamente mover nuestra mano, podemos destruirlos. Y siempre será así,

nos temerán y rechazarán. Es más sencillo dar de lado lo que tememos, en vez de afrontarlo y darnos cuenta de que en ocasiones la mente y nuestra imaginación

hace que todo parezca más grande y peor de lo que es realidad.

Terminamos las palomitas y pongo mi mano en el apoyabrazos. Evelyn también y se la cojo. Necesito hacerlo, porque me gusta.

Acaricio su mano, ella hace lo mismo y me devuelve las caricias mientras miro la película que va de una chica que estando a punto de casarse se acaba por

enamorar de otro hombre. Es divertida, aunque no me estoy enterando mucho. Estoy más pendiente de Evelyn. Me mira y veo cómo se lleva un pedazo de

chocolate a la boca y el deseo me golpea conforme lo veo derretirse entre sus labios. Incapaz de resistirme más acerco mis labios a los suyos tras coger su cara.

—Me debes un beso —le digo dejando que mi aliento le acaricia los labios. Se estremece.

—Yo no te debo nada —responde retadora.

Sonríó y por una vez no me importa ser un miserable pirata y saquear sus labios.

Me acerco a ellos y le doy un ligero beso sobre estos que nos deja a los dos deseosos de más.

—Bésame, bésame de verdad, Evelyn —le pido dejando otro ligero beso sobre sus labios.

Evelyn alza sus manos y las pone en mi mejilla, me acaricia primero tímidamente y luego sin esconder lo mucho que desea este roce. Me mira a los ojos antes

de agachar sus labios y dejarme un ligero y casto beso.

—Evelyn de verdad...

—Es de verdad.

—No lo es, deja que te lo muestre...

Y tras decir esto, cojo su cara para besarla al tiempo que un grito de la película se cuela entre los dos y escuchamos lo que se dicen.

—*¡Yo te quería! ¡Has sido infiel sin importarte que yo te amaba! Si no me querías haberme dejado...*

Evelyn se queda paralizada y me empuja mirándome horrorizada. Recoge sus cosas y sale corriendo. La sigo tras coger las mías. Entra al servicio de mujeres,

la sigo dentro.

—No deberías estar aquí —me dice con la cara descompuesta y los ojos llenos de lágrimas.

—Que vengan a echarme porque no pienso irme hasta que saber qué diablos te pasa.

—¡Tú! ¡Tú eres lo que me pasa! ¡Y yo! —Se lleva la mano a la cabeza y se revuelve el pelo—. ¿Qué clase de personas soy? Yo no soy así, le he sido infiel...

Yo no era así... ¡Es tu culpa!

—No pienso pedirte perdón por besarte si es eso lo que esperas —le digo apoyándome en los lavabos y cruzándome de brazos pues ahora parece enfada

conmigo.

—Yo creí ser feliz con él, llegas tú y me haces desear cosas que... ¡Todo es tu culpa! —Me apunta con el dedo en el brazo y le cojo la mano.

—¡Yo no tengo la culpa de que no estés enamorada de tu novio! ¡De que te hayas dado cuenta de que ese cretino solo estaba apagando todo ese fuego que

arde en ti! ¡Y si no hubiera sido yo hubiera sido otro el que te hiciera despertar!

—¿Insinúas que soy una cualquiera? —Le tiembla el labio y sus intentos por no llorar me desarmen y acabo por poner mis manos en su cintura y atraerla a

mí.

—No, digo que estás viviendo. Que por primera vez en tu vida eres libre.

—Eso no quita que yo nunca... Derek yo no quería hacerle daño. ¿Y si Dani me quiere como el pobre hombre de la película que ahora no sabe vivir sin la que

iba a ser su esposa? ¿Por qué es tan complicado vivir? Era más fácil cuando solo me dejaba llevar —me reconoce y al mirarla a los ojos veo como una lágrima cae

por su mejilla, por el dolor que siente en el pecho; la seco pero salen más. Y sin poder contenerme la abrazo una vez más para ser su salvavidas y dejar que extraiga

todo ese dolor que rompe en dos su pequeño cuerpo.

La abrazo notando como tiembla y sabiendo que con cada sollozo se parte algo dentro de mí. Su dolor es el mío. Y sé que pese a todo Dani no la merece,

porque si la quisiera no la anularía como persona. Si la quisiera, Evelyn nunca hubiera mirado hacia otro lado. Además, el de la película es bueno, más bien tonto de

lo bueno que es. El lechoso no es bueno, es idiota. No la aprecia, no la valora, la anula. Él no la merece, y sabe Dios que yo tampoco, pero no puedo evitar lo que

siento. ¡Maldita sea, esto no tiene sentido!

—¿Y si cometo el mayor error de mi vida al dejarlo?

La separo un poco de mí. Sus ojos están bañados por las lágrimas. El maquillaje le ha pintado surcos negros en la cara. Levanto una mano y le seco las

lágrimas.

—¿Lo amas? Es estúpido que yo te pregunte esto, pero las mujeres tendéis a creer que algo así existe. ¿Tú lo sientes?

Presumo de no creer en algo así, pero, ahora mismo, mientras espero su respuesta, noto la amargura del dolor

si dice que sí, si sé que su alma pertenece a otro.

—No... No lo sé. Estoy confusa. Tal vez solo necesito tiempo para pensar...

—¿Lo añoras cuándo no estás a su lado? ¿Deseas escuchar su risa y su voz cuando lo tienes cerca? ¿Deseas entrelazar su mano con la tuya y acortar al

máximo las distancias para sentirlo cerca de ti? ¿Deseas besarlo hasta acariciar su alma con tus labios? —M e paso la mano por el pelo molesto. No puedo parar de

hablar y de decir todo este tipo de sandeces, aunque debería detener mi lengua que está lejos de querer ser silenciada—. ¿Sientes que es lo mejor que te ha pasado

en la vida? ¿Deseas sufrir cien mil veces tú antes que esa personas? ¿Sientes que eres uno solo con él? ¿Qué sin él eres un ser incompleto? ¿Sientes todo eso?

Porque yo no creo en el amor, pero sé que, de amar a alguien, sería eso lo que sentiría.

Aunque me cueste reconocerlo, todas esas cosas son las que siento por ella. Estas preguntas son lo más parecido a una declaración de amor que he hecho en

toda mi vida. Y saberlo está lejos de hacer que me sienta feliz.

—No. Por él, no —me dice con firmeza esta vez sin rastro de duda en sus ojos.

Su respuesta me deja descolocado y mi corazón late deprisa y completamente desbocado. Un nudo me atenaza el estómago. Pero, ¿qué demonios me está

sucediendo? Abro la boca para preguntar por quién sí, pero me callo porque temo la respuesta, más que a nada.

—Siento haberte estropeado la película...

—Yo también —agrandando los ojos y sonrío—. Ya vendremos a otra.

—Al final te estás convirtiendo en mi chico de las primeras veces —me dice con una tímida sonrisa.

—Yo no soy un chico... —bufa divertida.

—Lo que tú digas *principito* —me guiña un ojo y se separa—. Espérame fuera, mejor trato de arreglar mi cara antes de que la gente piense que me has hecho

algo —intenta hacerse la fuerte y por eso mismo no añado nada. Necesita su tiempo para aceptar que de querer de verdad a Dani nunca nadie le hubiera echo mirar

hacia otro lado.

Salgo y la espero apoyado en la pared pensando en mi absurda confesión. Necesito un poco de espacio. Mientras espero, saco el móvil para ver como

funciona intentando no pensar en lo que ha pasado.

M e fascina este aparato y toda la tecnología en general. Yo sería feliz en este mundo. Hay días que no deseo

volver, cada vez estoy más apegado a este

tiempo, *a ella*, pienso cuando sale del baño con la cara limpia y algo más sonriente queriendo dejar atrás lo que la atormenta.

—Vamos —Le tiendo la mano y ella, tras sonreír, me la coge y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Dónde desea ir, alteza? —Bromea cuando salimos de los cines y andamos por el centro comercial pensando en nuestro próximo objetivo.

—Vaya, vaya, que sorpresa —me giro, sin soltar a Evelyn, y me veo cara a cara con el destañido. Bueno, cara a cara no, porque le saco casi una cabeza. Me

invade la furia al verlo y reprimo mis ganas de partirle la cara por respeto a Evelyn, y más al ver que va acompañado de una rubia.

No me hace falta ser muy listo para saber qué hacen juntos, pues la que parece ser su amante no hace nada por ocultar su mirada de deseo hacia el que se hace

pasar por el novio de Evelyn y el resto de carmín en un lado de su cuello igual que el que lleva ella es otra prueba más que irrefutable. Es un desgraciado y Evelyn

sintiéndose mal por este.

—Eh... Yo... —Evelyn lo mira y se separa de mí. Está nerviosa y vuelve a encerrarse en sí misma. Invadido por la furia la vuelvo a acercar a mí, sin dejar de

mirar a Dani—. No sabía que salías por el centro comercial —dice separándose de mí sin que pueda acercarla de nuevo y acercándose a él.

—Hemos venido a hablar de negocios. Algunos tenemos que anteponer la empresa y no podemos permitirnos el lujo de venir a aquí por placer. ¿Se puede

saber qué haces aquí con este?

—Pues, hasta el momento en que tú has llegado, disfrutar un poco —digo con doble sentido pero él solo muestra un pequeño atisbo de enfado.

—Empiezo a ver cuánto te ha cambiado este pueblo. Ya no tienes ni decencia, ni respeto.

«— *No le hagas caso* — le digo a Evelyn mentalmente rompiendo su escudo —. *Evelyn, no le debes nada. Lo has respetado más de lo que él...* —me callo; no

sé cómo se tomaría Evelyn que Dani, tenga una amante.»

—A veces no está de más tener un poco de vida social —comenta la acompañante del destañido.

Evelyn mira a la joven secretaria y crece un ferviente deseo por saber qué es ella para él, noto como lo desea con fuerza y como despierta algo en ella. En su

mente se ve materializada una palabra *Pasión* que los dos la sentimos con claridad. Noto como, pese al desconcierto, pregunta en su mente «¿Yyo?». *Obligación*,

escucho en este caso.

Se queda desconcertada y yo también. No sabía que Evelyn tenía el poder de ver la verdad en las personas, esto complica las cosas. Solo puede verla si lo

desea, y parece ser que, por primera vez en su vida, ha querido saber la de Dani.

—Tu abuela está muy triste por tu comportamiento, Evelyn. Deberías volver.

Evelyn mira desconcertada al lechoso y, al hacerlo, escucha en su mente la palabra *Obligación*, y al mirar a la rubia siente y escucha la palabra *Pasión* una vez

más. Es como si no pudiera dejar de pensar en esas dos palabras, como si no pudiera romper el lazo de la verdad. No comprende qué está pasando, está

desconcertada, pero noto cómo siente que, pese a lo insólito de todo, esas palabras son ciertas.

Sin importarme lo que diga el estúpido del lechoso, me acerco a Evelyn y le pongo la mano posesivamente en la cintura.

—¿Se puede saber qué haces? —dice Dani furioso.

—Vaya, pensé que no tenías sangre en las venas, pero debo de haberme equivocado —miro a Dani que por más que intenta parecer un novio celoso, no lo

consigue. No engaña a nadie con esa mirada poco llena de rabia.

—Derek, no me siento bien —Evelyn me mira—. ¿Nos podemos ir?

—Claro —sonríó. Ante la atenta mirada de Dani, empezamos a caminar abrazados.

—Pero, se puede saber... —lo miro como siempre he mirado a mis enemigos. Ellos han sabido que si querían seguir con vida era mucho mejor que no se

interpusiesen en mi camino. Esta vez también funciona. Dani se calla y mira a Evelyn—. Esto no va a quedar así. Te espero mañana.

—En el fondo no eres más que un maldito cobarde —acerco aún más a Evelyn a mí y este no comenta nada, solo se gira y empieza a caminar seguido de su

descerebrada secretaria. Si Evelyn no estuviera tan débil, la escena me haría gracia, pero ahora mismo estoy preocupado por ella—. Déjame que regrese y la parta la

cara —le digo para conseguir que reaccione.

—No.

—Solo un poquito. Te prometo que le daré solo un poco de color a su cara —sonríe un poco, lo justo para tranquilizarme.

—Gra... Gracias —me mira con los ojos llenos de lágrimas y trata de reprimirlas, de parecer fuerte, pero los acontecimientos hacen que lo logre solo a duras

penas.

—No te merece. Tú no eres una obligación.

—Para él sí. No sé qué me ha pasado, pero he sentido que era verdad, que para él solo soy eso. Además tú has tratado de decirme que él estaba con ella, lo he

notado —no lo niego—. Pensé que por lo menos me apreciaba un poco, pero no ha sido así... Y yo mortificándome porque le era infiel contigo... que estúpida me

siento. Estoy sola. Como siempre.

Abro la boca para decirle que no está sola, que me tiene a mí, pero ambos sabemos que no soy algo permanente. Me duele no poder prometerle algo que me

costaría tan poco y que me gustaría tanto poder proporcionarle. Me duele no ser el dueño de mi destino.

Derek

Hemos llegado en silencio al castillo y ahora estoy entrenando solo en la caverna. No sé cómo aliviar el dolor de Evelyn. «¡Maldita sea!», lanzo un conjuro

contra el agua y sale despedida por todos lados, mojándome parte del cuerpo, pero eso no me detiene. Lanzo otro para aplacar mi furia, así hasta desahogarme.

Luego tomo la espada, esa que me dio mi padre antes de morir, con la que vengaré su muerte. Aunque sé que lo primordial es la venganza para con los que me

criaron, lo cierto es que desde que conozco a Evelyn, el pasado ha quedado muy lejos y me siento más cerca del futuro, de ella. Lanzo la espada al aire y me muevo

con ella, sintiendo bajo mis pies desnudos el frío suelo de la cueva.

Las gotas de sudor caen formando surcos por mi pecho desnudo.

—Vaya, es increíble —me detengo al sentir las pequeñas manos de Evelyn en mi espalda produciéndome un sin fin de escalofríos. Me giro rompiendo el

contacto.

—Pero, ¿tú estás loca!? ¿No te ves que llevo una espada y estoy entrenando!?

—Lo... lo siento.

Baja la vista hacia mi pecho y lo contempla asombrada.

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves? —Alza la vista y agranda los ojos.

—Yo no... No tengo otra cosa que hacer que mirarte —dice, pero ambos sabemos que miente. Sonrío y ella me mira. Y siento su mano en la herida que me

hizo el brujo—. Es bastante grande... Tuviste suerte...

Pasa los dedos por la cicatriz y yo aprieto la mandíbula por lo que siento. La calidez de sus manos me recorre por entero y todo mi ser está centrado en ella.

Nunca nadie ha acariciado mi cuerpo con tanta ternura. «No me la merezco».

—Sí, la tuve —me alejo un poco de ella y le doy la espalda. Me pierdo por lo que siento, por su ternura y por las ansias locas que tengo de tenerla hasta

saciarnos.

—No podía dormir —dice como si eso lo explicara todo.

Así es Evelyn. Con todos es buena y previsible, pero conmigo nunca sé por dónde va a salir. Eso me alegra, pues sé que soy yo el que más la conoce.

—Puedes quedarte mientras entreno. O si quieres... —me callo al volver a sentir sus manos en mi costado

una vez más.

—Siento que fue muy grave.

—¿Has tenido una visión?

—No, pero se ve que fue profunda y quien te hirió quería matarte. ¿Verdad?

Sus palabras hacen resurgir en mi recuerdos desagradables. Aparto sus manos. Evelyn me observa sin que mi seria mirada la amilane un ápice y deseando

adsorber su luz para alejar mis pesadillas, acallo las razones por las que no debería besarla y asalto su boca.

Evelyn solo duda un segundo antes de corresponderme con el mismo ardor que yo. La beso con algo de rudeza al tiempo que vamos hacia atrás y su espalda

choca con la pared de la cueva. Alzo sus manos sin soltarla. Tengo miedo de hacerlo y que sus caricias me lleven una vez más el pasado. Y más ahora que sé cuál es

su poder.

Intensifico el beso adentrando mi lengua en su boca. Sale a mi encuentro con la suya. La pasión se desata entre los dos. Y más cuando emite uno de esos

gemiditos que me vuelven loco. Sujeto sus manos con una sola y con la otra la alzo para sentirla más cerca. Evelyn me rodea con sus piernas y nuestros sexos se

juntan haciendo que ambos gimamos por esta intimidad. Me separo lo justo para mirar a los ojos. Su pasión hace que la suelte y recorra con mis manos su menudo

cuerpo al tiempo que bajo un reguero de besos por su cuello. Me encanta como huele. Es mi locura. Llego al borde del pijama y tiro de la camiseta para bajárselo lo

justo para dejar un beso cerca de su ropa interior. ¡Joder! . Tengo que detener esto antes de que sea tarde.

Pero siento las manos de Evelyn por mi pecho y como van hacia mi espalda. Sus caricias hacen que la desee más y adentro mis manos bajo su camiseta del

pijama al tiempo que ella pasea sus pequeñas manos por mi espalda.

—Esto es... —cierro los ojos con fuerza deseando que no las haya sentido—. Estás lleno de cicatrices.... Derek... ¿Qué me estás ocultando?

Lo pregunta con espanto y siento su horror. Me aparto de ella y me alejo. Aprieto los puños al verme invadido por el recuerdo de esos latigazos y, una vez

más, escucho los gritos de los inocentes que yo llevé a una muerte segura.

Evelyn

Contemplo asombrada la espalda de Derek, cómo el tatuaje del águila que la decora, ocupa toda su espalda. Es de color negro y se nota que quien lo hizo sabía

lo que se hacía, pues ha captado toda la grandiosidad de ese animal. Y ha tapado las cicatrices que toqué. Antes solo vi el dibujo no todo lo que ocultaba bajo sus

perfectos trazos. Me acerco a su espalda y veo bajo el tatuaje las finas marcas de lo que parecen latigazos. Si te fijas bien, ves un sinfín de pequeños cortes, que

perforan su espalda de lado a lado, debieron de ser muy dolorosos.

Me invade el dolor por lo que padeció Derek y acerco las manos a su espalda. Derek se tensa pero no me aparta mientras con los dedos sigo el camino de las

irregulares líneas.

Deseo saber la verdad, qué pasó para que un príncipe recibiera estos latigazos. No me cuadra, me desconcierta y me duele mucho. Hay algo que no me ha

contado... Deseando descubrir con todas mis fuerzas qué sucedió. La magia tira de mí con fuerza y me arrastra a una visión del pasado de Derek.

Una multitud de niños aparecen frente a mí y entre ellos, sin ninguna dificultad, ni ningún atisbo de duda soy capaz de distinguir a Derek. No es más que un

niño con unos preciosos ojos verde-azulados brillando con intensidad en su infantil cara.

Él les dice que vayan todos a la iglesia, que el pueblo va a ser invadido por piratas y deben reunirse en ella y buscar los pasadizos subterráneos. La gente del

pueblo le cree y todos corren hacia allí.

Derek se aleja y, después de dar unos pasos, escucha las estridentes carcajadas de un hombre. Cuando se da la vuelta y descubre a un pirata tras él. El

joven Derek lo comprende todo. Ha sentenciado al pueblo. Intenta correr para advertir a todo el mundo, pero el pirata, lo retiene y lo agarra para que vea cómo

sus secuaces le prenden fuego a la iglesia. Derek ve impotente cómo la gente grita angustiada. Lucha con todas sus fuerzas contra el malvado pirata hasta zafarse

y corre hacia el edificio para tratar de abrir, con sus frágiles manos, la pesada madera.

Lo intenta aun sintiendo el calor bajo sus manos. No deja de hacerlo hasta que sus fuerzas ceden y los gritos se han apagado.

Una fina lluvia cae por su rostro. Él los ha condenado. Él ha sido el culpable. Los sentimientos del joven Derek, penetran en mi piel sintiéndolos como

propios. Se gira hacia el pirata y corre hacia él, agarrando con fuerza una pequeña daga que llevaba en un zurrón de la cintura. Con sorprendente fuerza, salta y

le corta la cara. Jafet, incrédulo, lo mira con la mano manchada de sangre, y tras esto, lo apresan, para más tarde surcar con el fino látigo la espalda del niño.

Siento el dolor de los latigazos en mi espalda. No sé en qué momento he deseado que él dejara de sentir ese dolor y no sé cómo es posible que mi espalda

reciba los latigazos que debieron darle a él, pero grito de dolor cuando no puedo soportarlo más al sentir como si el látigo me penetrara y abre la piel en dos.

Alguien me abraza y me llama, pero no puedo salir de esta pesadilla. No sé cómo hacerlo. No sé cómo dejar de sentir este dolor en la espalda, pero sí sé que

haría lo que fuera para evitarle a Derek todo este padecimiento y el peso de la culpabilidad...

Poco a poco, los latigazos dejan de surcar mi espalda y veo cómo la pesadilla se aleja y mi mirada queda anclada en la de Derek. Sus ojos se vuelven cada vez

más oscuros...

—¿Estás mejor? —Lo único que puedo hacer es asentir como respuesta—. ¿Se puede saber por qué lo has hecho?! ¿Estás loca?! ¿Te sientes mejor ahora

que sabes lo que hice a toda esa gente?! —« ¿Cómo sabe lo que he visto? » Se aleja pero trato de recomponerme—. Tu dichosa curiosidad no podía estarse quieta.

Tenías que verlo todo ¿Qué he hecho yo para merecer esto?! —dice como si preguntara a un ser inexistente, mientras se pasa una cansada mano por el pelo

despeinado.

—¡Tú nunca me lo hubieras contado! Y yo quería saberlo —me defiende pero Derek no me mira.

—Ahora que ya está saciada tu curiosidad, que sabes que soy un monstruo, déjame solo. No quiero ver en tus ojos lo que vi en los de la gente del pueblo

antes de morir. ¡Déjame solo! —grita con fuerza.

Siento su angustia como propia. Derek lleva desde entonces culpándose por no haber podido salvarlos y eso debe de ser parte de lo que entristece su mirada.

M e acerco a él sin hacer ruido y, cuando estoy cerca, hago algo impulsivo que deseo con toda mi alma. Lo abrazo desde detrás. Noto su tensión, espero que se

aparte, pero no lo hace.

Lo abrazo con más fuerza y apoyo mi cabeza en su espalda, sobre esa águila que tapa algo tan atroz. Trato de aliviar su dolor, pues lo siento como mío

propio El problema es que no sé qué más hacer o que decir para aligerar su carga. Sé que no hay palabras suficientes para expresarle cuánto siento su sufrimiento y

cuánto lamento no poder calmar su atormentado corazón. Ahora mismo solo me nace el pasar mis manos por su pecho en reconfortantes caricias. Que serían

inocentes, si el sentir sus fornidos músculos bajo mis manos no me hicieran ser consciente de su semi desnudez y de la perfección de su cuerpo.

Pese a haber salido de esa horrible pesadilla, al cerrar los ojos aún puedo sentirla como si la hubiera vivido yo misma. Comprendo lo que Derek debió de

pasar, la culpa que le invadió después al pensar que había sido el verdugo de aquellas personas.

—¡Oh, Derek! ¡Cuánto debes de haber sufrido por algo que no fue culpa tuya! —No responde, está muy lejos de aquí, cómo si mis brazos no lo abrazaran,

cómo si estos no pudieran consolarle—. Tú no lo sabías. No lo sabías. No podías saber lo que pasaría. Eras solamente un niño.

—No era tan niño, Evelyn.

—¿Qué tenías? ¿Diez? ¿Once años?

—Once, pero eso no me excusa de nada.

—Tú no fuiste el culpable, ellos no te miraban para condenarte, era porque sabían que, de entre todos ellos, tú eras el único que podía salvarlos y lo

demostraste cuando te quemaste las manos intentando llegar a ellos.

M e quedo callada, esperando la reacción de Derek. M e gira y acabo delante de él. Pone sus manos entre las dos quemaduras, casi no se ven.

—No luché lo suficiente.

—Yo creo que sí —paso mi mano por las suyas, notando sus callosidades. No parecen las de un príncipe, algo que ya había apreciado, pero tampoco sé cómo

es la vida de un príncipe de su siglo. Lo que me recuerda que los piratas lo azotaran sin que la guardia real hiciera nada por defender a su heredero—. ¿Y dónde

estaba la guardia real? ¿Por qué dejaron que unos piratas te azotaran?

Derek se tensa y espero que me diga la verdad.

—Porque no. No insistas más por hoy.

Asiento sabiendo que aún me queda mucho por saber de Derek, pero no esta noche. Ahora más que nunca sé que hay mucho más tras esa afligida mirada y que

estoy empezando a desvelar todos sus secretos.

—Las heridas te convierten en héroe: luchaste para salvarlos, no te rendiste —digo volviendo a lo que vi.

—Ves demasiadas cosas buenas en mí. Deberías estar aterrada y en tu habitación, haciendo la maleta para alejarte de mí. Deberías...

—Estoy donde debo estar.

Sé que son las palabras más ciertas que he dicho nunca. Nos aguantamos la mirada y me doy cuenta de que, por primera vez, su expresión es más cálida. Me

siento más cercana a él, noto que una parte de la muralla que Derek ha creado para que nadie penetre en su corazón, se ha desquebrajado un poco para mí. He dado

un gran paso hacia él.

—Ay, muchacha. ¿Qué me estás haciendo?

El corazón me late deprisa y cuando Derek alza su mano y la posa en mi mejilla para limpiar el rastro de lágrimas, cierro los ojos para absorber su caricia. En

ese instante, con todo lo que he sentido, con todo lo que siento, dejo de engañarme y de negar lo evidente: amo a Derek como nunca creía que sería capaz de amar a

nadie.

« ¡Dónde me he metido! Una cosa es que me guste y otra muy distinta es amarlo. No quiero que se vaya pero sé que ese es su destino y que el mío será

amarlo toda la vida, aunque no lo recuerde. »

Noto como una nueva lágrima ante este negro futuro se escapa de mis ojos.

—¿Y ahora por qué lloras? —« *Por ti* », pienso sin atreverme a decirle la verdad—. Eres muy rara, muchacha. Mi tío me dijo que debía callar lo que viví... —sé

que intenta ocultarme algo—. Una mujer nunca entendería algo así y tú, vas y me demuestras que en eso también se equivocó. Eso no fue lo único que hice —se

calla—. Tal vez debería contarte toda la verdad... Pero sentirías una gran repulsión hacia mí. ¿Ahora no sientes asco?

—¿Asco? ¿Cómo puedes pensar así de mí? No, no lo siento. Me gustaría que confiaras en mí, pero esperaré, sé que ahora no estás preparado.

Derek sonríe y, por primera vez, su sonrisa acaricia sus increíbles ojos. Mi corazón rebosa de felicidad.

—¿Por qué chillabas? ¿Por lo que viste? —Entonces recuerdo los latigazos y me llevo las manos a la espalda. Me alzo el pijama con temor de hallar mi

espalda empapada de sangre—. ¿Qué haces? —Me giro y me alzo más la camiseta—. ¿Quieres que te ayude a desnudarte? Sí que eres directa —su cara se ilumina

con una pícaro sonrisa.

—No seas tonto, Derek. ¿Tengo algo en la espalda? —Derek se calla, ha debido de sentir el miedo en mi voz.

Me posa las manos en la espalda y yo tiemblo.

Ante su contacto y por el temor de lo que pueda haber en ella.

—No hay nada. ¿Qué ha pasado?

—Sentí los latigazos, los sentí como si me los hubieran dado a mí —Derek me gira—. Cuando te vi allí, deseé poder aliviar tu dolor y, de repente, los recibía

yo... Fue horrible.

—¡Eres tonta, Evelyn! —pero dicho esto, me abraza con fuerza. Noto la calidez de su piel y cómo el corazón le late acelerado. « *Se está tan bien aquí...*

Creyendo por un momento que ya no estoy sola, que lo tengo a él. A mi príncipe del siglo XVI».

Me invade una tranquilidad hasta ahora desconocida y me dejo llevar por ella, tanto, que siento cómo los ojos se me empiezan a cerrar por el sueño, por la

energía consumida en mi visión. Nunca antes me he sentido tan protegida, es como si estuviera al fin en el lugar que pertenezco, pienso antes de ceder del todo al

sueño sabiendo que posiblemente cuando despierte no reconozca esto.

Me levanto desconcertada, no sé muy bien dónde estoy, pero poco a poco recuerdo mortificada que me dormí cuando Derek me abrazó. « *¡Pero seré*

estúpida! ¿Qué habrá pensado de mí? Me abraza y me duermo. Soy patética. » Trato de salir de la cama y escucho unas risitas.

—Curiosos pensamientos —miro hacia la ventana y veo a Derek sonriente, mirándome—. No eres estúpida, solo estabas cansada tras tu estupidez —le tiro

la almohada—. Qué mala puntería tienes.

—Tal vez no quería darte.

—Lo dudo —se burla—. Estabas agotada al usar tanta magia para ver lo que viví —lo miro y ahora caigo en lo que ha dicho antes. « *Pero será...* » Le lanzo

otro cojín y este sí le da. En la pierna, pero le da. Derek se ríe—. Mira que eres mala.

—Sal de mi mente, ya.

—Si en el fondo te gusta.

—Muy en el fondo —Derek me mira y me doy cuenta de que sus ojos son más intensos, es porque está sonriendo. Me encanta.

—Vístete, quiero hacer algo.

Bajo la vista y veo mi pijama de vaquitas. Asiento y voy hacia el armario para coger algo de ropa e ir al aseo a ducharme.

Recorremos los pasillos secretos hasta llegar a la caverna. Derek baja la mano hacia el agua.

—Este sitio irradia magia por doquier, pero donde más se concentra es aquí, en el agua —me agacho y la toco está templada—. Cierra los ojos. Siente cómo la

magia del lago pasa a través de ti. Cómo te aporta su esencia.

Respiro agitadamente, con los ojos cerrados, aún con el corazón latiéndome con fuerza, trato de concentrarme solo en el tibio líquido que moja mis dedos.

Poco a poco siento su magia y sonrío ante la sensación tan maravillosa que es recibir la magia del agua.

—Es magnífico. Sensacional.

—Me alegra que te guste, y más aún que puedas percibir su magia. Ahora quiero hacer algo —Derek se levanta y yo le sigo—. Ponte delante de mí.

Lo hago y siento cómo se acerca a mí, cómo mi espalda toca su pecho y mi corazón late desbocado de nuevo. Su cercanía me perturba, me nubla la mente, me

hace vibrar de emoción, apenas contenida. Las manos de Derek alzan las mías despacio, me las pone extendidas con las suyas detrás, algo separadas de mi cuerpo.

—Ahora quiero que sientas mi magia a través de mis manos. Voy a crear un escudo a través de tu magia y la mía para hacer más fuerte tu mente y que nadie

pueda penetrarla. Para que, en caso de ataque, aunque no sepas muchos conjuros ni usar tu magia, con solo alzar las manos puedas crear un escudo protector —me

conmueve el gesto Ladeo la cabeza y lo miro, está serio—. Vamos —me insta. Vuelvo la mirada hacia delante y empiezo a percibir su magia a través de mis manos

—. Expulsa tu magia, Evelyn, siente la mía recorrer tus manos.

Cierro los ojos y dejo que la magia de Derek me recorra. Expulso la mía sin saber muy bien cómo debo hacerlo ni lo que pasará cuando mi magia salga. Percibo

cómo se me clavan un sinfín de agujas en los dedos y una sensación maravillosa cuando mi magia se mezcla con la de Derek. Esta sensación es mágica, mejor dicho,

es increíble sentir la unión de nuestras fuerzas. Me siento parte de Derek. Pruebo a entrar en su mente. Casi lo he conseguido. Casi...

—¡Ya basta! —grita con ímpetu. Salgo de su mente y me separo de él por el impacto de sus palabras.

—Yo... No... No...

—Lo siento, Evelyn —lo miro y parece desconcertado mientras se pasa la mano por el pelo—. No pensé que tras hacer eso mis barreras caerían, me

sorprendió sentirte en mi mente.

Parece arrepentido de verdad. ¿Qué es lo que teme tanto que vea? Ayer me dijo que tal vez tenía que contarme

toda la verdad, ¿Y si es horrible y no me gusta?

No, no me da miedo qué pueda ser porque, pese a lo que tuviera que hacer en su pasado, al mirar al Derek de hoy en día, no veo nada de maldad en él. Pasara lo que

pasara, tuvo que tener sus motivos para hacerlo

—Lo siento, a mí también me ha sorprendido —agacho la mirada y al hacerlo veo el suelo lleno de plantas—. Pero, ¿qué...? —Sigo el recorrido que hacen los

ojos de Derek y veo que la cueva está llena de vegetación—. ¿Cómo...?

—Tu poder lo extraes de la tierra, yo del cielo. El tuyo es del elemento de la tierra, parece ser que gira en torno a las plantas.

—Siempre me han gustado mucho —miro con asombro unas flores rosas—. Son preciosas.

—Sí, pero aún no lo controlas. Acabarán por desaparecer en poco tiempo.

—Es una lástima.

—No. Si se quedaran, tendría que buscarme otro sitio para entrenar.

—Y eso sería un gran problema.

—La verdad es que sí —Derek comienza a quitarse la camisa.

—Pero, qué... ¿Qué se supone que haces?

—Darme un baño. No me molesta que me mires, pero no sé si tu mente inocente aguantará verme en paños menores.

—Te recuerdo que ya te he visto sin camiseta y no es para tanto —lo pico pues es para eso y más.

Derek se ríe y termina de quitarse la camisa mostrándome su cincelado y fornido pecho. Yo me giro cuando comienza a quitarse el pantalón. Debería irme,

pero en vez de eso, me giro cuando escucho el ruido que hace su cuerpo al chocar contra el agua. Al ver su espalda desnuda, recuerdo los latigazos, no se ven si no

los buscas.

El látigo le atravesaba la piel, tuvo que ser muy doloroso. Lo veo nadar mientras pienso en lo que viví ayer en esta misma cueva. Recordarlo aún consigue

estremecerme. Estoy tan ensimismada que casi no me percaté de que Derek ha salido del agua hasta que habla.

—¿Y esa cara? —Se está acercando a mí, me ruborizo al verlo solo en ropa interior negra. Es perfecto. Mis ojos no pueden dejar de recorrer su espléndido

cuerpo. No tiene un gramo de grasa. Es todo músculo y fibra. Es espectacular. ¡Es perfecto! Nunca he visto un cuerpo tan bien esculpido. Bueno... Nunca he visto

a un chico con tan poca ropa. Mi corazón late acelerado ante su imagen y tarde recuerdo que me lo estoy comiendo con la mirada. Me giro mortificada y de la boca

de Derek se escapa una carcajada—. Qué mojigata.

No le contesto. El corazón se me ha acelerado y tengo la boca más seca que antes.

—No soy... eso —para demostrárselo me giro hacia él, solo que lo hago con los ojos cerrados, para no delatar lo mucho que me gusta.

—Me he puesto los pantalones —abro solo un ojo, para comprobarlo y veo que ahora mismo se los está abrochando. Está increíble—. Qué graciosa eres,

Evelyn. Cualquiera diría que nunca has visto a un hombre desnudo.

—Qué más te da —me pongo más roja. « *Tengo que cambiar de tema...* » Derek se gira para coger del suelo su camisa—. ¿Por qué un águila?

—¿El qué? ¡Ah, mi espalda! Es el escudo real.

—Eso ya lo sé, me refería a que por qué tus antepasados eligieron un águila.

—Eso... —siento que se está pensado qué decirme. Lo miro aún más intrigada—. Se dice que, muchos siglos atrás, esta tierra no solo estaba habitada por

nosotros, los humanos, sino que en ella también vivían varias parejas de águilas. Águilas gigantes. Algunos llamarán a lo que te voy a contar un cuento, otros una

leyenda y pasara lo que pasara yo siento que con el tiempo la realidad se ha distorsionado y nunca sabremos que pasó en verdad.

»Te contaré lo que a mí me dijeron —asiento—. Mis antepasados eran reyes, pero el águila líder del grupo siempre estaba merodeando y atemorizando a los

aldeanos. Un día, mi antepasado, se enfrentó a ella. Todos creían que moriría, pues el águila no era solo mágica, también poseía una gran fuerza. Pero ante la

sorpresa de todos, mi antepasado venció y le perdonó la vida al águila. Eso hizo que ella lo mirara con sumo respeto, como un igual.

»Se dice que el águila venía en ocasiones para traer alguna planta nueva para la creación de hechizos o a velar por la seguridad del rey entrenándolo en el arte

de la magia. Desde ese día, el águila es nuestro símbolo y al rey se le conoce como *gobernador del Reino del Águila*. —« *Él será un día rey...* »—. Parece ser que

esto ha quedado relegado a una leyenda y que las águilas dejaron de visitar el reino después de 1238, por lo que he podido leer, pero no he encontrado nada más, ni

el porqué de repente el águila dejó de enseñar a los hijos del rey que se había ganado su respeto. Hay muy poca información del pasado del Reino del Águila.

Intuyo que de haber alguna, fue destruida hace ya mucho tiempo. Y yo a día de hoy no sé si creerla o no.

Derek no se ha percatado de que mi mente ahora está en otro lugar.

—Es una historia increíble —digo tratando de salir de mi trance.

—Sí, si fuera cierta, cosa que no creo que podamos saber con certeza.

—¿Por qué has dicho que el águila no visitó a sus descendientes? Es algo normal, moriría...

—No, el águila y su compañera eran inmortales, según se decía en la leyenda. Tampoco sé por qué se creó la puerta mágica. Hay muchas lagunas en esta

historia. En los libros, por más que busqué, no había nada. Lo que más me intriga es el porqué de crear una puerta que no pretendes usar; o tal vez la usaron y ya

habían salido de ella... No lo sé, pueden ser muchas las posibilidades. Lo que si tengo claro es que quien la creó era muy inteligente.

—Como tú —me sonrojo, pero ya no puedo escapar—. Has aprendido muy rápido y te has adaptado con rapidez a la época, pese a que nos habías espiado

por los espejos. Creo que también tienes una mente muy perspicaz y que sabes adaptarte con facilidad a lo que te rodea.

—Créeme, eso en ocasiones no es tan bueno, pero sí, es posible que en algo me pareciera a él. Al fin y al cabo soy su descendiente.

Espero a que Derek añada algo más, que me explique por qué no es bueno ser tan inteligente y adaptarse pero no lo hace.

—Sea como sea, es la historia de tu escudo real.

—Sí —Derek se toca el anillo de su dedo, en el que se dibuja un águila.

—¿Y por eso te tatuaste el águila en la espalda?

—Sí... —mira el agua—. Es una buena forma de recordar de dónde vengo y lo que me pertenece...

Pero su tono de voz me dice que hay más en esta historia, mucho más. ¿Qué le pasó a Derek? ¿Tendrá lo que oculta algo que ver con lo que vi en la visión de

los latigazos?

—Derek...

—Bueno, muchacha, son más de las siete —me corta. Evitando con destreza que pueda preguntar por su pasado—. Yo tengo que dar clases y tú tienes que ir

a ellas.

—Cierto. Que pocas ganas.

—No te quejes. Vete a la cocina, yo voy a cambiarme.

—Eso te pasa por querer probar el agua.

—Si te apetece hacer algo, no esperes un buen momento —se acerca y me da un rápido y dulce beso en los labios—. Simplemente, hazlo.

—Eres...

—Tu príncipe azul —dice sonriendo.

Se aleja y, una vez sola, me llevo la mano a los labios y recuerdo el calor de los suyos. ¿Cómo pude creer un día que lo que sentía por Dani era amor? « *Qué*

ciega que he estado, pero eso se ha acabado. Esta tarde haré lo que debí hacer hace tiempo. »

Miro al suelo donde antes habían hermosas flores y veo como desaparecen casi de golpe al pensar en que esta tarde debo lidiar con mi ex.

Evelyn

Miro a Derek hablando con Rita. Las clases han terminado y he ido hacia su despacho para comentarle que me iba a ir antes, para hablar con Dani de una vez,

y lo que me he encontrado ha sido a un Derek muy sonriente muy cerca de Rita. « *Y muy amigable* », cosa que me molesta porque a mí siempre anda picándome.

Rita sonríe y hace un aleteo de pestañas que está claro que es para llamar su atención. Este solo sonríe, pero tendría que ser ciego para no fijarse en ella. ¿Por qué

tiene que ser tan condenadamente guapa? ¿Por qué siento celos por la única persona que nunca será para mí? No hay quien entienda al corazón.

Decido irme sin decirle nada y dejarlo solo con ella.

Salgo de la universidad y voy hacia el castillo para coger mi moto. Si va al castillo y no me ve, no creo que le importe. Estúpida de mí por pensar que sí y

esperar que, cuando llegue y no me vea, se preocupe. Monto tras ponerme el casco y conduzco hacia las oficinas de mi abuelo y el padre de Dani.

En mi viaje dura menos de lo que pensaba. Creo que he corrido más de la cuenta. Aparco en el garaje y subo a la planta de Dani con el ascensor. Llego hasta su

despacho y me sorprende no ver a la secretaria en la mesa. Llamo a la puerta y al no escuchar nada, entro y veo que está vacía. He venido demasiado pronto. Como

aún no he comido, decido subir a la cafetería.

He terminado de comer, no estaba mal pero acostumbrada a la comida de la cocinera del castillo, a esta le faltaba algo. Bajo de nuevo al despacho de Dani.

Ahora estoy más nerviosa que antes, aunque sé qué es lo que debo hacer. Llego al despacho y esta vez tampoco está la secretaria en su sitio.

—Qué raro.

Decido ir al despacho de Dani. Son más de las cuatro de la tarde y, según él, trabaja a todas horas. Toco a la puerta y me parece escuchar algo, así que abro la

puerta y me quedo de piedra por lo que veo, pero más me sorprende el hecho de no sentir nada. Dani está besando apasionadamente a su secretaria. Bueno, más

bien parece que se la esté comiendo, pues las ropas de ambos están descoladas y los besos son tan babosos que hasta siento arcadas y no por celos.

—Si molesto, me voy.

Dani da un respingo y la secretaria me mira con una sonrisa triunfal.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Habíamos quedado a las cinco y media?

Dani parece más molesto porque he llegado antes de la cita prevista que por el hecho de que lo haya visto con su secretaria. Me siento humillada, e impotente,

aunque no puedo decir que mi comportamiento últimamente haya sido ejemplar.

—Te veo muy ocupado, me voy —después de lo que he visto, todo lo que había pensado carece de importancia—. Solo quería decirte que no quiero seguir

siendo la obligación de nadie. Lo nuestro ha terminado. Adiós.

Dani, sin apartar la mirada de mí, despide a su secretaria, o mejor dicho, *a su amante*. No sé por qué sigo aquí, tal vez porque aún necesito una explicación

para todo esto, para este sueño que parece surrealista. Nunca esperé algo así de él, pese a lo de ayer, me cuesta creerlo. No es el hecho de que me haya engañado, es

descubrir que él no era conmigo como parece serlo en realidad. Como si ahora mismo estuviera ante una persona que no conozco.

—¿Se puede saber qué tonterías estás diciendo?!—Dani grita nada más cerrarse la puerta y no lo hace con su acostumbrada calma—. ¿Dejarlo? Eso no puede

ser. No puedes dejarme —veo dolor en su mirada y por un instante dudo. Lo miro y deseo una vez más saber la verdad y usar mi reciente don para que aclare lo

que tengo ante mis ojos. Esta vez, entra como una voz clara en mi mente, ahora sí que estaba preparada para recibirla, para ver y sentir lo que él siente por mí.

—Tú solamente... Solo me quieres porque conmigo serás dueño de todo cuanto mi abuelo me ceda de su empresa.

—¿Qué tonterías dices?!¿De dónde has sacado eso?

Parece molesto por lo que he dicho, pero no más que yo. Todo este tiempo pensando que para él era algo más que un medio para conseguir un fin y no ha

sido así. Solo he sido un puente para alcanzar sus objetivos. Vale. Tal vez nunca lo he amado, pero era mi amigo, creía que era importante para él.

—No son tonterías. Por si lo has olvidado, poseo poderes —por primera vez lo digo con la cabeza bien alta—. No disimules más, Dani, más me duele a mí

saberlo.

Me trago el nudo de dolor que siento. Mientras lo hago, meto la mano en mi chaqueta y saco la caja del anillo que me regaló. Un anillo que nunca me he puesto

y que aún sigue dentro de su perfecta caja de terciopelo.

—Toma —digo tendiéndoselo con la mano temblorosa.

—No lo quiero. Esto no ha acabado, Evelyn. ¿Qué crees que dirán tus abuelos? Tu abuelo está débil del corazón —me tenso, no sabía nada—. No han querido

decírtelo para no preocuparte —dice tras ver la expresión de mi cara y noto cruzar en sus ojos un halo de victoria, como si supiera que tras este descubrimiento

soy toda suya de nuevo.

—Para no preocuparme... —me paseo mientras medito que hacer—. Se lo diré cuando crea que es el momento, pero esto acaba aquí —le ofrezco la caja de

nuevo, pero como no hace amago de cogerla, la lanzo al sofá—. Regálasela a tu secretaria, a ella le hará más ilusión que a mí. ¡Ah! Y por mi abuelo, no te

preocupes, ya veré el modo de decírselo.

—No puedes irte —se pone delante de mí—. Esto no ha acabado, Evelyn. Siéntate. Te traigo un café y hablamos las cosas con calma.

—Estoy cansada de esa calma, de que me trates como a una hermana, de que no me mires como si para ti fuera lo más importante de tu vida, de que me beses

como a una madre. Estoy harta... Pero no me duele, no me duele porque no te quiero, solo siento haberte perdido como amigo.

—¿Eso quieres? Bien —lo veo acercarse a mí y me agarra e intenta juntar labios con los míos. Trato de soltarme pero es más fuerte que yo y sus labios

devoran los míos. No son como los de Derek. Me giro inquieta y como no me deja, lanzo un escudo contra él que lo hace separarse de mí—. ¿No querías que te

besara con pasión?!

—¡¡No!! Ya no. Ni nunca —intenta besarme de nuevo y me voy hacia la puerta asustada por esta faceta suya.

Lo miro enfurecida y salgo de allí antes de que Dani haga otra locura. Corro hacia la moto y cuando llego, me pongo el casco rápidamente y huyo hacia la

seguridad del reino mágico, hacia los reconfortantes brazos de Derek.

Estoy cerca del pueblo mágico. He entrado por una de las carreteras adyacentes. Está más oscuro que de costumbre y no serán más de las cinco y media. Sigo

conduciendo cuando una niebla muy espesa se cierne sobre mí. Esto no es normal. Escucho una tenebrosa carcajada que me confirma que no lo es y, antes de poder

asimilar lo que está ocurriendo, la moto resbala y me caigo contra el suelo. ¿Qué está pasando? Dolorida por la caída, trato de levantarme, pero me resbalo y caigo

de nuevo. ¡¡El suelo está helado!!

Trato de andar, pero me es imposible dar más de dos pasos. No me rindo y continúo caminando. Cuando casi he llegado a tierra seca, una carcajada me nubla

los sentidos y soy lanzada contra el hielo de nuevo. Me desplazo unos cuantos metros, sin poder detenerme y doy gracias de llevar el casco, cuando mi cabeza

rebota contra el frío suelo.

Aún con la cabeza en el suelo, escucho unos pasos y miro a mi atacante, pero no estoy preparada para lo que ven mis ojos. ¿Cómo es posible? ¡Es un hombre

de agua! Un pirata. ¿Por qué me ataca a mí? Pregunto para que mi don me diga la verdad, pero no es este el que responde, es el pirata al que siento en mi mente:

—Porque su corazón te pertenece.

« *Debo proteger más las barreras de mi mente.* » Lo hago hasta que creo que lo he expulsado.

Lanza otro ataque contra mí y levanto la mano para crear un escudo protector. Ante mi sorpresa, el ataque choca contra una capa invisible y sale

desparramado. El escudo que creó Derek me ha protegido. El pirata se ríe y me mira fijamente. Me levanto un poco y me quito el casco, me siento muy agobiada

con él puesto y necesito todos mis sentidos alerta.

El pirata lanza otro ataque y este vuelve a dar contra el escudo que ahora es más fuerte. Tengo que salir de aquí, solo Derek puede ayudarme. Saco el móvil de

mi chaqueta y, contenta de que no esté roto, busco su número en la agenda. Le doy a la D y no aparece nada. ¡Pero si él me dijo que lo había grabado! Trato de no

perder la calma y le doy a buscar en la agenda. ¡Es una suerte que tenga pocos teléfonos! No... El muy creído se ha grabado como: *Tu príncipe*. ¡Más quisiera él!

Otro ataque choca contra el escudo y eso me hace volver a la realidad. Pulso el botón y lo llamo. Espero que no se lo haya olvidado o que no esté muy ocupado

con Rita.

Derek

Miro a la cocinera y niega con la cabeza, le había dicho que me avisara si llegaba Evelyn. ¿Dónde se habrá metido? Tengo un mal presentimiento. El cielo está

demasiado oscuro, demasiado cargado y esta vez no es por mi culpa. Algo no anda bien. Escucho sonar mi móvil y lo saco con rapidez de mi pantalón con el alma

en vilo deseando que sean noticias de ella y así es.

—¿Dónde estás?

—Vaya, ni Hola ni nada —bromeo tratando de no parecer preocupado.

—Hola... ¿dónde estás?

—En el castillo, ¿y tú? Te he buscado después de clase, pero no te he visto por ningún lado.

—En la carretera... —le tiembla la voz—. Me... me están atacando, Derek.

—Dime dónde y voy — me tenso.

—En la carretera que lleva al pueblo, pero está helada... Ten cuidado...

—¿La barrera funcionó? ¿Te protegió?

—Sí, pero... Tengo miedo.

—No tardo —el que lo haya reconocido me aterra aún más y cuelgo el móvil sin esperar respuesta—. ¡¡Maldita sea!!

—¿Qué pasa, joven? —la cocinera viene hacia mí.

—Evelyn tiene problemas —se lleva la mano a la boca que le tiembla por la preocupación.

—Pero tú no dejarás que nadie le haga daño, ¿verdad? —me dice mientras me alejo.

Asiento y me alejo.

A toda velocidad cojo el coche y me pongo en camino hacia la carretera. Estoy aterrado por lo que le puede estar pasando, no puedo permitir que le suceda

nada, me importa demasiado como para permitirlo.

Mi coche se ve engullido por la niebla y detengo el motor. Evelyn dijo que el suelo estaba helado. Salgo del coche y pocos pasos después, noto el hielo bajo

mis pies. Centro mi magia en este y creo una nube de agua caliente que no tarda en caer sobre el frío suelo. Se derrite y empiezo a andar para encontrar a Evelyn.

Me veo invadido por un sospechoso y escalofriante silencio. No me gusta. No me gusta nada.

—Derek... ¿Derek, eres tú? —la voz temblorosa de Evelyn me llega a través de la bruma.

—Sí, soy yo, pero no te veo —escucho unos pasos y algo, o mejor dicho alguien, cae sobre mi pecho. La abrazo con fuerza, temía que le hubiera pasado algo

grave. Solo ahora que la tengo entre mis brazos puedo respirar tranquilo—. ¿Estás bien?

—Sí, asustada, pero bien. Ese hombre es un desgraciado, decía cosas horribles, me contaba asesinatos que cometió. No se callaba...

—¡Vaya! ¡Qué bonita escena! ¡Qué tiernos! —levanto la cabeza, miro sobre la de Evelyn y allí ante mí, está él —. ¿Qué crees que diría ella si supiera la

verdad?

Me doy la vuelta con Evelyn en los brazos, protegiéndola así con mi espalda del desgraciado de Jafet.

—Evelyn —bajo la mirada y le alzo la barbilla—. Vete al coche y enciértrate en él.

—Yo puedo ayudar.

—Me quedo más tranquilo si sé que estás a salvo. Iré enseguida.

Evelyn duda, pero finalmente asiente. Me sorprende que el pirata no diga nada, solo me mira. En el fondo, sé que no me atacará hasta que haya sacado partido

de la situación, es lo suficientemente retorcido.

—¡Resolvamos esto como hom... Bueno, como lo que seas! ¡Aquí y ahora! —exclamo, girándome para observarlo.

—¿Me matarás? Vaya, por fin —aprieto los puños y por mi furia, una tormenta se cierne sobre nosotros—. Te lo pondré fácil. ¿Ves mi corazón? —late tras

el agua es de un color azul intenso—. Si lo atraviesas, me matas para siempre, así de simple. ¿Qué te cuesta? Ah, sí... Perder la poca conciencia que te queda y

ser... ¡Como yo! ¡Un pirata!

»Aunque siento desilusionarte Derek, tú ya has sido un pirata. ¿Qué diría tu joven dama si supiera que quién la besa tiene las manos manchadas de sangre?

¿Qué haría si supiera que no eres digno de tocarla? Bien, di. ¿Qué crees que haría si supiera que en cada batalla que luchamos juntos, yo te veía a ti como mi igual,

como un joven que no se detenía ante nada ni ante nadie?

Por mi mente pasan un sin fin de imágenes que me atormentan. Que me hacen entrar en un pozo sin fondo donde todo es oscuridad. Me desprecio, siento

asco por lo que tuve que hacer para sobrevivir. Y mientras pienso en todo esto sé que tiene razón, Evelyn me repudiaría.

—Estás equivocado —siento la mano de Evelyn aferrar la mía—. De saberlo, le apoyaría —dice con absoluta firmeza entrelazando sus dedos con los míos y

dándome su fuerza, haciendo que mis oscuros recuerdos se vean eclipsados por su luz. Ese contacto me hace volver a la realidad y ver mejor a mi adversario. Él

tiene razón, no soy digno de tocar sus manos, ni de recibir sus besos. Pero en este instante es mejor dejar mi vergüenza para luego —. ¿Qué hacemos para mandarlo

al infierno? —sus ojos están serenos. No veo en ellos reproche o miedo por estar a mi lado. Su confianza en mí me da fuerzas.

—Hay que calentar el ambiente. Evaporar el agua.

—¿Y cómo lo hacemos?

—A través de la tierra.

—No sé hacerlo.

—Vaya. Qué buena pareja hacéis. ¿De verdad no te importa saber que sus manos amaron a mi hija sin descanso? —Recordarla me revuelve el estómago—. Tu

príncipe solo fue príncipe dos meses, él no fue más que un pirata. Un... —el pirata se va evaporando. Evelyn lo mira furiosa. Su rabia aumenta su poder, alza la

mano y crea una cálida nube que proyecta calor sobre el suelo y calienta el ambiente evaporando el agua—. Volveré —se escucha tras una carcajada.

—Espero que no —pronuncia Evelyn.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —le digo una vez ha desaparecido el desgraciado del todo.

La miro y, tras recordar lo que ha dicho el pirata, suelto su mano, anticipándome a ella. Empiezo a caminar hacia el coche y Evelyn va cojeando hacia su moto.

Uso mi magia para ayudarla a levantarla. Se pone el casco sin mirarme y yo lo prefiero. No estoy preparado para ver la expresión de repulsión en sus ojos. Ahora

sabe la verdad. Ahora sabe que no soy más que un impostor, alguien que nunca vivió una vida de príncipe. No soy quien ella ha creído. Estoy sumido en mis

pensamientos y tarde recuerdo lo poco que me gusta que vaya en moto y más tras lo que ha pasado. Entro en mi coche y la sigo de cerca. Cuanto antes lleguemos

y se aleje de mí, mejor para los dos.

Derek

Detengo el coche cerca de su moto. Subo a mi habitación sin tan siquiera mirarla al pasar por su lado. Entro y cierro la puerta. Me dirijo hacia el balcón y

apoyo las manos en la barandilla para mirar la noche.

—Quiero saber qué fue lo que pasó —me tenso al escuchar a Evelyn detrás de mí. Debería de haber sabido que su curiosidad no dejaría que pasara esta

ocasión sin saber la verdad.

—Márchate. No tengo ganas de hablar.

—Derek, no creo que hicieras lo que él dice.

—Entonces, eres más estúpida de lo que pensaba.

—No.

—Sí —me giro—. Para que te enteres, todo lo que él ha dicho es verdad. En batalla era como él y he tenido que llegar a matar a otros para poder sobrevivir.

¿Contenta? —Por primera vez, la miro a los ojos y me quedo sorprendido cuando no hallo repulsión en ellos. Sigue mirándome como siempre.

—No creo que todo sea cierto, y a veces hay que hacer lo que sea para sobrevivir, ¿no? ¡Es lo que siempre me dices! Creo que en tu caso eras tú o ellos, y si

querías vivir tenías que hacer lo que fuera para conseguirlo. No creo que nunca mataras a nadie a sangre fría. Sé que no. No me importa si no fuiste un príncipe; el

título no hace al hombre, pero preferiría saber qué pasó en verdad. No diré nada a nadie. Puedes confiar en mí.

Me sorprende mucho su declaración, su fe en mí, sus palabras que no hacen más que probar que Evelyn no es como el resto, ella va más allá que los demás.

Ha escuchado de mis labios que llegue a matar a personas y, sin embargo, cree en mi inocencia. No comprendo qué he hecho yo para merecer a alguien como ella,

pero ahora mismo no tengo ni control sobre mis emociones ni ganas de hablar.

—No hay nada que contar, solo que crecí como campesino y luego fui pirata. Ya está. ¿Está satisfecha tu curiosidad?

—Yo... Yo solo quería ayudar. Saber... Pensé que confiabas en mí. Me equivoqué —sus ojos están muy dorados y me mira con pena. Se gira y empieza a

alejarse.

—Maldita sea, muchacha —digo tras dar dos zancadas hacia ella y cogerla del brazo—. Claro que confío en

ti y Dios sabrá por qué, pero es así. No quiero

contarte la verdad, me da pavor que dejes de mirarme del modo en que me ves. Ahora, si quieres, te cuento la verdad, pero no me hago responsable de que mi

historia pueda herir tu inocente mente.

—Soy más fuerte de lo que crees. Ya conozco parte de la verdad y creo que aún no he salido corriendo. Sigo aquí.

Alza la barbilla y sonrío ante su gesto. Le acaricio la mejilla y Evelyn da un respingo, y así, sin apartar la mirada de ella mi boca se abre y le cuento la

verdadera historia de mi vida.

—Mi padre murió sin saber que mi madre esperaba un hijo y, tras su muerte mi tío se proclamó rey. —digo recordando las cartas mi madre—. Mi tío fue rey

hasta que yo nací. Él tenía que ser mi albacea, hasta que yo pudiera reinar, pero tenía otros planes para mí y me mandó matar el día de mi nacimiento. Lo que él no

sabía, era que la hermana de su aliado y brujo, lo estaba escuchando todo con su hijo recién nacido muerto en sus brazos. Corrió como pudo a los aposentos de mi

madre e hicieron un intercambio. La amiga de mi madre me llevó con unos buenos amigos suyos que no podían tener hijos y ellos me criaron hasta los once años —

tomo aire y mi mente se pierde en los recuerdos—. Un día, jugando con mis amigos, me crucé con una joven mayor que yo. Ella me miraba fijamente, pero yo no

sabía lo que podía significar eso. Cuando regresaba a casa fui secuestrado por el pirata y más tarde supe que había sido porque la hija de este se había encaprichado

de mí —aún recuerdo sus manos acariciarme... hago amago de contarle esa parte de mi vida pero no puedo—. Viví... siete años como pirata e hice cosas de las que

me arrepentiré toda la vida. No estoy orgulloso de tener que matar para poder vivir, pero esa era la única forma que tenía. Jafet era muy bueno metiéndose en

peleas y además lo perseguía la guardia real. Luché contra piratas y poco a poco me fui adaptando a esa vida, hui de mis sentimientos. Era el único modo de

sobrevivir ante tanta maldad, solo así las cosas no me afectaban. Lo malo es que llegó un momento en que olvidé como ser quien fui.

—Fuiste muy fuerte al sobrevivir a esa dura prueba que te puso la vida. Ahora entiendo por qué estabas solo cuando los piratas te azotaron, ahora lo que vi

adquiere otro sentido. Ellos te utilizaron sabiendo que tú no harías daño a esa gente y sabiendo que tras el ataque matarían una parte de ti —no lo niego, ya no tiene

caso hacerlo.

—Cuando le corté la cara a Jafet ese día —le respondo—, el capitán cambió su modo de verme. Me puso bajo el cargo de uno de sus mejores hombres, y este

me enseñó a luchar. Cada batalla que librábamos sentía la molesta mirada de Jafet sobre mí. El día de su muerte, mientras el barco se hundía bajo mi poder, Jafet me

observaba con admiración. No pude matarlo con mis propias manos, como había deseado pero tampoco puede apartar la mirada mientras el barco se hundía. Y

ahora ha vuelto para que acabe lo que ese día no quise hacer y lo mate con mis propias manos.

Siento su pequeña mano acariciar una de las ondas de mi pelo, que cae sobre mi frente, y, tras este simple gesto, sé que ella tiene razón. No he perdido mis

sentimientos, ella me ha hecho sentir cosas que creí que jamás sentiría.

La miro a los ojos, aún temeroso de lo que me voy a encontrar, pero tras hacerlo, no estoy preparado para ver la confianza que tiene puesta en mí y el dolor

que le ha provocado mi relato. Sé que no es porque yo le aterre, sino porque le importo. Como ella a mí.

—Oh, Derek, cuánto has debido de sufrir. Cuánto debes de estar sufriendo por culpa de los demás.

Sin pensarlo dos veces, Evelyn se lanza a mis brazos y me abraza con fuerza, dejando claro con su gesto que nada ha cambiado entre los dos. Esta joven nunca

dejará de sorprenderme, me hace sentir vivo. Como si me hubiera quitado gran parte del peso que llevaba sobre los hombros, la abrazo con fuerza y noto su

calidez, calor que solo ella aporta a mi vida.

Sé que esto es una locura pero creo que quiero a esta muchacha desde el mismo instante en que mis ojos la vieron en este balcón hablando sola. Por si mi vida

no fuese complicada ya, ella es una razón más. Cuando esto termine, tendré que decirle adiós para siempre. Quizás cuando vuelva, no la recuerde. No me acordaré

de ella y me pasaré la vida buscándola, sin saber que es a ella a quien anhela mi alma. ¿Por qué me ha tenido que pasar esto?

—Derek —su forma de decir mi nombre me hace separarme. Mi corazón late acelerado y más cuando se alza y me da un inocente beso en los labios.

Me conmueve su gesto y me pierdo cuando lo repite.

—Detente —le digo separadamente de ella solo un poco—. Ahora mismo tengo las emociones a flor de piel y no sé si podría conformarme solo con tus

labios. Haces que no desee otra cosa que perderme en tu cuerpo para olvidar amargos recuerdos. Te deseo —y tras decir esto recorro con mis manos su espalda

induciéndolas bajo su chaqueta.

—Yo... yo también —dice con una firmeza que no siente y que me pierde por su inocencia y ternura.

Le robo un beso de esos labios que me vuelven loco desde que los probé. Uno pequeño para poder detener esta locura.

—Detén esto muchacha... no estás preparada para que te ame como deseo.

—Solo déjame amarte como siempre te mereciste ser amado —me dice desarmándose del todo—. Te debo un beso de verdad.

Sus palabras me conmueven y más sus intentos de probar mi alma. Evelyn acaricia mi mejilla antes de alzarse y besarme. Y sé que estoy perdido, pues noto

como su beso acaricia mi alma. Me hago cargo de la situación y la beso como llevo añorando desde nuestro último encuentro.

Devoro sus labios. Su sabor me embriaga, me consume, me hace desear más. No me sacio de ella. Siempre necesito más. Andamos hacia mi habitación

mientras mi boca la besa sin dejar ningún resquicio de sus labios por explorar.

Me aparto lo justo para quitarme la chaqueta y la suya. Cuando se queda solo con una camiseta a los pies de la cama la observo atesorando su belleza.

Acaricio sus mejillas sonrosadas y sus labios hinchados por mis besos antes de asaltarlos una vez más, alzarla en brazos para caer juntos en la cama.

Apoyo su espalda en el colchón y me acomodo entre sus piernas sin dejar de besarla. Noto como se me nubla la razón cuando su cuerpo y el mío encajan a la

perfección y sus curvas se amoldan a las mías. Enloquezco y el calor aumenta en el ambiente.

Me separo y la miro a los ojos un instante, para ver si esta pasión que me consume la siente ella también. Y así es. Eso no hace que perderme más,

haciéndome olvidar las razones por las que debería ir más despacio. Solo pienso en amarla, en hacerla mía, en devorar parte de su cuerpo. En marcar a fuego mis

caricias para que nunca me olvide, por mucho que le destino se empeñe en ello.

La beso de nuevo y esta vez introduzco mi lengua entre sus labios. Me devuelve el beso y su lengua danza con la mía. Subo mis manos por su costado y me

llevo su fina camiseta con mi roce necesitando sentir su piel. La acaricio. Nos movemos por inercia. Nuestros sexos se tocan y ambos gemimos entre los labios del

otro por el intenso placer que nos recorre. El calor aumenta. Necesito más.

Me separo lo justo para quitarme la camiseta y tirar de la suya. Evelyn duda un instante y me detengo. No quiero forzarla a nada. Tras su indecisión ella

misma se quita la prenda. Se queda ante mí en su ropa interior de color rosa claro que la hace parecer más inocente. Es preciosa. Sus pechos son generosos y

perfectos. El rubor de su piel cubre las cimas sobre el sostén. Acerco mi mano para acariciarlos y noto como Evelyn contiene la respiración antes de subir sus

manos y acariciar mi pecho.

Cierro los ojos por su contacto. Por lo que me produce su sutil caricia y como sus manos son un bálsamo para mis heridas. Nadie nunca me ha tocado con

tanta dulzura. Siento sus manos acariciarme cada vez con más firmeza, llevándose con ellas el contacto de otras que me marcaron y me hicieron detestar el contacto

humano. Entrelaza su mirada con la mía antes de atreverse a acercar sus labios hacia mi pecho y depositar pequeños besos en mi cuello. Su ternura me conmueve. Y

me hace quererla más si cabe.

Cojo su cara entre mis manos y la beso mientras deposito su espalda en mi cama de nuevo. Me separo de sus labios para bajar un reguero de besos por su

cuello, deleitándome con su olor a vainilla. La beso. Evelyn se retuerce bajo mis brazos y deseo más. Deseo darle tanto placer como el que yo siento con cada una

de sus caricias.

Llego a la cima de sus pechos y los beso notando como se yerguen ante mi contacto. Los acaricio con mis manos sabiendo que debería detenerme, pero ahora

mismo no encuentro razones para no tocar su virginal piel, aunque sé que ella no merece que lo haga. Soy egoísta. Y por una vez no me importa, ya que por unos

instantes ella es todo mía.

Subo mi mano por su costado. Evelyn introduce una de sus manos entre mi pelo y espero que me detenga pero no lo hace, eso me invita a retirar lo justo la

prenda para tener una visión perfecta de sus senos. Sus endurecidos y rosados pezones me invitan a besarlos. Y los beso.

Los chupo y me deleito con esta suavidad. Evelyn se retuerce entre mis brazos. Los ruiditos y gemidos que emite me vuelven loco. Me hacen desearla más si

cabe. Estoy perdido en ella y siento como el calor de Evelyn aumenta y su cuerpo reclama alivio. Dudo un instante antes de tomar la decisión de tener paciencia e

ir enseñándole este desconocido mundo poco a poco.

Busco su boca y la beso al tiempo que mi mano busca el cierre de sus pantalones y los libero para poder adentrarme en su caliente núcleo. Estoy llegando a la

goma de sus braguitas cuando se tensa.

—¿Me detengo? —Niega con la cabeza.

Atrapo sus labios mientras mi mano desciende hasta adentrarse en territorio prohibido. Cuando mi mano se adentra entre sus suaves pliegues mi

determinación para ir despacio se evaporan y más cuando Evelyn me besa con más ardor al tiempo que aumento mis caricias en ese preciado botón. ¡Joder, es

preciosa! No me sacio de ella por más que la bese y desee más, mucho más.

Bajo mis labios hacia sus pechos al tiempo que introduzco un dedo en su interior. Lo que es un gran error cuando noto su caliente ser apretarme. ¡Joder! Noto

como nuestros cuerpos se perlan de sudor. Y cuando la siento cerca de la liberación me separo para no perderme detalle de sus ojos.

—Derek... —susurra interrogante como si no supiera que hacer para conseguir liberación. La beso con dulzura.

—Solo déjate ir preciosa. Yo estoy a tu lado —entrelazo mi mirada con la suya y aumento las embestidas hasta que grita mi hombre y noto como su cuerpo

se retuerce preso de este clímax que la recorre entera.

La abrazo mientras su cuerpo se convulsiona y Evelyn me abraza con fuerza como si fuera su salvavidas. Su gesto me cala hondo y la acuno mientras poco a

poco regresa a la tierra. Ella no es consciente de que me siento el hombre más afortunado de la tierra por el inmenso regalo que acaba de hacerme al confiar en mí

pese a lo que ha descubierto.

Me separo y beso sus ojos aun cerrados. Sonríe con esos labios rojos que son mi perdición, hinchados por mis besos. Abre los ojos. Sus ojos están vidriosos

por lo vivido. Le robo un tierno beso antes de acomodar su ropa y taparla antes de salir de la cama.

—Derek tu...

—Esta noche no, descansa, dormiré en tu cama —no la miro pues dudo que si lo hiciera pudiera seguir manteniendo mi determinación. Más cuando hacerle el

amor es lo que más deseo ahora mismo.

Derek

Me despierto cansado. No he podido dormir en toda la noche y no solo por este deseo insatisfecho. Tras lo vivido anoche con Evelyn tengo más claro que la

quiero como sé que nunca querré a nadie ¡Yo, el príncipe sin sentimientos del siglo XVI, enamorado de una joven del siglo XXI! La vida tiene caminos muy

difíciles y, más que contento, estoy aterrado.

Sé luchar como el que más y puedo enfrentarme a un ejército entero, si tuviera que hacerlo. Pero ahora mismo no sé qué hacer con lo que siento. Sé que decirle

que la amo solo lo haría más difícil entre los dos. Como si solo pudiéramos lidiar con este deseo que nos consume, pero no darle un nombre nos haría más

desdichados dado que yo debo marcharme. Lo mejor que puedo hacer es guardarlo para mí, lo nuestro siempre será imposible. Cuando regrese a mi siglo, tendré

que elegir esposa y ella no estará entre las opciones para elegir. Al igual que yo, ella seguirá con su vida y otro será el que le dé todo lo que yo anhelo darle.

No puedo ofrecerle lo que más deseo: estar siempre a su lado y que ya no esté sola. Nuestros caminos no deberían de haberse cruzado uniendo nuestros

presentes, pero la realidad es que nunca habrá un futuro para nosotros. No me arrepiento de lo de anoche, pero tal vez debí ser más fuerte y no acariciar ese

pedazo de cielo entre sus brazos. No cuando para mí está reservado el infierno, pues así será mi vida si no la tengo a ella.

—Derek... —levanto la cabeza y veo a Evelyn cerca de su cama—. Yo...

Alzo las cejas. « *¿Qué querrá decirme?* » Noto como se ruboriza y mira mi pecho desnudo. Su mirada hace que recuerde lo vivido anoche. Tengo que detener

esto si no quiero cogerla y seguir por donde lo dejamos.

—Reconócelo, muchacha, querías verme desnudo ya que anoche te dejé con las ganas —lo digo sabiendo que eso la enfurecerá y me ayudará a mantener las

distancias.

—¿Yo? ¡No digas tonterías! —El rubor la delata. Sonrío y salgo de la cama para comprometerla aún más. Solamente llevo un pantalón negro suelto Sonrío

mientras voy a lavarme la cara al servicio—. Eres un exhibicionista.

—Tras lo que pasó a noche no deberías sonrojarte tanto. Te van a confundir con un tomate.

—Eres insoportable y no fue para tanto —escucho su voz altiva—. Lo que quería era preguntarte si te apetece

desayunar en el saloncito. No tengo ganas

hacerlo en el salón, es muy grande y... bueno, había pensado que... o mejor, desayuna solo y yo haré lo mismo.

Salgo del servicio y la cojo antes de que salga por la puerta y el robo un tierno beso que me sabe a poco.

—Me parece perfecto. Siempre y cuando tú aceptes cenar conmigo esta noche en ese mismo saloncito.

—Esto... No te lo mereces.

—Es posible, pero reconoce que en el fondo no te caigo tan mal —sonríe.

—Muy en el fondo. Está bien, me gustaría. Ahora voy a pedir que suban el desayuno —empieza a irse tras coger algo de ropa—. Y podrías taparte un poco.

—No puedes ocultar lo mucho que te gusta lo que ves muchacha —digo entre carcajadas.

Evelyn no dice nada y se marcha. Pienso en la cita de esta noche, tiene que ser especial. Aún no me he ido a mi época y quiero aprovechar todos los segundos

que tenga con ella, aunque luego no la recuerde, aunque luego no sepa que es por ella por quien llorará mi alma.

Evelyn

Entro en el saloncito y me dispongo a mirar por la ventana mientras espero a Derek. Pienso en la conversación de ayer M i alma sigue sufriendo tras su

revelación. ¿Cómo pudo sobrevivir en ese infierno? Saber la verdad de su vida solo ha hecho que lo admire más de lo que ya lo hacía. No comprendo cómo puede

temer parecerse a aquel desgraciado. Sé que cree que es como él porque si no lo hubiera matado, pero no lo hizo por miedo a que no hubiera marcha atrás para él,

por miedo a perder su alma del todo.

Yo creo que nunca la perdió, que su alma es lo suficientemente fuerte como para haber sobrevivido a esa dura prueba. Debería estar orgulloso de ser como es,

y no sentir que puede acabar siendo vil. Sé que cuando lo miro, muchas veces veo en él a un pirata, pero es más la imagen romántica que se ha generado tras este

personaje, es más ese aire de frialdad, de misterio, de intriga, de fuerza... Es *mi príncipe pirata*. Ojalá supiera qué hacer para que deje de sentir esa culpa que

acarrea sobre los hombros. Lo que me hace recordar nuestro encuentro.

M e ruborizo ante el recuerdo, a como respondió mi cuerpo a sus caricias, como estás me dejaron anhelante de más, de algo que no conocía. De algo nuevo y

hasta ahora imaginado. Y sobre todo, recuerdo su mirada, esa que a veces se tornaba vulnerable y veía a ese niño perdido que teme no ser digno de tocarme. M i

cuerpo se calienta ante el recuerdo de lo que sentí, de lo que experimenté; de cómo me hizo sentir amada como nunca antes; de cómo me entregué a sus caricias

diciéndole sin palabras cuanto confío en él. Espero que supiera verlo.

M e siento algo avergonzada y esta mañana no sabía cómo lidiar con lo sucedido, por eso entré a despertarlo, no queriendo retrasar el momento de verlo. En

sus ojos vi lo mismo de siempre y sus bromas hicieron que mi vergüenza quedara relegada a un segundo plano. M e costó no quedarme boba admirando su cuerpo y

no se me pasó desapercibida su dureza, recordar como anoche mientras nos besábamos la sentía crecer... no sé cómo lidiar con lo que siento. Con este sentimiento

tan nuevo para mí. Nunca pensé que la pasión fuera sí, ni que esta ligada al amor fuera tan intensa.

Ahora mismo me siento perdida y anhelante de Derek y de estar más unida a él que nunca. Como si el saber que un día se irá, no fuera tan importante como el

atesorar cada segundo a su lado.

—Evelyn, está sonando el móvil —me dice Derek sacándome de mis pensamientos. Me ruborizo.

—Imposible —me vuelvo y lo cojo de la mano de Derek, que está a punto de colgar—. ¡No lo hagas! —miro a ver de quién se trata. Derek me mira serio, casi

parece celoso por que pueda coger el teléfono a mi ex.

—Tú misma —cuelgo sin responder a la llamada y lo dejo sobre la mesa—. ¿Quieres café? —pregunta de espaldas a mí cogiendo el café del carrito del

desayuno.

—Sí, con un poco de leche —cojo las magdalenas y los bollos de mantequilla y me siento al tiempo que Derek trae los cafés.

Sé que es imposible, pero esta mañana lo encuentro más guapo que nunca. Como si algo hubiera cambiado mi percepción de mirarlo, o como si cada día

cambiara mi manera de mirarlo cuando más siento por él. Lleva unos vaqueros oscuros y un jersey también oscuro. Y aunque va vestido de manera común, en él

nada lo parece. Está increíble y una vez más me ruborizo al recordar su fornido pecho bajo mis labios...
¡Detente Evelyn no sigas por ahí!

—¿Por qué no lo has cogido? ¿Qué paso ayer? ¿Cómo se tomó el lechoso que lo plantaras? —pensar en Dani es suficiente para enfriar mis pensamientos.

—¡No lo llares así!

—Di —me apremia.

—Lo pillé liándose con su secretaria —se queda callado—. Le dije que lo dejaba y quise saber la verdad de todo, el porqué de estar conmigo —asiente—. El

caso, es que descubrí que él solamente estaba conmigo para tener toda la empresa. No por mí. Yo sabía que no me amaba, pero creía que me quería. Me conoce

desde hace años y nunca pensé que me utilizaría para tener más poder económico. Me dolió más eso que verlo con su secretaria, la verdad.

—Entiendo cómo debiste de sentirte —agradezco su apoyo—. Lo de la secretaria... Yo lo imaginaba y más después de que en tu mente aparecieran esas dos

palabras.

—Ellos dos estaban juntos, muy juntos. Se estaban besando apasionadamente.

—Lo dices como si tuvieras envidia y hace que me ofenda tras lo de anoche. Tal vez debería esforzarme más la próxima vez.

—¿¡Qué tonterías dices!? No seas tonto —estoy molesta, furiosa y colorada—. Me molestó que me mintiera, que me tratara como si me fuera a romper. No

sentí celos cuando lo vi con ella. Hasta hace poco creía que él me importaba, ahora sé que nunca lo amé, ni lo deseé —matizo y esto saca una media sonrisa a

Derek.

—Me alegro. Están buenos estos bollos —Derek no me mira pero me sorprende cómo ha cambiado de tema tras decir que se alegraba, como si no hubiera

dicho algo importante. Sonrió y pruebo uno de los bollos aceptando su poco sutil cambio de tema. ¿Es posible que no sea tan indiferente para él? Eso deseo. Me

costaría aceptar otra cosa tras lo sucedido entre los dos. Pero no hemos hablado de lo que pasó y tal vez para él no fuera tan intenso como para mí. Tal vez él solo

me desee. Y esto es suficiente para borrarle la sonrisa y dejarme triste —. Me voy, no olvides la cita de esta noche.

Se aleja antes de que pueda objetar nada. ¿Qué clase de cena me tendrá preparada esta noche? No debería hacerme ilusiones pero mi estómago está contraído y

los nervios ya han empezado a devorarme. Lo mejor es que piense que es una cena más, así no me desilusionaré luego cuando vea que para Derek lo es. Además,

desde que me contó su secreto, está más tranquilo, sus ojos parecen más vivaces y su sonrisa llega hasta ellos. Está más guapo que nunca y yo más enamorada de

él si cabe. Es mejor que no le dé muchas vueltas a lo de esta noche o acabaré sufriendo mucho. Mejor que nadie sé lo que es esperar todo y tener que aceptar que

no tenemos nada.

—¿Y qué te vas a poner? —Miro a Ana mientras me tomo la sopa que nos ha preparado su madre. Le dije en un cambio de clase porque tenía esta cara de

tonta, como ella me ha dicho toda la mañana hasta que cedí y le conté lo de la cita de Derek.

—No lo sé. Algo tendré en el armario.

—Por dios, Evelyn. ¿Qué vas a cenar con un príncipe!

—Es una cena informal, no es nada importante.

—Sí, pero sigue siendo una cena con un príncipe.

—Para *mí* solo es Derek. Me da igual su origen.

No sé qué esperar de esta noche, pero he de reconocer que sigo nerviosa, muy nerviosa.

—Sea como sea, tú estás loquita por tu príncipe y se te nota.

—No quiero hacerme ilusiones...

Recuerdo las clases de esta mañana lo he mirado más mientras explicaba, pero tenía que girar la cabeza

cuando sentía que mis mejillas se sonrojaban al recordar

lo vivido horas atrás. Me cuesta mucho fijarme en él sin temer que note lo que siento. Para mi desgracia, lo he visto hablando muy amigablemente con Rita, aunque

también estaba Adrián con ellos. Y me desconcierta. Pues fuera del castillo me ignora. En la universidad interpreta muy bien su papel de profesora alumna y eso me

desconcierta. Hace que mi teoría de que solo me desee se haga más patente y yo no quiero eso.

—Y no pasa nada por hacerse ilusiones —dice Ana contestando a mi comentario—. Si solo hay que mirarte. No paras de sonreír... Me niego a creer que no ha

pasado nada entre los dos —me sonrojo hasta la raíz y Ana me mira perspicaz—. Entre los dos ha pasado algo y no lo niegues se te nota.

—Eso no cambia nada —le respondo sin negar lo evidente.

—Yo creo que no le eres indiferente. Solo hay que mirar como en clase pasa por tu lado y deja su mano acariciar tu mesa para llamar tu atención, y por cierto,

aunque no lo mires a la cara se te sigue viendo lo roja que te pones en su presencia —la miro martirizada y se ríe—. No te avergüences. Es súper bonito todo esto.

Él estaba destinado a que tú le abrieras la puerta y ahora tú enamorada de tu príncipe...

—Su destino es regresar a su época. Y cuando lo haga el futuro seguramente cambiará y lo olvidaré.

—Oh... —me mira confundida—. Bueno, pero ahora está aquí y tal vez nunca regrese y su destino sea vivir aquí y tengo el conjunto perfecto. No es muy

sofisticado, pero te quedará bien, además, somos casi iguales.

—Esto... —la madre de Ana entra a la sala—. Lo he dejado todo preparado, nos vamos a ir ya. ¿Necesitas algo más? —Ana niega con la cabeza y mira a sus

dos hermanos, uno de once años y otro de cuatro—. Llámame para lo que necesites —se acerca a Ana y le da un cariñoso beso en la mejilla—. Adiós, Evelyn.

—Adiós —Ana está triste. ¿Qué le pasará? Sin planearlo, mi deseo de saber la verdad me hace ver que le aflige antes de que recuerde, mi *don*. Y ya no puedo

olvidar lo que he visto y esto hace que hable precipitadamente

—No lo sabía —lamento—. Lo siento, yo... ha sido sin querer...

—¿Qué has hecho? —Siento a Ana tratando de meterse en mi mente y dejo que lo haga—. ¿¡Cómo has podido!?

—Lo siento, de verdad —me levanto cuando ella lo hace—. Perdóname no pretendía hacerlo. El don que tengo... No sé manejarlo...

Ana sabe que le digo la verdad pues sigue en mi mente, ahora que he aceptado mi don es más fácil para mi

notar las intromisiones y poder detenerlas. Sale de mi mente.

Y la miro recordando lo que he descubierto, que es adoptada.

—No, no pasa nada —se pasa las manos por el pelo pelirrojo—. Mi vida era perfecta hasta que ellos descubrieron que podían tener hijos, hasta que la niña

adoptada ya no era lo mismo que el hijo propio, pero ya lo he superado —sus ojos verdes me dicen que miente y no hace falta que use mi poder—. Tengo una casa

y comida, no puedo quejarme de nada.

—Pero necesitas que te quieran, que te traten como a su hija y que te mimen. ¿Qué niño no lo querría? Yo siempre he vivido engañada pensando que no podía

quejarme porque mis abuelos no me trataran como una desconocida. Ellos me habían dado tanto... ¿Quién era yo para quejarme? Pero no puedo seguir negando que

su forma de educarme no era lo que yo necesitaba.

Me sincero con Ana pues sé que me comprende y admito al fin lo que tanto he tardado en aceptar.

—Ella me quiere, pero siempre está demasiado ocupada con ellos. Desde que nació, mi hermano... Todo cambió. Él es de su sangre y yo era la hija que no

podían tener. Los médicos se equivocaron. Luego nació Ángel y mis padres viven solo para los pequeños. Yo no soy del todo su hija y sé que dicen que los padres

son los que te crían, pero cuando se tienen hijos propios, no puedes evitar querer más a los que son de tu sangre. Es raro. Aun así, les debo todo lo que soy, sé que

me quieren.

—¡Claro que te quieren! Es difícil no hacerlo.

—Ya... Pero los perdí, como a mis padres biológicos. Viví con ellos hasta los tres años, aún los recuerdo, pero un día me quedé sola. Por eso no puedo

pedirles más, ellos me han dado una casa.

—Te comprendo —pongo mi mano suavemente en su hombro—. Es difícil luchar contra la razón cuando el corazón te pide a gritos hablar —Ana asiente—.

¡Que sepas que a mí no me vas a perder! Eres la única amiga que he tenido, o por lo menos, a la única que considero una amiga de verdad.

—Me alegro, porque esta amiga de verdad te va a dejar su ropa para que seduzcas a un príncipe. Y lo que tenga que pasar pasará —me dice con una gran

sonrisa.

Evelyn

Miro la ropa que me ha dejado Ana. Me ha gustado nada más verme con ella, tiene muy buen gusto, pero me siento algo nerviosa por si Derek piensa que me

he arreglado demasiado. Llevo una camisa de tirantes blanca, que debajo del pecho lleva un lazo verde que realza mis senos. Debajo una minifalda vaquera, algo

corta para mi gusto, y unas botas negras. Solo espero no ir demasiado arreglada. El pelo lo llevo suelto, solo cogido con dos pinzas de color nácar a ambos lados de

la cabeza.

Llego a la puerta del castillo y me abre el mayordomo. Me informa de que Derek me espera en la habitación, con un: « *Su alteza le espera, señorita Evelyn* ». Al

menos desde que volví no han vuelto a tratarme con desprecio.

Empiezo a subir las escaleras, las piernas me tiemblan y tengo un nudo en el estómago, como si hubiera mil mariposas moviéndose conforme me acerco a la

puerta. « *¿Qué estoy haciendo? Un día se irá y tal vez nunca lo recuerde.* » Bajo la mano. « *Esto es una locura. Él es un príncipe del siglo XVI, allí es donde está su*

hogar, no aquí. »

Yo nunca seré parte de su mundo.

Pienso en darme la vuelta en el mismo instante en que la puerta se abre. Alzo los ojos y veo a Derek ante mí mirarme de arriba abajo. Lleva un pantalón

vaquero oscuro y una camisa de color blanco con unas diminutas rayas azules. Las ondas rebeldes de su pelo le caen por la frente y, por su mirada, sé que le gusta

lo que ve. Está tan guapo que se me seca la boca. Con sólo mirar sus ojos, me veo atrapada por ellos y las dudas se disipan, ya que me sonríen como nunca antes lo

han hecho.

En ese instante lo sé, sé que estoy perdida para siempre, nunca amaré a nadie como lo amo a él. Y aunque quiera, ya es tarde para huir de lo que sea que hay

entre los dos.

Derek se hace a un lado y me deja pasar, la luz de las velas se filtra de la salita a la habitación. Entro en la estancia y me quedo maravillada: está llena de flores

blancas y velas, todo huele a rosas. Me quedo muda, sin saber qué decir, nunca nadie se había tomado tantas molestias por mí. El corazón me late con violencia en

el pecho y los ojos ahora se me llenan de incipientes lágrimas que se niegan a ser derramadas. Es realmente

precioso. Aunque sé que podrían haberlo hecho los

sirvientes, tengo la certeza de que no es así. A él le gusta hacer las cosas él mismo.

—Es precioso —me parece una palabra demasiado pobre para describir lo que me ha hecho sentir, pero ahora mismo no encuentro ninguna que pueda

describirlo mejor.

En mi corazón rebosa de felicidad y cuando lo miro no me importa que capte lo mucho que me gusta. Por un instante no me importa nada.

—Tu sonrisa bien ha merecido el esfuerzo —su respuesta confirma mis sospechas de que lo ha hecho él.

Está tan guapo, que duele mirarlo. Derek se acerca a uno de los jarrones, coge una rosa blanca y me la entrega ante mi atenta mirada, no he perdido detalle de

sus movimientos. La cojo casi temiendo que se vaya a romper, el gesto ha quedado grabado en esta rosa lo guardaré para siempre.

—Gracias —la huelo, su perfume es embriagador—. Las de la floristería no huelen a nada, se nota que esta no lo es.

—No, es del invernadero.

—No sabía que había uno, no lo he visto, aunque hay partes del castillo que no he explorado.

—Te lo mostrare algún día. ¿Cenamos? —Asiento mientras salgo de la ensoñación en la que me veo inmersa.

Derek aparta mi silla caballeroso. Es un auténtico príncipe, pese a no haber vivido como tal. Debe de ser verdad que la realeza se lleva en la sangre. Le echo un

vistazo a través de las velas. Ahora mismo está sirviéndome uno de los hojaldres de apio que ha preparado la cocinera.

—Huele muy bien —Derek sonríe. Lo pruebo y, cuando entra en mi boca, el placer que siento por su enigmático sabor me hace cerrar los ojos; solo los abro

cuando una pequeña risa se le escapa—. ¡Eh, no te rías! Esto está muy bueno.

—Lo sé, llevo toda la tarde probando diferentes hojaldres para elegir el mejor.

Si creía que no podía sorprenderme más esta noche, estaba equivocada. Me sonrojo por la emoción, por las mariposas que recorren mi estómago, presas de la

ilusión contenida por lo que ha hecho por mí. Me está haciendo sentir especial y no sé hasta qué punto eso es bueno.

—Te has molestado mucho por esta cena.

—Quería que todo fuera perfecto.

—¿Por qué? —Pregunto sin poder contenerme. Derek me mira a los ojos y alza su copa de vino. Está

calibrando mentalmente qué decirme y a mí esta espera

me está matando, el corazón me late acelerado esperando su respuesta. Y sé que si me dijera que solo porque me desea me mataría.

—Porque *hoy* estoy aquí —responde al fin. Y con esa simple respuesta ha dicho mucho. Está viviendo el presente. Ninguno de los dos sabe que pasará

mañana, ni si se irá para siempre de mi vida, pero hoy está aquí, tal vez solo hoy...

—¡Brindemos! —Exclamo alzando mi copa—. Por el ahora —pero tras decirlo, siento la tristeza de saber que ser iré; yo quiero a Derek para toda la vida.

—Por el ahora —continúa, acercando su copa a la mía. Sus palabras entran en mi mente y, mientras las asimilo, la tristeza me embriaga. ¿Por qué solo debo

conformarme con el ahora?

Cenamos en silencio, la tristeza no me deja pensar. El ahora es lo más importante, el futuro ya se verá. Pero cuando amas a alguien quieres que esté siempre

allí y yo no puedo tener esa seguridad con Derek. Eso no me deja disfrutar de nuestro presente. No es con él con quien estoy enfadada, es con el destino, que me

ha puesto la miel en los labios para arrebatármela después y hacer que me pase toda la vida anhelando su dulce sabor. Estoy harta de conformarme, llevo toda la

vida haciéndolo.

—Estás muy callada, Evelyn y no era esa mi intención cuando te invité —lo miro y sonrío. ¿No acabo de brindar por él ahora? Pues a disfrutar de la cena.

—Lo siento, pensaba en algo.

—¿En lo que te comenté ayer?

—Sí —miento, pero es un buen tema para hablar, así sabré más cosas de él—. Entre otras cosas. ¿Qué hacías el día que te encerraron tras la puerta?

—Era el día en que tenía que elegir esposa, se había realizado un baile justo por ello —esposa... Es decir que cuando vuelva se casará con otra, esa a la que tal

vez un día pueda llegar a amar. Noto cómo el corazón me duele un poco más y trato de serenarme, de pensar en el ahora, pero mi mente caprichosa no para de

verlo en los brazos de otra, de alguien a la que llamará esposa.

—¿Cómo era? —pregunto y pruebo uno de los pastelitos salados que hay en la mesa.

—¿Ella? —Asiento—. No lo tenía muy claro. A mí me daba igual una que otra, era una obligación que tenía que pasar para ser rey.

—¿Ninguna especial?

—Sí. Había una que me llamó más la atención. —Derek se pierde en el recuerdo—. Era la pequeña de tres hermanas y, por lo que supe, era muy dulce con los

que la rodeaban. Te pareceré increíble, pero se tiraba un aire a Rita —los celos se despiertan en mi al saber que alguien parecido a Rita iba a ser la destinada a ser la

esposa de Derek o tal vez la que un día en verdad lo sea. Aparto la mirada para que no note lo que me molesta saber este hecho—. Fue una de las pocas que no se

interesó solo por mi dinero.

—Parece una buena persona —le digo sin olvidar que esa mujer no era Rita y que da igual quien sea, pues es algo que yo no puedo cambiar, sienta lo que

sienta por él—. Hubiera sido una gran reina... Quiero decir, será una gran reina —digo con un nudo en la garganta—. Te deseo suerte —«*Qué remedio.*» Bajo la

vista y sigo comiendo. El silencio se hace incómodo y sé que Derek me está mirando.

—Estaba en el balcón hablando con el hombre que me crío, cuando apareció el brujo y lo mató. Debo volver y vengarlo —lo ha dicho como si eso justificara

que se tuviera que ir, como si ser rey no fuera tan importante como vengar a su padre.

—Lo siento, Derek —él sigue pensativo—. Serás un buen rey.

—Un rey con las manos manchadas de sangre —susurra con pesar.

—Sabes que estoy segura de que no habrías matado a esas personas, si te hubiera quedado otro remedio.

—Confías demasiado en mí.

—No lo creo. Además, vi lo que pasó aquel día y sentí tu impotencia por no poder salvar a la gente que estaba encerrada en la iglesia. No eres como él.

—Podía haberlos salvado.

—No, no podías, Derek. En el fondo lo sabes y que tú no tuviste la culpa. Es mejor que dejes el pasado atrás, en la medida de lo posible.

—Bueno, sigamos comiendo que esto se enfría —al no saber qué decir para convencerlo de que no tiene la culpa de lo que pasó, como en el más incómodo de

los silencios. Será mejor que me calle lo que pienso—. Podrías dejar de fruncir el ceño. Te van a salir muchas arrugas, muchacha —otra vez es el príncipe cínico que

pasa de todo. Callarme... ¿No es eso lo que llevo haciendo toda la vida? Pues se acabó. Con Dani me he callado, he dejado que llevara la relación como quería, que

no me dejara más opción que aceptar sus tristes migajas.

—No —alza las cejas—. Estoy cansada de hacer lo que me dicen. Se ha terminado. Si no te gusta que lo haga, podrías empezar a crearme y pensar que, tal

vez, ese día no pudiste hacer nada para salvarlos.

—Podría, pero no hoy —se ha puesto tal coraza, que los sentimientos ya no afloran en sus ojos. Otra vez está muy lejos de mí. Tras lo sucedido pensé que

tal vez ahora estaríamos más unidos, ya no veía tanta frialdad. Pero ahora, puedo confirmar que ha vuelto a encerrarse en sí mismo de nuevo.

—No sé qué hago cenando con alguien que carece de sentimientos —comienzo a levantarme. Sé que estoy siendo demasiado dura pero quiero que despierte de

ese castigo que se ha autoimpuesto por los crímenes de otro. Quiero recuperar al Derek que me contemplaba esta mañana con una sonrisa que le iluminaba la

mirada.

—Ya era hora de que lo averiguaras, pensé que no te darías cuenta nunca. Estabas demasiado ocupada en hacerme creer que eras monjita de caridad.—le lanzo

la servilleta a la cara.

—Eres idiota, Derek —estoy enfadada—. Ese maldito pirata ha conseguido lo que quería, hundirte en la culpa. Te ha condenado y estará contento de ver

cómo por su culpa no dejas de mirar al pasado y de auto compadecerte por hechos de los que tú no eras culpable, pero te diré una cosa: él no eres tú y nunca lo

serás, y lo que has tenido que hacer por obligación no te convierte en alguien como él.

»No soporto saber que ese estúpido ha ganado esta batalla, pensé que eras más valiente —intento marcharme pero me choco con un escudo invisible—. M uy

gracioso, Derek... —Me callo al notar su mano en mi cintura. Derek me gira.

—Es muy difícil mirar al futuro cuando tu pasado te ha marcado tanto. No es tan fácil decirle adiós sin más, pero lo intentaré —me acaricia la mejilla y

tiemblo ante su contacto—. Nunca seré como él.

—Nunca —lo miro con admiración. Pensará que no tiene sentimientos pero yo sé que sí que los tiene—. No me puedo creer que no tengas... —coge mi mano

y la lleva hasta su corazón, sus ojos recuperan esa tierna sonrisa.

—Tú has hecho que yo también me lo replantee —admite algo incómodo. Quiero indagar en sus ojos pero Derek cambia la mirada y rompe así el momento—.

Y ahora, muchacha, siéntate a comer, llevo toda la tarde preparándolo y, si no te sientas, no podré disfrutar de la comida —sus ojos me sonríen de forma pícaro. El

momento ha pasado y yo decido seguir cenando. Hoy no conseguiré saber más de Derek.

—¿Has sabido algo más de tu ex?

—No, mejor así —niego con la cabeza—. No tengo ganas de volver a pasar por lo de ayer. Me hubiera gustado que fuéramos amigos, pero ahora mismo eso es

imposible. ¿Qué se le va a hacer? Me sino es estar sola —deseo que diga que ya no estoy sola, que él está a mi lado. Pero, ¿a quién quiero engañar? Aunque lo

sintiera, él nunca podría prometerme algo así.

Derek me observa de una forma que no sé identificar y casi parece pasar un halo de pesar por su bella mirada. De repente se levanta y me tiende una mano.

—Ven. Vamos a bailar.

—¿Qué vamos a bailar? —Me levanto y cojo su mano entrelazando mis dedos con los suyos. Sintiendo como su calidez me traspasa.

—Algo lento —trago cuando Derek me acerca a él. Escucho una balada y lo miro extrañada, supongo que ha usado su magia para encender el reproductor que

hay cerca.

Deja la mano en mi cintura. Su calor traspasa la fina camiseta, noto cómo sus caricias hacen que sienta la electricidad recorriéndome el cuerpo y siento un

placer dulce. Poso una mano en su pecho y noto su corazón latir con fuerza, me temo que late tan fuerte como el mío.

La música suena suave y dulce para mis oídos. Las velas hacen que Derek parezca más etéreo, más irreal, un dios griego, y yo, en sus manos, su diosa. Me

quedo muda mirándolo, no me importa que vea tras mis ojos el amor que siento por él. Hemos brindado por el ahora y, por primera vez, me estoy dejando llevar

aunque tengo miedo, mucho miedo y más cuando veo que sus labios acortan la distancia con los míos. Hambrientos, los devora con ansia. Con una mano acaricia mi

cuello y con la otra mi espalda. Su sabor a nata y vino me tiene mareada. Su lengua juega con la mía y yo me dejo llevar como una buena alumna. Solo importa él.

Derek me alza y entrelazo mis piernas en su cintura. Me espalda golpea con uno de los jarrones y las flores caen al suelo, o allí es hacia donde iban pues Derek

detiene la caída y las deja caer con cuidado en el suelo. Sonríe y pego un respingo cuando deja caer el agua y nos salpica helada.

—¡Derek!

—No se puede ser tan bueno —dice con una sonrisa de medio lado. Por un segundo ha parecido un niño travieso. Ese niño que tal vez fue y maduró de golpe.

Divertida por su juego miro las flores y uso la magia del entorno para que se multipliquen y cubran el suelo.

—Un lecho de flores... ¿En qué estás pensando? —Agrandando los ojos y lo miro roja como un tomate.

Trato de apartarme pero no me deja moverme antes de buscar mis labios y reclamar un nuevo e intenso beso. Su sabor me embriaga. Me enloquece. Siento

como el calor aumenta con cada beso y más cuando pasa sus manos por mi espalda. Se lleva mi camiseta para acariciar mi piel. Siento su lengua acariciarme primero

un labio y luego otro, como si quisiera torturarme antes de adentrarse entre ellos, y casi le ruego que no me torture más cuando intensifica el beso adentrándose en

mis anhelantes labios. Mi lengua sale a su encuentro y nos enzarzamos en un intercambio de besos que no hace más que aumentar el calor de la sala.

Derek se separa y tira de mi camiseta hacia arriba, esta vez no dudo y dejo que me la quite. La tira al suelo donde aún reposan cientos de flores. Me acerco a

su camisa y desabrocho uno a uno sus botones notando como con cada uno de ellos mi corazón late más deprisa si cabe. No dejo de mirar a Derek a los ojos, me

encanta lo que se refleja en ellos. Ahora mismo es como si no existiera nada salvo nosotros dos y por un instante quiero creer que no hay pasado ni futuro, solo

nuestro presente.

Termino de quitarle la camisa y Derek me ayuda a quitársela. Como ayer, me maravilló su cincelado torso que no oculta ni un gramo de grasa por ningún lado.

Paseo mis dedos por él y noto como su respiración se intensifica, algo que me hace sentir poderosa, más cuando pongo mi mano sobre su corazón y lo siento latir

desbocado.

Me acerco y deposito un beso sobre este y otro sobre su herida. Dejo un reguero de besos hasta que Derek pierde los papeles y me alza para besarme con

ferocidad.

Me deja caer con cuidado sobre el lecho de flores y siento el roce aterciopelado de estas en mi piel. Derek se coloca entre mis piernas y noto como mi falda se

alza con su acción y como me quedo expuesta a él. Nuestros sexos se encuentra y siento su dureza deslizarse en mi sexo.

Nos besamos como si no existiera mañana. Derek tira de mi sujetador y siento la tela rasgarse. Me río por su ímpetu y se separa para mirarme con una ceja

enarcada. Se la acaricio y bajo mi mano por su mejilla donde hay una incipiente barba que le hace parecer más fiero y atractivo. Me mira mientras aparta mi

sujetador. Y por un instante siento miedo de que no le guste lo que ve.

Aparto la mirada. Me coge la cara para que lo mire y eso hago, observando sus ojos llenos de deseo. No veo nada que me haga creer que no le gusta mi cuerpo.

Pese a eso no puedo evitar un sonrojo cuando sus dedos suben por mi brazo con lentitud hasta llegar a mis pechos. Su caricia es sutil, tan solo un leve roce y sin

embargo siento como mi corazón se dispara y un escalofrío me recorre entra.

Derek intensifica las caricias sin dejar de mirarme, sin dejar de ver la reacción de mi cuerpo que parece hecho para estremecerse ante su contacto. Se acerca y

me deposita un beso en mis redondeadas cimas mientras con sus morenas manos juega con mis senos hasta casi hacerme implorar. Cuando me besa en mis

endurecidos pezones no puedo evitar que un gemido escape de mis labios. Su lengua los recorre, haciéndome enloquece.

Me hace gemir. Me to mis manos entre su pelo no sé si para que se detenga o para que no lo haga jamás. Solo sé que me siento como si tuviera fiebre. Me

nuevo notando como su dureza golpea con mi sexo y como eso aumenta mi placer. Derek se separa y abre el botón de mi falda para bajarla. Lo dejo hacer, ahora

mis mismo no sé si sería capaz de negarle algo. Estoy consumida por esta pasión y por el amor que siento ante mi príncipe.

Tira de mi falda y noto que no solo está bajando mi falda, si no que se está llevando mi ropa interior con ella.

Me quedo desnuda ante él y hago amago de taparme pero lo evita cogiendo mis manos con una de las suyas y separando mis rodillas para dejarme expuesta a

su ardiente mirada. Cuando consigue su objetivo me acaricia le interior del muslo con lentitud hasta casi llegar a mi ardiente núcleo.

—He recorrido el mundo entero, y visto los más bellos paisajes. Y sin embargo nada se puede comparar con tu belleza —sus palabras me conmueven y noto

como una lágrima producía por esta emoción se escapa de mis ojos.

—Ámame —le pido, pero no queriendo que solo lo haga con su cuerpo, egoístamente lo quiero todo de él. Quiero creer que por un instante su futuro no le

pertenece al destino, me pertenece a mí.

Derek no responde, aparta la mirada y eso me duele. Pero no puedo analizarla, pues sus dedos acaban por acariciar mi sexo y su caricia me hace olvidarme de

todo. Me acaricia con maestría. Como abre mis pliegues y juega con ese pequeño botón que ayer descubrí que tenía vida propia. Me pierdo en este mar de pasión

y no soy consciente de que Derek se ha situado entre mis piernas hasta que su aliento me acaricia ahí donde hace un instante estaban sus dedos. Voy a protestar

pero en vez de palabras de mis labios sale una especie de gemido cuando me besa en mi cima inexplorada. Bajo la mirada y la imagen que tengo ante mis ojos me

enciende.

Me retuerzo, gimo. Imploro. Su boca me hace el amor y siento como mi cuerpo cada vez está más cerca de explotar en mil pedazos. Cuando el orgasmos llega

no estoy preparada para este estallido de placer y exploto el mil pedazos con su nombre entre mis labios.

Derek se separa y noto que se alza para buscar mis labios. En sus ojos veo su determinación a hacerme suya. No hay nada en el mundo que no desee más que

hacerle el amor. De amarlo... Que ser suya en cuerpo y alma. Pero algo me paraliza y Derek lo nota. Se gira un instante y veo su espalda tatuada y me recuerda lo

que me aflige, lo que ha hecho que me congele de golpe pasado este momento de pasión.

No quiero que se marche y su tatuaje me recuerda de donde viene y hacia donde va. Y sé que si lo dejara ir más allá nuestro lazo sería más fuerte. Más intenso que

nunca y no podría soportar decirle adiós y saber que regresa para casarse con otra. Duele, duele mucho saber que lo perderé y asustada porque no sé cómo

controlar lo que siento, lo detengo.

—No quiero hacerlo contigo —digo con firmeza eligiendo mal las palabras, y por su dolor sé que las ha malinterpretado, pero me da igual solo quiero salir de

aquí. Recojo mi ropa y me separo de él necesitando distancia. Me pongo temblorosa la camiseta y la falda y solo cuando siento la seguridad de la ropa puesta me

atrevo a mirarlo con los ojos llenos de lágrimas y lo que veo me paraliza. Derek está enfurecido y sé que ha malinterpretado mi rechazo, que él cree que lo rechazo

por su pasado.

—¿Qué pasa, Evelyn? ¿En tu mundo perfecto no hay tiempo para un príncipe manchado de sangre? —Parece molesto, dolido y yo abro la boca para decirle

que si lloro no es por sus besos, sino porque lo quiero demasiado como para decirle adiós.

—Yo... No...

—¿Te crees que para mí es fácil todo esto? —« *¿El qué?* », quiero gritar con fuerza, pero no lo hago, me da miedo la respuesta pues no estoy preparada para

saber si me ama, ahora mismo estoy asustada y no sé si eso cambiaría algo o lo complicaría todo—. Ahora estoy aquí, Evelyn.

—Pero tal vez dentro de cinco minutos te hayas ido para siempre —reconozco y lo miro con una entereza que estoy lejos de sentir.

—Entonces es mejor dejarlo ahora para siempre, ¿no? —pregunta con voz dura.

—Es lo mejor y lo sabes. Ir más allá solo lo complicaría todo.

—Sí, para una mente tan ordenada y perfecta como la tuya.

—Derek, yo lo siento.

—Tú no sientes nada, en el fondo no soportas la idea de acostarte con un asesino y esperas que crea tus excusas. Déjame solo —abro la boca para decirle la

verdad, que lo amo y no sé cómo sobrellevar esto. Que me siento más perdida que nunca y no quiero perderle, pero no lo hago, porque quiero creer que decirle

adiós ahora es lo mejor para los dos. Soy una cobarde y una desgraciada por no saber aprovechar la oportunidad que me ha dado la vida, aunque solo sea por un

tiempo limitado.

—Es mejor así. Es mejor no ir más lejos —repito para convencernos a ambos. Si ya me duele su partida y aún está a mi lado, no quiero ni pensar el dolor que

sentiré.

—Buenas noches, Evelyn.

Salgo de la salita sin mirar atrás. La frialdad de sus palabras me deja helada, me invade una inmensa tristeza y sé qué es lo que debo hacer: irme de este castillo.

Es mejor así, ¿verdad? Ya no sé qué pensar. Lo dejo porque no quiero perderlo y es justamente eso lo que estoy haciendo. Él no me ha dicho que me quiere. ¿O me

lo ha dicho con gestos porque no es capaz de decirlo con palabras? No... Él no... Debo irme. Ya no sé ni lo que pienso. Estoy aterrada por lo mucho que lo amo y

no poder aceptar que regresará.

Salgo de la sala y comienzo a meter mis cosas en la maleta. « *Es mejor así. Es mejor así* », me repito una y otra vez con cada prenda que guardo. « *Sí, es mejor*

así. » Al preguntármelo cuando ya tengo hecha la maleta, me doy cuenta de que estoy tomando el camino más fácil, no el correcto, ni el que anhelo tomar. ¿Por qué

soy así? ¿Por qué no podré hacer por una vez una locura? Llevo toda la vida conformándome, ¿Por qué ahora no puedo seguir haciéndolo? Porque a Derek lo amo

como nunca he amado a nadie y no sé conformarme cuando el hecho es aceptar que se irá para siempre.

Derek

Desde el balcón veo cómo Evelyn se aleja del castillo. He escuchado cómo hacía la maleta. Tal vez sea mejor así, aún no sé cómo manejar lo que siento. Mis

labios todavía anhelan los suyos. Su sabor todavía está latente en mí. Y mi cuerpo se muere por unirse al suyo.

No puedo dejar de recordar lo bien que me sentí mientras le hacía el amor con mi boca. Como se deshacía entre mis brazos. Tan hermosa entre ese suelo de

flores que no han tardado en desaparecer tras su partida. Cuando Evelyn me acaricia, no siento el amargo recuerdo de las manos de Débora, la hija de Jafet, ni el peso

del recuerdo que no ha dejado descansar mi mente desde el día en que Débora consiguió lo que quería.

Pero cuando todo me parecía perfecto, vi horror en su mirada. Un horror que me dejó helado y me trajo de golpe todos los recuerdos que a su lado consigo

mantener a raya.

Creé un escudo a mí alrededor y es posible que le dijera cosas de las que me arrepentiré. Pero su mirada y sus palabras se clavaron en mí.

Una parte de mi siente que lo malinterpreté todo. Y otra que es mejor dejar que se marche y que viva su vida lejos de mí. Yo no puedo ofrecerle nada y a ella

desearía dárselo todo. Aunque eso me pese debo aceptar que ella estará mejor lejos de mí. Ahora mismo, con estos sentimientos tan latentes, no podría conciliar el

sueño. Una oscura y fuerte tormenta se cierne sobre el castillo, es mejor que descargue mi furia de otra manera. Es mejor que baje a entrenar y descargar así mi

dolor.

Son más de las tres de la mañana cuando decido parar. No he dejado de pensar en ella y en su cara surcada por el dolor. No me va a ser fácil verla sin decirle

nada. Me he acostumbrado a tenerla cerca pero debo respetar lo que desea Evelyn. Aunque me mate. Ahora sé que el horror que vi en su mirada no fue por mí, tal

vez fuera ante el destino que nos espera. Debo respetar su decisión. Ella no me ha juzgado por la vida que llevé y yo le debo al menos eso, aunque me duela verla en

la distancia, sin poder decirle nada.

Dejo la espada apoyada en una de las paredes de la caverna y me dirijo hacia uno de los espejos mágicos. Lo había creado para ella, pero ahora es demasiado

tarde. El marco de plata y piedra está situado en la pared de la caverna y conserva la rugosidad de esta. No se refleja mi imagen, solo muestra lo que quieres ver del

exterior. El centro del espejo es de un color plateado brillante. Cuando paso la mano sobre su superficie, pensando en Evelyn, brilla con un intenso color verde, que

desaparece y muestra su imagen. Ella y Ana están atiborrándose a chocolate. La mesa está llena de dulces pero ambas tienen la mirada perdida y mojan el bollo en

el chocolate sin hacerle mucho caso. Me centro en los ojos de Evelyn y una vez más veo en ellos ese profundo dolor que me parte el alma. Odio ser el causante de

ello. Me gustaría ayudarla, pero no puedo, solo puedo alejarme de ella y, aunque me cueste, lo haré. Se lo debo si eso la hará feliz. Pero si me pide ir a su lado no

dudaré en hacerlo. Pues no lleva ni unas horas lejos de mí y ya siento el peso de su ausencia.

La echo de menos. Quiero aprovechar el tiempo que esté aquí y me duele que solo sea viéndola de lejos. Nunca deseé nada de todo esto. Nunca pedí sentir

nada, y ahora que lo siento, soy tan desdichado como feliz. No quiero que nadie me arrebatase lo que ella me hace sentir. Es mío. Es algo entre los dos. Algo que

ninguno ha pedido, pero que el caprichoso destino nos ha concedido. Pienso guardar como un tesoro los días que pueda estar a su lado. Y hacer lo imposible para

no olvidarme de ninguno de los recuerdos que atesoro en mi mente. Me asfixia la idea de un día no recordarla o de hacerlo y no haber aprovechado todo el tiempo

que tenía para estar a su lado. No sé qué es peor...

Hace una semana que Evelyn no me habla y cada día se me hace más difícil no acercarme a ella. La necesito como nunca creí poder necesitar así a alguien. Me

siento un estúpido por buscar cualquier excusa, por tonta que sea, para poder hablar con ella, pero siempre me detengo antes de hacerlo. Debo respetar su decisión.

El dolor se refleja en sus bonitos ojos dorados y me siento culpable por ello, ¿Qué puedo hacer?

La veo salir de clase y alejarse sin mirarme, como si no existiera para ella, como si nunca hubiéramos compartida nada y la intimidad vivida entre los dos no

hubiera significado nada. Me siento tentado de llamarla para que se detenga, pero una vez más solo callo y observo como la pierdo de vista.

—Derek, vamos a ir comer a la hamburguesería del puerto. ¿Te apuntas? —miro a Adrián y a Rita, últimamente están siempre muy juntos. Parece que Adrián

ha decidido dejar de esperar a Ana.

Supe que le gustaba poco después de entrar aquí como profesor, la forma que tenía de mirarla se asemejaba a la mía al contemplar a Evelyn. Nunca lo hemos

hablado, pero hay ocasiones que las palabras son innecesarias cuando ves *la mirada* en una mirada.

—Sí, por qué no.

Recojo mis cosas y, tras dejarlas en el despacho y coger mi chaqueta, salimos hacia la hamburguesería. Ana y Evelyn también están aquí, y no solas

precisamente. Dos de sus compañeros de clases están con ellas, y el moreno está demasiado cerca de Evelyn.

Los celos arden en mí, pues no es la primera vez que he visto a Luis rondarla, hasta ahora ella lo ignoraba. Pero parece ser que eso se ha acabado. ¿A qué se

supone que está jugando?

—Vaya, interesante, al parecer Luis y Fer han conseguido la cita doble que querían.

Evelyn sonríe ante un comentario que le hace Luis y la mano de este le recoge un mechón de pelo y se lo coloca detrás de la oreja. Siento unos celos punzantes

atravesarme y solo se me pasan cuando veo cómo Evelyn se aleja algo incómoda de él. Intento recordarme que ella no es mía, pero no estoy haciendo muchos

progresos.

—Vamos, chicos, allí hay una mesa. Me muero por una hamburguesa —Rita nos mira sonriente y coge a Adrián del brazo—. Mira que son insoportables

algunos en clase —exclama Rita cuando ya nos hemos sentado—. No paran de hablar y luego me piden que se lo explique otra vez.

—A mí eso no me pasa, solo se lo explico una vez. Si no se enteran, es su problema —admito, cogiendo la carta que acaba de aparecer ante mí.

—¿Tienes ganas de volver? —me pregunta Rita cuando ya hemos pedido.

Ya todos en el pueblo saben que regresaré, el director es un chismoso y cuando se lo dije no tardó en divulgarlo por todo el pueblo.

—Sí. Claro.

«No, ninguna», pero no se lo diré a nadie. Debo volver para cumplir mi venganza, se lo debo a mis padres. Además, aunque quisiera quedarme, no puedo.

—Es normal, allí serás rey —me mira con admiración por el cargo que obtendré, no por la persona que soy hoy. Solo Evelyn es capaz de verme solo a mí y

no a mi rango.

—Sí, estoy deseando ser rey. ¿Quién no? —«Yo.» No estoy preparado para serlo, pero aceptaré mis responsabilidades, todas ellas, y trataré de ser un buen

rey.

—La verdad es que tiene que ser súper emocionante —dice Rita con voz soñadora—. Si te soy sincera no me alegra que te vayas a ir —admite.

—Es lo que hay —escucho la risa de Evelyn y me giro a tiempo que la veo sonreír a Luis por alguna estupidez que seguro ha dicho.

Siento los celos crecer dentro de mí y me cuesta mucho no levantarme y sentarme en medio de los dos. Aparto la mirada y me centro en la cena que nos

acaban de traer. Adrián y Rita cuentan experiencias que han pasado en clase, yo hago como que les escucho pero no dejo de mirar a Evelyn, en una de las ocasiones

sus ojos se han cruzado un instante con los míos.

Escucho su risa de nuevo y me giro para observarla una vez más. Se ríe por algo que ha dicho el esmirriado de Luis pero, de pronto, gira la cabeza en dirección

a la puerta y su cara pierde todo el color. ¿Qué sucede? Una joven de pelo castaño mira sonriente a Evelyn, pero su sonrisa no es limpia. Algo no me gusta de ella

y menos al ver como Evelyn se ha quedado pálida ante este encuentro. Al mirarlas siento como si ambas conocieran un secreto que los demás ignoramos. Se acerca

a Evelyn y se lanza a sus brazos con efusividad pero Evelyn se muestra impasible.

—Vaya, parece que Evelyn conoce a la hija de director, Rona. Es una muchacha muy buena. Siempre está pendiente de los demás cuando viene de vacaciones

del internado. Nunca he entendido por qué a Ana no le cae bien —dice Adrián.

Rona empieza a hablar con Evelyn, que la mira sin decir nada, y Ana, reflejando un profundo y sincero odio, se levanta y, tras despedirse de los chicos, coge a

Evelyn de la mano y salen de la hamburguesería juntas. Evelyn no está bien. Reprimo el impulso de levantarme e ir tras ella, pero sé que Ana la podrá ayudar y

más ahora que Evelyn vive en su casa. Ella sabrá cómo tratarla.

Tras el incidente de la hamburguesería, volví al castillo a entrenar, o mejor dicho, a mirar por el espejo a Evelyn. La veo sentada en una cama. Tiene los ojos

tristes y su postura es la de alguien que se siente derrotada. Me duele no poder abrazarla y darle mi apoyo. Sigue llevando el vestido azul que llevaba esta tarde,

que realza sus bellas curvas esas que me torturan cada noche donde al despertar la busco y solo encuentro una cama vacía y el amargo recuerdo de lo que pudo

haber sido.

Me centro en la imagen. Ana está escuchando de qué conoce Evelyn a Rona. Aunque me siento mal por meterme en su intimidad, no estaba tranquilo sabiendo

que ella sufría y yo no podía hacer nada por ella.

Al parecer Rona es una antigua compañera del internado, una que le hizo la vida imposible. Todos la adoraban, menos ella y Rona siempre la acusaba de cosas

que no eran ciertas y todos la creían. Evelyn pasaba días encerrada en un cuarto minúsculo, comiendo lo mínimo, para reflexionar sobre actos que no había

cometido. Parece increíble que sea capaz de tanta maldad; pero la tendré vigilada.

Entro en la universidad y nada más hacerlo, siento la mano de alguien en mi brazo. La aparto y miro a la dueña: Rona.

—Mi padre me ha hablado mucho de ti, su alteza. Es un placer conocerle —me mira con una amplia sonrisa.

—Me alegro —prosigo mi camino, pero la insistente Rona me sigue los pasos.

—Mi padre me ha puesto en todas sus clases, dice que es la mejor forma de aprender, que es usted el más fuerte de todo el reino —aletea las pestañas, aparto

la mirada y veo a Evelyn, no muy lejos, mirarnos. Una parte de mí quiere seguir haciéndolo para ver si así despierto sus celos, pero no lo hago, no quiero hacerle

más daño y no creo que los sintiera por algo así.

—Bueno, pues luego nos vemos —empiezo a alejarme hacia mi despacho y escucho cómo Rona me dice que estará encantada de ir a mis clases.

En el tiempo de descanso entre clases voy hacia el coche para dejar unos libros que he cogido de la biblioteca, pero me detengo antes de llegar a él cuando veo

a Evelyn pegando un puñetazo a Rona, con ganas. Esta cae al suelo, se toca la nariz y la mira con los ojos llenos de lágrimas. Le dice algo a Evelyn que no entiendo

y llora ante una Evelyn que la mira impasible desde arriba como si no le importara ver la sangre correr ni su estado.

Esta escena no me cuadra. Evelyn no pierde así los nervios, siempre es muy correcta y se calla lo que siente, no creo que ella sea capaz de pegar a Rona.

Cuando vio cómo se portaba Rona en el internado, no movió ni un dedo. Algo está pasando, algo no me gusta.

Evelyn

Impotente, contemplo la escena que Rona ha creado y cómo mi yo imaginario la ataca. Ahora lo entiendo todo. Así era cómo me culpaba. La escena

desaparece ante mis ojos y Rona se sujeta la nariz tirada en el suelo. La miro incapaz de dar crédito a lo que veo cuando de esta sale sangre que dudo que sea de

verdad y me pregunta con los ojos llenos de lágrimas por qué he hecho algo así. ¡Tendría que haberle pegado de verdad!

—No sé por qué me haces esto —insiste como si lo vivido no fuera más que una ilusión creada por su enfermiza mente—. Yo no te miraba como ellas, aunque

sabía que eras una cualquiera que se escapaba para ir con los chicos del pueblo. ¡Qué engañados que nos tenías a todos...! —siento la furia nacer en mí. Me

acusaba siempre de eso, pero era ella la que se iba. *La buena de Rona.*

—Yo no...

—Evelyn, ve a mi despacho —la voz de Derek hace que me tense. ¿Creerá a Rona? ¿Él también me dará de lado? Cuando trato de sumergirme en sus fríos

ojos, no puedo percibir nada, solo el anhelo de verme reflejada en ellos durante estos días, de que me miré como esa última noche cuando sentí que lo era todo para

él, pero ahora ya no sé si fue verdad o mi deseo de serlo—. Ve, Evelyn. Ahora me reuniré contigo.

Miro a Rona, que se acerca a Derek cuando este la ayuda a levantarse y me sonrío triunfante. Una vez más, lo ha conseguido, pero me duele más pensar que

Derek creará todo lo que ella le cuente del internado. Me conoce mejor que nadie, pero confía en ella antes que en mí. Me duele ver como él le pregunta a Rona si

está bien y esta le hace ojitos, como lo ha encandilado... Me entristece que haya dado por bueno lo que ha visto sin plantearse si yo haría algo así. Y está claro que

Rona va tras Derek solo hay que ver cómo le hace ojitos.

Me marcho presa de los celos y de la rabia porque me haya creído capaz de algo así. Y sintiéndolo más lejos que nunca de mí.

Escucho la puerta cerrarse a mi espalda y me giro para enfrentarme a Derek. Está apoyado en esta y me mira sin comentar nada. Cuánto lo he echado de

menos, he sido una estúpida. Si pudiera volver atrás en el tiempo, lo agarraría con fuerza y no lo dejaría marchar. Aprovecharía cada día que la vida me diera a su

lado, aunque luego él se tuviera que ir, pero ahora ya es tarde, solo hay que mirarle a los ojos, teñidos de indiferencia. Agacho la cabeza, me duele ver esa mirada.

Al poco de irme me arrepentí. Me di cuenta de que todo era producto del miedo que me da su despedida. De no saber cómo sobrellevar el vivir sin él si lo

llegaba a recordar. Pero si he de ser sincera estos días han sido un infierno. Pues tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos me mata por dentro. Siento como si estuviera

desperdiciando un tiempo valioso. El problema es que cuando mi mirada se cruza con la suya, lo siento tan lejos que no sé cómo acortar esta distancia que se ha

impuesto entre los dos.

—Yo... Lo siento —sé que no sirve de nada que trate de defender mi inocencia. Todos siempre creen a la buena de Rona.

—¿Qué sientes? ¿Qué Rona use su poder para culparte de lo que a ella le plazca? —lo miro asombrada y sonrío sin venir al caso al ver su confianza puesta en

mí. Es como si me acabara de decir las palabras más esperadas del mundo—. ¿Se puede saber de qué te ríes? No deberías dejar que te manipule de esta manera.

Debes defenderte, no dejes que te anule.

Siento como si Derek quisiera añadir algo más. ¿Qué estará pensando? Mi corazón late deprisa, aunque no sé por qué, pero cuando se aparta de la puerta y

me la abre para que salga, sé que no era eso lo que quería. Había esperado un abrazo o un gesto de cariño, algo que me hubiera hecho correr a sus brazos y decirle

que me arrepiento de lo que pasó la otra noche, pero está claro que él prefiere dejar las cosas como están.

—Gracias por creer en mí —digo al pasar a su lado, y, una vez más, espero un mínimo gesto que me advierta de que hay esperanza, pero él únicamente

asiente y mi sonrisa se pierde. Me alejo de allí antes de que las lágrimas que me nublan la vista salgan sin que pueda detenerlas.

—No llores niña, no merece la pena —me detengo a escuchar la voz de una anciana, y me giro para ver de quién proviene: una abuela misteriosa.

Va vestida con ropas austeras y bastas, seguramente de otro siglo. Aunque en ella lucen como si fueran la última moda. Su aspecto es entrañable, pero

desconfío de si esta mujer se ha acercado a mí con buenas intenciones. Sus ojos parecen muy sabios, tanto que cuando su mirada se cruza con la mía me recorre un

potente escalofrío.

—Soy *la vieja de la montaña*, así me conocen por aquí. No debes temerme niña. De vez en cuando bajo para dar una clase a los jóvenes. Estaba desando

conocerte.

—¿A mí? —aunque ha dicho que no, no puedo evitar desconfiar. No la conozco de nada.

—Sí, hace tiempo que te vi en los cristales del futuro, ellos me han hablado de ti. No temas, niña, solo te diré algo que me dijeron: « *Solo una joven de corazón*

puro y ojos dorados como el mismo sol será capaz de mirar al águila como a un igual, sin amilanarse. No solo la temerá, además, le devolverá la vida a su

maltrecha alma». —la miro pensado qué ha querido decir la mujer.

»Al pronunciar « *El águila* » he pensado en Derek, pero no creo que yo sea capaz de dar vida a su alma. Lo he perdido por mi miedo a perderlo, algo

demasiado irónico—. Sí, es curioso que lo hayas perdido, cuando era eso justamente lo que no deseabas.

—¿Pero cómo?

—Tengo casi tanto poder como tu príncipe para adentrarme en la mente de quien desee, que no te engañe mi aspecto, joven. Voy a dar una clase. Si quieres

algo, búscame en la montaña, y, Evelyn —advierte cuando se aleja—, no dejes que Rona te pisotee. Eres mucho más fuerte que ella. Es una lástima que no quieras

sacar toda la magia que hay en ti, pero podríamos remediarlo —me guiña un ojo y sonrío—. Recuerda dónde podrás encontrarme. Nos veremos pronto.

—¿En serio te dijo eso? ¡Es increíble! Debes creerla, siempre ha acertado. Ella fue quien dijo que este año una joven abriría la puerta —me mira sonriente—.

Tal vez por eso había más gente aporreando tu puerta.

—Ya no es mi puerta, ni mi castillo.

—Ya... —Ana y yo estamos en la hamburguesería, en una de las mesas que dan al mar. Mirarlo, aún me produce escalofríos, pero prefiero vencer mi miedo y

venir, o más bien, hacerme la valiente, porque no hay segundo que me relaje—. ¡Qué fuerte lo de Rona! A mí nunca me ha caído bien, pero todo el mundo la adora.

Adrián y ella siempre se han llevado bien, aunque ahora... —No acaba, pero ambas sabemos que ha querido decir que ahora está Rita. La otra noche, cuando fui a

su casa tras la pelea con Derek, entre dulce y dulce, me confesó que le dolía más la pérdida de Adrián que el año que su novio llevaba fuera. Le dije que si pensaba

así era porque seguir con alguien, al que realmente no se quiere, es lo fácil, para no salir lastimado si la cosa iba mal, y que Adrián le importaba lo suficiente como

para temer su pérdida si algo no salía del todo bien. No quise decirle que lo quiere por miedo a que él se marche al oír esas palabras. Estamos consiguiendo

justamente lo que no queremos: perderlos—. Bueno, ahora ya no va tanto tras Adrián. Lo ha substituido por

Derek, un príncipe a ella no se le puede escapar —

exclama en tono burlón. La miro molesta y ella ríe—. ¡Hablando de príncipes! El tuyo acaba de entrar, cómo no, seguido por Rona, Rita y Adrián. Rita y Rona son

íntimas amigas que lo sepas.

Rona hace lo imposible por llamar la atención de Derek pero este tiene la mirada perdida, aunque acaba de alzarla hacia mí. Lo miro sin saber qué decir,

sintiendo la imperiosa necesidad de correr hacia él e implorarle otra oportunidad, si es que en su día la tuve. Ya no sé qué pensar. He repasado lo vivido una y otra

vez y cada vez dudo más de qué sentí y de qué vi en los ojos de Derek. Temo haber confundido con amor lo que en verdad solo es pasión. No estoy preparada

para aceptar que me entregué de esa forma a alguien que no siente nada por mí. Yo sé que no lo habría hecho de no amarlo.

Desde que los padres de Ana se han ido, comemos aquí. Yo sé defenderme más o menos en la cocina, pero Ana no tiene ni idea. « *Ahora es cuando echo de*

menos a la cocinera del castillo. » Tras pensar esto, miro a Derek y, para mi sorpresa, sigue mirándome serio. Está situación es una estupidez, estoy

desperdiciando la única oportunidad de estar con él.

Sigo comiendo, si es que a una hamburguesa con patatas se le puede llamar comida y el estridente sonido de una risita llama mi atención. Me giro hacia el lugar

de dónde proviene: Rona trata de poner sus manos en Derek, pero él se aparta educadamente.

—Nunca deja que otra le toque. Solo tú. No es la primera vez que lo veo. Esta mañana Rona le puso una mano en la espalda y él se tensó. Solo te deja a ti.

No me había dado cuenta de eso, pero tras escuchar a Ana, sé que es verdad. ¿Por qué? Me pregunto si tendrá algo que ver con lo que vivió con aquel pirata.

De repente, un frío gélido se filtra a través de mis huesos. Miro hacia la ventana al tiempo de ver cómo esta se quiebra.

—¡¡Al suelo!!

Ana me mira confusa, pero al verme saltar al suelo, se tira ella también y sentimos los cristales, reducidos a polvo caer, sobre nosotras.

Los cristales hechos añicos caen sobre nosotras como si fueran polvo helado. Cunde el pánico en la hamburguesería y la gente grita aterrada sin comprender

que sucede. Me giro hacia fuera, no veo al pirata pero sé que no está muy lejos mirándome fijamente. Su horrible carcajada está penetrando en mis oídos y me temo

que tan solo yo la puedo escuchar. Siento como el aire cambia y como se prepara para otro ataque congelando

el suelo de la salida, por donde la gente saldrá y

resbalarán. Trato de recordar cómo conseguí el otro día evaporar al pirata.

Sin pensarlo mucho, salgo hacia la calle por la ventana rota, pisando sin cuidado los trozos de cristal, hacia Jafet, sintiendo que solo yo puedo detenerlo

usando mi poder. Todo ha pasado tan rápido que nadie se ha movido del sitio impactado por lo sucedido.

Derek grita y luego profiere una maldición cuando me ve sola ante esta espesa niebla que se está formando. Me giro y veo por qué no puede salir.

Prácticamente todos los del restaurante están atrapados en el interior de un escudo de hielo transparente, también él. El cielo se tiñe de oscuro. Derek está furioso y

yo asustada, ahora mismo no me siento tan valiente y no entiendo bien por qué he salido, creyendo que podría vencerlo de nuevo. O sí, para proteger a Derek. Por

qué sé que este malvado pirata lo quiere a él. Quiere que su muerte sea la condena de Derek y no pienso permitirlo. Aunque ahora tengo claro que Jafet, el oscuro

esperaba algo así y yo he caído como una tonta en la trampa. Observo a Derek y, abro mi mente a él sin dudar.

— *Evelyn huye, es más fuerte que el otro día, tiene al mar muy cerca y puede extraer la fuerza de este. Ve a la caverna, allí tú tienes más poder y, por lo que*

más quieras, no vuelvas a cometer otra estupidez —lo miro enfadada. El hielo no es muy opaco y puedo verlo con claridad. Pienso en hacer lo que ha dicho Derek,

pero al mover los pies, me doy cuenta de que están clavados al suelo y se van congelando—. *¡Maldita sea!* —la furia de Derek me recorre y me giro para mirar al

pirata, que sonríe al contemplarme. Intento usar la magia para descongelarme los pies, sin perderlo de vista. ¿Qué estará tramando? Una vez liberada, soy lanzada

contra el hielo que ahora cubre el local. Un rayo cae cerca de mí y noto su poder recorrerme y darme fuerzas.

—Vamos, *principito*, acaba con lo que has empezado.

Levanto la vista para ver el duelo de miradas entre Derek y el pirata. La chaqueta del fantasma se evapora y un corazón azul, se muestra ante mí. Derek va a

acabar con él, y eso lo marcará de por vida.

Trato de centrar mis poderes en calentar la tierra y hacerlo desaparecer. El calor empieza a hacer efecto. La imagen de Jafet se evapora muy rápido, veo como

el agua empieza a disiparse y como su imagen se va desfigurando mientras no deja de sonreír, como el que sabe que este no es el final, que solo le estamos dando

tiempo para que cumpla su objetivo.

Siento tanta rabia que gasto todas mis energías en lo que estoy haciendo y noto como con este último esfuerzo desaparece de aquí, al tiempo que una bola de

energía cae sobre él. Me quedo desconcertada pues ahora mismo no sé si yo he sido la causante de ello. Escucho el hielo quebrarse y como la gente empieza a salir

de la hamburguesería.

—¿Estás bien? —Siento los fuertes brazos de Derek agarrarme con fuerza. Su corazón late con fuerza y sus manos firmes me sujetan temiendo que si salgo de

ellas pueda sucederme algo malo—. ¿Estás bien? —repite con voz preocupada. Solo puedo asentir, no comprendo qué ha pasado y eso me asusta. He llegado a

sentir tanto poder descontrolado en mí que hasta he dudado de si esa bola de energía la he lanzado yo. He temido que el no poder controlar mi poder pueda hacer

daño a alguien, nunca he sentido tal fuerza y me asusta no saber controlarla. Me miro a Derek a los ojos.

—¿He sido yo? —Derek niega con la cabeza y alza una mano a mi frente y me acaricia con suavidad, supongo que alguna herida.

—Ha sido la estúpida de Rona —explica Ana. Me giro hacia donde mira esta. Toda la gente del pueblo está dándole la enhorabuena y aplaudiendo su

actuación. « *Ella siempre será mejor que yo.* » Las palabras de la vieja acuden a mi mente. ¿Es posible que ella supiera que esto iba a pasar?—. Vamos a casa.

Asiento y miro a Derek que no se ha separado de mí. Espero a que diga algo, a que se ofrezca a acompañarnos, a que me obligue a ir al castillo, pero él

simplemente se aparta, sin dejar de mirarme, dejando que sienta un gran frío por su ausencia, y no solo físicamente.

—Cúrate esas heridas —asiento incapaz de decir una palabra, si hablo notará mi voz rota por el dolor.

Me dirijo a la casa de la montaña. Le he dicho a Ana que quería estar sola y ella lo ha entendido. Hace dos horas del incidente y aún espero, como una tonta,

una llamada de Derek para saber cómo estoy. No ha habido esa suerte. Lo echo de menos, incluso su forma de meterse conmigo, pero no sé qué hacer para

recuperarlo.

Sigo caminando un poco más, reflexionando en lo vivido. En como la magia fluía en mí. No puedo evitar pensar en mis abuelos, si vieran lo que voy hacer

ahora me repudiarían. Los llamé el otro día para saber cómo estaba mi abuelo. Mi abuela aseguró que estaba bien. Y como no, exigí que regresara. Cuando le dije

que no podía empezó a gritar lo impresentable que era hasta que le colgué al no poder soportar sus insultos.

Saber que los defraudo me entristece pero no puedo marcharme. Cuando hablé con mi abuelo al llamar a su

despacho lo escuché como daba órdenes de aquí

para allá y eso me dejó más tranquila, pues si está trabajando y muestra esa energía no debe estar muy mal. He llegado a hasta pensar que Dani se lo inventó todo

para retenerme a su lado, pues mis abuelos no me han dicho nada del amago de infarto.

Decido dejar de pensar en ellos o no terminaré de recorrer el camino que me queda hasta la cabaña. Y ha llegado la hora de que acepte del todo mi don y lo

sepa utilizar. Cuando lo uso me siento más libre que nunca. Como cuando la ropa te oprime y al quitártela sientes liberación, es como si mis poderes hubieran

estando todo este tiempo oprimidos en mi pecho y ahora que por fin los dejo salir, dejara de sentir es peso latente en mí. No hay marcha atrás. Es hora de que

acepte quien soy.

Sigo caminando un poco más y entre ramas y rozas aparecer una pequeña cabaña. Hoy hace frío, y el humo que desprende la chimenea me hace anhelar la

calidez del fuego que se encuentra en el interior de esas cuatro paredes. Es una cabaña de madera de un color marrón muy cálido y, aunque se ve antigua, también es

reconfortante y entrañable.

—Pasa, te estaba esperando —mi mano se queda alzada ante lo que tendría que ser la puerta, porque la mujer la ha abierto y me observa con una amplia

sonrisa—. Vamos, no te quedes ahí fuera, hace un frío de mil demonios —me asombro al ver la calidez del hogar de la mujer. Me había esperado algo más oscuro,

no tan cálido y hogareño—. Soy una bruja moderna —la mujer se ríe. Seguro que está en mi mente—. He preparado bollos y chocolate caliente.

—Gracias —evito las estúpidas ganas de preguntarle por qué sabía que iba a estar aquí.

—Come tranquila. Ya habrá tiempo para hablar —obedezco pero, al acabar, no puedo esperar más a preguntarle.

—¿Sabías que me iba a atacar el pirata? —Ella asiente—. ¿Por qué no me previniste?

—Necesitabas ese ataque para desear ser mejor con tu magia. Si te lo hubiera dicho, seguirías negando una parte de esta y eso solamente te hace daño a ti. En

ocasiones es bueno dejar que ciertos acontecimientos se desarrollen porque son el precedente de otros.

—Es posible.

—Ya has cruzado la barrera entre el mundo mágico y el mundo sin magia. Ahora estás dentro del mundo mágico, vas a defraudar a tus abuelos uses poca o

mucha magia —agacho la mirada—. Evelyn, ellos deben aceptarte tal y como eres. Si lo que pretenden es que

cambies una parte de ti, y una muy importante, es

que no te quieren a ti, sino a la persona que ellos quieren que seas. ¿Tú quieres eso? ¿Saber que solo te quieren porque eres perfecta para sus ojos? —Niego con la

cabeza—. Lo imaginaba. Hoy empezarás tu entrenamiento. ¿Hay algo más que me quieras preguntar? —Sabe que tengo cientos de preguntas, pero la que más

preocupa ahora es una—. Él se irá. Aun así, ahora está aquí y ambos estáis desaprovechando la oportunidad que os ha dado la vida. Es como si no te hubieras

tomado la taza de chocolate porque sabes que se va a acabar, pero ya la has saboreado, la has disfrutado y, aunque ya no quede nada de chocolate, el sabor y el

recuerdo siempre perdurarán en tu mente.

—Cuando él se vaya, el futuro cambiará y yo lo olvidaré —explico perdida en la tristeza. Aunque siempre he sabido que se acabaría yendo, tenía la ciega

esperanza de que pudiera quedarse para siempre aquí.

—Quizá. Pero tu alma siempre lo recordará.

—¿Por qué me ha tenido que pasar a mí esto?

—Porque era tu destino. Y por cierto, me llamo Cristal —la mujer coge mi muñeca y señala el semicírculo cuando me quita la muñequera. No me da tiempo a

preguntar más, se levanta y abre la puerta, dejando pasar al frío me la vuelvo a poner, me siento más protegida con ella, como si sintiera que debo ocultarla—. Y

ahora, vamos fuera.

—¿Fuera? —exclamo incrédula.

—¿Por qué te crees que he hecho chocolate caliente? —se ríe—. Vamos. Tienes que transformar este frío en calor, y hacer que de ese calor florezcan hermosas

flores. No es tan difícil.

No, claro. Simplemente estoy empezando a pensar que esto de venir aquí no ha sido tan buena idea. Derek se irá, no puedo evitar estar triste. ¿Hasta cuándo

estará aquí? Sea como sea, si sigo alejada de él, será un tiempo perdido. Siento una fuerte opresión en el pecho, creía que existía una mínima posibilidad de que él no

regresara. De que su destino fuera quedarse. Saber que no es así me ha dejado devastada y me es difícil seguir a Cristal sin que la pena me consuma.

Evelyn

Nos dirigimos a un claro abierto en el que puedo escuchar el sonido del mar a lo lejos, aunque no puedo verlo.

—El suelo a nuestros pies está seco. No creo que sea una coincidencia, ¿no?

—No, eres muy lista Evelyn.

—¿Hace mucho que sabes que lo harías? —Cristal, me observa y se muestra muy seria un instante, pero luego me sonrío.

—Sí... y no. Tengo la sensación de que espero a alguien, de que mi destino es ayudar a una joven, por unos instantes creí que eras tú, pero ahora sé que no.

Aunque también sé que estoy destinada a enseñarte lo que sé.

—Pero no soy quien esperabas.

—No. Mis visiones no siempre son claras, en muchas ocasiones son confusas, otras son sueños, o algunas veces meras sensaciones. Siempre me dejo guiar

por mi instinto.

—Tal vez puedo ayudarte, ¿Qué sabes de la joven que buscas?

—¿Intentas retrasar tu entrenamiento?

—Sí... No sé qué debo hacer. Sé que hay en mí, pero... ¿Por qué? ¿Por qué existen personas mágicas y por qué somos tan pocos?

—No somos pocos. Muchas personas prefieren ignorar que tienen *el don*, pero son muchas las que lo tienen, más de las que te imaginas.

—Siempre he pensado que lo mejor era ignorar que existía, pero ahora ya no lo veo así. Me pregunto si de verdad estoy a tiempo de sacar todo mi poder —el

aire me mueve el pelo y me lo pongo tras la oreja, nerviosa. El atardecer ya cae y junto a Cristal, me siento libre de hablar y de preguntar lo que siempre he querido

saber y decir.

—Nunca es tarde, la magia siempre estará en ti. Depende de cada uno aprovechar lo que tiene a su alcance o no. Tú has decidido explorar tu lado mágico. Pese

a que Derek ha hecho avances contigo, sigues pensando demasiado en tu familia.

—Odié estar en el internado. Me culpaba, cada día que pasaba en aquel calvario, por haber decidido usar mi magia. Si ese día no hubiera... Estaría en casa de

mis abuelos. Rona ha vuelto y, con ella, recuerdos de ese tiempo que no puedo olvidar. No quiero volver a sentir soledad, pero la siento al pensar que voy a perder

a mi familia.

—Pero estas aquí y quieres usar tu magia.

—Empiezo a pensar que este no fue el único motivo por el que me mandaron lejos, pero me da miedo la verdad. Además, si me quieren, me tendrán que

aceptar tal y como soy, ¿no? Ya no hay marcha atrás.

—¡Y no lo harás, yo me encargaré de ello!

—Gracias.

—A ti, por entretenerme —Cristal me sonríe. Cierra los ojos, alza la barbilla y deja que el viento mueva sus canosos cabellos—. ¿A qué esperas? Debes sentir

tu entorno y absorber la energía que hay en el ambiente, así tu magia interior será más fuerte. Esa es tu primera lección.

—¿Soy como una canal de energía?

—Más o menos. Sin la parte mágica de tu alma, que te pertenece por herencia, nunca podrás extraer la de tu entorno, por mucho que lo desees.

—¿Has dicho que me pertenece por herencia? ¿Por aparte de mi padre?

—Primero te he dicho que cerraras los ojos y sintieras tu entorno, pero veo que no me has hecho caso —sonríe y hago lo que me pide. Por un instante me

olvido de todo lo que me preocupa—. Hay una historia que ha pasado de madres a hijas en mi familia durante generaciones. Es algo que deberían saber todos, pero

que con el paso de los años se convirtió en leyenda, y ahora se ignora. Lo aceptan sin preguntarse por qué llegó la magia a ser parte del ser humano —Inspiro y

siento cómo el aire puro entra por mis pulmones y me llena con su maravillosa esencia. La magia entra en mí y me uno a esta paz, a esta naturaleza viva. La magia

late con fuerza deseando salir de mí—. Lo notas —Cristal sonríe, no hace falta que conteste, ella sabe verlo muy bien pese a tener los ojos cerrados—. Ahora ya

estás lista para escuchar la historia. Ven, acerquémonos al acantilado —el agua se torna rojo por el atardecer y las olas parecen más calmadas—. Siglos atrás, esta

tierra era territorio de las águilas, y también la isla que se ve a los lejos, algo oscura por el atardecer —observo hacia dónde me señala—. Poca gente la ve, hace

muchísimo tiempo, esta tierra estaba habitada por las águilas mágicas. Eran tan poderosas que para preservar su poder solo podían procrear con su otra mitad del

círculo perfecto, estaban destinados a estar con ellos desde el momento de su nacimiento. Por eso mismo, eran inmortales, aunque no todas eran mágicas. Solo las

que nacían con poderes y eran más grandes que las demás vivían aquí, lideradas por el águila rey. Por eso este reino se llama el Reino del Águila —la observo y

desvío mi mirada hacia el mar que ella observa con tanta atención—.

»Las águilas mágicas no siempre eran buenas, y el rey de las águilas, temiendo que pudieran hacer daño a los humanos, eligió a varios de nosotros para darles

parte de sus poderes y les enseñó a usarlos; capaces de pararles los pies a las águilas que quisieran poner en peligro la humanidad. El tiempo pasaba y el rey de las

águilas no encontraba, de entre los humanos que tenía bajo su cuidado, a nadie a quien legar el gobierno del reino. Los humanos, pese a que ya tenían poderes que

extraían de la tierra, se revelaron y, tras atacar a algunas de las águilas, se marcharon de allí hacia diferentes partes del mundo.

»El rey de las águilas se dio cuenta tarde de que podía haber condenado a la humanidad, porque no sabía de qué eran capaces ahora los humanos sin su

cuidado. Y hasta donde podrían llegar con los poderes que les había dado. Los vigilaron y vieron nacer a los primeros niños con el don de la magia. No podían hacer

nada, solo rezar. Años más tarde, llegó un rey que adoraba esta tierra y que luchó contra el águila, como ya habían hecho otros, pero esta vez el águila vio en los

ojos del hombre a su igual. Tuvo compasión, pudo acabar con él pero prefirió perdonarle la vida. Le cedió gran parte de su poder, que se iría transmitiendo a los

herederos al trono; pero no pensaba cometer otro error, así que tan solo lo podían recibir los merecedores descendientes herederos. Los años pasaron y el águila fue

entrenando a todos los futuros reyes...

—Derek me conto parte de ella, pero no la conoce al completo

—No lo creo e incluso yo dudo de saber la historia cierta. Siento que gran parte de esta es todavía un misterio —hace un alto—. En el 1224, un rey codicioso

y malvado, mandó destruir toda esta información. No quería tener nada que ver con el águila porque esta se negaba a entrenarlo, a enseñarle artes oscuras para

someter a sus súbitos. Lo entrenaba, sí, pero con la esperanza de que cambiara. Lo que él no sabía era que su hijo pequeño, quien memorizó y atesoró la historia,

esperando mucho tiempo hasta encontrar a alguien a quien confiarle el secreto.

»Fue una de mis antepasadas quien recibió el honor de conocer la historia. Cuando quiero saber cosas de él, la oscuridad me pesa, hay algo oscuro en la verdad

de ese joven y aunque no me gusta decir esta palabra, lo que realmente oscurece mis visiones es una maldición —me recorre un escalofrío. La historia de la familia

de Derek cada vez me fascina más, pero me cuesta creer que las águilas existieran alguna vez—. Nunca más se ha sabido de las águilas pero tengo la certeza de que

no es una leyenda. Aunque, cada uno es libre de creer lo que quiera. Vamos, volvamos a la cabaña. Mañana te quiero aquí cuando terminen las clases y ven

preparada para usar toda tu magia.

—¿Crees que el hombre, en su codicia, acabó con ellas? ¿Qué sus propios pupilos terminaron con ellas?

—¿No es acaso capaz de eso el hombre? La ambición es un sentimiento que acaba saliendo muy caro.

—¿No puedes ver nada de las águilas?

—No siempre puedo ver lo que deseo.

Contemplo la tierra con unos nuevos ojos, casi puedo ver a las águilas entrenando a los humanos mientras observo por la ventana que da a mi clase. Estamos

en clase de Derek y lo miro lo justo para que no vea en mis ojos lo mucho que lo extraño. Rona no para de hacerle preguntas y Derek le contesta pese a que en un

principio dijo que no repetiría más de dos veces lo que explicara. Puede haber algo entre ellos, y eso me hace sentir muy triste y vacía por dentro. Y siento que si

no es Rona será otra.

Los celos me consumen al imaginar a Derek haciendo a otra lo que me hizo a mí. Sabiendo que su cuerpo es acariciado por otras manos que no son las mías y

que tal vez más experimentadas le sepan dar un placer que yo hasta ahora no he sabido proporcionar...

Tal vez sea hora de aceptar que solo me deseaba, pues si fuera algo más, no existiría esta distancia. Puede tener a quien quieran, ¿por qué elegirme a mí? Ayer,

cuando me abrazó, por unos instantes creí que todo era como antes, pero me dejó marchar con Ana y ahora todo sigue igual entre nosotros. Atiendo a la clase o

más bien dejo que su voz colme mis oídos.

La clase termina y siento que alguien me observa, alzo la mirada y me encuentro con los ojos de Derek, pero Rona no tarda en llegar a su lado y ganarse toda

su atención. No sé por qué quiero hacerme más daño, tal vez debería acortar la distancia que nos separa y decirle que lo siento, pero me da miedo que me rechace,

aunque está en su derecho, al fin y al cabo salí corriendo cuando él me ofreció lo único que podía darme: un presente.

Salgo de la clase y voy hacia casa de Cristal pensando en cómo Rona nos engañó a todos en el internado sin que nadie sospechara que bajo esa inocente

apariencia también se escondía su magia.

—Ya era hora de que llegaras —Cristal sostiene una cesta, sonriente—. Vamos, comamos fuera, hace un día precioso.

—Si usted lo dice —observo el cielo y las nubes que hay sobre nuestras cabezas mientras caminamos hacia el claro donde estuvimos ayer.

—No creo que llueva, todo depende del estado de ánimo de tu príncipe.

—No es mi nada. Pero, ¿Qué tiene que ver con las nubes?

—El águila le dio el poder sobre los cielos, al monarca y al resto de los humanos sobre la tierra. Ella es la única que tiene poder sobre los cuatro elementos. A

veces, los brujos poderosos pueden atar el alma de los moribundos a algunos elementos, eso es lo que le hicieron a Jafet, el oscuro —me recorre un escalofrío que

sube rápidamente por la espalda y la mujer me mira sonriente, como si no acabara de decir algo muy importante—. El capitán está aquí con un fin.

—¡Ojalá supiera cómo ayudar a Derek...! ¡Enséñame todo lo que sabes! —la anciana se ríe.

—No sé tú, pero yo tengo mucha hambre. Comamos y después tendremos tiempo de entrenar tu mente. Ahora que he despertado tu curiosidad.

Me siento al lado de la anciana, que acaba de sentarse sobre una vieja manta y comemos en silencio. La estudio disimuladamente, sorprendida de su agilidad.

Tal vez no sea tan mayor como aparenta.

Hemos terminado de comer y ahora estamos otra vez con los ojos cerrados, escuchando y sintiendo nuestro alrededor.

—Siente la magia que hay en el ambiente. Cuando comprendas como hacerlo, siempre podrás sentir la que hay a tu alrededor, incluso los movimientos de

aquello que esté cerca o las personas. Hay muchas cosas que solo las pueden hacer determinados individuos. No todos tenemos la misma fuerza.

—Vaya —muevo una mano, como si quisiera acariciar el aire, y noto la tierra y las hierbecitas que la pueblan—. ¡Puedo sentir la tierra fluir a través del aire!

—abro los ojos.

—¡Cierra los ojos, niña!

—Lo siento —los cierro y me concentro en la tierra, puedo sentir incluso la humedad que hay en el aire. Siento la tierra bajo mis pies y recuerdo la sequedad

que había en ella. Me centro en lo que quiero conseguir y escucho su latido. Siento un pequeño cosquilleo en los dedos, cada vez es más intenso. La magia me

recorre a través de los pies, que están en pleno contacto con el suelo. Me descalzo, impulsada por la necesidad de sentir que soy una con la tierra y lentamente la

magia se canaliza en mi recorriendo todo mi cuerpo, trasmitiéndome un sin fin de sensaciones, que acaban por salir con fuerza a través de mis manos. Me dejo

llevar por la intuición, recordando lo que me explicó Derek. Siento que algo me acaricia el cuerpo y un temblor en mis pies, deduzco que es debido a mi poder pero,

cuando algo me roza la cara, asustada, abro los ojos de golpe. Para mi sorpresa me veo rodeada de frondosas y hermosas flores—. ¿Cristal? ¿Estás bien?

—Sí, todo lo bien que se puede estar rodeada de esta vegetación. Es una suerte que no sepas hacerlo bien del todo, acabará desapareciendo en poco tiempo —

Trato de moverme, pero no puedo, estoy encerrada en la cárcel que yo misma he creado. Me tenso, pero poco a poco la vegetación desaparece—. Ahora que ya

has sentido el poder, vamos a aprender a usarlo, para que sea permanente.

»Como has visto, la magia puede salir con fuerza de ti, pero no sabes controlarla y se queda en una mera ilusión. El saber qué hacer con tu poder te permite

manipularla a tu antojo. Si eres como el resto de los jóvenes, ir a clases es una tarea que llevas a cabo por obligación y no prestas atención alguna. Supongo que

menos aún en las de Derek —me sonrojo y aparto la mirada—. Él ha aprendido solo todo lo que sabe, es algo posible, pero Derek es descendiente al trono y tiene

una inteligencia con la que pocas personas cuentan. Su mente está abierta a nuevos conocimientos, piensa y se adapta rápido. De ahí que se maneje tan bien en este

siglo.

—Sí, eso he notado.

—Pues empieza a prestar atención a sus clases niña, porque sé que no vas a acercarte a él para pedirle que te enseñe lo que sabe.

—No, aún no.

—Pues ya sabes lo que te toca. Ahora cierra los ojos y siente el suelo bajo tus pies, su magia, su poder; cómo la tierra, pese a su simpleza, está llena de vida.

Nada es simple en este mundo, la magia reside en cada elemento, esperando ser recogida por quien sabe usarla —una vez más, la magia corre con fuerza a través de

mí y poco a poco va subiendo, dejando un sinfín de gratos escalofríos por todo el cuerpo. Extiendo la mano, guiada por el instinto y toda esta magia se concentra

en la palma, a la espera de que yo la manipule a mi antojo—. Ahora, simplemente, desea que el suelo que hay bajo tus pies se cubra de un espeso césped; deja que

salga lentamente, aún no sabes dominarla y si te exiges mucho se quedará en nada.

Deseo que la magia salga de mí con potencia, pero sin prisas, apreciando cada caricia que deja en mis dedos conforme sale por las manos, como si se tratara de

un líquido invisible y brillante. Abro los ojos y muevo los dedos, la magia sale sin prisa, como si estuviera detenida en el tiempo. Me gusta sentir esta sensación,

como si la moldeara con los dedos. Llevo la mano al suelo y el hilo invisible cae sobre la tierra seca. Poco a poco, crece un espeso y cuidado césped que se va

formando.

La magia va apangándose, desapareciendo lentamente ante mis ojos. Siempre quedará en esta tierra, paso los pies descalzos por la hierba fresca. Me embriago

de la sensación y me siento poderosa, capaz de lograr todo lo que me proponga.

—¿Por dónde seguimos?

Cristal sonríe y empieza a explicarme otro sencillo truco. Siempre supe que me estaba dejando de lado algo muy importante al no querer usar mi *don*, pero

nunca pensé que eso me haría ver la vida desde otro punto de vista: ahora espero ver la magia que reside en todo lo que me rodea y ansío extraerla para moldearla a

mi antojo.

—Niña no corras tanto, puedes extraer magia de tu entorno. ¡Pero no toda! Tu poder se centra en la tierra, aunque también puedes sustraerlo de otros

elementos que estén en contacto con esta.

—Por eso pude hacer desaparecer aquel hielo.

—Sí, calentaste la tierra, y esta lo deshizo. No hubieras podido hacerlo si hubieras extraído ese poder del cielo.

—Entiendo. ¿No puedo crear hielo entonces?

—Sí. Debes aprender a derretirlo, así aprenderás a deshacer lo que has creado. El hielo lo crearás a partir del agua que hay en la tierra. Como ves, el que solo

tengas poder sobre la tierra no te limita, al contrario, la magia está en muchos elementos que nos rodean. El problema es que no todos saben apreciarlos. Algunas

personas al observarla solo ven piedrecitas. Y no son capaces de ver más allá y ver el gran poder que concentran.

—Después de esto, nunca veré nada simple.

—Esa era la idea y ahora sigamos. Dejémonos de tanta cháchara.

Me levanto cansada y dolorida, y Ana al ver mi cara de dolor se ríe.

—Parece que es bastante dura.

—He perdido tiempo negando la magia, tengo que ponerme al día y ambas sabemos que no tengo mucho tiempo.

—Tal vez no suceda nada malo.

—No creo que el pirata espere a que esté preparada del todo, no me voy a arriesgar.

Evelyn

Al llegar a la universidad, veo a Derek hablando con el director, se queda callado unos instantes y me observa. No corto el contacto visual pero pasan los

minutos y ninguno de los dos hace nada por dar ese pequeño paso que nos separa, duele.

Finalmente, Derek se gira y sigue su conversación como si nada hubiera ocurrido. Intento no darle más vueltas, no sé qué hacer, o decir, para remediar el daño.

Tal vez en realidad no haya nada que añadir.

Entro a la primera clase. Intento prestar atención a la lección de Rita, pero no puedo, el recuerdo de ella hablando con Derek de forma despreocupada sabiendo

que se parece a la que Derek iba a elegir como esposa me asfixia. Bajo la vista, esperando que no sea capaz de ver los celos que siento y observo la libreta. Como

siempre explica, lo importantes que son las ilusiones, que a veces nos da tiempo de escapar de un ataque gracias a ellas, que incluso hay personas que son capaces

de hacer que la ilusión sea casi real.

En la clase de Derek, observo mi libreta como si fuera muy importante lo que tengo escrito en ella. Mi corazón late desbocado y sé que Derek acaba de

aparecer en clase, además también está el hecho de que Rona le acaba de lanzar un beso al aire. No la soporto. Me gustaría que la gente se diera cuenta de cómo es

en realidad.

La clase empieza y me he propuesto prestarle atención, así que alzo la mirada y lo observo. Hoy esta increíblemente guapo, con un pantalón vaquero y una

camisa blanca arremangada, que resalta el tono de su piel. El pelo como siempre lo lleva desordenado, dan ganas de enredar tus dedos entre sus oscuras hebras y

darle forma y sus ojos siguen tan fieros y misteriosos como siempre.

Observo como todos lo miran embelesados. Ellos porque en el fondo quieren ser como él y ellas porque quieren que las seduzca. Me pregunto: ¿qué pensarían

todos estos alumnos si supieran de su pasado? Creo que a algunas aún les atraería más. Me parece increíble que el mismo Derek ahora nos observa con indiferencia

y lejanía, me haya dejado ver una parte de su oculta y atormentada alma. Aunque es más increíble pensar que es el mismo que me besado y dado placer como

nunca nadie lo ha hecho.

He tenido la felicidad en mis manos y, por miedo, lo he dejado pasar. Corto el contacto visual cuando

empieza a hablar, me duele hacer ver que no ha pasado

nada entre nosotros, como si mi corazón no latiera con fuerza por su presencia, como si no lo amara, como si no lo añorara cada instante que paso lejos de él.

—...Podemos extraer magia de todo lo que nos rodea, o de casi todo. De algunas cosas, solo una mínima parte, pero siempre podemos aprovechar la fuente de

magia que corre en el aire. En este reino al ser el lugar más mágico de la tierra, esta habita en cada rincón. Pero no es así en el resto del mundo. Si dejáramos de

utilizar la magia, sería un don que acabaría por ser olvidado y, poco a poco, se iría perdiendo. Debemos valorar el regalo que tenemos y no dejar que los prejuicios

del mundo exterior nos hagan desaprovecharlo, debemos esforzarnos y entrenar —todo lo que ha dicho, pese a mirar a la clase, he sentido que lo dirigía hacia mí—.

Lo malo no es aceptar el don, sino hacer que nuestro legado se pierda para siempre.

Mei corazón late con violencia, es como si Derek intentara darme un mensaje. Pero, ¿por qué iba a hacer algo así? Si quiere hablar conmigo, solo tiene hacerlo.

La clase termina y salgo lo más rápido que puedo, no quiero seguir aquí. Ana me sigue no muy lejos pero no dice nada. Necesito entrenar más que nunca, así podré

olvidarme de él durante un rato.

—Evelyn, ¿has cogido los libros del cajón?

—¡No! Se me han olvidado... Ahora vengo.

Vuelvo rápidamente hacia clase y entro al tiempo que alguien sale, y alzo la vista para ver quién es. Derek me observa de reojo, le devuelvo la mirada y

nuestros brazos se rozan, dejando un sinfín de sensaciones. Abro la boca para decir algo pero Derek sale y el momento pasa.

Me giro para verlo marchar y pienso en llamarlo, pero cuando me convengo de hacerlo, Rita sale a su encuentro y Derek le sonrío. Estoy tan dolida por este

gesto, que no me preocupa si su sonrisa ha llegado a los ojos. Entro a la clase, herida sin motivo, todo esto es culpa mía.

Está anocheciendo, miro las flores que descansan en el claro. Las creé hace dos días y aún no han desaparecido. Cristal dice que he avanzado muy rápido, pero

no sabe que he entrenado sin descanso por miedo a pensar en Derek. Han pasado ya cuatro días desde que lo vi con Rita y desde que lo evito. Acudo a sus clases

pero solo observo mi libreta y tomo notas sin sentido, nada más.

Hoy me ha sorprendido hablando de una planta que si la mezclas con otra hace que tus músculos dejen de resentirse tras un duro entrenamiento. No pude

evitar alzar la vista y observarlo, tonta de mí creí que lo decía por mi estado y el dolor tan intenso que me recorre el cuerpo.

Desde hace unos días, Cristal me obliga a hacer ejercicio. Hemos empezado a congelar y es un ejercicio francamente agotador. La anciana asegura que es lo más

complicado, así que, cuando lo consiga, tendré la fuerza suficiente para poder llevar a cabo los demás. No lo pongo en duda y más después del estado en que llegue

ayer a casa de Ana, como si me hubieran dado una paliza, no tenía fuerzas ni para comer.

Por eso cuando Derek ha hablado de ello, he pensado que se había dado cuenta de lo cansada que estaba y lo habría dicho por mí. Quiero amarrarme a

cualquier pequeña chispa de esperanza que no esté todo perdido, me niego a creer que no hay vuelta atrás.

—Vamos, concéntrate, antes de irnos quiero que el agua que hay en el suelo aparezca y la congeles.

Solo asiento. No puedo más. Tengo cada musculo del cuerpo agotado, pero no me rindo. Me concentro una vez más en el suelo y trato de buscar bajo mis

pies el agua. Alejo todo pensamiento de mi mente que no sea hacerla salir.

Tengo las manos situadas hacia abajo, con las palmas abiertas donde la magia se concentra a la espera de mis órdenes. Cierro los ojos y me concentro en la

búsqueda, noto el agua bajo mis pies y empiezo a mover las manos para extraerla y sacarla fuera.

Sale lentamente y me abraza las piernas. La alejo de mí y sigue saliendo formando una capa ante mis ojos, cada vez es más grande, más alta y se mueve con

más fuerza. No es muy gruesa y aunque los músculos me duelen por el esfuerzo, deseo seguir adelante, pero Cristal insiste en que pare y la dejo suspendida en el

aire.

Ahora debo congelarla. Me concentro en lo que he aprendido, cierro los ojos para absorber todo el frio que hay en el ambiente y concentro todo mi poder para

congelar el agua que está a la espera de mis deseos. Sonríó cuando se queda quieta y helada ante mí. Igual que la he congelado, deseo descongelarla y destruirla sin

usar las manos, empiezo a sudar por el esfuerzo, pero no me rindo. Contemplo orgullosa cómo el hielo empieza a quebrarse y a deshacerse. Finalmente, se rompe

en mil pedazos y sale despedido.

—¡Lo he conseguido!

—Mañana será el doble. ¡Muy bien hecho!

No podría verla si no fuera por las luces mágicas que ha creado para que podamos ver cuando el sol se ha ocultado en el horizonte y que danzan sobre

nosotras. Me despidió y empiezo el camino de vuelta a casa de Ana. Desde que vengo al bosque, tengo la extraña sensación de que alguien me está siguiendo.

Me giro, aun sabiendo que no veré nada, que tal vez solo sea mi miedo a Jafet. Corro hacia casa de Ana, puede que ahora sepa usar mejor mi poder, pero no

tengo ganas de volver a verme cara a cara con él. Ya he tenido suficiente agua por hoy.

Sé que Cristal no dejará que me suceda nada, hoy es mi última prueba y no puedo evitar estar nerviosa por lo que pueda pasar. Me ha explicado que es

posible que el frío que siento cuando cree mi trampa de hielo, no me deje concentrarme y puedo llegar a sentir claustrofobia. Derek está hablando con Rita. Hoy

está increíblemente guapo, « ¿Y cuándo no? », pienso, admirando su sonrisa y sus increíbles ojos. He decidido que esta tarde hablaré con él, aunque me dolerá que se

ría de mí, no creo que sea como verlo y arrepentirme cada día de no estar a su lado.

Salgo de clases, ha llegado el momento, no hay vuelta atrás, y eso mismo pienso cuando cierro los ojos en el claro y empiezo a crear la cárcel helada. Me

concentro, pese a mi miedo, y hago que mi decisión y mis ganas por conseguirlo sean más fuertes. No me dejaré vencer por el miedo esta vez. Cuando el agua está

sobre mí, gruesa y transparente, la congelo y escucho cómo el silencio se pierde, sintiendo que no hay más salida que usar mi poder, las dudas me acechan y me

pregunto si de verdad estaré preparada para esto, o si mis prisas por concluir mi entrenamiento han hecho que me condene. Cierro los ojos y dejo de pensar, ha

llegado la hora de actuar, y de saber si soy capaz de dominar mi magia o no.

Derek

Evelyn va, una vez más, a casa de la anciana y yo, como llevo haciendo desde hace dos semanas, la sigo para vigilar que no le suceda nada. Sé que el pirata no

dudará en volver a atacarla pero no sé qué estará tramando ahora.

Estoy orgulloso de que por fin haya decidido explorar su magia y sacarle el máximo partido, aunque no puedo evitar sentirme molesto, quisiera que confiara

en mí y ser yo el que la enseñara.

He tratado de mantenerme al margen, pese a lo difícil que me ha resultado, pero no sé qué espera de mí, ni si desea que me acerque a ella o que me aleje para

siempre. ¡Odio esta situación! E intentado respetarla, a la espera de que salga de ella el acercarse, pero empiezo a perder la paciencia. No creo que pueda esperar

más tiempo a que se decida, la añoro aunque me moleste su cabezonería. ¿A qué diablos está esperando?

Llego hasta donde entrenan, el claro que hay cerca de la casita de la anciana, y me escondo detrás de uno de los árboles, como hago siempre. La anciana la mira

y Evelyn asiente. Está tensa, algo le ha dicho que ha conseguido alterar sus nervios. Mueve las manos hacia abajo y, tras tomar aire, la tierra empieza a temblar.

¡Está creando una cárcel de hielo! « *¿Pero qué...?* »

Me acerco un poco más, esperando a que el hielo se deshaga o empiece a quebrarse, pero es bastante grueso y Evelyn desaparece tras este. La mujer la mira

con admiración. ¡No esperaba que estuviera preparada para esto! ¡Cuando aprenda a dominar el hielo, será capaz de dominar su poder a su antojo! Solo espero que

esto salga bien, porque no me quedaré de brazos cruzados, si no es así. El hielo comienza a evaporarse, pero no es suficiente, y los minutos pasan y Evelyn no ha

conseguido quebrarlo. Está encerrada a muy bajas temperaturas.

—¡Ni se te ocurra, jovencito! Ya era hora de que te dignaras a aparecer, dos semanas escondiéndose son muchas. ¿No crees? ¿Te parecerá bonito estar

espiándola?

—¡Está congelándose!

—Y tú debes confiar más en ella.

—¡Claro que confío en ella! —bramo y cierro la mano con fuerza para no lanzar un rayo contra la cárcel de hielo. El cielo se está oscureciendo sobre nosotros.

—Por si no lo sabes, puedo ver el futuro. No hubiera hecho esto, si la estuviera poniendo en peligro.

—No puedo quedarme quieto.

—Derek, ella necesita sentir su fuerza —la mujer habla con dulzura y, a pesar de que mi furia y mi miedo no se apagan, me quedo esperando con el corazón

en vilo, a que Evelyn salga.

Me está costando horrores contenerme y casi he perdido la paciencia, cuando empiezo a ver el hielo romperse lentamente. Me cubro, cuando este salta por

los aires, y me giro para ver a Evelyn, arrodillada en el suelo, tratando de recuperar el aliento. Me acerco a ella mientras me desabrocho la chaqueta. Al llegar a su

lado, me agacho para ver que está bien y me mira a los ojos con una emoción apenas contenida y me regala una cálida sonrisa. Esa que tanto echaba de menos que

me dirigiera a mí.

—¡Lo he conseguido, Derek! Lo he logrado... ¡Estás aquí! —exclama, como si acabara de ser consciente de mi presencia tras su euforia, diciendo más cosas de

las que parecen.

—Sí, estoy aquí —contesto como si hiciera falta, « *Y no volverás alejarme* ».

Evelyn se deja caer en mis brazos cuando se levanta y sé que he dicho justo lo que ella esperaba escuchar. La abrazo con fuerza, tanto por el miedo que he

sentido como por el deseo que tenía de volver a sentirla contra mi cuerpo. Cuánto la he echado de menos, aún no sé cómo seré capaz de vivir una vida sin ella.

—Muy bien, pequeña, estoy orgullosa de ti. Vamos a la cabaña para que entres en calor —anuncia la anciana. Llevo mi mano en la cintura de Evelyn y ella la

suya hacia la mía. Cuando entramos, acerco a Evelyn hacia mí instintivamente, no para de tiritar de frío—. Evelyn, ve al baño y date una ducha caliente. Yo quiero

tener unas palabras con tu príncipe —se separa de mí y la mira con una pregunta en los ojos, casi imperceptible. Finalmente, se aleja—. Siéntate, joven, y empieza

a preguntar —no me sorprende que sepa que hace días que vigilo a Evelyn. También trataba de ver el modo de acercarme a ella.

—Me han hablado de ti.

—Sí y Adrián te ha dicho lo que predije de Evelyn —Asiento—. Es cierto, ella domará al águila y le aliviará su maltrecha alma —tomo el anillo que lleva el

escudo real y no puedo evitar pensar que tal vez esa águila sea yo—. Es posible que hable de ti —afirma. Sonríe y yo me siento, entonces mueve unos cristales

sobre la mesa—. Pregunta, joven, no tengo todo el día.

—¿Volveré? —Observo un punto lejos de la anciana, me da miedo la respuesta aunque en realidad ya lo sé.

—Sí —contesta, confirmando mis sospechas—, y para esa pregunta no me hace falta mirar los cristales. Un fuerte hechizo te tiene preso y eso te hará volver,

pero no lo harás cuando ella creía —explica, haciendo referencia a la mujer que me salvó—. Volverás a tu cuerpo unas horas antes de lo que pasó y no recordarás

nada.

—Entonces, todo este tiempo... no han servido para nada. Mi entrenamiento...

—Se equivocó al hacer el hechizo. Tú naciste en aquella época, pero tu hogar y tu futuro están en esta.

—¿Lograré mi venganza? —En más de una ocasión he sabido que mi vida está aquí, que de ser rey, debía serlo aquí, y no allí, pero el hechizo me tiene atado.

—Quién sabe. Si te digo que sí, dejarás de entrenar y de prepararte y, si te digo que no, también lo harás, porque pensarás que está todo perdido. Es mejor no

contestar a esa pregunta, solo te diré que para vencerlo una vez... —la miro extrañado por esto último—. Dos almas deberán ser una. No lo olvides. Aunque me

temo que mi destino es recordártelo —me sonríe cálidamente.

—No lo olvidaré —llevo mi vista al cuarto donde está Evelyn, cambiándose.

—A ella la estás perdiendo por no decirle lo que sientes. Ahora estás aquí, ahora ella siente algo por ti. ¿Qué pasará mañana? Nadie lo sabe, o tal vez sí, pero

si ahora que la tienes ante ti, la pierdes, es que tal vez no te importe tanto como crees. Sé que intentas respetar su deseo, pero tal vez no sea eso lo que ella anhele.

Quizás ella no sabe cómo remediar lo que pasó, cómo hacer que vuelvas. Ayúdala. Estáis perdiendo un tiempo muy valioso, un tiempo que no volverás a vivir —

no tengo respuesta, tiene razón; porque Evelyn me importa más que mi propia vida—. Hay una fiesta en el pueblo, y tú eres un rey. Quizá vaya siendo hora de

que elijas a tu verdadera reina —me guiña un ojo y se levanta—. Por hoy, no quiero más preguntas, no contestaré ninguna más, tu futuro te mostrará lo que anhelas

saber y, Derek... —la miro—. En ocasiones, el final no está donde creemos.

—Esta ropa es un poco... —ambos miramos a Evelyn, que acaba de salir del baño. Lleva el pelo húmedo y suelto, una camisa blanca con volantes y una falda

larga de campesina. Está retraída, como si temiera mi siguiente movimiento. La miro a los ojos, sin rencor, y sin mostrar esa frialdad que dejo que vea todo el

mundo menos ella. Cuando por fin me devuelve la mirada, sus facciones se relajan.

—Era de mis años mozos, pero está bien conservada.

Vuelvo a ver a la Evelyn que me ha vuelto loco desde que la vi hablando sola en el balcón. Está preciosa, y con esa ropa, parece como si nos hubiéramos

trasladado a mi época. Ojalá eso...

—¿Se puede...?

—No. Solo las águilas de antaño lo podían hacer por un tiempo.

—Según tengo entendido, las águilas dieron parte de su poder a mis antepasados.

—Sí, te contaré la misma historia que le conté a Evelyn el otro día. Siéntate cerca del fuego, Evelyn, allí el pelo se te secará antes.

Evelyn asiente y se sienta a mi lado en una de las sillas junto al fuego. Yo miro hacia los dulces de la mesa y le acerco uno de ellos, que no duda en saborear.

La mujer empieza a hablar y a contarme la historia de cómo el poder llegó a ser parte de los humanos.

—¿Qué les hicieron a las pobres águilas?

—Destrozarles el alma —siento un escalofrío y Evelyn también—. Es lo malo que tiene confiar en algunas personas —la mujer coge uno de los dulces y lo

parte—. No más preguntas, de verdad, aunque quiera contestaros, no me corresponde a mí decir más. Además ya le dije a Evelyn el otro día que hay algo tras esta

historia que me impide ver qué sucedió. Me temo que es una historia que nunca sabremos. Ahora, chicos, es hora de que os vayáis, tenéis mucho de qué hablar.

—Gracias por todo, Cristal —Evelyn se levanta y la abraza.

Salimos y recorremos el camino de regreso. La anciana le ha dejado a Evelyn una capa y, cuando la miro, no puedo evitar pensar que no estamos tan lejos. Al

menos, por ahora. Es curioso que ella vista con esas ropas de mi época y yo como alguien de la suya.

—Me alegra que estés aquí. Lo del otro día... —dice Evelyn.

—Ya está olvidado.

—He tratado muchas veces, durante estos días, de hablar contigo, pero temía que me dijeras que ya era tarde para... para... para retomar nuestra... —sonríó

con amargura al no poder dar nombre a lo que tenemos, no el que quisiera porque aunque sé que nunca será solo mi amiga, y eso es todo lo que puede haber entre

nosotros.

—No lo es —me sonrío y seguimos andando.

—¿Por qué querías saber si podías quedarte aquí? —pregunta recelosa.

—Porque me quedaría. —creo que ya es hora de dejar de dar vueltas innecesarias, y más ahora.

—Pero tienes que irte —susurra, mirándome.

—Sí. Estoy ligado a un hechizo.

—No quería escuchar la conversación, pero las puertas son tan finas...

—No tengo secretos para ti —reconozco y le cojo de la mano temiendo, como un estúpido enamorado, su rechazo. Expiro aliviado cuando siento que este no

llega, y que Evelyn entrelaza sus dedos con los míos—. ¿Has sabido algo de tu familia?

—Sí. He tratado de hablar con mi abuelo para explicarle que Dani y yo hemos terminado, pero no lo he hecho, porque mi abuela aprovechó que le dije de

hablar de algo importante con él, para decirme que está muy débil del corazón. Hasta ese momento me decían que todo estaba bien. Temo que empeore cuando se

entere, tenía muchas esperanzas puestas en esa relación.

—Tarde o temprano deberá superarlo.

—Lo sé y no me arrepiento de mi decisión. Dani no era para mí, si no lo dejé antes fue porque era lo que debía hacer y lo acepté sin más.

—Te comprendo. A veces hacemos las cosas porque es nuestra obligación, no nuestra vocación.

—Eso lo dices por lo que deberás hacer cuando regreses.

—Sí, pero es lo que debo hacer, no puedo escapar de mi destino. En cambio, tú sí que tienes elección.

—Tú también.

—Tengo que dar un hijo a mi reino, un heredero, alguien que reine cuando yo no esté. Así es como va esto.

—Sí, y tal vez acabes amando a tu esposa —siento el dolor en sus palabras pero no soy capaz de decirle que nunca amaré a nadie como a ella.

—Es posible —miento—. Pero ahora soy libre, y puedo probar lo que se siente al elegir —Evelyn sonríe, sabe que me refiero, a nosotros. Al hacer lo que

realmente quiero hacer.

—Te he echado de menos —reconoce, tras un eterno silencio.

—Yo también, Evelyn.

—He aprendido muchas cosas con Cristal —me río por el cambio de tema tan radical—. ¿Lo que decías en tus clases, iba dirigido a mí? —Me mira con

muchas dudas en los ojos y yo sonrío.

—No te creas tan importante —agrandas los ojos y no puedo evitar reírme de ella, que me da un golpe en el brazo

—Es posible —« *Claro que sí* », pero no voy decírselo. Cuánto he echado de menos charlas con ella—. Los temarios son un poco arcaicos, deberían dejar de

tratar de enseñar siguiendo un libro y unas normas. Es mejor explorar el don de cada uno, que ir poco a poco, la gente se aburre. Admítelo, mis clases son las que

más te gustan.

—¡Oh, claro, su alteza...! —Se burla de mí y río por su comentario—. Eres un creído, *principito*. No sé por qué te soporto.

—Porque estás enamorada de mí. Reconócelo —sigo la broma, pero anhelo que sea cierto.

—Sí, por eso mismo dejé a Dani —me mira sonriente pero, al indagar en sus gestos, me doy cuenta de que trata de esconderme la verdad. Tiene las mejillas

rojas y en sus ojos se lee la verdad de sus palabras. Y eso hace que mi corazón lata más rápido ante esa posibilidad.

—Vaya, es bueno saber que te mueres por mis huesos o tal vez eres como las demás que solo me quieren por mi título.

—Claro, ¿no esperarás en serio que te quiera por ti mismo? ¡Si eres creído, arrogante y, ante todo, nada caballeroso! —se ríe. El ruido de la música del pueblo

llega a nuestros oídos—. Están organizando muy bien las fiestas.

—Sí, me ha sorprendido que este año la temática fuera medieval.

—Quieren que te sientas como en casa.

—Ya me siento en casa, Evelyn —esta vez lo digo de verdad y por su mirada sé que lo ha entendido.

—Pero debes irte —dice con tanto dolor que mi corazón se parte en dos.

—Sí, pero ahora estoy aquí, ¿no?

—Sí —sonríe—. Ahora estás aquí.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, queriendo añadir tantas cosas pero sin decir nada por miedo a fastidiar esta tregua.

—Te he visto mucho con Rita. ¿Sois amigos?

—¿Celosa?

—¡Claro que no! Solo es que no me cae bien.

—Ya... Se llaman celos.

—¡Eres insoportable! ¿Cómo he podido decir que te echaba de menos? —responde con una gran sonrisa pintada en el rostro.

Recorremos pocos pasos más cuando Ana llega corriendo.

—Evelyn, debo hablar contigo de algo importante. Por favor...

—Claro, hablaremos —se gira y me mira—. ¿Nos vemos en las fiestas? —asiento y la veo alejarse con Ana.

Yo debo preparar el baile, uno que sea inolvidable para Evelyn.

Evelyn

Sonríó mientras observo alejarse a Derek embobada. Me cuesta creer que después de dos semanas de calvario todo haya quedado solucionado. No puedo dejar

de repetir la conversión en mi mente, de ver sus ojos observarme y de emocionarme tras revivir este rencuentro. No puedo esperar para estar con él de nuevo.

He sido tonta al esperar dos semanas para acercarme a él. Ahora sé que no me hubiera echado de su lado. He estado perdiendo el tiempo, y todo por las

inseguridades y los miedos. Me cuesta creer que él haya podido llegar a sentir parte de lo que yo siento por él. Estoy emocionada y cientos de mariposas corretean

libres por mi estómago.

—Me ha llamado Al —me explica muy contenta Ana.

—¿Quién? —pregunto sin entender su euforia.

—¿Quién va a ser? Mi novio —me mira sonriente, pero no puedo evitar acordarme de Adrián y sentirme triste por él.

—¡Ah! Como nunca hablas de él.

—Sí, claro que lo hago.

Llegamos a la plaza. A la gente parece no importarle mi aspecto, y yo no estoy por la labor de sentirme incómoda, aquí todos van como les da la gana.

—No, hablas de Adrián, sé hasta qué comidas le dan alergia.

—Ya... Sé lo que hablamos, Evelyn, pero yo estoy bien así.

—He hecho las paces con Derek, o al menos eso creo, espero que las cosas no vuelvan a torcerse entre nosotros.

—¿Sí? Me alegro mucho.

Vamos hacia una mesa donde están preparando varios puestos. Sobre ellos hay telas mal dejadas y las doblamos para que no se arruguen.

—El tiempo que esté aquí, quiero aprovecharlo. Si no, siempre me arrepentiré. Tal vez tú deberías hacer lo mismo.

—No sé... —dice mientras distraída dobla varias telas—. Adrián es feliz con Rita.

—¿Quieres verlo con otra, saber que será a otra a la que ame?

—Derek, cuando se vaya, tomará a otra por esposa —se tapa la boca con espanto por lo que ha dicho—. No sé qué me ha pasado, yo...

—Han hablado tus celos. Creo que deberías empezar a aprovechar lo que te da la vida y dejar de pensar en lo que pasará mañana. Al fin y al cabo, el mañana

ya vendrá, pero lo que vivimos es el hoy. A mí me ha costado aprenderlo, que no te pase a ti lo mismo.

—Sí... —Se queda pensativa y continuamos preparando los puestos para las fiestas de mañana. Miro hacia donde se celebrarían las justas, y temo por la

suerte de Derek. Dijo que participaría, lo escuché por casualidad, espero que no sean muy brutos—. Bueno, vamos a preparar nuestras ropas... —Se calla cuando

el móvil le empieza a sonar, lo mira y se aleja un poco.

—Hola, Evy —Adrián mira a Ana—. Vaya, parece que ha aparecido el desaparecido.

—No sé cómo puedes tener un oído tan fino, yo no escucho nada.

—Uno de mis dones. Bueno, creo que gracias a él voy a dejar de hacer el ridículo.

—¿Por?

—Por nada —tiene la mirada triste. Busco saber la verdad y, tras recibir de golpe toda la información, me doy cuenta de lo que le aflige.

—Querías que fuera contigo al baile.

—No vuelvas a usar ese poder conmigo. Es evidente que a ella le da igual ir conmigo o no, aceptaré la invitación de Rita —se aleja, y su desconsuelo me

entristece.

—Era Al —dice Ana al regresar a mi lado—. Mañana me invita a cenar.

—Mañana son las fiestas.

—Tengo ganas de verlo, prefiero estar a su lado.

—Adrián quería invitarte al baile —le digo para ver si reacciona—. Pero se ha cansado de esperarte, eres tonta —me mira incrédula. Es la primera vez que digo

algo malo de alguien y no es Derek—. Yo sé que Derek se irá y me duele perderlo, pero no tiene elección. Tú que tienes la oportunidad de tener a la persona que

amas y lo dejas marchar por alguien a quien no quieres. No te comprendo. Si tanto lloras por si te deja, ¿por qué dejas que sea de otra? —sus ojos llamean por la

furia contenida—. No creo ni que lo valores como amigo, ni que lo quieras —sé que son palabras duras, pero es hora de que despierte y se dé cuenta de que está

perdiendo el tiempo, de que lo está perdiendo a él.

—Creía que tú, sí que me entenderías —dice dándome la espalda.

—No puedo entender cómo alguien que tiene lo que yo anhelaría tener con Derek puede dejarlo marchar. He decidido luchar, tú has decidido el camino fácil —

me he pasado y cuando Ana se tensa y sale corriendo, me arrepiento de mis palabras.

Me lamento de mis palabras, pero sé que Ana las necesita para reaccionar y por eso reprimo el impulso de ir a buscarla.

—Déjala ir, se dará cuenta de que tienes razón —Derek que está a mi espalda, calmándose con su presencia.

—He sido muy dura.

—Con palabras dulces no iba a aprender nada.

—Me duele lo que le he dicho —Derek me pone una mano en la cintura y otra en el hombro y me vuelve a él —. Me he pasado...

—No —sus ojos me miran comprensivos—. Vamos al castillo, esta noche Ana necesita estar sola.

Asiento, mientras Derek me acaricia las mejillas en una tierna caricia que me conmueve. Entonces recuerdo lo que le he dicho a Ana y me sonrojo al pensar que

tal vez Derek ha escuchado lo que he dicho de él y lo que siento, pero como le he dicho a Ana, he decidido luchar. ¿Qué más puedo perder? Sé que pase lo que pase

se irá, así que es hora de que empiece a aprovechar el tiempo que tengo a su lado. No me importa que lo sepa. Ya no.

Derek me coge de la mano y yo la aferro con fuerza, recordando todos esos días que deseé tocarlo y no podía. He añorado cada día su cercanía. ¿Cómo viviré

cuando él no esté aquí? A lo mejor no es tan malo, dentro de lo que cabe, olvidarlo. No, eso es aún peor. No saber a quién busco sin descanso y por quien llora mi

alma es un futuro aún más desalentador que recordarlo. Derek aprieta mi mano como si sintiera que necesito su apoyo.

—Ana te perdonará —cree que estoy triste por eso—. Además, seguro que esta noche tu estómago agradecerá comer una comida decente —me río.

—No se nos da muy bien la comida.

—Vaya par de dos —ríe.

—¿Participarás? —Estamos pasando por la zona donde se celebraran las justas.

—¿Acaso temes por mí? —Me mira divertido.

—No, temo por ellos —sonríe ampliamente y evitando así que vea que sí tiene razón.

—Sí, participaré, pero las lanzas están huecas y han echado más tierra de la que suele haber por si alguien cae, que no se lastime. En mi época no eran así.

—¿Competiste en alguna? —Nos detenemos cerca de donde están las lanzas y Derek, con la mano libre, alza una.

—Sí, él me obliga. A su hija le gustaban y él hacía todo lo que ella le decía.

—¿Nunca pensaste en escapar?

—Sí. Los latigazos que viste solo fueron los primeros que me dieron; pero no fue hasta que descubrí mi magia que creí que tendría una oportunidad de

hacerlo. Empecé a pensar el modo de atacar, cuando estaba solo probaba mi poder para así estar preparado. Tenía que esperar a atracar en el Reino del Águila,

fuera la magia estaba prohibida, como ahora. No fue fácil, pero no quería seguir siendo el juguete de nadie. Además, evitar que me encontrara y tomara represalias

contra mi familia. Si antes no escapé fue para proteger a mis padres adoptivos.

—Debió de ser horrible.

—Ya ha pasado —afirma serio y, tras calibrar la lanza, la deja en su sitio—. Tal vez no pueda llevarte a mi época, pero mañana te sentirás como si de verdad

hubiéramos viajado en el tiempo —por su expresión sé que lo que me va a decir a continuación es de suma importancia para él—. ¿Vendrías?

—Sí —no lo dudo ni un momento, sé que, de poder, me iría con él—. Pero sabes que no puedo.

—No. ¡Pero ahora estoy aquí! Aunque tal vez para ti...

—¡Oh, ya vale! ¡Ya me arrepentí de salir corriendo, no me mortifique más! —se ríe.

—Si no lo hiciera, le quitaría lo divertido a nuestra relación —dice sin dejar de sonreír.

—Serás...

—Tu príncipe —bromea pero yo sé que es la verdad.

—Sí — pese a que nuestras caras muestran unas sonrisas burlonas, en nuestros corazones sentimos que es la verdad. Vaya dónde él vaya, siempre será mi

príncipe, pero es más fácil tomarse con humor las cosas serias—. Eres mi príncipe.

—Mañana quiero que confíes en mí.

Asiento y mientras caminamos hacia el castillo, siento el peso de los nervios por lo que me espera mañana. ¿Qué estará preparando Derek?

—¡A saber qué has comido estos días, niña! —Miro a la cocinera sin dejar la cuchara de mi sopa, simplemente sonrío.

—Hamburguesas, pizzas y todo lo que se pueda meter en el microondas —le tiro un trozo de pan a Derek por su forma de decirlo

—Las jóvenes ya no saben cocinar.

—Sí que sé, solo que no muy bien —saco la lengua a Derek y sigo comiéndome la sopa. Tras meter la cuchara en el plato y escuchar cómo esta choca con el

fondo, me doy cuenta de que me la he acabado. Derek se ríe y me acerca la suya.

—No tengo más hambre —está algo serio—. Ahora nos vemos —se levanta y yo asiento, mirando la humeante sopa de pollo. Noto algo cálido en la frente:

los dulces labios de Derek—. Ve a la salita que hay entre nuestras habitaciones cuando termines.

—Si él pudiera —me dice cuando nos quedamos a solas la cocinera—, te haría su reina, no te quepa duda —aunque eso sea cierto no cambia nada.

Me levanto de la mesa, he perdido el hambre. Subo hacia la salita y, al entrar en esta, recuerdo el último día. Me acerco a la ventana y contemplo las luces del

pueblo. La gente se ha volcado para hacer las fiestas en honor a Derek, aunque les cuesta muy poco organizar una fiesta.

—Me gustaría pensar que esa sonrisa se debe a que estás pensando en mí.

—¿Nunca te han dicho qué eres un creído? —respondo, mirando el reflejo de Derek en el cristal.

—No —me abraza por detrás y apoya la cabeza en la mía. Tiemblo por su cercanía y la fuerza que me transmite, sé que él lo sabe, pero no hace ningún

comentario. En sus brazos encuentro mi refugio.

—No te diría adiós, si pudiera, Evelyn. Esto que siento me gusta tan poco como a ti, pero no puedo ignorarlo. No puedo prometerte que siempre estaré a tu

lado, que no estarás nunca más sola; pero sí que mientras esté aquí, nunca lo estarás —me ha dejado sin palabras, ha dicho lo que siempre he deseado que me dijera.

—. Nadie te comprenderá como yo —afirma, adivinando mis tristes pensamientos—. Al igual que a mí nadie me comprenderá como tú.

—Yo... Tú tampoco estás solo. Ya no —aunque sé que tal vez debería haberle dicho que lo quiero, siento que en este momento era lo que Derek necesitaba

escuchar. ¿Se habrá sentido en alguna ocasión tan solo como yo? No me hace falta preguntárselo para saber que sí, me mira con una gran sonrisa y sus ojos brillan

de ternura y felicidad.

Nos quedamos los dos en silencio, sintiéndonos el uno al otro, absorbiendo como un tesoro este abrazo, este gesto y esta necesidad de sentirnos. No quiero

que termine este momento, el tiempo va pasando y el inoportuno sueño hace que mis ojos se cierren y bostece.

—Vaya, alguien tiene mucho sueño.

—Yo... no... —intento no bostezar pero no consigo retenerlo.

—Vamos, muchacha, ya es hora de dormir, mañana será un día largo.

Asiento y Derek se separa de mí. Cierro la boca para reprimir el impulso de rogarle que vuelva, está a tan solo unos pasos y ya echo de menos sus brazos.

—No tengo pijama.

—Puedes dormir sin él, no veré nada que no haya visto ya —dice con una pícara sonrisa. Pongo cara de enfadada y este se ríe—. Está bien, mojigata, ahora te

traigo una de mis camisetas —Derek se va por la puerta que comunica a su habitación y al rato vuelve con una camisa de dormir blanca—. Te quedará como un

camisón. Buenas noches, Evelyn —me da la prenda y nos quedamos mirando. Es como si Derek quisiera decirme algo importante—. Me gustaría dormir contigo,

Evelyn, solamente dormir.

—Yo... eh... —tartamudeo sin saber qué decir. Claro que quiero dormir con él, pero tengo miedo de estropearlo como el otro día si las cosas van a más.

—No pasa nada. Buenas noches.

Se agacha y besa mis labios ligeramente. Es demasiado corto, al abrir los ojos él ya no está. Otra oportunidad desaprovechada. Creo que doy demasiadas

vueltas a las cosas. Y cuando quiero detenerme, estas ya hace tiempo que se han marchado.

Evelyn

No puedo dormir. Ahora mismo me siento una cobarde por no haber aceptado su invitación cuando deseo dormir con él. « *¿Y si voy a su cama y acepto su*

invitación? Ya es hora de aprovechar el día a día. Deseo dormir a su lado y pasar la noche abrazada a él. Ahora solamente tengo que ir a su habitación. »

Abro la puerta que comunica con la salita y ando sigilosamente hasta la cama de Derek. La luz de la luna me deja ver su perfil durmiendo en ella. Mi corazón

late desbocado, siento las palmas de las manos húmedas y no puedo dejar de mordirme el labio. Dormido no debería parecer tan amenazador pero sus facciones

están lejos de estar relajadas. Su pecho desnudo hace que se me seque la garganta y recuerdo las veces que lo bese y acaricié, esto no puede dar más miedo, aunque

a veces dormir al lado de otra persona puede ser incluso más íntimo que hacer el amor.

No sé si esto será buena idea, pero él lo ha pedido.

Me detengo junto a la cama nerviosa. Nunca antes he hecho esto, ni se me ha pasado por la cabeza antes de conocer a Derek. Dani me hubiera gritado y mis

abuelos, si me vieran ir a la cama de un hombre, se horrorizarían. Pero ellos ya no rigen mi vida. Me acerco a Derek que duerme plácidamente y, sin pensarlo más,

alzo la sábana y la manta y me siento en la cama. Entro en la calidez de estas y, con una mano temblorosa, toco a Derek en el brazo.

Sin saber muy bien cómo, me veo atrapada bajo su peso y sus manos, que horas antes me acariciaban con ternura, ahora me aprietan el cuello dejándome sin

respiración.

—De... rek... Pa... ra —trato de moverme. Sus ojos están ausentes, no está aquí.

—Nunca más volverás a tocarme —parece enajenado, completamente fuera de la realidad.

—Por... favor...

—¿Evelyn? —Pregunta incrédulo cuando suelta el agarre de sus manos. Sus ojos vuelven lentamente a la realidad. Me mira con horror, me abraza con fuerza y

trata de calmarse por lo que ha estado a punto de hacer—. No vuelvas... Nunca... Nunca me despiertes cuando esté dormido.

—Yo... no... lo sabía... lo... siento —digo mientras intento recuperar el resuello.

—No ha sido culpa tuya —aún le cuesta hablar. El horror todavía se puede apreciar en su voz—. Lo siento, Evelyn. No sabes cuánto siento lo que te acabo

de hacer —me separa de él y me mira—. Maldita sea. No era a ti... —me acaricia con cariño el cuello—. ¡Nunca te haría daño! —Sale de la cama y enciende la luz

de la mesita de noche. Derek se culpa de lo que ha pasado y solo ha sido un accidente.

—No pasa nada, Derek —aún me duele la garganta al hablar.

—No dirías lo mismo si te vieras el cuello —murmura tras volver con unas gasas y el ungüento que me echó en el pie—. Toma, pónelo.

—Pónmelo tú.

—¿Es que acaso no has visto de qué son capaces estas manos? ¿Es que no has sentido cómo se te iba la vida del cuerpo?

—Cuando me viste, me soltaste. No me harías daño. Y sí, he visto lo que son capaces de hacer —me levanto y poso una de sus manos en mi mejilla—. De

acariciarme y hacerme sentir lo que nunca nadie me había hecho sentir antes —su mirada perdida y angustiada me hace tomar el necesario valor para seguir con la

confesión—. De amarme. De darme la protección que siempre anhelé, pero nunca encontré. De cogerme la mano con fuerza y guiarme con cuidado. ¿Por qué solo

ves la parte mala de ti? ¿No te das cuenta de que ambos sabemos qué serías capaz de hacer cualquier cosa para protegerme? —Me mira serio pero su mano sigue en

mi mejilla—. Sabes que es verdad, nunca me harías daño.

—No —contesta tras un segundo de incertidumbre—. Nunca —me acaricia la mejilla—. Lo siento, Evelyn, es algo de mi pasado. Ahora no quiero hablar de

ello. No uses tu poder de la verdad hoy, ¿vale? Hoy no.

—Cristal hablaba de ti en lo referente al águila. Te he mirado a los ojos y te he devuelto parte de tu vida...

—Esperemos que eso sea lo único que ha acertado —admite molesto—. Voy a curarte el cuello. Está más frío que otras veces —Derek comienza a aplicarme el

ungüento—. Así te aliviará y te quitará el morado. Ya está —alzo la mano y lo toco. Está cubierto por una fija venda—. ¿Y se puede saber por qué querías

despertarme?

—Yo... Pues... —me pongo roja y para mi desgracia, se ríe.

—Así que ibas a aceptar mi invitación. Me alegro —el muy cretino no deja de sonreír.

—Eres un creído, Derek.

—¿Qué quieres que le haga, muchacha? Soy un príncipe —lo dice con tal naturalidad que no puedo evitar sonreír.

—Pues me temo que este príncipe va a seguir durmiendo solo —salgo de la cama y no he dado ni un paso cuando el brazo de Derek se cierra sobre mi cintura.

—M e temo que ya es tarde para que huyas —trato de moverme, pero acabo de nuevo en la cama. Una mano me recorre la pierna—. ¿De verdad que solo

quieres dormir? —M e sonrojo hasta la raíz y mi corazón da un vuelco—. Es broma, tonta, solo quiero sentirte a mi lado. Al menos, por el momento... Pero no

aquí.

Sale de la cama y me alza con manos y todo.

—¡Derek! ¿Se puede saber dónde vamos? —le digo cuando lo veo ir hacia una de las paredes conmigo en brazos.

—Ten un poco más de fe en mí y abrázame —paso mis manos por su cuello y dejo que me lleve donde quiera.

Abre uno de los pasadizos secretos y sé mueve por él dejando claro que los ha recorrido un sin fin de veces en su cautiverio. Parece que se conoce de memoria

los escalones. Yo no veo nada. Solo siento este frío húmedo pegarse a mi piel y me acurruco mejor entre sus brazos.

No sé cuánto tiempo hemos subido cuando se detiene.

—Hemos llegado —me separo y miro nuestro alrededor asombrada, estamos en una de las torres más altas del castillo.

—Bájame —lo hace y me acerco hacia la barandilla a contemplar las vistas.

El pueblo descansa en paz bajo las faldas del castillo y el mar está en calma. En este remanso de estrellas que nos rodean. Las vistas son espectaculares.

Siento a Derek a mi espalda y como nos cubre a ambos con la manta. M e dejo abrazar mientras absorbo esta espectacular imagen con Derek acariciando mi

cintura.

—Cuando navegábamos me gustaba mirar las estrellas y creer ilusamente que ellas cuidaban de mí. Que no estaba solo.

Visualizo a un pequeño Derek que ha sido secuestrado y visto tantas atrocidades a su corta edad y me estremezco. M e arropa mejor pensando que el

escalofrío se debe al frío. Paso mis brazos por los suyos y sigo observando este remanso de paz.

—La vida pasa rápido si te paras a pensar en la longevidad de los astros —pienso en que una vez que se vaya, mi vida pasará lenta sabiendo que la de Derek

hace años que se extinguió.

—¿Qué piensas?

—En la longevidad de las estrellas. Que las vemos lucir sobre nuestras cabezas y tal vez hace años que dejaron de existir...

—Entonces me siento como ellas, pues estoy aquí de paso y cuando regresé con suerte solo quedará de mí el recuerdo y yo habré dejado de existir —dice

sincero.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Derek me gira entre sus brazos.

—No quiero que te vayas. Te mentirías si te dijera lo contrario. No quiero que seas como las estrellas, solo un espejismo de un pasado que ya no existe.

Quiero que seas mi futuro. ¿Por qué una vez más debo conformarme? ¿Por qué ahora que he aprendido a no aceptar que la vida decida por mí?

Derek se queda sin palabras y pese a la oscuridad que nos rodea soy capaz de ver en sus ojos el dolor que le causan mis palabras por lo certeras que son.

—No desearía nada más en mi vida que darte el poder elegir y el esperar que al hacerlo eligieras el quedarte conmigo para siempre.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y es atrapada por Derek.

—Ahora estás aquí.

Se lleva mi mano hacia su pecho. Su corazón late desbocado por nuestras confesiones. Igual que el mío.

—Y siempre.

Entiendo qué quiere decirme y con ojos llenos de lágrimas por la emoción me alzo para besarlo. Y decirle sin palabras que yo siento lo mismo. Que mientras

mi corazón late será lo que siento por él, el que marque el latir de mi corazón.

Nos besamos, nos acariciamos. Y nos decimos tantas cosas sin hablar, que pese a saber qué futuro nos espera no puedo evitar sonreír en cada beso. Nos

acomodamos en el suelo entre arrumacos. Lo abrazo con fuerza cuando me abre los brazos. Y descanso mi cabeza sobre el suyo. Me encanta escuchar su corazón

latir acelerado y saber que es por mí. Me acomodo mejor cuando sus brazos me rodean y pese a que estamos casi a la intemperie no tengo frío. Me alzo a mirarlo.

Solo puedo adivinar sus rasgos por la luna que se filtra por las ventanas. Acaricio su mejilla, sus labios...

—Me parece increíble volver a estar así contigo de nuevo —admito—. Espero que no nos salga caro el tiempo que hemos perdido por cabezotas.

—Yo también —me besa la mano.

—¿Subías mucho a esta torre cuando estabas solo en otro plano?

—Sí, pero no es lo mismo. Te asomabas y no veías nada. Todo era negro, como visualizar mi futuro y verlo oscuro, eso hacía que me pasar más horas

entrenando que aquí o viendo las estrellas a través de los espejos.

—Te comprendo. Cuando yo estaba en el internado me sentía muy sola. Y lo peor era cuando venían los padres de mis compañeras a por ellas. Los miraba

con nostalgia. Ahora no me da miedo admitir que siempre he querido que mis padres volvieran a por mí. Quiero a mis abuelos. Les debo todo, pero... a veces me

preguntaba por qué no me tuvieron más tarde. Por qué tuve que nacer yo, cuando ellos eran apenas unos niños. Aunque claro, para una niña siempre son mayores,

yo no los veía como adolescentes, los veía como personas adultas que no me querían —reconozco—. Ahora con mi edad me doy cuenta de que no eran tan adultos.

Pero, ¿qué entiende un niño de eso?

—Y nunca protestabas, callabas y aceptabas.

—No me quedaba otra. A veces he pensado llamar a mis padres, hablar con ellos... pero ellos siempre hablan con mis abuelos para saber de mí. No sé qué

pasará si los llamo y solo siento su rechazo.

—No los mereces si te rechazan. Si lo hacen es que son tontos. De hecho, lo son por no saber darse cuenta de la hija tan maravillosa que tienen, eso sí, algo

quejica y pejicosa —le golpeo de broma y Derek me coge las manos, me suelto y le hago cosquillas—. Y una infantil... pero en el fondo, muy en el fondo, eres

adorable.

—Tú también muy en el fondo eres adorable.

—Yo no soy adorable. Eso es para los ositos.

—¿M e estás llamando osito?

—Un poco sí lo pareces —le digo en broma y Derek me coge las manos y me gira para sujetarme con su cuerpo—. Un osito peleón —trato de golpearle pero

me sujeta pasando su mano por mi muslo desnudo—. No, no pareces un osito. Más bien una atractiva guerrera.

—Eso me gusta más, adorable *principito* —gruñe antes de besarme y llevarse con el beso mis carcajadas.

El beso cada vez se hace más intenso y nuestras caricias más atrevidas hasta que Derek lo detiene y se gira para que una vez más descanse sobre su pecho.

—Mañana será un día agotador, es mejor que descansemos, dudo que pueda hacerlo si te sigo besando. Cuanto más te beso, más quiero seguir haciéndolo.

Eres mi adicción —sonríó por su confesión.

—Y tú la mía. Buenas noches, Derek.

—Buenas noches.

M e acomodo entre sus brazos y sin poder dejar de sonreír siento como el sueño me vence mientras deseo que mañana cuando despierte la realidad no haga que

esta felicidad se tornen pesadillas. Necesito seguir soñando un poco más junto a mi estrella.

M e despierto desconcertada envuelta en el olor de Derek, estoy en su cama. No sé en qué momento regresamos, lo busco y compruebo que su lado está frío,

no está a mi lado. M e invade la desilusión, pero cuando levanto la cabeza veo en la mesita de noche una rosa roja y una nota con su perfecta caligrafía alargada.

Hoy te sentirás como si hubieras viajado a mi época.

Ve a tu habitación.

Tuyo, Derek.

M e levanto de la cama y huelo la rosa, mientras cruzo la puerta que separa nuestras habitaciones. Tras abrirla veo a dos sirvientas, una de ellas está dejando

un vestido verde con detalles dorados en la cama y la otra está llenando con un cubo de agua una tina.

—Buenos días, Evelyn. Estamos aquí para ayudarte en el baño.

—¿Ayu...? ¿Ayudarme? —Comienzo a negar con la cabeza—. No hace falta, ya me ducharé en el baño sola.

—M e temo que eso no va a ser posible —dice una de ellas, la ignoro y voy hacia el aseo para abrir el grifo—. Su alteza ha mandado cortar el agua de su

habitación.

—¿Qué ha hecho qué?!

Salgo del baño, entro en la habitación y voy hacia el cuarto de baño de Derek. Al abrir la puerta, me lo encuentro tan solo con la toalla en la cintura. M e quedo

quieta y avergonzada, recorriéndolo con mi mirada hasta llegar a su cara. Derek me sonríe burlonamente.

—¿Algún problema? —Lo miro seria e intento dejar de mirar una y otra vez su pecho mojado desnudo.

—¡Sí! ¡No me quiero bañar en una tina observada por dos empleadas! ¡Quiero intimidad!

—Vaya, yo pensé que te gustaría saber qué se sentiría al vivir en mi época.

—¡Aunque viajara en el tiempo, no dejaría que todo el mundo me viera como mi madre me trajo al mundo!

—¿Lo harías?

—¿El qué? —Pregunto confusa.

—Viajar a mi época.

—Ya te dije que sí y, por el momento, no he cambiado de idea.

—Está bien.

Sale del aseo y se dirige a mi habitación. Lo sigo y, al ver el tatuaje de su espalda, me doy cuenta de que está casi desnudo. El grito de sorpresa de una de las

empleadas me hace sentir un ramalazo de celos, por lo que cierro la puerta para que dejen de mirarlo.

—Deberías vestirme antes, ¿no crees? —Derek se ríe a carcajadas—. No te rías. Eres un exhibicionista.

—Y tú estás celosa —empiezo a irme, pero me agarra y me besa los labios—. Diles que se vayan y te dejen sola y que vas de mi parte.

Me voy, notando el cálido sabor de sus labios aún en los míos. Me cuesta reconocermelo últimamente, pero soy feliz.

Evelyn

Me miro en el espejo una vez más con mi ropa medieval. Llevo un vestido largo. Las mangas son largas y acaban en pico, igual que el cuello, que es redondo y

acaba en pico en el nacimiento del pecho, en la cintura llevo un cordón dorado y el pelo recogido con lazos de ambos colores. Me siento de verdad transportada a

otra época y podría disfrutar vestir así. Me muevo y por un instante quiero creer que se ha inventado algo para viajar en el tiempo y estoy a su lado. En su siglo,

siendo de verdad su reina como me dijo anoche. Quiero creer por un instante que existe una posibilidad. Y viéndome así vestida parece tan posible. Toco el vestido.

¿Cómo sería ir siempre así vestida? De viajar en el tiempo, tendría que olvidar todo lo que conozco, todo lo que nos hace la vida más fácil. Como el ducharme con

agua corriente. Sonríe al recordar la de agua que salpique por culpa de la dichosa tina.

Sé que me costaría, al principio me sentiría como un pez fuera del agua, pero si todo eso es para despertarme cada día a su lado, lo haría con los ojos cerrados.

Es hora de que viaje en el tiempo, al menos dentro de lo posible. ¿Le gustará a Derek? Tal vez ha llegado el momento de que lo descubra.

Derek ha tenido que ir a prepararse para las justas y dar unos últimos retoques. Camino hacia el pueblo, un poco nerviosa por cómo pueda reaccionar. Nada

más entrar donde se han instalado los juegos medievales, siento como alguien me está mirando. Me giro incómoda, pero no hay nadie. Achico los ojos para ver

mejor, pero nada, no hay nadie. Qué raro... No necesito nada más parairme rápido hacia dónde creo que está Derek.

—Vaya, si pareces toda una princesa. No lo eres, ¿verdad? —Estoy sola con Rona cerca de las casetas donde están los que van a competir en las justas.

—Tú tampoco.

—Ya, pero yo por lo menos no aspiro a tanto, sé dónde está mi lugar. Tú no.

—Te equivocas, sí que lo sé.

—No lo creo. ¿Ya has decidido añadir a Derek a tu larga lista de conquistas?

—Ambas sabemos que esa lista es tuya, que si alguien tiene en una lista a los tíos con los que se abre de piernas eres tú —digo para mi sorpresa y la de ella.

La mano de Rona golpea con fuerza mi cara—. No tengo nada más que decir —añado con el dolor del golpe aun palpitando.

Aunque me arrepiento de mi lenguaje, es realmente lo que pienso. Todos estos años no ha hecho más que atormentarme.

—Esto no ha acabado aquí, el príncipe nunca será tuyo.

—Ni tuyo.

—Yo no lo quiero por lo mismo que tú, yo sé que de él solo podré sacar una noche de pasión y que no te quepa duda que lograré mi meta —se aleja y por la

furia que estoy guardando en mi interior, siento el suelo temblar bajo mis pies.

—Para —Adrián, pasa su mano en mi hombro—. No merece la pena.

—No —respiro intentando calmarme y me giro hacia él—. ¿Has visto a Ana? —Niega con la cabeza.

—Creo que se ha ido a la ciudad a ver a su *novio*. Ella verá lo que hace, yo ya me he cansado de esperar.

—Quizá...

—Déjalo, Evelyn, ya va siendo hora de que la olvide —no puedo alentarle a seguir tras ella aunque sepa que ella le quiere, porque ha ido a ver a otro que dice

que es su novio.

—Tiene miedo.

—¿Crees que no lo sé? —Se pasa la mano por los cabellos castaños—. Nadie la conoce cómo yo. Sé que tiene miedo a empezar algo y perderme para siempre

porque yo me canse de ella. Es tonta por pensar así, porque yo no me he enamorado de ella por un mero capricho. Para mí sería más fácil estar con otra —deja la

vista vagar a lo lejos y al seguirla veo a Rita—. Rita es una buena chica —dice más para él que para mí—. Tal vez... Quizá sea el momento de empezar a vivir sin

esperar que cierta pelirroja se dé cuenta de que nunca me iré a ningún lado.

—Al menos tú puedes prometerle eso —escuchamos la voz de Derek y ambos nos giramos hacia él. Sé por qué lo ha dicho.

—Vaya, ya te has preparado para machacarnos —dice Adrián, haciendo caso omiso de lo que ha dicho Derek—. Pobre de nosotros. Me voy a cambiar de

ropa.

Adrián se aleja y Derek ha posado una mano en mi cuello. Sus ojos están tristes.

—No se nota nada —me dice recordando el accidente de la noche anterior.

—No le des más vueltas —pido, poniendo mi mano sobre la suya. Le sonrío y Derek trata de devolvérmela.

—Estás preciosa.

—Tú estás muy pesado —Derek se ríe.

—Antes, estos trajes tan pesados, salvaban vidas.

—Antes, ahora solo pesan —alzo la mano a su cota de malla y la toco—. Está fría.

—Yo no —me guiña el ojo. Quito la mano, como si me quemara y agacho la mirada tras escuchar la carcajada de Derek—. ¡Oh, Evy, qué puritana que eres! Si

la gente supiera lo que... —alzo la mano y le tapó la boca. Lo miro enfadada, o más bien, tratando de aparentarlo. Me da un beso antes de que aparte mi mano—.

He venido a que me des algo para que me traiga suerte en las justas.

—¿Quieres un lazo? —Alzo la mano hacia el cabello para quitar uno del recogido. Derek niega con la cabeza y me acaricia la barbilla.

—Prefiero esto —posa sus cálidos labios sobre los míos. Noto cómo su calor me atraviesa, cómo saborean el dulce néctar de los suyos. Alzo mi mano a su

cuello y juego con los mechones de pelo que caen por él. Me siento transportada a un mundo donde solo él y yo estamos solos y quiero más. Lo quiero todo de él.

Derek se aparta y escucho su risa—. Muchacha, tus pensamientos son muy peligrosos y yo ahora no tengo tiempo para hacerlos realidad.

—Pero cómo... —contemplo a Derek con los ojos como platos.

—Desde que hicimos aquel conjuro de protección juntos, las barreras de tu mente para mí están más débiles —abro la boca—. No me había metido en ella

hasta ahora —dice sonriéndome pícaramente—. Me alegro de haberlo hecho —me da un ligero beso en los labios y se empieza a alejar—. Ah, Evelyn —lo miro

con la cara roja como un tomate—. Siéntate en la tarima real —se da la vuelta y, ahora que sus ojos burlones y risueños no me miran, me armo de valor y hablo por

fin.

—Pues que sepas que no lo pensaba en serio.

Derek no dice nada y sigue alejándose entre carcajadas pero sé que lo ha escuchado.

Expulso el aire tras haberlo aguantado en el último combate. ¡Derek ha ganado las justas! Salto y aplaudo su maestría. Es genial. Lleva la armadura de un color

negro y oro y en el pecho, el escudo de armas real, un águila con dos espadas plateadas cruzadas tras ella. Lo miro con alegría. Me observa y tras quitarse el casco,

me sonríe. Está increíble. Nunca vi a nadie tan perfecto. El sol brilla en su armadura y parece un dios subido a caballo.

Un dios inalcanzable.

La gente se acerca a Derek cuando se baja del caballo y yo aprovecho que no mira para irme y tomarme un descanso. Demasiadas emociones juntas. Ver a

Derek pelearse en las justas aunque sabía que no era real me ha hecho recordar constantemente que así es su vida. Y sé que un día no seré yo la que le sonría desde

la grada real. Por eso necesito espacio para recordar que aún no se ha ido y no destrozarnos nuestros momentos con mis miedos.

Empiezo a caminar por el pueblo desierto, todo el mundo está viendo las justas y comiendo de las bandejas de comida que hay en las mesas.

No sé muy bien a dónde me dirijo, pero tras dejar las últimas casas del pueblo atrás y empezar a entrar en el bosque, el aire más gélido me rodea y no se

escucha más que el silencio. Otra vez siento que alguien me observa y el frío atravesarme, me giro para correr hacia el poblado y el sonido de un zumbido me hace

girarme para ver de qué se trata, una bola de energía azul choca contra mi escudo invisible y se desintegra ante mis ojos. Aunque he sido rápida creándolo, no puedo

evitar del todo el impacto y acabo lanzada contra un árbol que me detiene.

Respiro agitada, apoyada en la corteza. Un leve siseo y otra vez el escudo para el ataque, pero esta vez ya estaba preparada para recibirlo y no me muevo del

sitio. Miro a todos lados, tratando de buscar a mi atacante, pero no veo a nadie. Desconcertada sigo observando cada sombra. Cada rincón sin éxito.

Ando unos pasos para ver a mi atacante preparada para luchar y usar mis poderes. Escucho una vez más el siseo, pero esta vez lo acompaña un grito

desgarrador que me hiela la sangre. La bola de energía pasa a unos metros de mí y al chocar contra el árbol donde yo estaba apoyada se desintegra, alguien ha

desviado el letal ataque. Me giro pero no veo quien ha sido mi salvador. Aterrada corro hacia el poblado sin saber quién ha iniciado este ataque y sintiendo que una

vez más Jafet está haciendo de las suyas, ahora queda saber quién me ha ayudado y por qué ha desaparecido.

Derek

Me quito la armadura y la dejo en el suelo. Tras quitarme la cota de malla, meto las manos en agua y me la echo por la cara. No vi a Evelyn cuando recogí el

premio, debe de haber ido al castillo o está comiendo en la plaza del pueblo, pero estoy preocupado. Su dolor es el mío. Nada me gustaría más que quedarme aquí

con ella o que hubiera alguna forma de que ella viniera conmigo. He visto como cada vez que la mirada un halo de tristeza pasaba por sus ojos empañando su

mirada. Y no puedo hacer nada por remediarlo.

—¡Maldita sea!

—¿Molesto...? —La voz de Rona irrumpe mis pensamientos y me giro hacia la puerta.

—Sí, no estoy vestido del todo.

—No creo que eso importe mucho. Te he visto salir de la caseta de las justas con esa misma ropa.

—Quiero estar solo.

—Claro —Rona parece toda humildad, pero a mí no me engaña, he visto de lo que es capaz en la mente de Evelyn. No me fío de ella—. Solo quería felicitarte

por las justas y decirte que, si quieres, te acompaño a la comida.

—Ya tengo acompañante.

—Ella no es como te piensas —al mirarla a los ojos, por primera vez puedo ver toda la maldad que tiene dentro. Solamente ha sido un segundo, un atisbo de

lo que esconde tras esa falsa humildad, pero lo suficiente para recordarme que debo tener cuidado con ella.

—Eso es problema mío. Ahora, si no te importa, quiero cambiarme.

—Claro —pronuncia haciendo una reverencia. Me giro para quitarme la armadura y, tras quedarme solo con un fino pantalón negro, voy hacia el arcón para

sacar la ropa para la comida.

—Derek... —escucho mi nombre de los labios de Evelyn, y acto seguido se aferra a mi espalda. Está temblando.

—¿Qué ha pasado? —Pregunto, tras girarla hacia mis brazos.

—Alguien me ha atacado...

—¿En el pueblo?! —le digo, levantándole la barbilla escudriñando su rostro en busca de heridas. No le veo nada salvo la ropa algo desordenada. Pero eso no

mitiga la rabia y la preocupación que siento por lo que podría haberle pasado.

—No. Me fui a... dar un paseo —se muerde el labio.

—¡No deberías de ir sola!

—¡No pensé que alguien me atacaría!

—¡Qué pronto se te ha olvidado que él va tras de ti!

—¡No, no se me ha olvidado! ¡Y qué yo sepa tu creaste un escudo protector para qué nada me pase! Y además, no me di cuenta de que me había alejado tanto

hasta que me atacaron. Lo siento.

—Yo sentiría que te hubiera pasado algo y el escudo no es infalible, tienes que tener cuidado —me mira a los ojos—. ¿De verdad estás bien?

—Solo asustada. Alguien me ayudó pero no pude ver de quien se trataba.

—¡Joder Evelyn! Si te llega a pasar algo... —no puedo acabar la frase solo pensarlo me paraliza.

—No siempre estarás aquí para protegerme. Debes confiar en que podré hacerlo sola —me dice entrelazando su mirada con la mía y veo una vez más lo que le

apenaba en las justas.

—Evelyn, no estés triste porque me vaya, tienes que estar alegre porque ahora estoy aquí. Y mientras esté aquí, pienso cuidar de ti, te guste o no. Y no

porque no te crea capaz de protegerte. Sino porque me veo incapaz de quedarme a un lado si siento que sufres o corres peligro.

—Lo sé... pero... te echaré de menos —sus ojos dorados, hasta ahora asustados, se tornan tristes—. Tienes razón, ahora estás aquí —me sonrío o lo intenta.

Bajo la cabeza y beso sus rojos labios—. El escudo me protegió tres veces.

—Espero que siga funcionando cuando no esté. Ahora, a menos que quieras verme en cueros, te aconsejo que salgas, o mejor, quédate... —se separa roja como

un tomate y yo sonrío por su reacción—. ¡Si casi me has visto en cueros! Eres muy inocente.

—Y tú un salido.

Está realmente increíble con ese vestido. Nadie en mi época me pareció tan hermosa como ella. Verla así me hace olvidar que no estamos allí y desear que este

día sea de verdad el día que debí elegir reina. Ella es la única reina que quiero tener y la única que no tendré nunca.

Derek

He recorrido el pueblo y la zona donde me dijo Evelyn que fue atacada. Me contó que una bola de energía chocó contra un árbol calcinado. Verlo ha sido

suficiente aterrador al pensar que de no haber recibido ayuda, el ataque podría haber sido letal pese a mi escudo. No he querido asustarla con mis inquietudes,

aunque no le haya quitado la vista de encima por miedo. En la comida ha sido fácil pues ha estado casi todo el rato a mi lado, menos cuando ha ido a casa de Ana a

ver si había regresado, parece ser que no. La he seguido de cerca sin que se percatara. Su miedo poco a poco ha ido cediendo y no quiero asustarla con mis temores.

Toco la puerta de su habitación antes de entrar y la encuentro frente al espejo tratando de quitarse el vestido. Me ve entrar por el espejo y su mirada se

entrelaza con la mía.

—¿No te vas a cambiar para la cena? —pregunta al ver que solo llevo los pantalones y una camisa ancha de mi siglo.

—Esta noche no me apetece ir a cenar al pueblo. Prefiero cenar contigo a solas —Evelyn se sonroja y con una sonrisa en los labios asiente.

—¿Me cambio?

—No, para lo que tengo en mente la ropa es lo de menos.

—¡Derek! —Me río y tiro de ella hacia los pasadizos.

Salimos a la cocina y casi matamos de un susto a la cocinera. Que aún no se ha ido a las fiestas.

—Si queréis os preparo algo...

—No, cogeremos cualquier cosa. Váyase a disfrutar —sonríe y tras despedirse se marcha dejándonos solos en la cocina.

Cojo algo para picar y entre los dos los llevamos hacia los pasadizos de nuevo. Agarro su mano para que no se choque pues hasta que no estamos llegando a

la cueva la oscuridad es total y ella no se los conoce como yo. Podría usar mi poder para iluminar la sala pero me gusta más la idea de guiarla yo.

—Nunca me cansare de mirar esta cueva —dice al llegar. Sus ojos relucen por la emoción.

—Me alegra que te guste. Ya sabes lo importante que es para mí —asiente y dejo la cena en el suelo—. Entonces qué, ¿te quieres quitar la ropa antes...? —

hago un gesto y veo como agranda los ojos sonrojada porque sea tan directo. No puedo evitar picarla—. ¿O después del baño? ¿En qué pensabas? Tienes que

controlar esa mente calenturienta Evelyn.

M e golpea de broma y entre risas la cojo y la alzo en brazos. Cuando la bajo atrapo sus labios entre los míos al tiempo que dejo que sus pies toquen el suelo.

Le doy un beso más antes de separarme.

—Lo has hecho aposta.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? —le respondo queriendo parecer el ofendido antes de separarme.

La beso en el entrecejo fruncido y me acerco hacia el agua. La toco, como siempre está templada e invita al baño. M e quito la camiseta y miro a Evelyn. Que

observa mi espalda tatuada. Veo pasar dolor por su mirada y me giro para alzarle la cara y que me mire a mí.

—No mires más allá del águila. Es pasado.

—Lo intentaré —la beso—. ¿Vas a bañarte?

—Sí y tú también. ¿Te ayudo con la ropa? —tiro de una de sus cuerdas y me aparta.

—No me apetece bañarme y además, al ir vestida con estas ropas no llevo... bueno que...

—¿Que no llevas ni bragas ni sujetador?

—¡¡Derek!!

—¿Qué? Te prometo que no me pienso quejar por eso —me mira seria. La beso incapaz de contenerme—. Nunca te obligaré a nada preciosa, si no quieres

bañarte no te bañes.

M e mira impresionada por mi forma de llamarla.

—Nunca me has llamado así...

—Tendré que hacerlo más a menudo. Y ahora si no quieres ver nada es mejor que te gires.

—¿Tu tampoco...

—Te aseguro que yo tampoco llevo ni bragas ni sujetador —me mira enfadada—. No, en mi siglo no había ropa interior. No como la conocéis ahora. Y hoy

quería viajar en el tiempo contigo.

M e giro incómodo por confesarle estas cosas. M e abraza y me besa la espalda.

—Gracias. A mí también me apetece bañarme contigo. ¿M e ayudas con la ropa? —No ha dicho nada provocativo, pero su sinceridad e inocencia me

conmueven cuando van unidas con su deseo y mis deseos.

No la merezco, lo sé, pero no pienso plantearme algo así si significa alejarme de ella. Solo puedo creer, que cada día que paso a su lado, estoy más cerca de ser

el hombre de se merece.

Le hago darme la espalda y le voy quitado las ataduras del vestido. Enseguida se queda suelto, más aun cuando le suelto el cinturón. Giro a Evelyn y lo cojo

para sacárselo por la cabeza sabiendo que cuando lo haga lo único que cubrirá su cuerpo será una fina camisa blanca. Le quito el vestido. Y lo lanzo a un lado donde

cayó mi camisa.

La miro y me quedo sin palabras. Es preciosa. Nunca me cansaré de mirarla, de atesorar cada imagen suya con la esperanza de que mi alma no olvide ni uno de

los segundo que he vivido a su lado, me niego a creer que un día me olvidaré ella. Eso sería comparable a olvidarse de respirar para mí. Es algo que no puedo

concebir.

Atesoro su imagen. Su pelo castaño cae suelto por la espalda y parece más oscuro en esta cueva. Sus ojos están vidriosos por el deseo, sus mejillas

ruborizadas y sus labios rojos y entreabiertos. Me acerco a besarlos un instante antes de seguir empapándome con su bella estampa.

La camisa no es suficientemente gruesa para ocultar sus curvas a mi vista y cae sobre sus pechos haciendo que sus rosados pezones endurecidos sean

completamente visibles. Siento como su respiración va más rápido cuanto más la observo. Sus torneadas piernas, sin un solo bello, algo que he de reconocer me

encanta, se mueven inquietas por mi escrutinio. Alzo la mirada hasta sus ojos. Y la acaricio antes de separarme.

Me empiezo a quitar el pantalón, me giro a mirarla y veo que no agacha la mirada aunque es evidente que le inquieta mi desnudez, dudo y tiemblo ante su

escrutinio. No es la primera vez que una mujer me ve desnudo, pero nunca lo hizo una que me importara tanto y por un momento me siento inseguro, temiendo

que no le guste lo que pueda ver. Me quito el pantalón y la miro un instante. Ahora es ella la que me devora con la mirada y sabiendo que si sigue así no podré

recordar mis buenas intenciones de darnos un baño tranquilo me lanzo al agua.

Joder, a su lado parezco virgen y tal vez lo sea. Porque nunca he estado con alguien a quien de verdad amara y deseara, nunca he estado con una mujer por

elección propia... Y esto si es terrero inexplorado para mí.

Emerjo del agua y me giro cuando escucho unos chapoteos y veo a Evelyn venir hacia mí sonriente. El pelo se

le mueve alrededor y la luces del lago su cuelan

por su cuerpo y lo acaricien. Parece una ninfa marina.

—Está deliciosa —dice llegando a mi lado y posando sus brazos por mi cuello. Pongo mis manos en su cintura y cuando me rodea con sus piernas me olvido

de las razones para ir más lento cuando el deseo me golpea con fuerza.

La beso deleitándome con sus labios hasta que gime entre los míos. Subo mis manos por su espalda y voy con ella hacía una de las zonas donde hago pie

aunque seguimos sumergidos. Apoyo su espalda en la pared y tiro de su camisa que no hace más que dar vueltas entre nuestros cuerpos. Cuando se queda desnuda

ante mí me mira tímida antes de acercarse y besarme. M e desarma. M e conmueve. M e enamora.

El beso se intensifica y creo que voy a morir de placer cuando no hay separación entre nuestros cuerpos y sus pechos acarician mi pecho y nuestros sexos se

encuentran aumentado con este leve contacto el placer de ambos. M e quedo quieto absorbiendo este placer que nunca antes he conocido.

Muevo mis manos por su espalda y siento como Evelyn me acaricia sin esconder lo mucho que disfruta tocándome. M e separo para mirarla antes de alzarla y

que sus senos ávidos de mis besos queden a la altura de mis labios. La subo con lentitud dejando un reguero de besos por su cuello, por su clavícula, por la cima de

sus pechos. La torturo. Cuando llego a su pechos no tengo prisa, y dejo un rastro de besos en cada uno antes de besarlo en esos inhiestos botones que reclaman mi

atención. Cuando los beso, los mimo. Los amo. Noto como el calor aumenta. Casi temo que el agua empiece arder.

Llego mi mano hasta su ardiente núcleo y cuando me pierdo entre sus pliegues gime tan fuerte que creo que nos van a escuchar desde el castillo. M e río y me

gano que se escurra y me lance agua.

—Eres malo.

—Soy un pirata.

—Solo lo eres cuando te interesa.

Sonríe y se alza para besarme. M e separo.

—No te escondas nada ante mí, nunca. Lo quiero todo de ti, aunque este pobre tonto se ría porque soy un pobre ignorante en esto de hacer el amor a una

mujer.

—M e alegra que sea así —me dice dichosa antes de besarme con timidez.

El beso cada vez se hace más intenso y llevo mis manos a sus piernas que de nuevo me rodean la cintura y busco ese lugar que me muero por tocar. Cuando lo

hago Evelyn gime y esta vez no oculto entre risas el placer que me produce saber que soy tan poderoso en su cuerpo. M e asombra que ella sea tan receptiva

conmigo. Que pese a lo que sabe de mí, deje que mis manos la amen de esta forma. Ella no es consciente del regalo que me está haciendo. De cómo su luz está

lentamente haciéndome recordar ese niño que fui antes de que me secuestraran.

M e adentro entre sus pliegues y juego con ese botón que se endurece ante mi contacto. Introduzco un par de dedos en su interior y cuando este me acoge y se

abre a mí, me siento morir.

M e cuesta mucho no hacerle el amor. No adentrarme en ella, pero quiero que cuando lo hagamos esté completamente preparada y para ella todo esto es muy

nuevo. Aunque en el fondo creo que lo retraso porque no me creo digno de robarle su primera vez.

Noto sus manos bajar por mi pecho cuando casi llegan a mi masculinidad la detengo.

—No hace falta...

—Quiero hacerlo, quiero darte placer, pero no sé... Guíame.

—Tú quieres matarme —se ríe—. No hace falta preciosa...

—Quiero. Guíame.

M e lo dice con una firmeza que está lejos de sentir. M e conmueve. Dudo, por un instante recuerdo otras manos y temo que las pesadillas ocupen este mágico

momento. Temeroso y deseando que no sea así, cojo su pequeña mano y la guio hasta mi miembro. Cuando me acaricia solo hay placer. Solo lo que me conmueve

su manera de acariciarme, con esa timidez y decisión. Lo que siento por esta pequeña ninfa se desborda dentro del pecho. Le indico que hacer y aparto mis manos

para llevarlas a su sexo.

—No sé muy bien hacer.

—Solo ámame —sonríe ampliamente por mi juego de palabras y con determinación me acaricia.

—Eso es fácil.

Evelyn mueve su mano y yo me siento morir. M e cuesta mucho concentrarme y no irme con tan solo un roce, pero es imposible cuando el deseo me nubla la

razón.

Atrapo sus labios entre los míos al tiempo que adentro mis dedos en su interior. Ambos movemos las manos dando placer al otro haciendo que cada roce sea

un nuevo gozo. Haciéndolo en una sinfonía perfecta amoldando nuestros roces. Cuando siento que estoy cerca intensifico mis caricias y juntos explotamos un

orgasmo demoledor.

La abrazo con fuerza y aunque sé que es inútil, ruego a la vida que no la aparte nunca de mi lado. Evelyn parece pensar lo mismo pues cuando apoyo mi

frente sobre la suya y nuestros ojos se entrelazan, las lágrimas que veo no son de felicidad, son de pesar por el futuro que nos espera.

—¿Me seguirás queriendo aunque no me recuerdes? —Nunca le he dicho que la quiero, nunca he sido tan valiente para reconocerlo ante ella. Y ahora tampoco,

pero si puedo responder su pregunta con lo más parecido a un te amo.

—Siempre. Me pasaré la vida buscándote hasta que me muera aunque no recuerde que es por ti por quién llora mi alma.

—Te quiero Derek —siento que la felicidad me estalla en el pecho, la abrazo con más fuerza.

—Siempre supe que de los dos tú eras la más valiente.

—Quien lo diría viniendo de un pirata.

—La vida nunca dejará de sorprenderte, muchacha.

Y aunque sé que debería, que es el momento indicado para decirle que la amo, me cuesta decirlo sin más, decirle algo que pase lo que pase nunca dejaré de

sentir pero que nunca he dicho en alto. Y como no tengo el valor de decirlo en alto, cojo su cara entre mis manos y la beso para que sin palabras entienda cuanto la

amo.

Evelyn

—¿Tú crees que ya habrá cambiado el otro plano el castillo? —Observo la puerta mágica que hemos abierto para ver que hay tras ella pero está oscuro.

Derek está a mi lado observándola solo con los pantalones puestos y yo con su camisa que me llega por las rodillas. Aun siento en los labios ese último beso

donde me pareció sentir cuanto me ama Derek, pero no me ha dicho ni *yo también te quiero*, ni nada parecido. Y una parte de mí siente que lo esté imaginando

todo. Pero sus palabras cuando me confesó que me buscará aun sin saberlo toda la vida me conmovieron. Tal vez solo necesita tiempo para decirlo. Quiero creer

eso.

—¿Quieres entrar para descubrirlo? —Dice en broma pero cuando asiento. Niega con la cabeza—. No, ni hablar, me niego...

—Vamos Derek, solo quiero saber cómo vivías...

—¿Y qué pasa si al entrar pasan cientos de años? ¿O no puedes salir?

—Derek, sabes tan bien como yo que no pasará nada si no cierras la puerta. Que el castillo va cambiando a la espera de que alguien se encierre.

—No quiero arriesgarme...

—Quiero saber cómo viviste. Y esto es lo más cerca que voy a estar de tu mundo.

Nos quedamos en silencio. Su aspecto es espectacular, aun lleva el pelo algo húmedo tras el baño. No se le ha secado lo suficiente mientras cenábamos cerca

del agua. No me puedo creer lo que hicimos dentro de esta. Con Derek no tengo miedo a decir lo que pienso y lo que deseo como mujer. Me hubiera gustado ir más

allá pero me alegra que las cosas vayan a este ritmo pues poco a poco me adentro en este desconocido mundo para mí.

Derek desnudo es espectacular. Su cuerpo no tiene ni un gramo de grasa parece esculpido en piedra. Me sonrojo solo de pensar lo magnífico que es en todos

los sentidos.

—No quiero arriesgarme...

—Lo sé —le digo antes de correr hacia la puerta y entrar—. No tardaré.

—¡Maldita sea Evelyn! ¡Más te vale darte prisa!

Subo las escaleras de la cocina. Y busco el interruptor cuando lo encuentro y la luz eléctrica lo ilumina todo soy consciente de que Derek tenía razón y este

castillo cuando no hay nadie dentro, cambia para ser idéntico al real.

Salgo de la cocina y el silencio es tan ensordecedor que mis pasos resuenan por todo el castillo. Me recorre un potente escalofrío conforme avanzo y este

silencio es hace insoportable. Todo está igual. Hasta las cosas que hemos dejado olvidadas. Parece que esté en el castillo sola como meses anteriores, pero solo lo

parece, pues en este castillo paralelo el silencio cae como una losa pesada sobre uno.

Voy hacia la puerta y la abro, y me encuentro de lleno con la obscuridad más absoluta y un escudo que no me deja salir. Es escalofriante. Aterrador. Cierro y

voy hacia una de las ventanas. Y al mirar al que debería ser un cielo estrellado no hay nada solo un negror intenso que te recuerda la soledad.

Me agobio, me asfixio, el aire es tan denso que parece que me va a faltar aunque sé que no es así. Cierro la ventana y corro hacia donde está Derek para salir de

aquí, mientras lo hago me invade el temor de que la puerta se haya cerrado y tenga que quedarme atrapada aquí. El miedo me atenaza la columna y la vista se me

nubla.

Cuando estoy llegando las maldiciones de Derek me tranquilizan y nada más salir salto a su abrazo que tras refunfuñar me abraza con fuerza.

—¿Cómo lo soportaste? ¿Cómo pudiste vivir allí cinco años sin volverte loco? Es escalofriante.

—Cuando has vivido como pirata eso no es tan malo.

—Es horrible Derek... ¿Y si no llego a abrir la puerta? Nunca te he dicho que no creía en ti —se separa para mirarme, temo lo que pueda ver en sus ojos tras

mi confesión. Al mirarlo solo veo diversión—. No te rías, es cierto. Pensaba que todo era un cuento de niños...

—Y pese a eso la abriste. Creo que eso demuestra que aunque no queramos ver las cosas, hay detalles y gestos que demuestran la realidad que nos

empeñamos en ocultar. Y te gusto o no Evelyn, tu siempre has creído en la magia y en lo imposible.

No lo niego pues tiene razón.

—¿Por qué yo Derek? ¿Por qué tras tantos años de intentos solo yo podía abrir esta puerta?

—No lo sé y es algo que si te soy sincero me inquieta mucho. Siento que hay aún muchos misterios que desconocemos de todo esto.

Asiento y nos quedamos en silencio observándonos. Recuerdo algo y también se lo confieso.

—Soñaba contigo. Te veía mirar ese cielo oscuro y eso me impulsó a intentar abrir la puerta.

—Era tu destino.

Asiento y miro hacia la puerta ahora cerrada pero sin poder olvidar la sensación de peligro. Me recorre un escalofrío.

—¿Podemos salir a tomar el fresco? Necesito sentir el aire.

—Vamos medio desnudos —me dice pícaro. Dudo pero algo ve Derek en mi cara que se aparta y tira de mí hacia la cocina—. Espérame en la cocina, ahora

bajo con algo de ropa.

Derek no tarda en regresar, se ha puesto una de sus antiguas camisas y me trae una manta que deja caer sobre mis hombros. Me cubro con ella. Vamos hacia el

lago y ando con paso decidido hasta su orilla donde la brisa es más intensa.

Cierro los ojos y escucho mí alrededor. Los grillos, el viento, la hierba moverse bajo nuestros pies... todo me parece tan sencillo y tan grandioso a la vez que

lentamente, mientras esta tranquilidad llena de sonidos me penetra, se me pasa el miedo que sentí ante el silencio absoluto del otro castillo.

—Al final te acostumbras —dice abrazándome por detrás y dándome su calor.

—Por eso pasabas tanto tiempo frente a los espejos.

—Sí, creo que es lo que le pasa a mucha gente en este siglo. Que ponen la tele aunque no le hagan caso solo para no sentirse tan solos.

—Yo también lo creo. Aunque en mi internado no había tele y mis abuelos solo la ponen para ver las noticias.

—Una vez más me pregunto quién de los dos ha estado más encerrado. Al menos de los dos, yo sabía que lo estaba y tú poco a poco te vas dando cuenta.

—Sí.

—¿Y por qué estabas tan triste en las justas? —Pregunta cambiando de tema.

—Me preocupaba que pudiera... pasarles algo—Derek se ríe pues sabe que no era eso lo que quería decir—. En serio, no disfruto viendo como hacéis algo

peligroso. No comprendo por qué antes estaban de moda. Y bueno esto es de los juegos menos peligrosos. ¿Por qué la gente iba a verlos y disfrutaba de ellos? ¿Por

qué eran tan morbosos?

—La gente no sabía que estaba mal. Mucha gente no se mueve por instintos, no juzgan si está bien o si está mal. Solo lo hacen porque es lo que han visto toda

la vida. No se paran a decir. ¿De verdad me gusta? En tu siglo tenéis la capacidad de elección, de decir basta. De decir esto no me gusta no quiero verlo, no quiero

hacerlo. De tener más humanidad. Y aun así, sabiendo lo malo que puede llegar a ser algo, hay gente que sigue haciéndolo.

—Es cierto. Es triste que pudiendo elegir se elija hacer daño —me abraza y apoya su cabeza sobre la mía—. Y yo soy la menos indicada para juzgar a nadie,

porque llevo dieciocho años dejándome llevar sin decir basta. Soy como esas personas que iban a las justas, veían lo peligrosas que eran y se dejaban llevar porque

era lo esperado. No han cambiado mucho las cosas.

Nos quedamos en silencio hasta que se levanta un aire muy frío y regresamos al castillo. Entramos en la habitación de Derek y me meto bajo las mantas tras

quedarme solo con la camisa. Estoy helada por las bajas temperaturas del exterior. Derek aviva el fuego de la chimenea pues tampoco ha querido que la calefacción

hoy nos caliente. Está decidido a que viaje en el tiempo de esta forma. Se mete bajo las mantas tras quitarse la camisa, me acerca a su pecho. Lo abrazo con fuerza

y siento paz cuando su brazo me rodea y me acaricia la espalda. Me encanta escuchar el latido de su corazón. Sentir que está aquí que es real.

—Buenas noches —dice tras alzarme la cara para robarme un tierno beso.

—Buenas noches —me acomodo entre sus brazos y siento tanta paz que me invade el temor de que mañana al despertar se haya marchado para

siempre.

No saber cuándo se irá hace que no pueda disfrutar plenamente de estar a su lado.

Derek

Me termino de arreglar para el baile de esta noche ante el espejo. Hoy casi no he podido estar a solas con Evelyn. Hablé con Adrián para contarle lo sucedido

ayer y me prometió cuidar de ella. El director de la universidad me ha tenido de un lado a otro y me ha sido imposible largarme sin parecer descortés. Aunque más

de una vez me lo he planteado, pero teniendo en cuenta que todo era para que el baile de esta noche saliera perfecto preferí callarme pues yo soy el primer

interesado en que así sea.

Termino de retocándome el pañuelo del cuello para bajar al salón, donde se celebrará el baile. En este mismo castillo, lo que me recuerda que hace más de

quinientos años, se celebró el baile que cambió mi vida. Salgo de mi habitación y voy al lugar en el que ocurrió todo.

Recuerdo aquella noche oscura y a mi padre entregándome los anillos mágicos. Los saco del bolsillo y los contemplo, brillan con intensidad, siguen siendo

preciosos. Nunca llegó a explicarme la historia de los círculos perfectos, ni por qué tengo esa marca de medio círculo en la muñeca que siempre llevo oculta bajo mis

muñequeras de cuero, me la quito y paso los dedos por ella. Un semicírculo incompleto. Lo vuelvo a ocultar pues mi padre me hizo sentir que tener esa marca no

era tan buen como parecía y era peligrosa. Lo pude ver en sus ojos antes que le arrebataran la vida.

Aprieto los anillos con fuerza y, una vez más, juro que volveré para vengarlo, solo que cada vez sabe más amarga esta promesa, porque tendré que decirle

adiós a la única mujer que he amado y amaré en la vida. No puedo matar al brujo, si matándolo borro la existencia de Evelyn. Espero que mis padres me perdonen

allí donde estén. Pues hace tiempo que tomé la decisión de si regreso, no hacer nada si eso la condena a ella.

—¡Estás aquí! —Me giro hacia Evelyn y me quedo sin palabras ante su belleza.

Sonríe y se coge el bajo del vestido dorado para darse una vuelta ilusionada con la prenda. Lleva el pelo medio recogido y, en lo alto, una tiara. Verla así

vestida me trasporta al pasado, como si esta noche de verdad estuviéramos en mi tiempo y pudiera elegirla a ella entre todas las asistentes. Sé que si no la conociera

y la viera en una sala llena de gente, la elegiría a ella sin dudarlo. Cuando la vi la primera vez supe que mi vida ya no sería la misma.

Evelyn se acerca. El vestido realza sus curvas, sus senos casi se salen del corpiño, no lo hacen porque lleva una camisa que lo impide. Parece una reina. Mi

reina. Y ojalá pudiera serlo. A veces creo que me gusta torturarme. Pues que ahora ella vaya vestida con ropajes de mi siglo no cambia nada y sin embargo al mirarla

deseo con todas mis fuerzas que lo cambie todo. Que exista una maldita posibilidad de no perderla para siempre. De no olvidarla.

—Me siento como Bella, de *La Bella y la Bestia* — comenta Evelyn ajena a mis pensamientos. No sé de qué habla pero me hace gracia que su alusión.

—Solo espero no parecerme a la bestia.

—Es precioso. Nunca pensé que llevaría un vestido así, ¡Parezco una princesa!

—Para mí siempre serás una princesa —meto un rizo tras la oreja y caigo en que lleva las orejas desnudas de pendientes—. Tengo algo para ti —le cojo de la

mano enguantada y le doy un fugaz beso, pero no la suelto. La llevo a mi habitación y la sitúo frente al espejo —. Espérame aquí —asiente y voy a por las joyas de

mi madre. Me acerco a Evelyn y me sitúo detrás con el collar de zafiros y esmeraldas engarzadas—. Era de mi madre.

—Es precioso, Derek, pero no sé si debo... —mira el collar asombrada mientras las piedras preciosas le caen sobre el escote. La miro a través del espejo. Ella

alza sus manos hacia el collar y lo observa. Las esmeraldas relazan el brillo de sus ojos y su piel parece más dorada. Al moverse las luces de la sala son atrapadas

por la joya y por un instante parece mágica, aunque no posee magia alguna, pero Evelyn hace que si lo parezca. Como si al fin las joyas de la reina hubieran

encontrado su nueva dueña.

—Están donde deben estar.

—Gracias, Derek, gracias por todo, hasta por hacerme creer que es posible crear un puente entre tu mundo y el mío.

—Por unos días sí —asiento—. Esta noche me recuerda al último día que estuve en mi época. Solo que hoy sí sabría a quién elegir como reina —le doy la

vuelta para mirarla a los ojos—. ¿Aceptarías?

—Sabes que sí. Aunque creas que soy una perfeccionista que no puede salirse de lo previsible.

—Ven, quiero mostrarte algo —la cojo de la mano y vamos hacia los pasadizos—. Anoche mi idea no solo era cenar y bañarnos —se sonroja mientras

andamos—. También quería enseñarte a usar los espejos mágicos, pero me distrajiste.

—Que morro tienes.

Llegamos a la cueva y me pongo ante uno de los espejos. Este cobra vida y empieza a brillar con intensidad.

A la espera de que le ordene que quiero ver. El

espejo está protegido por cristales de piedras circulares perfectas y aunque es sólido se mueve como si fuera agua hasta que fija una imagen. Son grandes, casi tanto

como yo de altos.

—Es... raro, pero precioso —pasa la mano por este y empieza a brillar acariciando sus dedos, así que la quita asustada.

—Desea lo que quieras ver, no temas.

—Está bien —alza la mano de nuevo y el espejo muestra la fiesta—. Parece que se lo están pasando bien —la gente está comiendo con las manos la carne que

ha sido preparada para la cena y no paran de reír—. Creo que no voy a llevar muy bien lo de comer con las manos.

—El marido era el que cortaba la carne para su esposa, con la daga.

—Todo lo hacía el hombre... —Bufa y yo me río.

—Eran otros tiempos.

—Es *tu* tiempo.

—Cierto, pero te aseguro que no tuve tiempo de hacer esas cosas. Solo fui príncipe durante dos meses y dediqué el tiempo a entrenarme para ser un perfecto

rey.

—¿Y te gustó?

—Todo es mejor que ser un pirata, Evelyn.

—Tienes razón —baja la vista y se la alzo.

—No pasa nada —le doy un ligero beso en los labios, mientras le acaricio la espalda—. Vamos, si no, me temo que este pueblo de hambrientos no nos dejará

nada. Y quiero que pruebes la carne que han cocinado como la comíamos antaño —Evelyn se ríe y se deja guiar hacia el salón.

—No has dejado ningún detalle al azahar.

—No, al menos esto si lo puedo controlar yo.

Evelyn

La carne no estaba mal del todo, pero lo de comer con las manos o con el puñal no se me da muy bien, y Derek no paraba de reírse a mi costa. El muy

cretino... Nos hemos sentado en la mesa real y Derek me ha hecho sentar en el lugar que deberá ocupar su futura... esposa. La gente ha sonreído por este gesto

pero yo la verdad es que no sé cómo sentirme al respecto.

Hace calor en el salón de baile y empiezo a agobiarme, llevamos ya un rato aquí y estoy deseando salir a tomar algo de aire fresco. Derek está hablando no

muy lejos con algunas personas del pueblo. Salgo por el balcón hacia los jardines y, tras andar unos metros, escucho unas voces. Y en silencio me acerco un poco

más.

—Tú siempre la querrás, pero... —dice Rita.

—Ya es hora de que mire al futuro —contesta Adrián.

Me quedo helada, triste y desolada. Y quiero matar a Ana que no ha regresado aún. Todo es por su culpa. Ella lo quiere. Tiene la oportunidad de tener al chico

que ama y lo pierde.

La odio.

La odio por tener lo que yo deseo y dejarlo marchar, por no dar gracias a la vida por la oportunidad y la suerte que tiene y desaprovecharla por sus estúpidos

miedos. Noto la rabia crecer en mí y una cálida lágrima cae por la mejilla. Va a pasarlo mal y ella no es capaz de verlo, de hacer algo.

—Siempre te he querido. Lo sabes —no me parece del todo sincera. Debería irme, pero no puedo, quiero saber qué va a pasar. Tengo el corazón en un puño y

me acerco un poco más para verlos mejor. Adrián mira sonriente a Rita, pero sus ojos están tristes.

—Lo sé. Yo también... A mi manera —le coloca un rizo a Rita tras la oreja—. Sé que...

—Vaya, por fin te encuentro —Al escuchar la voz de Ana acercándose a ellos hace que me vaya contra los setos que detienen mi caída. Doy mil gracias

porque no he hecho suficiente ruido como para delatarme.

—¿Nadie te ha dicho nunca que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas? —El susurro de Derek en mi oído hace que casi emita un grito mientras

trato de enderezarme.

—Yo no... —Lo miro de reojo y vuelvo mi atención a lo que está pasando, tras incorporarme con la ayuda de Derek—. Calla, Derek, esto es interesante —Se

ríe y posa su firme mano en mi cintura. Me dejo caer en su pecho y le agarro la mano con cariño.

—No sabía que me estabas buscando —Adrián está serio—. ¿Qué? ¿Vienes a contarme lo maravilloso que ha sido volver a verlo? Pues ahórratelo, Ana, no me

interesa. Vamos, Rita —Pone una mano en la cintura de Rita y tira de ella. Empiezan a alejarse y casi le grito a Ana para que los siga.

—No... Ya... no es mi novio. Si he tardado en regresar es porque ayer no pudo quedar y lo he esperado hasta romper una relación que nunca debió existir —

se arma de valor. Adrián se ha parado y la mira serio—. Tenía miedo de perderte, pero Evelyn tenía razón, te estoy perdiendo. No podría soportar no estar a tu

lado, no saber que estarás conmigo y creí que si te decía lo que sentía, si te decía que te amo, conseguirías tu meta y me dejarías... ¡No soportaría verte marchar! —

La voz de Ana está rota por las lágrimas. Adrián la mira sin decir nada. Mi corazón late desbocado, como si fuera yo la que estuviera protagonizando esa escena.

Adrián le dice algo a Rita, algo que para mí desgracia no escucho. Suelto un bufido y Derek se ríe.

—Cotilla —me repite y le doy en la mano—. ¡Eh, no seas mala! —me dice al oído. Rita se va tras mirar a Adrián, con la mirada más furiosa que he visto

nunca, y luego se acerca a Ana, levanta su cara para limpiarle las lágrimas.

—Eres tonta, pelirroja, tonta por pensar que me perderías.

—Yo no... —Adrián no la deja terminar y la besa ¡Con pasión! Casi estoy botando de alegría.

—Ya habrá tiempo para hablar, ahora tengo que recuperar el tiempo perdido —Ana lo mira y no dice nada. Sólo alza las manos a su cuello y se deja llevar por

la pasión.

—Creo que ha llegado el momento de irnos, princesa —Derek está divertido y lo miro sonriente. Sin poder evitarlo, me lanzo a sus brazos.

—¡Oh, Derek, estoy tan feliz por Ana! ¡Tan feliz! —Derek me abraza.

—Es bonito saber que eres capaz de ser feliz con la felicidad de otros. Eres única, y ahora dejemos a esos dos solos y vayamos a la fiesta.

Derek les hace un gesto a los músicos y empieza a sonar un vals.

—Derek, esta música no me suena que se bailara en tu época y pensé que querías que todo se pareciera al máximo a tu época. ¡Si hasta he tenido que comer con

las manos!

—¿No? Vaya, habrá que añadirla —me responde divertido haciéndose el inocente.

Posa sus manos en mi cintura, me lleva a la pista de baile e iniciamos el baile. Me siento como si volara en los brazos de Derek, me lleva con suma facilidad. El

resto de la sala y sus ocupantes han dejado de existir, solo tengo ojos para él, para vivir el momento y saborear cada segundo que tenga a su lado, para mirar sus

ojos verde azulados y perderme en ellos. El vals termina y nos detenemos en la pista de baile. Sigo sin escuchar nada. Los ojos de Derek, que ahora parecen más

verdes que azules, me miran intensamente.

Algo ha cambiado entre nosotros durante estos días. Me siento más unida a él que nunca, más viva a su lado. Derek me acerca un poco a él y yo lo miro,

plantado ante mí con sus ropas azul marino y dorado de príncipe del siglo XVI. Está realmente guapo, magnífico y hoy es mío. Mío.

El pulso se me acelera cuando la mano de Derek comienza a dibujarme círculos en la espalda, y se me corta la respiración cuando su boca se acercarse a mis

labios. Antes de sentirlos, sé que este beso no será un simple roce. Este será la conquista de mis labios, de mi alma, de mí ser.

Alzo las manos hacia su cuello y me deleito con el sabor a vino de sus labios, con la pasión de sus gestos. Su lengua pide paso en mi boca y la abro para tocar

con la mía la suya y bailar una danza diferente a la de hace unos momentos.

Me falta el aire, mis emociones están a flor de piel, no sé dónde estoy; solo sé lo que siento, lo que me hace sentir Derek. Lo acerco más a mí, quiero sentirlo,

no dejarlo escapar nunca. Es demasiado perfecto como para ponerle fin.

Cuando el beso se detiene, solo escucho mi respiración agitada mi corazón y el suyo latiendo al mismo son, pero las voces de la gente que nos rodea, los

gritos, los aplausos, me devuelven a la realidad. Abro los ojos para mirar a Derek, que me sonríe con una sonrisa triunfante, y, tras mirar a mí alrededor, veo que la

gente no ha perdido detalle de nuestro beso. Me sonrojo y esto hace que el muy canalla aún sonríe más.

—Y el príncipe eligió ante el pueblo a su reina —dice con un suave susurro que solo puedo escuchar yo. El corazón se me llena de amor por él, por sus

palabras, por este instante que guardaré en mi memoria para siempre, pese a no recordarlo. Siempre sentiré que en otra vida, sin saberlo, viví un momento tan

memorable.

Nos miramos a los ojos y siento que espero algo, algo que como ayer no llega. Un te quiero. Y aunque no quiera, el que no lo haga tiñe con un ápice de negro

mi felicidad. Me hace temer que todo esto no sea tan intenso para él como para mí.

—Derek, ¿puedes venir? —pregunta el director a mi espalda rompiendo este momento.

Derek, que no ha dejado de mirarme, asiente y, tras darme un suave beso, se aleja. Las gemelas llegan a mi lado y me felicitan por haber conquistado al

príncipe. No digo nada, pero un escalofrío me hace detenerme y darme la vuelta. Es Rona, me mira como si quisiera matarme.

Hace más de una hora que Derek se fue con el director. La gente del pueblo ya se ha ido a sus casas. No veo a Derek por ningún lado. He estado hablando con

una Ana sonrosada y más feliz que nunca hasta hace un poco. Adrián la seguía de cerca y también parecía muy contento. Ahora están juntos y me ha confesado

que tiene miedo al mañana, pero que lo afrontará cuando llegue; ahora hay que vivir el presente.

El presente... Y Derek sin aparecer. Comienzo a subir las escaleras que llevan a nuestras habitaciones y dudo entre si ir a la mía o la de Derek pero al final me

armo de valor y voy a la suya que está entreabierta y, tras llamar suavemente y abrirla un poco, me llegan unas voces, o más bien, unos gemidos.

—Oh, Derek... Sabía que te cansarías de ella... Ummm —es la voz de Rona. No puede ser, pero los gemidos y la voz dejan muy claro lo que pasa ahí dentro.

Está muy oscuro y no puedo ver nada... Hay un modo de salir de dudas, aunque sea muy doloroso.

Bajo las escaleras y voy hacia la caverna por uno de los pasadizos que hay en la pared. Cuando llego a esta, me sitúo frente al espejo y alzo la mano con

miedo por si es verdad lo que he escuchado. Deseo ver la habitación de Derek y aparece este besando a Rona, sin ningún atisbo de ropa, bajo las sábanas. Solo

puedo ver parte de la espalda de Derek, tras el velo de mis lágrimas y cegada por estos celos y esta voz que me dice « *Ahora entiendes por qué no te dijo que te*

quería». Descargo mi dolor con el espejo mágico cuando de mis manos sale una bola de energía que se estampa contra este y lo hace quedarse completamente en

negro. Grito de dolor antes de salir de la caverna corriendo.

Cuando subo al castillo, salgo por la puerta y me adentro en los fríos y oscuros bosques. Me da igual el mal que me espera fuera, no me importa lo que me

hagan, me siento muerta por dentro. Era él. Me ha engañado. Ella tenía razón... ¡Qué estúpida que he sido! ¿Por qué ha querido jugar conmigo? ¿Por qué me ha

amado como si para él fuera lo más importante del mundo? ¿Por qué me hizo creer que era su reina? Un príncipe del siglo XVI, ¿Enamorado de mí? Solo esto

explica lo que vi en sus ojos tras mi confesión, tal vez yo confundí amor lo que en verdad era arrepentimiento por su mentira. Su meta desde que salió por la puerta

fue torturarme y lo ha conseguido del todo.

Corro, notando esa presencia que me incomoda a mis espaldas. Huyo del pueblo, de lo que he visto, de él, huyo de todo. Solo me detengo al llegar al

acantilado, y me dejo caer al suelo, gritando y sintiendo la fría hierba bajo mis manos. « *¿Por qué me ha hecho esto...? ¿Por qué...? ¿Por qué...?* »

Derek

Llevo toda la noche buscando a Evelyn, estoy preocupado por ella. Después de hablar con el director, me fui a buscar a la anciana, quería preguntarle si hay

algún hechizo que evite que olvide a Evelyn al regresar a mi época. Mi intención era darle una sorpresa pero, al volver, no estaba. Ahora tengo el frasco con la

pócima, pero no la encuentro por ninguna parte.

—¿Qué sucede? —Es Ana. Son cerca de las seis y he venido a su casa a ver si ella sabe algo.

—No encuentro a Evelyn, cuando volví no estaba.

—Debemos encontrarla. Pasa —entro, y Ana va a su cuarto a coger el teléfono inalámbrico. La escucho hablar y vuelve vestida con un chándal—. Adrián no

tardará en venir.

Efectivamente Adrián no tarda en llegar y nos dividimos para buscarla y quedamos en llamarnos al móvil si la encontramos. Tengo miedo de que sea

demasiado tarde, no puedo perderla. Aunque sepa que mi destino es irme, prefiero hacerlo sabiendo que ella está viva, que podrá ser feliz. No puede haberle

pasado nada. No...

Al llegar al acantilado, la maleza quemada me hace temer lo peor. Corro hacia allí con el corazón en un puño y, aterrado, veo en el suelo el cuero que le regalé a

Evelyn y que ha llevado desde el día que se lo puse. Otra vez ha sido atacada. Escucho el ruido de las olas y me invade un escalofrío. No estará... Me acerco, con

miedo a lo que pueda encontrar. Estoy llegando a éste cuando me vibra el móvil y me tenso.

—Maldito trasto —digo al cogerlo—. ¿Dime?

—La he encontrado —me dice Adrián—. Pero no sé si te gustará saber dónde.

—¿Está bien?

—Sí... Por ahora. —me tenso—. Evelyn se va a enfrentar a un duelo con Rona. Estamos en la colina que hay cerca de la plaza del pueblo. No tardes.

¿Se ha vuelto loca?! ¿Por qué ha decidido enfrentarse a ella? ¡Y yo preocupado por ella! A saber qué está tramando. Solo espero llegar a tiempo para parar

esta locura.

Evelyn

Rompo usando mi poder la falda dorada y lo dejo junto a las joyas en el suelo. Solo me visten las mallas y el corsé del vestido ahora desgarrado. Rona me

contempla con superioridad. Me costó tres horas ver la verdad. Derek nunca me haría algo así; primero, porque sé que me quiere y aunque no me lo haya dicho, los

gestos hablan más que las palabras; segundo, porque solo deja que yo lo toque. Además, tras ver la luz, me acordé de la cantidad de veces que Rona había creado

situaciones falsas en el internado. El espejo me había mostrado la verdad, y yo no supe verla, la espalda de Derek no estaba tatuada. Creí, sin más, que podía

hacerme algo así porque, en lo más profundo de mi corazón, no creo que alguien como él pueda amarme a mí.

Rona me la ha jugado y casi no lo cuento por su culpa, pues una vez más me atacaron cuando estaba sola. Suerte que alguien me ayudó y pude escapar, pero

una vez más no dio la cara. ¿Quién será? Escucho al risa de Rona y empiezo a caminar hacia ella, cuando un grito me detiene.

—¡Evelyn! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —miro a Adrián, que está junto a Ana.

—Yo... No lo entenderías.

—¡Esto es entre ella y yo! —grita Rona. Levanta las manos y alrededor nuestro empiezan a explotar pequeños cráteres que desprenden un gas de color

blanco, aislándonos de los demás. El aire se impregna de un horrible olor a azufre.

—Que así sea —digo, alzando las manos y añadiendo mi poder al suyo para que esta lucha sea solo entre las dos.

Me mira asombrada y creo que es ahora cuando empieza a ser consciente de que no estoy tan desentrenada como pensaba. La pelea va a estar reñida y no

pienso ser yo la que pierda.

Derek

Llego a tiempo de ver cómo un gas, que sale de la tierra, encierra a Evelyn y Rona. Es una sustancia muy poderosa, capaz de matar al que la atraviese. Ana

recoge la ropa de Evelyn, que mira a Rona apretando los puños a los costados de su cuerpo.

—¡Evelyn! ¿Te has vuelto loca? —Me mira y Rona aprovecha ese descuido para atacarla—. Cui... — Evelyn, sin mirar a Rona, alza la mano deteniendo el

ataque.

— *Perdóname, Derek, tenía que hacerlo* —dice mentalmente.

— *Más te vale patearle el culo y acabar con esta tontería cuanto antes.*

Sonríe y, tras asentir, centra toda su atención en Rona. El aire comienza a alzarse. Evelyn está extrayendo todo el poder de la tierra para atacarla; Rona no se

queda de brazos cruzados y hace lo mismo. Cuando las dos han concentrado su poder, dos bolas de energía se enfrentan haciéndolas retroceder unos pasos a

ambas, por la fuerza. La pelea está muy igualada pero confío en Evelyn. Sin poder remediarlo dejo caer una fina lluvia que nos rodea y que espero que en caso de

necesitarlo le de la energía necesaria para vencer extrayendo mi poder de ellas gracias a nuestro vínculo si llega a necesitarlo.

Evelyn

Rona es fuerte, pero yo no voy a dejarme vencer, estoy cansada de ser su juguete, de que me acuse de todo y me engañe. Lo de esta noche ha sido el colmo,

esto debe acabar aquí y ahora. Para siempre.

Mi bola de energía golpea a Rona. Desvío la bola de Rona y aprovecho su sorpresa para lanzarle un ataque de hojas afiladas. Varias de ellas dan en mi objetivo

y la furia de Rona se vuelve palpable. Me lanza el mismo ataque de hojas, pero al darme la primera, me doy cuenta de que es una ilusión y me preparo para otro

ataque. Cruzo los brazos y creo un escudo protector, que detiene la bola de energía, y, aprovechando su sorpresa, me lanzo contra ella; mientras, extraigo raíces del

suelo y la atrapo con ellas inmovilizándola. Caigo de pie, con Rona debajo de mí, apresada en el suelo por cárcel de raíces. Me mira con incredulidad.

—Ah... No te lo había dicho, ¿verdad? Me he entrenado. Tengo unos poderes geniales, ¿verdad? —Me agacho, y saco de mi bota una daga que dejó ayer

puesta Derek tras el ataque y se la pongo en el cuello—. ¿Te rindes?

Asiente, asustada, corto la raíz que tenía alrededor del cuello y muevo las manos para que las demás la dejen libre. Me levanto y miro hacia el gas

transparente, que va desapareciendo; Rona también quita el suyo. Me tiemblan los pies, no me puedo creer lo que ha pasado, he sentido cómo mi don era uno

conmigo. Seguro que Derek ha participado dejando su energía en el suelo en forma de lluvia pues la sentí acariciarme y no creo que fuera casualidad esa llovizna.

Me giro para observar a Derek que me contempla serio dejando claro así lo poco que le he gustado esto. Conforme me acerco me abre los brazos. Casi ya

puedo sentir su calidez, cuando noto la presión en mi cintura y miro a una asombrada Rona, por si esto es obra suya. Me empiezo a elevar del suelo. Y al mirar lo

que me tiene sujeta me recorre un escalofrío por el horror. El grito de Derek, llamándome, desgarrar el cielo, y yo me atrevo a mirar a quien me está llevando. No...

No puedes ser. Miro a Derek aterrada. ¿Qué me va a pasar? ¿Dónde me lleva?

—¡Ayúdame!

—¡Aguanta, Evelyn! ¡No te dejaré sola!

No va a ser posible que llegue a tiempo.

Derek

Miro aterrado cómo un águila, de unos dos metros, lleva en sus garras a Evelyn. Pienso en atacar pero no sé cómo hacerlo sin lastimarla. Siempre creí que la

historia del águila gigante no era más que un mito, una leyenda, y lo que tengo ante mis ojos es bien real.

—He llegado tarde.

—¿Lo sabía? —Me giro hacia Cristal y veo que el amanecer está teñido, por mi dolor y furia, de negro.

—Acabo de verlo. No he podido llegar antes.

—¿A dónde se la lleva? ¿Y qué quiere de ella?

—La paz, y solamente Evelyn puede hacerlo. Desciende de la familia de magos que condenó a los de su raza —no comprendo bien esa última apreciación,

pero ahora mismo no tengo tiempo para perderlo en explicaciones—. La lleva a su isla. Creí que era una leyenda. Pensé que el águila a la que ayudaría Evelyn serías

tú. O tal vez su destino era salvaros a los dos.

—Debo ir por ella.

—No creo que quiera lastimarla.

—¡Pero eso Evelyn no lo sabe! —exclamo contemplando el mar.

—Te enfrentarás a tu destino, Derek. Tal vez eso te haga volver. El hechizo decía que regresarías a tu tiempo cuando te enfrentaras a tu enemigo y, aunque

puede ser algo metafórico, no creo que en tu caso sea así. El pirata está en el mar esperándote para luchar, puedo sentirlo, si acabas con él lo más seguro es que

regreses.

—Pues que así sea, pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras Evelyn corre peligro. Necesito un barco.

—En el muelle hay muchos —niego con la cabeza—. Hay uno de tu época que el viejo Angus reformó para que fuera casi tan rápido como una lancha. Vamos.

Derek, hagas lo que hagas, nunca serás como él. Aunque te guste el mar y te sientas libre en él.

—Lo sé. Ahora lo sé. Él nunca amó a nada ni a nadie —sonríe y ella me mira con ternura.

El viento me mueve el cabello y llena la blanca camisa, que se ondea con él. Llevo un rato navegando pues no sé hacia donde ir o dónde encontrarla. Y, si no

fuera por lo preocupado que estoy, disfrutaría de esta sensación, me sentiría libre y en casa.

El barco está muy bien conservado, la madera huele a antigua y puedo sentir y oír su crujido mientras navegamos. El precioso timón de madera esta barnizado

y puedo manejarlo con gran facilidad, y las velas, algo amarillentas, están hinchadas por la fuerza del viento. Siempre me ha gustado el mar y la sensación que

provoca partir las olas y el viento.

Sé que aunque tenga que matarlo, no soy como él. Evelyn me ha abierto los ojos y me ha obligado a darme cuenta de ello. Tal vez la anciana tenía razón y ella

nos devolvería la vida al águila y a mí. Solo espero que también tenga razón cuando afirma que el águila no quiere hacerle daño, o que Evelyn huya de ella. Debo

llegar a tiempo.

Escucho un ruido ensordecedor que me saca de mis pensamientos y, al mirar al agua, veo un remolino formarse ante mí. Ya está aquí. Cojo el timón con fuerza

y lo dirijo al lado contrario del que proviene el remolino. No puedo dejarme arrastrar. No me vencerá. El remolino se detiene con la misma rapidez con la que ha

empezado, pero me temo que únicamente es la calma que precede a la tempestad. Centro toda mi atención en el mar y cómo las nubes se cargan de poder. Están

preparadas para que las use, para atravesar al pirata, que nunca debió volver del más allá. Escucho el eco de una risa y utilizo el sistema moderno que deja caer el

ancla, me aproximo a la proa para ver por dónde va a aparecer Jafet. Saco la espada que me dio mi padre antes de morir y, sin más protección, espero a mi destino.

Evelyn

El águila me deja caer en una cueva y dirijo mis manos hacia los arañazos que tengo en la cintura, están sangrando, pero no son muy profundos. Está a mi lado,

mirándome, observando cada paso que doy, estoy aterrada, no sé cómo salir de esta isla. La cueva donde estoy, está recubierta por extraños cristales circulares que

brillan con intensidad por la luz solar que se filtra a través de los agujeros naturales. Giro la cabeza y no puedo evitar proferir un grito al ver los esqueletos de lo

que parecen ser varias águilas gigantes. ¿Acaso hay más? Alzo la vista hacia ella, me ha traído aquí por alguna razón. Su porte es magistral y aterrador, tiene los

ojos dorados y muy grandes.

Conforme pasa el tiempo y no hace ningún amago de atacarme, me voy tranquilizando y dándome cuenta de que hay una parte de mí que no la teme. Creo que

la magia me está volviendo una insensata. Me levanto, sin perderla de vista y alzo la barbilla para demostrarle que no le tengo miedo. Abre las alas oscuras y el aire,

cargado de energía, me atraviesa, así que me planto en el suelo y trato de no caerme.

De pronto, siento algo más... Es un grito de ayuda. Me miro el águila a sus increíbles ojos dorados y el aire se detiene, y, entonces, como si pudiera hablarme, la

escucho con claridad en mi mente. Mi don de la verdad es el que me permite ayudarla.

Derek

El agua se abre en dos y de su interior emerge un barco de agua y hielo y, al timón, el capitán Jafet el oscuro, que me mira sonriendo.

—Volvemos a encontrarnos —dice, y, pese a la distancia y el ruido del mar, lo escucho como si estuviera a mi lado.

—Sí, para mi desgracia... o la tuya.

—Vaya, por fin has decidido aceptar lo obvio, que eres como yo, un hijo del mar, el hijo que nunca tuve.

—He aceptado que soy un hijo del mar, pero sé que nunca seré como tú. Nunca —le grito, noto su furia crecer y la mía también. Esto debe acabar hoy, aquí y

ahora, aunque eso suponga mi marcha. Debo acabar con él y poner a salvo a Evelyn.

—Eso lo veremos —lanza contra mí un ataque de afilados hielos que yo esquivo fácilmente alzando la mano.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer, pirata? Te creía más listo.

—Eso es solo el principio —desaparece y no hace falta ser muy listo para saber dónde está.

—Siempre se te ha dado muy bien atacar por la espalda —digo, parando el ataque—. Por eso nunca seré como tú, yo siempre doy la cara —no he terminado

de hablar, cuando lanzo mi espada para matarlo de una vez por todas, pero, aunque el pirata no es muy bueno con la magia, sí lo es usando la espada y, por lo que

parece, ha mejorado con los años. La cosa se pone interesante.

Evelyn

El águila abre las alas bajo el cálido sol que baña la isla y muestra unas heridas más recientes de lo que me gustaría, pues enseguida comprendo por qué me las

está mostrando. Sin necesidad de usar mi magia, sé que ella ha sido quien me ha salvado de los ataques. Alzo la mano hacia el ala quemada y veo en esta la sangre

seca. La acaricio sobre las plumas. Son irregulares y han debido dolerle mucho.

—Lo siento... —le toco con cuidado y me tranquiliza notar que ya están cerradas—. No sé cómo ayudarte... pero haré lo que pueda —miro al águila a los

ojos y veo parte de su verdad. Algo que me entristece mucho por la parte que me toca aunque yo no tuve nada que ver—. Siento lo de mis antepasados. Es horrible

lo que os hicieron —le digo sabiendo que el daño ya está hecho, aunque aún no sepa qué daño les infringieron. Solo sé que desciendo de personas que hicieron

mucho daño a sus allegados.

Me pregunto por qué quiere que le ayude y que hicieron mis antepasados tan grave y la verdad me deja helada: mis antepasados, ansiando algo de las águilas

mágicas, acabaron por aniquilarlas a casi todas. Yo tengo el poder de la verdad, pero ignoro si ellos también lo poseían. Cuanto más descubro de mi familia, menos

ganas tengo de seguir investigando.

Alzo la mano hacia su cabeza y acaricio las plumas blancas y doradas, pues su pelaje tiene un toque mágico que la hace única y hermosa. El águila me mira y

yo a ella, no cierro los ojos hasta que ella lo hace y se muestra ante mí confiada. Entonces, deseo saber la verdad de lo que me quiere mostrar sin que me oculte

nada...

Estoy en la misma isla. Siento los olores, las sensaciones, el amor... ¿El amor? Me giro para ver por qué siento eso y veo a dos águilas: la que me atacó y

otra más pequeña a su lado, su pareja con el mismo pelaje blando y dorado en la cabeza y marrón y dorado en el cuerpo. Alzan el vuelo y emprenden un viaje por

los cielos, una al lado de la otra. Trato de buscar más águilas, pero no veo ninguna más. La imagen empieza a verse borrosa y aparezco en otro sitio, me siento,

como si fuera adelante en el tiempo.

La imagen cambia y aparece un joven rey, en una habitación en penumbra, algo que no me deja ver sus rasgos con total claridad. El águila y su compañera

lo contemplan a lo lejos, sabiendo lo que le aflige pues su dolor me traspasa de lo intenso que es, el joven rey ha perdido a su amada. Lloro lágrimas silenciosas

mientras observa ausente por la ventana del castillo. Cuando el águila acude al entrenamiento con el monarca, el rey no alza la cara, no quiere mirar al águila a

los ojos y una vez más la oscuridad no me deja ver sus rasgos, es inquietante que pueda apreciarlo todo menos los rasgos del rey como si algo lo impidiera.

Observo la escena y veo como al alzar la mirada el águila tiene un mal presentimiento. Pero es tarde para prepararse para el ataque. El grito de su

compañera rasga el aire y, al volverse, la ve yacer muerta en un charco de sangre. El águila se consume por el dolor. El joven, recoge la botella llena de sangre

de águila, y se marcha sin mirar atrás. Sin mirar el dolor que ha causado por su codicia.

El águila está ciega por el dolor, solo puede pensar en su amada, en su compañera y en la eternidad que le espera sin ella. El hombre la ha traicionado una

vez más, había confiado en él, lo había amado como a un hijo y ha hecho matar a su compañera. Entra en cólera y transforma en destrucción todo su dolor y una

venganza oscura y silenciosa, que siento aún está latente en él. ¿Lleva toda la vida ansiando venganza? ¿Por qué no fue tras el rey? Tras este dolor, la oscuridad

me encierra...

Salgo del trance y caigo al suelo por la intensidad de lo que he vivido, por el dolor del águila, que me atraviesa.

—¿Por qué? —Pregunto aun sabiendo que no hallaré respuesta—. ¿Qué debo hacer?

La contemplo a los ojos y trato de saber qué pasó para que no pudiera obtener su ansiada venganza, pero por más que lo intento, no la encuentro. Es como si

un escudo protector me impidiera verlo.

Qué extraño... es lo mismo que he sentido ante la cara del rey que la traicionó. Está claro que no es eso lo que espera de mí. Trato de saber qué fue lo que les

sucedido a sus otros compañeros y tampoco puedo. Angustiada por no saber cómo ayudarle, lo observo con pesar y, entonces, al mirar sus ojos dorados, sé lo que

tengo hacer.

Derek

Paro el ataque una vez más, haciendo saltar varias chispas de agua y magia por la cubierta. Si bajo la mirada hacia la izquierda puedo ver el latente corazón de

Jafet. Su macabra carcajada resuena con fuerza y me hiela la sangre. Su barco choca contra el mío y mi timón empieza a dar vueltas como un loco. Me voy hacia él

cuando salta hacia la cubierta y estrello un rayo contra su imagen que lo parte en dos pero que no le da en el corazón. Se ríe y se regenera para lanzarme un rápido

ataque. Me aparto pero no lo suficientemente rápido, pues siento como la piel de mi brazo se me desgarra.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —Le digo andando hacia él.

Se carcajea. Me hace recordar a cuando se reía tras una batalla o un saqueo, sin que tuviera importancia el haber sesgado vidas. Lo odiaba, pero ya no soy ese

crio. Ahora soy un hombre que va a mandarlo al fondo del océano.

Lanzo varios rayos contra él que chocan contra el barco y no lo prenden porque la lluvia que cae sobre nosotros los apaga. Uno casi le da en el corazón. Sé

que está jugando conmigo, retrasando el momento, porque así de este modo me hace daño al no poder ir hacia Evelyn

Uno de mis rayos lo parte en dos y se convierte en agua líquida. Sale del barco y regresa al mar. La calma me rodea. No me gusta nada. Solo se escucha mi

respiración acelerada por el combate. Me concentro y por un instante detengo su ataque alzando mis manos donde suspendidas quedan cientos de gotas heladas

afiladas que venían directas hacia mí.

Jafet salta a mi barco y las dagas heladas caen al suelo. No pierdo el tiempo y le lanzo varios ataques que estallan contra él. Se evapora y se vuelve a

transformar.

—No podrás matarme hasta que yo quiera. ¿Qué se siente al no ser una vez más dueño de tu destino?

—Tranquilo, porque sé que hoy acabarás en el infierno.

—Pero tal vez cuando lo haga el águila haya acabado con tu reina... mejor dicho, con tu amante —lanzo varios rayos contra él y desaparece. El odio crece en

mí y la rabia.

Aparece de nuevo y esta vez lo hace con una espada helada. Alzo la mía y nos enzarzamos en un combate cuerpo a cuerpo. Las chispas saltan con cada

embiste. Y un par de veces le rozo sin éxito ese pecho donde reside su muerto corazón. Cuando siento que

esta es una batalla perdida y una vez más no soy otra

cosa que su títere me detengo. Y le pregunto algo que deseo saber desde hace mucho tiempo.

—Tengo curiosidad por saber quién te convirtió en un siervo de los no vivos.

—Tienes curiosidad, ¿eh? ¿No te lo imaginas? —« *No puede ser.* » Es lo primero que pienso, pero solo él me odiaba tanto como para desear matarme.

—Mi tío.

—¡Él no tenía tanto poder, fue el rey más inútil de todos! Hasta un niño hubiese podido vencerle —ríe y el eco de su risa resuena entre la lluvia que cae sobre

nosotros—. Aunque, claro, tenía un poderoso aliado, alguien que vio lo que hiciste en el muelle y me trajo de entre muertos con su poder. La única condición era

que volviese para cumplir lo que quería, que me mates, y así podré descansar en paz sabiendo que ya tengo sucesor. Eres un pirata, Derek.

Se pone ante mí y me muestra su corazón. Ha llegado el momento. Lo sé, lo siento. Es ahora o nunca.

—Nunca seré como tú.

Alzo mi espada para acabar con su vida pero antes de que llegue unas algas enormes detienen mi ataque. Desconcertado me miro a ver qué pasa y escucho la

voz de Evelyn.

—Él nunca será como tú —exclama antes de atravesar el corazón de Jafet por un alga marina, partiendo en dos lo que hasta ahora era su único puente con la

tierra. El pirata me mira con horror, su calvario no ha servido para nada, porque al final no ha conseguido su ansiada venganza.

—Hasta nunca —alzo el pie y le propino una fuerte patada al agua y esta se desparramada por toda la cubierta. Esta vez para no regresar jamás.

Desapareciendo por fin hacia el lugar del que nunca debería haber salido.

—Derek —Evelyn se lanza a mis brazos desde encima del águila y, cuando cae sobre mí, la abrazo con fuerza. Tenía tanto miedo de que le pasara algo... Está

temblando, ¿o soy yo? Ya no lo sé. Levanto la cabeza y miro al águila que nos contempla desde la cubierta en silencio.

Pongo a Evelyn tras de mí. Agarro mi espada y la alzo por si tuviera que usarla, pero Evelyn pone su pequeña mano en mi brazo y me hace bajarla.

—Derek, no me hará daño. Me ha estado ayudando. Él era quien me defendía.

El águila me sostiene la mirada y me sorprende cuando, poco a poco, en sus ojos dorados veo un profundo respeto hacia mí. Termino por bajar mi espada,

sintiendo que de verdad el águila no nos hará daño.

—Gracias por cuidar de ella —agradezco al animal y esta, que nos miraba en silencio, tras un leve asentimiento, alza las alas y se pierde entre las nubes

oscuras que antes descargaban una fría lluvia.

—El águila perdió a su compañera —dice Evelyn con la voz rota por lo vivido—. Tu antepasado la mató a sangre fría. No sé para qué quería su sangre pero...

Está condenado a vivir una eternidad solo —la observo y entonces noto su debilidad, le cuesta tenerse en pie y parece cansada—. Quería que lo ayudara y lo he

hecho absorbiendo su dolor... Pero ahora no sé cómo sacarlo de mí... —Me mira con la mirada más triste que he visto nunca y la abrazo—. Es tan dura una

eternidad sin el ser amado... tan larga... —su cara se contrae por el dolor y noto cómo su pequeño cuerpo tiembla en mis brazos, la abrazo, temiendo lo que le está

sucediendo y sin saber cómo ayudarla.

—Evelyn... —la muchacha deja de temblar, poco a poco, en mis brazos.

—Cuando tú te vayas, yo estaré...

—Aún no me he ido —aunque no sé cuánto tiempo me queda aquí.

—Pensé que estabas con otra —no sé por qué dice eso—. Anoche.

—¿Anoche? —Asiente contra mi pecho. Me separo lo justo para echar el ancla y detener el barco. Tras esto la conduzco hacia el camarote. Tenemos mucho

de qué hablar, ya habrá tiempo de ponernos en marcha y volver. Cierro la puerta y la separo un poco de mí—. ¿Qué pasó anoche? Estuve buscándote, tenía miedo

de que te hubieran atacado.

—Me atacaron, pero el águila me salvó otra vez. Siempre fue ella quien distrajo al atacante —asiento.

—Pero, ¿por qué te fuiste del castillo?! ¿Por qué te enfrentaste a Rona?! —Exploto, perdiendo los nervios, por el cúmulo de sensaciones vividas—. ¿Es ella

quien te atacaba y eso te enfrentaste a ella?

—No sé si fue ella o el pirata. No fue por eso por lo que me enfrenté a ella. No venías tras irte con el director y subí a tu habitación, y escuché la voz de Rona

y gemidos...

—¿Pensaste que me estaba acostando con Rona? ¿Por qué no abriste la maldita puerta?! —Una vez más pierdo la paciencia. Me ofende que Evelyn me

creyera capaz de estar con otra. Capaz de tocar a otra. Pensaba que ya había comprendido que solo dejo que

ella me toque. Me alejo un poco y me paso la mano

por el pelo húmedo.

—Bajé al espejo y te vi con ella, dolía tanto —noto su voz rota y me doy la vuelta—. Corrí tan lejos como pude, porque creía que me habías utilizado, pero

me di cuenta de que tú nunca me harías eso —su confesión hace que se mitigue el enfado. Aunque tarde, ella se dio cuenta de la verdad. Ahora más calmado puedo

comprender su reacción. Da un pequeño paso hacia mí—. Tú no eres como Dani, no me traicionarías, porque lo más fácil para ti sería ignorarme y vivir el tiempo

que te queda sin ataduras, pero ¡ante todo pronóstico, no podemos estar uno lejos del otro! Y sé que lo nuestro es más que deseo. Entonces até cabos y me di

cuenta de que Rona me había engañado una vez más y eso me enfureció. Tenía que vengarme por tantas veces que me acusó de algo que no había hecho y por

hacerme dudar de ti aunque sólo fueran unas horas —me acerco a ella—. No debí haber dudado, lo sé, pero el miedo a perderte me hizo no razonar.

—En cualquier caso, es la poca confianza en ti misma lo que te hizo salir corriendo, Evelyn —agacha la mirada y se la alzo—. Nunca dejo que nadie me toque,

pero contigo siempre ha sido diferente... —pienso qué decirle y sé que es hora de contarle la verdad—. Hay algo que no sabes de mí. El por qué no dejo que nadie

me toque. La hija del Jafet, Débora, mandó a su padre a por mí para secuestrarme y usarme —tomo aire y la miro a los ojos para poder verla a ella y no tener que

revivir nada—. Me drogaba y me utilizaba para sus... placeres; yo solo era un muñeco en sus manos y así fue hasta que murió por una de las batallas que

librábamos —aprieto los dientes con fuerza cuando me pierdo inevitablemente en el recuerdo. Me centro en Evelyn y solo en ella para no dejar que las pesadillas

me atrapen—. Nunca he dejado que nadie me toque, porque me acuerdo de ella, de cómo me usaba aunque me negara.

»Pero contigo, desde el principio, fue diferente. Cuando te vi, sentí la necesidad de besarte, y no solo me gustó, también desee más, me fascinaba saber más

sobre la única persona que no había conseguido que mis malos recuerdos afloraran. Me sentí atraído por ti y por tus caricias. Pero con nadie más, Evelyn, con

nadie más —repito porque sé que mientras viva será así—. Anoche fui a pedir un conjuro o una pócima para recordarte. No quiero olvidarte. Tú haces que

desaparezca todo lo malo. Y haces que recuerde lo bueno que hay en mí. Tú me haces mejor persona y no quiero olvidar nada de lo vivido contigo.

—Lo siento, Derek. Ojalá pudiera hacer algo, ojalá... —susurra acongojada—. Tal vez... pueda —le tiembla la voz, su cara se tiñe de un preciso color

escarlata y sé enseguida qué va a hacer, cuando sus suaves manos entran bajo mi camisa y empiezan a acariciarme temblorosamente—. Quiero cambiar tus

recuerdos por otros. Deseo que me hagas el amor —su corazón late desbocado y el mío también. La deseo. Y sé que lo logrará, pues cada vez que he intimado con

ella no he recordado el dolor. Solo un intenso placer que ha eclipsado todo lo demás—. No sabemos cuándo regresarás y ahora que sé que puedo recordarte, quiero

que sea contigo —sonríe y empieza a desabrocharme la camisa. Me hace gracia su nerviosismo y mi deseo de amarla como nunca la ha amado nadie. Siempre será

mía, aunque me vaya y el futuro cambie. Nadie, nunca, podrá cambiar este presente. Y en mí día a día siempre recordaré lo mucho que la amo a ella.

Veo que le cuesta quitarme la camisa porque está empapada y esto hace que le sea más difícil. No hago nada para ayudarla y Evelyn alza la mirada al ver que

simplemente me dejo hacer.

—Podrías ayudarme quitándote la camisa.

—Evelyn, con una petición así, cualquiera te dice que no —se ríe y me quito la camisa. Comienza a acariciarme y yo la observo bien para recordarla cuando

duerma, para soñar con ella cuando ya no esté. Para no olvidar ningún detalle de este momento ahora que sé que existe la manera de no hacerlo.

Derek

Evelyn acaricia mi pecho recorriendo con sus manos cada plano. Sus ojos dorados están vidriosos por el deseo y su respiración se hace más intensa con cada

nuevo roce. Me fijo en como caen sus pestañas sobre sus mejillas cuando sus ojos se entrecierran y cómo se muerde esos rojos labios que me muerdo por probar

cuando baja las manos hasta la cintura de mis pantalones. Alza las pestañas y me mira con toda esa inocencia que me vuelve loco ya que va de la mano de su sed de

descubrimiento. De ese fuego que arde en su interior y sus ganas de saber más. De experimentar.

—No soporto saber que esa desgraciada te violó —Evelyn alza la mirada y atrapo una lágrima que cae por su mejilla—. Deja que use mi poder para quitarte

se dolor...

—¿No te das cuenta del poder que ejerces sobre mí sin usar tu don? No quiero que hagas nada. Y menos tras lo que has hecho con el águila.

—Aun así no estoy cansada.

—Aun así, no quiero que hagas nada. El pasado no se puede cambiar.

—Es curiosos que justamente tú digas eso cuando vas a viajar al pasado para cambiarlo...

—Evelyn —cojo su cara entre mis manos—, no quiero que ella tenga cabida en este momento. No quiero que ella empañe lo que vivo a tu lado —asiente algo

más convencida y le robo un pequeño beso antes de girarla y trata de quitarle su roto vestido—. Si no te gustaba podrías haberlo dicho.

—Era una molestia para pelear.

— *Mi pequeña guerrera* —tiro de las cintas de su corsé y estas hacen que la prenda ceda y caiga a sus pies dejándola solo con la camisola blanca que mojada

se pega a sus curvas. Aparto el pelo de su nuca y la beso en ella. La piel de Evelyn se eriza, su respiración se agita. Mi deseo aumenta a cada segundo.

Subo mis manos por sus brazos y la acaricio con sutileza al tiempo que bajo un reguero de besos por sus hombros mientras aparto la tela de la camisa. Miro a

Evelyn, veo que tiene los ojos cerrados y se muerde los labios. Sonríe y subo mis manos por sus costados evitando las heridas que le hizo el águila. Llego al bajo de

sus senos y los evito a posta. Evelyn abre los ojos y observa mis morenas manos a unos centímetros de sus pechos.

—¿Pasa algo?—Pregunto divertido.

—No... —se gira y alza la mirada al tiempo que se alza y deja un beso en mi cuello cerca de mi oreja que me hace temblar y maldecir—. No pasa nada.

La miro mientras me acariciara y me besa torturándome como yo la he torturado a ella. Nada de lo que ella hace me trae amargos recuerdos, pues con cada

gesto siento que Evelyn me hace el amor y Débora nunca supo lo que significaba esa palabra. No había amor en su negro corazón.

Evelyn baja las caricias hasta mi pantalón y lo abre. Tiemblo y sé que estoy perdido. Que no puedo retrasar más el momento de fundirme con ella. Que desde

que la vi por primera vez muero de deseo por esta joven de ojos dorados que ha me ha robado el alma para siempre.

Sé que nunca sentiría esto de no hacerlo con ella, pues a ella la amo y eso hace que el momento sea mágico, que las sensaciones sean únicas. Estoy deseando

hacerla mía en cuerpo y alma. Sé que pase lo que pase, y vaya donde vaya, Evelyn siempre será mi reina.

Evelyn

Me detengo tras abrir un poco el pantalón de Derek dejando de sentirme tan atrevida y no sabiendo muy bien que hacer. No quiero hacerle daño. No quiero

que recuerde el dolor que le produjo esa mujer. Saber que esa desgraciada violó a la persona que amo me parte el alma. No quiero que nunca más recuerde como

alguien le privó de su elección, no quiero hacerle daño. Ahora comprendo por qué duerme con la espada cerca y por qué cuando traté de despertarlo me atacó. Se

defendía de ella.

Derek toma mis manos y les deposita un dulce beso.

—No tiene que pasar nada...

—No puedo olvidarlo. Odio saber que te hizo eso...

—Yo odiaría si ese amargo recuerdo me impidiera amarte como deseo hacerlo. Doy gracias porque no es así.

Entrelazo mi mirada con la suya y lo que veo en ella hace que todo lo demás deje de existir. En sus ojos hay deseo hacia mí y no veo dolor o angustia por lo

vivido. Decido olvidarme yo también, no dejar que esa desgraciada le amargue más momentos. Derek ya ha sufrido suficiente. No más dolor.

Hoy quiero que juntos aprendamos lo que es hacer el amor.

Me alzo y pongo mis manos en sus mejillas acariciando su barba incipiente que le da un toque más fiero.

—Evelyn, o me besas ya o creo que voy a perder mi paciencia —me rio por su comentario. Antes de que pueda decidir si seguir o no torturándole la

hambrienta boca de Derek se cierne sobre la mía evitando del todo mi capacidad de pensar en nada que no sea lo mucho que lo deseo.

Me pierdo en su sabor, en la forma que se amolda a la mía. En su manera de besarme y enloquecerme. Sigo el beso perdida en este mar de pasión mientras mis

manos vagan por su fornido pecho que está muy caliente bajo mi contacto. Me encanta su suavidad, jugar con el bello corto de su pecho y sentir como me acaricia.

Me fascina su masculinidad.

Tira de mi camisa y le ayudo para que me la saque por la cabeza. Cuando me quedo desnuda ante él de cintura para arriba me observa sin más, haciendo que

mi respiración se agite, mi pecho suba y baje con rapidez. Sube sus manos y me acaricia una vez más evitando mis cimas que se mueren por sus caricias. No sé

cómo pueden ser tan sensibles a su contacto. Como su mero roce hace que me sienta morir de placer.

Cuando me toca no estoy preparada para el placer que siento y acabo emitiendo un gemido que Derek atrapa con sus labios. Me besa al tiempo que sus

manos acarician mis pechos haciendo que el placer aumente en mí. Los siento pesados y receptivos bajo sus manos y como con cada roce, mi sexo se contrae

ardiendo de placer por él.

Andamos hacia la cama y Derek me deja suavemente sobre ella antes de quitarme las botas y quitarse las suyas. Me acomodo en el centro de esa y lo acojo

entre mis piernas cuando su cuerpo se amolda al mío. Nuestros pechos se juntan y el placer de sentir piel con piel es inexplicable. Acaricio su espalda al tiempo

que lo beso como si no existiera un mañana y mi cuerpo se retuerce bajo el suyo notando como su endurecido miembro golpea en el centro de mi sexo.

Derek baja un reguero de besos por mi cuello hasta mis senos. Llega a ellos y les da pequeños besos antes de introducirlos entre sus labios derritiéndome.

Me toco mis manos en su negra cabellera mientras observo como sus carnosos labios me excitan. Sus manos buscan la goma de mis mallas y la van bajando junto con

mi ropa interior que hoy decidí ponerme. Se separa para terminar de quitármela y me observa, no dejando ningún hueco por explorar con su bella mirada.

Le tiendo una mano y espero que la coja. Lo hace tras quietarse su ropa. Tras quedarse espléndidamente desnudo ante mí con ese cuerpo que parece estar

hecho para el pecado, Derek coge mi mano al tiempo que se acomoda entre mis piernas abriéndolas con sus rodillas. Cuando lo hace noto el calor de su sexo

acariciar el mío. Me invade el temor ante lo desconocido.

—¿Estás segura? —Asiento y me besa con ternura—. No existen palabras suficiente para expresar lo que siento cuando estoy así contigo.

Sonríó enamorada y me alzo a besarlo mientras me muevo para darle mejor acceso. Derek me sigue el beso con ternura mientras noto como su miembro

empieza adentrarse en mí y como mi cuerpo lo acoge amoldándose a su invasión.

Me acaricia, me mima, me besa de manera que me olvide de dolor punzante que sé que sentiré. Y poco a poco noto su invasión y como mi cuerpo se cierra

sobre su miembro. El dolor llega demasiado pronto, antes de que haya sentido placer. Y me quedo quieta.

—Evelyn —entrelazo mi mirada con la suya perdida en el verde y el azul. Parecen más azul que nunca por esta pasión que nos consume. Asiento como si lo

necesita y se adentra de una en mí.

Nos quedamos quietos, disfrutando del placer de estar todo lo unidos que puede estar una pareja. El dolor

poco a poco va remitiendo y en su lugar empiezo a

sentir el placer de estar así con Derek. De tenerlo dentro de mí. Me siento necesitando más y Derek sigue entrando y saliendo un poco. Llenándome por completo.

El placer aumenta. Siento mucho calor. Me retuerzo y sigo la danza que él impone cuando entra y sale.

Me besa haciéndome el amor con sus labios como su cuerpo lo hace conmigo. Y me dejo llevar por esta pasión descontrolada que nos consume en cada

embiste. Nunca pensé que hacer el amor fuera así de intenso. Y sé que si lo es, es porque es con Derek. El hombre que amo y eso que hace que cada roce, cada

embiste, cada beso esté elevando el placer hacia el infinito.

Cuando siento que estoy cerca Derek aumenta las embestidas y los besos. Antes de que me vaya en un potente orgasmo sale de mí y se deja ir conmigo en

este placer que nos consume a ambos y que hace elevarnos. Me abraza con fuerza mientras nuestras respiraciones se acompañan. Yo hago lo mismo necesitando de

su contacto. Sabiendo que si lo vivido ha sido placentero e intenso, más lo es saber que tras el acto son sus brazos los que me rodean y sus caricias las que me

dicen sin necesidad de palabras cuanto me quiere. Los ojos se me llenan de lágrimas y lloro por lo mucho que lo amo y por lo mucho que lo extrañaré cuando no esté

a mi lado.

Evelyn

No me puedo creer lo que ha pasado. Me siento dichosa y no puedo evitar reír por lo feliz que me ha hecho sentir Derek. Mi rostro muestra una sonrosada

sonrisa tonta de la que no me puedo deshacer. Acaricio el pecho de Derek mientras siento sus caricias en mi espalda desnuda. Me levanto para buscar su mirada y

lo pillo observándome feliz. Sus ojos nunca han mostrado antes una sonrisa tan plena.

—Me siento libre. Me he pasado toda la vida siendo lo que otros querían de mí. Solo desde que te conozco soy quien soy. Me haces feliz, Derek... —sus

ojos me miran sonrientes y recuerdo el día que los vi por primera vez, eran fríos y muertos de toda atisbo de sentimientos. Hemos cambiado tanto desde entonces.

Me ha enseñado el significado de la palabra amor y no quiero callarme lo que siento aun sabiendo que seguramente él no está preparado para decírmelo—. Te

quiero, Derek, no te imaginas cuánto.

—Me lo puedo imaginar, pues yo siento lo mismo —lo miro enamorada, sabiendo que sin necesidad de adentrarse en mi mente puede leer mis sentimientos en

mis ojos. Derek sonríe y me da un tierno beso—. Yo también te quiero —mi corazón da un vuelco ante su confesión para luego latir con fuerza al tiempo que

cientos de mariposas bailar libres por mi estómago. Me acerco y lo beso llena de amor—. Tengo algo para ti —Se levanta para buscar el pantalón buscando en su

bolsillo. Me cubro con la sábana—. No me seas puritana, Evelyn, no hay nada de ti que no haya visto, ni acariciado, ni lamido, ni...

Le lanzo la almohada y Derek estalla en carcajadas. Se sienta en la cama y lleva algo en su mano. Me fijo que no lleva las muñequeras de cuero que siempre

suele llevar. Gira la mano que no tiene cerrada y me quedo impactada ante lo que veo. En ella hay un tatuaje de semicírculo como el mío. Impactada me quito la

muñequera que siempre llevo tapándolo y lo junto al suyo, me cuesta tragar cuando me doy cuenta de que mi mitad está al contrario que la suya.

—Es igual que el mío. Es increíble... —Cojo su muñeca y la acerco a la mía para juntarlas—. Un círculo perfecto —le digo aún impactada por este

descubrimiento.

—Desde que te conozco, he comenzado a creer en el destino —me sonríe, suelta mi mano y pone ante mí la otra—. Mi padre... el hombre que me crió... —lo

dice con dolor y sé que aún piensa en la venganza—. Me dio esto —abre la mano y aparecen dos anillos de

plata, perfectos—. Aseguró que eran mágicos y que

solamente unas pocas parejas tenían la suerte de que, al ponérselos, el círculo se hiciera perfecto.

—¿No lo son? —Cojo uno, el que es más grande y lo pongo mirando hacia la ventana, donde pasa la luz del sol del atardecer.

—Fíjate bien —Lo hago y me doy cuenta de que uno de los lados está algo doblado—. Sé que para nuestra alegría o desgracia, nuestro círculo será perfecto.

Aún a quinientos años de distancia, estabas destinada a mí —yo también lo sé—. He tenido la suerte de conocerte y sería el hombre más feliz del mundo si pudiera

tenerte para siempre a mi lado, pero al menos, he podido saber lo que era amar a mi círculo perfecto, a esa persona a la que se está destinado y donde el amor,

como en un círculo perfecto, no tiene ni principio ni fin.

—Esto parece una despedida —lo miro con los ojos llenos de lágrimas.

—Tal vez lo sea, Evelyn —mis lágrimas acaban por salir cuando me doy cuenta de que tal vez estos sean nuestros últimos instantes juntos. No puedo

concebir la idea de perderlo—. Vaya, si lo sé no te lo digo —sonríó y él me acaricia la mejilla para secar mis lágrimas—. Me dio estos anillos para desposar a mi

futura mujer, pero no puedo ponérselo a otra que no seas tú. ¿Lo aceptas? —Asiento, no puedo hacer otra cosa. Sé que debería estar feliz, pero no puedo.

Derek me coge la mano y lo coloca en el dedo yo hago lo mismo. Los anillos brillan con intensidad y se vuelven de color dorado en nuestras manos, como la

puerta a través de la cual apareció Derek, pero de pronto, noto un escozor, seguido de un leve dolor en la muñeca. Bajo la vista hacia ella y veo cómo el semicírculo

se convierte en un círculo perfecto. Miro a Derek asombrada y él también se está mirando la muñeca. Su círculo también está completo y es perfecto.

—Pero qué...

—Juntos somos un círculo perfecto.

Saca el anillo de mi dedo y, tras ponerlo bajo la luz, se vuelve dorado. Brilla con intensidad y se ve a través del atardecer la perfección del círculo. Derek me

vuelve a colocar el anillo y da un beso a mi muñeca donde hace unos instantes se formó el círculo completo.

—Nunca he encontrado ningún libro que hablara de los círculos perfectos. En los libros que me dejaron mi madre y su amiga, no sale nada. Mi padre, el día

que murió, estaba a punto de contármelo. Traté de buscar algo de mis antepasados y saber así quién creó la puerta, pero no había nada.

—Vaya. Quizá Cristal sepa algo.

—Sí, tal vez —Derek me besa y sale de la cama para ponerse el pantalón. Pese a que no es la primera vez que lo veo desnudo, me sonrojo « *Seré tonta.* » Me

pongo la mano en la cara para tapar mi sonrojo y Derek se ríe—. Vergonzosa.

—Exhibicionista —ríe antes de besarme.

—Será mejor que nos vayamos, todos deben de estar preocupados por ti.

Asiento y veo que Derek sale del camarote ya vestido para dirigir el barco. Tras vestirme, o intentarlo, pues un corsé medio roto y unas mayas negras no es ir

muy vestida que digamos, voy hacia la cubierta y contemplo a Derek. Está increíble. El sol del crepúsculo baña su blanca camisa y lo hace parecer irreal. Lo hace

parecer... un pirata, mi príncipe pirata. Alza su mano y me reúno con él, navegando juntos bajo este espectacular atardecer que espero que no sea el último que

contemple a su lado.

Cuando llegamos a puerto, Ana salta alegre, entre una multitud impresionante que está aquí para recibirnos, y me saluda con la mano.

—M enudas ropas llevo para que me vea todo el mundo.

—Eso te pasa por hacer exhibicionismo a la hora de luchar. En el camarote he dejado la chaqueta.

Cuando regreso con ella puesta, veo a Derek hablando con Adrián, que ha subido al barco.

—Estaba tan preocupada... —Ana se lanza a mis brazos y me desconcierta su preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí, no ha pasado nada, el águila no era peligrosa —me sonrío y me coge de la mano.

—Hay alguien... —Sus ojos verdes están preocupados. M iro entre la multitud y me encuentro con Dani que me mira de manera reprobatoria, como si supiera

lo que he estado haciendo con Derek en el camarote.

—Pero, ¿qué hace ese imbécil aquí? —Exclama Derek visiblemente molesto—. Vamos —me tiende la mano y se la cojo para bajar al puerto por la pasarela.

Cuando llegamos junto a él, Dani me mira de arriba abajo.

—Pensé que habías venido aquí a practicar tu magia, no a convertirte en una... —Derek le ha dado un puñetazo en la cara no dejando que continúe con su

insulto.

Dani se lleva una mano a la boca para tocarse el labio partido, se hubiera caído al suelo si unos bidones que había en el amarradero no hubieran parado el golpe.

—Qué ganas tenía de poner algo de color en tu cara blanca, lechoso. Como digas una sola palabra más, tú cara no será lo único que tiña de color.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto mientras Dani no deja de observar a Derek con rencor.

—A tu abuelo le ha dado un ataque al corazón al saber que hemos roto.

De repente, todo se vuelve negro y noto unos fuertes brazos parar mi caída. « *Un ataque al corazón... Por mi culpa...* »

Evelyn

Abro los ojos. Derek me observa preocupado.

—¿Todo ha sido un sueño? —Niega con la cabeza y trato de incorporarme en la cama. Me ayuda y, al hacerlo, me doy cuenta de que aún no se ha cambiado

de ropa—. ¿Está muerto?

—No. Está estable. Le he dicho a Dani que ahora te llevaría al hospital —asiento y no puedo evitar pensar que tal vez lo mejor fuera que Derek se quedara

aquí, pero no puedo decírselo, lo necesito a mi lado—. Vamos, es mejor que nos arreglemos cuanto antes. ¿Estás mejor?

—Sí, algo asustada pero bien.

—Evelyn, no tienes la culpa de lo que ha pasado —Me quita cariñosamente un rizo de la cara.

—Tal vez no... —salgo de la cama y voy a buscar mi ropa no muy convencida de no tener la culpa. Ahora solo pienso en que mi actitud casi ha matado a

alguien a quien quiero.

Vamos hacia el hospital. Derek aún lleva el pelo mojado, por la ducha que se ha dado. Yo he tratado de secármelo, de... No sé qué he tratado de hacer. Sólo sé

que voy vestida con la ropa más sencilla que tengo y llevo el pelo recogido en un moño. No quiero volver a provocarle otro infarto. No quiero causar más dolor. Yo

no quería que esto pasara... La culpa me oprime los pulmones y no me deja respirar con normalidad. Siento su peso hacerme cada vez más y más pequeña.

Se me hace un nudo en la garganta al pensar que podría haber muerto y por más que aprieto los dientes para no llorar, las lágrimas vuelven a mojar mi rostro.

Trato de limpiármelas disimuladamente, pero siento la cálida mano de Derek posarse en la mía. No sé cómo afrontaré lo que se me viene encima. Derek dice que no

me sienta culpable, pero lo soy. ¿Y si se hubiera muerto? Ellos me lo han dado todo y yo casi lo mato. Soy tan egoísta.

Llegamos al hospital y me veo incapaz de salir del coche, de enfrentarme a la realidad. Hace unas semanas mi abuelo estaba en plena forma y ahora...

—Vamos, Evelyn —miro a Derek, que se ha agachado, tras abrir la puerta y tiene una mano sobre la mía—. Eres fuerte. Tu abuelo está bien.

Asiento y me levanto ayudada por él. Llegamos a la planta de cuidados intensivos y veo a mi abuela en la puerta. Se acerca a nosotros y yo creo que me va a

abrazar, pero cuando se para frente a Derek con cara de pocos amigos, sé que no me dará el abrazo que siempre espero de ella.

—¿Lo has dejado por este?

—Este es un príncipe —digo molesta por el desdén en la voz de mi abuela.

—Príncipe o no, pertenece al mundo mágico —dice con asco, con el mismo de siempre, como si tener poderes fuera tener la peste.

—¡Vaya, una mujer que no se deja impresionar por los títulos! —Sonríe Derek con sarcasmo.

—¿A tu abuelo le ha dado un ataque por tu culpa y tú apareces aquí con el causante de todo este lío? No sé cómo no te da vergüenza —me mira con odio y

baja la mirada hasta mi cuello. Lo tapo con la mano sabiendo que lo que verá en él será una marca de la fogsidad de Derek—. No, ya veo que la vergüenza la has

perdido. Casi muere por tu culpa y tu revol...

—M ás le vale no decir lo que está pensando, señora. No pienso dejar que insulte a Evelyn delante de mí. Ahora, vamos a ver a su abuelo, que es para lo que

estamos aquí —Derek le corta y me lleva de la mano hasta la habitación—. No sé cómo has podido vivir con ella. No has hecho nada malo.

Las palabras de mi abuela siguen clavadas en mí como ella esperaba. Y me hacen sentir muy culpable. Me siento la peor persona del mundo ahora mismo. Y

no sé cómo sobrellevar esto. No sé qué hacer, pero sé que lo más indicado es que Derek no entre conmigo, tengo miedo de rematar a mi abuelo. No sé qué pensar,

ahora mismo estoy navegando en un mar de dudas.

—Preferiría entrar sola —le pido cuando llegamos a la puerta. Asiente y baja la cabeza para besarme. Quiero estar con él, pero no quiero que a mi abuelo sufra

por ello Aparto la cabeza y en la mirada de Derek veo lo mucho que le ha dolido mi desplante.

—Te espero en la cafetería —dice tratando de contener su enfado.

Derek se aleja y yo tomo aire para entrar. Mi abuelo está en la cama. Lleno de cables. No soporto verlo en este estado. Alguien tan enérgico como él así... Se

me cae el mundo encima. Me acerco y siento una mano en mi cintura, es Dani. No lo aparto pues temo que de hacerlo mi abuelo que nos observa ahora con

intensidad recaiga. No soportaría vivir con el peso de su muerte. No quiero que muera...yo lo quiero.

—Eh, no quiero esas caras —Mi abuelo tose—. El único que puede tener la cara larga soy yo, niña —me mira enfadado y yo me separo de Dani—. Eres mi

vergüenza —esas palabras caen como un chorro de agua fría y se repiten una y otra vez en mi mente

clavándose en mi pecho como dagas afiladas—. Yo te he dado

lo mejor; una casa y una buena educación. Tenías un buen novio, que hubiera sido un buen marido y lo has echado todo por la borda por ese maldito mundo mágico

y por ese que por lo que ha averiguado Dani se acabará por ir y tú te quedarás sola —sus palabras me acaban por rematar pues son ciertas y la soledad nunca me

ha asustado tanto como ahora— Eres... —se lleva la mano al pecho. Me acerco a la cama aterrada y me mira con odio—. No me toques. No quiero saber nada de

ti.

—Pero yo... Yo solo quiero ayudar...

—¿Ayudar?... Me hubieras ayudado si te hubieses casado con él. Tú eres mi desgracia... —Se lleva otra vez la mano al pecho—. Dani, llama a la enfermera.

Vete, Evelyn, ya has hecho bastante.

—Vamos, sal de aquí, tu presencia lo está matando —dice mi abuela—. Te lo hemos dado todo y tú... Tú estás matando a tu abuelo.

—Yo no quiero que le pase nada, yo lo quiero —digo a mi abuela. Una vez fuera de la habitación.

—Si de verdad le quisieras te casarías con Dani —Mi abuela mira a Dani—. Él está dispuesto a perdonarte.

—Él lo hace para llegar más lejos en la empresa del abuelo.

—Y tú, para no quedarte sola cuando ese se vaya y para no matar a tu abuelo de infarto. ¿Te parece tanto lo que te pedimos cuando te lo hemos dado todo? A

saber en qué casa hubieras acabado si tus padres te hubieran dado en adopción —dice mi abuela mientras se le llenan los ojos de lágrimas.

Sus palabras me confunden y más ahora que el dolor por lo que podría haberle pasado a mi abuelo me ciega. Ellos me lo han dado todo, lo sé. Y Derek se

acabará yendo como bien ha dicho mi abuelo. ¿Acaso podré vivir cargando con la muerte de mi abuelo? ¿Podré ser libre sabiendo que murió por mi egoísmo? « Pero

es tanto lo que me piden...»

Bajo la vista a mi mano y veo el anillo. No puedo ser de otro que no sea Derek, pero le debo la vida a mi abuelo y de todos modos cuando él se marche

regresará para encontrar una esposa y perpetuar así el reino. Él se casará sin amor y yo sé que un día lo deberé hacer pues a nadie lo amaré como a él. ¿Tan malo

sería adelantarse a los acontecimientos? Ellos me criaron. Se lo debo todo...

Con todo el dolor de mi corazón me quito el anillo perfecto del dedo y siento ya su ausencia sabiendo que nada será igual tras este momento. Me lo guardo en

el bolsillo y me enfrento a mi destino sabiendo que estoy sellando mi sentencia, mi vida ya no será como antes, no cuando he probado lo que es ser libre.

—Está bien... —acepto con la voz rota por el dolor—. M e... M e casaré con Dani.

—Ahora él deberá aceptar —reprocha mi abuela mirando al aludido dándole una importancia que no merece.

—Él quiere —miro a Dani con asco y lo veo sonreír ante su triunfo. M e recorre un escalofrío cuando me toca y siento nauseas.

—Si te casas conmigo, que sea hoy —exige Dani.

—M e da igual el día, ya nada importa. Si hago esto es porque no puedo cargar con la muerte de mi abuelo.

—Es por tu vida.

—Sí —digo a mi abuela—. Su vida por la mía —Pero no parece molestarle. Dani hace amago de tocarme y me giro hacia él en rabiada—. M e das asco. No me

toques.

Voy hacia el ascensor tratando de no derrumbarme ante la gente, rota por el dolor como nunca creí estarlo. ¿Qué le diré a Derek? No puedo decírselo, no

puedo decirle que me caso con otro. Pero, ¿no pasará eso cuando él se vaya? Seguramente sí, pero él no estará aquí y, si no lo recuerdo, si esa pócima no funciona,

tal vez no llegue a descubrir cómo soy en verdad y eso me haga acabar con Dani.

Casarme con Dani tal vez siempre ha sido mi destino, y este tiempo que he vivido con Derek un sueño. M e siento como si le traicionara, en parte así es. Lo

estoy dejando por otro, pero no puedo hacer otra cosa. No puedo pensar, me falta el aire, casi no puedo andar del nudo de nervios que me aprieta el estómago y el

aire cada vez es más denso. No sé cómo hacerlo, cómo decirle adiós cuando es lo que menos deseo. Cuando me mata no verlo más.

Entro a la cafetería y mis ojos no tardan en localizarlo. Está en una mesa mirando la calle. Unas jóvenes lo miran y se susurran las unas a las otras, no me

extraña, un chico así llama la atención vaya donde vaya. M e empapo de su imagen, de su belleza. De lo que me hace sentir tan solo estar cerca suyo. El nudo se me

sube a la garganta, no puedo imaginarme no verlo nunca más.

—Derek —susurro al llegar a su lado. Alza su mirada y se levanta al ver el pesar en mis ojos—. Tenemos que hablar.

—¿Qué pasa? —Está serio, sabe que algo no va bien.

—Yo... Debo hacerlo... No quiero matarlo... Se lo debo....perdóname. Por favor....

—Habla claro —su voz es dura.

—Derek yo... —alzo mi mano hacia la suya y Derek se fija en que no llevo puesto el anillo que me ha dado hace apenas unas horas y se aparta.

—Habla de una puta vez —dice perdiendo los papeles y sintiendo que lo que le voy a decir no le va a gustar ni un pelo.

Tomo aire sintiendo que su rechazo ya me duele y eso que sigue aquí a la espera de que le confirme lo que ya intuye.

—Tengo que casarme con Dani, si no quiero matar a mi abuelo de un infarto —dejo en la mesa la mano donde llevo el anillo. La levanto y Derek lo mira.

Nos quedamos en silencio, el aire se hace denso. Casi se puede cortar con un cuchillo. Me atrevo a mirarlo a los ojos. Lo que veo me deja helada, no hay nada

en ellos. Están vacíos. Me mira como cuando lo vi la primera vez, con esa frialdad que le habían dejado las heridas de tantos años de pirata. Me acerco hacia él pero

da un paso atrás mirándome de manera amenazadora antes de coger el anillo y moverlo entre sus dedos.

—A ver si lo he entendidito bien. ¿Te vas a casar con Dani porque tu querido abuelo se está muriendo por tu culpa? —No me mira así que respondo con un

débil Sí—. ¿Es que no te das cuenta de que te están manipulando como lo han estado haciendo toda la vida?! —Estalla y me mira con los ojos fríos, tan fríos y

llenos de furia que me quedo clavada en el sitio—. ¿Me estás diciendo que te vas a casar con otro cuando aún siento el calor de tu piel en mi cuerpo tras haberte

hecho mía?

—Derek, la gente...

—¿Me importa un bledo la gente! —Se aleja de mí—. ¡¡Maldita sea, Evelyn!! ¿Estás tan ciega que no puedes ver qué es eso lo que ellos quieren?! ¿Por qué

no piensas que este infarto les ha venido muy bien a todos? Dani conseguirá su empresa y tus abuelos que vuelvas. ¿No te parece muy oportuno? ¿Tan ciega

estás? —Se gira y me mira—. ¿Este es el lugar que ocupo en tu vida? ¿Tan poco te importo para que me hayas cambiado a la primera de cambio? ¡Aún sigo aquí!

—Eres lo primero para mí —es la verdad, aunque ahora me vea atrapada.

—No es lo que parece. Cuando has tomado una decisión tan importante sin hablarlo conmigo.

—Yo te... —Me pone un dedo en los labios.

—Guárdate tus te quiero para tu futuro esposo —su voz está cargada de odio y celos—. Los hechos son lo que cuentan. Cuanto me he confundido contigo.

—No puedo dejar que se muera, no puedo... Le debo...

—Yo les debo a mis padres la vida. Mi deseo es vengar su muerte, pero si hubiera una sola oportunidad de quedarme, una sola, dejaría todo eso a un lado para

estar contigo. Ya no merece la pena. Ya no.

—Tú te irás... ¡Harás tu vida! ¡Elegirás a otra!

—Sí, me iré y ojalá sea cuanto antes. La anciana me dijo que tal vez fuera después de matar al pirata. ¡Ojalá me vaya y no te vuelva a ver nunca! —Saca de su

pantalón el frasco de la pócima y lo tira al suelo—. ¡Ni a recordar! Ya no quiero saber nada de ti —es como si me hubiera roto a mí, como si fuera el débil frasco de

cristal y al verlo marchar corro tras él—. Lárgate. Ya has dicho todo lo que tenías que decir.

—Entiéndeme.

—¿Y quién me entiende a mí? Tú ya has elegido mientras yo seguía aquí demostrando lo poco que te importo. Ahora mismo tengo claro que no quiero

recordarte. No quiero saber nada de ti... —no sé qué decir, no sé cómo solucionar esto. No tengo salida, estoy atrapada y no puedo dejar que se vaya—. Adiós,

Evelyn, ojalá sea para siempre.

Lo veo alejarse y me quedo quieta sin ver la gente que pasa, sin escuchar nada. Mi vida se ha ido con él y no puedo decir nada para retenerlo. Estoy atrapada.

¿Y si se va para siempre? ¿Y si hoy es el último día que lo veo? Cuando se vaya, ¿lo recordaré? Miro el suelo y el líquido transparente de la pócima desparramado

para siempre. Tal vez yo no lo olvide, pero él va a hacerlo para siempre. Alzo la vista al escuchar varios gritos de alarma y me encuentro a Dani en el suelo, con el

labio partido otra vez, y a Derek observándolo desde arriba con la mirada más fría que he visto en mi vida. Empiezo a andar y Derek se aleja. Corro hacia él pero

Dani, que se ha levantado, me coge del brazo y me retiene.

—Ahora eres mía.

Sus palabras me atraviesan y me asfixian. Nunca, nunca seré suya. Él nunca tendrá mi alma. El terror de perder a Derek me hace caer en un estado de shock del

que no sé si querré llegar a salir algún día. Un potente trueno resuena por todo el hospital y se desata una lluvia torrencial.

—Han accedido a prestarnos la capilla del hospital.

Mi abuela me está arreglando el pelo. No sé muy bien dónde estoy. Me he vestido y ahora contemplo el dolor que muestro en el espejo. A nadie parece

importarle que lleve dos horas llorando lágrimas silenciosas, que no haya dicho ni una palabra. ¿Qué soy para ellos? ¿Y si me están manipulando como dice Derek?

Derek... Lo he dejado irse. Estoy cometiendo la mayor equivocación de mi vida. Por mucho que quiera a mi abuelo, estoy atándome a alguien que no amo ni

respeto. Y que además odio. ¿Este es el precio que debo pagar porque me cuidaran? ¿Por qué tengo que condenarme por ello?

Observo a mi abuela y uso mi poder de la verdad, necesito saber por qué estoy con ellos, por qué mis padres no me quieren. Por primera vez me atrevo a

querer saber qué paso de verdad. Ya no creo en ellos. Ya nos los respeto.

La información me llega y me quedo helada: trató de manipular a mi madre, como lo hizo conmigo, pero no lo consiguió. Mi abuela trató de tener más hijos,

pero no pudo y cuando mi madre llegó a su casa, asustada por el embarazo, mi abuela usó sus dudas para su propio beneficio y la manipuló para que me dejaran a

su cargo.

Al principio, era por un tiempo corto, hasta que consiguiera dinero para poder criarme, pero cuando volvieron a por mí, mi abuela los amenazó con

esconderme y llevarme lejos, donde nunca pudieran encontrarme. Por miedo a no saber de mí, aunque ahora solo me veían cuando mi abuela lo decidía. Cuando mi

padre me habló de los poderes y yo, más tarde, descubrí que tenía, mi abuela me mandó lejos: primero para hacerle ver a su hija que con ellos no se jugaba y

segundo porque sabían que así me sentiría mal por la soledad del internado y no querría usar mis poderes.

Siempre me ha estado manipulando y utilizando para su propio provecho. Igual que ahora que solo quiere que me case con Dani para tenerme controlada y

demostrarme que en mi vida manda ella y una vez más me he dejado. Mi abuela sabe que decir o que hacer para conseguir lo que quiere.

Estudio a mi abuela desde una nueva perspectiva. ¿Nunca me ha querido? ¿Hubiera sido mi vida diferente de vivir con mis padres? ¿Hubiera sido yo misma

antes? Me han criado pero ahora no tengo claro que todo haya sido por amor, empiezo a pensar que yo no he sido más que un peón en las ambiciones de mis

abuelos.

—Tu abuelo está orgulloso de ti. . Estás preciosa.

Me miro al espejo y este me devuelve la imagen de un vestido blanco, un sencillo traje de tirantes y una falda blanca con florecillas rosa pálido. Estoy horrible,

la viva imagen de un trabajo bien hecho. Ha conseguido que sea su imagen y semejanza. Bajo la mirada hacia

la muñeca y acaricio con los dedos el círculo, ahora

perfecto por Derek. Él me completa y yo lo he dejado marchar antes de tiempo.

No puedo seguir con esto, no soy como ella. Quiero mi pijama de vacas, llevar el pelo suelto, reír por cualquier tontería, soñar, ilusionarme, vivir... Ser

Evelyn la auténtica Evelyn y no la que ellos quieren que sea. Quiero amar a Derek mientras viva y, si él no está, ser feliz con su recuerdo. No puedo ser de otro.

No puedo dejar que Dani me acaricie como lo ha hecho Derek. ¡No puedo dejar que me posea! Y dudo que no lo intente cuando sea su esposa.

Me sube una arcada solo de imaginarlo y voy al servicio a mojarme la cara con agua. Siempre he querido a mi familia, pero ellos siempre han querido lo que

han creado y no puedo seguir con esto, no puedo vivir toda una vida siguiendo los guiones que ellos me marquen. Si de verdad me quieren, deben aceptarme tal y

como soy. Pese a mis defectos.

—No puedo —digo al salir del servicio y enfrentando a mi abuela, a esa mujer que no ha dejado que mis padres me criaran, eso me da más fuerzas para seguir

—. No puedo —repito más alto, y mi abuela se gira hacia mí.

—Sí puedes, tómate esto, te sentirás mejor —Miro lo que parece una tila y pienso que no me vendrá mal pues tengo la boca seca por lo vivido.

—No voy a seguir con esto, no me casaré con Dani. Y no pienso cambiar de idea. Nada de lo que me digas ya conseguirá que me manipules de nuevo. Ya no.

Cojo la tila y le doy un gran trago. Cuando la noto en el paladar, siento algo extraño, un regusto amargo que nada tiene que ver con el de la tila. Intento hacer

uso de mis poderes, aunque mis ojos están pesados y noto como el sueño me atrapa. ¿Qué me está pasando? Y antes de caerme al suelo como un peso muerto,

escucho un débil susurro en mi mente. *Eliminar tus poderes. Están eliminando tus poderes.*

Evelyn

Me despierto y mi abuelo me mira sonriente sin parecer ese hombre enfermo que vi antes.

—Ya se ha despertado —se acerca a mí—. Vamos, Evelyn.

—No —susurro con la voz pastosa—. No me voy a casar. No con él —se lleva la mano al pecho y pone cara de dolor. Trato de usar mis poderes para ver si

es cierto que me está manipulando, pero estos no funcionan. ¿Por qué diablos no usé este poder antes? ¿Tan ciega estaba que no vi que tenía la solución ante mi

ojos? He sido una cobarde, pero ya no pienso seguir siéndolo. Tengo que creer en mí, en mis decisiones—. No me engañes más —digo con voz firme—. No me

puedo casar con alguien a quien no quiero —mi abuelo me mira horrorizado y se sienta en una silla. Yo me levanto y lo miro con otros ojos viendo por primera vez

su manipulación—. No soy feliz aquí, me gusta ser yo misma, me gusta usar mi magia —se lleva otra vez la mano al pecho, pero no me dejo engañar. Es como si

Derek estuviera a mi lado dándome ánimos para no dejarme manipular una vez más—. Me gusta estar con Derek, lo amo y aunque se vaya a ir, no me casaré con

Dani. No me engañéis más, por favor, si me queréis debéis aceptarme tal y como soy. No soy el peón de nadie. Voy a vivir mi vida, no la vuestra —observo a mi

abuela. Los miro suplicante. Mi abuelo alza las cejas y Dani y mi abuela me miran con horror. En el fondo, pese a todo lo que he descubierto, me cuesta creer que

no me quieren y espero que se arrepientan y me saquen de este error.

—Muy bonito el discurso, pero tengo una noticia que darte, Evelyn —comenta mi abuela—. Ya no tienes poderes.

—¿Qué?! —Entonces recuerdo las palabras que escuché antes de caer dormida.

—Que ya no tienes poderes —repito mi abuela triunfal—. ¿No es maravilloso? Tantos años ansiando encontrar la forma de aniquilarlos, y ahora nosotros

hemos dado con ella. El laboratorio de tu abuelo lleva años trabajando en secreto para una compañía de fármacos y han encontrado la forma de anular los poderes,

de bloquearlos para siempre. Para que dejéis de tener ese gen que os hace no ser normales. Al fin podréis ser como el resto y no tener ese asqueroso don —pone

cara de asco dejando claro lo que piensa de él.

—Eso no puede ser —exclamo aterrada si es tan sencillo aniquilar los poderes esto puede ser el fin para toda esa gente que es feliz con su don. Es horrible.

—Intenta utilizarlos —mi abuela se acerca a una planta pequeña y me la pone ante los ojos—. Hazla crecer como hiciste aquella vez —La miro con odio e

intento hacer crecer la planta, algo muy sencillo tras mi entrenamiento. Empiezo a sudar por la impotencia de no poder hacer algo tan simple. No puedo.

—No puede ser —cojo la planta y trato de hacerlo una vez más—. ¿Qué me habéis hecho? ¿Tanto os cuesta aceptarme? —Le devuelvo la planta. Miro a mi

abuelo y por fin veo que está lleno de vida, su cara tiene buen color. Me ha manipulado y ya no tengo duda alguna—. Esto no es para que seamos como vosotros,

esto es por dinero. Porque sabéis que la gente que teme a alguien que posee el don pagará mucho por esto —veo la verdad y la codicia en los ojos de mi abuelo y al

mirar a Dani que no ha dicho nada veo exactamente lo mismo. Esto no es para ayudar a quien no lo quiera, es para enriquecerse a costa de hacer daño a los demás.

Y todo porque ellos no tienen el don y no lo comprenden.

Esto me recuerda al tío de Derek, hasta donde llegó por codicia o al rey aquel que quemó toda la información del reino del águila porque quería más poder.

Pase el tiempo que pase la codicia y el odio siempre seguirá y más la sed de poder. El tener más que el otro. El no sentir que hay personas que por tener un *don*

que no entiendes estén por encima de ti. Es aterrador hasta dónde puede llegar esto que han descubierto.

Lo más triste es que al mirarlos ahora mismo, no reconozco a las personas que creí que eran y no sé si era yo la que no veía la realidad o ellos han fingido muy

bien ante mí. Y al fin tengo el valor para decirles lo que siempre he callado.

—Yo he tratado toda mi vida de agradaros, de ser lo que queríais que fuera. Qué equivocada he estado siempre. Un padre te quiere sin más, te ayuda a ser

mejor, te guía, te enseña a levantarte cuando te caes, te muestra los caminos, pero no te obliga a caminarlos. Un padre está cuando lo necesitas, no te manda a un

internado para que seas mejor para ellos ni te deja llorando en una fría habitación sin la atención de nadie. Y un padre apoya a su hija cuando se queda en estado y

no le arrebató a su hija con mentiras —los miro—. Yo, únicamente, quería que me quisierais, pero ahora ya sé que era imposible para vosotros, nunca seré lo que

queréis que sea —los miro. Mi abuelo ha dejado de llevarse la mano al pecho, mi abuela me mira con superioridad y Dani me mira como el que acaba de perder una

gran oferta de trabajo.

—Hemos hecho lo mejor para ti ¿Y así es cómo nos lo pagas?

—Lo siento; pero tal vez el primer error que cometiste fue alejarme de mis padres. Tal vez si los hubieras

apoyado... pero ya es tarde para saber qué hubiera pasado.

—¿Y a dónde iras? Ahora eres normal... —continúa mi abuela.

—Siempre lo he sido. Tenía un precioso don en mis manos que vosotros con vuestros estúpidos prejuicios me lo habéis arrebatado. Me voy al único sitio

donde crecí como persona y donde amé como mujer —salgo de la sala y me dejo caer tras cerrar la puerta devastada.

Voy en el autobús al pueblo. Espero encontrar a Derek allí. Con las prisas no cogí mi bolso y le he dicho al conductor del autobús que le pagaré al llegar. No

me ha quedado otro remedio. «*No tengo poderes*», pienso al mirarme las manos. «*Es increíble que hayan llegado hasta este punto solo por el miedo que nos*

tienen» Mi abuela siempre había dicho que ojalá alguien inventara el modo de aniquilar la magia del mundo, pero no pensé que se lo fuera a tomar tan literalmente.

Me estoy dando cuenta de que no sé con quién he convivido todos estos años. Toda mi vida ha sido una mentira.

Pienso en mis padres, en la impotencia que deberían de sentir cuando tan jóvenes me esperaban y no recibieron el apoyo que necesitaban. ¿Qué hubiera

pasado de haberlo recibido? No sé cómo serían como padres, pues no los conozco y por culpa de mi abuela y su deseo de hacerme igual que ella manipuló a su hija.

Tengo que hablar con ellos. Si antes no los llamaba era por miedo a que no quisieran saber de mí, mi abuela siempre me daba a entender esto. Que estaban muy

liados para mí, pero ya no lo tengo tan claro. Lo que no sé es que pasará si los llamo y solo encuentro frialdad. Una parte de mí desea que no sea así y recibir el

cariño que siempre he añorado por parte de mi familia.

Una familia que de quererte nunca te privaría de tus poderes. Meuevo las manos y trato de hacer un sencillo truco. Nada. Me invade la tristeza y la impotencia.

Me siento como si me hubiera quitado una gran parte de mí misma. Como si hubiera pedido uno de mis sentidos. Y no quiero que nadie más pase por esto.

Tengo que pensar algo, algo que me haga detener esta locura. Mi abuelo no puede ganar, el acabar con el don de alguien no tiene precio. Lo malo es que no sé

por dónde empezar. Tal vez Derek me pueda ayudar...

Derek. Recreo nuestro último encuentro, como me miró con esa frialdad que aún ahora me hiela la sangre. Estaba tan pérdida, tan asustada por haber

provocado el infarto de mi abuelo que no pensé en nada más. No me paré a pensar que aunque se deba de ir

aún seguía aquí y que lo estaba dejando de lado cuando

más lo necesitaba. Tarde he descubierto el miedo no me dejaba ver la realidad. Ahora solo espero que no se haya ido, que siga aquí, pues aunque lo recuerde existe

la posibilidad de que yo siga haciéndolo. Y esto no es garantía para estar tranquila.

Ahora más que nunca necesito su estabilidad y su fuerzas para afrontar la perdida de mis poderes y mi deseo de ir contra mi familia para hallar el modo de

detener todo esto. Ahora más nunca necesito decirle que para mí es y siempre será lo primero. Solo espero no llegar tarde.

Llego al pueblo y, al salir del autobús un aire frío me deja helada ya que solo llevo el fino vestido con el que mi abuela pretendía que me casara con Dani. Veo a

una compañera de clase y le pido dinero para el autobús. Voy hasta la plaza del pueblo, donde aún siguen las fiestas. Busco a Derek entre la gente y no lo veo. A

quien sí veo es a Ana y a Adrián, muy acaramelados.

—Niña, vas a coger una pulmonía —Noto el calor de la chaqueta y me giro para ver a Rosa.

—Gracias.

—Yo ya me iba. —Sonríe con ternura y me da un apretón en el brazo como la que sabe que necesitas más que nunca consuelo—. Derek está por allí, pero tal

vez deberías esperar hasta mañana para hablar con él —me alegra saber que aún no se ha ido y desecho la idea de dejar para mañana el hablar con él.

—No quiero esperar a mañana.

—No tenía buena cara y por la tuya me imagino que algo no va bien entre los dos —niego con la cabeza—. Todo se arreglará. Ánimo niña.

Me despido de ella y voy hacia donde me ha dicho. No tardo en verlo y mi corazón de un vuelco al verlo hablando con Rita, demasiado juntos para mi gusto.

El corazón me late con intensidad y siento un tremendo nudo en el estómago. Camino insegura hasta él y, cuando estoy a unos pasos se gira y nuestras miradas se

entrelazan. Lo que veo en la suya hace que me quede paralizada. Me mira frío y distante, ya nada queda de ese joven que hace horas me amó con tal intensidad que

me hizo acariciar el cielo. Que me dijo te quiero antes de desafiar al destino y hacerme su reina teniendo como único testigo el atardecer.

Lo he perdido.

—¿Qué haces aquí? —Su voz es dura, nunca ha usado ese tono de voz para dirigirse a mí.

—Yo...

—Vete. Ahora mismo estoy ocupado. ¿Acaso no lo ves? —Miro a una Rita sonriente.

—Tenemos que hablar, por favor Derek.

—Vaya, te ha gustado esa frase, dos veces en el mismo día. Sí que es escaso tu repertorio —me sonrío fríamente—. Yo no tengo nada que hablar contigo. Ya he

dicho todo lo que quería.

—Derek, es importante.

—Hablar con Rita también lo es —esta le sonrío dejando claro lo mucho que le gusta que me rechace por ella.

Derek mira a Rita y le sonrío. Esa sonrisa me mata un poco más.

—Yo... no me he casado.

—Lo siento, hacías muy buena pareja con el lechoso —no parece que lo sienta en absoluto—. ¿Algo más?

—Sí... —me callo a ver que Rita se acerca más a Derek y este le pone una mano en la cintura. Me derrumbo de todo al ver que es capaz de tocar a alguien que

no soy yo.

Pensar que ya no soy la única capaz de ahuyentar sus pesadillas y por un instante es como si hubiera viajado en el tiempo y lo viera a él con la que será su

esposa. Alguien como Rita. Me derrumbo y no me vengo a bajo delante de él para no darles esa satisfacción.

—Que no te extrañe, muchacha, algo bueno tenía que salir de lo nuestro, ¿no?

—Derek, por favor, quiero...

—Yo también quería muchas cosas. Ya es tarde.

—Tenías razón. Mi abuelo me engañaba...

—Bien por ti.

—Derek, yo... Eres para mí lo primero —no me mira, al contrario, se ríe de algo que le ha dicho al oído Rita.

Veo como esta le acaricia el pecho y le mira de manera sugerente. Los celos me ciegan la vista. No dejo de mirar esa complicidad y me imagino lo que harán

luego. Me mata imaginarlo con ella.

—¿Eso es todo?

Asiento y, tras mirarme fríamente una vez más, se aleja cogiendo a Rita de la cintura. Me hundo y no sé cómo reaccionar. Me quedo paralizada sintiendo

como un intenso dolor se extiende por mi pecho y me da igual que el aire me lleve, que la tierra me trague. No sé qué hacer ni adónde ir, no sé cómo volver atrás en

el tiempo y deshacerlo todo, pedirle que me ayude... No puedo soportarlo más. No sé a qué amarrarme para tomar fuerzas y seguir.

—Evelyn... —Ana se pone delante mío y noto que me mueve, pero no consigo reaccionar. He entrado en estado de shock. Parece increíble, pero he perdido a

Derek mucho antes de lo que pensaba, mi mundo acaba de destruirse por completo.

Contemplo el amanecer desde la azotea de casa de Ana. Llevo toda la noche aquí, tapada con una manta gruesa, mirando la nada. Ana me ha traído la cena,

pero no la he probado. No me he movido en horas. Me siento perdida y muy triste. No dejo de mirar el cielo para ver si aparecen los nubarrones que me anuncien

que nada es tan calmado en Derek como quiso aparentar, pero nada. El cielo está raso y eso aún empeña más mi dolor.

—Deberías pasar a dentro —Ana se pone delante de mí y entonces veo que no está sola, Adrián está a su lado.

—Evelyn, hoy estará menos enfadado.

—Se fue con ella —digo rompiendo el silencio, recordando la mano de Derek sobre Rita.

—No creo que hicieran nada. Rita no es...

—¡Es una fresca! —Exclama Ana, indignada, cortando a Adrián—. ¡Primero lo intenta contigo y como le dices que no, se va tras Derek!

—Hoy en día eso está de moda, Ana —dice conciliador Adrián

—Vaya moda —susurro metiéndome más bajo las mantas—. Creía que le importaba. Me dijo que me quería —me toco la marca del círculo—. Lo he perdido

—noto el abrazo de Ana y trato de no hundirme, pero al final las lágrimas salen a borbotones y temo no ser capaz de detenerlas nunca. Me siento muy desdichada.

Si esto es el amor, ¿en qué dichoso momento me enamoré de él?— Tampoco les importo a mis abuelos... y por su culpa nunca sabré lo que es tener padres...

Ahora mismo no sé qué voy hacer el resto de mi vida.

Me he calmado un poco. Ana y yo vamos de camino a la universidad. Nos hemos perdido las dos primeras clases, que eran con Adrián y él aseguró que por

algo Ana salía con el profesor. Se lo agradecí, porque este tiempo me ha ayudado a serenarme y a ordenar mis ideas. Debo hablar con Derek y debo hacerlo pronto.

Me siento una intrusa en el colegio. Ya no tengo magia. Me miro a mí alrededor, a mis compañeros y sé que todo está como siempre, pero yo me siento como una

extraña. Ya no encajo aquí. Antes no quería usar mi don, hasta llegaba a sentirme mal con él y ahora lo echo de menos. Me parece increíble que nunca más vuelva a

sentir la magia recorrer mis venas. Esa euforia de lograr mi objetivo y el placer de hacer algo que me llena como persona. No se lo he dicho a nadie y no sé si podré

hacerlo. Me cuesta decirlo en voz alta y más ahora que la pérdida de Derek ocupa todo mi mundo.

Camino con Ana hacia la clase que nos toca, la de Rita, y nada más entrar, me mira de una forma que no sé cómo descifrar pero que no me gusta. Es como si

ella supiera algo que yo ignoro. Voy hacia mi sitio y busco a Rona. No la veo, Ana se da cuenta de hacia dónde van mis ojos:

—Su padre tras lo sucedido, la ha mandado de vuelta al internado. Se lo tiene merecido. A ver si allí aprende de una vez.

Debería estar feliz porque Rona pague y sin embargo solo siento lástima por ella.

La clase de Rita ha pasado sin incidentes, o casi, porque cuando me pidió que usara mi magia para crear una ilusión, me negué y lo achacó mal de amores. Si

ella supiera... Si todos supieran que yo soy la única que sabe que hay un modo para anularles los poderes...

Camino cabizbaja hasta la próxima clase y, solo cuando llego y lo veo apoyado en la mesa, me acuerdo de que ahora es el turno de Derek. Sus fríos ojos me

miran y aparta la mirada sin darle mucha importancia a mi cara asombrada.

—Evelyn, siéntate en tu sitio.

Su frialdad me daña y entro sin mirarlo. Me siento y trato de prestar atención, de no llorar ante él y ante mis compañeros, no hundirme por su indiferencia.

No pasa por mi lado como hacía siempre. Ni deja caer su mano por mi mesa de manera casual. Escuchar su voz y sentirlo tan lejos me mata, pues me hace recordar

las veces que hablamos o que susurró mi nombre mientras me amaba. Me hace recordar cuanto lo extraño aun teniéndolo tan cerca.

Se acaba la clase y sigo bloqueada en mi sitio. Cuando alzo la vista, Derek ya se ha ido y yo he perdido mi oportunidad de hablar con él. Me armo de valor y

voy hacia su despacho pero, cuando llego, Rita sale de este y al verme, se detiene y grita sobre su hombro:

—Te espero fuera.

—Está bien —le responde Derek.

Las clases han acabado y por lo que parece estos dos se van juntos. Me siento morir otro poco y una vez más

mis ojos delatan los celos, pero me da igual.

Entro en el despacho y me encuentro a Derek mirando por la ventana. Al escuchar el ruido de la puerta al cerrarse se gira. Su gesto cambia cuando ve que se trata de

mí.

—Tengo que hablar contigo.

—Ya quedó todo bien claro ayer.

—No me casé con él...

—Pero lo ibas a hacer, no hay más que decir.

—Enseguida me di cuenta de que no podía hacerlo, no podía dejar que él me amara como tú... —me sonrojo—. Nunca lo he querido. Solo lo hacía porque

estaba aterrada por mi abuelo. Pero eso ha cambiado, mis abuelos, ellos no me quieren a mí. Solamente a lo que han creado de mí.

—¿Ya lo has dicho todo?

—Derek, yo... Eres lo más importante para mí. Te quiero, me niego a creer que ya no sientes nada. ¡Que me has cambiado por esa!

—Me olvidarás cuando me vaya, y yo a ti también. Es mejor así... Es mejor así —me ha parecido que quería decir algo más—. Haz tu vida, como acabarás

haciendo cuando yo no esté. Esto acaba aquí —aún muestra frialdad, pero hay algo más.

—¿Por qué Rita? —Levanta los hombros.

—Podría haber sido cualquiera.

—Pensé que íbamos a aprovechar el tiempo, que...

—¿Para qué? ¿Para acabar haciéndonos más daño? ¿Qué garantía tengo de que no correrás a los brazos de Dani, si tu abuelo te vuelve a manipular? No,

Evelyn, no, se acabó. No quiero seguir siendo tu apaño mientras te decides a qué mundo perteneces.

—Yo te pertenezco... —me pone una mano en los labios.

—Ya basta, Evelyn. Ayer ya quedó claro a quién perteneces. Que estés aquí no significa nada. No hablaste conmigo, tú sola lo decidiste, tú sola pensaste qué

era lo mejor, no valoraste mi opinión. ¿Crees que no te hubiera escuchado? ¿Crees que no hubiera buscado una salida? Te equivocaste y ya es tarde.

—Nunca es tarde.

—Para nosotros sí. Adiós, Evelyn.

Ese adiós lo dirige a nosotros, a lo que podía haber sido nuestra historia en este mundo. Es un adiós para siempre y saberlo me mata. No sé si seré capaz de
levantar la cabeza. Ahora mismo, no sé nada, únicamente, que quiero irme y callar, antes de que salga un adiós de mis labios.

Evelyn

Decido no asistir más a clases tras varios días sin ir. No tengo ganas de ir a estudiar a una universidad mágica donde se potencia tu don entre otras cosas

cuando por más que lo intente no consigo recuperar mi don. Y por otra parte, no me siento preparada para ver a Derek y que me vuelva mirar como si nunca

hubiera pasado nada entre los dos, como si yo no fuera nada para él. Me duele mucho. Prefiero no empeñar con más amargos los buenos recuerdos.

Por otro lado mis abuelos dada mi negativa a casarme con Dani me han cancelado las cuentas y no tengo dinero. Bueno tengo un castillo que puedo vender o

donde puedo vivir... pero no quiero ir y enfrentarme a Derek, prefiero seguir en casa de Ana mientras su familia me lo permita.

Lo positivo es que he visto como tratan a Ana. Le he dicho todas las cosas buenas que veo en su manera de tratarla y Ana anoche les contó a sus padres lo

que le preocupaba. Tras lágrimas y risas acabaron todos abrazándose y demostrando una vez más que los lazos más fuertes no siempre son los de la sangre. Y esto

me ha hecho pensar en mis padres.

He mirado cientos de veces su número en la pantalla de mi móvil sin tener valor de darle a llamar. No sabiendo que será lo que me encuentre. Temiendo que

me den de lado. Ahora al menos tengo la esperanza de que me querían y no pudieron tenerme. Si no es así, no me quedará nada. El problema es que no encuentro la

manera de llegar a la empresa de mis abuelos. Cada día que pasa tengo miedo de que mi abuelo empiece a comercializar la fórmula y no tarde en llegar al pueblo

mágico y a sus habitantes. Y mi madre trabaja en la empresa de su padre. Existe una posibilidad de que esté de mi lado, no de su padre y de saber lo que pretende

hacer me ayude a detener esta locura. Es la única opción que tengo. Convertirme en *super woman* y arreglarlo todo en un abrir y cerrar de ojos.

Miro una vez más el número de mis padres y armándome valor le doy a llamar. Tras cinco tonos me salga el contestador y decepcionada cuelgo sin dejar

mensaje alguno. Me quedo ensimismada mirando el teléfono, tanto que me cuesta reaccionar que está sonando y mi padre me está devolviendo la llamada. Lo cojo

y contesto dudosa:

—¿Hola? —pregunto sintiéndome tonta.

—Hija.

—Papa —hace tanto que no hablo con ellos. Tanto que no recuerdo la última vez que hablamos sin que mi abuela escuchara tras la otra línea.

—¿Estas bien? ¿Está tu abuela contigo? —M e pregunta cauto.

—Estoy sola...

—¿Dónde? ¿Dónde estás? ¡A que internado te ha mandado ahora!

M i padre parece desesperado y escucho de fondo la voz de mi madre, cuando pregunta si soy yo y trata de quitarle el teléfono. Al final escucho como lo pone

en manos libres.

—Hija, soy mama —me dice y mis ojos se llena de lágrimas por la forma que tiene de decirlo y me derrumbo. Porque siento que nunca hemos tenido la

oportunidad de ser una familia—. Evelyn. ¿Dónde estás? Por favor dinos donde estás y no llores.

—No lloro —miento—, estoy en el reino mágico. En casa de una amiga.

—¿No te dejé un castillo? ¡Al final va ser cierto que lo vendieron! —Exclama mi padre y supongo que habla con mi madre—. ¿Podemos ir a verte?

M e pide y noto la duda en su voz y el miedo a que lo rechace y lo sé porque yo he sentido lo mismo todo estos años.

—Sí, aquí os espero.

Quedo con mis padres en uno de los hoteles del pueblo y los espero en la recepción nerviosa. Doy varias vueltas por ella ganándome varias miradas del

repcionista.

—Evelyn —me giro y en la puerta observo a mis padres.

No me parezco mucho a ellos, salvo en los ojos dorados de mi padre que son como los míos. Son muy jóvenes, no llegan a los cuarenta años y su forma de

vestir moderna hace que aun parezcan menos los padres de una joven mayor de edad.

M e miran dudosos al igual que yo. Al final no sé quién da el primer paso antes de verme rodeada por los brazos de mis progenitores dándome ese abrazo que

tanto he añorado y que hasta ahora no nos hemos podido dar.

—¡M i madre ha llegado muy lejos! —Grita mi madre tras relatarle todo lo vivido—. ¡Esto no va a quedar así!

M i padre asiente. Hemos subido a una de las habitaciones que han cogido para pasar una noche. Les he contado lo del infarto de mi abuelo y como trataron de

manipularme para que me casara con Dani, ver en sus ojos la impotencia y la rabia me hizo tener valor para

contarles lo de mis poderes y como me los arrebataron.

—No tenían derecho a quitarte tu don —dice mi padre cogiendo mis manos—. Estoy harto de quedarme a un lado. Pero temíamos perderte hija. Las veces que

intentamos recuperarte y llevarte a vivir con nosotros tu abuela te mandaba lejos. Y no sabíamos dónde.

—Pero ahora sabíais que estaba en este castillo. Tú me lo dejaste...

—No lo sabíamos. Mis padres me lo dejaron a mí pero yo renuncié a él en favor tuyo. Teníamos la esperanza de que tú sintieras el llamamiento de la magia y

vinieras aquí a vivir. Así sabríamos dónde encontrarte y más ahora que cumplías la mayoría de edad. Pero tu abuela nos dijo que lo habías vendido y no querías

saber nada del mundo mágico. Que te había mandado lejos pues había sabido ver nuestras intenciones. Pensábamos que andabas en algún internado estudiado una

carrera. No que estabas aquí y te buscamos por algunos de ellos dónde sabíamos que tu abuela podría querer mandarte.

—Eso explica por qué me dejó vivir aquí sola. Porque si no estaba en su casa vosotros pensaríais que estaba en cualquier lugar y no aquí.

—Vine una día al castillo al no encontrarte y me encontré con un mayordomo que me informó que en el castillo no vivía ninguna Evelyn que era de un tal

Derek.

Intuyo que fue cuando regresé a casa de la abuela.

—Yo no sabía que me queríais ver. La abuela siempre me decía que no teníais tiempo para mí —los miro y niegan con la cabeza. Ahora sé la verdad—. Tengo

que hacer algo. No quiero que más gente pierda su don.

—Evelyn, es peligroso...

—Lo sé —corto a mi madre—, pero estamos juntos en esto. ¿Verdad?

Mis padres se miran y al fin asienten.

—Lo haremos juntos, es hora de que mi padre pague por todo lo que nos ha hecho —dice mi madre con decisión—. Ahora es mejor que recojas tus cosas y

vengas a casa...

—No —mis padres me miran dolidos—, quiero ir con vosotros. Pero no puedo hacerlo aún. Hay otra parte de la historia que no os he contado. En verdad es

la más importante, pues es sobre el hombre al que amo.

Sin darnos cuenta se hace entrada la noche mientras le cuento la historia de Derek y como lo he perdido para

siempre. Y por qué no me quiero ir hasta que no

se haya marchado. Mis padres deciden pasar la noche aquí y cuando me despiden de ellos no puedo evitar seguir mi impulso y abrazarlos una vez más por si

mañana al despertar todo ha sido un sueño.

Pero no lo ha sido y mis padres se quedan a pasar unos días en el pueblo. Para evitar que mi abuela nos descubran, por si tiene chivatos, no decimos a la gente

que son mis padres, solo que son unos conocidos. No queremos dejar nada al azar ahora que hemos decidido dismantelar la empresa de mi abuelo.

Mi madre va a trabajar cada día. Trabaja como secretaria, mi abuelo nunca ha apostado por su talento para darle un puesto de más relevancia en la empresa y

eso que mi madre podría ejercerlo sin problemas.

Sin que abuelo sospeche mi madre ha usado "*su magia*" sobre los teclados y ha jaqueado los ordenadores. Ya tenemos planos de donde está la fórmula, en el

ordenador más vigilado de toda la empresa, el de mi abuelo. Por eso nos ha sido imposible llegar a él usando la red, tiene medidas de seguridad muy elevadas. Solo

podemos entrar en el manualmente desde su despacho por la noche cuando no esté, dado que mi abuelo pasa muchas horas en su empresa.

El problema es que a mis padres los reconocerían los guardas de seguridad y ahí es donde entro yo. Como por la noche no he estado en la empresa de mi

abuelo me haré pasar por una señora de la limpieza para entrar en mi turno de noche. Y con las llaves maestras que ha conseguido mi madre, los planos que he

memorizado y su guía entraré al ordenador central donde mi abuelo guarda copia de todo y solo tiene una. Mi abuelo es un hombre muy desconfiado y no se la deja

a nadie. No quiere que nadie lo traicione. Lo que lo hace predecible.

Mi madre me ha explicado las posibles contraseñas que suele usar. Mi padre cree que lo mejor es coger el disco duro y destrozarlo. Que de todos modos

acabará por descubrir que le hemos robado. Yo no sé qué haré. Ni si esto servirá de algo. No sé si mi abuelo será tan predecible o tan estúpido para tener solo una

copia. Mi madre cree que simplemente se cree invencible, que siempre ha sido así, que para él hacer copias es como dejar más cabos sueltos para que lo traicionen.

Es lo que tiene llevar siendo su secretaria desde hace años. Que lo conoce mejor que él mismo.

—Tiene que ser esta noche. Mi padre está de viaje y es cuando el guarda de seguridad se toma más descansos pues piensan que no lo pillarán. Solo espero que

todo salga bien —mi madre duda—. Es mejor que vaya yo...

—No, debo hacerlo yo. No quiero que esto os salpique y a mí ya no me pueden hacer más daño.

—A nosotros tampoco —dice con tristeza mi padre—. Nos iremos hacia allí. No tardes. Te esperaremos donde te hemos dicho. Ten cuidado hija.

Asiento y como hemos quedado voy a casa de Ana. Ana sabe que son mis padres y se quedan en el hotel, pero no lo que tramamos. No quiero involucrar a

más gente y también porque quiero hacer esto con mis padres. Es nuestro secreto, es nuestra aventura y estamos juntos. Solo espero que salga bien.

Me voy hacia casa de Ana y una vez más siento que alguien me observa. Inquieta me giro con la esperanza de que sea Derek pero nada, no hay nadie. Y no es la

primera vez que siento que alguien me mira estos días.

Estoy llegando a casa cuando unos niños pasan por mi lado portando farolillos mágicos ya que esta noche hay otra fiesta. No sé de qué, pero me he dado

cuenta de que en este pueblo aprovechan cualquier oportunidad para juntarse y festejar. Son felices. Me miro mi alrededor lleno de magia. El aire está cargado de esta y

es algo cotidiano aquí.

Si esa fórmula cayera en malas manos podría destruir todo esto. Con que la dejara caer en el agua potable irían cayendo uno a uno. No puedo consentirlo. Se lo

debo.

Subo a casa de Ana con las energías renovadas y aunque sigo aterrada por como saldrá nuestro descabellado plan tengo claro que no pienso parar hasta

destruir los planes de mi abuelo. Ya está bien de decir a la gente como debe ser.

Entro a casa de Ana y busco donde tengo mis cosas mi ropa más oscura para esta noche la estoy dejando sobre la cama cuando entra una sonriente Ana.

—¿Y esa ropa tan seria? ¿No me digas que tienes que ir a ver a tus abuelos?

—No, afortunadamente me han dejado en paz tras nuestro último encuentro. Es para estar por casa.

—Ah. Pues yo te venía a proponer venir conmigo a las fiestas del pueblo. Ha quedado todo precioso.

—Lo pensaré —respondo pues sé que de otro modo seguirá insistiendo.

—No tiene buena cara, no parece feliz...

—Él decidió esto —respondo sabiendo que habla de Derek—. si no tiene buena cara no será por mí. Está claro que no le importé tanto como me hizo creer.

—Deberías volver a hablar con él. Algo me dice que ahora si te escucharía.

Desde que discutimos no he vuelto a ver a Derek. Ana se encarga de ponerme al día de las actividades y parece ser que tras dar las clases se encierra en el

castillo, donde entrena hasta agotarse, según atestiguan los sirvientes. Me ha dicho más de una vez que su mirada es más fría y distante, pero que ella jura que en

ocasiones se pueden ver en ella una profunda tristeza.

—No quiero volver a sentir su rechazo. Fue muy doloroso —Ana asiente comprendiéndome.

Tocan a la puerta y Ana se marcha a abrir. Por un instante creo que pueda ser Derek como si lo hubiéramos convocado al hablar de él. No es él, es Cristal y

me inquieta lo que pueda querer.

—Ella me recibirá —voy hacia la salita y veo a Cristal, seguida de Ana—. ¿Verdad? —Asiento y esta toma mis manos con cariño—. Ana ve a la fiesta de la

escuela, ahora irá Evelyn.

—¿Vendrás? —Ana me mira esperanzada.

—Lo pensaré.

Ana sonríe y yo me siento mal por haberle mentido. Se marcha tras coger su abrigo y nos deja solas. Cristal no deja de mirarme como si algo le inquieta y eso

me está poniendo muy nerviosa.

—Veo tu futuro borroso. ¿Qué has hecho para que no pueda entrar en tu mente, joven?

Cuando perdí los poderes sin que Ana lo notara le pedí si se podía meter en mi mente y me dijo que la tenía muy bien bloqueada. Lo atribuí a que Derek no

había quietado el escudo de protección que creó para mí. Algo que me ha venido muy bien para mis planes, pues dudo que hubiera podido llevar el plan a cabo si

todo el mundo pudiera entrar y salir de mi mente como desearan.

—Derek creó un escudo de protección, no lo ha quitado.

—Siento que hay algo más... —Cristal frunce el entrecejo y no me cabe duda que trata de adentrarse en mi mente. Frustrada me mira cuando no lo consigue—.

Esta noche sucederá algo en el castillo.

—Solo Derek puede ir allí. ¿Estará bien? —Pregunto asustada por él.

—No es sobre él de quien habla el futuro, es el tuyo el que está borroso. ¿Qué vas a hacer?

—Nada —miento una vez más inquieta por su interrogatorio. Intenta meterse en mi mente una vez más mientras niega con la cabeza.

—Algo ocultas, joven. Sé que es una locura, pero debo aconsejarte que vayas al lugar donde más magia hay del pueblo. Se concentra un gran poder bajo sus

aguas. Si corres peligro ve allí. Su magia te protegerá.

—La magia puede dejar de existir —apunto.

—Nunca. La magia siempre habita en uno, pase lo que pase. ¿Qué te sucede, Evelyn?

—Nada. No se preocupe, de verdad, está todo bien —Acerca su mano a mi frente. No me muevo esperando que acabe sintiendo que no podrá ver nada de mi

plan.

—Ten cuidado —por su expresión sé que estaba en lo cierto, que simplemente se deja guiar por el instinto y me previene de un peligro que no puede ver.

Asiento y Cristal se aleja. ¿Debería desistir en mi plan? No. Hoy es la noche perfecta. Lo vamos a lograr. Por primera vez no estoy sola, tengo a mis padres y

sé que nos saldrá bien. Por fin daremos carpetazo a las maldades de mis abuelos. Nos lo deben por lo que nos han hecho. Esta es la noche indicada y no pienso

fallar.

Evelyn

Conduzco con mi moto hasta las instalaciones de mi abuelo, dónde tiene su empresa. Aparco donde me han dicho mis padres que lo haga y tras bajar escucho

un ruido a mi derecha. Me giro y veo a mis padres salir a recibirme también vestidos todo de negro.

—Cualquier cosas que veas rara sales corriendo. No quiero que corras ningún riesgo —dice mi madre tendiéndome las tarjetas que ha ido robando estos días. Y

la ropa de limpiadora.

—Todo saldrá bien. Tú me vas a guiar —le digo cogiendo el pinganillo para el oído que me tiende mi padre.

Mis padres se van a quedar aquí usando la antena de la empresa que ya ha jaqueado mi madre para guiarme y dejarme entrar sin complicaciones. Lo más difícil

es robar la información del ordenador de mi abuelo. Adivinar la contraseña. Está muy bien protegido y mi madre no ha podido acceder a él por más que lo ha

intentado desde su sitio de secretaria para evitar llegar a esto. Lo único que nos queda es intentarlo desde dentro.

—Ten —cojo lo que me tiende mi padre. Me pongo unas gafas de pasta que sirven como cámara y la bata de limpiadora sobre la ropa negra—. Lo primero es

tu seguridad.

—No me gusta... deberíamos retrasarlo —mi madre parece asustada. La abrazo antes de irme hacia la alambrada que han desconectado para que pueda pasar.

—Nos vemos ahora —les sonrío para que no vean lo aterrada que estoy y me meto en el hueco que han cortado mientras yo venía, aprovechando que la han

desconectado.

Me parece tal vez no tenga poderes pero hace magia con las manos. La he visto trabajar estos días y es muy buena. También he visto como la mira mi padre y

el amor que refleja su mirada. Me gusta observarlos cuando se buscan con la mirada o con las manos para acariciar al otro.

No sé qué pasará tras esta aventura o tras la partida de Derek, solo espero no perderlos a ellos también. Ahora sé que de haberme criado mi vida hubiera sido

muy distinta. Lástima que nunca lo sepamos.

Me adentro en la puerta trasera y como mi madre me indica el guardia de seguridad está vagando por las instalaciones. Entro y uso las tarjetas que llevo en el

bolsillo para pasar de un lado a otro sin que me vean. Y todo gracias a que mi madre ha entrado en las

cámaras de seguridad y está dando una imagen falsa de lo que sucede ahora.

Voy al pasillo central donde hay varios guardias. Al verme con la bata de trabajo no me prestan atención. Me miran a la cara miran mi acreditación con mi

nombre falso y me dejan pasar hasta el pasillo que debo seguir aparentando que como el resto de limpiadoras voy hacer mi trabajo.

Me cruzo con varias personas más. Nerviosa trato de que no noten nada raro en mí. Subo por la escalera al piso donde están los despachos y vigilo que nadie

me vea usar la placa de mi madre para abrir la puerta. La abro y me adentro tras esta. Aquí ya no hay nadie y sí sería sospechoso verme merodeando por aquí pues

solo suben a limpiar bajo vigilancia de los guardias de seguridad de más confianza de mi abuelo. Me quito la bata azul para que no destaque y sigo las indicaciones

de mi madre hasta llegar al despacho blindado de mi abuelo.

Me pongo ante la puerta y alzo la tarjeta de mi madre. Cuando esto acabe van a saber que esta les ha traicionado. Por suerte no le importa y esta noche todo

cambiará para los tres. Y como nos amenaza lo amenazaremos con contarle a todos los del reino mágico sus planes y que usen sus poderes contra él. Que existe el

modo de destruirlos a distancia, cosa que es mentira, pero mi abuelo en su ignorancia por el mundo mágico lo desconoce.

La puerta se abre y ahora viene lo difícil. Me giro hacia el panel donde tiene la contraseña para que se abra la siguiente puerta. Mi madre ha estado observando

a mi abuelo y está casi segura de que la tiene. Pulso los números y letras y espero que se abra. Cuando lo hace me cuesta contener un saltito de alegría. Mis padres

me piden que tenga cuidado y sin más dilatación entro al despacho de mi abuelo donde guarda todos sus secretos.

Me adentro en el despacho. Es austero y frío como él. Me siento en su gran silla de escritorio y enciendo el ordenador no sabiendo bien que me voy a

encontrar. Mi madre no ha podido entrar ya que la línea de red es exclusiva para él y el wifi también.

La pantalla se enciende y me pide la contraseña. Empezamos a probar y nada. Tras varios intentos me desespero y acabo por pegar frustrada una patada a la

caja esperando que solo podré sacarlo de aquí usando a fuerza bruta.

—¿Que ha sido ese golpe? —Pregunta mi madre.

—Creo que solo se puede sacar usando la fuerza bruta —Le respondo sabiendo que me escucharán gracias al micro que llevo en las gafas.

—Evelyn no puede salir de aquí llevando nada sospechoso. Sigue intentándolo...

—Como quieras, pero puedo meterme el disco duro en la bata y no lo notarán.

—Eso como último recurso.

Frustrada me siento ante el pc y pruebo una contraseña más y entonces... ¡Saltan las alarmas! Aterrada me levanto. Sabiendo que es cuestión de tiempo que me pillen.

—¡Sal de ahí! ¡Por lo que más quieres ponte a salvo! —Grita mi madre angustiada.

Me levanto y voy hacia la puerta. Trato de forzarla pero está bloqueada para que nadie pueda salir ahora que se han activado las alarmas. Observo la ventana

y voy hacia ella y lo mismo. Estoy encerrada. Pienso que hacer busco una salida sintiendo como el ruido ensordecedor de las alarmas se adentra en mis oídos así

como los gritos aterrados de mis padres. Cuando creo que no tengo salida la ventana estalla en mil pedazos y me cubro aterrada esperando que me atrapen.

Ya me imagino en la cárcel, mis abuelos seguro que no tienen reparos en darme una lección, aunque solo sea por unos días con tal de demostrarme lo que soy

sin ellos. Y si esto sucede habría perdido mi última oportunidad de estar al lado de Derek antes de que se vaya.

Siento que alguien se acerca y alzo la mirada para enfrentarme a mi destino.

Me quedo impactada cuando lo que me encuentro no es la mirada de un hombre si no del águila. Sonrío feliz y la acaricio. Se agacha para que suba a su espalda

pero no lo hago.

—Hay que destituirlo todo o anularan la magia —deseo que me entienda—. Por favor.

Escuchamos como se acercan y en un segundo el águila me acoge entre sus alas protegiéndome y desintegra la sala. El fogonazo hace que cierre los ojos

mientras escucho como salta por los aires aniquilando así una fórmula que nunca debió de existir. Me abrazo a ella.

Todo pasa muy rápido y antes de que me dé cuenta ya estoy a su espalda saliendo de este amasijo de hierros y yeso. Mis padres gritan aterrados en mi oído

y les digo que estoy bien mientras guio al águila hacia ellos.

—¡Estoy bien! ¡Ponerlos a salvo! —Asienten asombrados al verme a los lomos de un águila gigante.

Mi salvador surca los cielos en dirección al reino mágico. No me puedo creer que lo hayamos logrado. Solo espero que mi abuelo no tenga copias, que nadie

pueda volver a hacer algo tan atroz y que la magia esté fuera de peligro. Acaricio al águila agradecida y me abrazo a ella dejando que al aire fresco de la noche me

acaricie. Sabiendo que si mi abuelo crea nuevas copias ella me ayudará a destruirlas. Me he buscado un aliado muy poderoso.

Queda poco para llegar al reino mágico y estoy tratando de disfrutar del viaje mientras pienso en lo que nos sucederá ahora. Cuando un silbido me pone alerta.

El águila cambia el rumbo lo justo para que una bola de energía no nos dé de lleno. Aterrada me agarro mejor a ella. Nuevos ataques casi me hacen caer. Y aunque el

águila crea un escudo que se une al mío que ha salido de manera espontánea, este no llega lo suficientemente pronto y una bola de energía le da de lleno en el pecho

haciendo que se precipite hacia el suelo.

Mientras caemos busco a nuestro atacante creyendo que es el pirata pero cuando lo hago y veo su cara iluminada por una nueva bola de energía me quedo

paralizada. Y no tengo dudas de que él ha sido quien me ha atacado esos días.

No puede ser él esto no es posible, pienso antes de que lance hacia nosotros un nuevo ataque rápido y demoledor. No me da tiempo a prepararme y al águila

herida tampoco. La bola da de lleno en el águila, haciendo que me suelte y yo caiga al vacío.

Derek

Mi ro hacia Ana y Adrián, una vez más Evelyn no ha aparecido. Hace más de una semana que dejó las clases y desde entonces no la he vuelto a ver. ¿Dónde

estará? Lo sabría si no hubiera hecho un conjuro para que el espejo no me la pueda mostrar. La echo de menos. Estaba terriblemente enfadado con ella y, para qué

engañarnos, me sentí herido, utilizado; nunca creí que ella me fuese a hacer daño.

Me mente traicionera se centró en las veces que me había utilizado Débora y no supe ver que Evelyn no era como ella. La odié por ello, por alejarme sin más

de su vida; porque la imaginé estando con Dani de la misma manera que estuvo conmigo y odié al destino que, aunque ni yo ni ella lo deseamos, acabará por

separarnos y ella será de otro.

Cuando la vi aparecer, la ignoré. ¿Qué podía hacer? Me hizo sentir un completo estúpido, pero al pasar los días y las noches en vela, me di cuenta de que

Evelyn había vuelto por mí. Ella de verdad creía que su abuelo se estaba muriendo, pero me dolió que no me diera la opción de superarlo juntos. Sé que tomó una

decisión y no debió de ser fácil decir lo que sentía y plantarle cara a su familia.

Me sentí alagado, pero no hice nada porque es mejor así a anticipar lo que de verdad va a pasar. Zanjar lo que nunca debió de haber existido. Sin embargo, no

puedo dejar de pensar en ella, de anhelar su sonrisa y sus increíbles ojos dorados, de recordar cada noche lo feliz que fui amándola. No puedo irme sin más.

¡Maldición, me muero por estar a su lado! Aunque dolerá la despedida, más dolerá si no la recuerdo cuando vuelva, sabiendo que no pude decirle que para mí ella

siempre será mi única reina.

—¡Derek, estás aquí! —Rita me tiende un vaso y lo cojo—. Esta noche después de la fiesta podríamos...

—Tengo cosas que hacer —Rita me mira y pone morros. Me caía bien, por eso me acerqué a ella y me empezó a caerme mal cuando me di cuenta de que a ella

le daba igual meterse en la cama con Adrián o conmigo.

—Seguro que no es tan importante —ambos sabemos a qué se refiere.

—Seguro que sí.

No es la primera vez que le paro los pies y me temo que, mientras esté aquí, no será la última. La culpa la tuvo Evelyn. Sentí tantos celos al imaginarla con el

lechoso que quise castigarla y que sintiera un poco de lo que yo había sentido mientras la imaginaba

casándose con él. Empiezo a marcharme y Rita protesta pero

la ignoro, dejo el vaso en una de las mesas y voy hacia Ana. Ya es hora de que deje de hacer el idiota y busque a Evelyn para recuperarla el tiempo que me quede

aquí. La necesito a mi lado. Y no quiero decirle adiós antes de tiempo.

—¿Dónde está?

—En casa, creo.

—¿Crees?

—Estaba muy rara y me da que tramaba algo, pero me ha dicho que se quedaría viendo la tele. Lo sospechoso es la ropa oscura que ha elegido para ello.

—Tal vez no sea nada —asiente pero siento que algo no va bien.

—¿Vas a hablar con ella? —Me dice ilusionada.

—Es posible.

—¡Suerte! —Me anima. Sí, tal vez la necesite.

Salgo hacia la casa de Ana y veo a Cristal mirar al cielo.

—¿Qué sucede?

—Algo malo va a suceder esta noche pero no sé dónde... No sé... —Se lleva las manos a la cabeza—. Veo sangre en la caverna mezclada con el agua

cristalina... Veo al águila caer.

El horror que reflejan sus facciones me hace reaccionar y no pierdo el tiempo. Voy a pasos agigantados hacia casa de Ana, toco a la puerta y no hay nadie. Un

grito desgarrador me hace detenerme y temer lo peor. Al volverme, veo caer al águila desplomada en medio de la plaza.

La primera de las predicciones de Cristal se ha cumplido.

Evelyn

Corro como puedo hacia el castillo, tengo que llegar a la caverna donde Cristal me indicó que fuera para protegerme. Por suerte no caí desde muy alto y puede

levantarme sintiéndome solo algo magullada. El águila, alzó el vuelo y luchó contra él, dándome así tiempo para alejarme. Aún escucho la escalofriante carcajada,

aún sus ojos me miran como si fuera su premio. Corro todo lo deprisa que puedo y entro a los jardines del castillo. Derek me comentó una vez que, cerca del lago,

hay una cueva en la montaña que lleva a la caverna. Dijo que era fácil de ver si se iba hacia la parte más alejada del castillo. Llego hasta ella y me encuentro la pared

abierta y oscura, si no supiera que lleva a la caverna, no entraría.

Tengo la sensación de que no puedo escapar de él sin mi magia. Entro por las frías paredes y ando por un pasillo oscuro hasta que la débil luz de la caverna

me guía. Al llegar no observo la belleza de siempre. Todo parece tenue. Apagado sin vida. No me gusta. Algo no va bien. Es como si este paraje natural cargado de

magia y de vida se hubiera apagado. Voy hacia la parte que lleva al castillo, pero no puedo pasar, él está allí, mirándome. Su cara tallada en la piedra.

—Te esperaba —escucho el eco de su voz a mi derecha y miro aterrada hacia ella. Allí, reflejado en el agua, está también su horrible cara. Comienzo a andar—.

No puedes huir, lo sabes —escucho su voz a mi izquierda y, al girarme, veo una horrorosa cara en una burbuja de agua. ¡Toda la caverna está rodeada de sus

réplicas! Veo como el agua sale de su remanso de paz y se alza mostrándome cientos de sus caras. Y como su macabra sonrisa hace que me recorran cientos de

escalofríos. Retrocedo pero no lo suficientemente rápido pues el agua cae sobre mí y el escudo de Derek ya no me protege he debido de usarlo por completo en el

otro ataque, siento que ahora mismo estoy expuesta más que nunca a este nuevo peligro. Grito al sentir el frío y caigo a suelo por el peso de esta. Cuando puedo

levantarme corro, escuchando mis pisadas rebotar contra el suelo de piedra, ahora mojado por la fría agua.

—¡Déjame en paz!

—¡No!

Trato de llegar a la salida, pero las aguas se remueven a mi espalda y cuando me giro una gran ola viene hacia mí. Me alcanza sin poder hacer nada para

remediarlo y me veo lanzada contra la dura pared. Caigo al suelo y trato de levantarme. Consigo hacerlo tras varios intentos y al fin lo consigo dispuesta a plantarle

cara.

—No pienso dejarme vencer.

—Eso lo veremos —alza la mano y me veo despedida hacia el lago. La fuerza del impacto hace que me hunda. Me falta el aire. Trato de recomponerme, de no

tragar agua. Meuevo las manos, desesperada, tratando de salir. Al llegar al fondo toco algo frío. Lo palpo y me siento llena de poder, de fuerza. ¿Qué es? Lo agarro y

cojo impulso para salir a la superficie. Cuando consigo emerger mi atacante alza una espada y sin pensarlo, alzo la mano que lleva lo que agarré del fondo, sabiendo

con una certeza que me desconcierta, que es una espada mágica. Cuando el frío acero choca con la espada de mi atacante, veo el desconcierto en sus ojos y

aprovecho para salir del agua. No me deja prepararme, cuando me vuelve a atacar. Trato de defenderme y no supone ningún problema porque mi espada me guía y

detiene todos los golpes.

—Maldita mocosa.

Alzo la mano con la espada y paro el golpe, pero no puedo detener el ataque de una bola de energía y salgo despedida hacia la pared. Trato de levantarme y, al

hacerlo, escucho un ruido. Me giro a tiempo para ver cómo el metal de su espada me atraviesa el lado izquierdo. Siento un agudo dolor que no puedo controlar el

grito que sale de mí, es como si algo se despertara en mi cuerpo y brillara con intensidad cagándonos por unos instantes antes de que todo se vuelva negro y, antes

de cerrar los ojos, el agua que hay ante mí se tiñe por el rojo de mi sangre.

Derek

Llego a donde está el águila y la gente del pueblo, que se ha congregado a su alrededor, me informan que no está muerta. La anciana mira hacia el castillo.

—La caverna... sangre.

—¿Ves a Evelyn?

—No, sé que es la suya.

No me quedo a escuchar más, corro seguido de casi todo el pueblo hacia la caverna. Cuando entro al castillo, me dirijo hacia los pasadizos y acabo de entrar en

ellos, cuando una luz de poder me tira hacia atrás. «Evelyn...» Ha sido su poder. Me tenso y corro hacia la caverna. Todo está oscuro.

—¿Evelyn? ¡Maldita sea, contesta!

Solamente se oye mi eco. Alzo la mano y creo una nube de tormenta, encerrada en un escudo. La luz azulada de los rayos ilumina el lugar y allí, tendida en el

suelo, cubierta de sangre, está Evelyn. Corro hacia ella, temiendo no haber llegado a tiempo. Sabía que me iría, que la perdería, pero pensé que ella seguiría viviendo.

«No, no puede estar muerta. Ella no.»

Hinco las rodillas en el suelo y le pongo la mano en el cuello, cuando escucho el leve latido de su corazón dudo si es el temblor de mis dedos lo que noto. La

vuelvo y descubro la herida en el costado. Y como Evelyn se queja por el dolor. Está viva, pero no sé por cuánto tiempo. La alzo en mis brazos y la acuno contra

mi pecho, tratando de traspasarle toda la fuerza que necesita para vivir.

—Voy a por el médico.

Asiento en respuesta a Adrián. Subo las escaleras con Evelyn en los brazos y, tras pasar a mi habitación, la deposito con cuidado en mi cama, pero no la

suelto. Es tan pequeña y frágil en mis brazos, parece tan débil... Las lágrimas me empañan la vista y aprieto la mandíbula para no derramarlas. No recuerdo haber

llorado nunca, ni siquiera cuando fui azotado, pero hoy me siento morir por dentro y no puedo evitar que mis ojos se empañen como reflejo de mi alma que llora

por dentro ante lo que a ella pueda pasarle.

—Déjeme verla.

Me vuelvo hacia el doctor y, a pesar de mi reticencia, me separo de Evelyn, pero le cojo la mano y le acaricio con los dedos la marca que se formó tras ponerle

el anillo. El círculo perfecto.

Los minutos han pasado demasiado despacio. La herida no ha sido muy profunda y el doctor ha dicho que no ha tocado ningún órgano importante. Tras

coserla, vendarla y hacerle una transfusión de sangre, se ha marchado. Ahora estoy mirándola en silencio. Su cara no está tan blanca como hace unas horas, pero

sigue estando muy quieta, demasiado para mi gusto.

Acaricio su mejilla que tantas veces se ha sonrojado ante mis palabras y que ahora está perlada por el sudor y tan pálida. Sus largas pestañas descansan sobre

sus mejillas sin mostrar ningún atisbo de vida. Me mata verla así. Cada minuto que pasa y ella no despierta, muere una parte de mí.

Evelyn es mi vida entera y si le sucediera algo ya nada sería lo mismo. No puedo concebir mi vida sabiendo que el caprichoso destino se la llevó demasiado

pronto.

Acaricio su mano para ver si mi contacto la hace despertar, lo hago sin dejar de mirar a los ojos ansiando que los abra y el dorado de su mirada eclipse de

nuevo mi mundo.

Tocan a la puerta y me separo de ella lo justo para dejar que la gente del pueblo pase a verla. Se quedan más tranquilos al comprobar que sigue con nosotros,

algunos apuntan que tiene mejor color, que pronto despertará y yo la veo igual y eso me aterra.

Los veo irse mientras me pregunto quién la habrá atacado. El águila ahora mismo está en las cuerdas del castillo, ya la ha curado el veterinario. Solo hay una

persona que haya podido ser: el pirata. Evelyn lo mató. Aunque, claro, de ser así, me habría ido. ¡Maldición!! ¡Tendría que haberme dado cuenta! ¡Tendría que

haberla cuidado más! Siento el peso de la culpa por haberla metido en esto. Porque estar a mi lado le haya ocasionado tantos problemas.

—Derek...

Escucho mi nombre susurrado y alzo la mirada temiendo que sea un sueño. Cuando descubro que Evelyn tiene los ojos entornados y me observa noto que el

aire regresa a mis pulmones y la emoción de este momento hace que me cueste hablar.

—Me tenías preocupado —le acaricio la mejilla, una mejilla que poco a poco se va llenando de vida—. Voy a llamar al médico.

—No... no me dejes sola —alza la mano y se la cojo, me siento en la cama cerca de ella—. Tengo miedo —sus ojos dorados se cierran por el sueño y su

confesión se me clava en el alma. No puedo dejar que le pase nada.

—Estoy a tu lado —le aparto un rizo de la mejilla y miro cómo duerme pero ahora con más color en su bello rostro—. Juro que no dejaré que nadie te haga

daño, mi reina, antes tendrán que matarme.

Ahora algo más calmado reparo en su ropa oscura. Ana me dijo que llevaba muchos días metida en algo, que se la veía muy distraída. Me levanto y miro la

espada que llevaba en la mano cuando fue atacada. ¿De dónde la ha sacado? Es tan parecida a... Casi lo tengo, pero no doy con la respuesta, pero sé que la he visto

en otro lugar. Empiezo a moverla y al hacerlo veo que está grabada. Hay un gran círculo y a los lados dos semicírculos. Me miro la muñeca. Dos mitades, como las

que Evelyn y yo teníamos en las muñecas antes de ponernos los anillos... Entonces lo recuerdo. El brujo trató de matarme con una espada parecida a esta. ¿De

dónde ha salido? ¿Por qué es igual a aquella? Brilla con una intensidad única, como si estuviera viva. Acaricio la herida que me hizo la otra espada, « *Tal vez a*

Evelyn le cicatrizará mejor la herida con mi pócima».

Cuando vuelvo, la destapo y abro la venda que le puso el doctor. El corte es grande, parece mentira que no tocara ningún órgano importante. Ha estado muy

cerca de morir. Se me hace un nudo en el estómago. No podría soportarlo.

—Está frío —la miro y sonrío al ver cómo pone morros sin abrir los ojos—. Duele... —al fin los abre del todo—. Pensé que estabas enfadado conmigo. Que

me odiabas.

—Si te odiara, no estaría aquí —termino de aplicarle la crema y le vendo la herida.

Evelyn se recuesta un poco y la ayudo. Al mirar a los ojos aparece en sus mejillas su sonrojo, ese que tanto me gustó provocar. Nos quedamos mirándonos a

los ojos, queriendo decir tanto y callando por cabezones. Me aparto, no encontrando las palabras para decirle lo que siento sabiendo que la que lo resume todo es

un te quiero.

—En el fondo no eres tan malo como quieres hacer creer a la gente, los dos los sabemos y puedo estar aquí por lástima. Me hirieron en tu castillo.

—Estás aquí porque es donde quiero que estés —le digo en lugar de las palabras que se mueren por salir de mis labios. Evelyn emite una débil sonrisa.

Se mueve y una vez más su ropa negra me trae preguntas que necesito saber para descubrir a que nos enfrentamos.

—¿A dónde has ido esta noche?

—A un sitio... —se pasa la mano por la cara y me mira con los ojos somnolientos—. Pero a ti te da igual, te irás y quieres que siga con mi vida y tú con la

tuya...

—Me cuesta juntar la palabra vida y sin ti en la misma frase —reconozco—. Lo siento —Evelyn sonríe y esta vez con intensidad.

—Temí haberte pedido antes de tiempo... me mataba saberte tan cerca y tan lejos. Y no encontraba las palabras para expresarte cuanto lo sentía.

—Eso no importa, no vamos a recuperar este tiempo. Solo podemos aprovechar el que nos queda —entrelaza sus dedos con los míos y cierro los ojos ante el

placer de sentirlos de nuevo—. No sabes lo preocupado que estaba. Lo impotente que me sentí. ¿Cómo has acabado así?

—Mis abuelos, ellos me arrebataron los poderes —me dice, mirándome con seriedad.

—Eso es imposible. Los poderes no pueden eliminarse, siempre será parte de uno —me quedo atónito con lo que escucho.

—Pues parece que no es así. Aunque en la caverna sentí una vez más la magia recorrerme antes de que esta saliera expulsada de mi cuerpo para protegerme.

Tal vez tengas razón y exista una posibilidad de que solo los hayan paralizado. Ya no sé qué creer —recuerdo la luz blanca que vi antes de entrar en la caverna—.

Solo sé que llevo dos semanas sin poder utilizarlos. Tenía que destruir la fórmula, no podía dejar que arrebataran a más gente su don. Temía que hacerlo por toda

esta gente...

—Un momento. ¿Esta noche has ido tu sola a eliminar eso? —Asiente—. ¿Y sin poderes? —Asiente de nuevo—. ¿Y si te hubieran atacado? De hecho lo han

hecho —trato de no perder la calma—. ¡Maldita sea, Evelyn! ¿Es que no pensaste en eso?

—Tenía que hacerlo y no estaba sola, estaban mis padres los he recuperado —mantiene las facciones serias.

—¿Por qué sin mí?

—Porque tu dejaste bien claro lo poco importante que era para ti tras tus palabras y tras tocarla a ella —baja la mirada y se la levanto.

—Dejar que me tocara poseído por la rabia y los celos es una de las cosas más duras que he hecho en mi vida y de las que más me arrepiento, solo quería que

sentieras parte de lo que yo sentí al imaginarte con él en su cama una vez fueras su esposa. Para mí eras la mía mientras yo estuviera aquí y me rechazaste...

—Derek...

—Te comprendí. Tarde, pero lo hice —acaricio su mejilla y sus labios—. No sé si lo que me perdían eran los celos de saber que serías de él o saber que

cuando me vaya y sigas tu vida yo nunca seré tuyo y estaba siendo testigo de cómo sería tu vida sin mí.

Una lágrima resbala por la mejilla de Evelyn y se la atrapo.

—Tú me has ayudado a ser más valiente, no podría haber hecho lo de esa noche sin creer en mí...

—Eso no me deja nada tranquilo—Emite una pequeña risa, poco a poco está mejor. Siento que tiene más fuerza y está menos somnolienta—. ¿Te atacaron

ellos?

—No —me cuenta lo sucedido y como ha conseguido hablar con sus padres. Conforme avanza el relato mi respiración se agita más, cuando me cuenta de

cómo calló del lomo del águila cuando esta estaba herida. Y siento que me oculta algo, como si temiera al decirlo mi reacción.

—¡Maldita sea, Evelyn! ¡Te podría haber matado! ¿Se puede saber quién demonios te ha herido? ¿Jafet? De pronto, mira con horror detrás de mí.

—Pensé... que había sido un sueño —dice aterrada señalando hacia la puerta—. ¡¡Cuidado!! —Evelyn se lanza sobre mí con una rapidez pasmosa

empujándome y caemos los dos al suelo. Cuando me repongo del golpe, descubro que Evelyn ha evitado que impactara contra nosotros una bola de energía.

Levanto la cara y, entonces, veo a la persona de quien juré vengarme por asesinar a mi padre, el brujo consejero de mi tío, Gaspar.

—Volvemos a encontrarnos, alteza —masculla la última palabra volcando todo el veneno que puede en ella. Y empiezo a comprender a quien debo a

enfrentarme para poder regresar a mi tiempo.

Gaspar

Los dos jóvenes me miran atemorizados. Sonrió y me carcajeo con fuerza. Esta noche conseguiré mi objetivo. Es una lástima que Evelyn se moviera cuando la

tenía bajo mi espada. Si la hubiera matado... Pero mi momento está a punto de llegar, uno de ellos esta noche morirá bajo el filo de su propia espada, o los dos. Y

yo podré conseguir lo que tanto ansío.

Llevo toda la vida buscando a dos personas unidas por el círculo perfecto. Nunca sospeché que ese mocoso, que una noche iba a matar nada más nacer por

mandato de su tío, fuera uno de ellos. Sin embargo, el destino estaba de mi lado y su muerte no fue más que un burdo plan para despistarnos. Tendré que darle las

gracias a mi querida y estúpida hermana por salvarlo de nosotros.

Cuando Derek atacó a Jafet, el oscuro, supe que esa fuerza y poder sobre la tormenta no podían ser de nadie más que del heredero al reino del águila. Han sido

siempre cualidades presentes en la familia real; es casi imposible que cualquiera posea tanta magia y mucho menos, poder sobre los cielos reservados para los

primogénitos.

Quise matarlo, se me había escapado una vez y no lo haría dos veces, pero entonces vi en su muñeca la marca, y supe reconocerla al instante. Y a mi deseo de

hallar a alguien con ella desde hace tanto años. ¡Tantos estudios por parte de mis antepasados por fin a mí me servían para algo! Uno de ellos casi lo consiguió lo

que yo pienso lograr esta noche. Gracias a saber los errores que él cometió supe esperar el momento oportuno y me mantuve alejado de Derek mientras buscaba la

espada mágica con la que debía arrebatarse la vida. Hablé con el rey y le hice prometer que lo mataría y el reino seguiría siendo suyo, pero que necesitaba tiempo.

Me lo debía por todo lo que había hecho por él, porque sin mí no tendría el reino, cualquiera podía atacarlo. Además, si no accedía les contaría a todos como había

matado a su hermano, y que a la reina le lanzamos un ataque, que hizo que se precipitara por el acantilado.

Cuando hallé la espada, no esperé para acabar con su vida. Por desgracia, la espada solo le hirió frustrando mi ataque, pero concediéndome la oportunidad de

poder esperarlo de nuevo, evitando que envejezca desde el instante que su sangre manchó la hoja de mi espada, cuando lo herí. Llevo toda la vida esperando,

deseando que salga de su encierro para acabar lo que empecé. Los habría atacado antes pero nunca supe que Evelyn era su mitad perfecta hasta que bajaron del

barco con las muñecas al aire y las marchas completas. Además, esa dichosa águila no paraba de vigilarla y ambos tenían un escudo que los protegía, tenía que herir

a esa maldita águila para que dejara de hacerlo y poder atacarlos.

Aún no ha caído ninguno de los dos, pero esta noche sesgare sus vidas y acabaré con los dos. ¿Por qué debería dejar a alguno con vida? ¡Llevo demasiado

tiempo esperando! Esta noche Derek caerá y, con él, Evelyn, me da igual que lleve mi sangre. Hoy la única sangre que me importa es la que derramará por la espada

y me dará lo que tanto ansió y solo conseguí a medias.

Evelyn

Me antepasado, el brujo, nos mira con superioridad y aparece una clara maldad en su rostro mientras se carcajea, como si vernos en este estado de estupor le

hiciera gracia. Derek lo mira incrédulo. Cuando desperté me costó recordar cómo había llegado a la cama tras entrar en la cueva. Y cuando empecé a recordarlo

esperé que solo se tratara de un sueño. Incluso llegué a pensar que era una de las ilusiones que crea Rona. Todo era mejor que tener a mi antepasado delante.

Temía decirle algo a Derek y que se fuera a buscarlo y clamara justicia, pues en el fondo sé la verdad, esto no es una ilusión. Siento su poder en cada poro de

mi piel y su maldad también. Me giro para observar a Derek y veo la determinación pintada en su rostro. Va a vengar la muerte de su padre.

Se levanta y me deja a un lado. Yo lo sigo, pero su mano no me deja avanzar protegiéndome tras él.

—Gaspar, esto es entre tú y yo. Acabemos lo que empezó hace quinientos años.

—Me parece bien —este asiente con una sonrisa que hace incrementar el odio que siento hacia él.

—Lo que no entiendo es que vil truco has usado para estar aquí —se carcajea y mueve ante nosotros una espada. La mira como si fuera su bien máspreciado.

—Lástima que no lo vayas a saber nunca. Pues esta noche cabaré tu tumba —sin más dilación alza la mano y lanza una bola de energía contra nosotros. Derek

me tira a la cama, que ya está destrozada, por el anterior ataque y crea un escudo protector que detiene el ataque. Tras esto coge su espada, que siempre tiene cerca

y va hacia Gaspar que lo espera sediento de sangre Gaspar lanza un nuevo ataque a Derek y este lo detiene al chocar contra el acero de su espada. Veo como la

magia del Gaspar sale despedida por el cuarto que está quedando reducido a escombros. Un nuevo ataque del brujo que Derek esquivo con facilidad y va a parar a

la cristalera haciendo que esta estalle en mil pedazos. Me cubro para evitar que los cristales me golpeen. Por suerte no llegaron a donde estoy. El brujo no pierde el

tiempo, arremete con su espada contra Derek y noto como su meta es ir a matar, a herirlo de muerte. Veo horrorizada cómo se desarrolla la lucha y las sonrisas de

superioridad de Gaspar. Derek detiene todos los ataques demostrando su destreza en la lucha, maneja la espada con facilidad y soltura; puedo ver al pirata que

lleva dentro, ese que tanto admiró Jafet. Sea cual sea el desenlace de la pelea, sé que perderé a Derek para siempre, porque el conjuro que lo tiene atado le hará

volver. Tiene que ganar. No soportaría verlo morir ante mis ojos.

Una bola de poder se estrella contra la pared y las puertas que dan al balcón se abren de par en par dejando entrar la tormenta que ha empezado a caer fuera,

desatada por el poder de Derek. Me fijo en como con cada embestida de Derek con su espesada un rayo surca el cielo. Como si estuviera a la espera de que los

hiciera llamar. Es asombroso ver como la tormenta y Derek están conectado hasta ese punto en una sinfonía perfecta, mostrando un poder letal que hace que mi

bello se erice por la cantidad de poder que hay en ese cuarto por parte de los dos.

Un rayo entra por la ventana y no impacta contra el bujo por muy poco, pero sí que lo obliga a dar un paso hacia la puerta. El brujo se resiste a salir del

cuarto y me mira un instante dejando claro que me quiere cerca, tal vez porque sabe que Derek estás más centrado en mí que en la lucha. Un nuevo rayo se estrella

cerca del brujo y este tiene que irse hacia la puerta para evitar que le atravesase entero. Uno más entra por la ventana y Gaspar sale del cuarto. Cuando lo hace veo

que Derek le da una patada en el pecho al tiempo que el rayo atraviesa a Derek y lo carga de fuerza.

Nunca pensé que pudiera hacer algo así. Es asombroso. Sé que Derek me quiere lejos pero no puedo quedarme quieta esperando a saber el desenlace. Lo siento

Derek, pienso mientras salgo del amasijo de madera y espuma para ir hacia la puerta. Estoy a punto de llegar cuando Gaspar aparece por esta y me mira de manera

sinistra.

—¡Sorpresa!

No me da tiempo a decir nada, ni a asimilar por qué está aquí él y donde está Derek, porque salgo despedida hacia la cómoda con una fuerza sobre humana.

Caigo sobre la herida, que hasta ahora no me dolía, gracias al ungüento y no puedo evitar gritar. «No puede ser que Derek esté muerto. No puede ser. Tiene que

haber otra explicación», pienso, y el brujo me mira como si acabara de ganar la batalla alzando su espada para acabar conmigo.

Derek

Los rayos entran por las ventas haciendo que estas estallen en cientos de pedazos y que la lluvia torrencial entre desatada por ellas. El aire mueve mi pelo

mientras lanzo uno tras otro hacia Gaspar. Quemando las escaleras. Gaspar los esquivo uno a uno. Es más duro de lo que pensaba. Y por su sonrisa sé que está

disfrutando viendo como mi poder no es suficiente para reducirlo a cenizas. Ahora solo pienso en alejarlo de ella y sacarlo al jardín, donde seré más fuerte rodeado

de la tormenta. Sé que al matarlo, volveré, pero también sé que solamente así podré vengarme. Nunca mataría al brujo, si con su muerte condeno a Evelyn. Ella es

más importante para mí que la venganza, pero ahora las cosas han cambiado y por fin puedo llevarla a cabo.

El brujo cae hacia atrás en las escaleras y, aprovechando su tropiezo, salto y lo golpeo en el pecho. Cuando creo que caerá bajo mi peso, caigo sobre el suelo

de mármol, haciendo que las botas resuenen por el castillo. « ¿Dónde está? » Alzo la vista para buscarlo pero, el grito de una de las sirvientas, me obliga a darme la

vuelta, con la espada en alto y así detengo el ataque. Cae sobre mí, así que aprovecho para cogerlo por la túnica y lanzarlo con fuerza por la ventana. Cuando llego

fuera, noto una gran magia correr por mis venas la tormenta me da su fuerza, los rayos entran en mí si lo deseo cargándome con su fuerza. Mi venganza está cerca.

Pienso cuando siento la fuerza de uno recorrerme entero y hacerme sentir más fuerte que nunca.

— *Derek* —dice Evelyn, con dolor, en mi mente—. *¿Estás vivo? Por favor, dime que sí.*

— *Evelyn, ¿qué pasa?* —El brujo me mira sonriente y lanzo un rayo, que esquivo, y viene hacia mí, corriendo con la espada, para atacarme.

— *Gracias a Dios que al fin parece que he perdido o que sea que nadie pudiera entrar en mi mente* —grita. Me aterro—. *Derek, el brujo me está atacando* —

dice Evelyn llevada por el pánico.

— *Eso es imposible. Yo estoy luchando con él. Es imposible.*

—Vaya, veo que tu chica te ha contado lo que le estoy haciendo. Sí, es cierto. ¿No sabías que puedo duplicarme? Llevo quinientos años practicando, joven, y

esta noche conseguiré mi objetivo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —Me mira sonriente pero no dice nada—. ¿Qué consigues con mi muerte? —Nada. Sonríe para que no note mi desconcierto—. Pues te

anuncio pedazo de escoria que no vas a conseguir eso que llevas tanto tiempo esperando.

Lanzo un rayo contra él y este le atraviesa una pierna. Su grito de dolor resuena entre la lluvia. No pierdo el tiempo y voy hacia él con mi espada en alto.

Detiene mi ataque y me lanza una bola de poder que me roza el costado. Lucho contra él con mi espalda. El acero de mi espada al chocar con la suya hace que

cientos de chispas reluzcan en entre esta torrencial lluvia. Trato de comunicarme con Evelyn, preocupado por ella y eso hace que en un descuido Gaspar me lance

varios metros y acabe cayendo en un charco de agua. Me levanto al tiempo que escucho el ruido que provocan algunos cristales al romperse. Al mirar hacia mi

derecha, veo con horror a Evelyn, que para un ataque del otro brujo.

— *Debéis ser uno* —La voz clara de la anciana resuena en mi mente, la busco entre las sombras y la veo no muy lejos, y recuerdo que eso ya me lo advirtió

hace unas semanas: «*dos almas deberán ser una*»—. *Si matáis solo a uno, no morirá; debéis matarlos a los dos a la vez. Únete a ella. Podéis hacerlo. No puede*

usar ni la misma defensa ni el mismo ataque a la vez. Formáis un círculo perfecto, solamente vosotros podéis hacer algo así.

— *Que así sea.*

Miro a Evelyn mientras le lanzo un rayo al brujo. Está deteniendo un ataque con la espada que sacó del lago. De pronto me doy cuenta de que la espada con la

que lucha el brujo es la misma con la que trató de matarme hace ya tantos años y es igual a la que sujeta Evelyn. No creo que esto sea casualidad.

— *Evelyn, debemos ser uno, debes meterte en mi mente y atacar, sintiendo lo que yo siento. Tenemos que ser un alma, y luchar igual.*

— *Yo no sé luchar con la espada. A duras penas me estoy defendiendo de sus ataques, porque presiento que no quiere matarme. Solo distraerte.*

Tiene razón, si Gaspar hubiera querido Evelyn ya estaría muerta.

— *Confía en mí.*

— *Lo haré.*

Abro mi mente del todo y Evelyn hace lo mismo. Nuestras mentes se convierten en una. Alzo la mano para lanzar un ataque y Evelyn hace lo mismo. El brujo

detiene el mío pero el de Evelyn le cuesta más, y la espada le daña parte del costado. Lentamente conseguimos que ambos brujos retrocedan. El doble del brujo da

un paso hacia atrás y volvemos a atacar, haciendo que los dos brujos estén casi tocándose. «*Matémoslo como uno solo*», y nada más pensarlo, hago estrellar dos

rayos en el suelo, justo delante de cada mago. Estos retroceden hasta chocar espalda contra espalda, brujo

contra ilusión.

Atravieso con la espada el corazón del brujo, traspasando la luz del rayo que solo era una ilusión, y, cuando veo que la espada de Evelyn le ha atravesado en

el lado derecho, me quedo tranquilo al saber que ella pudo leer mis intenciones. El brujo grita de dolor y se lleva la mano al pecho y el doble desaparece, para unirse

a él. Cae de rodillas ante mí, con las dos espadas clavadas y lentamente se disuelve el peso que acarreaba la muerte de mi padre. Lo veo observarme una última vez

y su sonrisa macabra me hiele la sangre como si el supiera algo que yo ignoro.

Cojo la espada que tiene el su corazón y la retuerzo haciendo que su sonrisa desaparezca de su cara. Cae hacia delante y siento que todo ha acabado. Que el

peso que cargaba sobre mis hombros es más liviano. Busco a Evelyn y la veo cerca de mí. Tiro de ella y la abrazo con fuerza sintiendo que mis minutos en su siglo

están contados.

—¡Estaba tan preocupado por ti, Evelyn! —M e abraza con fuerza y le noto temblar entre mis brazos. Alza la mirada asustada y algo ve en mí que hace que

su cara muestre un gran pesar.

—Derek... —sus ojos dorados se ven inundados por las lágrimas—. Estás desapareciendo —se aferra a mí con fuerza y yo a ella—. Necesito más tiempo, no

puedo perderte... No puedes irte ya.

—Entonces, debemos aprovechar el último beso... —estoy desesperado por aprovechar los últimos minutos que me quedan a su lado. Deseando que lo que

siento por ella se grave a fuego en mi alma y nada consiga hacerme olvidarla. Cojo su cara entre mis manos y atrapo sus labios con pasión en los míos. M e

embriago con el sabor y la dulzura de la única mujer a la que amaré la recuerde o no—. No quiero irme sin saber si te recordaré, pero tiré el frasco —Seco las

lágrimas de sus ojos—. No quiero olvidar ni uno solo de los segundos que he vivido a tu lado. Quiero que pese a todo, esté donde esté me quede tu recuerdo.

—Yo tampoco quiero olvidarte...

—No hace falta —escuchamos la voz de la anciana y alzo la mano para atrapar lo que me ha lanzado—. Bebed los dos del frasco y os recordareis el uno al

otro en el momento en que el destino cambió para vosotros. Y ojalá sea en el momento indicado o todo esto no habrá servido para nada.

Asiento y Evelyn también. M e veo la mano borrosa, al quitar el tapón del frasco y recuerdo el anillo. La miro a los ojos y doy gracias al cielo por haberla

conocido, por saber lo que es sentirse amado por tu mitad perfecta, por esa persona que te completa. Me duele horrores saber que nunca más veré sus ojos

dorados mirarme, que nunca más probaré el dulce sabor de sus labios, que no sentiré su cálida mano acariciarme con dulzura, haciéndome olvidar todo el dolor. La

amaré toda la vida y la añoraré cada día que pase. Ahora sé que aunque siga con vida, sin ella no podré sentirme vivo. Nunca creí en el amor y ahora sé que viviré

muriéndome por dentro. Ojalá esto no fuera un adiós y tuviera otra oportunidad para poder verme reflejado en sus intensos ojos una vez más.

Evelyn

—Vamos —Miro el frasco y lo bebo de un trago—. No quiero olvidar que te amé un día, en otro tiempo, en otro presente. No quiero olvidarlo cuando todo

cambia.

—Te amo, Evelyn, y siempre serás la única.

Bebo del frasco y, acto seguido, me abraza y me alza para besarme y compartir de esta forma el hechizo. El calor de la pócima abrasa mis labios pero, poco a

poco, el sabor de los besos de Derek lo eclipsa. Lo aferro con fuerza. « *No puede irse. No puede...* » y entonces recuerdo el deseo que pedí en mi cumpleaños:

encontrar mi camino, y al acordarme, un gran dolor me asola. Ahora que he hallado mi destino, se va para no volver nunca más. Llora, mis lágrimas saladas se

mezclan en nuestro beso y las gotas de lluvia que no han dejado de caer en todo momento. Busco acariciarle el cuello, pero no hay nada. Mis labios se tornan fríos

haciendo que mi corazón se congele. El ruido del frasco al romperse contra el suelo me hace abrir los ojos y ver lo evidente. Derek se ha ido para siempre.

« *No, no puede haberse ido, no puede...* » A pesar de haberlo sabido siempre, el dolor que siento es tan intenso que me hace gritar con todas mis fuerzas.

Alguien me aferra. « *No, no puede haberse ido, no...* » Me derrumbo al entender que nunca más sus ojos me mirarán. No puedo. Lo amo demasiado como para

perderlo. Un día temí soñar y ahora que he conseguido hacerlo, me da miedo no ser capaz de poder levantarme de nuevo. Aunque no cambiaría por nada del mundo

lo que he vivido con Derek.

—Algo va mal —« *¡Yo estoy mal!* »—. Si él ha vuelto, tú no deberías estar aquí. El pasado debería haber cambiado con eso todo el futuro.

—Él ha vuelto.

—Sí pero, ¿cuándo? ¿Antes o después del ataque? Si ha vuelto antes del ataque, este se repetirá una vez y otra, y otra, y otra, y estará condenado a repetir la

misma escena siempre. Y a vivir todos siempre lo mismo impidiendo que el futuro cambie.

—¿Condenado? ¿Cómo lo sabes?

—El presente no ha cambiado. Si él se fue a su tiempo, y fue rey, tú no deberías poseer el castillo. Algo va mal, pequeña, algo va muy mal.

—¿Y qué solución hay?

—Matar al brujo antes de que llegue a Derek.

—Pero...

—Es tu vida o la suya.

Evelyn

— ¿Es posible viajar al pasado?

— Tal vez tú sí, pero irás y volverás. Es complicado, Evelyn, y ya sabes que...

— Debo hacerlo. Derek debe vivir, pero de matar al brujo, ¿Cambiará todo y Derek nunca vendrá aquí? Todo esto es un lío...

— Para que tú vayas allí, este presente debe existir. Es tu destino. Si vas a irte, debes hacerlo cuanto antes y llegar al brujo antes de que trate de matar a Derek.

— Dime, ¿qué debo hacer? Aún sigo sin comprender como puedo viajar en el tiempo y por qué de poder viajar no lo hemos hecho antes.

— Porque antes no teníamos una de las poderosas águilas en la cuadra. Solo ellas pueden hacerte retroceder en el tiempo —asiento aunque no lo comprendo

del todo.

— Primero cambiate de ropa. Ponte alguno de los vestidos de la época de Derek que mandó hacer para ti y guarda en su armario —no lo sabía, la anciana

sonríe—. Derek quería que todo saliera perfecto y no dejo de marear a la modista hasta que confeccionaron uno que era digno de su reina. Ve a por ellos mientras

yo voy a ver el estado del águila —asiento y empiezo a alejarme—. ¿Estás segura de esto? Puede que dejes de existir —la anciana está triste, pero yo ya he tomado

una decisión.

— Puedo dejar de existir, pero también puede que no. Hay una posibilidad de que no sea así y de todos modos no habrá futuro para nadie si no lo hago. No

tengo otra salida.

Asiente con tristeza y se marcha hacia donde está el águila. Entro al castillo que tiene claros signos de haber sobrevivido a una lucha, los trabajadores tratan de

recomponerlo pero les llevara su tiempo. Me preguntan si estoy bien y asiento mientras voy hacia la habitación de Derek. Al entrar el destrozo que hay en él no es

suficiente para que no recuerde los momentos pasé a su lado. Estoy a un tris de derrumbarme pero no puedo permitírmelo si quiero llegar a tiempo para evitar que

todo se repita de nuevo. Y mucho menos hay tiempo de pensar en mi herida y como me tiran los puntos. Por suerte lo que me puso Derek me está curando más

rápido de lo normal, de no ser así, dudo que ahora pudiera estar con esta energía tras lo sucedido.

Voy hacia el armario y veo varios vestidos de fiesta que descarto. Los acaricio y mando llamar a una

trabajadora para que me ayude y tras mirarme sin

comprender nada lo hace con rapidez. Me ayuda con el pelo húmedo y justas tratamos de hacer un elegante moño como los de antaño.

—Debería descansar.

—Estoy bien, puede irse —se marcha y miro la habitación una vez más. Mis ojos van hacia los padres de Derek. Tanto sufrimiento producido por la codicia.

Es injusto.

Sin perder tiempo bajo hacia el granero.

Estoy saliendo del castillo, cuando una enredadera me sube por la pierna y me hace tropezar. Cuando me enderezo y me giro y me quedo de piedra al ver

quien está a pocos pasos de mí y al lado de quien.

—¿Pensabas que un internado iba a retenerme?—miro a Rona que viene hacia mí. Dani me observa sonriente —. Tengo mis contactos y muy buenos. Y por lo

que parece llagamos justo a tiempo. Derek es historia —se ríe por su gracia.

—No tengo tiempo para vuestras tonterías —trato de irme pero una enredadera me coge por la cintura y me lanza contra la pared.

—Oh, sí lo tienes, ahora que Derek no está para protegerte y tú no tienes tus poderes, ya me ha puesto al día y ahora puedo hacer contigo lo que quiera. Y no

hay nada que desee más que vengarme de ti.

—¿Y se puede saber que te he hecho? Nunca te hice nada para ganarme tu enemistad.

—Bueno tal vez sea cierto, pero cuando a una le pagan desde niña para hacerte la vida imposible y amargar tu existencia para que te sintieras sola y

desdichada, pues ya llega a meterse en el papel. Tantos años confabulando para que nadie te hablara que ahora no sé detenerlo y en verdad es que tampoco quiero

—Rona mira a Dani este sonrío. Ahora sé a quién le pagaban mis abuelos para que yo me sintiera sola y pensara que solo los tenía a ellos—. Veo que lo vas

entendiendo. Ellos querían que te sintieras tan desdichada que pensaras que no tenías a nadie salvo a ellos. Y todo es por tu culpa. Por esa capacidad tuya de hacer

amigos. Tenían que aniquilarla y sobre todo que en tu tristeza culparas a tu don y nunca tuvieras ganas de usarlo pues por culpa suya habías acabado tan sola. Era

por tu bien —se ríe y trato una vez más de huir pero otra vez me lanza contra la pared—. Y una vez más me han pagado para luchar contra ti. Como castigo por lo

que has hecho con sus instalaciones.

—¿De verdad piensas que no volveremos a crear una nueva fórmula? —dice Dani sonriente—. Eres más tonta de lo que creía. Solo has ganado tiempo. Pero es

cuestión de meses que la recuperemos.

—No si el futuro cambia y te juro que pienso hacer lo imposible por lograrlo. Existirá uno mejor, uno donde la magia no sea una condena.

—¿Y eso como lo piensas hacer?—Rona sube una enredadera por mi cuerpo, que me oprime hasta dejarme sin respiración, trato de usar mis poderes sin éxito

—. No tienes poderes. No tienes nada o bueno sí. Me han dicho que a cambio de dejarte con vida aceptes casarte con Dani. Ya ves, este estúpido sigue queriendo

que te cases con él. Es tonto el pobre. Piensa que así toda la herencia de tus abuelos pasará a él cuando tú por algún desafortunado accidente mueras —miro a los

ojos a Rona, veo tanto odio y tanta rabia que me paralizan.

—¿Por qué me odias tanto?

—Porque aunque tú nunca lo aprecies tienes unos abuelos que te quieren. Y yo no tengo nada. Para mi padre no soy más que el recuerdo de la mujer que lo

abandonó. No sabes cuánto te odiaba cuando, pese a lo que te hacía sonreías, o cuando tu abuela te venía a buscar. Cuando tu familia te cuidaba. Yo nunca he

tenido nada. Y estoy harta de que personas como tú se queden con todo —Veo tal dolor en su mirada que sé que ahora mismo actúa ciega por la rabia, por ese

padre que nunca ha sabido verla como hija. Está centrando toda su rabia en mí como si yo fuera la causante de su dolor.

—Rona, yo no tengo la culpa... —en ese momento las enredaderas se cargan de pinchos que me apunta. Y por la mirada de Rona sé que ahora mismo no está

en su cabales y que un paso en falso puede matarme.

—Te odio. No sabes cuánto.

—Evelyn, si te casas conmigo.... —miro a Dani con rabia por su tranquilidad a la hora de ofrecerme un trato a cambio de mi vida y algo arde dentro de mí.

—Nunca —les digo con rabia y noto la fuerza recorrerme al tiempo que las espinas se acerca a mi cara—. Nunca más seré el títere de otros —y dicho esto la

rabia que siento sale de mi expulsada en forma de una bola de energía que destroza las enredaderas de Rona y las hace desaparecer.

Me miro las manos impresionada por haber recuperado mi poder y los miro decidida a usarlo contra ellos. Dan un paso hacia delante y creo una cárcel de

enredaderas que los retiene.

Corro hacia donde me espera la anciana sintiendo lástima por Rona, porque su deseo de ser amada le hacía ver cariño en lo que hacía mi abuela, en vez de ver

que solo la movía el egoísmo. Solo espero que el futuro también cambie para ella. Pese a todo no le deseo ningún mal.

Estoy a punto de entrar a la cuadra cuando alguien me llama. Al girarme veo a mis padres venir hacia mí con los brazos en alto para darme un abrazo.

—Estás bien —dice mi padre—. No hemos podido llegar a antes, nos ha costado mucho despistarlos.

—Papás —los miro al tiempo que la puerta del granero se abre y aparece Cristal—. Tengo que hacer algo. Algo que puede hacernos desaparecer —miro a mi

padre a los ojos y les cuento lo que ha pasado—. No tengo mucho tiempo antes de viajar y cambiar el futuro. El problema es que al hacerlo...

—Podemos desaparecer —asiento. Miro a Cristal—. ¿Existe una posibilidad de que el futuro cambie y estemos juntos?

—Sí, dependiendo si Gaspar tuvo a su hija antes o después de esa noche. Todo depende de eso....

—Entonces ve a por esa posibilidad. De todos modos de no hacerlo estamos condenados a perderte una y otra vez —Asiento

—Os quiero, siento no haberlo dicho antes.

—Recemos para que haya un futuro mejor dónde puedas decirlo todos los días —dice mi madre abrazándome con fuerza. La tierra cruje bajo nuestros pies y

al alzar la mirada al cielo veo que se está tornando de un color grisáceo.

—No hay tiempo. El presente va a detenerse en este punto y va a repetirse todo otra vez. Debes irte antes de que quedemos atrapados en un bucle. Él águila

está preparada. Solo estarás allí un tiempo. Debes aprovecharlo. Y matar al brujo antes de que hiera a Derek. El águila usará sus poderes y unirá a los dos del

círculo perfecto. Esto le dará la fuerza necesaria para que vuestra unión tire de ti y te lleve al lugar donde se encuentra Derek, al momento del baile. Esperemos que

salga bien —la anciana tiene una daga y me coge la muñeca donde está mi círculo perfecto. Escuchamos otro temblor y no lo dilata más. Me perfora la piel y la

sangre sale del centro de mi círculo. Pone mi mano sobre la cabeza del águila—. Ahora dale todo tu poder Evelyn. Mete en su mente y deja que su poder se una al

tuyo. Evelyn, usa tu don de la verdad para guiarte y llegar a Gaspar —doy gracias porque Derek tuviera razón y mi poder siga latiendo en mí—. Conecta tu mente

con la suya. Con tu sangre te será fácil llegar a él.

Miro a mis padres una última vez y veo que mi madre no deja de llorar. Aprieto los ojos para no hacer lo mismo y me centro en la mirada del águila. Sus ojos

dorados se difuminan con los míos cuando siento que entrelaza nuestros poderes para que la unión del círculo perfecto, que corre por mis venas y que ahora cae

por su cuerpo, me haga viajar en el tiempo al momento indicado.

—Suerte, pequeña, nunca te olvidaré.

Asiento con más aplomo del que tengo y me dejo llevar rezando para llegar a tiempo pues un nuevo temblor sacude nuestros pies, aviso de que todo va a

repetirse de nuevo. Noto un intenso dolor y como si mil agujas me perforan la piel. Me centro en Derek y rezo por poder salvarle y a todos nosotros de este

amargo destino.

Evelyn

Abro los ojos y aparece ante mí la cuadra del castillo. Están llenas de caballos, y en mi época no había ninguno. Me levanto y compruebo que el vestido no se

ha descosido ni agujereado y aparezco una joven del siglo XVI. Lo arreglo un poco y voy, lo más rápido que puedo, hacia el castillo. Me siento algo mareada por el

viaje pero trato de ignorar el malestar, esperando que este vaya desapareciendo a cada paso que doy. Mi tiempo es limitado.

Todo está igual que en mi época, salvo por la cantidad de luz que sale por los ventanales del castillo. Recuerdo que Derek me dijo que estaba a punto de elegir

esposa y me invade una punzada de celos, que debo reprimir y centrarme en la suerte que he tenido de viajar justo a este momento, espero que no sea demasiado

tarde.

Voy hacia el baile para buscar a Gaspar deseando en mi búsqueda encontrarme con Derek. Solo quiero verlo una última vez antes de decirle adiós para

siempre. Las cabezas se vuelven a mi paso en el gran salón y busco entre todos ellos a mi enemigo. Cierro los ojos un momento e intento usar el poder de la verdad

para conectarme con la mente del brujo y así poder saber sus movimientos.

Siento una sensación muy molesta en mi mente, como si alguien trata de impedirme que use mis poderes y sé que se trata de él, sigo perforando su mente y lo

consigo. Por ahora está en la cocina robando comida de la despensa mientras espera el momento oportuno para acabar con Derek. Se me revuelven las tripas cada

vez que pienso que un ser así es antepasado mío.

Observo la sala a la que acabo de entrar y la aglomeración de gente, sobre todo la de chicas jóvenes. «¿Quién será la futura esposa de Derek?» Busco a alguien

parecido a Rita. Sabiendo que me dolerá verla y que, si todo sale bien, la convertirá en su esposa. Irrumpen mis pensamientos las voces de unas jóvenes y me fijo

en que una de ellas se parece a Rita. Siento el ramalazo de los celos cuando la veo abrir la boca para hablar y demostrar que no hay nada bajo esa cara bonita:

—La verdad es que es muy atractivo el príncipe, pero, aunque no lo fuera, me sería indiferente con tal de llegar a ser reina.

—Pues siento decirte que esta noche la elegida para ser su reina seré yo. Suerte que bajo esta grandeza se esconde una cara bonita.

—Derek es algo más que una cara bonita y unas arcas llenas de dinero. Él vale más que todo el dinero del

palacio junto y no se merece una esposa que solo lo

valore por su riqueza y su título —les reprocho, sintiendo repugnancia hacia ellas.

—¿Y tú quién eres? —Me miran de arriba a abajo

—Evelyn.

—¡Qué desfachatez usar el nombre de pila!

—Al menos, yo no soy hipócrita y ojalá no os elija a ninguna de las dos —miro a la que sé que será la elegida y siento un agudo dolor en el pecho—. No lo

merecéis.

Se alejan, pero en mí queda el dolor de los celos y la rabia porque esa vaya a ser la esposa de Derek. No puedo soportar saber que será la madre de sus hijos,

su compañera. Duele, duele mucho. No debí haber entrado.

—Nunca creí que podría escuchar a nadie defender así a mi hijo —me vuelvo y descubro a una mujer de grandes ojos marrones—. Soy la madre... Bueno, la

mujer que crio a Derek —la cara anciana de la mujer muestra, en las claras arrugas, la preocupación que debió de vivir cuando perdió a Derek tan pequeño. Esta

noche, si no llego a tiempo, puede que pierda a su marido y a su hijo, no puedo permitirlo.

—Encantada de conocerla —digo mientras hago una reverencia.

—Veo que conocéis a Derek.

—No, aún no.

—Pues lo defendíais como si así fuera —me doy cuenta de que me he delatado por tonta y trato de remediarlo.

—No me gusta que se valore a las personas por el dinero que poseen. Es superficial y muy poco razonable.

—Sí. Me gustaría presentártelo. Sígueme joven, no anda lejos —al escuchar eso mi corazón de un vuelvo al saber que Derek está a solo unos pasos.

—No puedo, tengo mucha prisa.

—Tonterías —me pone la mano en la cintura y me empuja hacia uno de los balcones—. Él merece conocer a alguien así, alguien diferente a estas niñas sosas.

Trato de zafarme sin éxito, hasta que nos detenemos. Alzo la vista y allí, de espaldas, está Derek. El corazón se me detiene por unos instantes, pero enseguida

empieza a latir con fuerza. Reprimo las ganas que tengo de ir hasta él, abrazarlo y rogarle que busque conmigo una solución para que podamos estar juntos. No

puedo perderlo otra vez. Me repito por qué estoy aquí y eso me da la fuerza suficiente para observarlo sin decir nada. Lo hago por él.

Lleva el pelo más largo y con coleta, como cuando lo conocí. Su madre lo llama y veo ante mí una versión más joven de Derek, increíblemente atractiva. Tenga

la edad que tenga, es mío. Se me llenan los ojos de lágrimas e intento reprimirlas. Él no me recuerda, aún no, puedo leerlo en sus ojos cuando me mira con total

indiferencia. Como cuando me vio la primera vez. Esos ojos tan bellos que creí que no volverían a reflejarse en los míos. Es tan difícil tenerlo cerca y hacerme pasar

por una extraña, no por la mujer a la que ha amado con tanta intensidad. ¡Qué amarga despedida será esta indiferencia!

—Esta joven quería conocerte.

—Yo...

—Encantado —Me hace una perfecta reverencia—. ¿Cuál es vuestro nombre? —La madre de Derek le hace un gesto y se va, dejándonos solos.

—Eve... Evelyn —recordando que cuando se presentó hace unos pocos meses, me dijo que le llamara Derek sin más. Han pasado muchas cosas desde

entonces.

—Vaya, Evelyn sin apellido —sonríe como solo él sabe hacerlo y un sinfín de sentimientos laten con fuerza en mi interior. Me cuesta retener mis ganas de

abrazarlo—. Por lo que parece, habéis venido a conocerme, ¿os atrae la idea de ser reina? —pregunta con sarcasmo, como si estuviera cansado de toda esta farsa.

—No, no he venido a ser vuestra reina —mi reacción le pilló por sorpresa, pero enseguida me sonríe con picardía.

—Interesante. Debéis de ser la única en esta fiesta que piensa así.

—Seguramente así sea —no solo por lo de ser su reina, también porque soy la única que lo sería para poder estar a su lado y no por el título.

—Entonces, ¿no me encontráis atractivo? —Alza una ceja y sonrío.

—Eres un presumido, Derek —se sorprende ante mi atrevimiento y yo me llevo la mano a la boca, se me había olvidado que estamos en otra época—. Quiero

decir, alteza.

—Me gusta más cómo suena «Derek» en tus labios —lo escucho más cerca de lo que querría y su mano aparta la mía de mis labios. Alzo los ojos y me lo

encuentro mirándome con curiosidad. Tentada, alzo la mano y acaricio su mejilla. Veo que Derek no se sobresalta ante mi contacto y esto lo desconcierta. Al

menos eso no ha cambiado. Aparto la mano, debo irme—. ¿Me acompañarías al salón? —No espera respuesta, coloca mi mano sobre su brazo. Las miradas

curiosas de nuestro alrededor nos observan sin perder detalle y, mientras nos abrimos un camino hacia el interior, la gente cuchichea a nuestro paso. Debería irme,

pero no puedo. Aún no. estoy robando instante a la realidad—. Me resulta extraño hallar a una joven que no me muestra sus múltiples cualidades para que sea su

esposo. Me intrigáis, Evelyn sin apellido —frunzo el ceño y sonrío aún más. Y una vez más baja su mirada a donde nuestros cuerpos se tocan, sé el desconcierto

que eso le causa, lo veo con claridad en sus ojos como si algo no le cuadrara—. Hay algo... —admite al detenerse cerca de una zona ajena a las curiosas miradas

ocultos de todos—, que me resulta familiar. Como si os conociera.

Me da un vuelco al darme cuenta de que su mente empieza a recordarme. Y sé que de hacerlo no acabará con el brujo, ni me dejaría hacerlo a mí y

acabará por pasar lo mismo otra vez. El quedará atrapado y el futuro no seguirá su curso.

—Tal vez me hayáis visto alguna vez — *«Tal vez, en otro tiempo, me has amado»*—. Debería irme —empiezo a alejarme pero una mano, por la cintura, me

detiene.

—Quedaos.

—Solo os sentís intrigado por mí porque no trato de convencerlos para que me elijáis —su mano morena me recuerda el porqué de su tristeza en esta época.

Tal vez se pase toda la vida odiándose por algo que no hizo—. Sé que fuiste pirata —digo en un leve susurro. Su mano se tensa y me vuelve hacia él, sus ojos

verdeazulados me miran con furia y la tormenta que se empieza a formar sobre el castillo, confirmando mis sospechas.

—Y es por eso por lo que no queréis ser mi reina, ¿no?

—Sería tu reina, si pudiera —bajo mi mano a las suyas y le acaricio deleitándome con el placer de su acariciar su piel—. Te aseguro que nada me gustaría más

que serlo —me mira desconcertado y sus ojos van perdiendo la furia que antes reflejaban—. Pero a veces el querer y el poder no van de la mano —le aprieto la

mano y le acaricio la cara. Cuando noto la calidez de su piel me siento tan pérdida por la caricia, que no sé si tendré suficiente fuerza para irme sin mirar atrás—.

No tuviste la culpa de defenderte, de luchar para vivir, ni haber sido engañado por Jafet. No eres como él y nunca lo serás —se tensa y se separa.

—¿Quién te lo ha contado todo esto? ¿Eres una vidente?

—Por extraño que te lo parezca, fuiste tú —se vuelve hacia mí sin comprender nada y, en ese momento, me llegan a la mente pensamientos del brujo: va a

entrar a los pasadizos para acabar con Derek y está decidido a hacerlo donde sea. Aunque tenga que usar sus poderes para matarlo en esta sala llena de gente. Su

determinado me hace separarme de Derek e ir hacia los pasadizos a buscar a mi antepasado—. Debo irme.

—No puedes decir algo así e irte sin más —lo miro una vez más a la luz de las velas y noto que su mirada hacia mí no es tan fría, como si estuviera recordando

—. ¿No vas a esperar a saber si te escojo como reina? ¿No quieres saber si hay un futuro para nosotros? —dice con una medio sonrisa.

—Créeme, no lo hay —su sonrisa se pierde y comienzo a irme pero, tras dar un paso, me vuelvo y corro hacia él. Es una locura. Debería irme, pero no puedo,

necesito sentir una vez más el sabor de sus labios. Me alzo hacia él y, como si Derek supiera que deseo un beso, me pone las manos en la cintura y me alza hacia

él. Noto sus labios contra los míos y lo beso con pasión, notando cómo su reticencia, poco a poco, desaparece y me devuelve el beso con fervor. Me abrazo a él y

acaricio los mechones sueltos. No puedo detener el beso, no cuando sé que es el último, pero el conocimiento de que el brujo se acerca me hace detenerme—. Esta

vez he sido yo la que se ha lanzado a tus brazos —digo recordando la primera vez que nos vimos—. Adiós, Derek.

Corro sin mirar atrás, aun cuando el viento me trae su voz, que me llama. No puedo seguir aquí por más tiempo, duele demasiado tenerlo tan cerca y no poder

quedarme a su lado para siempre.

Derek

La muchacha de los ojos dorados se aleja corriendo y desaparece de mi vista. ¿Quién es esa joven? ¿Por qué siento como si se hubiera ido con ella una parte de

mí? Aún noto el calor dulce de sus labios en los míos. Tal vez ya haya encontrado a mi reina, aunque lo que ha dicho me ha dejado descolocado. ¿Cómo sabe tanto

de mí? ¿Y por qué tocarla no me trae amargos recuerdos? Hasta ahora nadie ha conseguido hacerlo sin que mi pasado me golpeará con fuerza.

Me adentro en el baile, el calor de la sala y las jóvenes que vienen hacia mí, me obligan a refugiarme en mi habitación, buscando algo de paz y tranquilidad.

Antes de subir, me giro y busco entre los invitados a la enigmática muchacha, pero no la veo por ninguna parte.

No me fio de las mujeres pero si he de elegir a alguien sí o sí, con esa extraña joven no siento una total indiferencia. Subo los escalones que llevan a mi alcoba

y, tras entrar, me desprendo de la chaqueta y el pañuelo. Cuando solo visto la camisa blanca, me dirijo hacia la balaustrada y en lo primero que pienso al mirar la

noche es en ella en que siento que la conozco. «¡Maldita sea!! ¿Por qué no puedo recordar de qué?»

Llevo días viendo mujeres, algunas realmente hermosas y ninguna me ha llegado tanto como ella. No es solamente porque me intrigue, es algo más, algo que me

hace anhelar volver a verla. ¡Todo esto es ridículo! Hace unas horas no tenía claro a quién elegiría, me daba igual una que otra, solo había una que decantaba un poco

por encima, pero por elegir a una. Para mí esto no es más que una obligación, algo para lo que aún no estoy preparado, pero que afrontaré.

Me deber es casarme y lo haré. Cuando Evelyn me besó, sentí nacer algo dentro de mí. No podía dejarla marchar. Me siento un estúpido anhelando sus besos.

¿Debería elegirla a ella o desconfiar de esta extraña atracción creada tras solo un segundo? Por raro que parezca, no puedo sentir nada amenazante en su persona.

Todo esto es muy desconcertante.

—¡Ah, estás aquí! —Miro sobre el hombro a mi padre, que sale al balcón pulcramente vestido. Me tío los ha mandado llamar para darles las gracias por

haberme cuidado—. Esta noche es muy especial —guardo silencio mientras se sitúa a mi lado.

—Sí, es la noche en que escojo a cuál de todas estas mujeres, que solo quieren de mí el reino y me condeno. Sí. Muy especial — «¿por qué ella no quería ser

mi reina?» No puedo dejar de pensar en sus ojos dorados y en la forma que me besó como si se le fuera la

vida en ese beso. Y en esto que siento dentro que desde

que la he visto, he sabido que la quiero elegir a ella como mi reina. Es como si el resto de posibles candidatas hubieran desaparecido desde que nuestras miradas se

han encontrado

—Sería bonito que tuvieras más tiempo para encontrar a tu alma gemela.

—No se ofenda, padre —rió amargamente—. Pero no creo en esas historias. No creo en el amor y menos ahora —miro molesto el cielo. *«¿Por qué siento que*

miento tras decir estas palabras?» y una vez más veo a Evelyn. Esto no tiene sentido.

—Es una lástima —saca algo de su bolsillo. Al abrir la mano, muestra dos anillos de plata—. Tu madre y yo queríamos que los tuvieras. Son nuestros anillos

de boda.

—Gracias —los cojo porque veo en sus ojos cuán importantes son para él. No tienen abolladuras por el paso del tiempo, son círculos perfectos. Es como si

no hubieran pasado los años por ellos—. Son perfectos.

—No, pero casi. Tu madre es perfecta para mí, estos anillos simbolizan nuestro círculo. Y estaban hechos con una plata mágica.

—Debe de ser genial encontrar a alguien que te completa.

—Lo es, aunque ella no sea mi círculo perfecto.

Mi padre toma los anillos y los pone a la luz de la luna. Aparentemente, parecen perfectos, pero si me fijo bien, ambos tienen una pequeña ondulación hacia

dentro en uno de sus lados.

—Existen muy pocos anillos perfectos, solo unas pocas parejas tienen el don. Estas parejas son inmortales para que sus almas puedan hallarse en esta vida,

por eso se creó la puerta, una puerta que solo podrá abrir tu círculo perfecto... —la voz de mi padre se pierde, es como si mi mente tratara de recordar algo. La

imagen de una extraña puerta—. Es una historia que muy pocos conocen. De saberse, todo el mundo buscaría la espada que se forma tras el nacimiento de alguien

que va a ser inmortal. Por ahora solo se han conocido dos casos de círculos perfectos... —una imagen difuminada de una espada se muestra en mi mente —. Al ver

tu marca, supe que debía investigar —mi padre alza la mano y toca el semicírculo que tengo en la muñeca. La miro, pero no es la mía, es otra, difuminada, y la

marca se completa. *«¿Qué me está pasando?»* Mi padre parece no notar mi estupor—. Una bruja muy sabia y prudente me contó esta historia, ella sabía por sus

antepasadas que llevan velando historias del reino del águila desde hace siglos. Me dijo que yo sería el encargado de relatártela. Y que esto te podría costar la vida,

así que nadie más podía saberlo, y que me lo contaba solo porque el destino así lo había querido.

—¿Quieres decir que soy inmortal? —pregunto, al repasar sus primeras palabras.

—Sí, al menos hasta que tu sangre sea derramada por una de las espadas que se crearon el día en que el primero de las dos mitades nació. Las espadas nacen a

la vez en un sitio que será importante para ambos, pero una de las dos es diáfana y no tan sólida como la otra. Se hace sólida cuando nace la persona destinada a ti.

Al ser inmortal solo puedes morir bajo la hoja de esa espada.

—¿Y dónde está? —Llega a mi mente el recuerdo de una espada atravesándome el costado y me llevo la mano a este alzando mi camisa para ver la sangre. No

hay nada, pero me duele como si me acaran de herir.

—¿Qué pasa?

—Nada, no pasa nada... —miento, mirándome el costado—. ¿Y por qué yo soy inmortal?

—Aún no lo eres, ahora mismo eres tan mortal como cualquier otro. Para serlo, debes tener la misma edad que tu antepasado cuando se convirtió en el

primero de la historia. Fue un joven rey que, tras la muerte de su amada, mandó llamar a los mejores brujos para pedirles que le hicieran inmortal, y así esperarla,

porque tenía la certeza de que volvería a nacer.

»Lo que no sabían era que uno anhelaba ese don para sí mismo y, cuando lanzó el conjuro, también creo el modo de revocarlo y que este saliera a su favor. Si

alguien mata a una de las dos mitades con la espada la inmortalidad pasará a ser para él. Si, por el contrario, solo lo hiere, hallará una vida más larga, pero será

mortal y cualquier enfermedad o ataque puede matarlo —aparece la imagen del brujo, atravesado por dos espadas brillantes, que cae de rodillas ante mí, y otra vez

veo a la joven borrosa—. Cuando el resto de brujos se enteraron de lo que había hecho, acabaron con su vida antes de que pudiera llevar a cabo su macabro plan de

acabar con el rey —en mi mente veo a una muchacha, herida, en el suelo de una caverna cubierta de sangre y sostiene una espada—. Con lo que nadie contó, fue

con que, al chocar el hechizo contra el rey, este salió despedido hacia el pueblo y creó la inmortalidad de todos los que nacieran y estuvieran destinados a encontrar

a su círculo perfecto.

»Aunque esta parte no está muy clara. Dice que hay muchas partes de la historia que no están despejados. Lo

que sí sé es que tu envejecerás hasta al alcanzar

la edad que tenía el rey en ese momento, veintitrés años —otra imagen aparece en mi mente, es más nítida pero no puedo ver con claridad a la joven que yace en

mis brazos y que me mira con tanto amor. Recuerdo el momento en que la hago mía y me siento parte de ella cómo no me he sentido nunca de nada, ni de nadie—.

El rey creó una puerta que solamente podría ser abierta por su amada al cumplir los dieciocho años; la edad a la que falleció. Una puerta que lo retendría en un

plano paralelo a este, en el cual el tiempo, transcurría de un modo distinto. Está... —todos los recuerdos vuelven de golpe y de pronto la veo con claridad. Sé quién

es. Me llevo la mano a la cabeza. Me da igual cómo continúe esa historia, solo importa que ya sé por qué Evelyn me era tan sumamente familiar. Ahora sé por qué

anhelo sus besos.

—En el sótano —¡Ha venido del futuro! ¿Por qué está aquí? Algo debe de haber salido mal, no habrá venido a... — ¡Maldición! —Gaspar debe de estar tras la

puerta. Busco en la pared los pasadizos, él entró por ellos, por eso pudo entrar a mi habitación. Debo llegar antes de que sea demasiado tarde, antes de que lo mate

y se condene a sí misma. Debo salvarla y explicarle que estaré, esperándola pase el tiempo que pase. Que lo recuerdo todo y podemos atrapar al brujo sin

necesidad de matarlo.

Corro por los pasadizos, como alma que lleva al diablo hacia la caverna donde sé que ella tratará de usar su poder, para ser más fuerte, contra el brujo. Cuando

por fin puedo verla, solo llego a tiempo para mirar la escena con horror.

Evelyn acaba de clavar la espada en el corazón del brujo que está atado por cientos de enredaderas facilitándole la tarea. Sus ojos dorados lloran; sabe que se

ha condenado para salvarme. Le grito, pero no me escucha. Corro hacia ella, al ver que su imagen es cada vez menos nítida. Alza su mano hacia mí y se la lleva al

corazón y dice *Te Quiero* mientras corro a su lado y la veo desaparecer ante mis ojos. Mi mirada no se separa de la suya. Estoy a punto de llegar a ella cuando sus

ojos desaparecen dedicándome una última sonrisa. Esa por lo que yo sé que sería capaz de matar. ¡No!. No puede haberse ido para siempre....

Grito por el dolor de haberla perdido, por no haber podido decirle que había un futuro para nosotros, que la esperaría el tiempo que hiciera falta y siento en

mi cara el calor de las amargas lágrimas. Cojo la espada con la que el brujo quiso acabar con mi vida y miro el frío metal. Un ruido me distrae y al alzar la vista,

contemplo, por la claraboya de la caverna, al águila volar.

—La inmortalidad es muy larga sin tu compañera, ¿verdad, amigo? —Digo con la voz rota y deseo más que nunca que pueda vengarse de ese codicioso rey

que lo ha condenado a una vida de soledad—. ¿Qué debo hacer para ser mortal? —le suplico a mi padre, que no se ha separado de mí y aunque agradezco que esté

vivo ahora mismo, no siento nada salvo un dolor sordo en el pecho que no me deja respirar. Prefiero no vivir, a vivir una vida sin su amor. Estoy aturdido,

intentando recordar, que no sé si ya me lo dijo o no... Cojo la espada que está en el suelo junto al mago y siento la conexión que tengo con ella. Escucho su

respuesta mientras observo mi reflejo. *«Sí. Es lo mejor. Es lo mejor. Es hora de vivir para lo que nací, para ser rey. Es hora de aceptar mi destino, pero no puedo*

aceptar la inmortalidad, no sin ella. Solamente soy un hombre que llora por haber perdido a la persona amada.» Alzo la vista y miro al águila—. Seré un buen

rey, pero no puedo ser un rey inmortal. Te compadezco, amigo, compadezco tu eterno sufrimiento por su pérdida. Yo... Yo simplemente no puedo.

Con ese pensamiento, alzo la espada para acabar con mi inmortalidad.

En la actualidad, Octubre 2008.

Derek

Hace más de quinientos años que contemplo la misma imagen, cómo mi reino se tiñe de negro al entrar la noche, desde el balcón, viendo como el tiempo

transcurre a mí alrededor y la vida sigue.

Nunca he podido deslizar la mano por la espada y hacer que mi sangre corra por su afilada hoja, porque aún no he perdido la esperanza de que ella viva. Mi

padre fue quien me enseñó que la marca aún estaba sin cerrar, que solo era un medio círculo a la espera de ella y me dio fe para creer que, tal vez, ella volvería en

otra época, que podría reencarnarse. Sin embargo, llevo mucho tiempo ya observando cómo la vida pasa a mí alrededor y ella no llega. La veo donde no está, la

escucho donde nadie ha hablado y la anhele constantemente, temiendo que no vuelva, esperándola para nada.

No he cesado de buscarla por varias ciudades, el problema es que cuando yo me quedé como rey tras la muerte de Gaspar, el futuro de Evelyn cambió, pues

de nacer ya no estaba destinada a heredar este castillo. Y por desgracia tampoco sé sus apellidos actuales ya que el de Gaspar se perdió hace mucho tiempo y

nunca supe de su descendencia. Por más que busqué nadie esperaba un niño suyo. Lo que me hacía pensar que al matarlo Evelyn, eliminó la posibilidad de que

descendiera de él y de renacer lo hará de otro modo y no siendo descendencia de Gaspar.

Pese a eso, no he hallado nada que me lleve a ella. Nunca pensé que este fuese mi destino y no memoricé nada que me diera pistas para hallarla. De haberlas,

ya las habría encontrado.

Poco después de perder a Evelyn, mi tío, acorralado entre la espada y la pared, o más bien, entre mi espada y la pared, confesó. Sonríó al recordar su cara de

miedo. Pagó por las muertes de mis padres.

Las cosas han cambiado en estos quinientos años. Me volqué para que la gente sin poderes nos conociera y no nos temiera. Conllevó muchos sacrificios y

discusiones, pero al final la gente nos aceptó y ahora se puede usar la magia fuera del reino mágico. ¡Incluso hay colegios de magia por todo el mundo! Aunque

siempre habrá quien nos tema. Ser rey, al final, no fue tan complicado. He tratado de ser bueno y creo que, en parte, mi inmortalidad les ha aportado seguridad.

Nadie sabe que soy así por los círculos perfectos. Siempre alegué que era un prodigio y al final la gente lo aceptó sin más; pero solo lo saben los habitantes del

reino, y ellos guardarán mi secreto.

Al buscar a la anciana que le confió el secreto a mi padre, me hizo jurar que no diría nada y que seguiría guardando el secreto de por qué era inmortal si quería

preservar mi vida. No quise discutirse, pero ignoro por qué es tan importante seguir transmitiendo la historia de madres a hijas, hace unos años descubrí que esa

mujer era la antepasada de Cristal.

Busqué a Petra. Ella no recordaba nada de lo que había sucedido, el único que sabía que me había ayudado era yo. Le di las gracias por salvarme la vida siendo

un niño y me costó muchos años agradecerle que me metiera tras la puerta, pues en el fondo la culpaba por haberme atado a este mundo que no es el mío si Evelyn

no está. Pero al final lo hice tras años de estar a su lado y de que me guiara con sus enseñanzas, una tarde la perdoné y vi en sus ojos que parte del dolor que sentía

por saberse la causante de mi pesa se disipó. Solo me abrazó y me dijo que la vida era muy larga, la mía más, y que se negaba a creer que nuestra historia iba a tener

ese final. Fue como una segunda madre para mí junto a la que me crió, perderlos y decirles adiós como a tanta gente estos años ha sido muy duro. La inmortalidad

es una mochila muy pesada cuando quieres a alguien y la pérdida de las personas cercanas se va sumando a tu espalda. Esto me ha hecho replantearme el seguir

esperándola. Pero no puedo dejar de hacerlo si existe una posibilidad de recuperarla.

—M e voy a casa —me giro y observo a Adrián.

Conozco a Adrián desde que nació y hace años que somos amigos. La amistad que ya tuvimos un día regresó.

—¿Ya te has cansado de gorronearme la consola?

—Sí, siempre me matan.

—¿No has quedado con Ana? —le pregunto.

—No... Tal vez sea hora de que me olvide de ella.

—Yo te digo que no.

—Su indiferencia no me hace creer en tu historia. Es imposible que en otro presente ella se me declarara y estuviéramos juntos. Llevo toda la vida esperándola

y créeme no sirve para nada.

—¡Qué me vas a decir! —digo con una carcajada

—Sí... Supongo que si tú llevas esperándola quinientos años, yo puedo esperar un poco más —sonríó y asiento—. M e voy a ver si está despierta *mi*

pelirroja. ¿Crees que si le doy celos esta vez aceleraré las cosas?

—Tú verás —Adrián sabe mi historia, se la conté hace tiempo.

Se va y me apoyo en la barandilla del balcón. Recuerdo el presente que viví con Evelyn. De no haber cambiado el futuro y ella hubiera nacido igual que la

anterior vez, hace unas horas que me habría abierto la puerta tras cumplir los dieciocho años. Eso ha hecho que hoy no pueda dejar de pensar en ella, de recordar

cuando la vi hablando sola que me pareció tan divertida y no pude evitar besarla para callarla.

Sonríó al recordar como la picaba y como me demostraba que bajo esa apariencia tan comedida había una mujer guerrera. La extraño. La añoro mucho y no hay

noche que no sienta como el dolor de mi pecho se extiende tras su partida. Duele mucho una vida sin ella.

Escucho un ruido que proviene de la pared de mi habitación. Alguien está abriendo los pasadizos. ¡Qué diablos...! Ando sigiloso hacia el intruso y cuando

entra en mi habitación, vestido de negro, lo agarro y le pongo contra la pared cogiendo sus manos a su espalda. Empieza a forcejear. Tiene fuerza pero detengo sus

golpes.

—Pero, se puede saber qué...

Lo giro hacia mí y por los bruscos movimientos, el gorro cae al suelo, dejando al descubierto una larga melena castaña. Me detengo y la joven también. El

corazón me late con fuerza. Sus ojos miran al suelo, los míos su pelo como hipnotizado. No se mueve. No me muevo. Quizá por miedo a mirarla y darme cuenta,

una vez más, que estoy viéndola en otro rostro que no es el suyo. Ya que según he averiguado, aunque Evelyn renazca con otra familia su rostro sería el mismo,

por lo que de encontrarla, sería tal como la recuerdo.

Trago saliva con fuerza, tomo aire. Hasta su perfume es como lo era el suyo y trato de disipar el nudo que se me ha formado en la garganta. Suelto una mano,

esa mano que no me ha producido el asco que siento ante otras caricias, otra señal más. Pongo la mano bajo su barbilla y se la alzo temiendo y anhelando lo que me

haya a encontrar. Sabiendo que si no fuera ella sería devastador tener que enfrentarme una vez más a la desilusión. La siento temblar bajo mis dedos y cuando

levanta la cara, me mira con los ojos llenos de lágrimas. Unos increíblemente ojos dorados y me siento morir de felicidad.

Sus ojos se entrelazan con los míos habiéndome recordar todos los matices que por el paso del tiempo olvidé. Sintiendo que por fin puedo decir que estoy

vivo. Alzo su mano para que no haya ninguna duda y veo en su muñeca la marca incompleta del círculo. Es ella.

—Eres como él... Tienes su voz... Te pareces tanto a tu antepasado... —baja la mirada. ¿Cree que soy un descendiente mío? Sonríe. *«Claro, ella no sabe que*

soy inmortal. ¡No me creo que la tenga entre mis brazos!» La acerco a mí. Deseando besarla como si no existiera un mañana y esa era mi intención hasta que me

detiene poniendo su dedo en mis labios—. Oh, eres igual de pervertido que él... no me toques, no tienes ningún derecho —me desafía y casi me río por su osadía.

Sus ojos se entrelazan con los míos y me mira desafiante—. Pensé... —le acaricio la mejilla y me mira con dolor—. Yo solo quiero saber qué fue de él —se mueve

pero no se aparta, sintiendo esta atracción que nos une lo puedo ver en su ojos.

—Que vivió esperando a su amada —respondo con sinceridad.

Se sorprende. Quiero besarla. Quiero abrazarla. Es Evelyn. La tengo en mis brazos y en vez de decírselo, la estoy picando. Sonríe. No puedo evitarlo. No sé

cómo no puede darse cuenta de que soy yo, si desde que la he encontrado no he dejado de rebosar de felicidad. No puedo creer que de verdad esto esté sucediendo.

Acaricio su mejilla y me aparta desafiante.

— ¿He dicho algo gracioso?

—Eres muy graciosa, muchacha —me mira intensamente. Su corazón late rápido. Intuyo que su parte subconsciente ya me ha descubierto ya que noto como

su pecho sube y baja preso de su respiración acelerada y como sus mejillas se han sonrojado por mi contacto. Su cuerpo responde a mi contacto como hace años,

pero su parte cabal le hace pensar que es imposible que esté aquí.

—M uchacha... —trata de apartarse de mí y no la dejo, así que se gira y me observa con unos ojos dorados tan cargados de dolor que me conmueve. Y decido

detener esto.

—No puedo seguir aquí... Eres como él... M e duele mirarte...

—Te equivocas en algo. No soy como él —agrandas los ojos y entonces me presta más atención. Alza la mano hacia mi cara y me acaricia. Cuánto la he

añorado—. Soy él.

Sus dedos acarician mis mejillas y baja la caricia por mis brazos hasta coger mi muñeca y hacer el mismo gesto que yo hice. Solo que ella no sabe lo importante

que es esa marca. La ve sin cerrar como cuando nos conocimos. Sonríe y llora a la vez. M e mira con los ojos

cargados de lágrimas de felicidad aceptando que

estamos juntos. Lleva su mano a mi corazón. Ese que late como un loco desde que la he visto. Ese que al fin se siente vivo.

—Derek... ¡Eres tú! Pero, ¿cómo...?

—Ya habrá momento para respuestas, Evelyn. Ahora me muero por besarte —la abrazo. Bajo mi boca hambrienta de sus labios y la beso con toda la pasión

contenida. Siento su sabor, su calor, el perfecto contorno de sus labios contra los míos. Me parece increíble tenerla entre mis brazos, poder besarla y acariciarla

como llevo soñando cada noche. Ahora es mía, mía para siempre. Me veo invadido por la felicidad que he añorado tanto durante estos quinientos años. *Mía. Mi*

reina—. No me puedo creer que estés aquí —digo, separándome de ella y apoyando mi frente en la suya.

—Yo tampoco que tú estés aquí. Hace solo unas horas lo recordé todo, cuando en otro futuro abrí la puerta y no tardé en coger mi moto y venir —alza sus

manos a mi cuello y me abraza con fuerza. Doy una vuelta con ella así y se ríe—. Estás aquí... Estás aquí. Pero, ¿te vas a ir? —me pregunta con dolor.

—Nunca —Recuerdo el último día que la vi—. ¿Y cómo es posible que estés aquí? Creí que al matar al brujo... Temí haberte perdido para siempre. Solo me

quedaba la esperanza de que te reencarnaras.

—Tras recordarlo todo, usé el poder de la verdad para que se desencadenara el otro futuro y explicara por qué yo creía que descendía de ese ser tan vil y pude

verlo.

»Descubrí que yo no descendo del brujo, sino de la hermana melliza del bebé que te salvó la vida cuando naciste, por así decirlo, de Petra, la mujer que te

ayudó —asiento feliz de ello—. Tras matar a su hermana y no tener descendencia, buscó a su sobrina y le enseñó las artes oscuras. Tenía dieciséis años y le

prometió cosas a las que no se pudo negar, se vio inducida al lado oscuro. Todos creyeron que era su hija. Cuando el brujo fue desterrado al exilio, esta se quedó

con el castillo, y así, sucesivamente, los hijos de sus hijos... hasta mí —sonríe y le acaricio la mejilla—. Estás aquí... Pero, ¿por qué? ¿Cómo es posible?

Sonríe y, ante su cara de asombro, le cuento la historia del círculo perfecto y me mira sonriente.

—¿Soy inmortal?

—Sí. A menos que queramos formar una familia y dejar de serlo. Únicamente podemos tener hijos si somos mortales. Aunque creo que deberíamos esperar un

poco para dejar de ser inmortales, casi hasta tus diecinueve años.

—Es pronto.

—Sí, llevo mucho tiempo esperando.

—¿El qué?

—Formar una familia contigo y hacerte mi reina ante todos —se sonroja, feliz.

—A mí también me gustaría.

—M e alegra que digas eso porque tenía pensado retenerte contra tu voluntad —se enfada y me río—. Tengo algo para ti.

—¿Te has casado alguna vez? —me pregunta cuando empiezo a alejarme.

—Oh, sí, claro. Cada cien años con una distinta —me detengo y miro sobre mi hombro su cara de enfado. No puedo evitar reírme a carcajadas—. ¡Oh, Evelyn,

eres una celosa!

—Y tú un mujeriego.

—Eres demasiado crédula, muchacha. ¡Era mentira! —M e lanza un cojín cuando llego a la cómoda—. Es una suerte para mí que eso fuera lo único que

tenías... —Escucho un jarrón estrellarse contra el suelo—. ¿Piensas matarme?

—No, simplemente, advertirte, *principito*.

—¿De qué? —digo sacando del cajón lo que lleva esperándola quinientos años.

—De que no comparto.

—Ah, qué lástima —exclamo, acercándome a ella—. Aunque, es una suerte.

—¿Por qué? —le cojo la mano y le pongo el anillo en el dedo. Este brilla con intensidad y se torna dorado. M e duele la muñeca al formarse el círculo perfecto.

—Porque yo tampoco pienso compartirte, y hoy sí puedo decirte lo que en otro tiempo nunca pude prometerte. Te prometo que nunca voy a dejarte sola.

Hoy y siempre estaré a tu lado. Te amo, Evelyn, mi reina.

—Te amo, mi príncipe pirata. Pero eso no aclara lo que te he preguntado... aunque sé que no tengo nada que echarte en cara. Al igual que tú a mí si antes de

recordarte he estado con otro —esa posibilidad me duele pero como ella dice no puedo reprocharle nada—. ¿Sigo siendo la única que puede tocarte o te curé para

que otras lo hicieran? Te prometo que no te reprocharé nada. Solo quiero saberlo para esperarme más en hacerte olvidarlas.

—M e gusta eso de que me hagas olvidar —paso mis manos por su espalda disfrutando con el escalofrío que le recorre entera ante mi contacto. Decido dejar

de torturarla—. Al principio pensé en casarme, pero no pude. Era pensar en otra ocupando tu lugar y las pesadillas regresaban con más fuerza. Ha sido mucho

tiempo y alguna vez preso del alcohol y la frustración por no encontrarte traté de olvidarte, pero era sentir las manos de otra en mi cuerpo y no poder sentir nada

que no fuera asco —Evelyn sonrío—. Sigues siendo la única. Y llevo cinco siglos solo. Lo que conlleva a que es posible que te secuestre durante días, meses o años

en mi habitación —se ríe feliz y atrapo su risa entre mis labios. Andamos hacia la cama mientras meto mis manos bajo su camisa y siento su manos subir por mi

costado—. No has respondido a mi pregunta. ¿Volveré a ser el primero para ti?

—¿M e seguirías amando si no lo fueras?

—Cada día más —Evelyn sonrío y sonrojada tira de mi camiseta para quitármela—. ¿Evelyn?

—Dicen que no se puede perder la virginidad dos veces y sin embargo yo voy a hacerlo dos veces contigo.

Sonríó ante sus palabras y cojo su cara entre mis manos para besarla sin prisas demostrándole todo el amor que siento por ella.

Subo mis manos por su espalda al tiempo que me deleito con su sabor y el beso se tornada cada vez más intenso. M eto mi mano bajo su camisa y tiro de la

oscura prenda deseando acariciar cara parte de su cuerpo, pero voy sin prisas y sin miedo de olvidarla.

Cuando se queda ante mí solo con su sujetador de color rosa con vaquitas no puedo evitar reírme feliz porque este nuevo presente no ha cambiado la esencia

de Evelyn y cada vez lo tengo más claro.

—¡Eh! No te rías no esperaba... —no la dejo acabar pues la beso tragándome sus protestas y no pudiendo apartar mis manos de ella.

Evelyn pronto se olvida de sus réplicas y me besa con la misma pasión. Sube sus manos por mi torso al tiempo que yo lo hago por su costado hasta llegar al

bajo de su pecho y acariciarla con mis nudillos. Tiro de la prenda hasta que se rompe y cae por sus brazos. M e separo para contemplar y la cojo en brazos para

dejarla sobre mi cama rodada por cientos de cojines que acarician su belleza. M e quedo mirándola, observando como su pelo castaño cae en cascada por sus

hombros y su sonrojada piel me invita a que la ame. M e pierdo en su sonrisa y en el amor que veo en sus ojos. La desnudo sin perderla de vista. Sin poder dejar de

perderme en sus iris dorados. Sin crearme del todo que esto es real y no un sueño.

M e quito la ropa ante su atenta mirada y me acerco para besar cada rincón de su cuerpo. Acaricio sus pechos con mis labios, los beso al tiempo que mis

manos y las suyas vagan por nuestra piel. M e sitúo entre sus piernas y siento como nuestros sexos se tocan. Evelyn cierra los ojos presa del placer y cuando los

abre su mirada está cargada de pasión, al igual que su aterciopelada piel que presenta una capa de sudor.

Cojo su cara entre mis manos y la beso con lentitud mientras me adentro en ella sintiéndome morir cuando su cuerpo abraza mi miembro. Voy despacio

cuando noto su barrera y la miro a los ojos odiando hacerla daño. M e adentro del todo en ella. La abrazo con fuerza cuando me siento de nuevo completo. Nos

quedamos quietos sintiéndonos, siendo poco a poco conscientes de que esto es real. Que no es un sueño. M e separo, sus ojos están llenos de lágrimas, las seco una

a una con mis labios mientras me muevo dentro de ella e intensifico mis embestidas haciendo que el placer aumente entre los dos. Notando como su pequeño

cuerpo se amolda al mío y como me ama sin tapujos, poniendo su alma en cada gesto, en cada detalle al igual que yo.

Cuando siento que está cerca, la miro a los ojos al tiempo que intensifico las embestidas y juntos nos perdemos en un poderoso orgasmo que sella nuestra

unión *para siempre*. La abrazo con fuerza mientras escucho como me dice las palabras más bellas que jamás he escuchado y pensé que nunca más escucharía salir

de sus labios:

—Te quiero.

Evelyn

Derek aparca en la puerta de mi casa. Mis padres llevan una semana insistiendo en que vayamos a visitarles. Pero no hemos podido hacerlo antes. Teníamos

mucho que contarnos. Necesitamos estar solos. Creernos que de verdad estábamos juntos de nuevo. Al fin, cuando lo recordé, comprendí porque sentía ese vacío

en el pecho desde niña y por qué siempre sentía que me faltaba algo. Mi alma sí lo recordaba y lo buscaba sin saberlo.

Como mis padres y yo deseábamos, el futuro cambió y esta vez a mejor. Mis abuelos con los que me críe siguen igual que siempre. Pero no tengo trato con

ellos. Cuando mi madre se quedó en estado le dieron de lado, por suerte mis abuelos paternos al no haber vivido bajo la influencia de las riquezas y haber llevado

una vida sin derroches y mala vida, apoyaron a su hijo y gracias a eso pudieron tenerme y a su vez acabar su carreras y construir nuestra vida, pero esta vez

juntos.

Vivimos en un humilde pueblo, donde he estudiado y aprendido la magia desde niña. No me avergüenzo de mí don, al contrario, es parte de mí.

Este año he comenzado la universidad junto a mi mejor amiga Danna. Nos conocemos desde hace tiempo y más que amigas parecemos hermanas. Estoy

deseando que conozca a Derek.

—¿Es necesario que conozca a tu padres?

Me río.

—Me niego a creer que tras todo lo que has vivido te dan miedo tus futuros suegros —me acerco y lo beso antes de abrir el coche.

—Quiero que te quedes conmigo —sé porque me lo dice. Derek quiere que vaya a vivir con él al castillo.

—Me quedará contigo, lo tienen que comprender... aunque les va a costar.

Me acerco y lo beso una vez más antes de salir. Al ir hacia mi casa veo a Danna acercarse, la llamé para decirle que viniera. Su pelo rubio cae por la espalda y

sus ojos marrones me miran sonrientes. Me abraza y cuando se separa siento la presencia de Derek a mi espalda.

—Derek, te presento a Danna, mi mejor amiga.

Danna le tiende la mano, le conté toda la historia y sabe que Derek no es de recibir gestos cariñosos. Derek la mira y acepta el apretón de manos divertido.

—M e alegra saber que te ha tenido en su vida. Habla muy bien de ti —le dice Derek tras soltar su mano.

—La que tiene suerte de tenerla soy yo.

—Te comprendo —me sonrojo por las palabras de ambos.

Vamos hacia mi casa y la puerta se abre antes de tocar. Y cuatro pares de ojos observan a Derek que instintivamente pone su mano en mi cintura. Lo miro

divertida al ver que ha perdido el color del rostro y más cuando mis padres nos hacen pasar y le atosigan con miles de preguntas. Derek no sabe dónde meterse

pero les responde con educación y sin dejar de acariciar mi mano como si necesitara sentir mi contacto. Lo que hace que mis padres nos miren más de una vez. Yo

no me entero de la mitad de lo que hablan. Solo puedo mirar a Derek feliz por tenerlo a mi lado.

Siento que Danna me observa y me sonrío cómplice, como si supiera lo que estoy pensado. Si de algo doy gracias con esta nueva vida, aparte de por qué mis

padres estén a mi lado, es de haber conocido a Danna. Solo espero que un día ella consiga encontrar su camino y el pesar que siempre brilla en su mirada se disipe.

Algo que yo nunca he conseguido.

Observo las fotos que tengo en el corcho de mi habitación y siento a Derek tras de mí. Mis padres no paraban de preguntarles cientos de cosas, ellos saben la

verdad de todo y cuando les dije que me quería ir no se negaron pero vi pesar en sus miradas. Solo espero que con el tiempo comprenda que mi hogar está donde

está Derek y necesito estar a su lado.

—Si de algo me alegro de todo lo que hemos pasado es de que hayas tenido una vida mejor —dice al observar las fotos donde salgo sonriendo y feliz. Coge

entre sus manos una donde salgo al lado de Danna con una vaca de peluche enorme—. M e alegra que no hayas cambiado. Que seas como yo siempre supe que

serías.

M e giro y entrelazo mis manos en su cuello.

—Aún me parece increíble que me esperaras. Que no te cortaras con la espada y vivieras tu vida.

—Descubrí que prefería una eternidad esperándote, que vivir una vida sin ti.

Se me hincha el pecho por el amor que siento ante sus palabras y al ver mi habitación recuerdo como era y como soy y temo que no le guste lo que descubra

de mí.

—Hay muchas cosas diferentes en mí...

—Tengo toda la vida para descubrirlas y las mejores son las que vendrán, las que descubriremos juntos con el paso del tiempo.

—¿M e seguirás amando cuando sea una anciana arrugada?

—Te querré eternamente.

Y sé que es verdad. Que nuestra unión del círculo perfecto es tan fuerte que nuestro amor es capaz de resistir a la muerte. Pues como el anillo que reluce en mi

dedo, lo nuestro es una unión sin principio ni fin.

Epílogo

Febrero del 2009.

Derek

Bajo a la biblioteca a revisar unos papeles, estoy inquieto y nervioso desde hace varios días. Empiezo a ojear unos documentos y a prepararlos para llevarlos

a la universidad donde sigo dando clases. A lo lejos escucho el móvil de Evelyn sonar. Parece mentira que llevemos cuatro meses juntos.

Aunque a los padres de Evelyn les costó hacerse a la idea de que Evelyn se venía a vivir conmigo, poco a poco lo fueron aceptando. Me casé con ella con

rapidez. No quería esperar más por algo que llevaba toda una larga vida ansiando. Fue algo sencillo. Cada día que pasa descubro nuevas facetas de Evelyn que o

bien me sacan de mis casillas o me enamoran más de ella. Aunque si soy sincero, incluso hasta sus defectos me parecen adorables. Sobre todo cuando se pica y

acabamos discutiendo por alguna tontería y la sigo solo para ver como frunce el ceño o sus ojos relucen. Casi siempre acabo la discusión robándose un beso.

Cada día que pasa a mi lado agradezco por tenerla y lo que hemos vivido hace que cada noche cuando se abraza a mí y descansa a mi lado. Doy gracias por

tenerla un día más conmigo. Ya sé lo que es vivir sin ella y es una muerte en vida. No quiero pasar por ello nunca más. Por eso valoro cada nuevo día que la tengo

conmigo.

Escucho la voz de Evelyn hablando con Danna no le doy importancia, ya que hablan casi todo los días y se tiran horas hablando, pero cuando su voz se torna

alarmada me levanto deprisa para llegar a ella y ver de qué está hablando con su amiga. Salgo de detrás del escritorio tan rápido que, sin querer, tiro la biblia familiar

al suelo, que está puesta en un pequeño atril. Me agacho a recogerla sin prestar mucha atención, tratando de escuchar cómo Evelyn intenta calmar a Danna.

Conozco poco a Danna pero lo suficiente para haberla cogido cariño. Esa joven necesita mucho cariño y se nota que ha sufrido mucho.

—¡Tú no estás maldita, Danna! Coge tus cosas y vente, de verdad, te esperamos aquí —me tenso al escuchar estas palabras pero me concentro en alcanzar la

biblia familiar. Cuando voy a cerrarla, me quedo blanco y un gran escalofrío me recorre el cuerpo—. Derek, Danna viene hacia aquí.

—¿Ha pasado algo? —Hablo sin apartar la vista del libro, tratando que Evelyn no note nada raro en mi voz.

—Danna está muy rara, dice que está maldita... Es mejor que nos lo cuente ella cuando venga —asiento y escucho cómo la puerta de la biblioteca se cierra.

Me giro para ver si Evelyn sigue aquí, antes de poner la biblia familiar, donde se anotan desde hace años los nacimientos, las coronaciones, las muertes... todos

los hechos importantes, en su sitio. Al ver que no está, la dejo caer sobre el atril dorado y paso los dedos por las páginas de esta. Páginas vacías, borrosas, ¡ha

desaparecido toda la historia de mi familia desde 1217! ¡Y hace un momento sí estaba!

Paso mis dedos, una vez más, por las páginas ahora borrosas, y trato de buscar una explicación razonable, de pensar si es posible que haya desaparecido todo

el texto sin más. ¡No debe de ser más que una coincidencia que ya no haya nada escrito desde el rey que hizo posible que yo ahora esté aquí! Aunque mi cerebro

trata de hallarla, en el fondo de mi ser sé que no la hay. Que justo todo haya desaparecido menos la fecha de cuando nació el rey que creó la puerta mágica me

inquieta, pues si él no creó la puerta mágica yo no viajé en el tiempo y no hubiera conocido a Evelyn.

Siento que la historia este punto de volver a cambiar. ¿Hacia dónde nos llevará ahora?



La historia continua en...

17-05-2016

Agradecimientos